Library of The Theological Seminary

PRINCETON · NEW JERSEY

PRESENTED BY
Dr. Henry S. Gehman

HENRY S. GEHMAN
24 HAWTHORNE AVE
PRINCETON, N. J

Henry S. Gehman

BIBLIOTECA DE CULTURA EVANGELICA

Bajo los auspicios y dirección de profesores de la Facultad Evangélica de Teología de Buenos Aires

I. La literatura del Antiguo Testamento,
por *Julio A. Bewer.*

II. Historia de la Reforma en España en el siglo XVI,
por *Tomás M'Crie.*

III. Las enseñanzas de Jesús,
por *Sante Uberto Barbieri.*

IV. El carácter de la Iglesia primitiva,
por *Ernesto F. Scott.*

V. Bosquejo de Historia de la Iglesia Cristiana,
por *Carlos Heussi.*

VI. Vida de Jesucristo,
por *Ernesto D. Burton* y *Shailer Mathews.*

VII. Introducción al Nuevo Testamento,
por *Edgardo J. Goodspeed.*

VIII. Historia de la Reforma,
por *Tomás M. Lindsay.*

Ana Maria Melano
Fac. Ev. de Teolog.
Camacuá 282. Bs. A

La Literatura

del

Antiguo Testamento

NOV

BIBLIOTECA DE CULTURA EVANGELICA
I

LA LITERATURA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

POR
JULIO A. BEWER

Vertida del inglés por
EULALIO BURGOS
y
ADAM F. SOSA

(2ª Edición)

EDITORIAL "LA AURORA"
CORRIENTES 728 — Bs. AIRES

CASA UNIDA DE PUBLICACIONES
APARTADO 97 BIS - MEXICO, D.F.

ES PROPIEDAD

El original de este libro
fué editado por
COLUMBIA UNIVERSITY PRESS
Nueva York

Hecho el depósito que
marca la ley 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA
(PRINTED IN ARGENTINA)

PROLOGO

a la edición castellana

Al ofrecer la presente obra en versión castellana proporcionamos al público un trabajo valiosísimo sobre el origen y desenvolvimiento histórico de la rica y variada literatura del Antiguo Testamento, obra que será útil no sólo a los estudiosos sino también a todos los lectores de la Biblia en los países de habla castellana. A medida que se va estudiando la formación y redacción de los sagrados escritos en sus formas primitivas, siguiendo las huellas de la codificación de la ley divina, sintiendo la agitación espiritual del profeta al emitir sus mensajes de ruina y salvación y la inspiración del sabio al formular sus valiosos consejos, y reviviendo en salmos y cantos las alabanzas y la piedad de hombres y mujeres devotos, uno se siente también conmovido por el impulso permanente de esta literatura divinamente inspirada.

La revelación divina ha seguido a través de las edades un gradual y característico desarrollo histórico. Así lo expresa claramente el autor de la epístola a los Hebreos cuando dice que: "Dios, habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo" (Heb. $1^{1, 2}$). Pero no siempre se ha tenido en cuenta que la literatura sobre esa revelación ha seguido también el mismo desarrollo histórico, pudiendo decirse que sólo desde hace siglo y medio el estudio científico de esta literatura, apoyado en los descubrimientos arqueológicos, ha iluminado un panorama antes desconocido. Este estudio detenido del Antiguo Testamento no sólo da nueva información sobre el fondo histórico del cual surgió esta literatura, sino que le da a ésta misma un nuevo significado, colocándola en un nuevo plano que acrecienta su valor permanente.

El motivo que nos ha impulsado a poner al alcance de los lec-

tores de la Biblia de habla castellana los resultados de estas investigaciones literarias, es la firme creencia de que su divulgación aumentará el interés por conocer esta rica y valiosa literatura. Por lo tanto, es para nosotros una gran satisfacción el poder presentar esta excelente obra del Dr. Bewer, dado que en ella no se formula ninguna teoría nueva, ni alguna tesis que el autor desee imponer, sino que, como él mismo lo expresa en la introducción, *es una presentación en forma sintética de los resultados de laboriosos y minuciosos estudios e investigaciones realizados por eminentes eruditos cristianos de reconocida integridad.*

Todos admitirían tácitamente que cada cual tiene pleno derecho de realizar un estudio crítico de la literatura sagrada, pero posiblemente no todos admitirían que es al mismo tiempo un deber hacerlo. Sin embargo, el hecho es que "el cristiano distingue y debe distinguir en el Antiguo Testamento los elementos transitorios de aquellos que son permanentes". Y así cuando el cristiano menosprecia determinadas partes del Antiguo Testamento (p. ej., la ley ceremonial), que estima inaplicables y sin fuerza obligatoria, mientras reconoce a otras partes un valor permanente y obligatorio, no sólo acepta el principio de la crítica sino que la emplea él mismo. La presente obra abona este principio, creyendo su autor que podrá seguirlo mientras sea alumbrado por la luz de la verdad; trata así de aproximarse a los hechos sin ideas preconcebidas, con el fin de llegar a conclusiones estrictamente de acuerdo con la evidencia.

Adviértase, además, que la presentación de esta obra en idioma castellano no tiene la intención de suscitar dudas o crear problemas, sino que se publica más bien con el deseo de ayudar a contestar las preguntas de los que con solicitud inquieren la verdad, y de facilitar la búsqueda espiritual de aquellos a quienes ya no satisfacen ciertas interpretaciones tradicionales y desean conocer los resultados que los eruditos pueden ofrecer de sus investigaciones. Reconocemos plenamente al Antiguo Testamento como Palabra de Dios; pero creemos también que su mejor defensa es una comprensión clara y exacta de su contenido y de sus enseñanzas, interpretadas a la luz del fondo histórico que dió origen a esta literatura y a los mensajes que llenan sus páginas.

Vaya nuestro mayor reconocimiento al autor, Dr. Julio A. Bewer, por habernos permitido traducir este volumen al castellano y a la *Columbia University Press* por habernos cedido el derecho de publicarlo en edición castellana. Igualmente expresamos nuestro aprecio por la valiosa cooperación del Sr. Luis García, quien compartió la mayor responsabilidad en la penosa tarea de corrección de las pruebas de imprenta. Por lo demás, hemos tenido mucha satisfacción en colaborar con los traductores para presentar este libro en castellano, pues creemos que los estudiantes serios de la Biblia hallarán en él una fuente de mucha inspiración y una ayuda valiosa en su búsqueda de la verdad espiritual.

Después de lo dicho a guisa de prólogo permítanos el lector terminar esta presentación con algunas breves advertencias de índole técnica: los textos bíblicos de la presente obra los hemos tomado de la bien conocida "Antigua Versión de Cipriano de Valera"; pero en algunos pasajes bíblicos nos ha parecido más clara la Versión Moderna, y usando de la libertad que nos fué concedida hemos hecho uso de esta Versión; pero para excluir toda confusión hemos señalado los textos sacados de ella con las iniciales VM colocadas al fin de la clave de referencia.

En la disposición de los textos nos hemos ajustado a la usada en el original inglés, omitiendo la referencia numérica de los versículos; en la poesía seguimos la simetría métrica de la poesía hebrea. Advertimos al lector que, de acuerdo al original hebreo, no pocos textos bíblicos los hemos transcripto en forma de poesía aunque en la Versión de Valera aparecen en prosa.

Los nombres propios de lugares y personas los hemos transcripto ajustándonos a la fonética y ortografía de la Versión Moderna y esto no sólo en la transcripción de pasajes bíblicos, sino también en todos los lugares donde dichos nombres se mencionan.

J. Dexter Montgomery.

Facultad Evangélica de Teología.
Buenos Aires, 30 de abril de 1938.

INTRODUCCION

El Antiguo Testamento no es un solo libro, sino una pequeña biblioteca de treinta y nueve libros, según los contamos generalmente. Originariamente había aun más, porque varios libros, que al principio eran distintos y separados, se hallan ahora combinados en uno; y de su producción fueron responsables muchos más autores que los que la tradición reconoce. El Antiguo Testamento, tal como lo tenemos actualmente, es el resultado de un largo proceso literario, en el cual participaron compiladores y escritores; y es esta su forma definitiva la que ha ejercido una gran influencia sobre la antigua y la moderna civilización. Pero cada libro, mejor dicho, cada una de sus partes componentes, tuvo además su significado especial para su propio tiempo. Algunos de ellos fueron la causa de poderosos movimientos religiosos y sociales; otros contienen los discursos que agitaron y dieron nueva dirección a la vida de la nación. Como corrientes tributarias que derraman frescura e inspiración por donde pasan antes de que sus aguas se mezclen con las del río, incorporándose a su grandeza y poder, así también cada parte del Antiguo Testamento dió refrigerio e inspiración al pueblo antes de llegar a estar unidas en la Biblia, cuya grandeza y poder luego aumentan. Trazar el origen de las contribuciones individuales y su desarrollo, ver cómo surgieron ellas de la vida y del pensamiento del pueblo, cómo influenciaron el desarrollo cultural de Israel, y cómo a su vez fueron influenciadas y modificadas hasta que finalmente resultó la Sagrada Biblia, es una historia fascinante. Si leemos el Antiguo Testamento en el orden en que se originaron sus varias partes, hallamos un nuevo significado, porque la ardiente e inquieta vida del pueblo y de sus dirigentes se siente mucho mejor en sus fuentes. El pueblo sencillo con sus canciones e historias, los poetas y los profetas, los legisladores y sabios, todos se presentan ante nosotros mientras seguimos con nuestra imaginación las varias fases del gran proceso, y tratamos de situarnos en

las diferentes experiencias, con comprensión y simpatía, hasta llegar a sentir el poder que los movió a ellos y rehacer en nuestra mente los tiempos pasados, cuando los precursores del Espíritu alumbraban nuevas sendas para el desarrollo moral y espiritual de la raza.

Esto es lo que intentamos hacer, y a fin de que realmente sintamos la vibrante vida del movimiento que historiamos, daremos por sentados los resultados de las laboriosas y detalladas investigaciones literarias respecto a la composición de cada libro, la separación de sus varios elementos, su fecha y paternidad literaria, y seguiremos el desarrollo histórico de la literatura del Antiguo Testamento desembarazados de sutilezas. Es verdad que no hay un asentimiento general de los críticos, acerca de la fecha y composición de no pocos documentos; pero los principales lineamientos del desarrollo son bastante seguros para justificarnos en nuestra tarea de unir los diversos resultados literarios en un solo relato, que en sí mismo será un medio de juicio sobre la posibilidad y validez de dichos resultados.

El orden cronológico de los libros establecido por la crítica literaria difiere grandemente de su orden en nuestra Biblia, y esto no sólo se aplica a los libros como un todo, sino también a sus partes componentes, pues la mayoría de los libros no son obra de un solo autor. La majestuosa historia de la Creación, por ejemplo, que ahora aparece al principio del Antiguo Testamento, es una composición literaria relativamente reciente. Los relatos del Jardín del Edén y los de la tentación que siguen inmediatamente son varios siglos anteriores; y la historia de Saúl y David en los libros de Samuel es, desde el punto de vista literario, más antigua que los mismos libros, en realidad más aun que los relatos más antiguos del libro de Génesis. La producción literaria más temprana son los poemas que ahora están incorporados en los libros históricos, y que nos proponemos estudiar a continuación. (1)

(1) El orden del desarrollo histórico-literario que el autor adjunta a la introducción está consignado en el apéndice a la presente versión, página 457, 458. — N. del T.

Capítulo I

POEMAS PRIMITIVOS

Mucho antes que nadie pensara en Israel en escribir en forma literaria, el pueblo cantó ya canciones, relató historias, enigmas y proverbios, que pasaron de generación a generación por medio de la tradición oral. Los pocos de éstos que han llegado hasta nosotros, intercalados en nuestros libros de prosa, tienen todos forma poética. Fueron concebidos en momentos de entusiasmo, y con frecuencia se recitaron o cantaron en ocasiones festivas, acentuándose el ritmo de algunos de ellos, como los cantos de guerra y los himnos de victoria, por medio del baile y el palmoteo, acompañamiento musical rudimentario. Ciertos hombres se interesaban especialmente en estos cantos folklóricos; en el Israel primitivo había cantores de romances o recitadores de poemas (Núm. 21^{27}), y puede asegurarse que con el correr del tiempo ellos sintieron la necesidad de poner en forma escrita su repertorio. Los nombres de dos de estas colecciones primitivas han llegado hasta nosotros, el "Libro de las Guerras de Jehová" y el "Libro de Jaser" o "del Recto". Las obras mismas, los libros más antiguos de la literatura hebrea de que tengamos información, no existen, pero algunos de los poemas que se citan en los relatos en prosa[1*], indican que fueron libros de poesía.

Entre el antiguo material poético que todavía se conserva en los libros de Génesis a Samuel, hay cantos líricos, así como poemas didácticos, proféticos y litúrgicos. Desgraciadamente, es imposible fecharlos con exactitud. Aunque algunos son muy antiguos, sin embargo, ni uno solo de estos cantos procede del tiempo anterior a Moisés, y aun es dudoso que algunos vengan de la época mo-

*Los números superiores se refieren a notas que se encontrarán al final del Capítulo XXIII.

saica. Uno de los más antiguos en espíritu, si no lo es en edad y forma, es el canto del terrible Lamec, con su sed inextinguible de venganza, su cruel falta de piedad y su alarde de brutalidad (Génesis $4^{23,24}$). Este canto procede de una civilización primitiva en la cual ni la misma ley de la venganza de sangre constituía un freno. Lleno de soberbia, el temerario guerrero habla con sus mujeres, descubriéndoles sus intenciones:

> Ada y Zilla, oíd mi voz;
> mujeres de Lamec, escuchad mi dicho:
> que varón mataré por mi herida,
> y mancebo por mi golpe;
> si siete veces será vengado Caín,
> Lamec en verdad setenta veces siete lo será. (Gén. $4^{23,24}$)

El metro es perfecto y la rima, que es rara en la poesía hebrea, aumenta la belleza salvaje del canto. ¿Quién puede decir su antigüedad? La forma está pulida, pero el contenido es salvaje. Las formas poéticas son antiguas, y el salvajismo primitivo de las tribus del desierto puede haber dominado a los israelitas aun después de establecidos en Palestina. La ostentación brutal de la interminable enemistad sangrienta tiene muchos paralelos en los cantos árabes, en los que también dicha ostentación está dirigida a las mujeres.

De la época de Moisés tal vez venga el canto triunfal de María después de la gran victoria en el Mar Rojo (Ex. 15^{21}). Los antiguos árabes también celebraban sus victorias de la misma manera. Con música y danzas, las mujeres, dirigidas por María, repetían vez tras vez el estribillo conmovedor,

> Cantad a Jehová;
> porque en extremo se ha engrandecido,
> echando en la mar al caballo,
> y al que en él subía. (Ex. 15^{21})

el que en su contenido ideológico y brevedad guarda cierta similitud con el canto de triunfo de las mujeres cuando la victoria de David contra los filisteos. Un poeta muy posterior corrigió el poema en sus detalles, comenzando con este estribillo, pero desarrollando extensamente el tema y atribuyéndolo no a María, sino a Moisés (Ex. 15^{1-18}), la personalidad más grande, como acontece con frecuencia en la historia literaria.

Hay algunos otros interesantes trozos de poesía relacionados con este período. El breve dístico que nos dice de las luchas perpetuas entre Jehová y Amalec,

> Por cuanto la mano sobre el trono de Jehová,
> Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación. (Ex. 17^{16})

es nuestro más antiguo testigo literario de la inmemorial enemistad entre Israel y Amalec. Pero si procede en efecto de esa época tan temprana, es imposible decirlo.

Las antiguas fórmulas rituales que se dirigían al arca, cuando era llevada a la batalla o cuando se la traía de vuelta (Números $10^{35, 36}$), pertenecen con más probabilidad al tiempo del éxodo o al de la conquista. Ellas nos dan la concepción primitiva que se tenía del arca. En la antigüedad se la llevaba a la batalla, especialmente cuando la situación era muy crítica, porque en ella manifestaba Jehová su presencia en forma visible para su pueblo. Cuando la colocaban a la cabeza del ejército se decían estas palabras:

> Levántate, Jehová,
> y sean disipados tus enemigos,
> y huyan de tu presencia los que te aborrecen.

y cuando se la traía de la victoria,

> Vuelve, Jehová,
> a los millares de millares de Israel. (Núm. $10^{35, 36b}$)

Porque Jehová era el Dios de las batallas, que valía por millares y millares de regimientos de Israel. El les daba la victoria, y luego volvía a descansar en su tienda. El narrador entendió que estos versos se referían al comienzo y al final de un día de marcha en los desiertos. Cuando el arca se ponía en movimiento, Israel la seguía; cuando se detenía, Israel también lo hacía. Tales fórmulas rituales se reinterpretaban de vez en cuando por las generaciones posteriores.

Una lista de los nombres de los lugares que Israel atravesó en su marcha hacia Canaán pasaba en forma poética de generación en generación. Esto tiene sus paralelos en la poesía árabe, en la que la recitación de listas se reaviva con frecuencia por medio de recuerdos de distinta índole. Tenemos solamente un pequeño fragmento de la lista, reproducido del Libro de las Guerras de Jehová,

en el cual parecen haber sido celebrados en poesía y cantos el éxodo de Egipto y la conquista de Canaán. Y el punto particular que el narrador deseaba probar por medio de la cita es que el Arnón era en esa época el límite de Moab.

> Vaheb en Sufa,
> y los valles del Arnón;
> y el declive de los valles
> que se extiende al asiento de Ar,
> y recuesta sobre el borde de Moab. (Núm. 21[14, 15], VM)*

Posiblemente el pequeño canto del pozo se tomara también de esta fuente, aunque no está establecido definitivamente:

> ¡Sube, oh pozo! (entonadle la canción!
> pozo que cavaron los príncipes;
> lo ahondonaron los nobles del pueblo
> con sus báculos, por orden del legislador. (Núm. 21[17, 18], VM)

Celebra este canto la fiesta de inauguración de un pozo en el desierto. Y en el día de hoy, los árabes de los límites de Moab, la región localizada en el canto de los israelitas, afirman que ese pozo fué cavado por sus respectivos jefes y cantan himnos a dicho pozo,[2] así como los israelitas decían que sus príncipes lo habían abierto con sus báculos, aunque en realidad lo que ellos hicieron fué probablemente nada más que un acto simbólico. El narrador que insertó este canto localizó su primer recital en Beer de Moab, al norte del Arnón, que está exactamente en la vecindad de la región en donde Musil encontró esta costumbre practicada todavía por los árabes. Por lo tanto, el canto pertenece a esta localidad, y Beer puede ser Beer Elim, esto es, el pozo de los terebintos que se menciona en Isaías 15[8].

El canto de los improperios contra los amorreos (Núm. 21[27-30]) perteneció al repertorio de los proverbistas. Se lo ha insertado en el relato para ilustrar la afirmación de que Moab había sido conquistado por Sehón, rey de las amorreos. Si esto es verdad, podemos ver en el canto una sátira contra los amorreos. Los israelitas, en son de burla, invitan a los amorreos a venir a reconstruir Hesbón, la fortaleza de su rey Sehón, poderoso vencedor que ha-

---

*N. B. Con las iniciales VM indicamos que las citas que en toda la obra aparezcan con estas letras al fin de la referencia están tomadas de la Versión Moderna.

bía subyugado a todo Moab. ¡Ah! fueron suficientemente fuertes para conquistar a Moab en el pasado, pero ahora han sido terriblemente derrotados por Israel![3]

Venid a Hesbón;
edifíquese y establézcase la ciudad de Sehón.
Porque salió fuego de Hesbón.
y una llama de la plaza fuerte de Sehón,
que ha devorado a Ar de Moab,
a los señores de las alturas del Arnón.
¡Ay de ti, Moab!
eres destruído, oh pueblo de Cemos,
el cual entregó sus hijos a la fuga,
y sus hijas al cautiverio,
(en mano de Sehón, rey amorreo).
Hémoslos asaetado;
Hesbón ha sido destruído hasta Dibón.
y hémosle asolado hasta Nofa:
asolamiento que alcanza hasta Medeba. (Núm. 21[27-30], VM)

El libro del Recto contenía también la famosa oración de Josué, durante la batalla de Gabaón, en la que rogó que el día se prolongase lo suficiente para derrotar completamente a los enemigos.

Sol, detente en Gabaón;
y tú, Luna, en el valle de Ayalón. (Josué 10[12b])

Y la contestación es semejante:

Y se detuvo el sol, y la luna se paró,
hasta que la nación se hubo vengado de sus enemigos. (Jos. 10[13a], VM)

Esto fué expresado poéticamente por el autor, quien vivió algún tiempo después que la conquista había terminado. Pero el narrador, que la citó, la interpretó en prosa: ¡Un milagro estupendo fué el resultado!

Y el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero. Y nunca fué tal día antes ni después de aquél, habiendo atendido Jehová a la voz de un hombre. (Josué 10[13b, 14])

El más hermoso y elaborado de todos estos primitivos cantos de guerra, y el que se considera generalmente como el más antiguo, es la famosa oda de Débora, que celebra la victoria de Israel sobre Sísara (Jueces 5). Sea que haya sido compuesto por la misma notable profetisa o por algún contemporáneo, este canto es inestimable para la historia de la época, como también es notable por su calidad literaria y su fuerza poética. Comienza con una

impresionante descripción de la marcha de Jehová desde Sinaí, para luchar por su pueblo, y una breve descripción de las condiciones de la época. La unión entusiasta de las tribus que vivían en o cerca de la gran llanura de Esdrelón contrasta con la actitud de aquellas que vivían más lejos y que no tomaron parte. Sigue un cuadro vívido de la gran batalla con la fuga de Sísara y su ignominiosa muerte en manos de Jael, y termina con una representación magistral de la ansiosa madre de Sísara y sus damas de compañía, quienes anticipan su parte en el botín del que nunca volverá. Algún lector agregó luego este "piadoso" deseo: "¡Así perezcan todos tus enemigos, oh Jehová!"

¡Porque ha vengado las injurias de Israel,
porque el pueblo se ha ofrecido de su voluntad,
load a Jehová!

¡Oíd, reyes; estad, oh príncipes, atentos:
yo cantaré a Jehová!
cantaré salmos a Jehová Dios de Israel!

Cuando saliste de Seir, oh Jehová,
cuando te apartaste del campo de Edom,
la tierra tembló, y los cielos destilaron,
y las nubes gotearon aguas.
Los montes se derritieron delante de Jehová,
aqueste Sinaí,delante de Jehová Dios de Israel.

En los días de Samgar hijo de Anat,
en los días de Jael, cesaron los caminos,
y los que andaban por las sendas apartábanse por torcidos senderos.
Las aldeas habían cesado en Israel, habían decaído;
hasta que yo Débora me levanté.
me levanté madre en Israel.

En escogiendo nuevos dioses.
la guerra estaba a las puertas:
¿Se veía escudo o lanza entre cuarenta mil en Israel?
Mi corazón está por los príncipes de Israel,
los que con buena voluntad se ofrecieron entre el pueblo:
load a Jehová.

Vosotros los que cabalgáis en asnas blancas,
los que presidís en juicio,
y vosotros los que viajáis, hablad.
Lejos del ruido de los arqueros en los abrevaderos,
allí repetirán las justicias de Jehová,
las justicias de sus villas en Israel:
entonces bajará el pueblo de Jehová a las puertas.

Despierta, despierta, Débora;
despierta, despierta, profiere un cántico.

Levántate, Barac, y lleva tus cautivos, hijo de Abinoam.
Entonces ha hecho que el que quedó del pueblo, señoree a los magníficos:
Jehová me hizo enseñorear sobre los fuertes.
De Efraím salió su raíz contra Amalec,
tras ti, Benjamín, contra tus pueblos;
de Maquir descendieron príncipes,
y de Zabulón los que solían manejar punzón de escribiente.
Príncipes también de Isacar fueron con Débora;
y como Isacar, también Barac
se puso a pie en el valle.

De las divisiones de Rubén
hubo grandes impresiones del corazón.
¿Por qué te quedaste entre las majadas,
para oir los balidos de los rebaños?
De las divisiones de Rubén
grandes fueron las disquisiciones del corazón.
Galaad se quedó de la otra parte del Jordán:
y Dan, ¿por qué se estuvo junto a los navíos?
Mantúvose Aser a la ribera de la mar,
y quedóse en sus puertos.
El pueblo de Zabulón expuso su vida a la muerte,
y Neftalí en las alturas del campo.

Vinieron reyes y pelearon:
entonces pelearon los reyes de Canaán
en Taanac, junto a las aguas de Megiddo,
mas no llevaron ganancia alguna de dinero.
De los cielos pelearon las estrellas;
desde sus órbitas pelearon contra Sísara.
Barriólos el torrente de Cisón,
el antiguo torrente, el torrente de Cisón,
Hollaste, oh alma mía, con fortaleza.
Despalmáronse entonces las uñas de los caballos
por las arremetidas, por los brincos de sus valientes.

Maldecid a Meroz, dijo el ángel de Jehová:
maldecid severamente a sus moradores,
porque no vinieron en socorro a Jehová,
en socorro a Jehová contra los fuertes.

Bendita sea entre las mujeres Jael,
mujer de Heber Cineo;
sobre las mujeres benditas sea en la tienda.
El pidió agua, y dióle ella leche;
en tazón de nobles le presentó manteca.
Su mano tendió a la estaca,
y su diestra al mazo de trabajadores
y majó a Sísara, hirió su cabeza,
llagó y atravesó sus sienes.
Cayó encorvado entre sus pies, quedó tendido:
entre sus pies cayó encorvado;
donde se encorvó, allí cayó muerto.

La madre de Sísara se asoma a la ventana,
y por entre las celosías a voces dice:
¿Por qué se detiene su carro, que no viene?

¿Por qué las ruedas de sus carros se tardan?
Las más avisadas de sus damas le respondían;
y aun ella se respondía a sí misma.
¿No han hallado despojos, y los están repartiendo?
a cada uno una moza, o dos:
los despojos de colores para Sísara,
los despojos bordados de colores;
la ropa de color bordada de ambos lados, para los cuellos
de los que han tomado los despojos.

¡Así perezcan todos tus enemigos, oh Jehová:
mas los que le aman, sean como el sol cuando nace
en su fuerza. (Jueces 5)

Esta oda triunfal pertenece, a juicio de los críticos, a las más hermosas odas de la literatura mundial y no ha sido superada en fuerza poética por ninguno de los poemas guerreros posteriores de Israel. Su significado para nuestro conocimiento de la historia de Israel aumenta grandemente su valor. Ante la inminencia de una ofensiva poderosa de los reyes de las ciudades cananeas contra el invasor israelita, que había consolidado sus ventajas en las montañas al sur y al norte de la Gran Llanura, las tribus de Isacar, Zabulón y Neftalí juntamente con Efraim, Benjamín y Maquir fueron reunidas por Débora bajo el estandarte de Jehová. Barac de Isacar asumió el mando principal. La batalla misma, con su victorioso final para Israel, está claramente descripta, pero los resultados posteriores tenemos que inferirlos. Lo cierto es que ayudó a consolidar la unión de los tribus de Israel. Es notable que el elemento unificador es la religión de Jehová. La convicción de que Rubén, Galaad, Dan y Aser debieron haber acudido a la cita, y el amargo reproche por no haberlo hecho, muestran que, ante una crisis, se apoderaba del pueblo la idea de que debían permanecer unidos. Es muy significativo que no se mencionen para nada Judá, Simeón y Leví; el autor no los consideraba como parte de Israel. El canto de Débora es de mucha importancia para nosotros por cuanto nos enseña sobre las condiciones de Israel inmediatamente anteriores al ataque, del poder de los cananeos, del dominio que ellos tenían de las llanuras con sus pasos y rutas para las caravanas, de sus fuerzas militares con sus carros de guerra y su caballería, tanto como del poder de la religión de Jehová, quien viene desde su sede sagrada en el lejano sur para el rescate de su pueblo.

Israel se deleitó también con proverbios, enigmas y refranes. Posiblemente el más antiguo de los proverbios que ha llegado hasta nosotros en forma poética es aquel citado por David:

> De los malos procede la maldad:
> mi mano pues no estará contra ti. (1º Sam. 24 13, VM)

Ya en su día fué un "proverbio de los antepasados". Muchos otros deben haber circulado entre el pueblo; pero como en fecha tan temprana no se los redactaba ni coleccionaba, se han perdido para nosotros.

Los enigmas fueron también un pasatiempo favorito de Israel en todas las épocas. Todavía tenemos el enigma que Samsón propuso en su casamiento:

> Del comedor salió comida,
> y del fuerte salió dulzura. (Jue. 14[14])

cuya solución dieron los huéspedes en forma de otro enigma:

> ¿Qué cosa más dulce que la miel?
> ¿y qué cosa más fuerte que el león? (Jue. 14[18])

A esto Samsón contestó burlonamente con una rima popular:

> Si no araseis con mi novilla,
> nunca hubierais descubierto mi enigma. (Jue. 14[19])

Ambos enigmas son más antiguos que los relatos de los cuales forman parte, porque originalmente significaron algo completamente diferente, pues la verdadera solución del segundo era "amor". El narrador le dió en su relato un significado enteramente nuevo. Lo que el primer enigma significaría originalmente es incierto; tal vez se refiere a la constelación del León, que trae la cosecha.

El vituperio de Samsón,

> Con la quijada de un asno,
> un montón, dos montones;
> con la quijada de un asno herí mil hombres. (Jue. 15[16])

fué tomado literalmente por el narrador; aunque originalmente la expresión idiomática "con una quijada de asno" expresaba que la asombrosa victoria de Samsón fué obtenida con un arma de las más miserables y despreciables (véase Jue. 5[8]).

También había poemas didácticos más largos. El más notable de todos ellos es la fábula de Joatam en la que habla de la elección de un rey entre los árboles, la que nos enseña que la gente

buena y servicial tiene demasiado que hacer para aceptar el oficio de rey; que únicamente las personas indignas y peligrosas son las que desean llegar a ser monarcas. Ser leales a ellos en la esperanza de obtener su protección es, sencillamente, ridículo, y la deslealtad involucra ruina.

Oidme, varones de Siquem;
que Dios os oiga.

Fueron los árboles a elegir rey sobre sí,
y dijeron a la oliva:
Reina sobre nosotros.
Mas la oliva respondió:
¿Tengo de dejar mi pingüe jugo,
con el que por mi causa Dios y los hombres son honrados,
por ir a ser grande sobre los árboles?

Y dijeron los árboles a la higuera:
Anda tú, reina sobre nosotros.
Y respondió la higuera:
¿Tengo de dejar mi dulzura y mi buen fruto,
por ir a ser grande sobre los árboles?

Dijeron luego los árboles a la vid:
Pues ven tú reina sobre nosotros.
Y la vid les respondió:
¿Tengo de dejar mi mosto,
que alegra a Dios y a los hombres,
por ir a ser grande sobre los árboles?

Dijeron entonces todos los árboles al escaramujo:
Anda tú, reina sobre nosotros.
Y el escaramujo respondió a los árboles:
Si en verdad me elegís
por rey sobre vosotros,
venid y aseguraos debajo de mi sombra:
y si no, fuego salga del escaramujo
que devore los cedros del Líbano. (Jue. 9^{7b-15})

Este mordaz juicio sobre la realeza lo aplica el narrador a Abimelec, a quien el pueblo de Siquem proclamó rey. Si el mismo autor compuso la fábula o si fué tomada de las muchas historias del pueblo, ya sea por Joatam o por el autor, es una cuestión no establecida. La última idea parece un poco más probable. La fábula parece proclamar los sentimientos de muchos de los israelitas libres en el período un poco anterior a la introducción de la monarquía. Unicamente la terrible necesidad les hizo aceptar esta nueva forma de gobierno. La fábula en sí es de gran importancia histórica, aunque

ella proceda de un tiempo muy posterior al que nosotros asumimos.

Otra clase de poemas primitivos es la forma de predicción: ésta es meramente una forma literaria; pues en realidad no predicen el futuro, sino que explican el presente como resultado del poder mágico de la bendición ancestral. Estas bendiciones estaban compuestas en forma poética, porque la inspiración de la visión del futuro había puesto a los antepasados en una disposición de ánimo exaltada mediante la cual el discurso asumía forma rítmica. El historiador puede usar estos poemas como documentos del tiempo que ellos predicen; pero no del de los antepasados, pues no fueron compuestos por ellos, sino por poetas posteriores, quienes, al reflexionar sobre las causas de las condiciones de su propia época, las descubrieron en esas bendiciones mágicas. La bendición de Noé puede ser la más antigua de ellas, pero no es seguro:

> Maldito sea Canaán;
> siervo de siervos será a sus hermanos.
> Bendito Jehová el Dios de Sem,
> y séale Canaán siervo.
> Engrandezca Dios a Jafet,
> y habite en las tiendas de Sem,
> y séale Canaán siervo. (Gén. 9^{25-27})

El rasgo más notable es la maldición sobre Canaán, que se repite en las bendiciones de Sem y Jafet. Las alusiones históricas no se pueden apreciar con seguridad. Pero parece bastante probable que se refieren a la época posterior a David, cuando Canaán había sido subyugado completamente, e Israel y los filisteos moraban en las tiendas de Sem, cuando había sido finalmente obtenido el reconocimiento de la mutua independencia e integridad territorial, en las grandes guerras con los filisteos, que David había llevado a una feliz terminación.

En la bendición de Jacob (Gén. 49), el antepasado no habla en su propio nombre, como un individuo, sino representando la conciencia nacional de Israel, y así expresa el veredicto sobre la condición histórica y el futuro de las tribus aisladas, comenzando con Rubén y terminando con Benjamín. De aquí obtenemos una información valiosa sobre la historia de las tribus antes y durante

el principio de la monarquía. Probablemente los diferentes oráculos no fueron compuestos todos en el mismo tiempo: muchos son anteriores a la monarquía; pero la bendición de Judá implica que el gobierno de David era un hecho cumplido, y la bendición de José parece pertenecer a la época del reino dividido, a lo menos en su forma presente.

Judá, alabarte han tus hermanos:
tu mano en la cerviz de tus enemigos:
los hijos de tu padre se inclinarán a ti.
Cachorro de león Judá:
de la presa subiste, hijo mío:
encorvóse, echóse como león,
así como león viejo: ¿quién despertará?
No será quitado el cetro de Judá,
y el legislador de entre sus pies
hasta que venga Silo;[4]
y a él se congregarán los pueblos.
Atando a la vid su pollino,
y a la cepa el hijo de su asna,
lavó en el vino su vestido,
y en la sangre de uvas su manto:
sus ojos bermejos del vino,
y los dientes blancos de la leche. (Gén. 49[8-12])

* * *

Ramo fructífero José,
ramo fructífero junto a fuente,
cuyos vástagos se extienden sobre el muro.
Y causáronle amargura,
y asaeteáronle,
y aborreciéronle los arqueros:
mas su arco quedó en fortaleza,
y los brazos de sus manos se corroboraron
por las manos del Fuerte de Jacob,
(de allí el pastor, y la piedra de Israel),
del Dios de tu padre, el cual te ayudará,
y del Omnipotente, el cual te bendecirá
con bendiciones de los cielos de arriba,
con bendiciones del abismo que está abajo,
con bendiciones del seno y de la matriz.
Las bendiciones de tu padre
fueron mayores que las bendiciones de mis progenitores:
hasta el término de los collados eternos
serán sobre la cabeza de José,
y sobre la mollera del Nazareo de sus
hermanos. (Gén. 49[22-26])

La bendición de Jacob es rítmicamente más regular que el Canto de Débora, que es su compañero en la explicación de la primitiva historia de la tribu.

Los oráculos de Balaam (Núm. 23 y 24) también pertenecen a esta categoría; en ellos un famoso vidente de la antigüedad, que no era israelita, pronunció estos versos rítmicos que tenían el poder de hacer efectiva toda la gloria que proclaman. El profeta pagano no puede pronunciar una maldición cuando Dios ha ordenado una bendición. El debe bendecir a Israel, aunque Balac desee que lo maldiga, porque en su visión contempla el gran futuro de Israel, las victorias de Saúl y el reinado espléndido de David. Estos oráculos no son verdaderas predicciones, sino descripciones poéticas del tiempo de Saúl y David, durante el cual se compusieron. Han sido puestos en boca de Balaam por el mismo artificio literario por el que se atribuyó las bendiciones a los antepasados. La revelación de los propósitos divinos a uno que no era israelita, la forma de la inspiración profética de Balaam, su énfasis sobre la fidelidad de Dios son tan importantes para nuestro entendimiento del desarrollo de la religión de Israel como lo son las referencias políticas para la historia de la primitiva monarquía.

De Aram me trajo Balac,
  rey de Moab, de los montes del oriente:
Ven, maldíceme a Jacob;
  y ven, execra a Israel.
¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo?
  ¿Y por qué he de execrar al que Jehová no ha execrado?
Porque de la cumbre de las peñas lo veré,
  y desde los collados lo miraré:
he aquí un pueblo que habitará confiado,
  y no será contado entre las gentes.
¿Quién contará el polvo de Jacob,
  o el número de la cuarta parte de Israel?
Muera mi persona de la muerte de los rectos,
  y mi postrimería sea como la suya.

* * *

Balac, levántate y oye;
  escucha mis palabras, hijo de Zippor:
Dios no es hombre, para que mienta;
  ni hijo de hombre para que se arrepienta:
él dijo, ¿y no lo hará?
  habló, ¿y no lo ejecutará?
He aquí, yo he tomado bendición:
  y él bendijo, y no podré revocarlo.
No ha notado iniquidad en Jacob,
  ni ha visto perversidad en Israel:
Jehová su Dios es con él,
  y júbilo de rey en él.

Dios los ha sacado de Egipto;
tiene fuerzas como de unicornio.
Porque en Jehová no hay agüero, ni adivinación en Israel:
como ahora, será dicho de Jacob y de Israel:
¡Lo que ha hecho Dios!
He aquí el pueblo, que como león se levantará,
y como león se erguirá:
no se echará hasta que coma la presa,
y beba la sangre de los muertos.

* * *

Dijo Balaam hijo de Beor,
y dijo el varón de ojos abiertos:
dijo el que oyó los dichos de Dios,
el que vió la visión del Omnipotente;
caído, mas abiertos los ojos:

¡Cuán hermosas son tus tiendas, oh Jacob,
tus habitaciones, oh Israel!
Como arroyos están extendidas,
como huertos junto al río,
como linâloes plantados por Jehová,
como cedros junto a las aguas.

De sus manos destilarán aguas,
y su simiente será en muchas aguas:
y ensalzarse ha su rey más que Agag,
y su reino será ensalzado.
Dios lo sacó de Egipto;
tiene fuerzas como de unicornio:
comerá a las gentes sus enemigas,
y desmenuzará sus huesos,
y asaeteará con sus saetas.
Se encorvará para echarse como león,
y como leona; ¿quién lo despertará?
Benditos los que te bendijeren,
y malditos los que te maldijeren.

* * *

Dijo Balaam hijo de Beor,
dijo el varón de ojos abiertos:
dijo el que oyó los dichos de Jehová,
y el que sabe la ciencia del Altísimo,
el que vió la visión del Omnipotente;
caído, mas abiertos los ojos:

Verélo, mas no ahora:
lo miraré, mas no de cerca:
Saldrá estrella de Jacob,
y levantaráse cetro de Israel,
y herirá los cantones de Moab,
y destruirá a todos los hijos de Seth.

Y será tomada Edom,
será tomada también Seir por sus enemigos,
e Israel se portará varonilmente.

Y el de Jacob se enseñoreará,
y destruirá de la ciudad lo que
quedare. (Núm. $23^{7-10, 18-24}$ $24^{3-9, 15-19}$)

El tiempo de David debe haber sido rico también en otras formas de poesía. Uno de los primeros poemas de su época, que ha llegado hasta nosotros, es el canto de las mujeres celebrando la victoria de Saúl, y en especial la de David contra los filisteos (1º Sam. 18^{7} 21^{12} 29^{5}),

Saúl hirió sus miles,
y David sus diez miles.

Este canto es tan breve como el de María, pues consiste solamente en dos líneas que las mujeres cantaron con extática alegría cuando recibieron al vencedor con música y danza. Vez tras vez repitieron el mismo estribillo.

Casi tan breve, pero trazando emociones completamente diferentes, es el canto rítmico llamando a la rebelión que hizo Seba en la vejez de David.

No tenemos nosotros parte en David,
ni heredad en el hijo de Isaí:
Israel, ¡cada uno a sus estancias! (2º Sam. 20^{1})

Es el feroz grito de guerra de un bravo y amargado benjamita, llamando a las distintas tribus a olvidar sus alianzas con el rey David y a reasumir una vez más su independencia tribal, yéndose cada cual a su propio aduar. ¡Benjamín había perdido la corona real, Judá no la debía tener tampoco! En esa época eran fuertes los celos entre las tribus.

La tradición celebra al mismo David como cantor y poeta. Pero, infortunadamente, casi todo lo que él compuso se ha perdido. Quedan únicamente dos endechas, la más importante de las cuales es la famosa lamentación sobre Saúl y Jonatán en la que la tristeza y el amor de un gran corazón se vierten en conmovedoras palabras de belleza y de sinceridad.

¡Perecido ha la gloria de Israel sobre tus montañas!
¡Cómo han caído los valientes!
No lo denunciéis en Gat.
no déis las nuevas en las plazas de Ascalón;
porque no se alegren las hijas de los filisteos,
porque no salten de gozo las hijas de los incircuncisos.

Montes de Gilboa,
ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotros,
ni seáis tierras de ofrendas;
porque allí fué desechado el escudo de los valientes,
el escudo de Saúl, como si no hubiera sido ungido con aceite.

Sin sangre de muertos,
sin grosura de valientes,
el arco de Jonatán nunca volvió,
ni la espada de Saúl se tornó vacía.

Saúl y Jonatán, amados y queridos en su vida,
en su muerte tampoco fueron apartados:
más ligeros que águilas,
más fuertes que leones.

Hijas de Israel, llorad sobre Saúl,
que os vestía de escarlata en regocijos,
que adornaba vuestras ropas con ornamentos de oro.

¡Cómo han caído los valientes en medio de la batalla!
¡Jonatán, muerto en tus alturas!
Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán,
que me fuiste muy dulce:
más maravilloso me fué tu amor,
que el amor de las mujeres.

¡Cómo han caído los valientes,
y perecieron las armas de guerra! (2º Sam. 1^{19-27})

Esta lamentación fué tomada del libro de Jaser. El metro no es regular, mas no sabemos si se debe a la corrupción textual o a la fuerte y apasionada tristeza que no podría expresarse por medio de la regularidad rítmica del metro de la lamentación, aunque a veces se la encuentra expresada en esta forma. El estribillo melancólico está lleno de tristeza. La endecha nos presenta un gran poeta y un gran hombre. La noble alma de David brilla a través de ella con destellos de belleza inmortal.

La segunda endecha, sobre Abner, es mucho más breve.

¿Murió Abner como muere un villano?
Tus manos no estaban atadas,
Ni tus pies ligados con grillos:
Caíste como los que caen delante de malos hombres. (2º Sam. $3^{33, 34}$)

Su misma brevedad muestra la sinceridad de David. No hay nada artificial en esta lamentación, ni se expresa ningún amor; únicamente honor para el héroe cuya ignominiosa muerte ha comprometido la diplomacia secreta de David.

Estos poemas son profanos; no hay en ellos nada religioso.

Pero un poeta de un orden tan elevado, como lo muestra la lamentación sobre Saúl y Jonatán y de sentimientos religiosos tan profundos como sabemos que fué David, probablemente compuso también himnos religiosos y salmos [véase cap. XX]. Pero si algunos de estos están contenidos realmente en nuestro Salterio, ya no podemos indicar cuáles sean. Aun el Salmo 18, si es de David, no está ya en su forma original; y el Salmo 24^{7-10}, que es considerado todavía por algunos como davídico, ahora es sólo parte de un salmo posterior, cuya religión es mucho más avanzada que la de David y su tiempo.

Pero la hermosa parábola de Natán (2º Sam. 12^{1-4}), con su notable lección religiosa, la podemos atribuir a la época de David; aunque algunos creen que fué compuesta mucho más tarde. No está escrita en forma métrica; pero es altamente poética en su dicción y maravillosamente efectiva en su contenido. ¿Quién puede olvidar al hombre rico que, teniendo tantos rebaños y manadas, se apropió tan injustamente del único corderito de su pobre vecino, que le era tan querido como una hija, para obsequiar a su visita? ¿Quién no se sorprende por la terrible aplicación: "tú eres el hombre", que Natán hizo retumbar en los oídos de David? Este es uno de los más hermosos poemas en prosa que ha llegado hasta nosotros desde la antigüedad.[5]

De Salomón poseemos también sus originales frases dedicatorias en la consagración del templo. Son tomadas, nos dice el texto griego, del "libro del Canto", que probablemente fuera el mismo libro de Jaser. El texto hebreo y por lo tanto nuestras versiones, han omitido la primera línea, que es importante.[6]

> Entonces dijo Salomón: Jehová ha dicho
> que él habitaría en la oscuridad.
> Yo he edificado casa por morada para ti,
> asiento en que tú habites para siempre. (1º Rey. 8^{12-13})

La bendición de Moisés (Deut. 33) procede, con toda probabilidad, del tiempo de Jeroboam I (932-911 a. de J. C.). Es el paralelo efraimita de la bendición de Jacob. Mientras José es objeto de un gran elogio y predicción en la bendición judaica de Jacob, a Judá sólo se le dedica un pequeño espacio en este poema efraimita.

Oye, oh Jehová, la voz de Judá,
y llévalo a su pueblo;
sus manos le basten,
y tú seas ayuda contra sus enemigos. (Deut. 33[7])

Compárese con lo siguiente:

Por los regalos de los cielos, por el rocío,
y por el abismo que abajo yace,
y por los regalados frutos del sol,
y por los regalos de las influencias de las lunas,
y por la cumbre de los montes antiguos,
y por los regalos de los collados eternos,
y por los regalos de la tierra y su plenitud;
y la gracia del que habitó en la zarza
venga sobre la cabeza de José,
y sobre la mollera del apartado de sus hermanos.
El es aventajado como el primogénito de su toro,
y sus cuernos, cuernos de unicornio:
con ellos acorneará los pueblos
juntos hasta los fines de la tierra:
y estos son los diez millares de Efraim,
y estos los millares de Manasés. (Deut. 33[13-17])

En su forma actual la bendición de Moisés tiene una introducción poética de origen muy posterior, que depende del canto de Débora, y un final también posterior, que contiene las hermosas líneas.

El eterno Dios es tu refugio,
y acá abajo los brazos eternos. (Deut. 33[27])

La situación histórica de esta bendición es más reciente que la de Jacob. Con el cambio de las condiciones históricas de las tribus vino una nueva formulación de las distintas partes. No se menciona a Simeón para nada; Rubén tiende a desaparecer; Leví no es ya una tribu secular sino sacerdotal; el templo ya está terminado. Judá está en dificultades, pero José es próspera y poderosa. Nos parece estar en la época de Jeroboam I, aunque muchos piensan que el reinado de Jeroboam II llena mejor la descripción de la opulencia y el poder de José. Pero la forma del poema con sus "bendiciones" para las tribus individuales presupone la fuerte conciencia tribal que todavía estaba despierta en la época de Jeroboam I, pero difícilmente en la de Jeroboam II, cuando ya se había desarrollado la conciencia nacional. El tono teocrático del poema contrasta notablemente con el tono secular de Gén. 49. Es bastante probable que un sacerdote del Reino del Norte haya sido su autor. Además, el historiador

puede aprender de esta bendición mucho acerca de la época de la primitiva monarquía; pero no de la de Moisés.

En estos antiguos poemas encontramos ya el equilibrio de sus versos, llamado paralelismo de miembros, que es característico de la poesía hebrea tanto como de la babilónica. Muy raras veces encontramos rima en ellos, en lo cual el canto de Lamec es una excepción. Es el acento rítmico de las líneas lo que les da su forma poética. Los acentos, no la longitud o número de sus sílabas, es lo que se mide. Frecuentemente la primera mitad contiene tres compases —a veces dos— y está equilibrada por un número igual de compases. En el así llamado Quinah, o metro lamentativo, la segunda mitad es más corta, siendo usualmente toda la línea un pentámetro. También se conocía el valor del estribillo así como la división en estrofas. Lo mismo que sus parientes los árabes, los antiguos israelitas gustaron de la poesía lírica y practicaron su arte. Los pocos poemas que se han conservado y algunas sugestiones en la poesía posterior, muestran que eran innumerables las ocasiones que les permitieron cantar y recitar. El elevado desarrollo del arte de la expresión poética que encontramos en estos primitivos poemas, indica que una larga preparación debió preceder a la literatura más primitiva. Mucho antes de que los poemas se pusieran en forma escrita, se cantaron y se recitaron y así pasaron oralmente de generación en generación como verdadera poesía nacional. Es lamentable que no hayan llegado hasta nosotros más de estos poemas, porque la tradición en forma poética se recuerda mejor y pasa con más exactitud a las generaciones que le suceden.

Capítulo II

RELATOS PRIMITIVOS

La primera gran producción literaria en prosa que apareció en Israel fué, con toda probabilidad, la historia de la fundación del reino. La espléndida carrera de David, que inició una nueva era en la vida nacional, estimuló el comienzo de la literatura histórica en este pueblo. Poco tiempo después de la muerte de David, mientras aun reinaba Salomón, alguno de los hombres que habían conocido bien a David, y que estaba bien interiorizado de los asuntos de la época, se puso a escribir la historia. Lo hizo con un profundo conocimiento, con gran claridad e imparcialidad y produjo un relato que es la satisfacción de los críticos tanto históricos como literarios. Nadie más que el sacerdote Abiatar, amigo de David, tiene más probabilidades de ser el autor, aunque esto, por supuesto, es sólo una conjetura.

El historiador comenzó con la difícil situación de las tribus bajo la opresión de los filisteos. Estos habían invadido a Canaán no mucho después que Israel. Procedían del Asia Menor y de las islas del Mediterráneo, y se habían posesionado de la llanura marítima al sur del Monte Carmelo. Pero poco a poco esto les resultó insuficiente, así que atacaron a los israelitas en sus residencias de las montañas, y demostraron ser un formidable peligro para ellos. Desde el punto de vista de la historia política, éste es el elemento de más importancia. Para nuestro conocimiento de la religión de este período es significativa la concepción mágica del arca en esta historia, pues corresponde a la de las señales de marcha de Núm. 10 (véase pág. 3). Jehová, el dios bélico de Israel, fué con ellos a la batalla en el arca que había sido guardada en Silo en el Monte de Efraim, santuario central de las tribus; pero en la batalla fatal de Afec el arca fué capturada por los filisteos. Sin embargo, ellos no pudieron conservarla por mucho tiempo. El

derrumbamiento de la estatua de Dagón en su templo de Asdod, en donde se colocó el arca, como también una plaga de tumores que se desarrollaba en cada ciudad a la que el arca era llevada, se atribuyeron a Jehová, y se decidió llevarla de nuevo a Israel con ofrendas votivas de cinco tumores dorados y cinco ratones dorados[1] para pacificar a Jehová. Después de algunas desventuras fué finalmente alojada en Kiriatjearim (1º Sam. 4^{1b} al 7^{1}).

El peligro filisteo creció grandemente; conquistaron las montañas y establecieron guarniciones en algunos lugares estratégicos. Divididas como estaban las tribus de Israel, no podían abrigar la esperanza de terminar con su sujeción a los filisteos. La situación parecía desesperante, la unión era la única solución; pero para esto se necesitaba un gran caudillo, alrededor de quien se pudieran reunir, y ese caudillo no existía, hasta que el profeta Samuel lo descubrió en el pueblito de Rama, en la persona del poderoso Saúl, quien, con su gigantesca estatura y su entusiasmo desenfrenado y contagioso, arrastró al pueblo. Bajo la forma de tradiciones populares se nos dice cómo Saúl salió en busca de las asnas de su padre y encontró una corona real (1º Sam. 9^{1} al 10^{6}). Esta historia guardaba la verdadera relación histórica entre Samuel y Saúl, mostrando cómo Samuel vió la necesidad del pueblo y les proveyó un caudillo, pero ella era el relato popular, más bien que el histórico, del incidente. La oportunidad que realmente mostró la capacidad de Saúl para el puesto de jefe se presentó cuando los ammonitas atacaron a Jabés en Galaad. Saúl se levantó contra ellos, y esto fué lo que le hizo digno de la realeza (1º Sam. $11^{1\text{-}11, 15}$).

Saúl se dedicó a la elevada tarea de libertar a Israel del gobierno de los filisteos. Fué secundado eficientemente por su grande y valeroso hijo Jonatán, de quien se dice que jamás vivió guerrero más valiente que él. El dió la señal para la terrible guerra, matando al prefecto filisteo de Gabaa (1º Sam. $13^{2\text{-}6, 15b\text{-}18, 23}$). Una de sus hazañas se relata en detalle. Acompañado solamente por su escudero, penetró en el campo de los filisteos, llegando a matar a veinte hombres en combate, dando con este triunfo inicial, la oportunidad a Saúl para una victoria notable, que atrajo a su lado a muchos que hasta entonces se habían mostrado temerosos. Saúl casi echó a per-

der la gloria de su triunfo, por insisitir en que Jonatán debía ser muerto por haber violado inconscientemente la prohibición que sobre los alimentos había puesto Saúl aquel día, al probar un poco de miel que los había reanimado grandemente, tanto a él como a su ayudante. Pero el pueblo salvó al victorioso héroe, "porque ha trabajado hoy con Dios" ($14^{1-46, 52}$)[2].

Bien podía Israel regocijarse por esta victoria, pero Saúl vió claramente que el poder de los filisteos de ningún modo había sido quebrantado, y que era necesaria una larga lucha. Lleno de entusiasmo como estaba en las ocasiones en que nadie podía resistir al poder fanático de su personalidad inspiradora, pasaba otras veces por períodos de terrible depresión mental, cuando los accesos de melancolía amenazaban obscurecer su mente para siempre. Fué para desviar este mal que se le trajo la figura más maravillosa de la historia de Israel, el joven David, quien con su habilidad de músico habría de desalojar de la mente de Saúl el espíritu tenebroso. El se rindió en seguida al hechizo de la vigorosa belleza y gracia de David. Su música realizó la obra curativa sobre el triste espíritu de Saúl; pero al final, el joven trovador guerrero sumió la mente de Saúl en una obscuridad más profunda, de la cual nadie pudo salvarlo. Porque David estaba destinado a ensombrecer la gloria de los héroes más famosos, Saúl y Jonatán, por su habilidad, proezas y éxitos en la guerra. Especialmente un relato se contaba de él: cómo había muerto a un poderoso gigante filisteo en combate singular. Más tarde el cuento fué elaborado, y el guerrero filisteo fué identificado con el famoso Goliat de Gaza,[3] quien en realidad fué muerto, no por David, sino por Elhanan de Betlehem, como lo sabemos por 2° Sam. 21^{19}. El renombre de David hizo que se le atribuyera este hecho y como ocurre a menudo en la historia, se asignó a la persona más famosa lo que había sido realizado por un hombre menos importante. Cuando las mujeres salieron a recibir a los que volvían vencedores, cantando y bailando, cantaban antifonalmente una y otra vez, con acompañamiento de panderos y címbalos:

¡Saúl mató sus miles,
y David sus diez miles!

Era lo más natural que Saúl honrara al joven y deseara unirlo más firmemente a él y a su casa. Nuestro autor no lo consideró así, sino que presentó el progreso de David y los honores, y aún su matrimonio con la hija de Saúl, Micol, desde el punto de vista de la celotipia posterior de Saúl. Pero podemos estar seguros de que ésta no apareció desde el principio. Lo cierto es que nadie podía resistir el encanto de la personalidad de David; Saúl y Jonatán, Micol y el pueblo, todos los sintieron y respondieron a él. Era natural que ello despertara en Saúl un inquietante sentimiento de envidia. Su reinado era demasiado reciente, y su ascendiente sobre el pueblo era debido solamente a su capacidad directiva y a su valor, y he aquí que un hombre más grande, ya puesto por el pueblo sobre él, como un vencedor, crecía constantemente en influencia y poder. Su mente enferma sintió la operación de esas fuerzas siniestras. Si David pensaba llegar a ser rey, como Saúl lo temía, no lo sabemos. La estrecha amistad de Jonatán con él parece excluir la posibilidad de que por entonces hubiera realmente conspirado. Pero a veces, los hombres como Saúl ven tales cosas más claramente que los de mente sana y corazón leal como Jonatán. Cierta vez, en un acceso de ira, Saúl le arrojó su lanza a David, quien entonces huyó para salvar la vida. Jonatán se cercioró de que Saúl había realmente intentado matar a David, y entonces se lo comunicó en secreto.

David inició una vida de fugitivo, perseguido por Saúl con implacable rigor. Gradualmente se le fueron agregando a su alrededor toda clase de elementos que vivían al margen de la ley y él llegó a ser el capitán de esta banda de forajidos. Cuando le pareció imposible escapar, recurrió, en último término, a algo que realmente era alta traición: ¡se pasó con sus hombres a los despiadados enemigos de Israel, los filisteos, haciéndose vasallo del rey Aquis de Gaza! Se quedó con él cuatro meses,[4] hasta que llegó el día de pelear contra Saúl y Jonatán. Nada se nos dice del trágico conflicto que se suscitaría en su alma, cuando vió que no podía evitarlo. Pero la suerte le sonrió una vez más; le fué ahorrada la vergüenza denigrante de pelear contra su propio pueblo, por la desconfianza de los otros príncipes filisteos, que rehusaron tenerle a él y a sus hombres en su ejército. Así que fué enviado de vuelta. Cuando lle-

gó al pueblo donde residía Siclag, le informaron que los amalecitas habían hecho una incursión en la ciudad durante su ausencia, la habían incendiado y se habían llevado en cautividad a las mujeres y los niños, entre los cuales estaban las esposas de David: Ahinoam y Abigail. Rápidamente los persiguió, atacándolos sorpresivamente y derrotándolos; rescató a todas las mujeres y niños y retornó con mucho botín. Con fino tacto estableció un precedente para la ley del botín, decidiendo que conforme a la porción del que bajó al combate, así ha de ser la porción del que se quedó con el bagaje: tendrán igual participación. Entonces envió con habilidad diplomática porciones del botín a los príncipes de los varios municipios judíos del sur, a fin de congraciarse con ellos. Mientras tanto, el trágico destino de Saúl y Jonatán se cumplió. Pelearon su última batalla contra el odiado opresor; héroes al fin, no sobrevivieron a su aplastante derrota. Cuando David supo su muerte, sintió una amarga tristeza, y entonó la noble lamentación que ha conmovido a muchas generaciones, por su belleza, sinceridad y aflicción. El dolor y el amor se mezclan allí, pero no hay ninguna palabra sobre Dios, ningún pensamiento sobre la inmortalidad, ninguna esperanza de volver a verlos otra vez (véanse págs. 15, 16).

Después de la muerte de Saúl y Jonatán, David se ofreció a los judíos, quienes le eligieron rey en Hebrón, la gran ciudad del sur. Pero los del norte, mejor dicho Abner, comandante general de Saúl, pusieron en el trono a Isbaal,[5] uno de los hijos de Saúl. Su residencia estaba al otro lado del Jordán, en Mahanaim, porque Canaán estaba en manos de los filisteos. Después de dos años de guerra, durante los cuales David, refrenándose sabiamente, no aumentó sus ventajas, Abner fué muerto por Joab, general en jefe de David, como resultado de una venganza, porque había dado muerte a su vez al hermano de Joab, Asael. La muerte de Abner ocurrió en el momento más inoportuno para David, porque acababa de hacer con él un pacto cuyo propósito era el destronamiento de Isbaal. Todo esto era comprometedor, pero David consiguió convencer al pueblo de que era inocente del crimen. Dejándose guiar por la suerte que parecía haberle acompañado hasta entonces, consiguió su propósito. Dos capitanes israelitas mataron bien pronto a Isbaal. Da-

vid no tenía ya rival alguno en sus pretensiones al trono de Israel, y todas las tribus vinieron y lo hicieron su rey. Dos sucesos políticos decisivos señalan notoriamente los comienzos de su reinado: la derrota final y definitiva de los filisteos, y la captura de la poderosa fortaleza de Jerusalén, que hasta entonces había estado en manos de los jebuseos. Fué una extraña intuición la que impulsó a David a hacer de Jerusalén la capital nacional. No sólo su situación central y su fortaleza natural, sino también su carácter neutral (porque no había pertenecido antes ni al Norte ni a Judá), hacían de ella una ciudad que no despertaría ningún antagonismo, y alrededor de la cual todas las tribus se podrían reunir. Hábilmente David hizo de Jerusalén el centro religioso de Israel, llevando a ella el arca de Jehová, en una solemne procesión durante la cual él bailó una danza ritual, que desagradó a su esposa Micol. Es imposible ponderar suficientemente el alcance de este acto de hacer de Jerusalén la capital religiosa y política (2° Sam. 2-6).

Ahora viene la parte más notable de todo el relato, que ha sido el deleite del historiador, así como del estudiante literario: la historia de la corte de Jerusalén con sus detalles íntimos, sus intrigas y sus crímenes (2° Sam. 9-20; 1° Reyes 1, 2). La magnanimidad de David hacia Meribbaal,[6] el hijo de Jonatán, comienza la serie (2° Sam. 9). Viene entonces la guerra contra los ammonitas y arameos, en la cual la triste historia del adulterio de David con Batseba y la muerte de su marido Uría es el episodio más famoso (2° Sam. 10-12). La violación de Tamar por Ammón, su medio hermano, siguió en esa extraña serie de sucesos, en la cual un pecado era siempre la causa de otro. Con todo, tan fuerte como había sido David como guerrero y rey, fué débil como padre en su propia familia. Su renuncia en castigar a Ammón por la violación de su hermanastra, fué la causa de la tremenda venganza de su hermano Absalón; y su indecisión al tratar con su hermoso hijo, que había heredado el encanto personal de David y su sagacidad diplomática, trajo al fin la rebelión de Absalón, que casi le costó el trono, pero que, gracias a la extraordinaria diplomacia del viejo amigo del rey y consejero Cusai y a las crueles medidas militares de Joab, finalizó con la derrota y muerte de Absalón. El espíritu de la rebe-

lión, ya despierto, se apoderó del benjaminita Seba, quien incitó a las tribus a separarse de David. Una rápida expedición militar al mando de Joab terminó con este movimiento que amenazaba la existencia del reino unido (2º Sam. 13-20). Todo esto está relatado por un hombre que había estado presente en todas estas ocasiones, con toda la variedad de detalles gráficos e íntimos que pudieran dar sello de veracidad al relato. Nos lleva finalmente a la cámara de David enfermo, y cuenta los graves sucesos que ocurrían fuera de allí: la lucha por el trono entre Adonías y Salomón, y las últimas órdenes de David, su testamento, en el que enseña a su hijo cómo tratar a sus enemigos y a sus amigos. Las medidas brutales por medio de las cuales Salomón se afirmó en el trono, mostrándose más cruel que sus adversarios, ponen fin a esta historia de la fundación de la monarquía, mostrando una faz insospechada de la conducta de Salomón, el príncipe de la paz, que las épocas posteriores creyeron que nunca había vertido sangre (1º Reyes 1, 2).

Este relato de la fundación del reino es una composición literaria muy bien escrita, bien redondeada y completa en sí misma, comenzando con las condiciones que hicieron necesaria la monarquía en Israel y terminando con su firme establecimiento bajo Salomón. Si el sacerdote Abiatar fué el autor, como se ha sugerido, pudo valerse para las secciones más antiguas de las historias de su familia, desde que él era un descendiente de Elí, el último e infeliz sacerdote de Silo. Para el relato de Saúl, pudo recurrir a su padre Ahías como autoridad, quien, como sacerdote de Saúl, podía hablarle de éste con un conocimiento personal y directo. Pero las más vívidas y detalladas son las partes en las que él mismo fué testigo, como sacerdote de David, terminando con las medidas de Salomón para asegurar su trono y de las que él mismo fué víctima. El autor relató la historia simple y llanamente, no tenía ninguna teoría que proponer o probar, su interés era histórico y biográfico. La institución de la monarquía fué para él una bendición divina, de la cual se regocijaba. Amaba a David, pero no fué ciego para con sus faltas, y describió no sólo el aspecto luminoso de su vida, sino también el obscuro. Nunca tuvo una palabra de reproche para David, ni para ninguno de los otros; siempre contuvo su juicio personal.

Quizás esta ausencia de crítica histórica sea una falla, pero es mejor que le hayan interesado los hechos y que los relatara sin dar su opinión personal acerca de ellos, que no que nos hubiera desconcertado con su crítica. Así pudo ser tan eminentemente justo con Saúl y tan objetivo en su historia de David. Por eso es que en la selección de su material muestra hasta cierto punto sus propias convicciones; pero no las impone al lector. Para él era evidente que había una conexión real entre el estupro de Ammón y la rebelión de Absalón. Demostró cómo lo uno siguió a lo otro. En esto tenía razón; pero la historia, aun la historia política, era para él cuestión de historia personal. El gran nexo de los movimientos sociales, las tendencias tribales separatistas en este relato y las fuerzas directrices en las relaciones nacionales e internacionales en otras partes, no eran para él tan importantes como el relato de la vida de las personas que constituían la historia. Era inevitable que mezclara lo anecdótico con lo estrictamente histórico, con un concepto de la historiografía como el suyo. No disminuye en nada su obra, sin embargo, el hecho de que el material más interesante que comprende los puntos de vista del pueblo de aquel tiempo, haya sido preservado así, lo que ilumina y vivifica el relato. El no tuvo la culpa de no haber usado sistema cronológico alguno, por cuanto eso fué una conquista posterior. Algo que nos llama la atención, teniendo en cuenta su método objetivo, es lo discreto de su religión. El escritor era un hombre piadoso, para quien Dios y su recto gobierno eran realidades. Aunque él no intervenía directamente por medio de milagros, era allí, sin embargo, el fondo silencioso de todos los sucesos, inadvertido, pero real. Esto es lo que hace tan atractiva esta historia del autor. Los innumerables y fascinantes detalles de las muchas diferentes situaciones que relata tan bien, son reales en la vida; por eso son de tanto valor. Su sentido de la realidad es confortante. Uno busca en vano entre los babilonios y los egipcios una obra histórica de encanto y poder similar. Solamente los griegos tienen algo semejante a esto.

La prosa literaria de Israel tuvo, pues, un comienzo espléndido. Su primera narración histórica fué del más alto valor. Otras la seguirían, seguramente. Y, en efecto, sabemos por 1° Reyes 11[41]

que había un Libro de los Actos de Salomón, escrito por algún admirador del rey. Bien pudo el esplendor, riqueza y poderío de Salomón provocar una descripción entusiasta de su reinado. ¿No había él, acaso, por su reorganización de la administración interna del reino, por su sabia utilización del dominio de las rutas de las caravanas que iban de Egipto y Arabia hasta Fenicia y Siria, por sus grandes empresas comerciales como intermediario y traficante, por sus tratados comerciales y políticos con Egipto y Fenicia, echado los cimientos de la vasta riqueza nacional? ¿No había acrecentado el poder militar con importantes fortificaciones, y dado al mundo una exhibición de magnífico esplendor, con la construcción del templo y los palacios y el sostenimiento de una corte brillante y un harén en Jerusalén? ¿No había llegado a ser famosa su sabiduría más allá de las fronteras de su país? Desgraciadamente el Libro de los Actos de Salomón se ha perdido, y solamente sabemos que, además de "todo lo que hizo", hablaba de "su sabiduría". Podemos inferir que el autor del Libro de los Reyes tomó de él la mayor parte de su material, pero lo elaboró de acuerdo con su propia teoría religiosa, por lo cual no podemos reconstruir más su fuente. El relato del sueño de Salomón en Gabaón, en el que oró: "Da a tu siervo un corazón inteligente, para juzgar a tu pueblo, para poder distinguir entre el bien y el mal, porque ¿quién es capaz de juzgar este tu pueblo tan grande?"; el famoso juicio salomónico en el que decidió la cuestión sobre la pertenencia de un niño que dos mujeres reclamaban, pidiendo una espada y ordenando: "Dividid al niño en dos, y dad la mitad a una, y la mitad a la otra", con lo que descubrió infaliblemente la verdadera madre por su amor, que prefería sufrir mas bien la pérdida del niño que consentir en su muerte; la visita de la reina de Seba, y su asombro por la riqueza y sabiduría de Salomón, la que antes le había parecido increíble, pero que ahora confesaba: "Ni la mitad me fué dicho"; todas estas historias estaban probablemente en el Libro de los Actos de Salomón, además de su inmortal acción de construir el templo, sus otras construcciones y su administración interna y actividades políticas. La información históricamente más segura sobre la organización provincial de Salomón y el sistema impositivo, la cesión de veinte

ciudades galileas al rey Hiram de Tiro, la rebelión de Hadad, Rezón y Jeroboam, es acompañada por leyendas y anécdotas que giran alrededor de su sabiduría, riqueza y poder. Tales cuentos surgen tan rápidamente, a menudo durante la vida de un gran hombre, que nunca es seguro afirmar que pertenecen a una época posterior, y a pesar de ellos es probable que el Libro de los Actos de Salomón fuera escrito no mucho después de su muerte. Su autor fué un hombre que tenía todavía un conocimiento directo del tiempo de Salomón, pero no separó lo históricamente real e importante de lo legendario e insignificante. Era un hombre religioso, para quien la sabiduría de Salomón era explicable solamente como un don de Dios; puede haber sido un sacerdote, especialmente si es suya la descripción del templo que ahora está incorporada al Libro de los Reyes y que demuestra una gran familiaridad con los detalles del mismo; pero esto no es tan probable, como que el autor del Libro de los Reyes se valiera para ello de un extracto de los Anales del Templo (véase pág. 44).

Capítulo III

LEYES PRIMITIVAS

La tradición hebrea atribuye a Moisés, el gran fundador de la religión de Israel, la paternidad literaria de toda la legislación del Pentateuco, lo que resulta imposible, pues en las leyes, por lo general, se incorporan costumbres, lo cual implica un desarrollo histórico gradual. Así como las condiciones cambian y el discernimiento se profundiza, así también varían las costumbres y se modifican las leyes. Si un caudillo, como David, decide un asunto diferentemente de la forma usual, y el juicio del pueblo acepta la corrección del procedimiento, éste llega a ser en adelante un precedente con toda la fuerza de una ley. Así David cambió la costumbre de dividir el botín de guerra, y redactó por su cuenta, "un estatuto y ordenanza para Israel, el cual dura hasta el día de hoy" (1º Sam. 30^{21-25}; véase pág. 24), y, sin embargo, esta ley es atribuída a Moisés en Números 31^{25-47}. Por supuesto, hay algo de verdad en la tradición de que Moisés dió toda la ley a Israel. El dió los principios fundamentales sobre los cuales se basó toda la legislación, insistiendo en el culto exclusivo de Jehová como único Dios de Israel y en la obediencia a su voluntad, como base de la moral social dentro de la nación. Todo el desarrollo subsiguiente de la religión en Israel presupone estos principios.

La formulación más famosa de ellos, está contenida en el Decálogo de Ex. 20^{2-17} y en Deut. 5^{6-21}. Los diez expresivos dichos originales fueron elaborados e interpretados más tarde y el comentario de Ex. 20 no es del todo igual al de Deut. 5. A continuación aparecen en tipo más pequeño dichos comentarios.

Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de siervos.
No tendrás dioses ajenos delante de mi.
No te harás imagen.

ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra: no te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy

Jehová tu Dios fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos, a los que me aborrecen, y que hago misericordia en millares a los que me aman y guardan mis mandamientos.

No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano;

porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano.

Acordarte has del día de reposo para santificarlo.

Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criado, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día: por tanto Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó.[1]

Honra a tu padre y a tu madre,

porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No hurtarás.

No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.

No codiciarás la casa de tu prójimo.

no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.

Que Moisés haya formulado los principios de la religión de Israel en tan enérgicas sentencias no podemos asegurarlo ni negarlo dogmáticamente, aunque es más probable que la redacción se deba a algunos de sus sucesores. En su forma actual son ciertamente mucho más recientes. En cualquier caso, Israel comenzó su carrera histórica con las obligaciones fundamentales de la monolatría, esto es, de adorar sólo a Jehová como su Dios, y de hacer su voluntad, la que consistía principalmente en normas de moral social.

Cuando se establecieron en Canaán viviendo en estrecho contacto con los cananeos, a quienes no habían podido arrojar o exterminar del todo, la civilización y la religión de Canaán influenciaron profundamente a Israel. Pasaron de una etapa semi-nómada a la vida sedentaria de la agricultura con su civilización diferente y superior. Con el nuevo orden de vida se hicieron necesarias nuevas costumbres y nuevas leyes. Israel había tenido antes sus propias leyes civiles, algunas de las cuales se habían originado en precedentes establecidos por el mismo Moisés (véase Ex. 18), pero que no se acomodaban a las nuevas condiciones. En esto los cananeos fueron sus maestros. Ellos habían estado bajo el dominio de la ley babilónica durante siglos, y esto es por lo menos una de las causas por

qué la ley civil y criminal de Israel, que se formuló en el primer período de la conquista, es tan semejante a la antigua ley babilónica de Yamurabi. Está contenida en el llamado Libro del Pacto (Ex. 20^{22}-23^{19}) del cual forma la parte más grande (Ex. 21^{1}-22^{17}). Considerando el interés de Salomón en todas las fases de la civilización no es aventurado atribuírle a él, el juez sabio, la sugestión o la orden de codificar las leyes existentes. El código que así se hizo fué muy bien meditado, cuidadosamente planeado y arreglado de acuerdo a los asuntos fundamentales. Es de notar, especialmente, que el código no fué escrito desde el punto de vista sacerdotal. La ley civil precede a la ley religiosa, y ocupa la mayor parte de la obra. Por consiguiente, así como en Babilonia Yamurabi era representado como recibiendo la ley del dios sol Shamash, igualmente en Israel Moisés era representado como recibiendo directamente de Dios la ley civil y criminal, y dándola al pueblo, al que obligó por un pacto sagrado de obediencia a ella. Una lectura inteligente de la ley con los subtítulos agregados, mostrará el plan cuidadoso y el arreglo sistemático de ciertos principios legales y fundamentales, por alguien que deliberadamente modificó y corrigió las antiguas costumbres y leyes.

Y ESTAS SON LAS LEYES QUE PONDRAS DELANTE DE ELLOS:

I. Leyes concernientes a las personas

1. Derechos personales de los esclavos

a. Hombres

Si comprares siervo hebreo seis años servirá; más el séptimo saldrá horro de balde.

Si entró solo, solo saldrá; si tenía mujer, saldrá él y su mujer con él.

Si su amo le hubiera dado mujer, y ella le hubiere parido hijos o hijas, la mujer y sus hijos serán de su amo, y él saldrá solo.

Y si el siervo dijere: yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre; entonces su amo lo hará llegar a los jueces y harále llegar a la puerta o al poste;[3] y su amo le horadará la oreja con lesna, y será su siervo para siempre.

b. Mujeres

Y cuando alguno vendiere su hija por sierva, no saldrá como suelen salir los siervos.

Si no agradare a su señor, por lo cual no la tomó por esposa, permitirle ha que se rescate, y no la podrá vender a pueblo extraño cuando la desechare.

Mas si la hubiere desechado con su hijo hará con ella según la costumbre de las hijas.

Si le tomare otra, no disminuirá su alimento, ni su vestido, ni el débito conyugal. Y si ninguna de estas tres cosas hiciere, ella saldrá de gracia sin dinero.

2. Leyes en salvaguardia de la vida y los miembros del cuerpo

a. Homicidio, asesinato, secuestro

El que hiriere a alguno, haciéndole así morir, él morirá.

Mas el que no armó asechanzas, sino que Dios lo puso en sus manos, entonces yo te señalaré lugar al cual ha de huir.

Además si alguno se ensoberbeciere contra su prójimo, y lo matase con alevosía, de mi altar lo quitarás para que muera.

Y el que hiriere a su padre o a su madre, morirá.

Asimismo el que robare una persona, y la vendiera— o se hallare en sus manos, morirá.

Igualmente el que maldijere a su padre o a su madre, morirá.[4]

b. Riñas y lesiones

Además, si algunos riñeren, y alguno hiriere a su prójimo con piedras o con el puño, y no muriere, pero cayere en cama; si se levantare y anduviere fuera sobre su báculo, entonces será el que le hirió absuelto: solamente le satisfará lo que estuvo parado, y hará que le curen.

Y si alguno hiriere a su siervo o a su sierva con palo, y muriere bajo de su mano, será castigado; mas si durare por un día o dos, no será castigado, porque su dinero es.

Si algunos riñeren, e hirieren a su mujer preñada, y ésta abortare, pero sin haber muerte, será penado conforme a lo que le impusiere el marido de la mujer y juzgaren los árbitros.

Mas si hubiere muerte, entonces pagaría por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.[5]

Y cuando alguno hiriere el ojo de su siervo, o el ojo de su sierva, y lo entortare, darále libertad por razón de un ojo. Y si sacará el diente de su siervo, o el diente de su sierva, por su diente le dejará ir libre.

c. Accidente y negligencia que los causa

Si un buen acorneare hombre o mujer, y de resultas muriere, el buey será apedreado, y no se comerá su carne; mas el dueño del buey será absuelto.

Pero si el buey era acorneador desde ayer y antes de ayer, y a su dueño le fué hecho requerimiento, y no lo hubiere guardado, y matare hombre o mujer, el buey será apedreado, y también morirá su dueño.

Si le fuere impuesto rescate, entonces dará por el rescate de su persona cuanto le fuere impuesto.

Haya acorneado hijo, o haya acorneado hija, conforme a este juicio se hará con él.

Si el buey acorneare siervo o sierva, pagará treinta siclos de plata su señor, y el buey será apedreado.

II. Leyes sobre la propiedad

1. Accidentes a los animales

Y si alguno abriere hoyo, o cavare cisterna, y no la cubriere, y cayere allí buey o amo, el dueño de la cisterna pagará el dinero, resarciendo a su dueño, y lo que fué muerto será suyo.

Y si el buey de alguno hiriere al buey de su prójimo, y éste muriere, entonces venderán el buey vivo, y partirán el dinero de él, y también partirán el muerto. Mas si era notorio que el buey era acorneador ayer y antes de ayer, y su dueño no lo hubiere guardado, pagará buey por buey, y el muerto será suyo.

2. Hurto de animales

Cuando alguno hurtare buey u oveja, y le degollare o vendiere, por aquel buey pagará cinco bueyes, y por aquella oveja cuatro ovejas.

Si el ladrón fuese hallado forzando una casa, y fuere herido y muriere, el que hirió no será culpado de su muerte.

Si el sol hubiere sobre él salido, el matador será reo de homicidio: el ladrón habrá de restituir cumplidamente; si no tuviere, será vendido por su hurto.

Si fuere hallado con el hurto en la mano, sea buey o asno u oveja vivos, pagará el duplo.

3. Daños en campos y viñas

Si alguno hiciere pacer campo o viña, y metiere su bestia, y comiere la tierra de otro, de lo mejor de su tierra y de lo mejor de su viña pagará.

Cuando rompiere un fuego y hallaré espinas, y fuere quemado montón, o haza, o campo, el que encendió el fuego pagará lo quemado.

4. Pérdida de, o daño a la propiedad

a. Dinero u otra propiedad dada a guardar en confianza

Cuando alguno diere a su prójimo plata o alhajas a guardar, y fuere hurtado de la casa de aquel hombre, si el ladrón se hallare, pagará el doble.

Si el ladrón no se hallare, entonces el dueño de la casa será presentado a los jueces, para ver si ha metido su mano en la hacienda de su prójimo. Sobre todo negocio de fraude, sobre buey, sobre asno, sobre oveja, sobre vestido, sobre toda cosa perdida, cuando uno dijere: esto es mío, la causa de ambos vendrá delante de los jueces, y el que los jueces condenaren, pagará el doble a su prójimo.

b. Animales dados a cuidar

Si alguno hubiere dado a su prójimo, asno o buey, u oveja o cualquier otro animal a guardar, y se muriere, o se perniquebrara, o fuere llevado sin verlo nadie; juramento de Jehová tendrá lugar entre ambos de que no echó mano a la hacienda de su prójimo; y su dueño lo aceptará, y el otro no pagará. Mas si le hubiere sido hurtado, resarcirá a su dueño. Y si le hubiere sido arrebatado por fiera, traerle ha testimonio, y no pagará lo arrebatado.

c. Propiedad prestada o alquilada

Pero si alguno hubiere tomado prestada bestia de su prójimo, y fuere estropeada o muerta, ausente su dueño, deberá pagarla.

Si el dueño estaba presente, no la pagará. Si era alquilada, él vendrá por su alquiler.[6]

d. Seducción de una virgen

Y si alguno engañare a una doncella que no fuere desposada, y durmiere con ella, deberá dotarla y tomarla por mujer. Si su padre no quisiere dársela, él pesará plata conforme al dote de las vírgenes.

En la sección siguiente (22^{18-31}) se dan leyes sociales y religiosas. El tenor de su redacción es diferente. Mientras que la ley civil es presentada en la forma de casos legales con la fórmula: Si un hombre obra de esta o de otra forma, será juzgado según su acción, y lo mismo en las detalladas ordenanzas, si tal o cual cosa particular ocurre en relación con un asunto, debe hacerse tal o cual cosa, las leyes sociales y religiosas se expresan, por lo general, aunque no siempre, con la categórica fórmula "harás así" o "no harás así" o "el que hace esto o lo otro". La sección está un poco desordenada, lo cual puede ser un indicio de que fué agregada más tarde al código original, o puede haber sido una dislocación puramente accidental. Ciertamente las leyes religiosas deben ir juntas, de modo que la prohibición de la blasfemia debería seguir a la ley contra el sacrificio a otros dioses. Y la ley sobre la bondad a usar para con el buey o el asno del enemigo pertenece a las leyes sociales. A continuación ha sido restaurado el orden original.

III. Leyes sociales

1. Recta administración de justicia

No admitirás falso rumor. No te concertarás con el impío para ser testigo falso. No seguirás a los muchos para mal hacer; ni responderás en litigio inclinándote a los más para hacer agravios. Ni al pobre distinguirás en su causa.

No pervertirás el derecho de tu mendigo en su pleito.

De palabra de mentira te alejarás, y no matarás al inocente y justo; porque yo no justificaré al impío. No recibirás presente; porque el presente ciega a los que ven, y pervierte las palabras justas.

2. Justicia para las clases indefensas

Y no angustiarás al extranjero: pues vosotros sabéis cómo se halla el alma del extranjero, ya que extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto.

A ninguna viuda ni huérfano afligiréis. Que si tú llegas a afligirle, y él a mi clamare, ciertamente oiré yo su clamor; y mi furor se encenderá, y os mataré a cuchillo, y vuestras mujeres serán viudas, y huérfanos vuestros hijos.

3. Tratamiento considerado del deudor

Si dieres a mi pueblo dinero emprestado, al pobre que está contigo, no te portarás con él como logrero, ni le impondrás usura. Si tomares en prenda el vestido de tu prójimo, a puestas del sol se lo volverás: porque solo aquello es su cubierta, es aquél el vestido para subrir sus carnes, en el que ha de dormir; y será que cuando él a mí clamare, yo entonces le oiré, porque soy misericordioso.

4. Bondad hacia los animales de los enemigos

Si encontrares el buey de tu enemigo o su asno extraviado, vuelve a llevárselo. Si vieres el asno del que te aborrece caído debajo de su carga, ¿le dejarás entonces desamparado? Sin falta ayudarás con él a levantarlo.

La época a que corresponden estas leyes, dadas las condiciones que se expresan, es la del período premonárquico. Israel se había establecido en Canáan y pasado a la etapa de la agricultura; también criaban, por supuesto, vacas, asnos y ovejas. La tierra no era de propiedad comunal sino individual. Los obreros se alquilaban ellos mismos, y también se arrendaban vacunos para labores agrícolas. El dinero no era todavía el medio común del intercambio, aunque se lo usaba; generalmente se daban y tomaban productos naturales. No se menciona al rey en ninguna parte. La función judicial estaba en manos de la comunidad de todos los ciudadanos libres. No había jueces profesionales, y los ancianos eran generalmente los árbitros. La ley previene contra la intimidación y el soborno de parte del rico y el poderoso, y el favoritismo hacia ellos, pero también contra la parcialidad hacia el pobre. No había policía ni prisiones en aquellos días. El castigo era corporal o la imposición de una multa. La ejecución de la sentencia era dejada a cargo de la parte favorecida. En casos de muerte el *goel* o pariente más próximo estaba obligado a tomar venganza. La venganza en su antigua for-

ma sin restricciones, como lo hemos visto en el Canto de Lamec (pág. 2) dió lugar a la llamada *ley de talión*, ley que establece tanto por tanto, "un ojo por un ojo", etc. El derecho de asilo es concedido al homicida por accidente pero negado al asesino, quien puede ser sacado aún del altar. Algunas multas son fijadas por la parte ofendida, pero en algunos casos se recurre al arbitraje a fin de evitar las multas excesivas. Si algunos casos no se podían decidir por la evidencia o el testimonio, se decidían por un juramento del acusado en el santuario. La eficacia del juramento o la maldición (pues un juramento involucra la propia maldición en caso de culpa) no era puesta en duda por nadie. Se creía que la maldición tenía un terrible poder. El que maldecía a su padre o a su madre debía ser muerto, porque había desatado fuerzas que cumplirían el fin deseado en una forma mágica pero muy real. No era necesario establecer expresamente qué se debía hacer con el hombre que rehusara aceptar el veredicto judicial, porque no podía permanecer en el círculo de la comunidad. La banda de forajidos de la cual David llegó a ser jefe, estaba compuesta de tales fugitivos de la justicia. No podían ser apresados y puestos en prisión, porque entonces no existían; pero se castigaban a sí mismos con su fuga, recabando su propia excomunión. Es significativo que leyes sociales tales como las referentes a la consideración para con los deudores o la justicia y tratamiento bondadoso de las viudas, los huérfanos y los extranjeros, quedaran libradas a la conciencia individual. Solamente se hacían pasibles de sanciones religiosas, pues Jehová era el protector de estas clases indefensas. No había otro medio para hacer cumplir tales leyes. Estas leyes son la parte más hermosa de todo el código, especialmente la que prohibe tomar interés sobre préstamos a los hermanos pobres israelitas. Esto no se debía al sentimentalismo, porque la continuada persistencia de esta ley, en los códigos posteriores del Antiguo Testamento, muestra que Israel estaba en contra de la costumbre de cobrar interés a los de la misma tribu. No es, por lo tanto, una indicación de la primitiva etapa de civilización en la que todos los hombres de la tribu son hermanos y como tales están obligados a ayudarse mutuamente. Sin embargo en sus relaciones conyugales, los israelitas estaban en un plano infe-

rior. El hecho de que en este código la ley matrimonial está inmediatamente a continuación de la ley sobre la esclavitud es significativo de por sí. Solamente había una diferencia entre vender una doncella a un hombre como esposa o como esclava, puesto que ésta última también se esperaba que compartiera el lecho conyugal. Era que el hombre podía vender otra vez la esclava a otros israelitas; pero no la esposa, de la cual podía divorciarse cuando quisiera, pero no venderla. La esposa era parte de la propiedad del hombre, la que se adquiría comprándola. Por eso la violación de una virgen es tratada en relación con los daños a la propiedad. El seductor podía pagar la dote y casarse con ella, o si el padre lo rechazaba, debía pagar simplemente la dote; ¡como compensación por el valor disminuído de la joven! [7]

La sección final (23^{10-19}) forma un apéndice que contiene las leyes religiosas. Las leyes referentes a la idolatría y al altar, que están ahora antepuestas en el Libro del Pacto en $20^{23,26}$ pertenecen a aquéllas. Es significativo que estén ahora dispuestas como una especie de marco del código, de manera que las leyes religiosas encierran a las otras. Pero no era ésa la intención de los codificadores originales. En el paralelo de 34^{17-26} la prohibición de hacer dioses con metales fundidos, está directamente relacionada con las leyes del culto (véase también 23^{13}).

IV. Leyes Religiosas

1. Las Imágenes

No hagáis conmigo dioses de plata, ni dioses de oro os haréis. (Ex. 20^{23})

2. El altar

Altar de tierra harás para mí, y sacrificarás sobre él tus holocaustos y tus pacíficos, tus ovejas y tus vacas; en cualquier lugar donde yo hiciere que esté la memoria de mi nombre, vendré a ti, y te bendeciré. Y si me hicieres altar de piedras, no las labres de cantería; porque si alzares tu pico sobre él, tú lo profanarás. Y no subirás por gradas a mi altar, porque tu desnudez no sea junto a él descubierta. (Ex. 20^{24-26})

3. Hechicería, perversidad, sacrificios a otros dioses, blasfemias

A la hechicera no dejarás que viva.

Cualquiera que tuviere ayuntamiento con bestia, morirá.

El que sacrificare a sus dioses, excepto a sólo Jehová, será muerto.

No denostarás a los jueces, ni maldecirás al príncipe de tu pueblo.

4. Leyes rituales

a. Primicias y primogénitos

No dilatarás la primicia de tu cosecha, ni de tu licor.

Me darás el primogénito de tus hijos.

Así harás con el de tu buey y de tu oveja: siete días estará con su madre, y al octavo día me lo darás.

b. Alimentos inmundos

Y habéis de serme varones santos; y no comeréis carne arrebatada de las fieras del campo; a los perros la echaréis.

c. El año sabático

Seis años sembrarás tu tierra, y allegarás su cosecha: más el séptimo la dejarás vacante y soltarás, para que coman los pobres de tu pueblo; y de lo que quedare comerán las bestias del campo; así harás de tu viña y de tu olivar.

d. El sabat

Seis días harás tus negocios, y al séptimo día holgarás, a fin que descanse tu buey y tu asno, y tome refrigerio el hijo de tu siervo, y el extranjero.

5. Monolatría

Y en todo lo que os he dicho seréis avisados. Y nombre de otros dioses no mentaréis, ni se oirá de vuestra boca.

El paralelo a las leyes terminales (Ex. 23^{14-19}) que se encuentra en Ex. 34^{10-26} ha recibido mucha atención desde que Goethe creyó que había descubierto aquí otro decálogo, pues, es considerado por algunos no sólo tan antiguo como el decálogo moral de Ex. 20, sino que aun le atribuyen origen mosaico. Actualmente lo tenemos introducido y entretejido con comentarios, que se imprimen seguidamente en tipos pequeños. Al final aparecen en paralelo.

Y le dijo: he aquí yo hago concierto delante de todo tu pueblo: haré maravillas que no han sido hechas en toda la tierra, ni en nación alguna; y verá todo el pueblo en medio del cual estás tú, la obra de Jehová; porque ha de ser cosa terrible lo que yo haré contigo.

Guarda lo que yo te mando hoy, he aquí que yo hecho de delante de tu presencia, al Amorreo y al Cananeo, y al Heteo, y al Perezeo, y al Heveo, y al Jebuseo. Guárdate que no hagas alianza con los moradores de la tierra donde has de entrar, porque no sean por tropezadero en medio de ti: mas derribaréis sus altares, y quebraréis sus estatuas, y talaréis sus bosques:

porque no te has de inclinar a dios ajeno:

que Jehová, cuyo nombre es Celoso, Dios Celoso es. Por tanto no harás alianza con los moradores de aquella tierra; porque fornicarán en pos de sus dioses, y sacrificarán a sus dioses, y te llamarán, y comerás de sus sacrificios. O tomando de sus hijas para tus hijos, y fornicando sus hijas en pos de sus dioses, harán también fornicar a tus hijos en pos de los dioses de ellas.

No harás dioses de fundición para ti. (Ex. 34^{10-17})

Tres veces en el año me celebraréis fiesta.

La fiesta de los ázimos guardarás: siete días comerás los panes sin levadura, como yo te mandé, en el tiempo del mes de Abib; porque en él saliste de Egipto.

Y ninguno comparecerá vacío delante de mí:

también la fiesta de la siega, los primeros frutos de tus labores que hubieres sembrado en el campo; y la fiesta de la cosecha a la salida del año cuando habrás recogido tus labores del campo.

Tres veces en el año parecerá todo varón tuyo delante del Señor Jehová.

No ofrecerás con pan leudo la sangre de mi sacrificio; ni el sebo de mi víctima quedará de la noche hasta la mañana.

Las primicias de los primeros frutos de tu tierra traerás a la casa de Jehová tu Dios.

No guisarás el cabrito con la leche de su madre. (Ex. 23[14-19])

La fiesta de los ázimos guardarás: siete días comerás por leudar, según te he mandado, en el tiempo del mes de Abib; porque en el mes de Abib saliste de Egipto.

Todo lo que abre matriz, mío es; y de tu ganado todo primerizo de vaca o de oveja que fuere macho. Empero redimirás con cordero el primerizo del asno; y si no lo redimieres, le has de cortar la cabeza. Redimirás todo primogénito de tus hijos.

Y no serán vistos vacíos delante de mí.

Seis días trabajarás, mas en el séptimo día cesarás; cesarás aun en la arada y en la siega.

Y te harás la fiesta de las semanas a los principios de la siega del trigo; y la fiesta de la cosecha a la vuelta del año.

Tres veces en el año será visto todo varón tuyo delante del Señoreador Jehová, Dios de Israel.

Porque yo arrojaré las gentes de tu presencia, y ensancharé tu término; y ninguno codiciará tu tierra, cuando tú subieres para ser visto delante de Jehová tu Dios tres veces en el año.

No ofrecerás con leudo la sangre de mi sacrificio; ni quedará de la noche para la mañana el sacrificio de la fiesta de la pascua.

La primicia de los primeros frutos de tu tierra meterás en la casa de Jehová tu Dios.

No cocerás el cabrito en la leche de su madre. (Ex. 34[18-26])

Las frases que siguen inmediatamente han sido la causa de que nunca termine la búsqueda del decálogo original en el precedente, aunque dada la naturaleza del asunto, puede no haber acuerdo respecto a las diez leyes, que se cree lo constituyen.

Y Jehová dijo a Moisés: escribe tú estas palabras; porque conforme a estas palabras he hecho la alianza contigo y con Israel.

Y él estuvo allí con Jehová cuarenta días y cuarenta noches: no comió pan, ni bebió agua; y escribió en tablas las palabras de la alianza [las diez palabras].[8] (Ex. 34[22-28])

La frase final "las diez palabras" han sido agregadas posteriormente por alguien que creía que el decálogo era el que originalmente había sido escrito en las tablas de piedra y no el Libro del Pacto como sostiene el autor de Ex. 34.

La ley contra la adoración de imágenes puede haber sido originalmente un intento de protesta contra los becerros de oro que Jeroboam fabricó para los templos de Betel y Dan, y la ley del altar primitivo contra los altares artificiales del templo de Salomón. Pero pueden ser también leyes más antiguas, porque la tentación de la idolatría y los altares hermosos se presentó desde el principio del establecimiento de Israel en Canaán. Los cananeos influyeron en la religión de Israel tanto como en su civilización. Algunas de sus costumbres y creencias Israel no podía aceptarlas. Pero tomaron de ellos los varios lugares sagrados donde se creía que moraba la deidad, y que habían estado consagrados al culto desde épocas inmemoriales, con su aparato ritual, y las grandes festividades anuales de la agricultura: la fiesta de los Panes Azimos al principio, y la fiesta de las Semanas al fin de la cosecha del trigo en la primavera y comienzo del verano (Pascua y Pentecostés), y la fiesta de los Tabernáculos al fin de la vendimia y cosecha de los frutos, en el otoño (la gran fiesta de acción de gracias). Solamente la primera, la fiesta de Massot [panes ázimos], es reinterpretada en nuestro código y relacionada con el éxodo de Egipto, cuando la rapidez de la partida impidió que los israelitas dejaran leudar su pan. Originalmente el pan sin levadura no tenía nada que ver con esto; era el primer fruto de la nueva cosecha, que se comía delante de Dios. La nueva cebada no debía ser amasada con ninguna recentadura, porque no debía haber señal de descomposición en el nuevo don de la vida.

La ley del altar, dada más arriba como la segunda de las leyes religiosas (pág. 38) es de importancia fundamental para la exacta comprensión del desarrollo de la religión de Israel. Al principio no había un santuario solo, que fuera el único legítimo, sino muchos santuarios locales, que eran llamados "lugares altos" y que todo el mundo frecuentaba. Habían sido primeramente los lugares sagrados de los cananeos; ahora pertenecían a Israel, que adoraba

en ellos a Jehová. A pesar de todas estas adopciones de los elementos religiosos cananeos, la religión de Jehová se mantuvo victoriosa; asimiló de la religión cananea todo lo que no fuera incompatible con el culto de Jehová; el resto fué rechazado y destruído. Era demasiado fuerte para ser dominada en esta lucha entre las dos religiones. Esta antigua ley de culto es una evidencia de su fuerza triunfante.

Capítulo IV

DESARROLLO DE LA LITERATURA HISTORICA

La institución de un gobierno monárquico nacional, demandaba la conservación de un archivo de todos los acontecimientos importantes. Ya en tiempo de David se menciona al escriba real y al "recordador" del rey, quienes pueden haber estado a cargo de los Anales Reales. Después de la división del reino, Israel y Judá llevaron sus anales por separado. ¡Cuánto más sabríamos de la historia si hubieran sido preservados hasta nuestro tiempo, ya que serían las fuentes históricas más valiosas! Uno de los historiadores posteriores, el autor de los Libros de los Reyes, hizo uso de ellos e incorporó en su propio libro, cierto número de sus extractos.[1] Estos anales registraron los sucesos de los varios reinados, año por año, de manera muy parecida a la de los asirios y babilonios. El estilo era el del actuario, árido, cuidadoso y seguro, como lo indica el siguiente extracto de los anales de Judá:

> Al quinto año del rey Roboam subió Sisac rey de Egipto contra Jerusalén. Y tomó los tesoros de la casa de Jehová, y los tesoros de la casa real, y saqueólo todo; llevóse también todos los escudos de oro que Salomón había hecho. Y en lugar de ellos hizo el rey Roboam escudos de metal, y diólos en manos de los capitanes de los de la guardia, quienes custodiaban la puerta de la casa real. Y cuando el rey estaba en la casa de Jehová, los de la guardia los llevaban; y poníanlos después en la cámara de los de la guardia. (1º Rey. 14^{25-28})

La colección de tales hechos en estos anales no constituía literatura histórica, pero era una fuente de datos para el historiador. Le capacitaba para comprender el rumbo de la historia de períodos sucesivos, y le suministraba materiales para una cronología que hasta entonces había faltado. Ya veremos cómo usó estos anales el autor de la historia de los reinos de Israel y Judá, en su redacción de los Libros de los Reyes.

Una colección paralela de los registros oficiales fué preparada por los sacerdotes del templo de Jerusalén. Desde el principio ellos

hicieron una crónica, año tras año, de los hechos más importantes del templo; y eran muchos, porque el templo era el centro de la vida religiosa de la nación; todas las grandes empresas y especialmente todas las guerras fueron consagradas allí, los trofeos eran llevados al templo y de él se sacaba el tributo. Lo mismo que los Anales Reales, los Registros del Templo se basaban sobre los conocimientos contemporáneos y eran por consiguiente de valor incalculable respecto a la historia y la administración del templo. Pero éstos también desaparecieron en el gran incendio que destruyó el templo y la ciudad en el 586 a. de J. C. No mucho antes el autor de los Libros de los Reyes había hecho algunos extractos de dichos registros, a juzgar por ciertos relatos que revelan un conocimiento tan íntimo del templo, que bien podemos creer que fueron sacados de los registros contemporáneos de los sacerdotes que eran los más profundamente interesados en ellos: por ej., los relatos de la construcción del templo por Salomón (1° Rey. 6 y 7); de la rebelión en el templo contra Atalia (2° Rey. 11); de las reparaciones del templo bajo Joás (2° Rey. 12^{4-16}); del nuevo altar de bronce que Acaz importó de Damasco (2° Rey. 16^{10-18}); y probablemente de la reforma de Josías (2° Rey. 23^{3-14}). No difieren de los relatos extractados de los Anales Reales excepto en los incidentes relatados, y pudieron todos haber sido tomados de ellos más bien que de un registro especial del templo, porque el templo ocupó un lugar importante en la vida del pequeño reino de Judá aun después del Reinado de Salomón, y los Registros del Templo no son mencionados ni una sola vez por el autor de los Libros de los Reyes. Pero hay buenas razones para sostener su existencia.

Aunque los Anales Reales y los Registros del Templo tenían mucho valor, no trataron todas las fases de la vida del pueblo. Probablemente ni siquiera mencionarían la crisis religiosa del siglo IX, acerca de la cual escribió un autor profético en los relatos sobre Elías, poco después de la muerte del gran profeta.[2] Y sin embargo esa crisis fué un resultado de la política y estaba destinada a producir la caída de la dinastía de Omri. Los relatos mismos son del mayor significado. Acab había desposado a la princesa Jezabel de Tiro, a fin de cimentar relaciones políticas y comerciales entre

Israel y Fenicia. Fué un acto de habilidad política. Pero Jezabel, mujer de fuerte personalidad, no abjuró su religión nativa, y trajo con ella profetas y sacerdotes de Baal a fin de poder adorar al Baal de Tiro según su propia costumbre, en el Santuario que para ella erigió Acab en Samaria. Parece que ella ejerció tanta influencia sobre la corte, que una buena parte del pueblo adoraba con ella al Baal de Tiro; pero que ella lograra que su marido apostatara de la religión de Jehová, como el autor del Libro de Reyes quiere hacernos creer, está en contradicción con nuestra mejor información. El pueblo de Israel siempre había tenido que afrontar en Canaán el peligro del baalismo, y la religión de las deidades locales lo había influenciado fuertemente. Pero éstas eran insignificantes comparadas con el Dios nacional, Jehová. Ahora, en cambio, con la introducción del poderoso Baal de Tiro, se produjo una crisis, pues ello les ponía en una disyuntiva ineludible: Baal o Jehová. Esta era a lo menos la convicción del campeón de Jehová, cuyo mismo nombre Elías (*Jehová es Dios*) significaba un desafío y un santo y seña para la lucha. De repente, como un rayo en cielo diáfano, apareció el profeta ante Acab y anunció en el nombre de Jehová, el Dios de Israel, una sequía que duraría tres años. Tan abruptamente como apareció, así desapareció; y la sequía vino y redujo al país a una gran escasez. Esto era en sí un signo de la impotencia de Baal, porque si él realmente fuera Dios, y especialmente el Dios de la fertilidad, fácilmente habría podido conjurar la calamidad. Pero no se emplea este argumento, a fin de que la lucha decisiva entre Jehová y Baal, pueda ser presentada con la mayor fuerza posible en el relato del Carmelo, del cual el anuncio de la sequía tan sólo forma el preludio. El relato de esa lucha es, sin embargo, hábilmente retardado por los interesantes relatos de los milagros de Elías que llenan los tres años de la sequía: su alimentación por los cuervos en el arroyo Cherit; su recompensa a la viuda de Sarepta en Fenicia, a la cual concedió el privilegio de que "no se le acabara nunca el aceite y la harina"; y la resurrección del hijo de la ciudad, que había muerto durante la estada del profeta en casa de ella. Tales relatos de milagros no añaden nada para nosotros respecto a la grandeza moral y espiritual de Elías,

pero muestran cómo el pueblo de su tiempo se impresionaba por el tremendo poder de su personalidad: para este hombre de Dios nada era imposible, pues podía restaurar los muertos a la vida, ¡Dios obraba sus milagros por medio de él y para él! Cuando se acercaba el fin de la sequía Elías fué al encuentro de Acab, quien lo recibió con estas palabras: ¿"eres tú, alborotador de Israel", mas no se atrevió a tocarlo, aunque durante tres años había tratado de aprehenderlo. Dejando a un lado esta acusación, Elías propuso que todo Israel y los cuatrocientos profetas de Baal (y de Ashera, la esposa de Baal) se encontrasen en el Monte Carmelo. Lo que sucedió se nos relata con tanta fuerza dramática que nada puede reemplazar a las propias palabras del antiguo narrador. Cuando todo el pueblo estuvo reunido, Elías les reprochó, diciendo:

¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él. Y el pueblo no respondió palabra. Y Elías tornó a decir al pueblo: Sólo yo he quedado profeta de Jehová; mas de los profetas de Baal hay cuatrocientos y cincuenta hombres. Dénsenos pues dos bueyes, y escójanse ellos el uno, y córtenlo en pedazos, y pónganlo sobre leña. mas no pongan fuego debajo; y yo aprestaré el otro buey, y pondrélo sobre leña, y ningún fuego pondré debajo. Invocad luego vosotros en el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré en el nombre de Jehová: y el Dios que respondiere por fuego, ése sea Dios. Y todo el pueblo respondió diciendo: Bien dicho.

Entonces Elías dijo a los profetas de Baal: Escogeos un buey y haced primero, pues que vosotros sois los más: e invocad en el nombre de vuestros dioses, mas no pongáis fuego debajo. Y ellos tomaron el buey que les fué dado, y aprestáronlo, e invocaron en el nombre de Baal desde la mañana hasta el medio día, diciendo: ¡Baal, respóndenos! Mas no había voz, ni quien respondiese; entre tanto, ellos andaban saltando[3] cerca del altar que habían hecho.

Y aconteció al medio día que Elías se burlaba de ellos, diciendo: Gritad en alta voz que dios es: quizá está conversando, o tiene algún empeño, o va de camino, acaso duerme y despertará.

Y ellos clamaban a grandes voces, y sajábanse con cuchillos y con lancetas conforme a su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos.[4] Y como pasó el medio día, y ellos profetizaran hasta el tiempo del sacrificio del presente, y no había una voz, ni quién respondiese ni escuchase:

Elías dijo entonces a todo el pueblo: Acercaos a mí. Y todo el pueblo se llegó a él; y él reparó el altar de Jehová que estaba arruinado. Y tomando Elías doce piedras, conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob, al cual había sido palabra de Jehová, diciendo: Israel será tu nombre. Edificó con las piedras un altar en el nombre de Jehová; después hizo una reguera alrededor del altar, cuanto cupieran dos satos de simiente,

Compuso luego la leña, y cortó el buey en pedazos y púsolo sobre la leña. Y dijo: Henchid cuatro cántaros de agua, y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña. Y dijo: Hacedlo otra vez; y otra vez lo hicieron. Dijo aún: Hacedlo la tercera vez; e hiciéronlo la tercera vez. De manera que las aguas corrían alrededor del altar; y había también henchido de agua la reguera. Y como llegó la hora de ofrecerse al holocausto, llegóse el profeta Elías, y dijo: Jehová Dios de Abraham, de Isaac, y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Jehová, respóndeme; para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios, y que tú volviste atrás el corazón de ellos. Entonces cayó fuego de Jehová, el cual consumió el holocausto, y la leña, y las piedras, y el polvo, y aún lamió las aguas que estaban en la reguera. Y viéndolo todo el pueblo, cayeron sobre sus rostros y dijeron: ¡Jehová es el Dios! ¡Jehová es el Dios! Y díjole Elías: Prended a los profetas de Baal, que no escape ninguno. Y ellos los prendieron; y llevólos Elías al arroyo de Cisón, y allí los degolló.

Y entonces Elías dijo a Acab: Sube, come y bebe; porque una grande lluvia suena. Y Acab subió a comer y a beber. Y Elías subió a la cumbre del Carmelo; y postrándose en tierra, puso su rostro entre las rodillas. Y dijo a su criado: Sube ahora, y mira hacia la mar. Y él subió y miró y dijo: No hay nada. Y él le volvió a decir: Vuelve siete veces. Y a la séptima vez dijo: Yo veo una pequeña nube como la palma de la mano de un hombre, que sube de la mar. Y él dijo: Ve y di a Acab: Unce y desciende, porque la lluvia no te ataje. Y aconteció, estando en esto, que los cielos se obscurecieron con nubes y viento; y hubo una gran lluvia. Y subiendo Acab, vino a Jezreel. Y la mano de Jehová fué sobre Elías, el cual ciñó sus lomos, y vino corriendo delante de Acab hasta llegar a Jezreel. 1º Rey (18^{21-46}).

Jehová había triunfado: sólo él es Dios. Para Elías la lucha entre los dioses era un conflicto de principios, entre la religión natural de Baal y la religión moral de Jehová. Baal no era un dios real para Elías; un hombre que pudo mofarse de Baal como él lo hizo, no podía creer en su realidad y poder. Fué aquí reiterado con extraordinario poder y eficacia el principio fundamental de Moisés: ¡Sólo Jehová debe ser adorado en Israel! Pero no solamente porque es el Dios de Israel, sino porque sólo él es real; porque sólo él demuestra su realidad por su actividad. Elías vió claramente esta verdad, comparando a Jehová con Baal. No se le ocurrió pensar en otros dioses además de Baal. Si se le hubiese ocurrido, podemos asegurar que su respuesta hubiera sido la misma, porque en principio la cuestión había sido resuelta. Así Elías iba más allá que

Moisés. Había avanzado en el camino del monoteísmo, aunque aún no había llegado a él.

El relato siguiente no es la continuación de éste, en realidad es un paralelo, aunque en su forma actual están unidos por la amenaza de Jezabel, de matar a Elías por la carnicería que había hecho de los profetas de Baal[5]. El gran hombre huyó precipitadamente hacia el monte Horeb para salvar su vida y para buscar a Jehová donde antaño se había aparecido a Moisés. Su espíritu no conservaba señales de la victoria, sino una desesperación total. Se sostuvo con alimentos que le fueron proporcionados milagrosamente, y anduvo por el desierto cuarenta días con sus noches hasta llegar a la cueva en el Monte Horeb, y se detuvo sobre la montaña.

Y he aquí que Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; mas Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; más Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego: más Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado. Y cuando lo oyó Elías cubrió su rostro con su manto, y salió y paróse a la puerta de la cueva. Y he aquí llegó una voz a él, diciendo: ¿Qué haces aquí, Elías? Y él respondió: Sentido he un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu alianza, han derribado tus altares, y han muerto a cuchillo tus profetas; y yo sólo he quedado, y me buscan para quitarme la vida. (1º Rey. 19[11-14])

La tempestad, el terremoto y el fuego eran los heraldos de Jehová, el Dios temible y terrible. La profunda calma que los siguió no era un símbolo de la mansedumbre de Dios, pues las palabras que había de dirigir a Elías no eran palabras de amor, pronunciadas en forma bondadosa y mansa, sino palabras de significado tremendo que eran más parecidas a la tempestad, al terremoto y al fuego que a la apacible calma.

Y díjole Jehová: Ve, vuélvete por tu camino, por el desierto de Damasco: y llegarás, y ungirás a Hazael por rey de Siria; y a Jehú hijo de Nimsi, ungirás por rey sobre Israel; y a Eliseo hijo de Safat, de Abel-mehola, ungirás para que sea profeta en lugar de ti. Y será que el que escapare del cuchillo de Hazael, Jehú lo matará; el que escapare del cuchillo de Jehú, Eliseo lo matará. Y yo haré que queden en Israel siete mil; todas rodillas que no se encorvaron a Baal, y bocas todas que no lo besaron. (1º Rey. 19[15-18])

Jehová es terriblemente celoso, él no tolera el culto de Baal; castigará grandemente a su pueblo apóstata, por medio de Hazael, Jehú y Eliseo, hasta que solamente quede un remanente de fieles. La

lealtad de su pueblo es más importante para él que su poder y prosperidad. Más aún, para el pensamiento de este profeta, el dominio de Jehová no se limitaba a Israel. De este modo Elías rompió con algunas de las limitaciones nacionales de Jehová. El ve al Dios de Israel usando como su instrumento a Siria donde un agente suyo ha de ser entronizado. Para Elías Jehová dirige los movimientos de toda la historia y no sólo los de Israel. Pero el propósito de Dios no ha sido aún cumplido, Elías no ha ganado todavía una batalla decisiva para Jehová, ni será este profeta, después de todo, el instrumento de la victoria. Al fin, sin embargo, el propósito divino será cumplido y Elías ha de convocar a los agentes humanos que han de completar la obra. Al volver de Horeb encontró a Eliseo arando con doce bueyes y arrojó su manto sobre él y lo compelió con mágico poder a seguirle. Eliseo sólo pudo decir adiós a sus padres y comer una comida de despedida con su pueblo, preparada con los bueyes sacrificados en el acto; luego dejó todos sus parientes y todas sus cosas más queridas, para ser el servidor de Elías. ¡El renunciamiento de los lazos familiares era un requisito previo al discipulado! Los otros dos agentes, Hazael y Jehú, no fueron confirmados por el gran tisbita, sino por Eliseo y uno de sus discípulos.

En otro relato Elías aparece como el campeón de la justicia social. Nabot, un prominente ciudadano de Jezreel, tenía una viña junto al palacio real. Acab la deseaba, pero no podía persuadir a Nabot a que se la vendiera o se la cambiase por otra, porque era una posesión familiar heredada de sus antepasados. Jezabel, con habilidad diplomática y refinada crueldad, hace que los ancianos de Israel proclamen un ayuno y pongan a Nabot ante el pueblo, acusándolo por medio de testigos falsos de blasfemias contra Dios y el rey, y lo hagan morir apedreado para que Acab pueda confiscar la viña para la corona. Cuando ya iba Acab a tomar posesión de ella, Elías aparece encarnando la conciencia de Israel, como el vocero de Jehová. Impacientado, Acab exclamó: "¿Me has hallado, enemigo mío?" —y él respondió— "¡Hete encontrado! ¿No mataste y también has poseído? Así dice Jehová: En el lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, los perros lamerán

también tu sangre, la tuya misma"[6]. La exigencia de Jehová en cuanto a la justicia es absoluta; obliga tanto al rey como al campesino. Ese era un principio ya escrito por Moisés en la misma fundación de la religión de Jehová.

El otro principio, de que debía ser adorado sólo Jehová, fué reiterado por Elías una vez más, cuando el rey Ocozías mandó a solicitar ayuda al célebre sanador Baal-zebub[7], el dios de Ecrón, por haberse caído por la ventana desde su cámara alta. Elías encontró a los mensajeros del rey y les dió esta severa orden:

> Id, y volveos al rey que os envió, y decidle: Así ha dicho Jehová: ¿No hay Dios en Israel, que tú envías a consultar a Baal-zebub dios de Ecrón? Por tanto, del lecho en que subiste no descenderás, antes de cierto morirás[8]. (2º Rey. 1[6]).

Todos estos relatos de Elías son leyendas que el pueblo narraba sobre este héroe espiritual, cuyo rango en la tradición lo coloca segundo después de Moisés entre los grandes de Israel. Eso no quiere decir que fueran simplemente inventadas, por cuanto contienen muchos elementos históricos, aunque a menudo es difícil trazar la línea entre los hechos y la ficción; pero esos relatos nos dan quizá un retrato más verdadero de la grandeza del profeta que la que nos hubiera dado una presentación estrictamente histórica. Aquí se da la impresión que hizo este gigante moral y espiritual sobre su pueblo; su entusiasmo y admiración por él han idealizado, elevado y engrandecido su personalidad, y sin embargo su interpretación muestra un profundo discernimiento, por cuanto fué producto del afecto y la reverencia. Así era el profeta que vivía en el recuerdo del pueblo. Y, verdaderamente, el discernimiento moral y espiritual revelado en estos relatos; el énfasis sobre el culto exclusivo a Jehová, que en contraste con Baal era el único Dios real; la insistencia en la demanda de una justicia social absoluta; y el engrandecimiento de los dominios de Jehová, quien dirige la historia y usa aún a las naciones extranjeras para sus propósitos, son verdades que pertenecieron al maestro antes que el discípulo las transcribiera. Podemos estar seguros de que el discípulo no fué más grande que su maestro.

Algunas décadas más tarde, fué hecha una colección de los

relatos de Eliseo, la que ahora está incorporada en 2° Rey. 2-8, 13^{14-21}. En el primero de ellos, Elías ha alcanzado una altura casi sobrehumana. ¡Era demasiado grande para morir! Elías y Eliseo caminaban juntos por última vez.

Y dijo Eliseo: Ruégote que las dos partes de tu espíritu sean sobre mí. Y él te dijo: Cosa difícil has pedido. Si me vieres cuando fuere quitado de ti, te será así hecho: mas si no, no. Y aconteció que, yendo ellos hablando, he aquí, un carro de fuego apartó a los dos: y Elías subió al cielo en un torbellino. Y viéndolo Eliseo, clamaba: ¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo! (2º Rey. 2^{9-12})

¡Eliseo había visto y era el principal heredero! El manto de Elías también era suyo, y con él hirió las aguas del Jordán para poder pasar. Para los otros profetas que lo habían visto, esto era prueba suficiente de que el espíritu de Elías descansaba sobre Eliseo. Había comenzado su carrera con un milagro y pronto éstos se sucedieron uno tras otro. El Santo, dotado con poder celestial, anduvo entre el pueblo, que contó historia tras historia de este gran hombres de Dios: cómo curó las aguas de Jericó echándoles sal, diciendo: "Así dice Jehová, yo he sanado estas aguas, no saldrán más de ella ni la muerte ni la enfermedad"; cómo castigó a los jóvenes que le seguían gritando "Sube calvo, sube calvo", haciendo salir del monte dos osos que se arrojaron sobre ellos; cómo libró a una pobre viuda de la desgracia de tener que vender sus dos niños a causa de sus deudas, por el milagro de mantener siempre llena de aceite una simple marmita; cómo recompensó a una rica y bondadosa sunamita que era estéril, por la hospitalidad que le brindó, prometiéndole un hijo y cómo después lo resucitó cuando el pequeño murió a causa de una insolación; cómo evitó la muerte de algunos hijos de los profetas que habían comido potajes envenenados echando un poco de harina en la olla; cómo alimentó a cien hambrientos con sólo veinte panecillos; cómo sanó a Naamán el general sirio de su lepra; cómo ayudó a algunos de sus discípulos a recobrar un hacha que había caído al Jordán, haciendo que el hierro flotase; cómo carrozas y caballos de fuego lo protegieron de los soldados sirios que habían sido enviados para prenderle, y cómo por su ruego Jehová hirió de ceguedad a los sirios para poder hacerles caer en una trampa; cómo avistó el futuro e influenció

mágicamente en él, cuando dijo al rey Joás que disparase flechas e hiriese la tierra, lo que el rey hizo solamente tres veces, cuando debió haberlo hecho cinco o seis, resultando que vencería a Siria tres veces pero no completa y decisivamente; y finalmente cómo, aun después de su muerte, cuando unos en su precipitada huída de unos jinetes sirios, arrojaron en la tumba de Eliseo un cadáver que llevaban a enterrar, el gran poder vivificador de los huesos del profeta lo resucitó. ¡Milagro sobre milagro! ¡Nos hallamos en el propio país de las maravillas! Nos parece estar leyendo la historia de la vida de algún santo, con todas las leyendas y relatos de milagros tan similares en todo el mundo, trátese de santos judíos o cristianos, budistas o mahometanos. Algunas de estas historias se han contado también de Elías. Su valor en cuanto a la historia de la religión popular de Israel es inapreciable. Pero de ellas no aprendemos nada del mensaje de Eliseo. Su personalidad retratada en ellas es la de un santo, un hombre milagroso, bondadoso, manso, benigno, siempre listo para ayudar en tiempo de necesidad; pero consciente de su poder, e insistente en cuanto a la honra que se le debía como profeta de Jehová. Si no supiéramos más que esto acerca de él, lo tendríamos solamente como un santo varón, honrado y reverenciado por el pueblo; pero sin ningún significado especial para el desarrollo de la religión.

Pero afortunadamente, hay otra fuente de gran valor histórico, que corrige además las impresiones que de Acab dan los relatos de Elías. Es una historia de la elevación y caída de la dinastía de Omri. No toda ha sido preservada porque no toda se adapta al esquema del autor de los libros de los Reyes, como veremos. Aunque al escritor le interesaba el rol desempeñado por los profetas en la historia, lo que más le interesaba eran los movimientos políticos y escribió desde un punto de vista político, colocando a los profetas en segundo plano, aunque sin menospreciarlos. Su historia de Omri se ha perdido. Esto es muy de lamentar, por cuanto Omri fué realmente un gran rey, como lo muestran las inscripciones asirias, que todavía un siglo después de su caída, llamaban a Israel "la Casa de Omri". Pero el relato de las guerras sirias de Acab ha sido preservado en 1º Rey. 20 y 22. En esa época, Siria, bajo el gobier-

no de Damasco, estaba en el apogeo de su poder. Se había desplazado hacia el oeste para tener acceso al mar y dominar las grandes rutas de las caravanas. Omri, padre de Acab, había sido derrotado por Ben-hadad I, había perdido varias ciudades israelitas, en el territorio al este del Jordán, y había sido obligado a conceder a los sirios un distrito en su capital recientemente fundada, Samaria, para mercado de sus productos. Para contrarrestar el fuerte poder sirio, Omri había entrado en relaciones familiares con Fenicia, concertando el matrimonio de su hijo Acab, con la princesa Jezabel de Tiro. Nuestro autor no habla de esto, pero sí del sitio de Samaria por Ben-hadad II, y su derrota por Acab. El no dice nada de la causa por la cual Siria reanudó la guerra, pero habla del aviso de un desconocido profeta de Jehová que le trajo la victoria a Acab. La reanudación de la guerra en los años siguientes, fué predicha también más tarde por el profeta, lo mismo que la aplastante derrota de Ben-hadad antes de comenzar la batalla. Después de la victoria decisiva, fué otra vez un profeta el que denunció la excesiva indulgencia de las condiciones que impuso Acab a Ben-hadad, cuando solamente le exigió la devolución de las ciudades que había perdido su padre y la concesión de privilegios mercantiles en Damasco, semejantes a los que tenían los sirios en Samaria. El profeta exteriorizó aquí la indignación popular por el tratado de paz (1º Rey. 20). Este relato no da la impresión de que Acab fuese un apóstata que no tenía ninguna relación con Jehová; por el contrario, los profetas de Jehová desempeñan un rol muy importante en sus decisiones. Pero demuestra que, no pudiendo conseguir el cumplimiento de los términos del tratado, se resolvió a acudir a la fuerza. Su vasallo, el rey Josafat de Judá, fué con él. Pero primero inquirieron a los profetas el oráculo de Jehová. Todos ellos declararon: "Ve, porque Jehová lo entregará en la mano del rey". Cuando Josafat preguntó si no había otro profeta, Acab replicó que aún había uno, "Micaya el hijo de Imla, pero yo lo odio porque no me profetiza bien, sino mal". Sin embargo lo mandó buscar. Mientras tanto, el jefe de los otros profetas, Sedecías, trajo dos cuernos de hierro y dijo: "Así dice Jehová: Con esto arremeterás contra los sirios hasta que hayan sido destruídos".

Y todos se unieron a él para decirle, "Ve hasta Ramot Galaad y vence, porque Jehová lo entregará en las manos del rey". El mensajero que había ido para traer a Micaya le pidió que diera un buen oráculo, pero el profeta replicó, "Vive Jehová que lo que Jehová me diga, eso hablaré". Pero al principio repitió a los reyes el mensaje de los otros profetas, según parece en un tono sarcástico, porque Acab lo reprendió y le ordenó que no dijese sino la verdad. Entonces él dijo:

> Yo vi a todo Israel esparcido por los montes,
> como ovejas que no tienen pastor:
> y Jehová dijo: Estos no tienen Señor:
> vuélvase cada uno a su casa en paz. (1º Rey. 22[17])

Era ésta una dramática descripción de la derrota del pueblo y la muerte de su rey, en la característica forma poética tan común a los grandes profetas literarios. Como explicación de la discrepancia entre su oráculo y el de los otros profetas, Micaya continuó:

> Entonces él dijo: Oye pues palabras de Jehová: Yo vi a Jehová sentado en su trono, y todo el ejército de los cielos estaba junto a él, a su diestra y a su siniestra. Y Jehová dijo: ¿Quién inducirá a Acab, para que suba y caiga en Ramot de Galaad? Y uno decía de una manera y otro decía de otra. Y salió un espíritu, y púsose delante de Jehová, y dijo: Yo le induciré. Y Jehová le dijo: ¿De qué manera? Y él dijo: Yo saldré, y seré espíritu de mentira en boca de todos sus profetas. Y él dijo: Inducirlos has, y aun saldrás con ello; sal pues, y hazlo así. Y ahora he aquí Jehová ha puesto espíritu de mentira en la boca de todos estos tus profetas, y Jehová ha decretado el mal acerca de ti. (1º Rey. 22[19-28])

Sedecías, lleno de ira dió a Micaya una bofetada, exclamando: "¿Por dónde se fué de mí el espíritu de Jehová para hablarte a ti?" A lo que él respondió: "He aquí tú lo verás en aquel día, cuando te irás metiendo de cámara en cámara por enconderte"; y al rey que había ordenado que lo echaran en la prisión hasta su vuelta, le dijo: "Si llegares a volver en paz, Jehová no ha hablado por mí". Entonces Acab se fué para entrar en batalla. El se había disfrazado; pero en la batalla una flecha perdida, le hirió mortalmente. A pesar de la herida, permaneció en su carro durante la lucha hasta que murió por la tarde. ¿Quién puede dejar de tener simpatía por tan noble y bravo rey y guerrero? El relato es importante no sólo porque rectifica nuestro concepto de Acab, sino porque

nos da el notable episodio relacionado con el profeta Micaya y su descripción de la catástrofe, tan exquisitamente expresada en un lenguaje rítmico, con su concepto de la inspiración profética, que no duda de la sinceridad ni de la inspiración real de los otros profetas, sino que atribuye el engaño al mismo Jehová, ¡quien en solemne consejo celestial había planeado extraviar a Acab por medio de un espíritu falso! Para una verdadera comprensión histórica de los profetas profesionales, el juicio de Micaya sobre ellos es tan importante como valioso es su concepto de la inspiración para el desarrollo de la religión. Jeremías juzgó a sus adversarios más duramente y explicó en forma muy diferente la discrepancia entre el mensaje de ellos y el suyo (Jer. 23). La teología de Jeremías puede ser mejor, pero el juicio de Micaya es más justo.

Después de la muerte de Acab, Moab, bajo su rey Mesa, se rebeló contra la soberanía israelita. En el famoso monumento a la memoria de Mesa,[9] se dan detalles sobre esta rebelión. Pero el hijo de Acab y su segundo sucesor, Joram, trató de restaurar la supremacía israelita. Nuestro autor describe en 2º Rey. 3 cómo Joram con sus vasallos, los reyes de Judá y de Edom, avanzó contra Moab desde el sud y a través de Edom, y cómo el profeta Eliseo obtuvo agua para el ejército sediento, empleando sus conocimientos del país, donde el estrato inferior rocoso conservaba el agua de lluvia debajo de la superficie del suelo, y se pudo obtener agua cavando fosos. Es interesante descubrir que Eliseo provocaba su éxtasis profético por medio de la música. Nunca encontramos que los grandes profetas usaran estimulantes externos a fin de llegar al éxtasis profético, aunque sabemos, por los relatos de Elías, que los profetas de Baal danzaban, se enfurecían, gritaban y se cortaban con cuchillos hasta que la sangre manaba a borbollones, y es de suponer que lo mismo ocurriría con los profetas israelitas que andaban en compañías a través del país, en el tiempo de Saúl. Los derviches, hoy en día, usan todavía los mismos métodos. También Eliseo predijo a los reyes su triunfo sobre Moab. Cuando a la mañana siguiente, "el sol brilló sobre el agua, los moabitas vieron que el agua que venía hacia ellos era tan roja como la sangre" y dijeron: "esto es sangre, seguramente los reyes se han destruído, y ha herido cada

cual a su compañero; ahora pues, ¡a la presa, oh Moab!" Esto creían los israelitas; pero podemos estar seguros de que los moabitas no fueron engañados por los charcos de agua ni por su color rojo, porque estaban acostumbrados a ambos fenómenos. Pero fueron derrotados y su país fué devastado. Entonces, como última esperanza, el rey Mesa tomó a su hijo mayor, príncipe heredero de la corona, y lo ofreció en holocausto a su dios Cemós, sobre los muros de su ciudad capital. Fué un medio desesperado para obtener ayuda pero que dió resultado. "Y hubo una grande indignación [de Cemós] contra Israel; y éstos levantaron el campamento de en contra de él, y se volvieron a su país" (VM). Moab permaneció libre, la tentativa de Joram de subyugarlo otra vez había fracasado. Esto está de acuerdo con la inscripción de Mesa. Los israelitas aún creían en la existencia real y el poder del Dios de Moab. Ni el mismo Eliseo hace oír una voz de protesta. Pero Eliseo no es de interés fundamental en este relato: ocupa un lugar semejante al de Micaya en el relato de Acab. A diferencia de los relatos de Eliseo que hemos considerado antes, el profeta aquí se opone al rey de Israel, a quien presta atención solamente por consideración al rey Josafat. Sin embargo, lo ha seguido en su campaña.

En el relato siguiente (2º Rey. 6^{24}-7^{19}) Eliseo también se opone al rey, pero otra vez le da una predicción favorable. La guerra con Siria continuó bajo Joram. Ben-hadad de Damasco sitió a Samaria hasta producir una grande hambre, cuyo horror puede imaginarse el lector por la experiencia del rey al inspeccionar las murallas. Una mujer acudió a él por ayuda y en respuesta a su pregunta, le manifestó:

> Esta mujer me dijo: Da acá tu hijo, y comámoslo hoy, y mañana comeremos el mío. Cocimos pues mi hijo, y le cominos. El día siguiente yo le dije: Da acá tu hijo, y comámoslo. Mas ella ha escondido su hijo. Y como el rey oyó las palabras de aquella mujer, rasgó sus vestidos, y pasó así por el muro; y llegó a ver el pueblo el saco que traía interiormente sobre su carne. Y él dijo: Así me haga Dios, y así me añada, si la cabeza de Eliseo hijo de Safat quedare sobre él hoy. (2º Rey. 6^{28b-31})

El porqué Eliseo fué hecho responsable del desastre, no se nos dice. Por lo que sigue podemos deducir que él había aconsejado al rey que no capitulase sino que confiase en la ayuda de Jehová.

Eliseo conoció instintivamente, prosigue el autor, que el rey había planeado su muerte y dijo a los ancianos que estaban con él: "¿No habéis visto cómo este hijo del homicida me envía a quitar la cabeza?" Entonces ellos pusieron cerrojos a las puertas para no dejar entrar al asesino. Cuando el mismo rey apareció poco después, y dijo: "Ciertamente este mal de Jehová viene. ¿Para qué tengo que esperar más a Jehová?" Eliseo declaró, como un oráculo de Jehová, que a la mañana siguiente terminaría el hambre en Samaria, y advirtió al ayudante del rey, que dudaba de la verdad de esto, "He aquí tú lo verás con tus ojos, mas no comerás de ello". Mientras tanto los sirios habían recibido noticias de la próxima invasión de una poderosa confederación de enemigos. El autor habla de heteos y egipcios, y esa era la errónea opinión popular; pero en realidad eran los asirios los que estaban amenazando a Damasco. Cuatro leprosos famélicos que habían ido hasta el campamento de los sirios para buscar alimentos, descubrieron que estaba abandonado y, después de comer y beber y de apoderarse de muchas cosas, llevaron la buena nueva a los samaritanos, a quienes les pareció demasiado buena para ser cierta. Cuando se cercioraron salieron atropelladamente fuera de la ciudad para saquear el campamento sirio. La presión de la multitud sobre la puerta fué tan grande que el ayudante del rey, que era el oficial que estaba allí de guardia, fué atropellado y pisoteado, muriendo como el profeta lo había predicho.

En los dos relatos siguientes Eliseo aparece como ejecutor del Testamento de Elías. En Damasco dijo a Hazael, que le consultaba sobre el resultado de la grave enfermedad de Ben-hadad:

> Ve, dile: Seguramente vivirás. Empero Jehová me ha mostrado que él ha de morir ciertamente. Y el varón de Dios le volvió el rostro afirmadamente, y estúvose así una gran pieza; y lloró el varón de Dios. Entonces díjole Hazael: ¿Por qué lloras mi señor? Y él respondió: Porque sé el mal que has de hacer a los hijos de Israel: a sus fortalezas pegarás fuego, y a sus mancebos matarás a cuchillo, y estrellarás a sus niños, y abrirás a sus preñadas. Y Hazael dijo: ¿Por qué? ¿es tu siervo perro, que hará esta gran cosa? Y respondió Eliseo: Jehová me ha mostrado que tú has de ser rey de Siria. (2º Rey. 8[10-13])

Al día siguiente Hazael mató a Ben-hadad, reinando en su lugar. El narrador muestra un tacto exquisito en esta entrevista fatal:

el profeta se hallaba ante una misión terrible que cumplir, su corazón estaba lleno de dolor y las lágrimas corrían por sus mejillas, tenía que decírselo a Hazael, pero no se lo dijo directamente; sólo se lo sugirió, y Hazael comprendió la sugestión demasiado bien. ¿Mostró Eliseo tal delicadeza? ¿O es solamente la forma en que su discípulo relata el terrible episodio?

Luego viene la unción de Jehú. Joram había sido herido en una encarnizada batalla defendiendo Ramot Galaad contra los sirios, y había retornado a su hogar para curarse de las heridas. Eliseo aprovechó esta oportunidad para enviar uno de sus discípulos a ungir a Jehú, un general que se hallaba en Ramot Galaad, quien fué en seguida proclamado rey por sus adictos oficiales, cuando supieron lo que "este loco" había hecho. Este epíteto muestra la impresión que la conducta extática de estos profetas causaba entre el pueblo, a pesar de que reconocían su inspiración y su autoridad divina. Jehú pudo ser uno de los del partido fanático de Jehová, a quien Eliseo podría utilizar para su propósito de derrocar a la dinastía de Omri, que religiosamente había sido demasiado tolerante con los otros cultos y no bastante entusiasta por Jehová. Las guerras con Siria en las que se habían resuelto las cuestiones de orden político y dominio comercial, habían hecho que los gobernantes dejaran de lado los grandes asuntos religiosos que concernían al partido profético. Acab había incurrido en la desaprobación y rencor de este partido por su casamiento con Jezabel, y por el asesinato judicial de Nabot. Ahora Jehú se dirige en violenta marcha hacia Jezreel, mata al rey y a su huésped el rey Ocozías, de Judá. Se sentía el vengador de Nabot y el ejecutor del oráculo de Elías a Acab. Después de matar a Joram,

> Dijo luego Jehú a Bidkar su capitán: Tómalo, y échalo a un cabo de la heredad de Nabot de Jezreel. Acuérdate que cuando tú y yo íbamos juntos con la gente de Acab su padre, Jehová pronunció esta sentencia sobre él, diciendo: Que yo he visto ayer las sangres de Nabot, y las sangres de sus hijos, dijo Jehová: y tengo de darte la paga en esta heredad, . . . conforme a la palabra de Jehová. (2º Rey. 9$^{25-26}$)

La reina Jezabel, que desafió al regicida, fué también, por orden de éste, arrojada desde una ventana; setenta príncipes reales fueron ejecutados en Samaria por sugestión suya, aunque más tarde negó

toda la responsabilidad por este hecho; cuarenta y dos príncipes de Judá fueron muertos cuando se dirigían a visitar a los príncipes de Samaria. El horror de todo esto produjo un estremecimiento en ambos países, pero nadie se atrevió a resistir al brutal usurpador, que tan bien sabía disimular sus actos bajo la devoción religiosa. Obligó a Jonadab, hijo de Recab, a que fuera con él en su carro a fin de ser visto con el jefe de este partido fanático de Jehová, que en su violenta oposición al culto de Baal rechazaba no sólo la religión, sino también la civilización de Canaán con sus cultivos de viñas y sus ciudades. El golpe final por el cual exterminó a todos los adherentes al culto de Baal, fué dado en una fiesta de Baal, al que fueron todos obligados a concurrir, y donde todos fueron muertos. Con las palabras: "Así extinguió Jehú a Baal de Israel", finaliza la historia tan dramáticamente relatada en este documento que en conjunto es digno de crédito. El autor aprobaba la conducta de Jehú, (aunque no lo declara abiertamente; pero, cien años después, el profeta Oseas se estremecía de horror al predecir la caída de la dinastía de Jehú por causa de estos crueles crímenes. La conciencia tuvo su historia en Israel como en todas partes. ¡Lo que la conciencia de Eliseo aprobaba, la de Oseas lo condenaba!

El Eliseo de esta historia es muy diferente del bondadoso y humano hombre de Dios consignado en los relatos de Eliseo. Pero esta presentación es más histórica. Aún así, no da la impresión de que tuviera una doble porción del espíritu de su maestro ni siquiera de que pudiera compararse con Elías tanto en cuanto a su grandeza moral como a su significado histórico. Pero descubrimos que su importancia y actividad política fueron considerables. Lo poco que de sus mensajes se encuentra en estos relatos no contiene ningún pensamiento más elevado que el del pueblo que lo rodeaba.

La "Historia de la elevación y caída de la Dinastía de Omri", como la hemos llamado, es una de las fuentes históricas de más valor que poseemos. Fué escrita en Israel durante el reinado de Jehú (842-815 a. de J. C.) por un autor que, a pesar de su predilección por los profetas no tenía ningún prejuicio contra la

dinastía, ya que describió a Acab en forma que provoca nuestro profundo interés por él, si no nuestra admiración; y también a Joram, a pesar de la oposición que le hizo Eliseo, como hombre de una religiosidad no fingida, —como lo prueba el hecho de que llevara un cilicio oculto—, y deseoso de esperar la ayuda de Jehová, si sólo podría estar seguro de que la calamidad no había sido determinada por él. Este autor mantuvo la norma de estricta imparcialidad y objetividad establecida por la anterior historia de la fundación de la monarquía.

Capítulo V

EL JEHOVITA

Las leyendas del pasado se han transmitido de una época a otra con una asombrosa y tenaz memoria. Algunas son antiquísimas, repetidas de generación en generación. Los sacerdotes narraban las historias que tenían relación con sus santuarios; los pastores relataban sus cuentos de la vida pastoril; los campesinos los de la agricultura, y los ciudadanos los de la vida urbana. Todas eran al principio historias sencillas, completas e independientes unas de otras. Los trovadores y los narradores las habían coleccionado, contándolas al pueblo en los campamentos y en festivales, y a su vez los padres las contaban a sus hijos. Pero con el correr del tiempo y el desarrollo de la vida sedentaria, se hizo sentir la necesidad de escribirlas, y así se preservaron ciertos grupos de relatos. Al llegar a la época de los registros literarios, inevitablemente los relatos habrían sido ya más o menos modificados en el largo proceso de la tradición oral. Relatos que originalmente no eran israelitas sino cananeos y babilonios, se habían transformado en israelitas. Así, cuentos religiosos que en su origen tenían relación con el dios cananeo Baal o el babilónico Marduc o con alguna otra deidad, ahora se relacionan con Jehová. Hasta dónde había llegado este proceso de adaptación en la época de Elías, no lo sabemos; pero por aquel tiempo (alrededor del 850 a. de J. C.) alguien reunió los varios grupos de relatos, formando así una gran obra, en la que se describe la historia de Israel desde sus orígenes hasta la conquista de Canaán, mostrando así por qué y cómo su pueblo llegó a posesionarse del país.

Se remontó al principio mismo del tiempo y narró la historia de la creación del hombre; cómo Jehová lo formó del polvo de la tierra, sopló aliento de vida en sus fosas nasales, lo colocó en el jardín del Edén y le hizo una compañera de una de sus cos-

tillas. Esa es la razón, observaba el autor, por qué "el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer y son una carne"; ¡al principio habían pertenecido a un mismo cuerpo! "Y llamó el hombre el nombre de su mujer Eva, por cuanto era la madre de todos los vivientes". Estos primitivos relatos responden a profundas cuestiones de interés permanente para la mente humana. El principio del Universo fué una edad de oro. Los hombres vivían felices y despreocupados en el maravilloso jardín del Edén. ¿Por qué no duró esto? ¿Por qué entró en el mundo la miseria y todo el dolor, el sufrimiento y el trabajo? ¡A causa de la desobediencia del hombre! Jehová les había prohibido comer del fruto de un árbol que había en medio del jardín; pero, tentados por la astuta serpiente, transgredieron esta orden y fueron castigados: la mujer, con los atroces dolores del alumbramiento, unidos a un insaciable deseo, a pesar de la agudeza de dichos dolores; el hombre, con el pesado e interminable trabajo para obtener los frutos de la tierra que hasta entonces habían sido suyos sin esfuerzo alguno. También la serpiente fué maldita, ¡siendo esto la causa porque se arrastra ahora sobre su vientre y hay eterna enemistad entre ella y el hombre! Además nos ha dado una variente de la historia del árbol de la vida, cuyo fruto haría inmortal al hombre que lo comiera. Israel igual que otras naciones creía que el conocimiento y la vida eterna podían obtenerse comiendo ciertos alimentos. Nuestro autor tomó de esta última leyenda los motivos de la expulsión del hombre del jardín del Edén, de lo cual el otro relato no decía nada. Jehová temía que el hombre pudiese comer del árbol también de la vida, y por eso lo expulsó, obstruyendo la entrada al jardín con querubines y una espada centelleante que se movía en todas direcciones. El primer narrador de la historia del Edén fué un agricultor. Indiferente en cuanto a su origen, el autor, que ha narrado la primera desobediencia del hombre, sigue ahora con un relato del primer homicidio, que procedía de algún pastor, pues Caín, el asesino, era "labrador del campo" y su ofrenda de cereales no era acepta a Jehová, mientras Abel era "cuidador de ovejas" y "Jehová se agradaba de Abel y su ofrenda". Para nuestro autor esto no era de mayor significado; para él, la razón de la no aceptación

de la ofrenda de Caín era moral, pues Jehová, que mira el corazón, amonestó a Caín:

> ¿Por qué te has ensañado y por qué se ha inmutado tu rostro? Si bien hicieres, ¿no serás ensalzado? y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta: con todo esto, a ti será tu deseo, y tú te enseñorearás de él. (Gén. 4[6b, 7])

Sin embargo, Caín mató a Abel; pero fué castigado con una tremenda maldición, que le hizo abandonar su hogar, convirtiéndole en "un fugitivo y errante en la tierra". Para librarle de ser asesinado, Jehová le dió una señal, el signo tribal de los cainitas, por el cual sería reconocido en todas partes como miembro de una tribu sanguinaria, famosa por su terrible venganza de sangre. Nuestro autor colocó esta primitiva institución legal al principio de la historia humana, sin tomar en cuenta que en realidad vino después, y que, con todos sus terrores, era un gran paso hacia adelante, salvaguardando la vida por medio de la acción familiar o tribal antes de que un gobierno fuerte pudiese tomar en sus manos la ejecución de la justicia. Tampoco le interesaba a nuestro autor que esta narración diera por sentada la existencia de muchos individuos además de Adán y Eva y sus hijos, pues no tenía la intención de relatar en detalle la historia de toda la raza humana. Procedió a hablar de la construcción de la primera ciudad por Caín, y de sus descendientes que fueron los antecesores de los ganaderos nómadas, de los músicos y los artífices, e incorporó aquí el terrible canto de Lamec que celebraba su brutal y desenfrenada venganza de sangre (véase pág. 2). ¡La civilización había avanzado por medio de Caín y sus descendientes; pero paralelamente con el crimen y el pecado! Junto con la línea cainita el autor muestra cómo nació la religión en los descendientes de Set. Después del nacimiento del hijo de Set, Enós, "los hombres empezaron a recordar el nombre de Jehová"[1]. Los fabulosos gigantes de la antigüedad, los "nefilim", hijos de seres celestiales y hermosas hijas de los hombres son colocados por el autor en este período; pero sólo queda un fragmento de lo que debe haber sido en su forma primitiva un relato más largo, porque Israel, como otros pueblos, tenía leyendas referentes a semidioses, que nuestro autor no podía utilizar. Tal como aparece, esta breve referencia

parece destinada a servir como ilustración de la creciente pecaminosidad en el mundo. Porque inmediatamente después leemos:

> Y vió Jehová que la malicia de los hombres era mucha en la tierra y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. (Gén. 6^5)

por lo cual resolvió destruirlos a todos. Solamente "Noé halló favor a los ojos de Jehová", y se salvó por medio de un arca que él había construído, junto con siete parejas de todas las bestias limpias y dos parejas de las inmundas, de la terrible inundación que Jehová efectuó enviando una lluvia que duró cuarenta días y cuarenta noches. Cuando Noé ofreció holocaustos después de su salvación:

> Y percibió Jehová olor de suavidad; y dijo Jehová en su corazón: No tornaré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud: ni volveré más a destruir todo viviente. como he hecho.
>
> Todavía serán todos los tiempos de la tierra; 18
> la sementera y la siega, y el frío y calor,
> verano e invierno, y día y noche,
> no cesarán. (Gén. $8^{21, 22}$)

Esta profunda observación de la humana pecaminosidad es ilustrada inmediatamente con la vergonzosa conducta de Canaán hacia su padre, Noé, quien bebió demasiado del vino que él había sido el primero en hacer. El relato debe haber sido antes más violento de lo que está ahora en la versión de *J* (= *Jehovista*). La maldición de Noé a Canaán y su bendición a Sem y Jafet contiene el tema de toda la historia de *J*, porque Canaán tiene que someterse a Sem y Jafet. Este es el programa del futuro, cuya realización traza *J* a través de las épocas subsiguientes hasta que Israel (Sem) llega a ser por último el señor de Canaán. La maldición y la bendición de un antecesor tenían, según una antigua creencia, un poder mágico para desatar ciertas fuerzas que determinaban su cumplimiento. A pesar de todos los obstáculos que puedan surgir para frustrar la gran esperanza, el triunfo final está asegurado. Con este fin claramente a la vista, *J* procede a narrar el notable relato. Después de dar una rápida genealogía de los

hijos de Noé, en la que mostró cómo repoblaron la tierra, y de narrar la historia de la torre de Babel que los hombres construyeron en su orgullo presuntuoso, por lo cual fueron desparramados por toda la tierra[2], *J* comenzó la historia de Abram, el padre de la raza elegida.

Al principio *J* colocó la gran promesa:

Empero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré; Y haré de ti una nación grande, y bendecirte he, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición: Y bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré: y serán benditas en ti todas las familias de la tierra: (Gén. 12[1-3]).

Pero esta era para un futuro lejano. Sin hogar, Abram erró sin conocer su destino hasta que llegó a Siquem en Canaán, donde le fué dada la divina promesa: "a tu simiente daré esta tierra". Pero bien pronto una grande hambre le obligó a dejar la tierra prometida y a buscar alimento en Egipto. Allí la belleza de su esposa Sara le puso en un conflicto; pero pudieron librarse, volviendo a Canaán con grandes riquezas que el faraón le había dado cuando tomó a Sara para su harén. Pero otra vez el lector queda en suspenso, porque Abram casi pierde el país a causa de su generosidad, lo que efectivamente habría ocurrido si Lot no hubiese elegido el territorio maravillosamente fértil de Sodoma, que más tarde por un juicio de Dios fué desolado a causa de la gran maldad de Sodoma. En Hebrón, donde Abram se había establecido, Jehová le dió la promesa de un hijo, ¡pero Sara era estéril! La promesa parecía no cumplirse sobre todo cuando Agar su esclava, a la que Sara había dado a Abram como concubina, se escapó al desierto antes de que naciera su hijo a causa de la intolerable aspereza de la celosa Sara. Por último, cuando él y su esposa eran tan viejos que ya no podían esperar hijos, Jehová les prometió un hijo propio como recompensa por la hospitalidad que le habían dispensado en su visita, junto con dos ángeles, a la tienda de Abram.[3] ¡Y efectivamente, en el tiempo predicho nació Isaac! Cuando hubo crecido, Abram envió a su mayordomo de confianza a su país natal en Siria, para que le procurara una esposa entre las hijas de sus parientes, porque Isaac no debía casarse con una doncella cananea. Después de un viaje feliz, volvió con la hermana de Labán,

Rebeca, a quien Isaac muy gustoso tomó por esposa.[4] ¡Pero también era estéril! Y solamente después del fervoroso ruego de Isaac, Jehová le concedió hijos, los mellizos Jacob y Esaú. Cuando todavía estaban en el seno materno, ambos lucharon. El oráculo de Jehová interpretó esto como una profecía de rivalidad de las dos naciones, Israel y Edom, cuyos antecesores habrían ellos de ser, dándose esta predicción, "el mayor servirá al menor". El pleno significado de esto apareció cuando nació primero Esaú (Edom), y Jacob (Israel) segundo. El primogénito era comúnmente el heredero. ¡Pero Jacob tenía la promesa! Y él obtuvo por medio del fraude la potente bendición de su padre, que había sido dedicada a su hijo favorito Esaú: mucho linaje y señorío. Aún así el cumplimiento parecía otra vez imposible, por cuanto Jacob tuvo que huir de la venganza de Esaú. Pero su buena estrella le favoreció de nuevo. Fué a lo de Labán, el hermano de su madre, y desposó a las dos hijas, Lía y Raquel, y volvió con una fortuna inmensa, producto de su trabajo y su habilidad, acompañado por sus esposas y doce hijos, la mayoría de los cuales eran de Lía ¡a la cual al principio no había querido! Todos los obstáculos fueron salvados; la persecución de Labán y el encuentro con Esaú, aun cuando en el momento fueron amenazadores; y Jacob se estableción una vez más en Canaán. El tiempo de la posesión de la tierra prometida parecía haber llegado.[5] Pero esta vez su hijo favorito, José fué sacado del país y vendido como esclavo en Egipto, y puesto en la cárcel. ¡Mas allí se elevó hasta la posición de virrey! Jacob con todos sus hijos también dejó el país y emigró a Egipto, donde murió después de bendecir a sus hijos (véanse págs. 11, 12). Una vez más parecía que la promesa había fracasado.[6] No obstante en Egipto llegaron a ser un pueblo muy numeroso, cumpliéndose así parte de la promesa. Pero este crecimiento alarmó a los egipcios, quienes entonces los oprimieron y esclavizaron. Les surgió un defensor en la persona de Moisés, pero bien pronto tuvo que huir, luego de matar a un egipcio que había asesinado a un hebreo. Y también este aparente infortunio llegó a ser de un significado decisivo para el destino de Israel. Porque en Madián, a donde Moisés se había escapado, y donde se casó con Séfora, la hija del Sacerdote,

Jehová se le apareció y le dijo que había oído el clamor de su pueblo en Egipto y que debía volver allá, a pesar de su protesta, como su representante para efectuar la liberación de su pueblo; y para ello le dotó del poder de obrar milagros. Cuando Moisés regresaba a Egipto con su esposa y su hijo, sin que se mencione la causa, Jehová le atacó en una posada del desierto, pero Séfora le salvó recurriendo al poder mágico de la sangre de su hijo, a quien ella circuncidó. En Egipto, su misión ante el faraón al principio fracasó, y sólo dió como resultado una opresión más rígida del pueblo.[7] Pero una serie de plagas[8] que Moisés anunció en el nombre de Jehová, el faraón se vió finalmente obligado a dejar partir al pueblo a fin de celebrar la fiesta de Jehová en el monte sagrado del desierto. Al final él era el más apurado para que se fueran. Con gran apresuramiento, sin tener tiempo de hacer leudar la masa, partieron en el mes de Abib. En memoria de este éxodo Moisés ordenó que se guardase cada año en el mes de Abib la fiesta de los panes ázimos y que se diesen a Jehová los primogénitos machos de animales y varones. La gran multitud de 600.000 (!) hombres, además de los niños y una muchedumbre cosmopolita se movió hacia el sur, marchando Jehová delante de ellos en una columna de humo durante el día y de fuego por la noche. Pero repentinamente se vió en peligro el éxito de la empresa, porque el faraón había cambiado de idea, y los perseguía con su caballería. Parecía que no tendrían ninguna vía de salvación, pero Jehová "hizo que la mar (que en aquel tiempo se extendía mucho más hacia el interior del país y que impedía el cruce de los israelitas al desierto) se retirase por recio viento oriental toda aquella noche; y tornó la mar en seco" y así pudieron pasar salvos, mientras los egipcios perseguidores, con las ruedas de sus carros hundidas en el lodo, fueron alcanzados y anegados por la marea creciente. ¡Habían sido librados poderosamente! Lleno de gozo, Israel cantó a Jehová:

> Cantaré yo a Jehová,
> porque se ha magnificado grandemente,
> echando en la mar al caballo
> y al que en él subía. (Ex. 15[1])

Esto fué la base de todas sus grandes experiencias históricas; un

hecho de la Providencia que jamás se olvidaría. Jehová había vencido a los egipcios. Había demostrado que podía salvar a su pueblo de todos los peligros.[9]

En el desierto él les protegió proporcionándoles agua y alimento a pesar de que su ingratitud les llevó a la murmuración. En la gran visión Jehová le había dicho a Moisés que los llevaría de Egipto al fértil país de Canaán y él tuvo presente constantemente esta meta final.[10]

Moisés se aseguró los servicios de su cuñado Hobab como guía. Cuando al fin llegaron al límite sur del país, envió espías para reconocer la parte sur. Mas cuando volvieron y contaron que el país ciertamente fluía leche y miel, pero que los habitantes eran fuertes, algunos de ellos verdaderos gigantes, y que sus ciudades estaban fortificadas, el pueblo tuvo miedo y rehusó intentar la invasión. ¡Tan cerca de la meta, tan cerca del cumplimiento de la profecía y otra vez tenía que ser pospuesta! Jehová declaró que la generación presente no la vería.[11]

Cuando finalmente intentaron invadir a Canaán por el este, atacaron y derrotaron a los ammonitas y a los amorreos que interceptaban su camino. El rey Balac, de Moab, temiendo la invasión y la derrota a manos de Israel, mandó buscar al famoso profeta Balaam, hijo de Beor, para que maldijese a Jehová y así lo destruyese. Pero cuando vino no pudo maldecir, porque Jehová lo obligó a bendecir. Y en sus oráculos (véanse págs. 13 a 15) predijo no solamente la futura prosperidad de Israel, sino también el advenimiento de David: —"y saldrá estrella de Jacob, y levantaráse cetro de Israel"— y su conquista de Moab y Edom. El horizonte de la antigua predicción se ampliaba y era seguro que sería cumplida. Moab no fué atacado; más aún, algunos israelitas tomaron parte en fiestas moabitas, sacrificando en honor de sus dioses; pero Jehová lleno de ira ordenó que los cabecillas fueran colgados por esto. La ocupación del territorio al este del Jordán por la tribu de Manasés, es relatada rápidamente, lo mismo que la conquista de Palestina, pues sólo tenemos unos pocos relatos de *J* respecto a ella, en el libro de Josué: el fragmento del encuentro de Josué, general del ejército Israelita, con el "príncipe de la hueste

de Jehová"; el pacto con los heveos tramposos, y quizás la cita del Libro de Jaser donde Josué ordenó al sol y a la luna que se detuviesen (véase pág. 5).[12] Ciertos pasajes en Josué[13] y especialmente el primer capítulo del libro de Jueces dan un valioso resumen de *J* de los resultados de las batallas de Israel para la posesión de Canaán. Según *J*, Israel conquistó el país, pero no todo; especialmente las ciudades y las llanuras quedaron en las manos de los cananeos, porque las ciudades estaban bien fortificadas y en los llanos Israel no podía imponerse a sus carros. Los cananeos no fueron, pues, ni completamente expulsados ni exterminados. Israel se estableció en medio de ellos, aprendiendo el arte de la guerra de estos experimentados guerreros (Jueces 3°). Sin embargo (al fin), los cananeos "quedaron sometidos a servidumbre". ¡La gran predicción se había cumplido: Canaán era el esclavo de Israel!

J pudo haber concluído aquí su relato. Pero si la promesa a Jafet era parte original de la bendición de Noé, debía continuar a fin de demostrar también que se había cumplido. Además, la maravillosa profecía del rey salido de Israel, de la estrella surgida de Jacob, señalaba hacia David, y por lo tanto el relato de *J* no estaría completo hasta que hubiera hablado también de David y del esplendor y poder de su reino. En el período llamado de los jueces, *J* relató la historia del zurdo benjamita Aod, que asesinó al rey Eglón de Moab y derrotó a los moabitas; incorporó el canto de Débora; habló de Gedeón el campeón de Manasés y su victoria sobre los invasores madianitas; de Abimelec y su fracasada tentativa de establecer una monarquía; de Jefté el galaadita, y su guerra contra Ammón, además del feroz ataque a los efraimitas que habían reñido con él, y la matanza de los fugitivos en los vados del Jordán, donde los identificaban por la palabra Shibólet que ellos pronunciaban Sibólet; escribió de Samsón y las tretas de que hizo objeto a los filisteos; de Mica y su ídolo y la emigración de los danitas; y del ultraje de Gabaa y su expiación.[14]

La conclusión y climax del relato de *J* se refiere al peligro filisteo, ya mencionado en las historias de Samsón, y a la fundación de la monarquía que aseguró el dominio de Israel sobre el país, la terminación de su sometimiento a los cananitas y su salvación final

del peligro filisteo. Para todo esto *el Jehovista* hizo uso de la historia de David (véanse pág. 20 y sigs.). Ahora por fin se había cumplido completamente la predicción de Noé: ¡Canaán era esclavo de Sem y de Jafet! Jafet moraba en sus tiendas. El peligro filisteo había pasado para Israel; pero es significativo que no se expresara ninguna esperanza de sometimiento de los filisteos a los israelitas; por el contrario, se da por sentada su permanencia en el país y su independencia. La promesa divina a Abram se había cumplido, Israel era ahora un pueblo poderoso, feliz y próspero, envidiado y admirado por los pueblos de la tierra. La bendición de Jacob se había convertido en realidad. Y la predicción de Balaam se había realizado: la estrella salida de Jacob había aparecido: ¡David gobernaba las naciones!

Este relato de *J* era una obra maravillosa. Fué la primera historia comprensiva que se haya escrito; aún los mismos griegos no tuvieron nada semejante hasta varios siglos después. ¡La historia de Israel estaba asentada en el armazón de la historia del mundo! El vasto horizonte que abarca a las naciones del mundo en su extensión, junto con una comprensión inclusiva de la historia desde la creación del género humano hasta el tiempo de David, constituían una realización historiográfica de primer orden. E igualmente importante fué la ordenación de todo el movimiento de la historia alrededor de una gran idea manifestada en la bendición de Noé y realizada a pesar de los obstáculos de toda clase que siempre la retardaron y a menudo amenazaron frustrarla —porque era una idea divina. Se advierte la obra de una mente maestra, que consideraba a la historia como el cumplimiento del propósito de Dios. Porque él estaba detrás de los grandes movimientos y ordenaba los acontecimientos según su plan. El hecho de que el amplio horizonte no se mantuviera a través de todo el relato, se debe a la naturaleza de la tarea del autor. Más tarde, cuando vinieron los grandes movimientos mundiales inaugurados por Asiria y Babilonia, los profetas, especialmente el llamado Deutero-Isaías, pensaron en términos universales. Pero el comienzo lo tenemos en *J*, que influyó profundamente sobre los grandes profetas del destierro. Por supuesto, tenía el material para su historia,

parte en tradición y parte en escrito. Pero él lo ordenó como lo tenemos ahora. Si este orden corresponde a la historia, no siempre lo sabemos; en algunos casos se puede afirmar que ciertos relatos pertenecen a otra parte. Por ejemplo, sabemos que la emigración de los danitas en el período de los jueces tuvo lugar antes de la guerra bajo Débora, porque en esa época ya estaban establecidos en sus nuevas posiciones del norte. Si los varios héroes que fueron libertadores de sus respectivas tribus, no de todo Israel, vivieron en el orden dado o no, o si algunos fueron contemporáneos o no, ya no podemos decirlo.

El valor histórico del material de *J* varía. En el período primitivo *J*, por supuesto, tenía mitos y leyendas, por cuanto nadie había estado presente en la creación, y el relato del diluvio fué en su origen parte de la epopeya babilonia de Gilgamesh,[15] como lo demuestra su comparación. No era de esperar que hubiera historia del período más antiguo, sino relatos entretejidos por la imaginación poética del pueblo. El relato de la creación y el diluvio procedía originalmente de Babilonia, y quizás también el relato de la torre de Babel; no importa mucho si llegaron a Israel por medio de los cananeos o más directamente cuando Salómón abrió las fronteras del intercambio comercial e intelectual con el Oriente. En el segundo período, o sea el patriarcal, nos hallamos todavía en el período épico. Los relatos contienen reminiscencias de la historia tribal valiosas, pero no siempre fáciles de extractar. Todo el período es descripto en leyendas, y es imposible reconstruir con ellas una historia real. *J* puso los relatos en orden, arreglándolos como lo hizo, estableciendo que Abram era el antepasado, Isaac hijo suyo, Jacob su nieto, y José su bisnieto. En el período mosaico hay más base histórica, y podemos decir que la opresión en Egipto, la liberación por Moisés, y la maravillosa huída a través del Mar Rojo son hechos históricos, aunque la historia está mezclada con relatos de leyenda. El material de *J* correspondiente al período de la conquista es enteramente fidedigno. Sus relatos del tiempo de los jueces, también se basan en buen material histórico con excepción de las leyendas poéticas sobre Samsón, aunque aún

éstas tienen el fondo histórico de los comienzos de la opresión filistea.

Los relatos están redactados con un gran arte literario. El *Jehovista* no fué solamente un maestro en planear, arreglar y agrupar todo el material, sino también en la narración de biografías. Es un maestro reconocido del arte de la narración. Su arte literario es exquisito, fresco, vívido, concreto y gráfico, los personajes son diseñados con la seguridad de un gran artista, los relatos se mueven rápidamente y están llenos de interés. No es extraño que hayan deleitado a los lectores de más de dos milenios. No debemos olvidar que los relatos cuando fueron recibidos por *J* en forma oral o escrita, habían sido pulidos por varias generaciones, sin embargo, él les imprimió su sello literario. En su forma actual son propiedad suya.

Más importante que este arte literario fué la transformación de las leyendas populares en verdaderas narraciones israelitas, en las que moraba el espíritu de la religión de Jehová. Una de las más bellas ilustraciones de la actividad transformadora y modeladora de la mente israelita es el relato del diluvio, ya que la comparación con su prototipo babilonio muestra no solamente la notable similitud de los dos, aún en los detalles, sino también la sorprendente diferencia. En el relato hebreo se omite todo rastro de politeísmo y mitología; es un cuento puro, moral y monoteísta. Si comprendemos a *J* correctamente, no sólo nos resulta un soberbio historiador y un maravilloso artista literario, sino también un gran maestro de religión. Enseñaba por medio de sus relatos. Jehová era para él el único gran Dios, el Creador, el único Dios de Israel. El gobernaba las fuerzas de la naturaleza, como lo muestran los relatos de la creación y el diluvio; también las fuerzas de la historia, como tienden a probarlo todas sus leyendas. Es Dios moral que demanda rectitud, recompensa la fe y la bondad, la inocencia y la abnegación, pero castiga la maldad y la opresión, no solamente en Israel, sino en toda la tierra, en Babel, en Egipto, etc. Tal es el Dios de Israel, y el pueblo debe serle leal, porque todo lo ha hecho por ellos, para que finalmente lleguen a ser una nación grande y próspera. Ahora bien, es notable que al contar los

antiguos relatos *J* no rechaza los varios elementos cananeos que han sido introducidos en la religión de Israel, sino que los transforma. Así, los antiguos santuarios locales de los cananeos no eran sagrados para Israel porque Baal hubiera morado y recibido allí el homenaje de sus adoradores, sino porque Jehová había aparecido en ellos a los antepasados, quienes les habían levantado allí altares. Los lugares sagrados no eran los únicos lugares donde Jehová vivía y obraba, porque él no estaba limitado a ellos. El moraba en el cielo. Los árboles sagrados no eran lugares donde Dios moraba, pero habían sido plantados por Abram, y los pozos sagrados habían sido cavados por Isaac. La deidad no vivía en ellos. como creían los cananeos. Cuando Jehová apareció a Abram en Hebrón, no salió del árbol; ni del pozo en Beerlahairoi cuando apareció a Agar. Las sagradas columnas de piedra no eran Beteles o casas de Dios, sino piedras conmemorativas o tumbas. No había una lucha abierta contra estos adornos del culto cananeo, sino una pacífica reinterpretación, que desplazaba su antiguo significado y los hacía inofensivos. Por supuesto, fueron descartadas las ideas no asimilables, p. ej.: las nociones politeístas y las deidades femeninas. En el relato de la visita de los tres hombres a Abram, antropomórfico como es, ya no hay tres deidades, como debe haber habido en la narración más antigua, sino que se trata de Jehová y dos ángeles. No es extraño encontrar que ocasionalmente *J* no consiguiese eliminar por completo todos los rasgos no israelitas. En el relato de la tentación, la serpiente ya no es una deidad, pero conserva todavía un algo misterioso, de tal modo que aún ahora no es precisamente una serpiente común; en el casamiento de ángeles con mujeres, lo mítico brilla aún en todo su esplendor. En los celos de Jehová por que los hombres no lleguen a ser inmortales; en su temor de que uniéndose lleguen a ser demasiado poderosos; en la lucha de Jacob con Dios; en el repentino ataque de Jehová a Moisés en la posada del desierto; en todo esto hay elementos que no pueden ser fácilmente armonizados con la exaltada idea de Dios que tenía *J*. Pero, después de todo, ¡cuán poco hay de esto! ¡Y qué éxito y energía maravillosa en la transformación de las

ideas religiosas se manifiestan a través de toda la obra de *J*! Que *J* profundizó también las ideas puramente israelitas en estos relatos, está bien claro; p. ej.: en la historia de Caín, donde el antiguo conflicto del rechazo de los sacrificios de cereales y la legitimidad de los sacrificios de animales es relegado a un plano completamente secundario, mientras se da énfasis a la idea moral de albergar pensamientos pecaminosos con la subsiguiente dominación del pecado en el corazón, junto con la obligación social del hombre de ser el guarda de su hermano. Es verdad que hay un antropomorfismo muy pronunciado en algunos relatos, p. ej., cuando Dios se pasea en el jardín, o visita a Abram en su tienda y come allí una comida. Esto no concuerda fácilmente con la gran concepción del Creador. Pero es problemático que *J* notara la incongruencia, y no debemos olvidar que las ideas antropomórficas son a menudo un signo de una religión vital. Para nosotros es más serio el hecho de que *J* no desaprobara la mentira de Abram; que narrara con evidente regocijo los relatos del engaño de Jacob a su padre, y sus tretas fraudulentas a Labán; y que no omitiera el relato del incesto de Lot. Es cierto que, según nuestras ideas, éstos son elementos que pertenecen a un nivel moral más bajo. Pero son muy incidentales y no pueden obscurecer la gloria de este hombre, a quien debemos admiración y gratitud como historiador, artista literario y maestro religioso.

Más tarde algunas variantes o nuevas tradiciones fueron insertadas en lugares adecuados, tales como la historia de Rebeca en el harén de Abimelec en Gén. 26, y la de Judá y Tamar en Gén. 38. Especialmente se hicieron ciertos agregados para elevar la calidad religiosa del relato: la promesa que fué repetida a Abram en Gén. 13^{14-17} y a Jacob en Gén. $28^{13-16,\ 19a}$; en el relato de las plagas se hizo una serie de inserciones que mostraban que eran manifestaciones del poder de Jehová, destinadas a probar su divinidad y hacer que su nombre fuera conocido en toda la tierra.[16] Las más bellas de estas adiciones son: la oración de Jacob en el río Jabóc (Gén. 32^{10-13}) y la intercesión de Moisés en Núm. 14^{11-24}, donde se expresan algunas de las más hermosas convicciones religiosas.

Las más significativas de todas ellas son: la súplica de Abram por Sodoma, en que se discute el problema de la responsabilidad solidaria y el efecto salvador aun de un pequeño remanente,[17] y el relato de la estada en Sinaí y la recepción de la ley.[18]

Capítulo VI

EL ELOHISTA

En la primera mitad del siglo octavo, se preparó en el reino del norte una obra muy similar a la gran historia del *Jehovista.* Aquí una mente profética, influenciada por el profeta Elías, escribió la historia desde el punto de vista de los del norte, dando más importancia a la tradición israelita que a la judía, presentándola desde el punto de vista de un teócrata convencido. Su obra no tenía la vasta extensión de *J*, ni dió a su relato la perspectiva universal en que *J* había colocado tan efectivamente a su historia de Israel; pero la hizo más definitivamente el vehículo de sus ideas religiosas. Su nombre se ha perdido, pero ahora se le conoce generalmente como el *Elohista,* o abreviado *E*, porque usó en sus relatos la palabra Elohim para nombrar a Dios, evitando el nombre propio Jehová hasta la época de Moisés, porque creía que por primera vez le fué revelado a Moisés, habiendo sido desconocido por los patriarcas.

El relato del *Elohista* es paralelo al del *Jehovista;* pero no comienza hasta Abram. En sus tres relatos sobre Abram que se han preservado se puede discernir en seguida el carácter peculiar de *E.* Hay un marcado progreso en sus puntos de vistas teológicos y éticos. El relato de Sara en el harén del faraón contado por *J* había dejado en el lector una impresión desfavorable sobre Abram. *E* corrigió esto en su versión (Gén. 20^{1-17}), pues la colocó en el harén del rey Abimelec, en Gerar, haciendo énfasis sobre el hecho de que nada le había sucedido, porque Dios había prevenido al rey a tiempo en un sueño. Pero lo que le importaba especialmente al *Elohista* era que en el relato de *J* Abram había mentido al decir que Sara era su hermana. *E* hace notar en su versión que él no había mentido realmente, porque Sara era en realidad su hermana, hija del padre de Abram, aunque no de su madre. Otra vez se hace

aquí referencia en forma terminante a la gran riqueza que Abram había obtenido del rey, diciendo que era para ella "un velo de ojos para todos los que están con ella". ¡Abram queda así limpio de toda mancha, y aún es declarado profeta, por cuya intercesión Abimelec y su harén fueron sanados! En el relato de *J* sobre la fuga de Agar, tampoco hay nada que admirar en Abram. Por eso E mostró en su versión (Gén. 21^{8-21}) cuánto había apenado al patriarca la exigencia de Sara de que arrojara a Agar, y a su hijo; cómo fué consolado por Dios, quien le dijo que obedeciera a Sara, prometiéndole que bendeciría grandemente al hijo de Agar; y cómo Abram le dió a Agar una botella de agua y pan para la jornada cuando la despidió. El sentimiento superior de *E* se ve también en la forma patética con que describe la desesperación de Agar en el desierto, cuando el agua se había acabado y el niño lloraba, y ella no sabía qué hacer. Esta noble simpatía se manifiesta también en el maravilloso relato que *E* hace del sacrificio de Isaac (Gén. $22^{1-14, 19}$). Pero lo más importante aquí es la enseñanza de que, si bien Dios exige obediencia absoluta aún cuando ello signifique el sacrificio de lo más querido que el hombre posee, él no quiere en absoluto sacrificios humanos. Su demanda a Abram de que sacrificase a Isaac era solamente con el propósito de ponerle a prueba. Para la redención de los primogénitos había provisto un substituto animal. El relato se opone claramente a la práctica inhumana de sacrificar el primogénito, concepto que parece estar involucrado aún en la antigua ley de Ex. 22^{29}. El *Elohista* era un maestro que conocía la eficacia de un relato bien presentado en la educación religiosa.

De Isaac, *E* no tenía nada especial que decir fuera del sacrificio y su parte en los relatos de Jacob y Esaú. Pero aquí notamos otra vez la modificación de los pasajes ofensivos. En *J*, Jacob y Esaú habían luchado ya en el vientre de su madre, tratando Jacob de obtener la superioridad a fin de poder ser el primogénito. ¡Indudablemente el derecho de la primogenitura había pasado a Jacob, tanto que *E* contó cómo Esaú se la había vendido a aquél, que llegó a ser así legalmente el primogénito (Gén. 25^{29-34})! En *J* el haber comido mandrágoras había capacitado a Raquel pa-

ra concebir. Pero *E* decía que era debido al favor de Dios (Gén. 30^{22}). *E* no podía tolerar las prácticas astutas de Jacob que *J* se había complacido tanto en contar, como resultado de las cuales Jacob se había vuelto tan rico. Así él se empeñó en señalar que fué la bendición especial de Dios la que quitó las ovejas a Labán y se las dió a Jacob, e hizo que aún Lía y Raquel testificaran que estaban plenamente convencidas de esto (Gén. $31^{4\text{-}16}$). ¡Qué honrado era Jacob y con qué justa indignación pudo en consecuencia increpar a Labán! Con todo, un motivo contrario más fuerte que el deseo de presentar a los antepasados bajo el mejor aspecto, guió aquí a *E* a contar el engaño de que Raquel hizo objeto a su padre (Gén. $31^{19, 32\text{-}35}$). ¡Ella había robado los terafim de su padre! Y cuando más tarde él le pidió a Jacob que se los devolviera y los buscó por todo el campamento, Raquel sentada sobre ellos se había excusado de levantarse diciendo que no estaba bien. ¡Lo que *E* quería era mostrar todo su desdén por los dioses familiares que habían sido robados por una mujer, la que en su impureza se había sentado sobre ellos! Una situación realmente humorística. Habiéndose reído de los terafim que así habían sido tratados, el lector ya no podría tomarlos tan en serio como antes. *E* utilizó así uno de los argumentos más eficaces para conseguir su fin: la humorada. ¡Mas Raquel ya no era una santa! Había robado y además mentido. ¡Pero eso no importaba mucho, después de todo! *E* no tiene ni una palabra de censura para ella. Y en cuanto a Jacob, antes de llegar a Betel juntó todos los ídolos y amuletos en su campamento y los enterró bajo el roble cerca de Siquem (Gén. $35^{1\text{-}4}$). *E* no tenía ningún antagonismo con los santuarios locales. Jacob levantó un pilar en Betel y derramó aceite sobre él (28^{18}) y más tarde construyó allí un altar (35^{7}). Enterró a Débora bajo el roble al pie de Betel (35^{8}). Pero pilares y árboles o postes eran para *E* solamente objetos conmemorativos; él no creía que fueran el asiento de la deidad. Para *E* Dios moraba en el cielo, sus ángeles ascendían por una escalera (28^{12}). *E* quería reemplazar la creencia popular por su propio concepto más elevado. Nosotros comprendemos su método de enseñanza y por él le admiramos.

La obra maestra de *E*, es el relato de José. Es una narración bien tramada, hermosamente concebida y realizada; el tema está establecido en las palabras de José a sus hermanos,

> Vosotros pensasteis mal sobre mí, mas Dios lo encaminó a bien para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo (50^{20}). Ahora pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; que para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros: que ya ha habido dos años de hambre en medio de la tierra, y aún quedan cinco años en que ni habrá arada ni siega. Y Dios me envió delante de vosotros, para que vosotros quedaseis en la tierra, y para daros vida por medio de grande salvamento. Así pues, no me enviasteis vosotros acá, sino Dios. (45$^{5-8}$)

Es ésta una hermosa declaración de la creencia en la silenciosa actividad de Dios en los asuntos humanos guiando y gobernando todo de acuerdo a su propósito. La providencia de Dios dirige y predomina en la vida del individuo, porque paro *E* José era sólo un individuo; no era la tribu, aunque el relato contiene memorias tribales.

En la historia de Moisés, *E* conservó una cantidad de tradiciones que *J* no consigna. Después de la relación de la suprema providencia de Dios, que salvó al niño Moisés de una muerte cierta, poniéndole bajo el amparo de la hija del faraón (Ex. 1^{15}-2^{10}), se narra el muy significativo relato acerca de la revelación directa de Dios a Moisés en Horeb, la montaña de Dios en Madián, donde Moisés conoció por primera vez el nombre de Dios, Jehová, por quien había sido elegido como ejecutor de sus designios en la liberación de Israel de manos de los egipcios.[1] Para *E*, el Jehová de la religión de Israel comenzó con Moisés; él no creía que los padres hubiesen adorado antes a Jehová. En esto probablemente tenía razón; la religión de ellos había sido un polidemonismo o religión de "El". Con Moisés comenzó la religión de Jehová. Para *J* como vemos, el culto de Jehová había comenzado con el nieto de Adán, Enós. Tenemos aquí las diferentes tradiciones de las tribus de Lía y de Raquel. Judá había conocido a Jehová desde la antigüedad, José aprendió a conocerlo por Moisés. En su viaje a Egipto Moisés encontró a su hermano Aarón, quien, según *E*, llegó a ser asociado en la obra de liberación (4$^{27, 28}$ 5$^{1, 2, 4}$). En la época de su primera visión, Jehová le había dado a Moisés una vara milagrosa

y que éste usó para atraer las plagas y para el cruce del mar Rojo,[2] donde *E* atribuyó el canto de Moisés a María, la hermana de Aarón (15[20, 21]), la que *J* ni siquiera menciona. En Horeb Moisés hirió la roca con su vara procurando agua para el pueblo, y en Refidim mantuvo la vara en su mano durante toda la batalla contra los amalecitas, hasta que Josué, que era aquí el comandante general, y que en todo el documento *Elohista* es de importancia sobresaliente, hubo obtenido la victoria. Aarón y Hur habían sostenido el brazo de Moisés. ¡No se dijo una sola palabra de intercesión, la cara milagrosa sola había ganado la batalla![3] El suegro de Moisés, Jetro, lo visitó aquí, ofreció sacrificios a Jehová, compartió la comida de comunión con Moisés, Aarón y los ancianos, y al día siguiente enseñó a Moisés cómo organizar la administración de justicia (Ex. 18[1-7, 12-27]). Esta es una de las más importantes tradiciones de *E*, especialmente notable porque demostraba que la organización judicial de Israel se remontaba en último caso a Jetro, el sacerdote madianita, y no a Moisés. Inmediatamente después de esto, se encuentra el relato de la gran legislación en el monte Horeb y la entrega del Decálogo. El código de leyes comprendido en el Libro del Pacto, sobre cuya base hizo el pueblo un solemne pacto con Jehová (Ex. 20[22]-23[19]) no estaba probablemente en el relato original de *E*, siendo insertado más tarde. En el relato del becerro de oro, que Aarón fabricó con los zarcillos de oro del pueblo, *E* usa espléndidamente la oportunidad para demostrar la atrocidad tanto como la locura de rendir culto a dioses hechos por manos humanas y de atribuir a semejante becerro la gran acción que libró al pueblo de la dominación de Egipto (Ex. 32[1-6, 15-24]). En su enojo Moisés rompió las tablas sagradas de la ley, para lo cual *E* no tiene ninguna palabra de reproche, pues era una indignación justificada. La sutil ironía de *E* se ve en la respuesta de Aarón a Moisés.

> No se enoje mi Señor; tú conoces el pueblo, que es inclinado a mal. Porque me dijeron: Haznos dioses que vayan delante de nosotros, que a este Moisés, el varón que nos sacó de tierra de Egipto, no sabemos qué le ha acontecido. Y yo les respondí: ¿Quién tiene oro? apartadlo. Y diéronmelo, y echélo en el fuego, y salió este becerro. (Ex. 32[22-24])

¡Evidentemente, el becerro se hizo solo! ¡Se le ve surgir! Otra vez se reirían los lectores y los oyentes, y habiéndose reído una vez del becerro de oro, se les haría difícil tomar en serio a los becerros de oro de los templos de Dan y Betel, como antes. ¡La humorada de *E* había desbaratado su significado sagrado, y ésa era su intención! Desalojados del monte Horeb por el dios indignado, el pueblo fué guiado por el arca de Jehová, en la cual se manifestaba su presencia. *E* ha preservado las antiguas fórmulas rituales usadas con ella (Núm. 10^{33-36}; véase pág. 3). Las murmuraciones del pueblo fueron castigadas en Tabera (Núm. 11^{1-3}) y la rebelión de María y Aarón fué terriblemente visitada por Jehová, a lo menos en el caso de María; pero por intercesión de Moisés, fué sanada de su lepra ($12^{1, 9-15}$)[4]. Después de haber tenido al principio un temor pusilánime de invadir a Canaán por las noticias que trajeron los espías, y aguijoneados por el reproche de Jehová, que había declarado que nadie de la generación presente, excepto Caleb, vería el país, el pueblo atacó a los amalecitas y cananeos en contra de la orden de Moisés, siendo terriblemente derrotados (14^{39-45}). La obediencia a Jehová y a su profeta es una de las importantes enseñanzas de *E*. Datán y Abiram con todas sus familias también sufrieron la muerte, por haberse atrevido a rebelarse contra la autoridad de Moisés (Núm. 16)[5]. El pedido de Israel de que se le permitiera pasar por el territorio de Edom fué denegado, así que se volvieron hacia el sud para bordear el país de los idumeos ($20^{14-18, 21a, 22a}$). En el viaje desde Cades fueron castigados con serpientes ardientes por sus murmuraciones contra Dios y Moisés. Pero Moisés intercedió por ellos cuando se arrepintieron, y le fué mandado que hiciese una serpiente de bronce que sanaría a todo aquél que la mirase al ser mordido (21^{4b-9}). Una curación mágica por un objeto afín al causante del mal, una práctica bien conocida entre muchos pueblos. Sin embargo, la parte significativa del relato es que *E* trató de contrarrestar la adoración de la serpiente de bronce, un antiguo ídolo que había encontrado lugar en el templo de Jerusalén, reinterpretando su significado. Era en verdad muy antigua, lo admitía, por cuanto se remontaba hasta Moisés. Pero él la fabricó solamente como un símbolo. No era divina ni repre-

sentaba a un dios. Jehová la había usado como un medio para sanar a aquellos que habían sido mordidos por serpientes en el desierto. No había por lo tanto razón alguna para rendirle homenaje. La reinterpretación de *E* no tuvo el efecto deseado; aún permitía al pueblo seguir considerándola como capaz de sanarlos de sus enfermedades presentes y por consiguiente siguieron ofreciéndole incienso. El hechizo no fué roto sino por su destrucción bajo el reinado de Ezequías (2° Rey. 18^{4}). En cuanto a la marcha de Israel, *E* dió extractos del Libro de las Guerras de Jehová (véase pág. 4) y narró la derrota de Sehón, rey de los amorreos y la ocupación de su país; y la tentativa infructuosa de Balac para destruir a Israel por medio de las profecías del famoso Balaam (Núm. 21-24 en parte). En el castigo de aquellos que habían tomado parte en las fiestas sacrificiales de los moabitas, según *E* fueron ejecutados no solamente los cabecillas, sino todos los que se habían unido a Baal-peor ($25^{3a, 5}$). La lealtad de *E* a Jehová era intensa, y su antagonismo a los otros dioses el más enconado. Por último llegaron a su fin los días de Moisés. Josué fué nombrado su sucesor (Deut. $31^{14, 15, 23}$), pero antes de su muerte Moisés bendijo a los israelitas con la llamada bendición de Moisés que *E* incorporó aquí (Deut. 33). Luego murió, en la tierra de Moab. Nadie conoce su tumba. Pero su fama ha llegado hasta hoy.

> Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quién haya conocido Jehová cara a cara. (Deut. $34^{5, 6, 10, 11}$)

Este elevado juicio de Moisés fué también expresado, con el mismo espíritu de *E*, aunque probablemente no por él mismo, en el relato de rebelión de María y Aarón contra Moisés.

> Oíd ahora mis palabras:
> Si tuviereis profeta de Jehová,
> Le apareceré en visión,
> En sueños hablaré con él.
> No así a mi siervo Moisés,
> Que es fiel en toda mi casa:
> Boca a boca hablaré con él,
> Y a las claras, y no por figuras;
> Y verá la apariencia de Jehová. (Núm. 12^{6-8a})

Al mismo orden de ideas pertenece el relato de los setenta ancianos que recibieron algo del espíritu de Moisés y empezaron a profetizar, y de los otros dos que habiendo quedado en el campamento

también profetizaron. El ideal de *E* es el expresado por Moisés:

Mas ojalá que todo el pueblo de Jehová fuesen profetas, que Jehová pusiese su espíritu sobre ellos. (Núm. 11^{29b}. Véase también $11^{16, 17, 24b-30}$) 6

La historia de la conquista de Canaán bajo Josué, comenzando con la exploración de Jericó, el cruce del Jordán, la colocación de piedras conmemorativas, y la captura de Jericó y Ai fueron narradas por *E* en su acostumbrada manera interesante y vívida. El pacto en que por un ardid hicieron entrar a Josué con los heveos de Gabaón, fué la causa de la guerra de una confederación de los reyes de las ciudades del sur bajo la dirección de Adonisedec de Jerusalén, contra Gabaón, que terminó con una terrible derrota a manos de Israel en la misma Gabaón. La confederación del sur se deshizo y su poder fué destruído. Pero en el norte otra confederación bajo el rey Jabín de Hazor luchó contra Josué, siendo también derrotada junto a las aguas de Merom. Estas dos victorias decisivas en el norte y en el sur aseguraron a Israel su establecimiento en el país. Después de asignar Hebrón a Caleb, y repartir el territorio entre las tribus que todavía no se habían establecido[7], Josué hizo su solemne proclama de despedida en Siquem (24) y obligó al pueblo por un pacto sagrado al culto exclusivo de Jehová:

Ahora pues, temed a Jehová, y servidle con integridad y en verdad; y quitad de en medio los dioses a los cuales sirvieron vuestros padres de esotra parte del río, y en Egipto; y servid a Jehová. Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron de esotra parte del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis: que yo y mi casa serviremos a Jehová.

Entonces el pueblo respondió, y dijo: Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová por servir a otros dioses: porque Jehová nuestro Dios es el que nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; el cual delante de nuestros ojos ha hecho estas grandes señales, y nos ha guardado por todo el camino por donde hemos andado ,y en todos los pueblos por entre los cuales pasamos. Y Jehová echó de delante de nosotros a todos los pueblos, y al amorreo que habitaba en la tierra: nosotros, pues, también serviremos a Jehová, porque él es nuestro Dios.

Entonces Josué dijo al pueblo: No podréis servir a Jehová, porque él es Dios santo, y Dios celoso; no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados. Si dejareis a Jehová y sirviereis a dioses ajenos, se volverá, y os maltratará, y os consumirá,

después que os ha hecho bien. El pueblo entonces dijo a Josué: No, antes a Jehová serviremos. Y Josué respondió al pueblo: Vosotros sois testigos contra vosotros mismos, de que os habéis elegido a Jehová para servirle. Y ellos respondieron: Testigos somos. Quitad pues, ahora, los dioses ajenos que están entre vosotros, e inclinad vuestro corazón a Jehová Dios de Israel. Y el pueblo respondió a Josué: a Jehová nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos. (Josué 24^{14-24})

En este largo discurso *E* sentó el principio que tan caro le era. Aquí usó el método de enseñanza y predicación directa, procurando obtener de sus lectores una decisión que coincidiera con la de los oyentes de Josué. Este fué un verdadero sermón de *E*.

La historia de los jueces, la consideró *E* enteramente desde este punto de vista. En una introducción hizo ver claramente esto:

Y murió Josué hijo de Nun, siervo de Jehová, siendo de ciento y diez años. Y enterráronlo en el término de su heredad en Timnat-heres, en el monte de Efraim, al norte del monte de Gaás.

Y toda aquella generación fué también recogida con sus padres. Y levantóse después de ellos otra generación, que no conocían a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel. Y los hijos de Israel hicieron lo malo en ojos de Jehová, y sirvieron a los Baales. Y dejaron a Jehová y adoraron a Baal y a Astarot. Y el furor de Jehová se encendió contra Israel, el cual los entregó en manos de robadores, que los despojaron, y los vendió en manos de sus enemigos. Y la ira de Jehová se encendió contra Israel y dijo: Pues que este pueblo traspasa mi pacto que ordené a sus padres, y no obedecen mi voz, tampoco yo echaré más de delante de ellos a ninguna de aquestas gentes que dejó Josué cuando murió. Por esto dejó Jehová aquellas gentes, y no las desarraigó luego, ni las entregó en mano de Josué.[8] (Jueces $2^{8-11, 13, 14, 20, 21, 23}$)

Las historias individuales de los jueces fueron reunidas en una historia dominada por la idea de que la vida de Israel entre los cananeos constituyó una prueba de su fidelidad y que cualquier apostasía que lo alejara de Jehová fué castigada con una calamidad nacional. Los héroes locales llegaron a ser para *E* campeones y caudillos de todo Israel. Teócrata de profunda convicción como era, los jueces fueron para él los representantes del Rey divino, quien era realmente el que gobernaba y dirigía los asuntos de su pueblo. Los relatos de *J* fueron ampliados agregando algunos nuevos, de modo que el trabajo de *E incluía* todos los jueces mayores y menores y los apéndices[9]. En el relato de Gedeón, él hizo constar claramente que este gran héroe rechazó ser rey cuando el pueblo le ofreció la corona. "No seré señor sobre vosotros, ni mi hijo os señoreará;

Jehová será vuestro Señor" (Jueces 8^{23}). En la fábula de Jotam (véanse págs. 9, 10), ridiculizaba la institución de la monarquía y el miserable destino de Abimelec que se había proclamado rey en Siquem era para *E* una prueba de la exactitud de su juicio (Jueces 9). Israel estaba destinado a ser una teocracia y no una monarquía; Jehová mismo era su rey y no un hombre mortal.

Cuando trata la fundación de la monarquía, *E* presenta su punto de vista teocrático con la mayor precisión. En el relato de Samuel, que es la introducción al asunto, mostró cómo desde su niñez Samuel había sido el favorito de Dios y cómo había sido elegido como su instrumento, el campeón y el caudillo de Israel. Pero cuando ya era viejo y sus hijos, a quienes había hecho jueces, apostataron de su elevado ideal, los ancianos de Israel pidieron a Samuel que les diera un rey "que nos juzgue, como todas las gentes". Pero esto le desagradó, y solamente después que Dios le dijo que los escuchara "porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos", y luego de haber advertido al pueblo muy solemnemente que la monarquía representaba para ellos la pérdida de la libertad individual, desde que el rey los tendría a todos como a sirvientes suyos, cedió a la repetida petición de un rey y convocó una asamblea popular en Mizpa. Allí les habló una vez más:

> Mas vosotros habéis desechado hoy a vuestro Dios, que os guarda de todas vuestras aflicciones y angustias, y dijisteis: No, sino pon rey sobre nosotros. (1º Sam. 10^{19a})

Entonces Saúl, hijo de Cis, fué elegido por sorteo y aclamado como rey. Después de esto, Samuel, despojándose de su oficio teocrático, exigió y recibió del pueblo la aprobación de su administración y entonces exhortó a rey y pueblo a que fueran leales a Jehová en un solemne discurso en el que repasó brevemente la historia de la teocracia desde Moisés hasta que pidieron rey. Como una demostración de que el haber pedido un rey era una gran iniquidad, clamó a Jehová y éste envió truenos y relámpagos. Pero cuando el pueblo grandemente atemorizado y arrepentido, confesando "a todos nuestros pecados hemos añadido este mal de pedir rey para nosotros", rogó a Samuel que intercediera por ellos, él

les prometió que nunca dejaría de hacerlo y de instruirlos en la senda del bien y de la justicia, y los exhortó a servir a Jehová en verdad con todo su corazón. Aunque Samuel había abdicado, sin embargo, conservaba, por así decirlo, el mando supremo. Porque fué él quien ordenó a Saúl que atacara y exterminara a los amalecitas, "no te apiades de nadie: mata hombres y mujeres, niños y mamantes, vacas y ovejas, camellos y asnos". Cuando Saúl, después de derrotarlos, tuvo misericordia del rey Agag y los animales escogidos, Samuel se negó terminantemente a aceptar su excusa de que el pueblo había salvado estos animales para sacrificarlos a Jehová y preguntó en una forma verdaderamente profética,

> ¿Tiene Jehová tanto contentamiento con los holocaustos y víctimas
> como en obedecer a las palabras de Jehová?
> Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios;
> y el prestar atención que el sebo de los carneros:
> porque como pecado de adivinación es la rebelión,
> y como ídolos e idolatría el infringir.
> Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová,
> él también te ha desechado para que no seas rey.
> (1º Sam. 15[22, 23])

El repudio de Saúl fué irrevocable, a pesar de su humilde súplica. Samuel mismo cortó al rey amalecita en pedazos delante de Jehová, en Gilgal; luego se fué a su casa y nunca más volvió a ver a Saúl. Mas después de su muerte le apareció otra vez, cuando Saúl, habiendo buscado en vano el oráculo de Dios, en su desesperación acudió a la hechicera de Endor para que llamara al espíritu de Samuel, y éste lo pudiese aconsejar. Pero sólo recibió la confirmación de su repudio y la predicción de su muerte y la de sus hijos además de la derrota de Israel en la batalla del día siguiente. Aturdido por tan horribles palabras, Saúl cayó desmayado. Esta experiencia y el ayuno le habían dejado completamente exhausto. Con mucha dificultad pudieron persuadirle a que comiera. Luego salió para su perdición; pues en la altura de Gilboa fueron muertos sus hijos y él mismo fué gravemente herido cuando peleaba su última batalla. Para escapar de una ignominiosa muerte en manos de los filisteos, se arrojó sobre su propia espada. Así acabó el primer rey de Israel[10]. Un obscuro presentimiento asalta al lector: ¿cuál será la historia de los reyes de Israel que comenzó tan siniestramente

con Saúl? *E* conocía la historia de crímenes y de sangre que deshonraba a la monarquía de Israel, y estaba convencido de que el pueblo había pecado al pedir un rey.

E fué un maestro maravilloso. Estos relatos eran los medios que usaba para enseñar. Como *J*, fué un ardiente adorador de Jehová y un convencido de la obligación de Israel de serle completamente leal. Quiso inculcar ese espíritu también en sus oyentes y lectores. El, como *J*, atacó muy poco la adoración en los santuarios locales, y aceptó las varias festividades y prácticas del culto y toda clase de artefactos cananeos. En verdad *E* era amigo del sacerdocio, como lo demuestra su interés por Aarón. Pero para él los pilares y postes sagrados eran solamente conmemorativos. Interpretó como un símbolo la serpiente de bronce; pero rechazó el becerro de oro y todas las imágenes incluso el terafim. Los sacrificios son agradables a Jehová, pero la obediencia es más importante. En su relato más hermoso, el del sacrificio de Isaac, *E* demostró que la voluntad de obedecer a Jehová hasta el máximum era lo que él deseaba más que cualquier otra cosa. Igualmente en el relato del repudio de Saúl. En cuanto a la ley referente a los primogénitos, la interpretó no como significando un sacrificio humano, sino una redención por la substitución con un sacrificio animal. En la transformación del material antiguo *E* fué aún más lejos que *J*. Su conciencia moral era más sensitiva y refinada, así suavizó la mentira deliberada de Abram y explicó la riqueza de Jacob, no como debidas a sus astutas prácticas, sino a la bendición de Dios. Su teología más avanzada le hizo evitar los ingenuos métodos antropomórficos de la revelación de Dios que *J* usaba todavía en sus relatos. En *E* Dios ya no se aparecía en persona, sino que se revelaba en una visión, o en un sueño, o por medio de uno o más ángeles. Tenía sus órganos especiales de revelación. Abram fué un profeta, María una profetisa, los setenta ancianos fueron dotados del espíritu de profecía, y Samuel fué también un profeta. Pero el más grande de todos ellos fué Moisés: el único con quien Dios habló cara a cara: no hubo otro como él. Para *E* había un progreso de la revelación divina en la historia. Los antepesados más allá del río eran idólatras. Abram llegó a ser un profeta de Dios. Pero la

completa revelación de Dios no fué dada hasta el tiempo de Moisés, a quien Dios reveló por primera vez su nombre de Jehová. Por eso *E* no usó este nombre antes de Moisés, recordando precisamente el carácter polidemonístico de la religión antes de Moisés. Hizo historia no solamente por la historia misma, sino como un medio de instrucción religiosa; más definidamente de lo que había hecho antes *J*, la convirtió en el vehículo de la verdad religiosa, introduciendo en ella un carácter más distintivamente religioso y más de lo milagroso. Era un convencido de la forma teocrática de gobierno y mostró la maldad inherente de la monarquía. Gran maestro como era, *E* utilizó no solamente la narración, sino también el método directo del mandamiento y la prohibición legal, y el método argumentativo y hortatorio del discurso profético. ¡Si solamente pudiese inculcar la verdad en la mente de su pueblo, si pudiese hacerlo más leal a Jehová!

Es imposible exagerar la importancia de *J* y *E* para el desarrollo de la religión de Israel. *E* preparó su trabajo alrededor del año 750 a. de J. C. Después de la caída del reino del norte en 722, Judá heredó el nombre y los tesoros literarios de su hermano más grande. Alguna vez en la primera parte del siglo séptimo, estos fueron adaptados a las necesidades de los judíos y publicados en ediciones judías. Estos tenían, sin embargo, su propio paralelo, de *E*: el *Jehovista*. Pero *E* tenía tanto material adicional y especialmente una tendencia tan fuertemente profética, que se consideró necesario preservarlo por todos los medios. Y ni siquiera tomaron en cuenta la posibilidad de que el *Elohista* desplazara, aunque estuviera en una edición judía, al popular *Jehovista* judío. Así que se decidió combinarlos en una sola historia *JE*. Para el período que va desde la creación hasta Abram ambos documentos fueron entretejidos. En las historias de Abram, los relatos de *E* fueron insertados en un armazón formado por *J*; pero al proseguir su redacción el redactor fué haciendo cada vez más uso de *E*; así en el relato de José, el *Elohista* es la base, y mientras en el relato del éxodo *J* y *E* son utilizados al principio casi igualmente, *E* llega a ser más y más predominante en las secciones del Sinaí y especialmente en la historia de la conquista y en la época de los

jueces. También es prominente en los relatos de Samuel. Esto era natural, desde que el elemento profético era más fuerte en *E* y su valor pedagógico le pareció al redactor ser más grande que el de *J*. Pero en los relatos de Saúl y especialmente en los de David, predomina la fuente judía como era de esperar. La obra de compilación fué hecha con gran habilidad. Algunas veces ambos relatos fueron colocados uno al lado del otro sin ninguna abreviación, como ocurre, p. ej., con los relatos del peligro de Sara y el engaño de Abram (Gén. 12 *J*; 20 *E*); otras veces fueron mezclados en un solo relato, formando la base ya *J*, ya *E*, en el que fueron elaboradas las diversas tradiciones como, p. ej., en el relato de cómo José llegó a Egipto (Gén. 37). Ocasionalmente le fué necesario al editor agregar ciertas frases propias a fin de poder insertar el relato variante o para armonizar ambos, p. ej., Gén. 16^{9} en el relato de la fuga de Agar por *J*, porque Agar tenía que ser traída de vuelta para el relato de *E* (Gén. 20), o 1º Sam. $10^{8, 25b, 26, 27}$ 11^{12-14} en el relato de la fundación del reino. También el redactor añadió materiales propios para dar énfasis a ciertas ideas, p, ej., al reiterar la promesa del gran futuro de Israel (Gén. 22^{15-18} $26^{3b, 4, 5}$). Pero al hacer todo esto trató los relatos, tanto de *J* como de *E*, con mucha reverencia, dejándolos más o menos iguales a lo que eran cuando llegaron a su poder. Esto resulta afortunado para nosotros y es notable en él, porque sus propias ideas religiosas eran en muchos respectos más avanzadas aún que las de *E*. Si él hubiera revisado radicalmente los relatos para adaptarlos a sus propios conceptos religiosos más elevados, muchas reliquias interesantes y de valor de las primeras etapas del desenvolvimiento religioso se habrían perdido completamente para nosotros. El nuevo libro de *JE* fué destinado a reemplazar las ediciones separadas de *J* y *E*, pero esto no se consiguió inmediatamente.

Capítulo VII

AMOS Y OSEAS

Una nueva época, no sólo en la literatura sino también en la religión, comenzó con la aparición de los profetas literarios; pues ellos no sólo produjeron una nueva clase de literatura, sino que iniciaron el movimiento más grande en la historia espiritual del género humano. Fué un gran día para la religión cuando en una fiesta de la cosecha en Betel alrededor del año 750 a. de J. C., Amós cantó delante de una gran asamblea el himno funerario de Israel:

> Cayó la virgen de Israel,
> no más podrá levantarse;
> dejada fué sobre su tierra,
> no hay quien la levante. (5[2])

Nada pudo ser más alarmante y absurdo, por no decir blasfemo, que el inmediato anuncio de que Jehová mismo aplicaría a su pueblo el golpe de muerte. ¿Cómo podía destruirlos él, que estaba tan completamente ligado con Israel, que su misma existencia dependía de la de su pueblo? Eso significaría también su propia destrucción, pues ya no sería conocido ni adorado; con la desaparición de Israel se extinguiría su religión. Pero Amós aseguró, con irresistible autoridad espiritual, que, a pesar de su prosperidad nacional bajo el espléndido reinado de Jeroboam, Israel estaba condenado por el mismo Jehová.

¿Cómo adquirió Amós esta convicción? El no era un profeta profesional, sino un simple pastor y cosechador de cabrahigos en Tecoa, Judá. Su mente era maravillosamente despejada, su naturaleza moral finamente desarrollada, su sensibilidad espiritual singularmente alerta. Vivía en la soledad de la llanura. En el silencio del desierto meditaba sobre importantes problemas, cuando en medio de sus reflexiones le asaltó un gran temor, el obscuro presentimiento de un inminente desastre, meditó en ello hasta que cayó

en un estado de éxtasis, en el cual sus sentimientos cristalizaron en una visión según la cual Jehová habría destruído a Israel por medio de una plaga de langostas si Amós no hubiese intercedido por ellos.

Así me ha mostrado el Señor Jehová: y he aquí, él criaba langostas al principio que comenzaba a crecer el heno tardío; y he aquí, era el heno tardío después de las siegas del rey. Y acaeció que como acabó de comer la hierba de la tierra, yo dije: Señor Jehová, perdona ahora, ¿quién levantará a Jacob? porque es pequeño. Arrepentióse Jehová de esto: No será, dijo Jehová. (7$^{1-3}$)

Otra vez le volvió a pasar lo mismo; su temor no se le iba: ¡otra visión de destrucción! Una vez más, ésta fué evitada por su intercesión.

El Señor Jehová me mostró así: y he aquí, llamaba para juzgar por fuego el Señor Jehová; y consumió un gran abismo, y consumió una parte de la tierra. Y dije: Señor Jehová cesa ahora; ¿quién levantará a Jacob? porque es pequeño. Arrepintióse Jehová de esto: No será esto tampoco, dijo el Señor Jehová. (7$^{4-6}$)

Estas eran grandes experiencias, pero, sin embargo, no convirtieron todavía a Amós en un profeta. Con todo, a la luz de ellas muchas cosas asumían un aspecto diferente. Cuando fué a los mercados del Israel del norte para vender la lana de sus ovejas y los frutos de sus árboles, comprobó la tremenda corrupción social del pueblo, la opresión del pobre, las orgías de los ricos, las degradantes prácticas inmorales asociadas al culto de Jehová en los diversos santuarios, todo ello unido a una actitud de desvergüenza y arrogancia. La conciencia del sencillo pastor se rebeló; su corazón se llenó de ardiente ira. Volvió a meditar en el desierto y otra vez le sobrevino el mismo temor, mezclado con el claro recuerdo de las cosas que había visto en Israel, cuando de repente tuvo la visión que le convirtió en profeta de Jehová.

Enseñóme así: he aquí, el Señor estaba sobre un muro hecho a plomo, y en su mano una plomada de albañil. Jehová entonces me dijo: ¿Qué ves, Amós? Y dije: Una plomada de albañil. Y el Señor dijo: He aquí, yo pongo plomada de albañil en medio de mi pueblo Israel: no le pasaré más; y los altares de Isaac serán destruídos, y los santuarios de Israel serán asolados; y levantaréme con espada sobre la casa de Jeroboam. (7$^{7-9}$)

Así como una pared inclinada *tiene* que caer, del mismo modo una nación corrompida *debe* perecer. Cuando el terrible presentimiento

del peligro inmediato se mezcló con la convicción del pecado del pueblo y con la revelación del carácter moral de Jehová en una experiencia dominante, recién comprendió Amós que debía ir y profetizar a Israel. Nunca lo habría hecho si el mismo Jehová no le hubiera compelido a profetizar. Pues

¿Bramará el león en el monte,
sin hacer presa?
¿dará el leoncillo su bramido desde su morada,
si no prendiere?
¿Caerá el ave en el lazo en la tierra,
sin haber armador?
¿alzaráse el lazo de la tierra,
si no se ha prendido algo?
¿Tocaráse la trompeta en la ciudad,
y no se alborotará el pueblo?
¿habrá algún mal en la ciudad,
el cual Jehová no haya hecho?
Bramando el león,
¿quién no temerá?
hablando el Señor Jehová,
¿quién no profetizará? (3$^{4-6, 8}$)

Preguntas estas que parecen exigir una respuesta negativa. Dos visiones finales le afirmaron en su convicción.

Así me ha mostrado Jehová: y he aquí un canastillo de fruta de verano. Y dijo: ¿Qué ves, Amós? Y dije: Un canastillo de fruta de verano. Y díjome Jehová: Venido ha el fin sobre mi pueblo Israel: no le pasaré más. (8$^{1, 2}$)

Vi al Señor que estaba sobre el altar, y dijo: Hiere el umbral, y estremézcanse las puertas: y córtales en piezas la cabeza de todos; y el postrero de ellos mataré a cuchillo: no habrá de ellos quien se fugue, ni quien escape. Aunque cavasen hasta el infierno, de allá los tomará mi mano; y si subieren hasta el cielo, de allá los haré descender. Y si se escondieren en la cumbre del Carmelo, allí los buscaré y los tomaré; y aunque se escondieren de delante de mis ojos en el profundo de la mar, allí mandaré a la culebra, y morderálos. Y si fueren en cautiverio, delante de sus enemigos, allí mandaré al cuchillo, y los matará; y pondré sobre ellos mis ojos para mal, y no para bien. (9$^{1-4}$)

No sabemos la frecuencia con que Amós aparecía en público. Tenemos una relación gráfica de su encuentro con el sacerdote de Betel, luego de uno de sus discursos ante el pueblo.

Entonces Amasías sacerdote de Bet-el envió a decir a Jeroboam, rey de Israel: Amós se ha conjurado contra ti en medio de la casa de Israel: la tierra no puede sufrir todas sus palabras. Porque así ha dicho Amós; Jeroboam morirá a cuchillo e Israel pasará de su tierra en cautiverio. Y Amasías dijo a Amós: Vidente, vete,

y huye a tierra de Judá, y come allá tu pan, y profetiza allí: Y no profetices más en Betel, porque es santuario del rey, y cabecera del reino. Entonces respondió Amós, y dijo a Amasías: No soy profeta, ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero, y cogedor de cabrahigos. Y Jehová me tomó de tras el ganado, y díjome Jehová: Ve y profetiza a mi pueblo Israel. Ahora pues, oye palabra de Jehová. Tú dices: No profetices contra Israel, ni hables contra la casa de Isaac: por tanto así ha dicho Jehová:

Tu mujer fornicará en la ciudad,
Y tus hijos y tus hijas caerán a cuchillo,
Y tu tierra será partida por suertes;
Y tú morirás en tierra inmunda,
E Israel será traspasado de su tierra. (7$^{10-17}$)

Amasías lo echó de Betel, pero el mensaje aun ardía en su alma; era demasiado grandioso para dejar de decirlo. En el silencio de la llanura donde volvió, escribió Amós su poderoso libro y lo envió para que llegara donde él ya no podía ser oído.

Era un libro corto, claro, de fácil comprensión, compuesto de tres secciones. Después del breve lema viene un discurso sobre el juicio de Jehová a las naciones vecinas y a Israel, que resulta una obra maestra de retórica de gran poder (cap. 1, 2). La sección intermedia (3-6) contiene una serie de discursos agrupados de acuerdo a sus respectivas introducciones iguales: "Oíd esta palabra" y "Ay de", todos tratando de la justicia absoluta de Jehová y la ruina segura de Israel a causa de su corrupción social. La última sección (7-9^{8a}) presenta una a modo de defensa del oficio profético de Amós al registrar sus visiones y su experiencia en Betel, además de varios discursos.[1]

Notamos con asombro el estilo literario de Amós. Todos sus discursos están escritos en líneas rítmicas, generalmente agrupadas en estrofas. Pues a Amós, al igual de todos los grandes profetas, en momentos de inspiración le fluían las ideas revestidas de un estilo armonioso y rítmico. Es una experiencia bien conocida y no limitada a los hebreos, que hace del profeta un congénere del poeta. En Amós se combina la fuerza poética con la habilidad retórica. En sus grandes discursos contra las naciones extranjeras usó serios e impresionantes estribillos al principio y al fin de cada estrofa. Con consumada habilidad comenzó con los vecinos hostiles, puntualizó sus pecados, y predijo el castigo de unos y otros,

cuando repentinamente, después de entonar el mismo y terrible estribillo de introducción, se refirió a Israel, denunciando su corrupción social y pronosticando su segura ruina:

Así ha dicho Jehová:
Por tres pecados de ISRAEL,
y por el cuarto, no desviaré su castigo;
porque vendieron por dinero al justo,
y al pobre por un par de zapatos, etc. (2[6])

Amós comprendió con singular claridad una verdad de importancia fundamental: la rectitud de Dios. Esto le puso en conflicto con varios aspectos de la religión popular. En primer lugar, ponía su énfasis en la conducta recta en contraposición al mero culto. Los sacerdotes y el pueblo creían que lo que Jehová exigía era el culto, y que él estaría contento con ellos si cumplían con esto. Amós insistió en que la única exigencia de Dios era la justicia social. Dios no había requerido nunca de su pueblo culto sacrificial alguno, solamente justicia ¡nada más! Respecto al culto,

Aborrezco, rechazo con desprecio vuestras fiestas,
y no me serán gratas vuestras asambleas solemnes.
Pues aunque me presentéis holocaustos
con vuestras ofrendas vegetales, no los aceptaré;
ni miraré propicio los sacrificios de vuestros animales cebados.
Quita de delante de mí, oh Israel, el estruendo de tus cánticos,
ni oiga yo la melodía de vuestras violas;
sino al contrario, fluya torrentoso el juicio como aguas,
y la justicia como corriente poderosa.
¿Acaso me presentasteis a mí sacrificios y ofrendas vegetales
en el desierto cuarenta años, oh casa de Israel? (5[21-25] VM)

La respuesta es, por cierto, ¡No! aun en los maravillosos días de la primitiva unión en amor de Israel y Jehová, no se realizaba ningún sacrificio. Por lo tanto Jehová no podía ser hallado en la mera adoración exterior con todos sus artificios mágicos. Su gracia podía ser experimentada solamente en la búsqueda constante del ideal moral. Todo el énfasis se halla en el elemento moral de la religión. "Buscad *el bien* y no el mal, para que viváis" se encuentra paralelamente a "Buscadme a *mí* y viviréis" (5[14a, 4b, VM]).

Este total repudio de todo culto se prestaba a discusión. Nunca se le presentó a Amós la cuestión de cómo debía organizarse la religión desde su punto de vista. El vió la injusticia y la opresión,

la codicia y la brutalidad, la lujuria y el libertinaje; en pocas palabras, la violación de lo más fundamental de la moralidad de un pueblo que era por otra parte el más celoso en el cumplimiento de todos los ritos y ceremonias religiosas, dando mucho a Dios para obtener de él también mucho. Y se rebeló en contra de esta práctica, atacó al culto que había insensibilizado el sentimiento y la percepción moral del pueblo. ¡No ofrendas a Dios, sino justicia a los hombres! era su clamor. ¿Cómo pueden los hombres carecer de todo sentimiento de delicadeza y vergüenza en tal forma que el padre y el hijo satisfagan su lujuria en el nombre de la religión y a costa del sufrimiento del pobre (2$^{7, 8}$)? ¿Cómo puede Jehová tolerar a una nación cuyas mujeres ricas y gordas aguijonean a sus esposos para que opriman al pobre y extraigan de ellos los medios para los banquetes frívolos y lujuriosos (4$^{1-3}$)? Jehová es justo y castiga la injusticia con ira implacable.

El segundo punto en el mensaje de Amós era que la demanda de justicia por parte de Jehová es universal. No solamente Israel sino todas las naciones del mundo están obligadas a observar las leyes fundamentales de humanidad y moralidad social. De otro modo serán terriblemente castigadas por el justiciero Jehová, que visita en todas partes las violaciones de la ley moral. Jehová no sólo es Dios de Israel, sino el Dios de todo el mundo y está interesado en todas las naciones. "¿Acaso no me sois vosotros como los hijos de los Cusitas (Etíopes), oh hijos de Israel?", dice Jehová. "¿No hice subir yo a Israel de la tierra de Egipto?". ¡Sí, pero también a "los Filisteos de Caftor, y a los Sirios de Kir!" (9$^{7, \text{VM}}$). ¡La historia nacional de los enemigos aborrecidos por Israel también había sido guiada por Jehová! Notamos con grato asombro cuán amplia ha llegado a ser en Amós la idea de Dios. Declaró que Moab sería castigado, ¡porque habían "quemado los huesos del rey de Edom hasta convertirlos en cal"! (2^{1}) Un nacionalista se habría regocijado con esta brutalidad que violaba instintos de humanidad profundamente arraigados, pues Edom era enemigo de Israel. Por supuesto, Amós iba en contra de la exaltada creencia popular de que Israel estaba en una relación peculiar con Jehová. El lo sabía bien. Pero asumiendo por un momento que

"a vosotros solamente he conocido de todas las familias de la tierra", sacó esta espantosa consecuencia "por tanto visitaré contra vosotros todas vuestras maldades" (3^2). Si Israel reclama las prerrogativas de una intimidad especial, debe aceptar una responsabilidad especial. La relación entre Jehová e Israel es enteramente moral, y será disuelta si las condiciones morales no se cumplen.

En tercer lugar, junto con esta perspectiva universal, iba la reacción de Amós contra la esperanza popular del "día de Jehová". Ardientemente esperaba el pueblo este día en el que el mismo Jehová triunfaría sobre todos sus enemigos y los de Israel. Amós destrozó rudamente esta creencia.

¡Ay de los que desean el día de Jehová!
¿para qué queréis este día de Jehová?
Será de tinieblas, y no de luz. (5^{18})

La severidad de Amós es producto de su indignación moral. Era un hombre de acero, cuyo espíritu indómito ninguna oposición podía quebrar. Pero no debemos olvidar que él intercedió dos veces ante Jehová por el "pequeño Jacob" ($7^{2, 5}$). Y podemos preguntar muy bien si no tenía realmente ninguna esperanza para Israel, aunque sus mensajes no hablan más que de un destino irremediablemente fatal. Solamente una vez se refiere a la posibilidad de que unos pocos quizás puedan salvarse.

Aborreced el mal, y amad el bien,
y poned juicio en la puerta:
quizá Jehová, Dios de los ejércitos,
tendrá piedad del remanente de José. (5^{15})

¿Habrá glosado alguna vez esta esperanza? ¡Puede ser! Pero si lo hizo, nunca lo publicó. No había sido comisionado para ello. Era profeta de condenación. Es a una época posterior que debemos la conclusión (9^{8b-15}) que ahora sigue a sus mensajes como el amanecer a una noche tenebrosa.

Amós puede ser llamado justamente el profeta de la justicia, pues ésa fué su gran contribución a la religión. El carácter moral de Jehová había sido, por supuesto, reconocido antes. Amós mismo no creía que decía nada nuevo. El presuponía el conocimiento de la ley moral y sus implicaciones por parte de todos los hombres.

Pero nadie había comprendido tan claramente hasta entonces lo que involucraba, ni osado ser tan exigente en la aplicación de esta verdad. Es bien significativo este principio moral en el que se basaba el monoteísmo práctico de Amós: no porque Jehová es todopoderoso, ni porque sea la única y gran causa de todos los fenómenos del mundo, sino porque es justo y porque condena la injusticia en cualquier parte, es que ha llegado a ser considerado como el único Dios. Este es el llamado monoteísmo ético de los profetas del cual Amós fué el primer exponente.

Pocos años después de Amós (hacia el 745-735 a. de J. C.), comenzó a profetizar Oseas. Dulce y tierno, afectuoso y amante, Oseas contrastaba en forma notable con el rudo y poderoso profeta del sud. Pero se equipara como él a los más grandes en razón de su discernimiento espiritual. Al principio también fué un mensajero de ruina. ¡La dinastía de Jehú, fundada sobre sangre, caerá! ¡Jehová ya no se apiadará más de su pueblo y lo rechazará para siempre! Tal era su pregón, en armonía con el de Amós. Pero entonces vino la tragedia que lo transformó e hizo de él el profeta del amor. Se había casado con Gomer, la hija de Diblaim; ella le había dado tres hijos, a los cuales había puesto nombres simbólicos que habían de ser sermones perpetuos para Israel, advirtiéndole la ruina inminente y fatal. Ellos reseñan su mensaje durante los primeros años de su ministerio. Aquí están los hechos:

> Dijo Jehová a Oseas: Ve, tómate una mujer. Fué pues, y tomó a Gomer hija de Diblaim, la cual concibió y le parió un hijo. Y díjole Jehová: Ponle por nombre Jezreel; porque de aquí a poco yo visitaré las sangres de Jezreel sobre la casa de Jehú, y haré cesar el reino de la casa de Israel. Y acaecerá que en aquel día quebraré yo el arco de Israel en el valle de Jezreel. Y concibió aún, y parió una hija. Y díjole Dios: Ponle por nombre Lo-ruhama [*la no compadecida*], porque no más tendré misericordia de la casa de Israel, sino que los quitaré del todo. Y después de haber destetado a Lo-ruhama, concibió y parió un hijo. Y dijo Dios: Ponle por nombre Lo-ammi [*no es mi pueblo*], porque vosotros no sois mi pueblo ni yo seré vuestro Dios. (Oseas 1$^{2a, 3-6, 8, 9}$)

Todavía no sabía Oseas que su esposa le era infiel. Cuando lo descubrió, no tenía sino un camino que tomar, de acuerdo con la ley y la costumbre israelitas. Su corazón podía romperse ahora que

su ídolo había caído; pero debía tratarla como se acostumbraba hacer con las adúlteras:

> Ella no es mi mujer,
> ni yo su marido.
> Ni tendré misericordia de sus hijos:
> porque son hijos de fornicaciones.
> Porque su madre fornicó:
> la que los engendró fué avergonzada.
> Y ahora descubriré yo su locura
> delante de los ojos de sus amantes,
> y nadie la librará de mi mano. ($2^{2a, 4, 5a, 10}$)

No nos habla de su angustia y pesar, de su anhelante amor, de su furor y vergüenza, cuando fué a aplicarle el castigo. Habla sólo de lo que sucedió en ese momento decisivo: "Y Jehová me dijo: Ve, ama a una mujer amada de su compañero aunque adúltera" (3^1). ¡Una orden inaudita! ¡Tiene que amarla todavía, aunque ella ama a otro y es adúltera! Y ésta es la razón de la extraña orden: "Como el amor de Jehová para con los hijos de Israel; los cuales miran a dioses ajenos". Jehová está en una condición completamente semejante respecto a su esposa, Israel, que también le es infiel. Oseas no podía creer sino que Jehová la abandonaría; en efecto, había pregonado este repudio durante años. Pero ahora viene este asombroso mensaje: Jehová ama a Israel todavía, no puede soportar el abandonarlo para siempre; y Oseas tiene que simbolizar en su vida, por difícil que sea, este amor que no muere a pesar de la cruel infidelidad: ¡ama a Gomer, porque Jehová ama aún a Israel! El amor de Dios tiene que encarnarse en Oseas. Jehová le ordena entonces que hable seriamente a Gomer, diciéndola qu la ocultará para que no pueda ver a su amante; pero que él seguirá perteneciéndole. El trato de Jehová para Israel será igual. "Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin estatua, y sin efod, y sin terafim" (3^4). Aquí se interrumpe el relato. Está en la naturaleza de su propósito el que no nos diga nada del resultado que obtuvo Oseas al tratar de volver a obtener el amor de su esposa pecadora y reconstruir su felicidad sobre las ruinas de la de su juventud, porque su experiencia ha llegado a ser simbólica de la experiencia de Jehová. Como Oseas, Jehová colocará a la nación israelita lejos de la influencia de la terrible tentación. El la halagará

en el desierto y allí donde pasaron la época de su primer amor, el tratará de ganar otra vez su corazón, y cuando ella se vuelva de nuevo hacia él y lo conozca realmente y vea cuán vano y vacío ha sido su amor por otros, él la restaurará a su propio país y una maravillosa fertilidad acompañará al restablecimiento de la relación de amor entre Jehová e Israel. Oseas creía aún en la necesidad del castigo; Israel tendrá que ir al destierro, pero no será debido a la justicia punitiva de Jehová sino a su propósito redentor: su pecado no será meramente castigado, sino quitado de raíz. ¡El severo profeta de la ruina ha llegado a ser el profeta del amor, un amor que es fiel a pesar de la infidelidad de la amada, un amor que castiga pero con el fin de redimir y restaurar!

De ahí en adelante predicó el amor profundamente moral de Dios, sus inexorables exigencias morales, y su seguro castigo del pecado. Pero con todo y a pesar de todo, el amor triunfará al final y la esperanza del futuro es segura.

Cuando Oseas se puso a escribir sus mensajes, comenzó en los caps. 1-3 con su propia y triste historia, pero la mezcló tan completamente con la de Jehová que solamente y con dificultad podemos separarla (1 $^{2a, 3-6, 8}$ 2 $^{2a, 4, 5a. 10}$ 3 $^{1-3}$). El ahora interpretaba el propósito divino de su tragedia y creía que Gomer había sido una mujer licenciosa desde el principio y que los hijos de ella no eran realmente de él. En la segunda parte de su libro (4-14) Oseas coleccionó sus expresiones proféticas, aunque podemos estar seguros de que no son todas[2]. Son en su mayor parte estrofas breves, reunidas sin ningún plan definido. Toda la pasión de su corazón habla en ellas. Algunas veces predice ruina, otras expresa esperanza. En uno de los pasajes más movidos no retrocede en atribuir la terrible lucha de su corazón al corazón del Eterno:

¿Cómo tengo de dejarte, oh Efraim?
¿he de entregarte yo, Israel?
¿cómo podré yo hacerte como Adma,
ni ponerte como a Zeboim?
Mi corazón se revuelve dentro de mí,
inflámanse todas mis conmiseraciones.
No ejecutaré el furor de mi ira,
no volveré para destruir a Efraim;

porque Dios soy, y no hombre;
el Santo en medio de ti. ($11^{8, 9a}$)

Toda la segunda parte del libro está en poesía. Oseas fué un gran profeta lírico. Su imaginación era vívida y su estilo el más pintoresco. A veces nos conmueve por la ternura exquisita de sus sentimientos, a veces nos hace sentir como él mismo su ira apasionada, y otra vez nos asombra por su originalidad y la belleza inesperada de su pensamiento y su dicción. Hay una inquietud de espíritu, una nerviosidad y una tristeza permanente. Pero al fin la anhelante esperanza encuentra descanso en la divina promesa de armonía y restauración.

Oseas concibió la relación entre Jehová e Israel según la analogía de la relación marital. La nación israelita es la esposa de Jehová. El se había enamorado de ella en el desierto y la había dado toda clase de bendiciones. Pero ella, con una vil ingratitud, se tornó infiel, yéndose con otros amantes, las deidades locales de la naturaleza de los cananeos, los llamados baalim, de quienes pretendía ella haber recibido las bendiciones de la agricultura. En salvaje y bajo culto les dió su amor. Los israelitas no consideraban de esa manera su adoración; creían que en ese culto estaban adorando a Jehova y lo llamaban su Baal, su amo, dueño y esposo. Pero mientras ellos podían pensar que no importaba si seguían este culto de la naturaleza, Oseas percibió su poder destructor, vió más profundamente que ellos que ese culto estaba minando el carácter espiritual de la religión de Jehová. Sus prácticas viles, licenciosas, amortiguaban la sensibilidad moral y espiritual del pueblo. Por eso luchó contra ello con toda su fuerza, lo mismo que contra la adoración de las imágenes que lo acompañaba. Con mordaces sarcasmos despreció los ídolos como obra de manos humanas y ridiculizó la práctica de besar los becerros, aquellas imágenes de los santuarios que servían para representar a Jehová. ¡Como si Jehová, la deidad espiritual pudiese ser representada por una imagen! Oseas no tuvo éxito en su decidido ataque contra los santuarios locales. Se atrajo la enemistad de los sacerdotes y otros. Ellos lo vituperaron diciendo "necio el profeta, insensato el varón de espíritu", y él apasionadamente respondió: "a causa de la multitud de tu maldad y grande odio" (9^{7}). Pero

su trabajo no fué en vano, un siglo más tarde su principio triunfó con la gran reforma de Josías.

Aunque Oseas hizo mayor hincapié sobre la corrupción religiosa del pueblo, no pasó por alto las iniquidades morales, las que condenó tanto como Amós (4^{1-14}) con quien concordaba en que Dios exigía solamente moralidad y no un culto sacrificial. Además, se introdujo en un campo que Amós no había tocado: la política interna e internacional; atacó la monarquía y demostró la insensatez de hacer alianzas. El previó el choque entre Asiria y Egipto, advirtió tanto al partido simpatizante con Asiria como al de los partidarios de Egipto, mostrando que el plan de Jehová se llevaría a cabo a despecho de lo que hicieran los políticos para impedirlo. Para la historia política de los últimos años del Reino del Norte, el libro de Oseas, con su valiosa información y su fino juicio es tan importante como para la historia religiosa.

Religiosa, social y políticamente el pueblo había sido infiel a Jehová. La infidelidad era su pecado fundamental. El agudo lector del corazón humano escudriñó más profundamente. La infidelidad estaba cimentada en la ignorancia. Si el pueblo solamente conociera a Jehová, no adorarían a Baal, ni confundirían a Jehová con Baal ni adorarían imágenes; no cometerían los terribles pecados sociales ni violarían toda la ley moral; no elegirían reyes ni entrarían en alianzas con naciones extranjeras, porque Jehová es espiritual y moral y el único salvador real. ¡Oh, si Israel solamente conociera a Jehová! Pero "mi pueblo perece por falta de conocimiento". En estas palabras vibra toda la amargura del corazón de Oseas. El sabía el valor del conocimiento de Dios, sabía que era vida real. La rectitud, el amor y la confianza provienen todos de él. Y así dice Jehová:

> Porque quiero la misericordia y no el sacrificio,
> y el conocimiento de Dios más bien que los holocaustos. (6^{6})
> ¡Por tanto, tú, oh Israel, vuélvete a tu Dios!
> observa la misericordia y la justicia,
> y guarda a tu Dios de continuo. (12^{6} VM)

Oseas sabía que el pecado había llegado a ser un hábito en el pueblo, una tendencia, de la cual no podían librarse: "sus malas obras no les permiten volver a su Dios, porque el espíritu de fornicación está dentro de ellos y así no conocen a Jehová" (5^{4}, VM). Y todavía

esperaba que por medio de los terribles sufrimientos que tendrían que pasar llegarían a conocer a Jehová, se arrepentirían de todo corazón, y serían restaurados otra vez.

No encontramos en Oseas el énfasis monoteísta de Amós con sus implicaciones universales. El estaba interesado en su propio pueblo. Quería ver a su pueblo unido con Dios en una unión del más sincero afecto. Hasta entonces la relación entre Dios e Israel nunca había sido concebida con semejante pasión y fuerza emocional. El amor es la clave de esta relación. Jehová sólo para Israel e Israel sólo para Jehová. Oseas profundizó e intensificó la religión, pero también la redujo a esta exclusiva posesión del uno para el otro. La espiritualización y refinamiento de la religión es su gran contribución. Su unión del amor con la justicia también en la relación de hombre a hombre significó mucho para la ética social, porque la sociedad puede curarse sólo por el amor y la justicia. Su interpretación más profunda de la naturaleza del pecado y su unión de la esperanza con la disciplina moral por su fe en el amor de Dios como poder redentor y regenerador, ejerció gran influencia sobre el pensamiento religioso, mientras que su insistencia en el conocimiento de Dios como absolutamente esencial señala hacia su pariente espiritual Juan que escribió: "Esta es la vida eterna, que te conozcan a tí solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste".

Capítulo VIII

ISAIAS Y MIQUEAS

Mientras Oseas se hallaba todavía profetizando en el norte, surgió en Judá el más grande de los profetas, Isaías, de Jerusalén. Durante cuarenta años o más, él fué oráculo de Dios ante su pueblo, m. o m. del 738 al 700 a. de J. C. o aún más tarde. La belleza de su palabra, la riqueza de su imaginación, la asombrosa variedad de su estilo, ora sublime y majestuoso, poderoso y arrebatador, ora tierno y dulce, patético como pleno de lágrimas silenciosas, lo señalan como el príncipe de los oradores hebreos. Pero él fué más grande aún que su estilo y sus palabras. Había penetrado en la realidad fundamental, pasando por las apariencias externas; había visto al Unico que dirige todos los movimientos de la historia; había comprendido su carácter y su propósito, y así era capaz de interpretarlo ante su pueblo, desentrañando su plan en los acontecimientos de las naciones. Un día del año en que murió el rey Uzías (738), se hallaba en el templo sumido en profunda meditación; no podemos imaginarnos más que sus pensamientos, sus esperanzas y sus temores, pues él nada dice de ellos. De repente su ojo interior fué abierto y tuvo allí la visión que quedó estigmatizada en su alma y que desde entonces rigió todos sus pensamientos y su vida. El vió al divino Rey en su trono. Y lleno de temor, apenas se atrevía a mirar las faldas de su ropa que cubrían el templo, y a los misteriosos serafines alados de cuyos labios salía con voz de trueno el poderoso canto antifonal que le descubrió para siempre la verdadera naturaleza de Jehová:

> Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos:
> toda la tierra está llena de su gloria.

Ante la visión de la santidad, Isaías se sintió preso de terror. Comprendiendo rápidamente su pecaminosidad y la de su pueblo, clamó con suma congoja. Había visto el misterio divino y sabía que

debía morir. Pero un serafín voló hasta él y purificó sus labios con una brasa del altar declarándole limpio. Por este acto de consagración fué capacitado para entender el verdadero significado de la escena y oir al mismo Jehová que preguntaba desde su trono conciliar, "¿A quién enviaré y quién nos irá?" Con alegre presteza Isaías exclama: "¡Heme aquí, envíame a mi!" Al momento es comisionado. Debe ir y hablar a "este pueblo", como se le llama desdeñosamente, debe hacerles comprender clara y continuamente la voluntad de Jehová y también interpretarles el verdadero significado de todos los sucesos. Ellos le oirán todo el tiempo, pero nunca entenderán el significado íntimo de sus palabras, y al oir sin entender y sin seguir la luz así revelada, se endurecerán más y más, perderán sus sensibilidades espirituales y su capacidad de arrepentimiento y restauración moral, y así estarán preparados para la destrucción —por el ministerio de Isaías.

> Anda, y di a este pueblo:
> Oíd bien y no entendáis;
> ved por cierto, mas no comprendáis.
> Engruesa el corazón de aqueste pueblo,
> y agrava sus oídos, y ciega sus ojos;
> porque no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos.
> ni su corazón entienda. ni se convierta, y haya
> para él sanidad. (Isaías $6^{9, 10}$)

Cuando Isaías, lleno de angustia preguntó, "¿Hasta cuándo, Señor?" Jehová replicó:

> Hasta que las ciudades estén asoladas y sin morador,
> ni hombre en las casas,
> y la tierra sea tornada en desierto;
> hasta que Jehová hubiere echado lejos a los hombres,
> y multiplicare en medio de la tierra la desamparada.
> Pues aun quedará en ella una décima parte,
> y volverá, bien que habrá sido asolada:
> como el olmo y como el alcornoque,
> de los cuales en la tala queda el tronco. (6^{11-12a})

Su destrucción será completa. Si se dejara un remanente en la terrible visitación, también será destruído, hasta que no quede nada de todo el pueblo pecador.[1] Ningún profeta recibió jamás una comisión más terrible. Pero Isaías la cumplió obligado por la fuerza de esta visión de la santidad de Dios, que desde entonces dominó todo su pensamiento.

La santidad de Dios, su majestad física, tenía para él como corolario la insignificancia del hombre. A éste le corresponde ser humilde ante el Dios Altísimo. En sus primeras profecías (2^{6-22}) Isaías describió cómo Jehová en su ira por todo lo soberbio, recorrería todo el país en un violento huracán, el gran día de su visitación, quebrando los cedros del Líbano, destrozando las encinas de Basán, derribando todo edificio elevado, hundiendo los barcos en el mar, dejando ruina y naufragio en su camino, mientras por sobre todo ello resuena el triunfante estribillo:

¡Y Jehová solo será ensalzado en aquel día!

A ésta, está unida otra profecía del Día de Jehová, en la cual Isaías se refiere a la hechicería y a las riquezas, a los carros y caballos y a los ídolos hechos con manos de hombres, todo lo cual indispone a los hombres con Dios, y advierte a su pueblo:

Se entrarán en las hendiduras de las rocas
y en las cavernas de las peñas,
por la presencia formidable de Jehová,
y por el resplandor de su majestad,
cuando se levantare para herir la tierra. (2^{21})

La vista de Isaías se había aguzado por la actividad profética entre el pueblo. El había presenciado la caída de la dinastía de Jehú en el norte, que Oseas había profetizado; sabía que el asesino de Zacarías, Sallum, había sido muerto a su vez por Manahem y que el país se hallaba en intolerables condiciones. Llegó a prever una revolución también en Judá, porque también allí las condiciones sociales eran insoportables; el rey era una criatura y un instrumento en manos de las mujeres. La revolución sería el juicio de Jehová. La injusticia y la despiadada opresión que sobre el pueblo ejercían los príncipes y dirigentes, y la soberbia y coquetería desenfrenadas de las mujeres de Jerusalén eran las razones por las que Jehová debía intervenir (3^{1}-4^{1} 32^{9-14}).

La forma original de Isaías impresionó sobre el pueblo, aunque no en el modo deseado por él, pues al parecer el pueblo rehuía la presencia del siniestro profeta de la calamidad. Así, pues, un día apareció en la plaza del mercado como trovador, porque deseaba

que el pueblo escuchará su mensaje. Comenzó cantando con ritmo melodioso:

> Ahora cantaré por mi amado
> el cantar de mi amado a su viña. (5[1a])

Viña era un término de cariño para el amado o la amada (véase Cant. 8[11, 12]). Así que cantó de su "viña", por la que había hecho todo lo que había podido, con el único resultado de sufrir una amarga decepción al tiempo de la cosecha. Aquí el cantor se detuvo y pidió a sus oyentes que juzgaran entre su amigo y su viña. Pero como nadie replicara, continuó hablando del severo pero justo tratamiento que le aplicaría. Sus oyentes estaban todos de acuerdo con él, no pensando en nada extraordinario, hasta que dijo: "y aun a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella". ¡Ningún hombre vulgar podía decir eso! Pero antes de que se recobraran de su asombro, Isaías había atronado sus oídos con la aplicación de su canto de amor:

> Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel,
> y los hombres de Judá cuya planta suya deleitosa
> Esperaba juicio (*mishpat*), y he aquí vileza (*mispah*);
> justicia (*sedhakah*), y he aquí clamor (*se'akah*). (5[7])

¡Palabras gráficas éstas de fácil recuerdo! Probablemente Isaías aprovecharía esta ocasión para pronunciar su serie de ayes que han sobrevivido al correr del tiempo sin haber perdido nada de su poder, los ayes sobre los que compran casas y terrenos hasta que ellos solos son los únicos poseedores del país; sobre los borrachos, los frívolos escarnecedores, los timadores, los engreídos y los jueces injustos (5[8-24]). ¡Ay de todos ellos!, su castigo es seguro, porque:

> Mas Jehová de los ejércitos será ensalzado en juicio,
> y el Dios Santo será santificado con justicia. (5[16])

En otro momento Isaías lloró por la destrucción de Jerusalén con el característico ritmo de la endecha:

> ¿Cómo te has tornado ramera, oh ciudad fiel?
> Llena estuvo de juicio,
> en ella habitó equidad;
> mas ahora, homicidas. (1[21])

Los príncipes y jueces son compañeros de ladrones, prevaricadores y pervertidores de la justicia; pero Jehová se vengará de todos ellos.

Quitará los elementos malvados y limpiará completamente la ciudad.

> Y restituiré tus jueces como al principio,
> y tus consejeros como de primero:
> entonces te llamarán
> Ciudad de justicia, Ciudad fiel. (1[26], véase también 22-25)

¡Repentinamente un rayo de esperanza ha brillado en el mensaje de Isaías! El castigo es sólo para el malvado; después de su extirpación la antigua rectitud de Sión será una vez más restaurada por el mismo Jehová, no por la introducción de un nuevo sistema sino por el establecimiento de hombres justos en los cargos públicos.

Desde entonces ya no se encuentra en el mensaje de Isaías la desconsoladora lobreguez. Sus palabras han caído en terreno fértil, un grupo de gente fervorosa se ha reunido a su alrededor. Fué en esta época cuando puso el significativo nombre de "Searjasub" a un hijo que le había nacido, en la alegre esperanza de que después de todo "un remanente retornará a Jehová y será salvo.

Hasta entonces Isaías no había mencionado todavía a los asirios, aunque ya había comenzado el avance de Tiglat-pileser contra Siria y el rey Manahem de Israel había sido obligado a pagarle tributo en 738. Los sirios percibieron el funesto peligro y bajo la dirección de Rezín de Damasco se formó una confederación entre los en otro tiempo enemigos, Damasco y Samaria. Era de la mayor importancia que esta alianza se fortaleciese. Cuando el rey Acaz de Judá rehusó unirse a ella, esta negativa fué motivo de tal preocupación para los confederados, que resolvieron obligar por la fuerza de las armas a Acaz a aliárseles o de lo contrario le destronarían. Fué en el principio de esta guerra siro-efraimita (735), cuando Acaz salía a inspeccionar las fortificaciones de la ciudad en vista del sitio inminente, que Isaías le salió al encuentro en una de las más memorables entrevistas de la historia. Iba con su pequeño hijo Searjasub, al que el rey conocía como la personificación de los sermones de Isaías pues éste pertenecía a una familia encumbrada y era familiar en la corte y bien relacionado con el rey y la gente principal. Con intensa convicción el profeta aseguró al rey en el nombre de Dios mismo, que no tenía por qué temer a la despreciable confederación de Siria y Efraim; el plan de Dios era frustrar su propósito. Que Acaz crea y confíe en Jehová, porque "¡Si no creyereis, de

cierto no permaneceréis!" Para Isaías que había contemplado la visión del Rey Celestial, era fácil creer que él era el único gobernador y director de todos los asuntos humanos, que él solo regía todos los movimientos de la historia, y que sólo importaba su voluntad. Había declarado que el plan de los aliados sería frustrado, y por consiguiente lo sería. Si Acaz creía, Jehová haría lo demás. Pero Acaz no replicó; él no creía. Probablemente ya había pedido ayuda a Asiria, convirtiéndose en vasallo de Tiglat-pileser. Isaías, desesperado por querer ganarlo le ofrece señales celestiales o infernales en confirmación de su mensaje. Pero el rey se evade con una frase piadosa, por lo cual Isaías estalla lleno de indignación:

> Oíd ahora, casa de David. ¿Os es poco el ser molestos a los hombres sino que también lo seáis a mi Dios? Por tanto el mismo Señor os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y parirá hijo, y llamará su nombre Emmanuel (Dios con nosotros). Porque antes que el niño sepa desechar lo malo y escoger lo bueno, la tierra que tú aborreces será dejada de sus dos reyes. (Pero) comerá manteca y miel, para que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno. (Pero) Jehová hará venir sobre ti, y sobre tu pueblo, y sobre la casa de tu padre, días cuales nunca vinieron desde el día que Efraim se apartó de Judá. (7^{13b-17}, véase también 7^{1-13a})2

Esta es la señal: la joven (el hebreo no dice una virgen sino una joven núbil) que ahora se encuentra embarazada clamará en su hora crítica, con júbilo glorioso "*Emmanuel*-Dios con nosotros", y llamará así a su recién nacido, porque ya entonces será manifiesta la salvación divina, y en dos o tres años serán devastados los países de los enemigos. Acaz recordará esta hora en la que Dios le ofreció en vano su gracia, pero el nombre Emmanuel no será para él gozo puro porque el resultado de su incredulidad será que Judá también tendrá que soportar una calamidad sin precedente (7^{1-17}). Para Acaz, esta hora significó poco; para el género humano fué de valor incalculable, porque ella colocó la fe en el centro de la religión, y esta entrevista ha sido llamada por eso la hora del nacimiento de la fe, la cual para Isaías era la convicción de la realidad y supremacía del mundo espiritual, de Dios.

Isaías llevó también estos mensajes al pueblo. En un modo espectacular escribió en una tablilla con letras fácilmente legibles: "*Maher - shalal - hash - baz* = el saqueo adelanta, el botín aumenta", en presencia de dos intachables testigos de alto rango. Y a

un hijo que le nació en esta época le dió este extraño nombre: Maher-shalal-hash-baz, a fin de tener un doble testimonio de que había predicho que "sería quitada la fuerza de Damasco y los despojos de Samaria en la presencia del rey de Asiria" (8^{1-4} $17^{1-6, 9-11}$). En su gran éxtasis, desafió aún a todo el mundo.

¡Dios con nosotros!
Juntaos, pueblos, y seréis quebrantados;
oíd todos los que sois de lejanas tierras:
poneos a punto, y seréis quebrantados;
apercibíos, y seréis quebrantados.
Tomad consejo, y será deshecho;
proferid palabra, y no será firme:
porque Dios con nosotros. ($8^{9, 10}$)

No ocultó al pueblo el peligro que significaba para Judá la invasión de Israel por Asiria. Juzgó rectamente la política de Acaz: que al fin no traería salvación. Previó que el choque entre Asiria y Egipto tendría lugar en Palestina y engolfaría también a Judá, desde que el pueblo no había puesto su confianza en las mansas aguas de Siloé, es decir, en el sereno poder de Jehová. Con Dios, ninguna confederación de fuerzas humanas podía prevalecer contra ellos; sin él, estaban perdidos (7^{18-25} 8^{5-8}).

Durante los inquietos días de la guerra siro-efraimita, Isaías el patriota sintió el fuerte poder de la psicosis de la guerra que sufría el pueblo. Cuando denunciaron a los traidores y conspiradores, porque ayudaban e instigaban al enemigo, quiso unirse a ellos con fervor patriótico, pero Jehová lo contuvo "con la fuerte presión de su mano", por medio de una coacción psíquica irresistible, advirtiéndole que había solamente un conspirador que debía ser tomado en cuenta: ¡Jehová mismo, el archiconspirador que estaba planeando la ruina de su pueblo! (8^{11-15})

Isaías se encontró pronto en tal fatal oposición con el rey y el pueblo, que se apartó de su ministerio público y dedicó su atención a la preparación de sus discípulos. Trabajó tranquilamente, consciente de que también para el público, él mismo y sus hijos, con sus nombres simbólicos, eran todavía testimonios de Jehová, aunque se mantuviesen silenciosos por un tiempo. Esperaría pacientemente una época mejor, porque su esperanza estaba en Jehová que moraba en el monte Sión (8^{16-18}).

Los sucesos pasaron demasiado rápidamente para permitirle estar tranquilo largo tiempo. En 734, la mayoría de las tribus del norte y del este del Jordán, fueron llevadas en cautividad por los asirios; Israel se convirtió en un vasallo; en 732 había caído Damasco. Y ahora, después de la muerte del gran conquistador Tiglatpileser, en 726, Israel, bajo el rey Oseas, se rebeló contra su nuevo soberano Salmanasar. Isaías predijo lo que habría de suceder. Jehová había tratado de salvarlos disciplinándolos constantemente; pero todo en vano, no se arrepintieron; después de la relación de cada acto Isaías concluía con el estribillo,

> Ni con todo esto ha cesado su furor,
> antes todavía extendida su mano. (9^{21b})

hasta que anunció el castigo final, el fin, en la famosa descripción del avance asirio:

> Y alzará pendón a gentes de lejos,
> y silbará al que está en el cabo de la tierra;
> y he aquí que vendrá pronto y velozmente.
> No habrá entre ellos cansado, ni que vacile;
> ninguno se dormirá ni le tomará sueño;
> a ninguno se le desatará el cinto de los lomos,
> ni se le romperá la correa de sus zapatos.
> Sus saetas amoladas,
> y todos sus arcos entesados;
> las uñas de sus caballos parecerán como de pedernal,
> y las ruedas de sus carros como torbellino.
> Su bramido como de león;
> rugirá a manera de leoncillos,
> rechinará los lientes, y arrebatará la presa;
> la apañará, y nadie se la quitará. (5^{26-29})

Las mismas iniquidades sociales de las que Judá era culpable, son la causa de la ruina de Israel. Los asirios son el instrumento del castigo en la mano de Jehová, quien rige a todas las naciones con su gobierno recto (9^{7}-10^{4} 5^{25-29} 28^{1-4}). En 722 fué tomada Samaria e Israel llevado en cautiverio. Sobre la ciudad caída, parécenos oir otra vez la endecha que Amós había cantado unos treinta años antes:

> Cayó la virgen de Israel,
> no más podrá levantarse;
> dejada fué sobre su tierra,
> no hay quien la levante. (Amós 5^{2})

Y en sus calles y plazas vacías las terribles palabras de Oseas parecen resonar una vez más con toda su mezcla de gracia y rigor, de jus-

ticia y amor, despertando en nosotros un ferviente anhelo, una esperanza que nunca se realizará. Porque Israel ha ido al entierro, nunca retornará.

En las décadas siguientes hubo repetidas tentativas de las naciones subyugadas para sacudir el yugo asirio. Merodac-baladán, el artero babilonio rebelde, las instigaba y Egipto siempre prometía ayudarlas. En 711 la opinión popular en Jerusalén estaba fuertemente en favor de la unión con los filisteos, que eran ayudados por Egipto, contra Sargón. Isaías percibió la locura y el peligro de ello, y por tres años caminó por las calles de Jerusalén como un prisionero de guerra "desnudo y descalzo", para dar peso a sus conmovedoras advertencias. Todos los egipcios y etíopes serían así llevados cautivos por los asirios, si se rebelaban contra ellos; Judá sería amargamente decepcionada si confiaba en los aliados (capítulo 20). En este período Isaías tuvo éxito, Judá permaneció neutral. Durante todos los años subsiguientes trató en muchos discursos de convencer a sus compatriotas de la profunda verdad de que su salvación nacional solamente podía ser asegurada por la fe en Jehová, pero todo sin resultado. Cuando Senaquerib ascendió al trono de Asiria en 705, todo el país se había rebelado. Los embajadores de Filistia aparecieron en Jerusalén para urgir a los judíos a unirse a la alianza antiasiria. Ellos los encontraron listos y dispuestos, solo Isaías vió más profundamente que todos ellos, percibió la inutilidad total de la empresa, y dirigió un oráculo a Filistia, en el que predecía exactamente el destino que le aguardaba debido a que el nuevo rey sería para ella aun más cruel que lo que Sargón había sido.[3]

No te alegres tú, Filistea toda,
  por haberse quebrado la vara del que te hería;
porque de la raíz de la culebra saldrá basilisco,
  y por su fruto, ceraste volador.
Y los primogénitos de los pobres serán apacentados,
  y los menesterosos se acostarán seguramente:
mas yo haré morir de hambre tu raíz,
  y mataré tus reliquias.
Aulla, oh puerta; clama, oh ciudad;
disuelta estás toda tú, Filistea:
porque humo vendrá de aquilón,
  no quedará uno solo en sus asambleas. (14$^{29-31}$)

A la pregunta que el pueblo le había hecho directamente, replicó Isaías:

> ¿Que se responderá a los mensajeros de la gentilidad?
> Que Jehová fundó a Sión,
> y que a ella se acogerán los afligidos de su pueblo. (14[32])

Sólo la confianza en Jehová, y no en alianza política alguna es garantía de salvación; lo único que puede asegurar la permanencia del estado nacional. Pero el pueblo no quería escuchar. El entusiasmo popular se había inflamado. El rey Ezequías fué incapaz de resistir la presión y se unió a la alianza antiasiria, especialmente porque estaba seguro de que esta vez Egipto apoyaría el movimiento con todo su poder. Isaías nunca cedió en su posición. Sólo él vió allí más claramente que los otros y denunció el pacto con Egipto que traería solamente decepción y desgracia:

> ¡Ay de los que descienden a Egipto por ayuda,
> y confían en caballos;
> y su esperanza ponen en carros, porque son muchos;
> y en caballeros, porque son valientes;
> y no miraron al Santo de Israel,
> ni buscaron a Jehová! (31[1])

¡Hay un solo y real auxiliador: Jehová! Todas las fuerzas humanas y materiales no servirán para nada, la lucha es entre el mundo espiritual y el material.

> Los Egipcios hombres son, y no Dios;
> y sus caballos carne, y no espíritu:
> de manera que en extendiendo Jehová su mano,
> caerá el ayudador, y caerá el ayudado,
> y todos ellos desfallecerán a una. (31[3])

En esta ocasión, Isaías resumió su consejo en estas grandes palabras:

> En descanso y en reposo seréis salvos;
> en quietud y confianza será vuestra fortaleza. (30[15b])

Isaías repetía sus advertencias con tanta frecuencia que el pueblo se cansó de ellas. Cuando un día apareció en el templo mientras se celebraban las comidas sacrificiales y los participantes, incluso sacerdotes y profetas, estaban tan embriagados por las fuertes bebidas que "todas las mesas estaban llenas de vómitos y suciedad hasta no haber lugar limpio", fué saludado con insolentes mofas:

> ¿A quién se enseñará ciencia,
> o a quién se hará entender doctrina?

¿A los quitados de la leche?
¿a los arrancados de los pechos?
Porque mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato
renglón tras renglón, línea sobre línea,
un poquito allí, otro poquito allá. (28[9, 10])

El hebreo hace más parecida la imitación de la conversación del bebé:

Saw lasaw saw lasaw
Kaw lakaw kaw lakaw
Zeir sham seir sham.

A lo que Isaías replicó, que ya que no querían escuchar el sencillo mensaje de Dios, por el cual podían obtener descanso y refrigerio, él les daría este mismo balbuceo en asirio con tan terrible resultado que "Vayan y caigan de espaldas, y sean quebrantados, enlazados y presos".

Por lo tanto, varones burladores,
que estáis enseñoreados sobre este pueblo que está en Jerusalén,
oid la palabra de Jehová.
Porque habéis dicho:
Concierto tenemos hecho con la muerte,
e hicimos acuerdo con la sepultura;
cuando pasare el turbión del azote,
no llegará a nosotros,
por que hemos puesto nuestra acogida en la mentira,
y en la falsedad nos esconderemos:
Por tanto, el Señor Jehová dice así:
He aquí que yo fundo en Sión una piedra,
piedra de fortaleza, de esquina, de precio, de cimiento estable:
el que creyere no se apresure.
Y ajustaré el juicio a cordel.
y a nivel la justicia;
y granizo barrerá la acogida de la mentira,
y aguas arrollarán el escondrijo.
Y será anulado vuestro concierto con la muerte,
y vuestro acuerdo con el sepulcro no será firme:
cuando pasare el turbión del azote,
seréis de él hollados.
Luego que comenzare a pasar,
él os arrebatará;
porque de mañana de mañana pasará,
de día y de noche;
y será que el espanto solamente
haga entender lo oído.
Porque la cama es tan angosta que no basta,
y la cubierta estrecha para recoger,
Porque Jehová se levantará como en el monte Perasim,
como en el valle de Gabaón se enojará;
para hacer su obra, su extraña obra,
y para hacer su operación, su extraña operación.

Ahora pues, no os burléis,
porque no se aprieten más vuestras ataduras;
porque consumación y acabamiento sobre toda la tierra
he oído del Señor Jehová de los ejércitos. (28[14-22])

La frase más significativa en este poderoso discurso es la que va impresa en bastardilla. Isaías penetró hasta las realidades espirituales subyacentes, a través de los exteriores sucesos. La fe era para él el fundamento eterno. "El que creyere no se apresure", porque está aliado con el poder más poderoso de todo el mundo, con Dios mismo. Pero el pueblo no veía lo que Isaías había visto, y no creían. El lo sabía bien y en un notable pasaje ha preservado una pintura del estado de ánimo popular de aquel tiempo. Fué un día que Jerusalén celebraba un triunfo efímero, quizá el haber traído como prisionero de guerra al rey de Ekron, Padi, que era partidario de los asirios. El pueblo estaba en los techos para ver el regocijante espectáculo, viviendo solamente en el presente, ciegos al futuro. ¡Su propia ruina era inminente, y estaban celebrando una fiesta de regocijo!

¿Qué tienes ahora, que toda tú,
te has subido sobre los terrados?
Tú, llena de alborotos, ciudad turbulenta,
ciudad alegre;
tus muertos no son muertos a cuchillo,
ni muertos en guerra.
Todos tus príncipes juntos huyeron del arco,
fueron atados:
todos los que en ti se hallaron, fueron atados juntamente,
aunque lejos se habían huído. (22[1-3])

Mientras su mente se representaba este terrible cuadro, Isaías estaba sumido en un dolor tan indominable que imploró al pueblo:

Por esto dije: Dejadme,
lloraré amargamente;
no os afanéis por consolarme
de la destrucción de la hija de mi pueblo.
Porque día es de alboroto, y de huella, y de fatiga
por el Señor Jehová de los ejércitos
en el valle de la visión, para derribar el muro,
y dar grita al monte.
Y Elam tomó aljaba en carros de hombres y de caballeros;
y Kir descubrió escudo.
Y acaeció que tus hermosos valles fueron llenos de carros,
y los de a caballo acamparon a la puerta.
Y desnudó la cobertura de Judá. (22[4-8a])

Las medidas que tomó el pueblo para conjurar tal crisis no fueron de provecho alguno, pues descuidaron la preparación moral y espiritual. Ellos no prestaron atención al que había planeado esta catástrofe; no le habían apaciguado con un sincero arrepentimiento, sino que contemplaban la próxima guerra con increíble despreocupación y frivolidad.

> Por tanto el Señor Jehová de los ejércitos
> llamó en este día
> a llanto y a endechas,
> a mesar y a vestir de saco.
> Y he aquí gozo y alegría
> matando vacas y degollando ovejas,
> comer carne y beber vino, diciendo:
> Comamos y bebamos, que mañana moriremos.
> Esto fué revelado a mis oídos
> por parte de Jehová de los ejércitos:
> Que este pecado no os será perdonado hasta que muráis. (22$^{12-14}$)

Los acontecimientos siguieron su marcha implacable. Senaquerib apareció en Judá y devastó el país. La ayuda egipcia resultó inútil. Por último, se exigió la capitulación de Jerusalén.

Fué entonces cuando Isaías se elevó hasta la cúspide de su gran convicción. Aunque para el lector superficial aparezca en contradicción consigo mismo,[4] fué, sin embargo, leal a su fe fundamental en la santidad de Dios y en la obligación de ser humildes por parte de los hombres. El Asirio había sido instrumento de Jehová una y otra vez. El lo había utilizado también contra su propio pueblo; pero ahora se había extralimitado en su cometido. Isaías había observado durante mucho tiempo que el Asirio no tenía conciencia de ser un siervo de Jehová, y que sólo lo guiaba el puro deseo de conquista. Pero ahora, cuando se atreve a alardear con arrogancia audaz de que destruiría la ciudad de Jehová y *a Jehová mismo*, Isaías replica con irónico desdén:

> ¿Gloríase el hacha contra el que con ella corta?
> ¿se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve?
> como si el bordón se levantase contra los que lo levantan;
> como si se levantase la vara: ¿no es leño? (10^{15})

¡La locura blasfema de todo ello! El Asirio ya no puede ser instrumento de Jehová, sino que él mismo debe ser castigado. No tomará a Jerusalén, sino que él mismo será quebrantado por Jehová.

Ciertamente se hará de la manera que lo he pensado,
y será confirmado como lo he determinado:
Que quebrantaré al Asirio en mi tierra,
y en mis montes lo hollaré;
y su yugo será apartado de ellos,
y su carga será quitada de su hombro.
Este es el consejo que está acordado sobre toda la tierra,
y ésta, la mano extendida sobre todas las gentes.
Porque Jehová de los ejércitos ha determinado: ¿y quién invalidará?
Y su mano extendida, ¿quién la hará tornar? (14$^{24-27}$)

Y sucedió lo increíble. Senaquerib fué obligado a retirarse: aparentemente una epidemia diezmó su ejército. Fué una gran salvación para los judíos, y constituyó uno de los sucesos más significativos en la historia judía; pero no hizo sobre el pueblo la impresión que Isaías había esperado. No produjo ninguna renovación moral, los antiguos abusos sociales continuaron, junto con un gran celo religioso. Una vez más apareció el profeta ante el pueblo, y en un poderoso sermón reformador los exhortó a arrepentirse de todo corazón. Es el sermón que ahora se encuentra el principio de su libro (1$^{2-20}$), en el cual hizo una descripción gráfica de la condición desoladora del país, rechazó todo culto tan fuertemente como lo había hecho Amós, incluyendo los novilunios, los sábados y las oraciones, exhortando al pueblo para que llevara una vida de justicia social, suplicándoles:

Venid luego, dirá Jehová, y estemos a cuenta:
si vuestros pecados fueren como la grana,
como la nieve serán enblanquecidos:
si fueren rojos como el carmesí,
vendrán a ser como blanca lana. (1^{18})

Se creería que este sermón fué lo que movió a Ezequías a trabajar por la reforma del culto de Jehová. Que Isaías lo influenció para ello, no cabe duda.

En su regocijo por la liberación del opresor asirio, Isaías describió la jubilosa felicidad del pueblo por su nueva libertad, y predijo, en palabras tan bellas y melodiosas que todavía son música a nuestros oídos, al rey ideal que vendría en la época de oro.

El pueblo que andaba en tinieblas vió gran luz:
los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos
Aumentando la gente, no aumentaste la alegría.
Alegraránse delante de ti como se alegran en la siega,
como se gozan cuando reparten despojos.

Porque tú quebraste su pesado yugo, y la vara de su hombro,
y el cetro de su exactor, como en el día de Madián.
Porque toda batalla de quien pelea es con estruendo,
y con revolcamiento de vestidura en sangre:
mas esto será para quema, y pábulo del fuego.
Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado;
y el principado sobre su hombro;
y llamaráse su nombre Admirable, Consejero,
Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz.
Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán término,
sobre el trono de David, y sobre su reino,
disponiéndolo y confirmándolo
en juicio y en justicia desde ahora para siempre.
El celo de Jehová de los ejércitos hará esto. (9^{2-7})

En otro poema, describió Isaías el hecho de que el rey sería dotado con el espíritu de Dios por lo cual estaría capacitado para gobernar como un monarca ideal en una era de paz.

Y saldrá una vara del tronco de Isaí,
y un vástago retoñará de sus raíces.
Y reposará sobre él el espíritu de Jehová;
espíritu de sabiduría y de inteligencia,
espíritu de consejo y de fortaleza,
espíritu de conocimiento y de temor de Jehová.
Y harále entender diligente
en el temor de Jehová.
No juzgará según la vista de tus ojos,
ni argüirá por lo que oyeren sus oídos:
sino que juzgará con justicia a los pobres,
y argüirá con equidad por los mansos de la tierra;
y herirá la tierra con la vara de su boca,
y con el espíritu de sus labios matará al impío.
Y será la justicia cinto de sus lomos,
y la fidelidad ceñidor de sus riñones.
Morará el lobo con el cordero,
y el tigre con el cabrito se acostará;
el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos,
y un niño los pastoreará.
La vaca y la osa pacerán,
sus crías se echarán juntas;
Y el león como el buey comerá paja.
Y el niño de teta se entretendrá sobre la cueva del áspid,
y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna del basilisco.
No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte;
porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová,
como cubren la mar las aguas. (11^{1-9})

En otro poema ($32^{1-8, 15-20}$) vuelve a describir el reino ideal. Isaías tenía una fe infantil en la importancia de la personalidad del rey. Esperaba una era ideal del gobierno del monarca ideal y la

administración de funcionarios correctos. La edad de oro era para él la purificación y glorificación del antiguo orden. Esa había sido su esperanza ya en los primeros años de su ministerio (1^{25-26}), pero no la había descrito con los brillantes colores de su época más madura. La justicia y la paz social, sin embargo, siempre fueron fundamentales para él.

A medida que daba forma a su esperanza del futuro, más se desarrollaba su visión. Vió una época en que muchas naciones, atraídas por la gloria de Judá, vendrían al monte de Sión a buscar el oráculo de Jehová acerca de las condiciones para la felicidad y paz nacionales, y traerían todas sus disputas internacionales al arbitraje de Jehová, aceptando su justo e imparcial veredicto.

Y acontecerá en lo postrero de los tiempos,
que será confirmado el monte de la casa de Jehová
por cabeza de los montes,
y será ensalzado sobre los collados,
y correrán a él todas las gentes.
Y vendrán muchos pueblos y dirán:
Venid, y subamos al monte de Jehová,
a la casa del Dios de Jacob;
y nos enseñará en sus caminos,
y caminaremos por sus sendas.
Porque de Sión saldrá la ley,
y de Jerusalén la palabra de Jehová.
Y juzgará entre las gentes,
y reprenderá a muchos pueblos;
y volverán sus espadas en rejas de arado,
y sus lanzas en hoces:
no alzará espada gente contra gente,
ni se ensayarán más para la guerra. (2^{2-4})

¡Una visión de paz universal! Así mira el anciano profeta con ojos ansiosos hacia el futuro, y formula una esperanza para todo el género humano que todavía hace apresurar los latidos de los corazones de los hombres, porque estas palabras expresan aún el anhelo de paz de la humanidad.

No es extraño que estos así llamados pasajes mesiánicos hayan sido considerados por muchos siglos como la contribución más importante de Isaías. En realidad, no es así; Isaías fué en primer lugar el profeta de la fe, y su contribución más grande y significativa fué su enseñanza de la fe en la santidad de Dios, que para él significaba fe en su majestad y supremacía física y moral, en su abrumadora

realidad y recto gobierno del mundo y en su dirección de toda la historia. Si él escribió los mensajes de esperanza, lo que es seriamente discutido, los entregó solamente a sus discípulos.

Isaías era un hombre público y un orador, antes que un escritor. Fué debido a la oposición que encontró, que se vió obligado a escribir sus mensajes. El primer libro (6-8) lo escribió probablemente en la época en que abandonó su público ministerio bajo Acaz. Alrededor de éste como núcleo se añadieron otros oráculos primeros (2^{6-22} 3^{1-4^1} 5^{1-24} y 9^{7}-10^{4} 5^{25-29}). Escribió otro libro durante la época de Senaquerib, cuando el pueblo no quiso escuchar más sus ataques a la alianza con Egipto. Jehová entonces le ordenó:

> Ve pues ahora, y escribe esta visión en una tabla delante de ellos,
> y asiéntala en un libro,
> para que quede hasta el postrero día,
> para siempre por todos los siglos. (30^{8})

Esos mensajes estaban contenidos principalmente en los capítulos 28-31. En cierto sentido se los debemos a los enemigos de Isaías.

El libro de Isaías contiene ahora pasajes que no son de él. No solamente toda la segunda parte, caps. 40-66, la mayoría de los oráculos contra las naciones extranjeras en los capítulos 13-23, el llamado apocalipsis de los caps. 24-27 y el material biográfico de los caps. 36-39, sino muchos otros pasajes que fueron agregados más tarde, tanto que ahora tenemos en su libro una gran colección de oráculos, de los cuales los que pertenecen a Isaías no son la mayor parte.[5]

Al lado del majestuoso Isaías, la figura de su contemporáneo Miqueas aparece empequeñecida. Pero en realidad fué uno de los grandes profetas. Pertenecía al pueblo sencillo en la pequeña alda judea de Moreset-gat cerca del límite filisteo. De su familia y de su profesión no sabemos nada. No dejó ningún detalle de las experiencias que le convirtieron en un profeta, porque desdeñaba toda testificación exterior de su autoridad, y solamente se apoyaba en la manifestación del Espíritu y el Poder. Llegó como otro Amós, en la última década del Israel del Norte (730-722) y anunció la segura caída de Samaria. Entonces temía que aun Jerusalén sería envuelta en ella, lo que se convirtió en certidumbre

durante el reinado de Ezequías. Con inflamada pasión y palabras ardientes y aplastadoras por su terrible poder acusó a los jefes de su pueblo por todas sus iniquidades morales y predijo la inminente destrucción. Era el representante del pobre, que sufría en silencio el yugo de la ultrajante opresión y la desvergonzada perversión de la justicia. Los príncipes, sacerdotes y profetas, todos eran culpables, una despiadada avaricia les poseía y envenenaba toda la vida social y religiosa de la nación.

> Por tanto, a causa de vosotros será Sión arada como campo,
> y Jerusalén será majanos,
> y el monte de la casa como cumbres de breñal. (3^{12})

Cien años más tarde todavía se recordaba esta profecía, ¡tan grande había sido la impresión que causara!

Quizás los primeros tres capítulos (excepto 2$^{12, 13}$), en los que Miqueas coleccionó sus memorables discursos, y los amenazadores pasajes del cap. 4, sean todo lo que él escribió, especialmente si no predicó después del reinado de Ezequías. Pero es probable que viviera y trabajara también durante la época de Manasés. Si así fué, los grandes pasajes de los capítulos 6^{1}-7^{6}, pueden venir también de él. Es verdad que hay una inesperada ternura en el poema en el que el profeta interpreta como un triste error proveniente de su profundo anhelo de reconciliación con Dios, la terrible práctica del sacrificio de los niños, a que el pueblo se había entregado en su desesperación durante el tiempo de Manasés. Representa al pueblo preguntando ansiosamente:

> ¿Con qué prevendré a Jehová,
> y adoraré al alto Dios?
> ¿vendré ante él con holocaustos,
> con becerros de un año?
> ¿Agradaráse Jehová de millares de carneros,
> o de diez mil arroyos de aceite?
> ¿daré mi primogénito por mi rebelión,
> el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma? (Miqueas 6$^{6, 7}$)

El contesta,

> Oh, hombre, él te ha declarado qué sea lo bueno,
> y qué pida de ti Jehová:
> solamente hacer juicio, y amar misericordia,
> y humillarte para andar con tu Dios. (6^{8})

¡Qué pasaje más maravilloso es este! ¡Qué discernimiento revela!

Da la definición clásica de la religión profética. ¡Con qué ternura se expresa! Los años habían suavizado al severo profeta; comprendía y perdonaba. Pero también Miqueas, en los comienzos de su ministerio, había demostrado cuán profundamente conmovido estaba por la perspectiva de la segura destrucción de Israel:

> Por tanto lamentaré y aullaré,
> y andaré despojado y desnudo;
> haré gemido como de chacales,
> y lamento como de avestruces. (1[8])

Sabía ya entonces que Jehová era bondadoso. "¿Mis palabras no hacen bien al que camina derechamente?" (2[7]). Pero la iniquidad social del pueblo hacía ineludible el castigo. Y esa era todavía su convicción. Con todo el fuego de su juventud censuró los errores sociales. Pero no es exclusivamente a los dirigentes, a quienes ahora acusaba. El fraude, la violencia, la injusticia, eran desenfrenados en todas las clases. Las condiciones eran ahora peores de lo que habían sido antes. "Faltó el misericordioso de la tierra, y ninguno hay recto entre los hombres. El mejor de ellos es como el cambrón; el más recto, como zarzal" (7[2a, 4a]). Nadie puede confiar en su más íntima amistad, ni en su amigo más querido. "Los enemigos del hombre son los de su casa" (7[6b]).

Si Miqueas escribió, directamente a continuación de esta presentación del envilecimiento del pueblo, las palabras

> Yo empero a Jehová esperaré,
> esperaré al Dios de mi salud:
> el Dios mío me oirá. (7[7])

podemos preguntar si albergaba esta esperanza silenciosamente en su corazón o si la publicó. ¿Algunos de los pasajes de esperanza de su libro fueron escritos con referencia al Israel del Norte? (2[12, 13] 4[6, 7]) ¿Acaso aparece la preferencia característica de Miqueas por el campo en oposición a la ciudad, en el agregado de la famosa profecía de la paz universal (4[3]) y en la predicción de la venida del rey ideal que descendería de la aldea de Belén? (5[2]) ¡Cómo nos gustaría saberlo! Más bien parece que escritores posteriores insertaron en su libro todos los pasajes de esperanza. En cuanto a él, estaba convencido de que era un profeta de ruina. En agudo con-

traste con los venales profetas profesionales del buen tiempo de su época, exclamó:

> Yo empero, estoy lleno de fuerza del espíritu de Jehová,
> y de juicio, y de fortaleza,
> para denunciar a Jacob su rebelión,
> y a Israel su pecado. (3[8])

Así vivió Miqueas en la memoria de su pueblo. Ni aún Amós lo superó en su terrible juicio de los males sociales. Compartió con Oseas la convicción en cuanto a los corruptores cultos locales; pero fué más allá que él, pues predijo la exterminación de las columnas y postes sagrados (5[18]), preparando así más directamente aún la reforma deuteronómica.

Capítulo IX

DEUTERONOMIO

Cualesquiera que sean los hechos históricos de la reforma de Ezequias,— sea que 2º Rey. 18[4] esté en lo cierto al decir que "él quitó los altos, y quebrantó los pilares y derribó la Ashera"[1], o haya sido principalmente una purificación del templo y los santuarios locales de todos sus elementos idolátricos— en cualquier caso no duró mucho tiempo. La reacción sobrevino bajo su hijo y sucesor Manasés (692-638), durante cuyo reinado la influencia asiria llegó a ser dominante en Judá, no sólo en la política y la civilización sino también en la religión. Con la soberanía asiria vino inevitablemente la introducción del culto asirio: la adoración del sol, la luna y las estrellas, especialmente de Istar la reina de los cielos (Venus). Los altares para estos cultos se construyeron en ambos atrios y en el techo del templo, mientras los caballos y carros del sol fueron colocados a la entrada, y se proveyeron otros utensilios para el culto. Con esto se produjo un recrudecimiento de las antiguas formas de supersitición, brujerías, nigromancia y otras cosas por el estilo, y del culto familiar de Baal y su consorte Ashera, especialmente en la atroz forma del culto de Moloc[2] con sus sacrificios humanos en el Tofet en el valle de Hinnom. Del mismo Manasés se dice que hizo pasar a su hijo por el fuego (2º Rey. 21^{3-7} $23^{4-6,\ 10-12}$). No debe suponerse, sin embargo, que todo esto significara el abandono del culto de Jehová por Manasés y sus sacerdotes. Jehová retuvo su lugar, mas no como Dios exclusivo. En su santo templo había también ahora una cantidad de otros dioses, pero éstos no eran necesariamente sus rivales, porque debemos dar por sentado que los sacerdotes consideraban a Jehová como el Dios de los cielos, superior a todas las otras deidades, Dios de dioses y Señor de señores. Su religión era una forma de monoteísmo monárquico. Podemos estar seguros que no dejó de levantar enérgicas protestas. Es muy probable que Miqueas

escribiera sus maravillosas profecías (6^{1-7^7}) en esta época (véanse págs. 120, 121). 2º Rey 21^{10-18} habla de profetas que anunciaron a Manasés su condenación, y el versículo 16 dice que él "derramó mucha sangre inocente en gran manera, hasta henchir a Jerusalén de cabo a cabo". Las palabras de Jeremías: Vuestra propia espada ha devorado "vuestros profetas como león destrozador" (2^{30}), indican que tal declaración no se refiere simplemente a ejercicios judiciales ordenadas por un gobierno arbitrario, que copiaba los despóticos métodos de Asaria, como Acab y Jezabel lo habían hecho con los de Tiro (Miq. 6^{16} 7^{1-6}), sino a persecuciones y martirios religiosos.[3] Pero la sangre de los mártires es siempre la semilla de la Iglesia.

El partido profético, los discípulos de Isaías a quienes había instruído en las grandes verdades de la religión y a quienes también Miqueas había influenciado, trabajaban en silencio, preparando la situación para la reforma futura. Su principio cardinal era un monoteísmo exclusivo, ético y espiritual. Jehová es único Dios, sólo él debe ser adorado, todos los cultos extraños deben ser exterminados; y el propio culto de Jehová debe ser expurgado de todas las imágenes y todos los otros elementos paganos, no importa cuán identificados hayan llegado a estar con el culto de Israel. La historia había enseñado al partido profético en el desgraciado año 701 a. de J. C., cuando todo Judá fué devastado por Sennaquerib, y sólo Jerusalén fué salvada por Jehová de los ejércitos, que Jerusalén había sido elegida como su habitación por Jehová, quien moraba en el Monte Sión como Isaías lo había dicho. Aquí sólo estaba su verdadero santuario. Los lugares altos, esos lugares causantes de la idolatría con sus prácticas degradantes, debían ser quitados; no eran del gusto de Jehová; por el contrario los aborrecía. Miqueas ($5^{13, 14}$) había predicho la destrucción de los pilares y postes, los antiguos símbolos del culto de las piedras y los árboles que Israel había introducido en su religión tomándolos de los pueblos cananeos. Para estos reformadores era claro que tales idolatrías no tenían ningún lugar en el culto de Jehová. La reinterpretación de los mismos por *J* y *E*, no había desalojado los conceptos más antiguos. Sólo la destrucción prometía ser eficaz.

A su primer principio de la unidad de Dios, estos reformadores agregaron por consiguiente el segundo: la unidad del santuario. Para ellos era una consecuencia lógica e inevitable: si Jehová era uno, tenía solamente un santuario donde podía ser adorado, y consultado su oráculo. Los grandes profetas habían rechazado por completo el culto sacrifical del pueblo y habían insistido en la justicia social y en la religión espiritual como únicas demandas de Jehová, quien en realidad nunca había impuesto sobre su pueblo sacrificio alguno ni ceremonia externa. Pero cuando se consideraba el lado práctico, era evidente que una religión puramente ética y espiritual sin culto exterior, resultaba demasiado exigente para el pueblo, y requería un esfuerzo espiritual muy concentrado. El culto era necesario y para ello no solamente se necesitaba un lugar determinado, un santuario, sino también ciertas reglas y ordenazas, ritos, ceremonias y ofrendas. Mas este culto debe ser puro, de todo corazón y sincero; basado sobre una verdadera vida moral, y libre de todos los impuros elementos paganos. Así, estos hombres que llevaban en sus corazones el interés por la verdadera religión y que insistían en la interpretación profética de la misma, estaban convencidos de que el gran fin que se habían propuesto podía ser alcanzado, no por la supresión de las formas externas de la actual religión, sino por la purificación, regularización y espiritualización de las mismas.

Por consiguiente, su tercer principio cardinal, cuya necesidad acentuaban, era la combinación de la verdadera moralidad social y el culto de todo corazón de acuerdo con el sistema sacrifical purificado. Esto constituía un compromiso evidente entre los puntos de vista profético y sacerdotal.

El programa de este partido fué estampado por una mente maestra en el libro de Deuteronomio, más particularmente en los capítulos 5-26, 28, de los cuales 5-11 forman la introducción y el 28 la conclusión. Deut. 12-26 es un código en el que se formulan las exigencias de la religión y la vida, porque estos hombres con sus principios fundamentales querían regular toda la vida de la nación. Creían que lo que estaban dando al pueblo no era más que los grandes principios de la religión de Moisés. Según ellos, no ha-

cían más que exponerlos y mostrar en forma más clara y moderna las verdades inherentes del Jehovismo. No tenían ninguna intención de engañar al pueblo diciéndoles que su obra provenía de Moisés a fin de acrecentar la autoridad de estas leyes. Pues gran parte de su obra era realmente muy antigua; las bases de su código eran el Libro del Pacto y otras leyes de costumbres, trasmitidas en forma oral o escrita, a las que ordenaron en un *corpus iuris*, cuidadosamente planeado por una mente legalista, según se desprende del siguiente sumario.

I. Leyes Religiosas ..... 12^{2}-16^{17}
  1. El único santuario legítimo ..... 12^{2-28}
  2. Contra la adoración de otros dioses ..... 12^{29}-13^{18}
  Contra las costumbres fúnebres paganas ..... $14^{1, 2}$
  Contra la ingestión de alimentos inmundos ..... 14^{3-20}
  Contra la ingestión de animales caídos ..... 14^{21}
  Contra el cocimiento del cabrito en la leche de su madre 14^{21}
  3. Diezmos ..... 14^{22-29}
  Año de remisión: *a*) de deudas, *b*) de esclavos .... 15^{1-18}
  Primogénitos ..... 15^{19-23}
  Tres festividades anuales: Pascuas, Semanas, Tabernáculos ..... 16^{1-17}
  4. Contra la Asheta y los pilares ..... $16^{21, 22}$
  Contra sacrificios manchados ..... 17^{1}

II. Funcionarios ..... 16^{18-20} 17^{2}-18^{22}
  1. Jueces y alcaldes ..... 16^{18-20}
  Procedimiento criminal contra un idólatra ..... 17^{2-7}
  Suprema Corte ..... 17^{8-13}
  2. El rey ..... 17^{14-20}
  3. Sacerdotes levitas ..... 18^{1-8}
  4. Profetas en contraste con adivinos, etc ..... 18^{9-22}

III. Procedimiento judicial 19
  1. Homicidio y ciudades de refugio ..... 19^{1-13}
  Expiación de un homicidio no descubierto[4] ..... 21^{1-9}
  2. Robo, reducción de los límites de propiedades ... 19^{14}
  3. Testigos falsos ..... 19^{15-21}

IV. Leyes Militares 20
  Oficio de capellán ..... 20^{1-4}
  Exenciones del servicio militar ..... 20^{5-8}
  Destino de los capitanes ..... 20^{9}
  Conducta de guerra ..... 20^{10-20}

V. Leyes de Familia ..... 21[10-21]
Casamiento con una cautiva ..... 21[10-14]
Herencia del primogénito ..... 21[15-17]
Hijos desobedientes ..... 21[18-21]

VI. Leyes Varias ..... 21[22]-22[12]
1. Criminales ahorcados ..... 21[22, 23]
2. Propiedades perdidas de un vecino ..... 22[1-3]
Ayuda a animales caídos ..... 22[4]
Perdón a la madre de pájaros ..... 22[6, 7]
Protección de los techos ..... 22[8]
3. Contra las mixturas ..... 22[5, 9-12]
Uso de ropas de otro sexo[5] ..... 22[5]
Mezcla de semillas animales y ropas ..... 22[9-11]
Borlas o flecos ..... 22[12]

VII. Leyes de Castidad ..... 22[13-30]
Cargos contra una desposada ..... 22[18-21]
Adulterio ..... 22[22]
Deshonra de una virgen desposada, con o sin su consentimiento ..... 22[23-27]
Deshonra de una virgen no desposada, con o sin su consentimiento ..... 22[28, 29]
Contra el casamiento con la esposa del padre ..... 22[30]

VIII. Leyes de exclusión ..... 23[1-8]
Absoluta: eunucos, bastardos, ammonitas y moabitas 23[1-6]
Limitada: edomitas, egipcios ..... 23[7, 8]

IX. Varias leyes humanas y rituales ..... 23[9]-24[9]
Limpieza ritual del campo ..... 23[9-14]
Esclavos fugados ..... 23[15, 16]
Contra la prostitución sagrada ..... 23[17, 18]
Contra el cobro de interés a los israelitas ..... 23[19, 20]
Pago de votos ..... 23[21-23]
Ingestión de las uvas y granos de otro ..... 23[24-25]

X. Leyes humanas ..... 24[1-25][4]
Divorcio y nuevo casamiento ..... 24[1-4]
Exención del servicio militar al recién casado ..... 24[5]
Contra la toma en prenda de las muelas de molino. 24[6]
Contra el robo de israelitas para ser esclavos ..... 24[7]
Contra el descuido de la lepra ..... 24[8, 9]
Cobro y devolución de prendas ..... 24[10-13]
Tratamiento y pago del jornalero ..... 24[14, 15]
Responsabilidad individual por un crimen ..... 24[16]

Contra la injusticia hacia los extranjeros, huérfanos y viudas ..... $24^{17,18}$
Sobre dejar parte de la cosecha para ellos ..... 24^{19-22}
Contra el castigo excesivo de los criminales ..... 25^{1-3}
Contra el embozalamiento del buey que trilla .... 25^{4}
XI. Varias leyes ..... 25^{5-19}
Levirato ..... 25^{5-10}
Agresión atrevida por una mujer ..... 25^{11-12}
Contra la diversidad de pesas y medidas ..... 25^{13-16}
Destrucción de los amalecitas ..... 25^{17-19}
XII. Formularios rituales ..... 26^{1-15}
Para los primeros frutos ..... 26^{1-11}
Para los diezmos ..... 26^{12-15}

La disposición y ordenación de todo el conjunto es clara, pero algunas leyes no están ahora en sus lugares correspondientes (como 16^{18-20} 21^{1-9}) y algunos grupos no están ordenados apropiadamente de acuerdo a su tema. Así la sección VI contiene tres grupos no relacionados entre sí y toda la sección se interpone torpemente en la V y la VII. La IX no está bien ordenada y la XI tampoco lo está del todo. Esta falta de agrupación y disposición ordenada es muy sorprendente dado que en la mayor parte del código se la ha realizado muy bien. No sabemos si esto se debe al hecho de que el autor encontró estas leyes ya ordenadas en parte y en parte no, o que, por ej., las sec. VI, IX, XI fueron insertadas más tarde. Algunas leyes de la IX corresponden a la X y son características del espíritu de humanidad y equidad que prevalece en el código.

Al principio está la ley que era de importancia fundamental para los reformadores: la ley del único santuario, que implicaba la destrucción de todos los otros santuarios y la centralización de todo el culto en un lugar. Tan importante era, que en el cap. 12, la tenemos formulada, con pequeñas diferencias, tres veces, todas las cuales dicen lo mismo que la primera, que a continuación citamos:

Destruiréis enteramente todos los lugares donde las gentes que vosotros heredaréis sirvieron a sus dioses, sobre los montes altos, y sobre los collados, y debajo de todo árbol espeso: Y derribaréis sus altares, y quebraréis sus imágenes, y sus bosques consumiréis con fuego: y destruiréis las esculturas de sus dioses, y extirparéis el nombre de ellas de aquel lugar. No haréis así a Jehová vues-

tro Dios. Mas el lugar que Jehová vuestro Dios escogiere de todas vuestras tribus, para poner allí su nombre para su habitación, ése buscaréis, y allá iréis: Y allí llevaréis vuestros holocaustos, y vuestros sacrifciios, y vuestros diezmos, y la ofrenda elevada de vuestras manos, y vuestros votos, y vuestras ofrendas voluntarias, y los primerizos de vuestras vacas y de vuestras ovejas: Y comeréis allí delante de Jehová vuestro Dios, y os alegraréis, vosotros y vuestras familias, en toda obra de vuestras manos en que Jehová tu Dios te hubiere bendecido. (12$^{2-7}$)

El verdadero culto a Jehová se había corrompido en contacto con los cananeos y su religión. Si Israel hubiera obedecido la orden de Jehová de exterminar a todos los cananeos, sin excepción, y de destruir todos sus santuarios e instrumentos de culto, aquello no hubiera ocurrido, porque entonces Israel no hubiera sido tentado a apostatar de Jehová. La muerte de todos los cananeos era por supuesto teórica, pero la demolición de los lugares altos con sus altares y postes y pilares sagrados tenía un porpósito más serio y real; y con ella, la extirpación del culto de otros dioses, no sólo de Baal y Ashera, sino también del sol, la luna, y las estrellas, y de todas las demás prácticas licenciosas y supersticiosas relacionadas con ellos. Deuteronomio las rechazaba y por eso ordenaba la estricta regulación de los alimentos limpios e inmundos, lo mismo que de otraŝ cosas que tenían relación con el culto extranjero, p. ej., la mezcla de la lana y el lino, las costumbres fúnebres, etc., a fin de que el culto de Jehová pudiese ser puro, no contaminado por ningún elemento pagano.

Los reformadores percibieron muy bien lo que implicaba la abolición radical de los santuaciors locales y propiciaron las medidas inmediatas que la nueva situación exigía. Si todas las fiestas, aún la Pascua, tenían que celebrarse en el santuario central y todo sacrificio debía traerse allí, ya no era posible matar, es decir, sacrificar animales en los santuarios locales, y por lo tanto sólo se podría comer carne en Jerusalén. Se hacía necesario, pues, separar el sacrificio de la matanza común de animales para el consumo, y se permitió realizar ésta en cualquier parte; sólo se prohibió comer la sangre.

Cuando Jehová tu Dios ensanchare tu término, como él te ha dicho, y tú dijeres, Comeré carne, porque deseó tu alma comerla, conforme a todo el deseo de tu alma comerás carne. Cuando estuviere lejos de ti el lugar que Jehová tu

Dios habrá escogido, para poner allí su nombre, matarás de tus vacas y de tus ovejas, que Jehová te hubiere dado, como te he mandado yo, y comerás en tus puertas según todo lo que deseare tu alma. Lo mismo que se come el corzo y el ciervo, así las comerás: el inmundo y el limpio comerán también de ellas. Solamente que te esfuerces a no comer sangre: porque la sangre es el alma; y no has de comer el alma juntamente con su carne. No la comerás: en tierra la derramarás como agua. No comerás de ella, para que te vaya bien a ti, y a tus hijos después de ti, cuando hicieres lo recto en ojos de Jehová. (12$^{20-25}$)

De igual manera se haría difícil llevar los diezmos hasta el distante santuario central. Por consiguiente se permitió convertirlos en dinero y comprar con el mismo otros productos en el santuario.

Y si el camino fuere tan largo que tú no puedas llevarlo por él, por estar lejos de ti el lugar que Jehová tu Dios hubiere escogido para poner en él su nombre, cuando Jehová tu Dios te bendijere, entonces venderlo has; y atarás el dinero en tu mano, y vendrás al lugar que Jehová tu Dios escogiere; Y darás el dinero por todo lo que deseare tu alma, por vacas, o por ovejas, o por vino, o por sidra, o por cualquier cosa que tu alma te demandare: y comerás allí delante de Jehová tu Dios, y te alegrarás tú y tu familia. (14$^{24-26}$)

Además, los altares de los santuarios locales habían servido como lugares de asilo para los homicidas. Después que fueron quitados, hubo que designar ciudades de refugio, adonde podía huir de la venganza de sangre aquel que había matado a alguno sin intención. Pero solamente éste podía refugiarse allí y no el asesino intencional (19$^{1-3}$). En lugar de los sacerdotes, quienes ya no podrían oficiar en los santuacios locales en los casos judiciales como dispensadores del oráculo, hubo que designar jueces laicos para los diversos lugares. Si éstos se consideraban incapaces de decidir un caso, éste debía ser llevado ante los sacerdotes del santuario central, quienes con un juez laico formaban la suprema corte del país (17$^{8-13}$).[6] Respecto a los sacerdotes locales que habían perdido sus puestos y sus entradas, había que proveer para su vida y necesidades.

Y cuando el levita saliere de alguna de tus ciudades de todo Israel, donde hubiere peregrinado, y viniere con todo deseo de su alma al lugar que Jehová escogiere, ministrará al nombre de Jehová su Dios, como todos sus hermanos los levitas que estuvieren allí delante de Jehová. Porción como la porción de los otros comerán, además de sus patrimonios. (18$^{6-8}$)

Pero ésta era una vida precaria, y Deuteronomio exhortaba al pueblo

una y otra vez que cuidara de los levitas, puesto que ellos pertenecían a las clases pobres y subordinadas (p. ej., 12^{19} $14^{27, 29}$ 16^{11-14}).

En todos estos asuntos es evidente el espíritu de justicia y humanidad que caracteriza a toda la legislación. La rectitud y el amor deben mostrarse en todo. La gran enseñanza profética de la justicia social se aplicaba con minuciosidad. Lo ideal para el legislador era que no hubiese ningún pobre en el país:

> Para que así no haya en ti mendigo; porque Jehová te bendecirá con abundancia en la tierra que Jehová tu Dios te da por heredad para que la poseas, si empero escucharas fielmente la voz de Jehová tu Dios, para guardar y cumplir todos estos mandamientos que yo te intimo hoy. Ya que Jehová tu Dios te habrá bendecido, como te ha dicho, prestarás entonces a muchas gentes, mas tú no tomarás prestado; y enseñorearte has de muchas gentes, pero de ti no se enseñorearán. (15^{4-6})

Pero él sabía que esto era utópico, y por eso trató de inculcar el espíritu de justicia y bondad en el tratamiento del pobre.

> Cuando hubiere en ti menesteroso de alguno de tus hermanos en alguna de tus ciudades, en tu tierra que Jehová tu Dios te da, no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre: Mas abrirás a él tu mano liberalmente, y en efecto le prestarás lo que basta, lo que hubiere menester. Guárdate que no haya en tu corazón perverso pensamiento, diciendo: Cerca está el año séptimo, el de la remisión; y tu ojo sea maligno sobre tu hermano menesteroso para no darle: que él podrá clamar contra ti a Jehová, y se te imputará a pecado. Sin falta le darás, y no sea tu corazón maligno cuando le dieres: que por ello te bendecirá Jehová tu Dios, en todos tus hechos, y en todo lo que pusieres mano. Porque no faltarán menesterosos de en medio de la tierra; por eso, yo te mando diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, a tu pobre, y a tu menesteroso en tu tierra. (15^{7-11})

El huérfano, las viudas, y los residentes extranjeros (viajeros), a los que a veces son agregados los levitas, porque ellos pertenecían a las clases subordinadas, tienen que ser tratados justiciera y bondadosamente (24^{17} 27^{19}). Las moragas en los campos debían dejarse para ellos (24^{19-21}). En las grandes fiestas tenían que ser alegrados en los sacrificios ($16^{11, 14}$). Los diezmos del tercer año eran para su beneficio, porque ellos son clientes de Jehová ($14^{28,29}$ 26^{12-15}). El pobre tiene que ser atendido en toda forma. Se le debe prestar dinero y provisiones sin interés, en espíritu de ayuda gozosa.

No exigirás de tu hermano usura de plata, ni usura de comestibles, ni usura de ninguna otra cosa de que suelen exigir usura. (23[19] VM)

No deben tomársele en prenda las cosas absolutamente necesarias para la vida de cada día, p. ej., la muela del molino, ni la de abajo ni la de arriba (24[6]). Y cuando se debe exigir prenda, debe mostrarse gran consideración por los sentimientos del deudor.

Cuando dieres a tu prójimo alguna cosa emprestada, no entrarás en su casa para tomarle prenda: Fuera estarás, y el hombre a quien prestaste, te sacará afuera la prenda. Y si fuere hombre pobre, no duermas con su prenda: Precisamente le devolverás la prenda cuando el sol se ponga, para que duerma en su ropa, y te bendiga: y te será justicia delante de Jehová tu Dios. (24[10-13])

Cada siete años debía haber uno de remisión, en el cual se prohibía el cobro de todo préstamo, proporcionando al pobre una oportunidad para su rehabilitación material (15[1-11]). El legislador presintió las dificultades relacionadas con tal ley, y no supo otra manera de inculcarla que apelando al aspecto moral y espiritual del asunto.

También los trabajadores deben ser tratados justiciera y bondadosamente; debe pagárseles al terminar su día de trabajo.

No hagas agravio al jornalero pobre y menesteroso, así de tus hermanos como de tus extranjeros que están en tu tierra en tus ciudades: En su día le darás su jornal, y no se pondrá el sol sin dárselo: pues es pobre, y con él sustenta su vida: porque no clame contra ti a Jehová, y sea en ti pecado. (24[14, 15])

También para los esclavos tiene que haber justicia y bondad. Un esclavo fugado no debe ser devuelto a su amo (23[15, 16]). En el año séptimo cuando los esclavos hebreos eran liberados, no se les debía enviar con las manos vacías, sino provistos con toda clase de productos, a fin de que tuvieran un buen comienzo en su nueva libertad (15[13, 14]). Deuteronomio iba más lejos que la antigua ley al especificar que esto también se refería a las mujeres. En otra parte *D* (*Deuteronomio*) salvaguardaba igualmente los derechos y sentimientos de una cautiva de guerra (21[10-14]).

Esto está en armonía con la avanzada concepción que *D* tenía de la mujer como persona. Para él ya no era meramente una parte de la propiedad del hombre. En su revisión del Decálogo la mujer es separada y apartada de la casa del hombre (5[21]). La ley contra el secuestro se aplica no solamente al varón como se hace

en Ex. 21[16]. Deuteronomio defiende a la desposada que ha sido acusada injustamente, penando al hombre, no sólo con una multa en dinero, sino también con un castigo público (22[18, 19]); el hombre que viola a la desposada de otro debe ser muerto, y el seductor de una virgen no desposada debe pagar al padre cincuenta ciclos y casarse con ella, sin derecho a divorcio (22[25-29]). No era sentimentalismo, sino sentido de justicia lo que animaba aquí al legislador, porque si la mujer era culpable, tenía que sufrir el justo castigo tanto como el hombre.

También en las relaciones de familia el legislador colocaba en el centro los valores sociales. Reglamentó el divorcio (24[1-4]); limitó la costumbre del levirato a los hermanos que viviesen juntos y protegió la observancia de la ley (25[5-10]); separó la herencia del primogénito de la base sentimental, fundamentándola en la justicia (21[15-17]); y limitó el derecho del padre a castigar el hijo desobediente (21[18-21]).

La administración de justicia fué organizada con la designación de jueces laicos en los varios pueblos y de la suprema corte en Jerusalén (16[18-20] 17[8-13]). La justicia debía caracterizar todos los procedimientos.

> No tuerzas el derecho; no hagas acepción de personas, ni tomes soborno; porque el soborno ciega los ojos de los sabios, y pervierte las palabras de los justos. La justicia, la justicia seguirás, porque vivas y heredes la tierra que Jehová tu Dios te da. (16[19, 20])

Los derechos del acusado eran cuidadosamente respetados. Tenía que hacerse un proceso completo; nadie podía ser condenado sin el testimonio de dos testigos por lo menos.

> No valdrá un testigo contra ninguno en cualquier delito, o en cualquier pecado que se cometiere. En el dicho de dos testigos, o en el dicho de tres testigos consistirá el negocio. (19[15])

En caso de condena a muerte, los testigos debían ser los primeros en apedrear al criminal condenado a fin de que llevaran toda la responsabilidad en el caso de que hubiera sido condenado injustamente (17[4-7]). Para contrarrestar la tendencia a los falsos testimonios, Deuteronomio decretó:

> Cuando se levantare testigo falso contra alguno, para testificar contra él rebelión, entonces los dos hombres litigantes se presentarán delante de Jehová, de-

lante de los sacerdotes y jueces que fueren en aquellos días; y los jueces inquirirán bien, y si pareciere ser aquel testigo falso, que testificó falsamente contra su hermano, haréis a él como él pensó hacer a su hermano: y quitarás el mal de en medio de ti. Y los que quedaren oirán, y temerán, y no volverán más a hacer una mala cosa como ésta, en medio de ti. Y no perdonará tu ojo: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie. (19[16-21])

Se dió gran énfasis a la distinción entre homicidio y asesinato, señalando para el homicida involuntario ciudades de refugio para que no pudiera ser muerto por el vengador de sangre (19[1-10]). La venganza de sangre fué limitada a la persona voluntariamente culpable, repudiando la responsabilidad de los otros miembros de su familia.

Los padres no morirán por los hijos, ni los hijos por los padres; cada uno morirá por su pecado. (24[16])

Este fué uno de los progresos más significativos en la ley criminal, y fué debido al descubrimiento del valor del individuo y de sus deberes y derechos personales. Aunque la ejecución de la venganza de sangre quedaba todavía en manos de la familia, la comunidad era bastante fuerte como para limitar su extensión. La próxima etapa debía ser que la comunidad misma llegara a ser la ejecutora del castigo. Deuteronomio estaba casi listo para esto, pero todavía no lo hizo.

El espíritu de humanidad y de consideración por la dignidad personal del prójimo aparece también en la ley que ordena que el castigo de flagelamiento debe cumplirse en presencia del juez, no llevándolo hasta un extremo que envilezca demasiado al "hermano" (25[2, 3]).

La justicia y el amor, la equidad y la humanidad impregnan todo este código de leyes.[7] Y estas cualidades están directamente relacionadas con Dios, porque él es imparcial y justo, misericordioso y amante. Por consiguiente,, Israel debe ser semejante a él. Aquí llegamos a la convicción en que se basa todo lo demás de Deuteronomio. No era posible que ella surgiese plenamente de las leyes, mas en la introducción que *D* escribió para la ley exhortaba al pueblo con gran fervor y urgencia a amar a Jehová y hacer su

voluntad. Allí resumió la ley, no sólo en el Decálogo (5^{1-21}) sino también en el famoso *Shema:*[8]

Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es: Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todo tu poder.

Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón: Y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarse, y cuando te levantes. Y has de atarlas por señal en tu mano, y estarán por frontales entre tus ojos: Y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus portadas. (6^{4-9})

Igualmente resumió *D* las exigencias de Jehová en una forma con la que estamos familiarizados por Miq. 6^{8}:

Ahora pues, Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma; que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos, que yo te prescribo hoy para que hayas bien? He aquí, de Jehová tu Dios son los cielos, y los cielos de los cielos: la tierra y todas las cosas que hay en ella. Solamente de tus padres se agradó Jehová para amarlos, y escogió su simiente después de ellos, a vosotros, de entre todos los pueblos, como en este día. Circuncidad pues el prepucio de vuestro corazón, y no endurezcáis más vuestra cerviz. Porque Jehová vuestro Dios es Dios de dioses, y Señor de señores, Dios grande, poderoso y terrible, que no acepta persona, ni toma cohecho; que hace justicia al huérfano y a la viuda; que ama también al extranjero dándole pan y vestido. Amaréis pues al extranjero: porque extranjeros fuisteis vosotros en tierra de Egipto. A Jehová tu Dios temerás, a él servirás, a él te allegarás, y por su nombre jurarás. El es tu alabanza, y él es tu Dios, que ha hecho contigo estas grandes y terribles cosas que tus ojos han visto. (10^{12-21})

En la conclusión (28^{47}) Deuteronomio habla de servir a Dios "con gozo y alegría de corazón, a causa de la abundancia de todas las cosas." En la introducción (5^{11}) el legislador da énfasis especial a la prohibición de servir a dioses extraños y la necesidad de destruir a todos los habitantes de Canaán para que el intercambio con ellos no tentase a Israel a ser desleal a Jehová. En la conclusión (cap. 28) presenta, en una serie de bendiciones por la obediencia a esta ley y de maldiciones por la desobediencia, su enseñanza de la recompensa, su doctrina pedagógica del eudemonismo (ciencia de la felicidad humana), que más tarde fué tan influyente. Todo esto presentado en un estilo impresionante, "urgente y sonoro", uno de los más distintivos del Antiguo Testamento. Es el estilo de un predicador. El ritmo de su lenguaje, la fraseología

particular de sus bien formadas frases y la distinción de su vocabulario son impresionantes. Todo el conjunto está impregnado de un tono tan cálido y la solicitud del autor es tan sincera, que el lector no puede resistir el hechizo de este gran predicador reformista, y se llena de admiración. Su estilo y pensamiento influenció a muchos escritores, entre los cuales está Jeremías, y todo el lenguaje devocional del pueblo, como lo prueban el Salterio y las oraciones de los libros de Nehemías (1^{5-11} 9^{6} y sigs.) y de Daniel (9^{4}, ^{19}). El estudiante que una vez haya sentido el encanto y apreciado la calidad de este estilo, no lo olvidará jamás y siempre podrá descubrirlo con facilidad en otros libros.

El libro no pudo ser publicado inmediatamente después que fué escrito. Pero cuando, luego del largo reinado de Manasés (692-638 a. de J. C.) y del breve de Ammón (638-637 a. de J. C.), Josías llegó a ser rey, la situación fué más propicia. En la segunda década de su reinado amenazaba una terrible invasión escita, y voces proféticas predijeron la destrucción de Judá. Pero pasó el peligro y el pueblo comprendió que Jehová había tenido misericordia de ellos una vez más, aunque había anunciado ruina por boca de sus profetas. Este era el momento oportuno para el partido profético, y en el año 621 fué colocado el libro de la nueva ley en manos del rey Josías. Hilcías, el sacerdote principal, lo había "encontrado" en el templo y lo entregó al canciller Safán, que había sido enviado por el rey al templo con un mensaje. Cuando regresó, éste lo leyó delante de Josías. "Y sucedió que como oyese el rey las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestidos". Después que Hilcías, Safán y otros tres, obtuvieron por orden del rey el testimonio divino del libro por medio de un oráculo, que les dió Hulda la profetisa, Josías comenzó de inmediato la reforma del culto según las exigencias de la ley deuteronómica. En una asamblea de todo el pueblo en el templo, el rey y el pueblo en solemne pacto adoptaron este código como la ley fundamental del estado. En seguida el templo de Jerusalén fué limpiado de todas las cosas que tenían relación con el culto extranjero; los santuarios fuera de Jerusalén fueron destruídos y profanados; la idolatría y la superstición fueron expulsadas en todo el país; y la Pascua fué celebrada en Jerusalén según

lo dispuesto en esta ley (2° Rey. 22 y 23). Fué la reforma más radical que se puede imaginar y fué llevada a cabo con celo implacable. Sus efectos no sólo fueron inmediatos, sino de gran alcance. La religión tenía ahora un libro autoritativo, alrededor del cual se centralizaba más y más. Podía ser enseñada. Se exhortaba a los hombres a estudiarla día y noche, a meditarla en el hogar y fuera de él y a enseñarla a los hijos. La religión era una cosa razonable. No había nada mistorioso en ella y no se necesitaba ir lejos para conocerla; como otro deuteronomista lo había expresado:

> Porque este mandamiento que yo te intimo hoy, no te es encubierto, ni está lejos: No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, y nos lo traerá y nos lo representará, para que lo cumplamos? Ni está de la otra parte de la mar, para que digas: ¿Quién pasará por nosotros la mar, para que nos lo traiga y nos lo represente, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas. (30$^{11-14}$)

Con Deuteronomio comenzó el movimiento por el cual la religión de Israel llegó a ser la religión de un libro. A este respecto sentimos el efecto del Deuteronomio hasta el presente, tanto en el judaísmo como en el cristianismo.

Cuando se hubo concluído la reforma, parecía que los reformadores habían alcanzado sus fines. Pero aunque había insistido en la devoción a Jehová de todo corazón, concentraron sus esfuerzos en conseguirla en y por medio del culto. Trataron de efectuar una reforma espiritual, cambiando el culto, cuando sólo se la puede realizar con un cambio del corazón. Con las mejores intenciones y el más puro entusiasmo, fracasaron. La crítica había comenzado ya por medio del profeta Jeremías. Pero antes de empezar con él, trataremos sus tres contemporáneos menores.

Capítulo X

SOFONIAS, NAHUM Y HABACUC

Alrededor del año 626 a. de J. C., cuando amenazaba a Palestina la gran invasión escita, de la que nos habla Herodoto (Libro I, párrafos 103-106), surgieron Sofonías y Jeremías para interpretar a su pueblo el significado fundamental de la catástrofe inminente. Para Sofonías era la venida del Día de Jehová, el terrible día que Amós había pintado como un día de tinieblas y juicio, e Isaías como un día de terremotos y huracanes. Se acercaba con siniestra rapidez; el horror y el espanto sobrecogían el corazón del profeta, y con palabras apremiantes de terrorífico efecto, lo describió a su pueblo.

> Cercano está el día grande de Jehová,
> cercano y muy presuroso;
> voz amarga del día de Jehová;
> gritará allí el valiente.
> Día de ira aquel día,
> día de angustia y de aprieto,
> día de alboroto y de asolamiento,
> día de tiniebla y de oscuridad,
> día de nublado y de entenebrecimiento,
> día de trompeta y de algazara,
> sobre las ciudades fuertes,
> y sobre las altas torres.
> Y atribularé los hombres,
> y andarán como ciegos, porque pecaron contra Jehová:
> y la sangre de ellos será derramada como polvo,
> y su carne como estiércol.
> Ni su plata ni su oro.
> podrá librarlos
> en el día de la ira de Jehová;
> pues toda la tierra será consumida con el fuego de su celo:
> porque ciertamente consumación apresurada hará
> con todos los moradores de la tierra. Sofonías 1 14-18)

Fué éste el pasaje cuyo terror inspiró el famoso himno medioeval:

> *Dies irae, dies illa*
> *solvet saeclum in favilla, etc.*

del cual el duplicado inglés todavía se canta en las Iglesias.

¡Día de ira, día de aflicción!
Ved cumplido el aviso del profeta,
¡Cielo y tierra a cenizas reducidos!

Para Sofonías, ese día, sería el día del juicio universal,

Destruiré del todo todas las cosas
de sobre la haz de la tierra, dice Jehová.
Destruiré los hombres y las bestias;
destruiré las aves del cielo,
y los peces de la mar,
y las piedras de tropiezo con los impíos;
y talaré los hombres
de sobre la haz de la tierra, dice Jehová. (1[2-3])

El juicio vendrá especialmente sobre Judá a causa de su corrupción social y religiosa, la indiferencia moral y religiosa y el escepticismo materialista de su pueblo. Sofonías separaba a Filistia, Etiopía y a Asiria,[1] pero cargaba sus acusaciones más fuertes sobre la ciudad rebelde y opresora, con sus jueces y príncipes corrompidos, como también eran sus profetas y sacerdotes, a los cuales conocía muy bien. Porque él mismo era de cuna noble, su tatarabuelo había sido el rey Ezequías, y se mezclaba libremente con la nobleza en la ciudad de Jerusalén. Imposible esperar que este aristócrata de nacimiento sintiera los sufrimientos del pobre, como lo había sentido Miqueas, el profeta del pobre que dió expresión a sus pesares. Con todo, él reconocía en el pueblo pobre a la esperanza de Israel. Había estudiado no sólo a Amós y Miqueas, sino también a Isaías y conocía su enseñanza del remanente piadoso, sobre el cual se levantaba la esperanza del futuro. Así que los llamó al arrepentimiento y a la renovación moral a fin de que pudieran escapar al terrible juicio. El día mismo, ya no puede evitarse, debe llegar seguramente, pero "quizás seréis guardados en el día del enojo de Jehová" (2[3]). Más tarde esta esperanza llegó a ser para él una certidumbre y profetizó,

Y dejaré en medio de ti,
un pueblo humilde y pobre,
los cuales esperarán en el nombre de Jehová.
El resto de Israel no hará iniquidad,
ni dirá mentira,
ni en la boca de ellos se hallará
lengua enganosa:
porque ellos serán apacentados y dormirán,
y no habrá quien los espante. (3[12, 18])

Fe, justicia social y paz, caracterizaban este sencillo y sombrío cuadro del futuro. Carece por completo de la brillantez y belleza de Isaías, pero está completamente de acuerdo con el estilo sobrio y sin adornos de Sofonías. La comunidad religiosa, independiente del estado político, es predicha aquí por el que previó la destrucción del estado con toda su organización.

Puede ser que Sofonías tuviera una esperanza similar para las otras naciones, aunque esto es dudoso. ¿Su juicio terminaría en un castigo de aniquilamiento, o más bien, ese castigo serviría para purificarlas como en el caso de Israel? Si Sofonías pensaba solamente en el castigo (3^8), un profeta posterior con visión más amplia y simpatía universal vió lo que Sofonías no veía aunque era inherente a su mensaje, y agregó,

> Por entonces volveré yo a los pueblos el labio limpio
> para que todos invoquen el nombre de Jehová
> para que de un consentimiento le sirvan. (3^9)

Otro poeta con interés nacional elaboró durante el destierro la esperanza de la restauración de Israel, que Sofonías había tratado con tanta sobriedad, y escribió un poema de gozo y esperanza, de modo que el libro termina ahora con un canto (3^{14-20}).

Quizás al mismo tiempo que Sofonías, cuando Nínive estaba sitiada por los medos bajo Cyaxares (625), pero más probablemente una década después, pero antes de la caída de Nínive (612), comenzó a profetizar Nahum. Este es el menos atractivo de los profetas. Era un nacionalista y su corazón estaba lleno del deseo de venganza contra los enemigos de su país. Lleno de entusiasmo saludó la caída de Asiria. Al fin sería derribado el déspota brutal. Todo el mundo conocido había tenido que soportar su tiranía pecaminosa. Al fin su crueldad y rapacidad, su falsa diplomacia han de recibir su merecido. Jehová, el Dios de la historia, lo juzgará. El ha ordenado los acontecimientos del mundo para la ruina de Asiria. Ningún otro juicio se necesitará jamás, éste ha de ser definitivo.

> No hay cura para tu quebradura;
> tu herida se encrudeció;
> todos los que oyeron tu fama,
> batirán las manos sobre ti,
> porque sobre quién no pasó continuamente tu malicia? (Nah. 3^{19})

Nahum era un gran poeta. Sus descripciones son soberbias, su habilidad retórica está fuera de todo elogio. En la descripción del ataque, destrucción y saqueo de la ciudad, exhibe una imaginación tan vívida y un poder de expresión poética tan grande, que difícilmente nos atreveríamos a atribuir a tan ardiente y original profeta el torso del salmo alfabético artificial con que comienza ahora el libro (1^{1-8}). También $1^{13, 15}$ 2^{2} son adiciones posteriores.

En su propio tiempo, Nahum pudo ser un profeta muy popular e importante; pero en la historia de la religión ocupa un lugar inferior. Si no fuera porque conscientemente se hizo eco de los sentimientos de la humanidad oprimida, su mensaje habría sido de un nacionalismo sin remedio.

Nahum fué testigo del triunfo de la justicia con la caída de Nínive en el 612. Pero la justicia no era siempre victoriosa y las experiencias de la vida no podían ser armonizadas siempre con la fe en el gobierno moral del mundo por Dios. El problema de la teodicea perturbó penosamente al más grande contemporáneo de Nahum: Habacuc. Era un axioma de la religión profética que Jehová era justo. Pero en Judá se había establecido una situación de injusticia social y opresión bajo Joacim (608-597) y Jehová no ponía remedio. ¿Era que no le importaba? ¡Eso no podía ser! Pero ¿por qué, oh, por qué toleraba el justo Dios semejante maldad en la tierra? En palabras, cuyo dolor aun conmueven el corazón del lector, Habacuc se queja y apela a Jehová.

¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré,
y no oirás;
y daré voces a ti a causa de la violencia,
y no salvarás?
¡Por qué me haces ver iniquidad,
y haces que mire molestia,
y saco y violencia delante de mí,
habiendo además quien levante pleito y contienda?
Por lo cual la ley es debilitada,
y el juicio no sale verdadero:
por cuanto el impío asedia al justo,
por eso sale torcido el juicio. (Hab. 1^{2-4})

Habacuc no ponía en duda ni negaba la realidad o la justicia de Dios, pero no podía comprender su silencio en presencia de esas terribles condiciones. Su fe era contrariada por su experiencia. Miles

de veces su clamor ha sido repetido por hombres cuya angustia era más profunda que la suya, y cuya fe había dado paso a la duda. Cada vez veían con menos claridad la cuestión del gobierno justo de Dios, sus corazones estaban llenos de desesperación, un cielo plomizo no daba respuesta alguna. Pero la súplica de Habacuc fué contestada. La solución le vino con el avance de los caldeos a quienes Jehová había levantado para ser sus instrumentos a fin de establecer la justicia en el mundo. Como Isaías, interpretó los movimientos históricos de su tiempo como guiados y dirigidos por Jehová, y de este gran predecesor y maestro tomó los rasgos de su vívida descripción de los enemigos a quienes nunca había visto.

Pero después que los caldeos llegaron bajo Nabucodonosor, el problema retornó con fuerza redoblada, porque Habacuc vió que la victoria de ellos no podía ser la respuesta final, por cuanto habían resultado ser brutales y orgullosos de sí mismos, no importándoseles nada Dios ni el hombre. Sin tener en cuenta a Jehová, destruyeron y saquearon nación tras nación e "hicieron su Dios de su propio poder". La cruel injusticia de la situación era ahora aún más evidente que antes. Otra vez Habacuc suplicó a Jehová,

> Oh Jehová, para juicio lo pusiste;
> y tú, oh Roca, lo fundaste para castigar.
> Muy limpio eres de ojos para ver el mal,
> ni puedes ver el agravio:
> ¿por qué ves los menospreciadores, y callas
> cuando destruye el impío al más justo que él? (1 $^{12b, 13}$)

El problema era más difícil que nunca. No podía ser resuelto de la misma manera que antes, porque en las constelaciones políticas de la época no había ningún rayo de esperanza. Los caldeos eran invencibles en la fortaleza de su imperio. Pero Habacuc no podía renunciar a su fe en el gobierno justo del mundo por Jehová; ella estaba demasiado profundamente arraigada en la fibra de su religión. Su única esperanza estaba en Jehová y no se hallaba decepcionado, pues su turbada mente recibió finalmente la luz en una visión de Dios. Vió con su ojo interior una majestuosa teofanía (3^{2-16}). Jehová apareció como en los tiempos antiguos en todo su esplendor inspirador de un temor reverente y con todo su poder terrorífico, para llevar a cabo la salvación de su pueblo y la destruc-

ción de sus enemigos. Habacuc quedó anonadado por el poder de la visión,

Oí, y tembló mi vientre;
a la voz se batieron mis labios;
pudrición se entró en mis huesos,
y en mi asiento me estremecí;
si bien estaré quieto en el día de la angustia,
cuando suba al pueblo el que lo invadirá con sus tropas. (3[16])

Pero el cumplimiento de la visión se demoraba. Jehová no intervenía. Las condiciones eran como antes o peores aún. Una vez más el profeta buscó una explicación.

Sobre mi guarda estaré,
y sobre la fortaleza afirmaré al pie,
y atalayaré para ver qué hablará en mí,
y qué tengo de responder a mi pregunta. (2[1])

Pacientemente esperó hasta que vino la respuesta,

Escribe la visión, y declárala en tablas,
para que corra el que leyere en ella.
Aunque la visión tardará aún por tiempo,
mas al fin hablará y no mentirá:
aunque se tardare, espéralo,
que sin duda vendrá; no tardará. (2[2, 3])

La visión que había visto es verdadera y ciertamente será cumplida. ¡Que Habacuc la publique por todo el mundo! Porque Jehová domina este mundo. Su justicia será vindicada seguramente en el tiempo señalado, aun cuando todas las apariencias digan lo contrario. ¡No dudéis, creed solamente! ¡Sed constantes en vuestra fidelidad a Jehová y en vuestra fe en su rectitud, porque,

El justo en su fe vivirá. (2[4b])

Después de esto, Habacuc podía esperar, y en la completa seguridad de que la visión se cumpliría "en el tiempo señalado", pronunció sus calamidades contra el caldeo opresor. Su problema se había resuelto para él. Sabía como nunca antes lo supo, que

Aunque la causa del mal prospere,
sólo en la verdad la fuerza está:
Aunque deba subir al cadalso,
en vez del trono ocupar,
ese cadalso dominará el futuro.
y tras lo obscuro ignoto.
Dios entre sombras está
vigilando por los suyos.[2] (Jaime Russell Lowell)

La libre circulación del relato de la visión fué probablemente la causa de que se la encuentre actualmente al final del libro en el cap. 3, cuando realmente debe estar entre los caps. 1 y 2. Tenía su propia historia literaria porque llegó a ser usada en el culto público como un salmo. Con este propósito se le agregaron algunas líneas ($3^{41b, 17-19}$), notas musicales y unos *selah* lo mismo que un título y una firma.[3] Por lo tanto no es imposible que la propia visión de Habacuc se haya perdido y que un editor posterior notando la falta de la misma la reprodujera de alguna colección de salmos que tenían títulos y notaciones musicales. Si así lo hizo, demostró un admirable discernimiento, porque su contenido se adapta notablemente a las exigencias del libro de Habacuc.

Si Habacuc profetizó entre los años 605 y 590, como es lo más probable, el cumplimiento de la visión se demoró por una generación, ya que Babilonia no cayó hasta 539. No sabemos cuanta fué la influencia de Habacuc sobre sus contemporáneos, pero no hay duda de que influyó mucho en la posteridad. Aunque no era más que un discípulo espiritual del gran profeta de la fe, Isaías, y en modo alguno tan grande como él, la formulación del resultado de las profundas luchas de su alma fué tan simple y fecunda que seis siglos después Pablo la adoptó como adecuadísima expresión de la respuesta a su propio y profundo problema. Y después de quince siglos Martín Lutero encontró en ella la luz que iluminó y libertó su alma. A cada cual a su manera, y en respuesta a sus propios problemas particulares, acudiéronles plenas de significado, diferente en cada caso, las grandes palabras

El justo en su fe vivirá.

Capítulo XI

JEREMIAS

Jeremías nació alrededor del año 650 a. de J. C., durante el reinado de Manasés, de una devota familia sacerdotal, en la pequeña aldea de Anatot, situada a unos seis kilómetros al noreste de Jerusalén. Fué educado por sus piadosos padres, cuya piedad había sido intensificada por la persecución de Manasés, creciendo con un buen conocimiento de las tradiciones de su pueblo, y especialmente también de sus compatriotas del norte que estaban en el destierro, por cuanto su familia pertenecía al norte, a Benjamín, más bien que a Judá. Había estudiado los escritos de Amós, Isaías, Miqueas, y especialmente los del gran profeta del norte de Israel, Oseas, por el cual se hallaba influenciado profundamente, y le ligaba a él un fuerte parentesco espiritual. Tímido y sensitivo por naturaleza, manso y amante, con una hermosa imaginación poética, un sutil discernimiento moral, y una profunda devoción religiosa, era una personalidad única ya en su juventud. En el año 626 fué llamado a profetizar. Al principio quiso eludir este gran llamado disculpándose con su juventud, pero Jehová lo persuadió y consagró en la gran experiencia espiritual que le dió una conciencia de la misión profética sin paralelo entre los profetas. Se convenció de haber sido predestinado y preparado antes de nacer para profetizar (1^{4-10}). Tales visiones fueron el resultado de una larga preparación previa. Las grandes experiencias del alma llegan a su culminación en la repentina iluminación de una visión. Pero no sabemos nada en particular acerca de los pasos que llevaron a Jeremías hasta ella.

La ocasión inmediata para el comienzo de su actividad profética fué la invasión de los escitas que amenazaron a Palestina en 626. Ansiosamente miraba el joven hacia el norte; en una segunda visión comprendió que una terrible calamidad irrumpiría en su pueblo desde allí, pues Jehová había mandado a los ejércitos del norte

que atacaran a Jerusalén y las otras ciudades judías, porque ellos habían "abandonado a Jehová, quemado incienso a otros dioses y adorado la obra de sus manos". Jeremías tenía que ir y anunciar esto a su pueblo. El sabía que esto no sería fácil; ello le traería un agudo conflicto con los jefes y la nación misma. Pero animado y lleno de coraje por la seguridad de ayuda que el mismo Jehová le había dado, proclamó valientemente su mensaje ante la persecución y la muerte (1^{13-19}). En una serie de breves, vívidos y pintorescos oráculos, anunció la venida de las hordas salvajes del norte. La impresión que hicieron en él fué profunda. Las oía venir, las veía galopar por los collados de Palestina en una avance irresistible. No tenía paz ni descanso, sus visiones lo atormentaban, lo que oía le torturaba al extremo de que clamaba en la desesperación de su alma:

¡Mis entrañas, mis entrañas!
Me duelen las telas de mi corazón:
mi corazón ruge dentro de mí;
no callaré;
porque voz de trompeta has oído, oh alma mía,
pregón de guerra,
Quebrantamiento sobre quebrantamiento es llamado;
porque toda la tierra es destruída;
en un punto son destruídas mis tiendas,
en un momento mis cortinas,
¿Hasta cuando tengo de ver bandera,
tengo de oir voz de trompeta? (Jeremías 4^{19-21})

Miraba los campos y las montañas, los veía en toda su gloria; oía a los pájaros y los cantos de hombres y mujeres y ¡de pronto todo se había desvanecido!

Miré la tierra, y he aquí que estaba asolada y vacía;
y los cielos, y no había en ellos luz.
Miré los montes, y he aquí que temblaban,
y todos los collados fueron destruídos.
Miré y no parecía hombre,
y todas las aves del cielo se habían ido.
Miré y he aquí el Carmelo desierto,
y todas sus ciudades eran asoladas. (4^{23-26a})

El asombro es magistralmente pintado por el repetido "Miré" y el siguiente "y he aquí". ¡Como si no pudiera confiar en sus ojos, miraba de uno a otro lado: desolación alrededor, soledad total, hasta los pájaros habían volado! ¡Ah, la destrucción viene, es inevitable, desolación, ruina y muerte! ¿Y por qué? Viene del mismo Jehová

a causa de la terrible corrupción religiosa de Judá. Los ejércitos del norte no son sino los agentes de la Divinidad ofendida. Jeremías había visto la espantosa corrupción religiosa en los santuarios locales y fué profundamente impresionado y ofendido por las prácticas degradadas del pueblo. Sabía que esa era la razón por la cual estaba tan seguro que vendría la terrible ruina. Advirtió al pueblo, los exhortó a arrepentirse y evitar en esa forma la ira de Dios. Pero su arrepentimiento tiene que ser de todo corazón.

> Haced barbecho para vosotros,
> y no sembréis sobre espinas,
> Circuncidaos a Jehová,
> y quitad los prepucios de vuestro corazón. ($4^{3b, 4a}$)

Esto significaba romper con el pasado, comenzando una nueva vida; significaba eliminar todos las prácticas vergonzosas de los santuarios locales, abandonar a los baales a quienes Judá adoraba todavía, y volverse a Jehová con el alma y el corazón ($2^{1-13, 20-35}$). Significaba también, renunciar a la descabellada política de buscar alianzas internacionales con Egipto o Asiria, que no había traído nada más que humillación nacional. El único ayudador, el verdadero salvador era Jehová! ¡Y ellos lo habían olvidado! ($2^{14-19, 37, 38}$).

Esa apostasía había sido la causa de la ruina nacional del Israel del Norte. Judá debía haber aprendido la lección, y sin embargo no se había vuelto a Jehová "con todo su corazón, sino fingidamente". Al considerar la suerte de Israel, Jeremías se convenció de que éste se habría ya arrepentido y por consiguiente sería repatriado ($3^{6-13, 19-25}$ $4^{1, 2}$). Su anhelo por la restauración de sus compatriotas más inmediatos, encontró expresión en algunos de los más exquisitos poemas que haya escrito. Esto es bastante decir, porque él era un poeta divinamente designado, de cuya alma salieron palabras que aún acuden a la memoria por su belleza y aún enamoran al corazón por su gracia.

> El pueblo de los que escaparon de la espada
> ha hallado gracia en el desierto:
> iré a darle descanso, es decir, a Israel.
> Desde lejos Jehová me apareció, y dijo:
> *Con amor eterno te he amado,*
> *por tanto te he extendido mi misericordia.* ($3\ 12$, 3 VM)

Estas dos últimas líneas pertenecen a los dichos más maravillosos de

toda la Biblia. La gloria del evangelio está en ellos, proclamando el eterno amor de Dios. La propia alma de Jeremías se presentaba en estas palabras. Prosigue: Israel será restaurada, Samaria reconstruída:

> Porque habrá días en que clamarán los guardas
> en el monte de Efraim:
> Levantaos, y subamos a Sión,
> a Jehová nuestro Dios. (31[6])

En otro poema Jeremías comienza con una descripción de cómo en Ramá, muy cerca de su hogar, el pueblo había oído por muchos años amarga lamentación en la tumba de los antepasados del Israel del Norte. Raquel se lamentaba porque sus hijos se habían ido al destierro, dejando sola a su madre, con el corazón destrozado y desconsolada en su dolor.

> Voz fué oída en Ramá,
> llanto y lloro amargo;
> Raquel que lamenta por sus hijos,
> no quiso ser consolada. (31[15])

Pero ahora la respuesta de Jehová se derrama como un bálsamo sobre su corazón herido:

> Reprime tu voz del llanto,
> y tus ojos de las lágrimas;
> porque salario hay para tu obra, dice Jehová,
> y volverán de la tierra del enemigo. (31[16])

También en otro poema Jeremías representó a Jehová en soliloquio:

> Escuchando he oído,
> a Efraim que se lamentaba:
> Azotásteme, y fuí castigado
> como novillo indómito:
> conviérteme y seré convertido;
> porque tu eres Jehová mi Dios.
> Porque después me convertí, tuve arrepentimiento;
> y después que me conocí, herí el muslo:
> avergoncéme, y confundíme,
> porque llevé la afrenta de mis mocedades. (31[18, 19])

La súplica de este penitente toca el corazón de Jehová. Aun está cavilando, pero surge el amor del padre:

> ¿No es Efraim hijo precioso para mí?
> no es niño delicioso?
> pues desde que hablé de él,
> heme acordado de él constantemente.
> Por eso mis entrañas se conmovieron por él:
> apiadado, tendré de él misericordia, dice Jehová. (31[20])

¿Quién no piensa en el hijo pródigo y la ansiedad y el anhelo de su padre? En un poema separado[1], el profeta pide a Israel que vuelva:

Vuélvete, virgen de Israel,
vuélvete a estas tus ciudades,
¿Hasta cuando andarás errante,
oh hija contumaz? (31[21b, 22a])

Esta esperanza no se cumplió nunca. Profetas posteriores la adoptaron, pero ninguno la dió como Jeremías expresión tan bella y conmovedora. Esto era porque su corazón llegaba en estas palabras hasta sus hermanos desterrados, todo su ser anhelaba el retorno de ellos.

Pero estas profecías eran sólo una digresión. El esfuerzo de su vida pertenecía al pueblo de Judá. Por ellos vivía y trabajaba con todas sus fuerzas. Cuando los reformadores fueron por todo el país propagando la reforma deuteronómica, les ayudó y combatió la perversión religiosa del pueblo, pero para él el cambio de corazón era siempre primario (11[1-17]). Su predicación vigorosa y radical le produjo la enemistad de muchos, aun entre sus amigos y parientes más cercanos, porque la reforma significaba para ellos la pérdida de sus entradas y medios de vida y todo lo demás. Decidieron entonces quitarle de en medio. Jeremías era tan cándido, que fué para él una real providencia cuando Jehová se lo hizo saber (11[18]-12[6]).

En esta época dejó Anatot y fué a Jerusalén para llevar su actividad profética al mismo corazón de la nación. Allí encontró una corrupción casi increíble. Cuando se mezcló libremente con el pueblo en las calles, fracasó en su deseo de descubrir un solo justo entre ellos.

Discurrid por las plazas de Jerusalem,
y mirad ahora, y sabed,
y buscad en sus plazas
si halláis hombre,
si hay alguno que haga juicio,
que busque verdad;
y yo la perdonaré.
Y si dijeren: Vive Jehová;
por tanto jurarán mentira. (5[1-2])

Al principio Jeremías creía que sólo los pobres e ignorantes eran tan degradados.

Yo espero dije: Por cierto ellos son pobres,
enloquecido han,

pues no conocen el camino de Jehová,
el juicio de su Dios.
Irme he a los grandes,
y hablaréles,
porque ellos conocen el camino de Jehová,
el juicio de su Dios.
Ciertamente ellos también quebraron el yugo,
rompieron las coyundas. (5[4, 5])

¿Cómo puede perdonarlos Jehová? Debe castigarlos a todos por su maldad. Pero la conciencia de Jeremías era excesivamente sensible. Después de todo debía haber algunas personas justas entre estos pecadores. Tiene que investigar otra vez; él sentía que Jehová le había hecho un "examinador entre mi pueblo, para que conozcas y pruebes el camino de ellos." Pero en lo que pudo probar no halló ningún metal precioso en el crisol (6[27-30]). Y cuando Jehová le dijo una vez más:

Del todo rebuscarán como a vid
el resto de Israel:
torna tu mano como vendimiador
a los cestos. (6[9])

él replicó:

¿A quién tengo de hablar y amonestar,
para que oigan?
He aquí que sus orejas son incircuncisas,
y no pueden escuchar;
he aquí que la palabra de Jehová les es cosa vergonzosa,
no la aman. (6[10])

Cuando piensa en estos desaires, su corazón arde de indignación. En vano trata de contenerse, contra su voluntad emite esas palabras ardientes que dejan libres las fuerzas que llevarán al pueblo a la ruina.

Por tanto estoy lleno de saña de Jehová,
trabajado he por contenerme;
derramaréla sobre los niños en la calle,
y sobre la reunión de los jóvenes justamente;
porque el marido también será preso con la mujer,
el viejo con el lleno de días.
Y sus casas serán traspasadas a otros,
sus heredades y también sus mujeres;
porque extenderé mi mano
sobre los moradores de la tierra, dice Jehová.
Porque desde el más chico de ellos hasta el más grande de ellos,
cada uno sigue la avaricia;
y desde el profeta hasta el sacerdote,
todos son engañadores.
Y curan el quebrantamiento de la hija de mi pueblo con liviandad,
diciendo, Paz, paz; y no hay paz. (6[11-14])

Reiteró su anuncio de los escitas, que serán los agentes de Jehová, y los describió en su avance sobre Jerusalén, gráfica y dramáticamente ($5^{6,\ 15\text{-}17}$ $6^{1\text{-}8,\ 22\text{-}26}$ $8^{14\text{-}17}$). Pero la inminente catástrofe llenaba el dolor su corazón.

¡Oh si pudiera consolarme en mi angustia!
mi corazón desfallece dentro de mí.
He aquí, la voz del grito de la hija de mi pueblo
suena desde una tierra muy remota:
¿Acaso no está Jehová en Sión?
¿no está en ella su Rey?
Antes bien, ¿por qué me han provocado a ira con sus esculturas,
y con sus vanidades traídas de una tierra extraña?
¡Pasó ya la siega, y acabóse el verano,
y nosotros no somos salvos!
Por la llaga de la hija de mi pueblo, se me quebranta el corazón;
me visto de luto; el espanto se ha apoderado de mí,
¿No hay acaso bálsamo en Galaad?
¿no hay allí médico?
¿por qué pues no han sido curadas
las heridas de la hija de mi pueblo?
¡Oh si fuera aguas mi cabeza,
y mis ojos fuentes de lágrimas;
para que día y noche yo llorara
por los muertos de la hija de mi pueblo! ($8^{18\text{-}9^1}$ VM)

Con esta disposición de ánimo compuso estos poemas, que a juicio de los críticos literarios, son de los más bellos en la literatura mundial. Primero la endecha sobre el país:

Sobre los montes levantaré
lloro y lamentación,
y llanto sobre las moradas del desierto;
porque desolados fueron hasta no quedar quien pase,
ni oyeron bramido de ganado;
desde las aves del cielo
y hasta las bestias de la tierra
se transportaron, y se fueron.
Y pondré a Jerusalén en montones,
por morada de culebras;
y pondré las ciudades de Judá en asolamiento.
que no quede morador. ($9^{10,\ 11}$)

Luego la lamentación sobre el pueblo:

Considerad, y llamad
plañideras que vengan;
y enviad por las sabias
que vengan:
y dense prisa,
y levanten llanto sobre nosotros,
y córranse nuestros ojos en lágrimas,
y nuestros párpados en agua se destilen,

Porque voz de endecha fué oída de Sión:
¡Cómo hemos sido destruídos!
en gran manera hemos sido confundidos.
¿Por qué dejamos la tierra?
¿por qué nos han echado de sí nuestras moradas? (9$^{17-19}$)

Y el más conmovedor de todos:

Oíd pues, oh mujeres, palabra de Jehová,
y vuestro oído reciba la palabra de su boca;
y enseñad endecha a vuestras hijas,
y cada una a su amiga, lamentación.

Porque la muerte ha subido por nuestras ventanas,
ha entrado por nuestros palacios;
para talar los niños de las calles,
los mancebos de las plazas.

Los cuerpos de los hombres muertos
caerán como estiércol sobre la haz del campo,
y como manojo tras el segador.
que no hay quien lo recoja. (9$^{20-22}$)

Es un cuadro horrendo el que aquí se pinta, el segador inflexible, la muerte, que aparece aquí por primera vez en la literatura para perseguir desde entonces la imaginación de los hombres. Si ello impresionó a los oyentes de Jeremías, es dudoso. Estaban demasiado arraigados en sus costumbres: como regla general, no oirían ni se arrepentirían. Esto parecíale a Jeremías antinatural, vió con tristeza que no seguirían los más profundos instintos del ser humano.

Aun la cigüeña en el cielo
conoce su tiempo,
y la tórtola y la grulla y la golondrina
guardan el tiempo de su venida;
mas mi pueblo no conoce
el juicio de Jehová. (8^{7})

Por supuesto, ellos eran religiosos a su manera. Traían muchos sacrificios y aún tenían mucho cuidado en perfumar las ofrendas a fin de hacerlas todavía más agradables a Jehová. Pero Jeremías estaba seguro de que Jehová nunca había ordenado ningún sacrificio, sino que había exigido de los padres nada más que obediencia a la ley moral, y ése era ahora su único requerimiento (7$^{21-26}$).

¿A qué viene para mí
este incienso de Seba,
y la buena caña olorosa de tierra lejana?
Vuestros holocaustos no son a mi voluntad,
ni vuestros sacrificios me dan gusto. (6^{20})

Pidió al pueblo que volviera al camino de los buenos tiempos de antes, porque sólo ellos podían llevar a los hombres a su verdadera meta.

Paraos en los caminos, y mirad,
y preguntad por las sendas antiguas,
cuál sea el buen camino y andad por él,
y hallaréis descanso para vuestra alma. (6[16])

Siglos más tarde, Jesús usó estas mismas palabras en su inmortal exhortación (Mat. 11[29]) no citándolas expresamente, sino como algo que una vez oído le era inolvidable y que había llegado a apropiarse espiritualmente y profundizar en su experiencia personal. Para Jeremías la religión era un asunto del alma. Todo hombre tiene anhelos que pueden encontrar su satisfacción solamente en Dios, y la senda hasta Dios es por el arrepentimiento y la justicia social. Pero la predicación a su pueblo, que realiza encarecidamente en la mayor medida de sus fuerzas, no halla respuesta alguna, hasta que finalmente la vida entre ellos se le hace insoportable.

¡Oh quien me diese en el desierto
un mesón de caminantes,
para que dejase mi pueblo,
y de ellos me apartase!
Porque todos ellos son adúlteros,
congregación de prevaricadores. (9[2])

Los escitas pasaron sin causar daño a Judá. Arrasaron las llanuras de Filistia hasta los límites con Egipto, donde el faraón Psamtico los hizo volver por el soborno. A su vuelta tampoco entraron en la serranía de Judá. Pero ellos ayudaron sin saberlo al movimiento reformista de Judá que dió por resultado la reforma de Josías en 621, cuando todo el culto fué purificado y centralizado en Jerusalén. Jeremías había insistido siempre en un cambio de corazón, porque la religión no era para él asunto de culto tanto como de carácter y vida. La importancia dada a los sacrificios le había resultado siempre odiosa. Ahora que la reforma se había llevado a cabo, rápidamente percibió que sólo había traído un cambio aparente, superficial. La conformidad externa era más fácil de conseguir que la renovación moral, pero era inútil. Bien pronto se encontró Jeremías en abierta oposición con los dirigentes religiosos. Cuando ellos apelaban al libro de la ley para su justificación y

aplicaban sus pruebas de autenticidad profética (Deut. $18^{21, 22}$) a Jeremías, cuya predicción de la ruina que vendría por los enemigos del norte, no se había cumplido; cuando desafiaban su autoridad y rechazaban la palabra viva de Dios que les había dado, Jeremías les atacó agriamente y les acusó de fraude:

> ¿Cómo decís: Nosotros somos sabios,
> y la ley de Jehová es con nosotros?
> Ciertamente, he aquí que en vano se cortó la pluma,
> por demás fueron los escribas.
> Los sabios se avergonzaron,
> espantáronse y fueron presos:
> he aquí que aborrecieron la palabra de Jehová:
> ¿y qué sabiduría tienen? ($8^{8, 9}$)

La insinuación de que su profecía no se había cumplido y que por lo tanto no había sido un genuino mensaje de Jehová, debe haber agitado grandemente al sensible profeta. Pero encontró tranquilidad en la visión de la vara de almendro (*shaked*), que hizo brillar en su mente las palabras de Jehová: "Yo velo (*shoked*) sobre mi palabra para darle cumplimiento" ($1^{11, 12}$ VM). ¡Y no pasaron muchos años antes de que se cumplieran!

Después de la trágica muerte del rey Josías en la batalla de Meguido en 607, su hijo Joacaz ocupó el trono tres meses, porque vino el faraón Necao, lo depuso y lo llevó a Ribla sobre el Orontes. El pueblo todavía lloraba a Josías. Pero Jeremías les dijo entonces:

> No lloréis al muerto,
> ni de él os condolezcáis:
> llorad amargamente por el que va;
> porque no volverá jamás,
> ni verá la tierra donde nació. (22^{10}, véase también $22^{11, 12}$)

Aquellos días fueron de incertidumbre y oscuridad nacional. Nadie sabía lo que podía suceder en el futuro. Pero la inviolabilidad del templo en Jerusalén había llegado a ser un dogma, y en su perplejidad el pueblo sabía que a lo menos esto era cierto; viniese lo que viniese, Jerusalén no podría ser tomada, porque el templo de Jehová estaba en ella. Solamente Jeremías no compartía esta confianza común y se sintió llamado a destruirla en nombre de la verdad. Apareció en el atrio del templo en el momento en que el pueblo de todas partes de Judá se había reunido para adorar, y con palabras resonantes declaró que la fe de ellos no tenía garantía.

"¡Enmendad vuestros caminos y vuestras obras! y os dejaré habitar en este lugar. No confiéis en las palabras mentirosas, de aquellos que dicen: ¡El Templo de Jehová, el Templo de Jehová, el Templo de Jehová son estos edificios!" (7[3, 4 VM]). Solamente si os arrepentís y lleváis vidas justas, seréis salvos. También: "haré con la casa que es llamada por mi nombre, como hice con Silo", cuyo templo había sido destruído en las guerras filisteas. "Y os quitaré de mi vista, como he quitado todos vuestros hermanos, aun toda la simiente de Efraím". Este era un discurso muy atrevido mas el coraje espiritual de Jeremías siempre estuvo a la altura de la ocasión, pues estaba seguro de que Jehová hablaba por medio de él. A sus oyentes les sonó a blasfemia y en su ira pidieron su muerte. Solamente la intervención de los príncipes que recordaban la profecía similar de Miqueas y la actitud de Ezequías hacia ella, junto con la poderosa ayuda de su amigo Ahicam, hijo del canciller de Josías, Safán, lo salvaron de una muerte segura. Otro profeta, Urías, que también había profetizado muy semejantemente a Jeremías, tuvo que huir a Egipto para salvar su vida, pero fué entregado y ejecutado en Jerusalén (cap. 7 y 26).

Joaquim, al principio de cuyo reinado ocurrió esto, había sido nombrado rey por el faraón Necao, probablemente a causa de sus simpatías con la causa egipcia. Era completamnete diferente de su padre Josías. .Jeremías da un bosquejo notable de su carácter en el que compara sus lujosas construcciones y el tratamiento opresivo del pueblo con la vida sencilla y recta de su padre Josías:

¡Ay del que edifica su casa y no en justicia,
y sus salas y no en juicio,
sirviéndose de su prójimo de balde,
y no dándole el salario de su trabajo!
Que dice: Edificaré para mí casa espaciosa,
y airosas salas;
y le abre ventanas, y la cubre de cedro,
y la pinta de bermellón.
¿Reinarás porque te cercas de cedro?
¿No comió y bebió tu padre,
e hizo juicio y justicia, y entonces le fué bien?
El juzgó la causa del afligido y del menesteroso.
y entonces estuvo bien.
¿No es esto conocerme a mí?
dice Jehová.

Mas tus ojos y tu corazón no son sino
a tu avaricia,
y a derramar la sangre inocente,
y a opresión, y a hacer agravio. (22[13-17])

Cuando Jeremías escribió esto, había tenido la oportunidad de conocerle y juzgarle por sus actos, que le llevaron a formular esta severa condenación:

Por tanto así ha dicho Jehová, de Joaquim hijo de Josías, rey de Judá:

No lo llorarán, diciendo:
¡Ay hermano mío! y ¡ay hermana!
ni lo lamentarán, diciendo:
¡Ay Señor! ¡ay su grandeza!
En sepultura de asno será enterrado,
arrastrándole y echándole
fuera de las puertas de Jerusalén. (22[18, 19])

Joaquim fué vasallo de Necao hasta 605, en que el faraón fué derrotado decisivamente en Carchemis por Nabucodonosor. Aunque Nabucodonosor no pudo continuar enseguida su victoriosa campaña a causa de la muerte de su padre, que lo obligó a volver a Babilonia para ascender al trono, Siria y Palestina quedaron bajo su dominio. Los caldeos eran ahora el poder dominador en el mundo y en todos los grandes movimientos entre las naciones ellos tenían algo que ver. Jeremías vió inmediatamente que los caldeos eran los enemigos del norte de quienes Jehová había manifestado hacía ya tiempo que los traería sobre su pueblo a causa de sus pecados. Enseguida anunció que Nabucodonosor era el siervo de Jehová, el cual llevaría a efecto su propósito de castigar a Judá por su desobediencia (25[1-11]). En una gran visión Jehová da a Jeremías la copa de ira que debe presentar a Judá, a todas las naciones vecinas y a Egipto a fin de que la beban, se embriaguen y caigan en un estupor tal que nunca más salgan de él (25[15-29]).[2] Es probable, aunque de ningún modo seguro, que Jeremías predijera la catástrofe en oráculos especiales a Egipto (46[1-12]) y Filistia (47[1-7]). Abarcaría a todas las naciones. Jeremías conocía demasiado bien el temperamento de estas naciones y de Judá para creer que pudiera evitarse con Nabucodonosor. No podía esperar que su pueblo escuchara su aviso. Durante demasiado tiempo y persistentemente habían resistido su mensaje.

Habían perdido la oportunidad y la capacidad misma para el arrepentimiento.

¿Mudará el negro (etiope) su pellejo,
y el leopardo sus manchas?
Así también podréis vosotros hacer bien,
estando habituados a hacer mal. (13[23])

Esta es la formulación clásica de la profunda verdad psicológica y religiosa, que Oseas había visto antes que Jeremías. No tenía esperanza ni del rey. Conocía su orgullo y vanidad. Les exhortó a él y al pueblo a que se humillaran y no se embarcaran en peligrosas aventuras.

Escuchad y oíd;
No os elevéis: pues Jehová ha hablado.
Dad gloria a Jehová Dios vuestro,
antes que haga venir tinieblas,
y antes que vuestros pies tropiecen
en montes de oscuridad,
y esperéis luz,
y os la torne sombra de muerte y tinieblas.

El sabe que ellos no oirán:

Mas si no oyereis esto,
en secreto llorará mi alma
a causa de vuestra soberbia;
y llorando amargamente,
se desharán mis ojos en lágrimas,
porque el rebaño fué cautivo. (13[15-17])

Jeremías había juzgado correctamente. Pero por su franco discurso incurrió en el desagrado del rey, y ya no pudo aparecer en público tan libremente como antes. El resultado fué que dictó las profecías que había dado hasta entonces a su escriba Baruc, y un día de ayuno del año 603 envió a Baruc para que leyera el rollo a una gran asamblea en el templo. Ello causó una gran impresión, un oyente informó a los príncipes, los cuales mandaron a buscar a Baruc, que lo leyó ante ellos. Después de decirles que él y Jeremías debían esconderse, llevaron el rollo al rey y Jehudí se lo leyó. Pero el rey lo cortó en pedazos con su navaja y arrojó uno por uno al fuego los pedazos, a pesar de las protestas de algunos de los príncipes. Luego ordenó que Jeremías y Baruc fueran apresados, pero ellos se habían escondido muy bien. A continuación Jeremías dictó otra

vez sus profecías a Baruc " y aún fueron añadidas sobre ellas muchas otras palabras semejantes" (cap. 36).

Jeremías había sido siempre un hombre de oración; con intensa y buena fe intercedió una y otra vez por su pueblo. Algunas de sus oraciones se han preservado; son de una conmovedora simplicidad y belleza como lo muestra la siguiente:

> Si nuestras iniquidades testifican contra nosotros,
> oh Jehová, haz por amor de tu nombre;
> porque nuestras rebeliones se han multiplicado,
> contra ti pecamos.
> Oh esperanza de Israel.
> Guardador suyo en el tiempo de la aflicción,
> ¿por qué has de ser como peregrino en la tierra,
> y como caminante que se aparta para tener la noche?
> ¿Por qué has de ser como hombre atónito,
> y como valiente que no puede librar?
> tú empero estás entre nosotros, oh Jehová,
> y sobre nosotros es invocado tu nombre;
> no nos desampares. 14[7-9])

Pero estas oraciones eran en vano, Jehová no podía aceptarlas porque no era sincera la penitencia del pueblo.

> Si Moisés y Samuel se pusieran delante de mí,
> mi voluntad no será con este pueblo:
> échalos de delante de mí, y salgan. (15[1])

En horas de soledad, la amarga tragedia de su vida abrumaba el alma de Jeremías. Una vez clamó:

> ¡Ay de mí, madre mía! ¿por qué me diste a luz,
> hombre de contención, como soy y hombre de discordia para toda esta tierra?
> No he prestado dinero a interés, ni me lo han prestado a mí
> y sin embargo cada uno de ellos me maldice.
> Jehová empero me dijo: Seguramente tu descargo será con bien;
> seguramente haré que el enemigo se haga súplica
> en el tiempo del mal
> y en el tiempo de aflicción.
> ¿Puede alguno romper el hierro
> hierro del norte, y el bronce?...[3]
> ¡Oh Jehová, tú lo sabes todo!
> Acuérdate de mí, y visítame,
> y hazme justicia de mis perseguidores;
> ¡no me dejes arrebatar, en tu longanimidad para con mis enemigos!
> ¡sabe que por tu causa yo he llevado afrenta!
> Fueron halladas tus palabras, y yo las comí;
> y tus palabras me eran el gozo y el regocijo de mi corazón;
> pues soy llamado de tu nombre,
> ¡oh Jehová, Dios de los Ejércitos!

No me he sentado para gozarme en el círculo de los que pasan alegre vida;
a causa de tu mano me he sentado solo;
pues que me has llenado de indignación.
¿Por qué es perpetuo mi dolor;
mi herida deshauciada
rehusa ser curada?

¿Serás del todo para conmigo como un torrente falaz,
como aguas que engañan la esperanza? (15[10-12, 15-18], VM)

Su dolor lo había llevado demasiado lejos. ¡Acusó a Jehová como indigno de confianza! Sabía que lo había ofendido grandemente y que ya no era digno de ser profeta de Jehová. Pero en aquella oscura hora vino a su alma un serio mensaje de Jehová, en el que llamaba al arrepentimiento al mismo profeta:

Si te convirtieres, yo te repondré,
y delante de mi estarás;
y si sacares lo precioso de lo vil.
serás como mi boca.
Conviértanse ellos a ti,
y tú no te conviertas a ellos.
Y te daré para este pueblo
por fuerte muro de bronce,
y pelearán contra ti,
y no te vencerán:
porque yo estoy contigo para guardarte
para defenderte, dice Jehová.
Y librarte de la mano de los malos,
y te redimiré de la mano de los fuertes. (15[19-21])

¡Qué hora fué ésta para Jeremías! Humildemente la pregona en su espontánea veracidad. Es como si necesitara purificar su alma por medio de su confesión. Tuvo muchos momentos semejantes, cuando fué a Jehová con sus instancias, llevado por su desesperada urgencia. Las inesperadas profundidades de su corazón que le fueron reveladas en tales períodos de desesperación lo impulsaron a meditar sobre la inescrutabilidad del corazón humano. Y era un consuelo para él saber que Jehová conoce el corazón y que él puede curarlo.

Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso;
¿quién lo conocerá?
Yo Jehová, que escudriño el corazón,
que pruebo los riñones,
para dar a cada uno según su camino,
según el fruto de sus obras...
Sáname, oh Jehová, y seré sano;
sálvame, y seré salvo:
porque tú eres mi alabanza...

Mas yo no me entrometí
a ser pastor en pos de ti,
ni deseé día de calamidad,
tú lo sabes.
Lo que de mi boca ha salido,
fué en tu presencia.
No me seas tú por espanto:
esperanza mía eres tú en el día malo. (17[9, 10, 14, 16, 17])

La vida de Jeremías está llena de persecuciones no sólo por parte del rey, sino también y muy especialmente por parte de los sacerdotes y los profetas profesionales. Después de uno de sus discursos, en el que los había atacado, dijeron:

Venid, y tracemos maquinaciones contra Jeremías;
porque la ley no faltará del sacerdote,
ni consejo del sabio,
ni palabra del profeta.
Venid e hirámoslo de lengua,
y no miremos a todas sus palabras. (18[18])

a fin de poder atraparle y llevarle a la ruina. Jeremías oró ardientemente a Jehová que no recompensase mal por bien.

Acuérdate que me puse delante de ti
para hablar bien por ellos,
para apartar de ellos tu ira. (18[20b])

Otra de estas experiencias que ahora nos parecen como otras tantas confesiones de parte de Jeremías, está registrada en el cap. 20[7-10]. Contiene la famosa confesión que arroja mucha luz sobre la vida, carácter y alma de Jeremías.

Porque desde que hablo, doy voces,
grito, Violencia y destrucción:
porque la palabra de Jehová me ha sido para afrenta
y escarnio cada día.
Y dije: No me acordaré más de él,
ni hablaré más en su nombre:
empero fué en mi corazón como un fuego ardiente
metido en mis huesos,
trabajé por sufrirlo,
y no pude. (20[8, 9])

La más terrible de todas es la maldición de Jeremías de su propio nacimiento, llena de la negrura de la desesperación.

Maldito el día en que nací:
el día en que mi madre me parió no sea bendito. (20[14], véase también 20[15-18])

Ni aun el audaz autor del poema de Job se atrevió a proferir esta

desesperada maldición sin modificarla (Job 3). Estas "confesiones" no pueden ser fechadas con certeza, porque Jeremías no sufrió persecuciones sólo durante el gobierno de Joacim. Probablemente algunas de ellas pertenecen al reinado de Sedecías. Las dos últimas están actualmente inmediatamente después del relato de la vergonzosa afrenta que le fué hecha por Pasur el sacerdote que lo puso en el cepo después de su lección objetiva con la vasija de barro del alfarero, que había roto delante del pueblo como una señal de que así ellos serían quebrados por Jehová (19[1]-20[6]). Puede ser muy bien que el escozor de esta humillación pública ocasionara la tristeza de Jeremías y su ataque de desesperación.

Pero siempre se dominaba a sí mismo en su íntima comunión con Dios, quien llegó a ser su único amigo. Y siempre estaba listo para salir y proclamar otra vez la verdad mal recibida. Lo que había previsto sucedió. Durante tres años permaneció Joacim tranquilamente como vasallo de Nabucodonosor, pero luego se rebeló. La guerra fué postergada, porque Nabucodonosor no pudo marchar él mismo contra Jerusalén. Pero vino en 597. Ante su aproximación un grupo de recabitas había buscado refugio en Jerusalén. Un día Jeremías les introdujo en una de las cámaras del templo y colocó copas llenas de vino delante de ellos y les invitó a beber. Pero ellos rehusaron. Su antepasado Jonadab les había ordenado vivir estrictamente como nómadas en tiendas, abstenerse de la agricultura, especialmente de la viticultura, y nunca beber ninguna clase de vino. Era la protesta del fanático jehovismo contra el baalismo. Estos recabitas habían sido siempre fieles a él; habían entrado a la ciudad solamente para huir de Nabucodonosor. ¡En qué sorprendente contraste estaba su leal obediencia al mandamiento de sus padres con la vergonzosa desobediencia de Judá a Jehová! Que el pueblo tome nota de ello, porque será castigado por su infidelidad, mientras los recabitas serán recompensados por su fidelidad; su familia nunca se extinguirá completamente (cap. 35).

Durante el sitio de Jerusalén, murió Joacim. No fué "enterrado con el entierro de un asno, arrojado y tirado fuera de las puertas de Jerusalén", como Jeremías predijo, sino que durmió honorablemente "con sus padres" (2° Rey. 24[6]). Su hijo Joaquín o

Conías como lo llamaba Jeremías, le sucedió como rey. La situación en Jerusalén se volvió más crítica. Jeremías trató sin esperanza de llevar al pueblo al arrepentimiento. Hizo un llamado especial a Joaquín y a su madre:

Di al rey y a la reina:
  Humillaos sentaos en tierra;
porque la corona de vuestra gloria bajó
  de vuestras cabezas.
Las ciudades del mediodía fueron cerradas,
  y no hubo quien las abriese:
toda Judá fué trasportada,
  trasportada fué toda ella. (13[18, 19])

Todo fué en vano. En seguida Jeremías proclamó:

Vivo yo, dice Jehová,
  que si Conias hijo de Joacim rey de Judá fuese
anillo en mi mano diestra,
  aun de allí te arrancaré. (22[24])

El rey y su madre irán al destierro y nunca retornarán. Joaquín había sido rey solamente tres meses cuando Jerusalén fué tomada y él con la élite de su pueblo fué conducido en cautiverio a Babilonia, donde murió luego de mucho tiempo. Después que lo llevaron Jeremías dijo:

¿Es este hombre Conías un ídolo vil quebrado?
  ¿es vaso con quien nadie se deleita?
¿Por qué fueron arrojados,
  él y su generación,
y echados a tierra
  que no habían conocido? (22[28])

Después que había sido llevado el primer grupo de cautivos, Jeremías encontró su obra aun más difícil.[4] El pueblo que había quedado le pareció totalmente malo, mientras los desterrados, a lo menos en comparación con el pueblo de Judá, le parecían mejores; tanto que gradualmente comenzó a concebir la esperanza de su restauración. En una visión ambas partes fueron comparadas con dos cestos de higos, los unos muy buenos y los otros muy malos: Jehová mira con agrado a los desterrados y los hará retornar a su hogar; sin embargo, el pueblo de Judá será exterminado, ¡tan malos son! Así como en los primeros tiempos Jeremías había creído que la experiencia del destierro había hecho tornar el corazón de Israel a Jehová, así también ahora esperaba que los desterrados judíos

aprenderían a conocer a Jehová. Habían perdido la capacidad de arrepentirse, es verdad, pero Jehová dijo:

> Y les daré corazón para que me conozcan,
> que yo soy Jehová:
> y me serán por pueblo,
> y yo les seré a ellos por Dios;
> porque se volverán a mí
> de todo su corazón. (24[7])

Cuando Sedecías envió una embajada a Nabucodonosor, Jeremías escribió una carta a los desterrados en Babilonia en la que los exhortaba a abandonar su esperanza de un retorno inmediato, y a dedicarse en Babilonia a las ocupaciones ordinarias de la vida. Que no fueran engañados por algunos profetas que predecían la rápida restauración. Deben aprender primero las amargas lecciones del destierro; no se les permitiría regresar hasta que buscasen a Jehová con todo su corazón. La religión era para Jeremías un asunto espiritual, no estaba ligada al templo o al país. El pueblo no percibía lo maravilloso de esta verdad; pues era el principio de una nueva época en el desarrollo de la religión. La religión podía ser practicada en Babilonia tanto como en Judá. Uno de los desterrados, Semaías, escribió indignado al sacerdote Sofonías de Jerusalén, inquiriéndole por qué no había puesto a Jeremías en el cepo y con cadenas. Sofonías mostró la carta a Jeremías —es de presumir que con una sonrisa significativa (cap. 29).

En Jerusalén también levantó Jeremías mucha oposición, a causa de la posición que tomó en los asuntos nacionales. Para él, tenían que ver con la religión. Jehová había designado a Nabucodonosor como su siervo, y le había dado dominio sobre varias naciones. La rebelión contra él significaba rebelión contra la voluntad de Jehová y sería castigada. Esta fué la posición de Jeremías hasta el fin. Cuando en 593 vinieron embajadores de Edom, Moab, Ammon, Tiro y Sidón para persuadir a Sedecías a que se uniera a su alianza contra Babilonia, apareció con yugo y coyundas sobre su cuello y les dijo en frases inequívocas que cualquier nación que no pusiera su cuello bajo el yugo del rey de Babilonia sería destruído por Jehová. A Sedecías le dió el mismo aviso. Hananías, un profeta, se opuso vehemente a Jeremías y anunció que Jehová rompe-

ría el yugo del rey de Babilonia dentro de dos años y restauraría los vasos sagrados del templo y los desterrados a Jerusalén. Para confirmarlo, Hananías tomó el yugo de los hombros de Jeremías y lo quebró. Jeremías sólo pudo replicar en el primer momento, "¡Amén: así lo haga Jehová!" Pero agregó bastante significativamente, que los primeros profetas habían profetizado siempre calamidad, que por eso la presunción estaba siempre de parte del profeta de la desgracia, y que un profeta de paz debe ser autenticado primero por el cumplimiento de su predicción. Los dejó con esto. Pero poco después regresó y anunció con absoluta convicción: "Así dice Jehová: Yugos de madera quebraste, mas en vez de ellos te has procurado yugos de hierro." El yugo babilonio no puede ser quebrado. En cuanto al propio Hananías, Jeremías predijo que moriría en ese año, "porque hablaste rebelión contra Jehová". Y murió el mismo año, en el mes séptimo (cap. 27 y 28). Es posible que Jeremías diera en esta misma época, oráculos especiales de desgracia para Edom ($49^{7, 8, 10, 11, 22}$), Moab (48, ahora grandemente elaborado) y Ammón (49^{1-5}). La alianza no fué hecha; quizá Jeremías impresionó al rey con su formalidad y sinceridad. Pero parece que Sedecías tuvo que ir a Babilonia a fin de librarse de sospechas. Se dice que Jeremías escribió en un rollo una profecía de la destrucción de Babilonia, lo dió a uno de los compañeros del rey, Seraya, hermano de Baruc para que lo leyera en público en Babilonia, lo atara luego a una piedra y lo arrojara al Eufrates diciendo: "Así se anegará Babilonia y no se levantará del mal que yo traigo sobre ella" (51^{59-64}). Es difícil creer que Jeremías hiciera esto, porque todavía estaba firmemente convencido de que Nabucodonosor era el siervo de Jehová y que la oposición a él era rebelión contra Jehová. Y ésta era también su firme convicción todavía cuando Sedecías, incapaz de resistir la fuerza del sentimiento popular y la diplomacia egipcia, se unió a la alianza antibabilónica. Pronto sitió a Jerusalén un ejército babilonio. Jeremías sabía que su predicción se cumpliría totalmente y dijo a dos mensajeros del rey que Jehová entregaría la ciudad en manos del rey de Babilonia (21^{1-10}). Pero Sedecías no podía actuar de acuerdo con estas instrucciones. Así el sitio continuó y se tornó cada vez más duro. Entonces todos

los esclavos hebreos, mujeres y hombres, fueron liberados bajo un solemne pacto. Pero tan pronto como el enemigo prestó su mayor atención a la captura de las ciudades judías del sur, fueron puestos nuevamente en servidumbre. Jeremías denunció esta felonía y predijo el regreso de los caldeos y la captura y saqueo de Jerusalén (cap. 34). Sin embargo, tuvieron que levantar el sitio totalmente por el momento, debido a que un ejército egipcio avanzaba desde el Sud.[5] Pero Jeremías estaba seguro de que ellos volverían pronto. Durante este intervalo necesitó ir a Anatot, su pueblo natal para recibir su parte de una herencia. Cuando ya dejaba la ciudad, fué hecho prisionero por el capitán de la guardia de la puerta bajo la acusación de que se pasaba a los caldeos. Fué llevado ante los príncipes, azotado y encerrado en la casa de la mazmorra perteneciente a Jonatán el escriba. Mientras estaba allí, el rey Sedecías lo mandó buscar para pedirle un oráculo; él se lo dió, era el mismo de siempre: "Serás entregado en manos del rey Babilonia". Al mismo tiempo imploró al rey que no lo enviara otra vez a la casa de Jonatán, no fuera que muriese allí. Fué mandado entonces al patio de la guardia, donde recibió cada día un bollo de pan, hasta que se acabó todo (cap. 37). Aun allí reiteró sus mensajes sobre la sègura caída de la ciudad y aconsejó al pueblo que se entregara a los caldeos. Entonces los príncipes exigieron su muerte a Sedecías, quien consintió contra su voluntad. Lo arrojaron en una mazmorra llena de cieno, donde hubiera perecido miserablemente si el eunuco etíope, Ebedmelec, no lo hubiera rescatado con la ayuda de tres hombres que el rey le diera con ese objeto. Del patio de la cárcel donde Jeremías fué puesto otra vez, Sedecías le citó una vez más para pedirle un consejo secreto. Jeremías le advirtió que su única vía de escape era salir al rey de Babilonia y capitular, sin temer a los judíos que habían desertado a los caldeos; pero que si no escuchaba este aviso, sería llevado en cautiverio y la ciudad sería quemada. El rey bien intencionado, pero débil, pidió a Jeremías que no dijera nada a los príncipes de esta conversación, pero que los despachara, cuando lo interrogaran, diciendo que había pedido al rey que no lo enviara de nuevo a la casa de Jonatán. ¡Así lo hizo el profeta, para salvar al infeliz rey de sus propios cortesanos! (cap. 38).

Mientras estaba en el patio de la cárcel, le sucedió un hecho de gran importancia. Su primo Hanamel vino del campo y le pidió que le comprase su campo en Anatot, porque él era el pariente más cercano y como tal estaba obligado a redimir. Parecía absurdo. Jeremías había predicho durante muchos años la ruina y desolación del país, y ahora, cuando los caldeos estaban allí, y el cumplimiento de sus profecías era inminente, le venía esta extraña oferta. Pero su misma rareza mostróle a Jeremías que Jehová estaba detrás de ella. Compró el campo, y en su alma nació la gozosa esperanza, "Aún se comprarán casas, y heredades, y viñas en esta tierra" (32^{6-51}). Y al contemplar el futuro, vislumbró el tiempo en que Jehová haría un nuevo pacto con Israel, no como el antiguo que había sido escrito sobre tablas de piedra.

> Daré mi ley en sus entrañas
> y escribiréla en sus corazones;
> y seré yo a ellos por Dios
> y ellos me serán por pueblo.
> Y no enseñará más
> ninguno a su prójimo,
> ni ninguno a su hermano, diciendo:
> Conoce a Jehová:
> porque todos me conocerán,
> desde el más pequeño de ellos, hasta el más grande, dice Jehová;
> porque perdonaré la maldad de ellos,
> y no me acordaré más de su pecado. ($31^{33b, 34}$)

Por medio de él será introducida la relación ideal entre Dios y el hombre; y prevalecerá la verdadera religión. Ella consiste esencialmente en el conocimiento de Dios e implica comunión con él, y como resultado de ella, verdadera moralidad. La ley será entonces lo que debió haber sido siempre, la expresión natural del corazón. Con qué infinita tristeza había exclamado Jeremías que los pájaros conocen la ley de sus idas y venidas, "'pero mi pueblo no conoce la ley de Jehová" (8^{7}). En el tiempo venidero, ellos seguirán la profunda ley interna de sus seres, los instintos de sus corazones, harán siempre la voluntad de Dios y estarán así en verdadera comunión con él. Jeremías no tiene descripciones maravillosas de la gloria futura. Su perspectiva es sombría exteriormente, porque para él la gloria era toda interior; la cosa más grande es el conocimiento de Dios y el hacer su voluntad. Así pudo ver la terrible destrucción de Je-

rusalén y la cautividad de su pueblo sin que se le destrozara el corazón. Había visto todo esto antes, su alma se había angustiado por ello; pero cuando sobrevino la caída, miró al futuro lleno de esperanza. La nación había perecido, el templo estaba en ruinas; pero la verdadera religión no había muerto. Ella encontraría otra vez su hogar en una nueva ciudad cuyo pueblo conociera y obedeciese a Jehová.

Jeremías fué dejado en el país con Gedalías, que había sido hecho gobernador de la provincia. Pero cuando Gedalías fué asesinado por el fanático príncipe real Ismael, Jeremías a pesar de su vigorosa protesta fué llevado a Egipto por el pueblo, que temía la venganza de Nabucodonosor. En Tafnes (Dafne), Egipto, fué visto un día transportando grandes piedras a la plaza que estaba delante del palacio real para hacer un pedestal. Explicó a los atónitos judíos que Jehová enviaría a Egipto a su siervo Nabucodonosor, que sobre esas piedras establecería su trono y desplegaría su pabellón, porque él conquistaría a Egipto, destruiría sus templos, y quitaría sus ídolos (cap. 43). ¡Su huída a Egipto, no había puesto a los fugitivos fuera del alcance de Nabucodonosor! Ni la simbólica lección objetiva ni el discurso, hicieron sobre ellos impresión alguna.

Para mayor desaliento de Jeremías, los judíos comenzaron otra vez su antiguo culto idólatra, especialmente las mujeres, y como él se lo reprochara ellos contestaron que mientras habían servido a la reina de los cielos les había ido bien y que la servirían otra vez. Jeremías replicó prediciéndoles su virtual exterminación, y como señal de la verdad de su predicción les anunció la segura derrota que el faraón Hofra sufriría a manos de sus enemigos (cap. 44).

Esto es lo último que oímos del que fué quizás el más grande de los profetas de Israel. El comprendió con profundo discernimiento los elementos fundamentales de la religión y los formuló con gran claridad. En él alcanzó plena madurez lo mejor de Amós, Oseas e Isaías. El espiritualizó la religión separándola de toda institución visible, aun de la nación. Todas ellas perecen, mas la religión que une a Dios con el alma en íntima comunión, esa religión jamás perece. La religión es un asunto del corazón del indi-

viduo. Jeremías encarnó su mensaje en su persona y en su vida como Oseas, al que era tan semejante. Debía ser solo, no debía casarse, ni tener hijos, porque todos los padres y los hijos perecerían pronto en la terrible catástrofe. No debía ir a una casa de duelo para expresar su simpatía, porque pronto morirían los hombres y no serían sepultados ni llorados. No debía alegrarse con los que se regocijaban, porque la voz de la alegría y el regocijo pronto sería acallada en el país (16^{1-9}). Despreciado, abandonado y perseguido, fué un "varón de dolores". Con todo, realizó su obra valiente y fielmente, aunque su corazón estuviera próximo a estallar. Frecuentemente estuvo cerca a la desesperación, pero siempre volvía a oír la fuerte voz que había oído en la gran hora cuando por primera vez supo que era profeta de Jehová. "No temas, porque yo estaré contigo". Y venció, y aunque su pueblo lo trató en forma vergonzosa durante su vida, al final obtuvo el homenaje de sus corazones: llegó a ser para ellos "El Profeta", y para el gran profeta del destierro llegó a ser el tipo del verdadero siervo de Jehová, señalando al futuro hombre del Calvario. Difícilmente puede darse a un hombre honor más grande, que el que así se dió a Jeremías de Anatot, el profeta del corazón.

Jeremías coleccionó sus oráculos, como hemos visto, primeramente en 604 cuando se los dictó a Baruc. Después de la destrucción de este rollo escribió una segunda edición aumentada. La frase "y aun fueron añadidas sobre ellas muchas otras palabras semejantes" (36^{32}) puede referirse no solamente a esta época, sino también a adiciones sucesivas, pues su libro contiene ahora oráculos de él hasta el año 586. Hay tres elementos que deben distinguirse en nuestra presente edición: 1. La propia obra de Jeremías; 2. La biografía de Jeremías por Baruc; 3. Adiciones posteriores. Si arreglamos la propia obra de Jeremías de acuerdo a la cronología podemos agruparla como sigue:

Durante el reinado de Josías 1-6 7^{21}-12^{6} (excepto 10^{1-16}) y $31^{2-6, 15-21}$.
Durante el reinado de Joacim 7^{1-20} 12^{7}-13^{17} 13^{20}-20 (exc. 17^{19-27}) 22^{1-23} 25^{1-24} (elaborado).
Durante el reinado de Joaquín $13^{18, 19}$ 22^{24-30}.
Durante el reinado de Sedecías 21, $23^{1,2,9}$ y sigs., 24.
Después de la caída de Jerusalén 31^{31-34}.

Es muy incierto si aun un núcleo de oráculos contra las naciones (46-51) se remontan hasta Jeremías, pero no es imposible (véanse págs. 156, 162, 164).[6]

Baruc era no solamente el escriba o secretario de Jeremías, sino también su amigo; era un hombre educado, de familia noble, hombre de carácter y de gran influencia personal. Era íntimo de Jeremías desde el tiempo de Joacim, lo visitaba en la prisión y lo acompañó a Egipto. Amaba y respetaba con todo su corazón al gran profeta y le levantó un monumento en una biografía. Esta es la razón por la cual sabemos de Jeremías mucho más que de los otros profetas. Estamos reconocidos a esta biografía por la historia muy valiosa que contiene. Partes de ella fueron unidas más tarde con los oráculos de Jeremías. Estos se encuentran ahora en 19^{1}-20^{6}, 26-29, 32, 34-45. A la época de Joacim se refieren 19^{1}-20^{6}, 26, 35, 36; a la de Sedecías, 27-29, 32, 34, 37 y 38; a la época posterior a la caída de la ciudad, 39-44. Baruc terminó su libro con una profecía que Jeremías le había dado personalmente en 604. En vista de la terrible crisis que tan pronto vendría sobre su pueblo, Baruc no debía pedir nada para él. Jehová preservaría su vida. Eso debía bastarle; era una gran dicha. El pequeño oráculo formaba como si fuera un sello sobre el libro de Baruc.

Ambos libros de Jeremías y Baruc fueron más tarde muy elaborados. Un gran número de pasajes aparecen dos veces, algunos aun tres veces. En la versión griega, muchas de estas repeticiones y otras adiciones no aparecen todavía; en verdad su texto hebreo original tenía 2700 palabras menos que nuestro texto hebreo, clara indicación de que el texto fué reelaborado por escribas posteriores. La crítica literaria ha demostrado que el estilo difuso, que a veces es pesado, no se debe a Jeremías sino a los copistas y redactores. El profesor Duhm, uno de los más grandes comentaristas de los tiempos modernos, cree que Jeremías escribió solamente en poesía y sólo en el llamado *kinah* o metro elegíaco, de modo que solamente una quinta parte del libro puede ser considerada como original. Probablemente esta declaración sea exagerada; pero a él le debemos nuestro aprecio de la exquisita calidad literaria de los escritos de Jere-

mías; él declara, con razón, que Jeremías pudo haber llegado a ser el más grande poeta lírico de Israel, si no hubiera sido un profeta. La obsesionante belleza de sus poemas justifica plenamente esta apreciación.

Capítulo XII

EZEQUIEL Y EL CODIGO DE SANTIDAD

Entre los desterrados que fueron llevados a Babilonia en 597 estaba Ezequiel, un sacerdote de Jerusalén, que estaba destinado a ser uno de los profetas más influyentes. En Tel Abib, a orillas del río Kebar, el gran canal que pasaba por la ciudad de Nippur, tuvo la terrible e inspiradora visión que lo convirtió en profeta. Fué un día inolvidable, el quinto del cuarto mes, correspondiente más o menos a nuestro junio, en el año 593 a. de J. C. Hallándose en trance, vió el trono de Jehová en una gran nube tormentosa que venía del Norte, y resplandecía, relampagueando en todas direcciones. Cuatro seres misteriosos, semejantes a hombres, pero cada uno con cuatro caras, de hombre, león, buey y águila, y con cuatro alas, que brillaban con brillo no terreno, llevaban en alto el trono que tenía cuatro ruedas relucientes cuyas llantas estaban cubiertas de ojos. A medida que se aproximaban con un estruendo ensordecedor, Ezequiel vió que:

> Sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él. Y vi apariencia como de ámbar, como apariencia de fuego dentro de ella en contorno, por el aspecto de sus lomos para arriba; y desde sus lomos para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía resplandor alrededor. Cual parece el arco del cielo que está en las nubes el día que llueve, así era el parecer del resplandor alrededor. Esta fué la visión de la semejanza de la gloria de Jehová. (Ezequiel $1^{26b-28a}$)

Por supuesto, Ezequiel vió en un instante, lo que se tarda tanto en decir. Abrumado por la fuerza de la visión, Ezequiel cayó sobre su rostro, pero en seguida oyó la voz de Jehová que le ordenaba, "¡Hijo del hombre, ponte sobre tus pies, y hablaré contigo!" El espíritu entró en él para que pudiera ponerse de pie y ser enviado a su pueblo como profeta de Jehová: debía ir y darles sin temor los mensajes de Dios; le escucharan o no, en su rebeldía, en todo caso

sabrían que había un profeta entre ellos. Lo que tenía que decir le fué dado en un rollo escrito en ambos lados, conteniendo, "lamentaciones, endechas y ayes". El tuvo que comer el rollo, "y era en mi boca como miel, por lo dulce". También Jeremías había "comido" las palabras de Jehová, las cuales habían sido gozo y regocijo para su corazón. Como Isaías, Ezequiel no debía tener éxito y como Jeremías debería afrontar mucha oposición. Pero

He aquí he hecho yo tu rostro fuerte contra los rostros de ellos, y tu frente fuerte contra su frente. Como diamante, más fuerte que pedernal he hecho tu frente; no los temas, ni tengas miedo delante de ellos, porque es casa rebelde. (3^{8,9})

Mientras la gloria de Jehová desaparecía precipitadamente, Ezequiel fué alzado por el espíritu. "Y yo iba con amargura, en el encono de mi espíritu; y la mano de Jehová era fuerte sobre mí". Era el natural sentimiento de enfado contra la presión psíquica que lo sojuzgaba. "Así vine a los de la cautividad en Tel Abib .... y por siete días me senté atónito en medio de ellos", completamente aturdido por la terrible experiencia de la visión.

Se descubre en seguida, cuán fuertemente influenciado estaba Ezequiel por sus predecesores, especialmente por Isaías y Jeremías. Pero tomó casi tres capítulos para relatar su visión inaugural, mientras Isaías lo hizo en trece versículos, más bien sugiriéndola que describiéndola minuciosamente, pero suscitando en el lector el mismo sentimiento de profunda reverencia que lo había llenado en aquellos momentos de temor reverente. Ezequiel era un teólogo, y como veremos, su interés teológico dominaba ya en su visión inaugural.

Una semana después de su llamado, el profeta fué convertido en pastor de los desterrados, en un mensaje nos revela, muy bien, esta misión y el sentido de su responsabilidad personal sobre cada una de las almas confiadas a su cuidado.

Hijo del hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel: oirás pues tú la palabra de mi boca, y amonestarlos has de mi parte. Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás: y tú no le amonestares, ni le hablares, para que el impío sea apercibido de su mal camino, a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, mas su sangre demandaré de tu mano. Y si tú amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad, y de su mal camino, él morirá por su maldad, y tú habrás librado tu alma. Y cuando el justo se apartare de su justicia, e hiciere maldad, y pusiere yo tropiezo delante de él, él morirá porque

tú no le amonestaste; en su pecado morirá, y sus justicias que había hecho no vendrán en memoria; mas su sangre demandaré de tu mano. Y si al justo amonestares para que el justo no peque, y no pecare, de cierto vivirá, porque fué amonestado, y tú habrás librado tu alma. (3$^{17-21}$)

Cuando salió a cumplir su misión, usó de todos los medios a su disposición para impresionar al pueblo con la única gran verdad que tenía que anunciarles: la certidumbre de la cercana ruina de Jerusalén y Judá. Como resultado de la terrible impresión que hizo sobre él la visión de Jehová, que lo dejó aturdido por una semana, su sistema nervioso fué sacudido tan reciamente que quedó propenso a ataques catalépticos. Pero llegó a ver también en una visión que ellos eran una de las maneras en que Dios hablaría a su pueblo por medio de él.

Entra, y enciérrate dentro de tu casa. Y tú, oh hijo del hombre, he aquí que pondrán sobre ti cuerdas, y con ellas te ligarán, y no saldrás entre ellos. Y haré se pegue tu lengua a tu palabra, y estarás mudo, y no serás a ellos varón que reprende: porque son casa rebelde. Mas cuando yo te hubiere hablado, abriré tu boca y les dirás: Así ha dicho el Señor Jehová: El que oye, oiga; y el que cesa, cese; porque casa rebelde son. (3^{24b-27})

En el curso de una serie de lecciones objetivas que efectuó por orden divina, su tendencia cataléptica se convirtió en un impresionante vehículo de profecía. En la primera lección objetiva, describió el inminente sitio de la ciudad.

Y tu, hijo del hombre, tómate un adobe, y ponlo delante de ti, y diseña sobre él la ciudad de Jerusalén: y pondrás contra ella cerco, y edificarás contra ella fortaleza, y sacarás contra ella baluarte, y asentarás delante de ella campo, y pondrás contra ella arietes alrededor. Tómate también una plancha de hierro, y ponla en lugar de muro de hierro entre ti y la ciudad: afirmarás luego tu rostro contra ella, y será en lugar de cerco, y la sitiarás. Es señal a la casa de Israel. Y al cerco de Jerusalén afirmarás tu rostro, y descubierto tu brazo, profetizarás contra ella. (4$^{1-3, 7}$)

En la segunda lección objetiva, Ezequiel describió las estrecheces del sitio y el racionamiento de los alimentos de primera necesidad y del agua.

Y tú toma para ti trigo, y cebada, y habas, y lentejas, y mijo, y avena, y ponlo en una vasija, y hazte pan de ello. Y la comida que has de comer será por peso de veinte siclos al día: de tiempo a tiempo lo comerás. Y beberás el agua por medida, la sexta parte de un hin: de tiempo a tiempo beberás. Díjome luego:

Hijo del hombre, he aquí quebrantaré el sostén del pan en Jerusalén, y comerán el pan por peso, y con angustia; y beberán el agua por medida y con espanto. Porque les faltará el pan y el agua, y se espantarán los unos con los otros, y se consumirán por su maldad. ($4^{9a, 10, 11, 16, 17}$).

Entre estas dos, está la lección objetiva de la duración del destierro de Israel y Judá, que se efectuó en dos largos ataques catalépticos.

Y tú dormirás sobre tu lado izquierdo, y pondrás sobre la maldad de la casa de Israel: el número de los días que dormirás sobre él, llevarás sobre ti la maldad de ellos. Yo te he dado los años de su maldad por el número de los días, trescientos y noventa días: [1] y llevarás la maldad de la casa de Israel. Y cumplidos éstos, dormirás sobre tu lado derecho segunda vez, y llevarás la maldad de la casa de Judá cuarenta días: día por año, día por año te lo he dado. Y he aquí he puesto sobre ti cuerdas, y no te tornarás del un tu lado al otro lado, hasta que hayas cumplido los días de tu cerco. ($4^{4-6, 8}$)

La preparación de alimentos inmundos, como los que el pueblo tendría que comer en el destierro, es parte de una lección objetiva ilustrando los sufrimientos en un país extranjero. Ahora está entretejida con la lección objetiva sobre la escasez de pan durante el sitio.

Y tú toma para ti trigo, y cebada, y habas, y lentejas, y mijo, y avena, y ponlo en una vasija, y hazte pan de ello el número de los días que durmieres sobre tu lado: trescientos y noventa días comerás de él. Y comerás pan de cebada cocido debajo de la ceniza; y lo cocerás a vista de ellos con los estiércoles que salen del hombre. Y dijo Jehová: Así comerán los hijos de Israel su pan inmundo, entre las gentes a donde los lanzaré yo. Y dije: ¡Ah Señor Jehová! he aquí que mi alma no es inmunda, ni nunca desde mi mocedad hasta este tiempo comí cosa mortecina ni despedazada, ni nunca en mi boca entró carne inmunda. Y respondióme: He aquí te doy estiércoles de bueyes en lugar de los estiércoles de hombre, y dispondrás tu pan con ellos. ($4^{9, 12-15}$)

Con estas acciones simbólicas y otras similares (véanse, p. ej., 5^{1-12} 12^{1-20} 21^{18-23}), todas ellas intensamente interesantes y de profundo significado, Ezequiel anunció la catástrofe inmediata de Judá y Jerusalén. La causa de ella era la idolatría y la iniquidad moral del pueblo. En una visión de gran valor histórico, Ezequiel describió la idolatría en el templo de Jerusalén. Un ángel resplandeciente le tomó por una de las guedejas de sus cabellos y lo llevó a Jerusalén mostrándole la imagen que provocaba los celos de Jehová, el culto de los misterios, la lamentación por Tammuz o Adonis, y la adoración al sol; todo ello en el templo (cap. 8).

Pero esta corrupción religiosa no era todo. La iniquidad moral de la "ciudad sangrienta", de reyes y príncipes, sacerdotes, profetas y pueblo, clamaba al cielo (7^{23} 9^{9} 11^{6-12} 22, $24^{6,7}$ 34^{1-10}). Ezequiel puso los pecados morales y religiosos al mismo nivel. Toda la historia de Israel desde el principio había sido la historia de la más denigrante infidelidad a Jehová. Judá era peor que Israel, y aún que Sodoma (caps. 16 y 23). El resultado inevitable de semejante maldad debía ser un castigo terrible. Ezequiel oyó en su visión cómo se habían convocado los ángeles destructores, y vió cómo uno de ellos ponía una marca sobre la frente de los piadosos de Jerusalén, antes de que comenzara la terrible matanza de los habitantes, y antes que el ángel derramara fuego celestial sobre la ciudad (caps. 9 y 10). "Y la gloria de Jehová se fué de en medio de la ciudad, y paró sobre el monte que está al oriente de la ciudad" (11^{23}). ¡Ese era un requisito previo, porque la ciudad no podría ser destruída nunca, mientras Jehová estuviera en ella!

El juicio era inminente; "para que sepan que yo soy Jehová" era el constante estribillo de Ezequiel. No sería disciplinario y redentor, sino estrictamente punitivo. Su santo nombre había sido profanado, Jehová debe vindicar su santidad por medio de la justicia.

En relación con esto, Ezequiel formuló una rígida teoría de la retribución individual. La religión para él era un asunto personal. La recompensa de la rectitud o la maldad era también estrictamente individual. Contra la queja del pueblo expresada en la amarga ironía del proverbio, "Los padres comieron las uvas agraces, y los hijos tienen la dentera", Ezequiel insistía en que cada uno es recompensado o castigado por sus propios hechos, no por los de otro, "el alma que pecare morirá", "Jehová es justo, y juzgará a cada uno según sus propios caminos", ¡a cada individuo! Y solamente será responsable por lo que él mismo haya hecho. No hay castigo sin discriminación, ni sufrimiento por los pecados de otros, ni culpa hereditaria. Ni la bondad de otro tendrá alguna influencia vicaria. Nadie será salvado por la justicia de otro.

Si hubiere en ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job, por su justicia librarán tan solamente sus propias almas, dice Jehová el Señor. (14^{14}, VM)

Cada cual se sostiene o cae por sí mismo. La solidaridad de la sociedad, que hasta entonces había recibido un énfasis tan fuerte, aquí es quebrantada. No hay relación social orgánica entre sus personalidades individuales. Son cada uno, entes independientes. Ezequiel llevó aun más lejos este principio, separando la vida moral del individuo en actos separados y aislados. La vida no era para él un conjunto orgánico, sino que estaba compuesta de innumerables actos aislados. El carácter no era tomado en cuenta. Esto ha sido llamado el atomismo de la vida moral, porque en esta teoría la vida es dividida en átomos. Si un justo peca, toda su vida de rectitud no se le tendrá en cuenta. Si un malvado se arrepiente y hace justicia, toda su vida de maldad tampoco se toma en cuenta.

Vivo yo, dice el Señor Jehová, que no quiero la muerte del impío, sino que se torne el impío de su camino, y que viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos: ¿y por qué moriréis, oh casa de Israel? (33[11])

Esta teoría se desarrolla especialmente en los capítulos 18 y 33.

Los extremos de la posición de Ezequiel se debían a las exigencias prácticas de la labor pastoral. Necesitaba dar énfasis a la verdad de que Dios aceptaría al pecador si se arrepentía sinceramente, no importa lo que hubiese sido su pasada vida de pecado. A veces también predijo la exterminación indistinta del justo y el malvado en la destrucción de la ciudad, como se ve en 21[3].

He aquí, que yo contra ti, y sacaré mi espada de su vaina, y talaré de ti al justo y al impío.

Como pastor, Ezequiel no podía dar énfasis meramente al lado negativo de su doctrina de retribución, sino que debía mostrar a los hombres un ideal de piedad que fuera asequible: y así lo hizo. Dios les había dado una ley. Cumplirla, asegura la vida (20[11-13]). El espíritu de Deuteronomio era fuerte en Ezequiel.

Como pastor y consejero espiritual de los desterrados, tenía que tratar también con problemas prácticos que los ancianos le proponían. Uno se relacionaba con la forma de culto, del que debían ser quitados todos los elementos idólatras (14[1-11]). Otro tenía que ver con la cuestión de la erección de un santuario a Jehová en Babilonia. Ezequiel lo trató duramente, con el espíritu de Deuteronomio. ¡Aprended las lecciones de la historia: fué vuestra idolatría,

vuestra adoración en los lugares altos las que os arruinaron. Jehová quiere solamente un lugar para santuario suyo: Jerusalén!

Empero en mi santo monte. en el alto monte de Israel, dice el Señor Jehová, allí me servirá toda la casa de Israel, toda ella en la tierra: allí los querré, y allí demandaré vuestras ofrendas, y las primicias de vuestros dones, con todas vuestras cosas consagradas. En olor de suavidad os aceptaré, cuando os hubiere sacado de entre los pueblos, y os hubiere juntado de las tierras en que estáis esparcidos, y seré santificado en vosotros a los ojos de las gentes. Y sabréis que yo soy Jehová, cuando os hubiere metido en la tierra de Israel, en la tierra por la cual alcé mi mano que la daría a vuestros padres. Y allí os acordaréis de vuestros caminos, y de todos vuestros hechos en que os contaminasteis; y seréis confusos en vuestra misma presencia por todos vuestros pecados que cometisteis. Y sabréis que yo soy Jehová cuando hiciere con vosotros por amor de mi nombre, no según vuestros caminos malos, ni según vuestras perversas obras, oh casa de Israel, dice el Señor Jehová. (20$^{40-44}$)

En la base de toda la enseñanza de Ezequiel, estaba su creencia en la tremenda santidad o majestad física y el absoluto poder de Jehová, que había sido forjada en cada fibra de su ser durante las terribles e inspiradoras visiones de Jehová. Además de él no había ningún otro Dios, es decir, ningún dios real. Los dioses de las naciones para Ezequiel eran solamente ángeles. En la visión inaugural los cuatro sostenes del trono y el trono celestial simbolizaban los dioses de las cuatro esquinas del mundo y el cielo con sus estrellas innumerables (ojos): ¡Jehová estaba entronizado sobre todos ellos, los otros dioses no eran sino sus ministros o partes de su trono! Por otra parte, los siete ángeles destructores del capítulo 9, representando, como probablemente lo hacían, a los dioses de los siete planetas,[2] ya no eran rivales del Omnipotente Jehová. Este es el principio de la angeología judía tan desarrollada posteriormente. Como hasta entonces, Jehová mismo hablaba a Ezequiel, pero eran los ángeles los que cumplían los diversos actos, como intermediarios entre el Dios trascendente y el hombre débil y mortal ("el hijo del hombre"). Pero no se crea que Ezequiel sustentara un concepto más espiritual de Dios al dar énfasis a su trascendencia. Lo que hacía era simplemente subrayar la santidad de Dios, que tan fuertemente había proclamado Isaías. Y lo hizo en tal forma que el Dios de Jeremías con su ternura y solicitud, unido a su gran severidad moral, parece muy diferente de este Dios cuya pasión es su propia

santidad y que castiga con ira implacable. Según Ezequiel, el interés de Dios por las naciones era solamente para obligarlas a reconocer su santidad por medio de su omnipotencia: "Sabrán que yo soy Jehová, cuando extienda mi venganza sobre ellos". Una y otra vez es expresada esta idea. En este reconocimiento de su santidad es en todo lo que estaba interesado Ezequiel. Nunca pensó en la conversión de las naciones, o en el establecimiento de relaciones íntimas con ellas. Nunca comprendió las implicaciones universales del monoteísmo. Para él, Jehová e Israel se pertenecían; Jerusalén era el centro del mundo, donde moraba Jehová. Sostenía esto, no como una doctrina tradicional, sino como un elemento vital de su fe. Por eso es que encontramos en él un Dios universal, mas no una religión universal.

Hasta la caída de Jerusalén en 586, Ezequiel siguió siendo el profeta de la ruina, y en forma siempre renovada, proclamó el fin de Judá y de Jerusalén. Dió extrañas lecciones objetivas, narró notables visiones, pronunció discursos penetrantes, alegorías y parábolas hasta que llegó la catástrofe. El día en que Nabucodonosor comenzó el sitio:

> Fué a mi palabra de Jehová diciendo: Hijo del hombre he aquí que yo te quito de golpe el deseo de tus ojos; no endeches, ni llores, ni corran tus lágrimas. Reprime el suspirar, no hagas luto de mortuorios: ata tu bonete sobre ti, y pon tus zapatos en tus pies, y no te cubras con rebozo, ni comas pan de hombres. Y hablé al pueblo por la mañana, y a la tarde murió mi mujer: y a la mañana hice como me fué mandado. (24[15-18])

Cuando el pueblo le preguntó por qué se conducía tan extrañamente, les dijo que pronto el templo, el ideal y gozo de sus ojos, sería profanado y sus hijos que habían dejado en Jerusalén serían asesinados. Entonces ellos se conducirían como Ezequiel ahora (24[19] y sigs.). Para Nabucodonosor tuvo oráculos prediciendo su ruina (caps. 26-30). Una noche, en enero de 585, medio año después que Jerusalén había caído, Ezequiel sintió sobre él la mano de Jehová; el terrible presentimiento de que algo tremendo había acontecido lo dejó sin habla y lleno de temor. Al día siguiente llegaron las noticias: "La ciudad es destruída". Entonces su boca fué abierta otra vez para que hablase. Ya no era más mudo. Desapareció la gran

tensión bajo la cual había estado. La crisis había pasado. Sus predicciones de desgracia se habían cumplido (33[21, 22]).

Un nuevo período comenzó para él. Mirando hacia el futuro, se convirtió en el profeta de la restauración. Razonaba como sigue: el principio fundamental que gobernaba todas las acciones de Jehová era su santidad. La profanación de su santo nombre por Israel había exigido su castigo, "para que sepan que yo soy Jehová". Pero ahora, después que ellos habían sido llevados al destierro, eran las naciones las que lo profanaban, ridiculizando a Israel y a Jehová que había sido impotente para salvar a su pueblo: "¡Este es el pueblo de Jehová! ¡y han salido de su tierra!" Para vindicar su santidad ante todo el mundo, Jehová debe mostrar su absoluto poder a fin de que todos sepan que no fué debido a su impotencia, sino a su justicia que Israel había sido llevado en cautividad. Así castigaría a las naciones que circundaban a Judá y restablecería su pueblo en su propio país (cap. 36). Ammon, Moab, Edom y Filistia sufrirán terriblemente "para que sepan que yo soy Jehová".

Por lo tanto, di a la casa de Israel: Así ha dicho el Señor Jehová: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las gentes a donde habéis llegado. Y santificaré mi grande nombre profanado entre las gentes, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las gentes que yo soy Jehová, dice el Señor Jehová, cuando fuere santificado en vosotros delante de sus ojos. (36[22, 23])

Israel será restaurado. Su restauración política es predicha en la famosa visión de los huesos secos que son revivificados por el espíritu de Dios (37[1-14]). Jehová, el buen pastor, reunirá todo su rebaño desparramado por todos los países y y los hará retornar a su hogar (34[11] y sigs.). Pero solamente al recto le será permitido retornar; en un juicio de purificación en el desierto de Siria, todos los rebeldes pecadores serán eliminados (20[34-39] 34[17-22]). Jehová dará al remanente un nuevo corazón y un nuevo espíritu, y su propio espíritu morará en ellos como fuerza moral para mantenerles leales y obedientes.

Y esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Y os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi espíritu, y

haré que andéis en mis mandamientos, y guardéis mis derechos y los pongáis por obra. Y os acordaréis de vuestros malos caminos, y de vuestras obras que no fueron buenas; y os avergonzaréis de vosotros mismos por vuestras iniquidades, y por vuestras abominaciones. (36[25-27, 31])

En todo esto Jehová toma la iniciativa. No puede esperar hasta el arrepentimiento de Israel. Pero Ezequiel creía que el arrepentimiento llegaría inevitablemente como resultado de la maravillosa gracia de Jehová. Los profetas que lo precedieron habían mantenido que el arrepentimiento debe preceder al perdón y a la restauración. Ezequiel creía que "nosotros amamos a Dios porque él nos amó primero". Este pueblo moralmente renovado, regresará a Palestina, tanto Israel como Judá, y allí serán unidos bajo un rey davídico y convertidos en una fuerte y numerosa nación, bendecida por la paz y la prosperidad.

Y fué a mí palabra de Jehová diciendo: Tú, hijo del hombre, tómate ahora un palo, y escribe en él: A Judá, y a los hijos de Israel sus compañeros. Toma después otro palo, y escribe en él: A José, palo de Efraim, y a toda la casa de Israel sus compañeros. Júntalos luego el uno con el otro, para que sean en uno, y serán uno en tu mano. Y cuando te hablaren los hijos de tu pueblo, diciendo: ¿No nos enseñarás qué te propones con eso? Diles: Así ha dicho el Señor Jehová: He aquí, yo tomo el palo de José que está en la mano de Efraim, y a las tribus de Israel sus compañeros, y pondrélos con él, con el palo de Judá, y harélos un palo, y serán uno en mi mano. Y los palos sobre que escribieres, estarán en tu mano delante de sus ojos; Y les dirás: Así ha dicho el Señor Jehová: He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las gentes a las cuales fueron, y los juntaré de todas partes, y los traeré a su tierra: Y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel; y un rey será a todos ellos por rey: y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos: Ni más se contaminarán con sus ídolos, y con sus abominaciones, y con todas sus rebeliones: y los salvaré de todas sus habitaciones en las cuales pecaron, y los limpiaré; y me serán por pueblo, y yo a ellos por Dios.

Y mi siervo David será rey sobre ellos, y a todos ellos será un pastor: y andarán en mis derechos, y mis ordenanzas guardarán, y las pondrán por obra. Y habitarán en la tierra que dí a mi siervo Jacob, en la cual habitaron vuestros padres; en ella habitarán ellos, y sus hijos, y los hijos de sus hijos para siempre; y mi siervo David les será príncipe para siempre. Y concertaré con ellos pacto de paz, perpetuo pacto será con ellos y los asentaré, y los multiplicaré, y pondré mi santuario entre ellos para siempre. Y estará en ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y sabrán las gentes que yo Jehová santifico a Israel, estando mi santuario entre ellos para siempre. (37[15-28])

Ezequiel basaba su esperanza del futuro enteramente en los desterrados. El pueblo que había quedado en Palestina después de la catástrofe del 586 se sentía el verdadero heredero de la nación. Pero Ezequiel se opuso a ellos fuertemente, eran idólatras y homicidas, y Jehová seguramente los exterminaría (33[23-29]). Igualmente los edomitas, que habían ocupado el territorio judío, serían expulsados, su propio país devastado y ellos mismos serían destruídos (cap. 35).

A fin de quitar toda duda sobre el hecho de que la nueva condición de felicidad y paz ha de prevalecer para siempre, y a fin de que Jehová fuera reconocido por todo el mundo, Ezequiel introdujo un elemento completamente nuevo en el pensamiento profético del futuro. Después de la restauración vendrá el enemigo del norte que había sido predicho por los primeros profetas. Gog de Magog como cabeza y representante del paganismo unido atacará a Israel con un vasto ejército; pero Jehová mismo peleará contra él con las fuerzas de la naturaleza. La inmensa multitud de los muertos será una presa para las voraces bestias y las aves rapaces, y se tardará más de siete meses en sepultar a los restantes. La cantidad de armas y escudos será tan grande que servirá como combustible durante siete años, porque no se necesitarán más para la guerra (cap. 38 y 39).

A estas grandes esperanzas de restauración política y moral, Ezequiel agregó la eclesiástica. Para que la restauración fuera perfecta y perdurable Jehová debería morar para siempre en medio de su pueblo. En 586 antes de que tuviese lugar la destrucción, Jehová había abandonado Jerusalén porque su santo nombre había sido profanado. Volverá otra vez y el propio nombre de la ciudad será "Jehová está allí". Pero para asegurar su presencia perpetua debe hacerse imposible toda profanación de su santo nombre. Ezequiel meditó largamente en este problema. Creía que podía ser resuelto por la aguda antítesis entre lo sagrado y lo profano. Este era el principio básico de su plan, que completó al principio de 573, y que había elaborado tan detalladamente que se le presentó objetivamente en una visión (caps. 40-48). Fué transportado en tran-

ce a Jerusalén, donde un ángel se le apareció como guía e instructor y le mostró el nuevo orden.

El primer punto de importancia era que el nuevo santuario sería preservado contra toda profanación. Vió que esto se conseguía aislándolo en la cumbre de la elevada colina del templo, situada en Judá, en medio de una faja de terreno que abarcaba veinticinco mil codos cuadrados. Estaba amurallado y rodeado por dos atrios. Desde el espacio abierto que circundaba el muro exterior, Ezequiel subió por una escalera hasta una de las cuatro puertas del atrio exterior; pasando por ella subió por otra escalera a una de las cuatro puertas del atrio interior, en medio del cual estaba el santuario en un nivel aun más elevado, al cual llevaba una escalera, con una sola entrada por el este. Estaba dividido en vestíbulo, lugar santo y lugar santísimo. A Ezequiel le fué dicho, "Hijo del hombre, este es el lugar de mi asiento, y el lugar de las plantas de mis pies, en el cual habitaré entre los hijos de Israel para siempre". El aislamiento del templo era completo. El palacio real ya no lindaba con él, ni las tumbas reales lo manchaban, y la ciudad estaba como a tres kilómetros y medio al sur de él, que estaba circundado por un espacio abierto. A una distancia de cincuenta codos, rodeando los recintos del templo, había un área de diez mil codos por veinticinco mil, donde vivirían los sacerdotes. Lindando con ellos en el norte, los levitas tenían un distrito del mismo tamaño. La ciudad estaba al sud de los sacerdotes, pero separada de ellos por quinientos codos. El santuario estaba así bien protegido, a lo menos exteriormente, contra la profanación. Pero el principio fué llevado aun más lejos. Al este y al oeste del cuadrado sagrado, extendiéndose hasta el Jordán y el mar Muerto, y hasta el Mediterráneo respectivamente, estaban los dominios reales. Al norte la tribu de Judá, al sur la tribu de Benjamín lindando inmediatamente, porque eran las más fieles; los otros vivían al norte o al sur de ellos, cada uno en su distrito igualmente grande. Todo el país era sagrado, dedicado a habitación exclusiva del pueblo de Jehová. En su centro, protegido por todos lados contra la profanación, moraba Jehová en su templo. El pueblo tenía acceso solamente al atrio exterior. Los sacerdotes solos podían ministrar en la casa. En el san-

tísimo ni aun durante su visión entró el sacerdote Ezequiel: solamente el ángel lo hizo.

El segundo punto de importancia en la aguda antítesis entre lo sagrado y lo profano era el personal del templo. Fueron rechazados del templo los esclavos extranjeros. En el primer templo cumplían los trabajos domésticos, "incircuncisos de corazón e incircuncisos de carne". Pero ya no puede entrar en el templo ningún incircunciso extranjero; su presencia lo mancharía. Sus puestos tenían que ser tomados por los levitas que no pertenecían a los hijos de Sadoc, los sacerdotes de Jerusalén. Eran los sacerdotes de los antiguos santuarios que no estaban en Jerusalén, que habían sido abolidos en el año 621. La ley deuteronómica (18^{6-8}) había estipulado que debían participar en el culto en Jerusalén. Pero los sadoquitas no les permitían que compartieran sus grandes entradas. Ezequiel ordenó que aunque debían ganarse la vida en el templo en Jerusalén, podrían hacerlo sólo como sacerdotes de una clase inferior, serían guardianes y carniceros y harían todos los otros trabajos domésticos que los antiguos esclavos del templo habían hecho anteriormente. Justificó esta degradación como una penalidad por su servicio idólatra en los lugares altos.

Así ha dicho el Señor Jehová: Ningún hijo de extranjero incircunciso de corazón e incircunciso de carne, entrará en mi santuario, de todos los hijos de extranjeros que están entre los hijos de Israel. Y los levitas que se apartaron lejos de mi cuando Israel erró, el cual se desvió de mi en pos de sus ídolos, llevarán su iniquidad. Y serán ministros en mi santuario, porteros a las puertas de la casa, y sirvientes en la casa, ellos matarán el holocausto y la víctima al pueblo y ellos estarán delante de ellos para servirles. Por cuanto les sirvieron delante de sus ídolos, y fueron a la casa de Israel por tropezadero de maldad; por tanto he alzado mi mano acerca de ellos, dice el Señor Jehová, que llevarán su iniquidad. No serán allegados a mí para serme sacerdotes, ni se llegarán a ninguna de mis santificaciones, a las santidades de santidades; sino que llevarán su vergüenza, y sus abominaciones que hicieron. Pondrelos, pues, por guardas de la guarda de la casa en todo su servicio, y en todo lo que en ella hubiere de hacerse. (44^{9-14})

Los sadoquitas, sacerdotes de Jerusalén, sólo ellos pueden cumplir las funciones realmente sacerdotales, sólo ellos pueden oficiar en el atrio interior y en el santuario. A fin de que ni aun ellos puedan manchar el templo, se dan órdenes estrictas: en el templo deben

usar solamente ropas de lienzo, para evitar la transpiración, y deben sacárselas cuando dejan el atrio interior, para no santificar al pueblo por su contacto. No deben beber vino cuando están en su tarea; no deben casarse con una viuda, excepto la viuda de un sacerdote, ni con una divorciada; ni estar en presencia de un muerto, a menos que sea el pariente más cercano.

El tercer punto sobre el cual Ezequiel concentró su atención fué el culto. Era necesario idear un sistema de culto para la contínua renovación de la comunión entre Jehová e Israel por la eliminación de cualquier profanación accidental. Por medio del culto, especialmente por las ofrendas por el pecado, se hacía la expiación, se purificaba el santuario, y Jehová se aplacaba. Estos sacrificios propiciatorios tenían que ser traídos el día del Año Nuevo, en la Pascua, y en el décimoquinto día del séptimo mes. El príncipe tiene que proveer para estos sacrificios. Se dan reglamentaciones definidas para los sacrificios cotidianos tanto como para el Sabat y el novilunio. El culto llega a ser de importancia capital en la vida de la comunidad restaurada, y pone en peligro otra vez el elemento personal en la religión, la comunión personal e íntima con Dios. Ezequiel no advirtió este peligro, porque presuponía un pueblo moralmente regenerado.

El lado político fué menospreciado en este plan de la nueva constitución de Israel. El país era sólo el oeste del Jordán, desde Hamat en el norte hasta Cades y la frontera egipcia en el sur. No se hizo ningún reclamo sobre territorio alguno al este del Jordán. Pero Palestina ha de pertenecer a Israel en su totalidad. No habrá allí ni edomitas ni filisteos, porque serán destruídos. Solamente Israel vivirá allí y aquellos extranjeros que hubieren recibido la plena ciudadanía. Parece como si el estado político del rey davídico fuese también empequeñecido. No se le llama rey, sino príncipe, y su principal negocio parece ser proveer al mantenimiento del culto por medio de los impuestos que recibe del pueblo. Pero puede ser que Ezequiel evitara el término rey, para no ofender al gobierno babilonio. Y en 45^{8-12} y 46^{18} se refiere a la administración política y social y a los deberes de un gobierno justo, aunque según su principio el pueblo en la comunidad restaurada sería santo y justo.

Su sentido de la realidad fué aquí más fuerte que el ideal. Justamente lo opuesto sucedía en la repartición de los territorios de las diferentes tribus, pues asignaba a cada una una franja igual de terreno desde el Mediterráneo hasta el Jordán o el mar Muerto sin tomar en consideración todas las demandas de la historia y la topografía.

Era un programa esencialmente peculiar. Ezequiel no pensó nunca en la conversión de las naciones y su participación en las bendiciones de la nueva era. El río maravilloso que fluye del santuario (cap. 47) no significa una bendición para todo el mundo ya se interprete ese capítulo en sentido literal o figurado. El desierto y el mar Muerto son imposibles en la tierra santa donde Jehová mora y donde todo es fructífero. Las bendiciones del río eran materiales, no espirituales. Los árboles eran para alimento y para medicina. Es bastante sorprendente que los pantanos salobres que servían a las necesidades de la vida diaria no fueran transformados en campos fértiles. El sentido práctico de Ezequiel brilla en esta provisión para todas las necesidades.

Ezequiel se hallaba entre el movimiento sacerdotal y el profético; más sacerdotal que Deuteronomio pues era un profeta por excelencia, que en la transición de una época a otra, trabajó por la transformación de las más antiguas y libres ideas nacionales en los más nuevos y estrictos ideales e instituciones eclesiásticas; por eso se le ha llamado y con razón, el Padre del judaísmo. Fué extremadamente influyente. Su pronunciado individualismo y particularismo; su énfasis en la trascendencia de Dios con su angelología acompañante; su enseñanza respecto al futuro, Gog de Magog y el reinado de bendición hasta su ataque,[3] la nueva Jerusalén y el río maravilloso; pero especialmente su subordinación del estado político a la comunidad religiosa, y su énfasis en el culto, influyeron profundamente en la teología y la constitución eclesiástica.

Ezequiel era hábil escritor. Su libro está ordenado muy claramente y en general, sigue un estricto orden cronológico, con fechas definidas. La primera parte contiene profecías sobre el juicio (caps. 1-24), la segunda, profecías de esperanza, abarcando en su parte negativa el castigo de las naciones (caps. 25-32) y en la positiva

la restauración de Israel (caps. 33-48), cuyo final lo constituye el bosquejo de una nueva constitución (caps. 40-48). En la distribución se ve la mente clara y lógica de Ezequiel. Algunos pasajes de esperanza que están ahora al principio, aunque realmente pertenecen a la segunda parte, pueden haber sido puestos allí por el mismo Ezequiel, pues sabemos que él revisó su libro. En el año nuevo de 571 corrigió un oráculo contra Tiro (29^{17-20}) que había dado en el 586 y en el cual había predicho su captura por Nabucodonosor. Después que los babilonios fueron obligados a levantar su sitio de 27 años, Ezequiel prometió a Nabucodonosor la conquista de Egipto como compensación por Tiro.

En el lenguaje Ezequiel no manifiesta ser un gran estilista. Era un prosista visionario aun cuando escribía poesía. No que careciera de imaginación, pues se deleitaba en alegorías y expresiones simbólicas (que a veces ofenden nuestro gusto) y podía visualizar agudamente cosas y situaciones, mas no tenía talento poético. Era un pensador y sabía escribir lucidamente. Pero le gustaban las repeticiones y nunca se cansaba de ellas. Sin embargo no todas las repeticiones son de él, muchas se deben a un texto mal editado y las obscuridades ocasionales deben atribuirse a malos copistas. Su libro merece mucho estudio; no por sus cualidades literarias sino por sus contribuciones significativas. Puede no ser atractivo como Jeremías, pero tuvo una influencia más inmediata.

Un escritor que era semejante a Ezequiel en espíritu, pensamiento y expresión, compiló poco después de 570 a. de J. C. el pequeño libro de la ley en Levítico 17-26, que es común y apropiadamente llamado Código de Santidad. A pesar de la gran catástrofe que se desencadenó sobre los judíos, él no podía dejar de creer que Jehová no los abandonaría para siempre, y que debía existir un futuro para ellos, si se arrepentían. Y así, en pleno destierro, trabajó por la restauración. No era un hombre de visiones excitantes, pero su convicción ardía en su alma como una llama constante y le hizo elaborar las normas de la futura comunidad en este libro de ley, intermediario entre Deuteronomio y el Código Sacerdotal posterior, en el cual fué incorporado después, pero donde

aún puede ser fácilmente distinguido por su fraseología característica y su refrendación:

> Estos son los decretos, derechos y leyes que estableció Jehová entre sí y los hijos de Israel en el monte de Sinaí por mano de Moisés. (Levitico 26^{46})

Su idea dominante era la santidad de Jehová, y la obligación del pueblo de ser santo también. Una de sus fórmulas es, "Vosotros seréis santos, porque yo, Jehová, vuestro Dios, soy santo". Lev. 19^{2} $20^{7, 26}$ 21^{8}); otra es la siempre repetida "Yo soy Jehová (vuestro Dios)" a la cual se agrega algunas veces "que os santifica" (o "les" o "le"). Esta santidad fué primeramente física, no era perfección moral sino especialmente la separación de todo lo prohibido por la religión de Jehová. Santo para Jehová significaba separado de cualquier otro Dios y todo lo que pertenecía a su culto, implicaba evitar todo lo que manchaba, se refería a la santidad ritual. Su significado característico se encuentra en Lev. 20^{26}:

> Habéis, pues, de serme santos, porque yo Jehová soy santo, y os he apartado de los pueblos, para que seáis míos.

La primera ley del Código de Santidad, a lo menos en el ordèn en que ahora tenemos el código, es la prohibición de la matanza laica. Deuteronomio la había permitido, porque después de la centralización del culto en Jerusalén había sido imposible obligar al pueblo a ir al templo por cada animal que debía matarse. Antes no había habido ninguna distinción entre la matanza sagrada y la seglar; toda matanza era un sacrificio. Ahora, cuando se hizo la distinción, el hombre común, no siempre recordaba que había tal distinción, su matanza era para él un sacrificio, y era bastante fácil considerarla como un sacrificio a los demonios locales. Para evitar esto el código prohibió por completo la práctica de la matanza seglar:

> A fin de que traigan los hijos de Israel sus sacrificios, los que sacrifican sobre la haz del campo, para que los traigan a Jehová a la puerta del tabernáculo del testimonio al sacerdote, y sacrifiquen ellos sacrificios de paces a Jehová. Y el sacerdote esparcirá la sangre sobre el altar de Jehová, a la puerta del tabernáculo del testimonio, y quemará el sebo en olor de suavidad a Jehová. Y nunca más sacrificarán sus sacrificios a los demonios, tras de los cuales han fornicado. (Lev. 17^{5-7})

Si el autor pensaba que era posible observar esta ley en combina-

ción con la centralización del culto en Jerusalén, debería haber esperado que la comunidad restaurada sólo dispusiera de un pequeño territorio alrededor de Jerusalén. Estrechamente relacionada con la matanza, estaba la prohibición de comer la sangre que estaba consagrada a Jehová, porque ella es la sede de la vida.

> Y yo os la he dado para expiar vuestras personas sobre el altar: por lo cual la misma sangre expiará la persona. (17[11])

En el capítulo 18 se dan leyes para regular la vida sexual, prohibiendo el matrimonio entre parientes muy cercanos y ciertas abominaciones sexuales que eran practicadas por los egipcios y los cananeos. Para los judíos todas ellas eran corrompidas y castigadas con la muerte.[4] Cuán seriamente se interesaba el autor por estos asuntos, se deduce de la inserción de una lista paralela en el cap. 20, donde se añade el castigo de cada crimen, y para terminar se agrega una exhortación a la santidad. El culto de Moloc se condena en ambos capítulos. La hechicería es señalada como un crimen moral al final del cap. 20.

El Código de Santidad contenía también una ley que prohibía ciertos alimentos, pues en 20[25] leemos:

> Por tanto vosotros haréis diferencia entre animal limpio e inmundo, y entre ave inmunda y limpia: y no ensuciéis vuestras personas en los animales, ni en las aves, ni en ninguna cosa que va arrastrando por la tierra, las cuales os he apartado por inmundas. (Lev. 20[25])

Una lista detallada aparece en Lev. 11, en que los vers. [43-45] son evidentemente de ese código, por su estilo y pensamiento.

Todo el énfasis de estas leyes está en la pureza del culto, y lo mismo debe decirse de las leyes sobre los sacerdotes y sumo-sacerdotes, y sobre la calidad de los animales destinados al sacrificio (Lev. 21 y 22) tanto como de las leyes que se refieren a los días santos y festivos, sabat, pan sin levadura, fiesta de la semana y de las cabañas (23[1-3, 9-12, 15-20, 39-44]). El antiguo significado agrario de las grandes fiestas de las cosechas se conserva todavía, pero la fiesta de las cabañas ya es interpretada (en adición a la fiesta de los panes ázimos) como un memorial del Exodo de Egipto.

Puede verse en una comparación de la ley del año sabático de Deut. 15 con Lev. 25, cuán fuerte era el interés del autor por el

culto. En Deut. 15 es totalmente ético, en Lev. 25 es ritual. Esto es muy significativo, porque el año sabático fué originalmente una institución estrictamente social y económica, señalada para el mejoramiento de la suerte del pobre. En el Código de Santidad leemos:

> Y el séptimo año la tierra tendrá sábado de holganza, sábado a Jehová: no sembrarás tu tierra, ni podarás tu viña. (Lev. 25^{4})

El autor declara que durante el destierro la tierra gozaba sus sabats y "el descanso que no tuvo en vuestros sabats cuando habitasteis en ella" ($26^{34, 35}$). La tierra pertenece a Jehová, solo él es el dueño, su pueblo es sólo su usufructuario. Parte del tiempo, debe dejársele a él solo la tierra, debe serle permitido descansar de su producción, guardar un sabat para Jehová. Esta es por otra parte una idea espléndida.

Pero el autor tenía también en su corazón los intereses morales y sociales del pueblo. La santidad en la cual estaba interesado no es totalmente ritual. En el capítulo 25 añade leyes contra el cobro de interés injusto al pobre, toma medidas para el rescate de la propiedad que hubo de ser vendida a causa de la pobreza del dueño, hace exhortaciones para que se ayude a los hermanos judíos empobrecidos, sin cobrarles interés por los préstamos hechos a ellos, y a no tratarlos con rigor como a esclavos, si han sido obligados a venderse, porque ellos no son esclavos de nadie, sino de Jehová ($25^{14,}$ $^{17\text{-}25,\ 35\text{-}40a,\ 42,\ 43,\ 47\text{-}49,\ 53,\ 55}$). Además existe el famoso capítulo 19, con sus grandes leyes sociales, entre las cuales los versículos ^{17} y ^{18} ocupan fácilmente el primer lugar:

> No aborrecerás a tu hermano en tu corazón: ingenuamente reprenderás a tu prójimo, y no consentirás sobre él pecado. No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo; mas amarás a tu prójimo como a ti mismo: Yo Jehová. ($19^{17, 18}$)

Este es el punto más elevado en la ética del Antiguo Testamento, donde la disposición interior, el corazón, es lo que se toma en cuenta, y no solamente los hechos exteriores. Jesús lo consideró como el mandamiento que debe ser unido directamente al más grande mandamiento, amor a Dios y amor al prójimo. Es verdad que "prójimo" significaba para el autor el hermano judío, y en esto

aparece su limitación. Pero no se limita totalmente a ellos, porque un poco más tarde dice:

> Como a un natural de vosotros tendréis al extranjero que peregrinare entre vosotros; y ámalo como a ti mismo; porque peregrinos fuisteis en la tierra de Egipto: Yo Jehová vuestro Dios. (19[34])

Se ve en tales leyes el espíritu de las más hermosas secciones de Deuteronomio. La influencia de *D* aparece también en la exhortación final del Código de Santidad (cap. 26) que está modelada sobre la de *D*. Sin embargo aquí es tan aparente la fraseología de Ezequiel, que él mismo ha sido considerado algunas veces como el autor de este capítulo, y de hecho algunos lo han propuesto como el autor de todo el Código de Santidad. Esto ya nadie lo sostiene. Pero Ezequiel fué pariente espiritual del autor del Código de Santidad. Ambos trabajaron para la restauración futura, impulsados a ello por su invencible fe en Dios, quien aún salvaría a su pueblo. Después de describir las experiencias del destierro, al que ha sido llevado Israel por causa de su desobediencia a las leyes divinas, el Autor miró hacia el futuro:

> Y confesarán su iniquidad, y la iniquidad de sus padres, por su prevaricación con que prevaricaron contra mi: y también porque anduvieron conmigo en oposición. Yo también habré andado con ellos en contra, y los habré metido en la tierra de sus enemigos, y entonces se humillará su corazón incircuncio, y reconocerán su pecado; Y yo me acordaré de mi pacto con Jacob, y asimismo de mi pacto con Isaac, y también de mi pacto con Abraham me acordaré: y haré memoria de la tierra. Que la tierra estará desamparada de ellos, y holgará sus sábados, estando yerma a causa de ellis; mas entretanto se someterán al castigo de sus iniquidades: por cuanto menospreciaron mis derechos, y tuvo el alma de ellos fastidio de mis estatutos. Y aun con todo esto, estando ellos en tierra de sus enemigos, yo no los desecharé, ni los abominaré para consumirlos, invalidando mi pacto con ellos: porque yo Jehová soy su Dios. Antes me acordaré de ellos por mi pacto antiguo, cuando los saqué de la tierra de Egipto a los ojos de las gentes, para ser su Dios: Yo Jehová. (26[40-45])

Ezequiel y el autor del Código de Santidad estaban destinados a desempeñar un gran rol en el desarrollo legal de la religión, que culminó en el llamado Código Sacerdotal y en el reinado del legalismo.[5] Afortunadamente hubo durante el destierro y después profetas y poetas para quienes eran más importantes los otros aspectos de la religión.

Capítulo XIII

POETAS Y PROFETAS DEL DESTIERRO

Poco tiempo antes de la captura de Jerusalén, cuando el hambre estaba llevando al pueblo a la desesperación, el rey Sedecías y sus soldados intentaron huir de la ciudad durante la noche. Pero los caldeos les apresaron en los llanos de Jericó y Sedecías fué llevado cautivo a Nabucodonosor, al cuartel general de Ribla donde tuvo que presenciar la ejecución de sus hijos y de otros príncipes reales, después de lo cual él mismo fué privado de la vista y enviado a los calabozos de Babilonia por el resto de su vida. Uno de su destacamento que había estado con él aquella noche fatal era un poeta que llevó frescas en su mente las escenas del sitio y la huída y guardó profundamente en su corazón su tristeza, hasta que brotó en dos lamentaciones que se han conservado en el segundo y cuarto capítulo de nuestro Libro de Lamentaciones. Las terribles escenas del hambre, el lastimoso llorar de los niños por falta de alimento y bebida, el lívido aspecto de los rostros obscuros y marchitos por el sufrimiento, y el horror de las madres comiendo la carne de sus propios hijos, todo eso era inolvidable.

La lengua del niño de teta,
de sed se pegó a su paladar:
los chiquitos pidieron pan,
y no hubo quien se lo partiese.
Más dichosos fueron los muertos a cuchillo,
que los muertos del hambre;
porque estos murieron poco a poco
por falta de los frutos de la tierra.
Las manos de las mujeres piadosas
cocieron a sus hijos;
fuéronles comida
en el quebrantamiento de la hija de mi pueblo. (Lamentaciones 4[4, 9, 10])

La suerte de los sacerdotes y profetas, la ansiosa e infructuosa espera de socorro por parte de Egipto, y la huída con Sedecías estaban delante del poeta:

Ligeros fueron nuestros perseguidores,
más que las águilas del cielo:
sobre los montes nos persiguieron,
en el desierto nos pusieron emboscadas.
El resuello de nuestras narices,
el ungido de Jehová,
de quién habíamos dicho:
A su sombra tendremos vida entre las gentes:
fué preso en sus hoyos. (4[19, 20])

El capítulo cuarto termina con la grave predicción a Edom de què su castigo también vendrá muy pronto.

El capítulo segundo es muy similar y nos da vívidas y valiosas pinceladas del sitio de Jerusalén. Termina con la conmovedora súplica.

Mira, oh Jehová, y considera
a quién has hecho así.
¿Han de comer las mujeres su fruto,
los pequeñitos de sus crías?
¿Han de ser muertos en el santuario del Señor
el sacerdote y el profeta?
Niños y viejos yacían
por tierra en las calles;
mis vírgenes y mis mancebos
cayeron a cuchillo:
mataste en el día de tu furor,
degollaste, no perdonaste.
Has llamado, como a día de solemnidad,
mis temores de todas partes;
y en el día del furor de Jehová
no hubo quién escapase ni quedase vivo:
los que crié y mantuve
mi enemigo los acabó. (2[20-22])

El autor tomó el característico metro de lamentación con su primera línea más larga y la segunda más corta, para expresar la tristeza de su corazón. Hizo uso también de un acróstico alfabético, empezando cada estrofa con una nueva letra en el orden del alfabeto, y lo hizo tan bien que el lector olvida rápidamente ese aspecto artificial.

Fué probablemente otro sobreviviente de la gran catástrofe el que escribió, quizás un poco más tarde, en el destierro, una oración que es ahora el quinto capítulo del Libro de Lamentaciones. Puso los crueles sufrimientos del pueblo ante Jehová y le imploró misericordia y ayuda. No escribió en el metro de lamentación ni en la forma de acróstico, pero su poema tendría un valor especial si

pudiéramos estar seguros de que él pertenecía al pueblo que había sido dejado en el país. Pero esto es inseguro y sólo podemos suponer, con cierta probabilidad, que es el mismo autor que escribió los capítulos 2 y 4, aun cuando no usara el acróstico ni el metro de lamentación.

El escritor del cap. 1° los usó, pero su modo fué diferente del de los otros; estaba lleno de profunda contrición. Describió la lamentable condición de Sión después del 586 e hizo hablar a la infeliz sobre sí misma:

> ¿No os conmueve a cuántos pasáis por el camino?
> Mirad, y ved si hay dolor
> como mi dolor que me ha venido;
> porque Jehová me ha angustiado
> en el día de la ira de su furor. (1[12])

Sión sabe que su desazón se debe a sus pecados contra Jehová, que ha merecido sus castigos, pero ora para que sus enemigos también reciban pronto su merecido.

Las cuatro lamentaciones están ahora agrupadas alrededor del largo salmo acróstico del capítulo 3. Este está compuesto en metro de lamentación y el acróstico es acentuado, tanto que no sólo la primera sino todas las líneas de cada estrofa comienzan con la misma letra del alfabeto. La artificialidad de esto es aparente. El poema es menos vívido que los otros y parece estar más lejos de la catástrofe. Comienza con

> Yo soy el hombre que ha visto aflicción
> en la vara de su enojo.

y probablemente fué la causa de que muy temprano ya se atribuyera, lo que hoy es insostenible, el libro de Lamentaciones a Jeremías. El que coleccionó las lamentaciones en este libro no las atribuyó todavía a Jeremías; simplemente las llamó "Lamentaciones". Sin embargo, el prólogo del libro en la traducción griega, reza como sigue: "Y aconteció, que después que Israel fué llevado en cautividad y Jerusalén dejaba en ruinas, Jeremías se sentó a llorar, y se lamentaba con esta lamentación sobre Jerusalén, y decía". Las otras versiones siguieron la misma senda. Era muy natural que estos poemas fueran atribuídos a Jeremías, porque él fué el único autor

inspirado de aquella época cuyo nombre fué transmitido a la posteridad; los nombres de los verdaderos autores eran desconocidos.

Los sentimientos de muchos judíos en el destierro babilónico, su tristeza y nostalgia, su amor por Jerusalén y su odio por sus enemigos los babilonios y los desvergonzados edomitas que se habían deleitado con la caída de Judá, encontraron expresión en el Salmo 137, que nos atrae por la belleza y ternura de su comienzo y nos repugna por la salvaje crueldad de su conclusión

Junto a los ríos de Babilonia,
Allí nos sentábamos y aun llorábamos,
Acordándonos de Sión.
Sobre los sauces en medio de ella
Colgamos nuestras arpas.
Y los que allí nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos,
Y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo:
Cantadnos algunos de los himnos de Sión.

¿Cómo cantaremos canción de Jehová
En tierra de extraños?
Si me olvidare de ti, oh Jerusalén,
Mi diestra sea olvidada.
Mi lengua se pegue a mi paladar,
Si de ti no me acordare;
Si no ensalzare a Jerusalén
Como preferente asunto de mi alegría.

Acuérdate, oh Jehová, de los hijos de Edom
En el día de Jerusalén;
Quienes decían: Arrasadla, arrasadla
Hasta los cimientos.
Hija de Babilonia destruída,
Bienaventurado el que te diere el pago
De lo que tú nos hiciste.
Bienaventurado el que tomará y estrellará tus niños
Contra las piedras. (Salmo 137)

Nos estremecemos ante esta imprecación vengativa y nos volvemos con un sentimiento de alivio hacia aquellas oraciones exquisitamente bellas que se han conservado en Isaías 63^{7-16} 63^{17}-64^{12}. El autor escribió en la primera parte del destierro, más probablemente en Palestina, donde vió no sólo las ruinas de la ciudad y el templo sino también la increíble influencia de la ocupación caldea.

Por poco tiempo lo poseyó el pueblo de tu santidad;
nuestros enemigos han hollado tu santuario.
Hemos venido a ser como aquellos de quienes nunca te enseñoreaste,
sobre los cuales nunca fué llamado tu nombre. (Isaías $63^{18, 19}$)

El presente era desesperante. Así nuestro autor se volvió hacia la conducta de Jehová en el pasado a fin de revivir su esperanza en el futuro.

De las misericordias de Jehová haré memoria,
de las alabanzas de Jehová,
conforme a todo lo que Jehová nos ha dado,
y de la grandeza de su beneficencia hacia la casa de Israel. (63^{7a})

La buena época de los principios de la nación vino a su mente con todo el romance entretejido por la gratitud y el amor, cómo Jehová los había hecho suyos y colocado su confianza en ellos y cómo habían dicho,

Ciertamente mi pueblo son,
hijos que no mienten;
y fué su Salvador.
En toda angustia de ellos él fué angustiado,
y el ángel de su faz
los salvó:
en su amor y en su clemencia
los redimió,
y los trajo y los levantó
todos los días del siglo.
Mas ellos fueron rebeldes,
e hicieron enojar su espíritu Santo;
por lo cual se les volvió enemigo,
y él mismo peleó contra ellos. (63$^{8-10}$)[1]

Inconscientemente el poeta ha llegado aquí a un punto del cual no puede obtener inspiración alguna. Así rompe esta línea de pensamiento y decide una vez más recordar los días de Moisés y los maravillosos hechos de Dios en aquella edad de oro en el pasado de Israel. Esto enciende de nuevo su esperanza, y prorrumpe en la apasionada oración:

Mira desde el cielo, y contempla
desde la morada de tu santidad y de tu gloria:
¿Dónde está tu celo, y tu fortaleza,
la conmoción de tus entrañas y de tus miseraciones para conmigo?
¿Hanse estrechado?
Tú empero eres nuestro padre,
si bien Abram nos ignora,
e Israel no nos conoce:
tú, oh Jehová, eres nuestro padre;
nuestro Redentor perpetuo es tu nombre. (63$^{15, 16}$)

La segunda oración es en todo semejante; pero la conciencia de pecado aparece más fuertemente en el fondo del pensamiento del

poeta. Ve los efectos desanimadores y desmoralizadores de la terrible calamidad. La desesperación y la duda son hermanas gemelas, y la duda da lugar a la negación, y la negación a la indiferencia.

> ¿Por qué, o Jehová, nos has hecho errar de tus caminos,
> y endureciste nuestro corazón a tu temor? (63[17])

El pueblo no puede comprender los procederes de Dios, y el resultado es que aunque ha pasado poco tiempo desde que ocurrió este desastre han perdido su fe y sienten rotos sus vínculos con Jehová. ¡Oh, si Jehová viniera e interviniera como en los días de antaño! El poeta, consciente de los pecados del pueblo y de la justicia del castigo de Dios, clama:

> Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre:
> nosotros lodo, y tú el que nos formaste;
> así que obra de tus manos, todos nosotros.
> No te aires, oh Jehová, sobremanera,
> ni tengas perpetua memoria de la iniquidad:
> he aquí mira ahora, pueblo tuyo somos todos nosotros. (64[8, 9])

¡Una súplica contrita para obtener ayuda, no sin esperanza, pero llena de tristeza e incertidumbre!

Muy diferente es el tono del poema hermosamente animado que ahora está incorporado en el libro de Deuteronomio cap. 32. Se llama el canto de Moisés porque un editor deuteronómico lo atribuyó a Moisés y le dió su marco correspondiente. En realidad fué compuesto durante el destierro por un autor desconocido que vivió en Babilonia y que había llegado a estar bajo la influencia de Ezequiel; quizá fuera uno de sus amigos y discípulos. También él reflexionó sobre la historia de Israel, recordó el fiel amor y el cuidado de Jehová y el engreimiento y deslealtad de Israel que provocaron la ira de Jehová y su decisión de castigarlos severamente; en realidad el castigo no había llegado al extremo que pudo haber llegado.

> Dije: Echaríalos yo del mundo
> haría cesar de entre los hombres la memoria de ellos,
> si no temiese la ira del enemigo,
> no sea que se envanezcan sus adversarios,
> no sea que digan: Nuestra mano alta
> ha hecho todo esto, no Jehová. (Deut. 32[26, 27])

¡Esto suena muy semejante a Ezequiel! Jehová no aniquiló a su

pueblo por respeto a su propio nombre santo, y eso es lo que ahora le mueve a intervenir a su favor. Su propio pueblo "sabrá que yo soy Jehová", hubiera dicho Ezequiel, y las naciones también "sabran que yo soy Jehová". Nuestro poeta lo expresa diferentemente, con mucha fuerza poética.

Cuando yo alzaré a los cielos mi mano,
y diré: Vivo yo para siempre,
si afilare mi reluciente espada,
y mi mano arrebatare el juicio,
yo volveré la venganza a mis enemigos,
y daré el pago a los que me aborrecen.
Embriagaré de sangre mis saetas,
y mi espada devorará carne:
En la sangre de los muertos y de los cautivos,
de las cabezas, con venganzas de enemigos. (32[40-42])

El poema termina con un llamado a su pueblo para que se regocije entre los paganos, porque Jehová se vengará de sus enemigos y él mismo expiará los pecados de Israel. Ezequiel nunca predijo el desastre de los caldeos, pero su discípulo estaba seguro de que pronto les ocurriría. El vivió en la última parte del destierro. Las voces proféticas ya empezaban a ser oídas, anunciando la caída de Babilonia.

En el año 562 había muerto Nabucodonosor, y su hijo Evilmerodac había sacado de la prisión al rey Joaquín y le permitió vivir en la corte. Este fué el primer rayo de esperanza para los judíos. Pronto ocurrieron cosas más grandes. Ciro emprendió su brillante carrera. Al principio, rey del pequeño reino de Ansan, al estè del golfo Pérsico, llegó en breve a ser rey de Persia y Media, y en 547-546 atacó y derrotó a Creso de Lydia en una campaña. Nabunaid, o Nabonedo como lo llamaban los griegos, el último rey de Babilonia, era aliado de Creso. Entonces Ciro se volvió contra él. Los detalles de la guerra son desconocidos; las incripciones contemporáneas sólo nos dan una información completa sobre la etapa final. En el 539 Babilonia cayó en manos de los persas.

Al menos tres profetas contemplaban ansiosamente estos movimientos y unos años antes de la caída de Babilonia predijeron su fatal destino. El primero de ellos escribió los dos poemas de Isaías 13 y 14[4-21]. El primero de éstos es una profecía. Jehová ha excita-

do a los medos contra Babilonia, los está revistando para la batalla. Son sus agentes consagrados del Día de Jehová cuando castiga "al mundo por su maldad y al malvado por su iniquidad". Siguiendo el ejemplo de Sofonías, el profeta describió el terrible día, cuando el sol se obscurecerá en la mañana, la luna y las estrellas no brillarán, la tierra y los cielos se conmoverán "por la ira de Jehová de los ejércitos". Pero algunos escaparán. "Haré que sea un hombre más precioso que el oro fino".

> Cualquiera que fuere hallado, será alanceado;
> y cualquiera que a ellos se juntare, caerá a cuchillo.
> Sus niños serán estrellados delante de ellos;
> sus casas serán saqueadas, y forzadas sus mujeres. (Isa. $13^{15, 16}$)

Babilonia será demolida completamente, nunca será edificada otra vez. La horrible desolación y el fatal abandono de la ciudad antes gloriosa son descriptos gráficamente. El autor era un poeta de gran inspiración dramática.

En el segundo poema, su arte se eleva aun más. Entona un himno de odio, lleno de horrible belleza, describiendo el descenso al Sheol del rey de Babilonia. Por fin ha fenecido el opresor; está roto su cetro 'que gobernaba con ira a las naciones, con persecución desenfrenada. Toda la tierra descansa" y se regocija; aun los cedros del Líbano se alegran porque no serán más talados. La caída del tirano agita aun al Sheol.

> El infierno, allá abajo, se conmueve por tu causa,
> para recibirte a tu venida;
> despierta por ti a los espectros gigantescos,
> todos los grandes de la tierra;
> hace que se levanten de sus tronos
> todos los reyes de las naciones.
> Todos ellos responderán y te dirán:
> ¿Tú también has venido a ser débil como nosotros?
> ¿tú has sido hecho semejante a nosotros?
> ¡Ha descendido al sepulcro tu fausto,
> y el estruendo de tus violas;
> debajo de ti se extiende por cama tuya el gusano,
> y tus colchas son las lombrices!
>
> ¡Como caiste de los cielos,
> oh Lucero, hijo de la aurora!
> ¡has sido derribado por tierra,
> tú que abatiste las naciones!
> Y tú eres aquel que dijiste en tu corazón:

¡Al cielo subiré:
sobre las estrellas de Dios
ensalzaré mi trono.
y me sentaré en el Monte de Asamblea,
en los lados del Norte:
me remontaré sobre las alturas de las nubes;
seré semejante al Altísimo!
¡Pero ciertamente al infierno serás abatido,
a los lados del hoyo! (Isa. 14^{9-15} VM)

Todo contemplará al tirano muerto lleno de asombro, cuyo cuerpo no descansará en una tumba honorable sino que será arrojado y hollado.

Porque tú destruiste tu tierra,
mataste tu pueblo. (14^{20})

También sus hijos serán muertos "para que no se levanten y posean la tierra y cubran la faz del mundo con ciudades".

Estos dos poemas fueron reunidos más tarde por un redactor que pasó por alto una referencia a la restauración de Israel y el señorío de las naciones (14^{1-4a}). El también, probablemente, agregó dos versículos que se encuentran al fin, en los que se predice la ruina completa de Babilonia.

Estos poemas, magistrales en su dicción poética y llenos de dramatismo, no son de elevado valor religioso o moral, porque están llenos del espíritu feroz del odio triunfante. El poeta era un profeta nacionalista como Nahum, a cuya clase pertenece.

Totalmente diferente era el segundo profeta que predijo la caída de Babilonia. No fué un gran poeta, sino un verdadero vidente; vivió en Palestina, no en Babilonia; ni una palabra de odio o de triunfo sobre el enemigo caído salió de sus labios. En su tiempo parece haber alcanzado fama, porque vinieron a consultarle hasta de Edom. Sus oráculos se han preservado en Isaías 21^{1-15}. Al anochecer, ordinariamente su momento de refrigerio, tuvo una experiencia que le llenó de angustia y temor. Había visto una tormenta terrible, tal como suelen desencadenarse en el desierto del sur de Judá, y había oído las terribles palabras:

El prevaricador prevarica, y el destructor destruye.
Sube, Persa; cerca, Medo.
Todo su gemido hice cesar. (21^{2})

Rápidamente la visión cambió. Vió un banquete con todos los príncipes (babilonios) de fiesta. De pronto resonó el grito, "¡Levantaos, príncipes, ungid el escudo!" Esta visión había excitado terriblemente al profeta. No sabía su significado real. Si hubiera sido un gran profeta, no habría tenido ninguna duda. Ahora, muy semejantemente a Habacuc, estaba pronto para la respuesta de Dios. Notamos algo interesantísimo para la psicología de la profecía. El cayó en trance y colocó a su segundo yo como atalaya, ordenándole recordar lo que viera como para poder repetirlo después. Esto recuerda las órdenes que se dan a una persona antes de ser hipnotizada. También le fué sugerido lo que vería: "hombres montados, caballerías por pares, hombres montados en asnos, montados en camellos" (VM). Tuvo que esperar tanto que finalmente "clamó como león".

> Señor, sobre la atalaya, estoy yo,
> continuamente de día,
> y las noches enteras
> sobre mi guarda: (21[8])

Entonces vió repentinamente,

> He aquí que esto es lo que viene:
> hombres montados,
> caballerías por pares. (VM)

y oyó el mensaje,

> Cayó, cayó Babilonia;
> Y todos los ídolos de sus dioses
> Quebrantó en tierra. (21[9])

Luego se volvió hacia su pueblo que tanto tiempo había sido trillado y golpeado y les dió la palabra de consuelo de Jehová, ¡pero no agregó ni una palabra de regocijo, ni de manifiesta venganza!

Los edomitas oyeron hablar de este profeta y vinieron a pedirle su consejo. "¡Guarda! ¿qué de la noche?" ¿Cuánto tardará? ¿Cuál es la situación presente en esta crisis del mundo? ¿Esta lucha de los caldeos con los medos y persas significa para nosotros día o noche, libertad o meramente un cambio de señor? El atalaya no lo sabía. Ora era como la mañana, ora como la noche. Todo es aun incierto. Pero venid otra vez, les dice, quizás se pueda dar entonces una respuesta definida. Notamos con sorpresa la incertidum-

bre de este profeta, pero con agrado, la ausencia de todo rastro de odio hacia los edomitas, los enconados enemigos nacionales de Israel (Isa. $21^{11, 12}$).

Su sentimiento humano aparece también en su último oráculo, en el cual se muestra solícito por el bienestar de las caravanas de Arabia en su huída de la zona de guerra. El ataque de Ciro había comenzado. ¡Babilonia estaba condenada! (Isa. 21^{13-17}).

El tercero de estos profetas anónimos que predijeron su caída, fué el más grande de ellos; algunos lo consideran el más grande de todos los profetas del Antiguo Testamento. A él debe dedicársele un capítulo aparte.

Capítulo XIV

DEUTERO—ISAIAS

Nadie había seguido las maravillosas victorias de Ciro más ansiosamente que un joven judío, cuyo nombre es desconocido, pero que ahora es llamado generalmente el Segundo o Déutero-Isaías, porque su libro fué añadido al de Isaías. Su corazón comenzó a agitarse con una gran esperanza, que pronto se desarrolló en una firme convicción. Tenía un descernimiento profético e interpretaba los acontecimientos de la historia a la luz de la fundamental convicción profética de que Jehová era el supremo director de todos los movimientos de la historia. Jehová tenía que estar tras estos gloriosos triunfos de Ciro; sólo así era explicable la carrera del gran Persa. ¿Cuál era entonces el plan de Jehová? ¿Qué intentaba conseguir por medio de este maravilloso conquistador? El no podía dudar, lo sabía demasiado bien. Desde el 546 en adelante, proclamó a su pueblo la liberación y la restauración. Tenía un maravilloso lenguaje poético el que penetró en los tristes corazones de sus oyentes, sin darse ellos cuenta, ni bien empezó:

> Consolaos, consolaos, pueblo mío,
> dice vuestro Dios.
> Hablad al corazón de Jerusalén:
> decidle a voces
> que su tiempo es ya cumplido,
> que su pecado es perdonado;
> que doble ha recibido de la mano de Jehová
> por todos sus pecados. (Isa. 40[1, 2])

Oyó cómo los seres celestiales trabajaban en el desierto, preparando una calzada milagrosa para Jehová, porque él atravesaría el desierto sirio a la cabeza de su pueblo desterrado, trayéndole de vuelta a Jerusalén y Judá.

> Voz que clama en el desierto:
> Barred camino a Jehová:
> enderezad calzada en la soledad
> a nuestro Dios.

Todo valle sea alzado,
y bájese todo monte y collado;
y lo torcido se enderece,
y lo áspero se allane.
Y manifestaráse la gloria de Jehová,
y toda carne juntamente la verá. (40$^{3-5}$)

¡Cómo inspiró esta visión al profeta! Volvió a ella una y otra vez, y siempre era para él más maravillosa. Sus pensamientos volaban a Jerusalén y exhortaba a la ciudad a esperar la llegada de Jehová.

Súbete sobre un monte alto,
anunciadora de Sión;
levanta fuertemente tu voz,
anunciadora de Jerusalén;
levántala, no temas;
di a las ciudades de Judá:
¡Veis aquí el Dios vuestro!
He aquí que el Señor Jehová vendrá con fortaleza,
y su brazo se enseñoreará:
he aquí que su salario viene con él,
y su obra delante de su rostro.
Como pastor apacentará su rebaño;
en su brazo cogerá los corderos,
y en su seno los llevará;
pastoreará suavemente las paridas. (40$^{9-11}$)

Todo era tan cierto para nuestro profeta, que ya lo veía realizado. Sabía que Babilonia caería y entonó su endecha fúnebre. Ciro era el representante de Jehová que libertaría a los desterrados, los enviaría a su patria y ordenaría la reconstrucción de Jerusalén y las otras ciudades. ¡Qué alegre esperanza era ésta! Una y otra vez el poeta prorrumpió en cantos, por el gozo que este mensaje trajo a su alma. ¡Si pudiera infundir al pueblo esta fe! Pero muchos de ellos estaban demasiado desilusionados y habían dejado de esperar. En la gran civilización babilonia sentían constantemente el tremendo poder del imperio caldeo. Sus poderosos ejércitos, sus edificios gigantescos y su gran riqueza material habían desmenuzado la esperanza de sus corazones: Babilonia era demasiado fuerte, demasiado poderosa para ser vencida. Pero el profeta había oído una voz en la que resonaba el poder de la eternidad:

Voz que decía: Da voces.
Y yo respondí: ¿Qué tengo que decir a voces?
Toda carne es hierba,
y toda su gloria como flor del campo;

La hierba se seca, y la flor se cae;
porque el viento de Jehová sopló en ella:
ciertamente hierba es el pueblo.
Sécase la hierba, cáese la flor:
mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre. (40$^{6-8}$)

Todo poder humano es efímero "ciertamente hierba es el pueblo". Los imperios se desmenuzan y caen, pero la palabra de nuestro Dios es eterna: la caída de Babilonia y la liberación de los desterrados es segura:

Porque como desciende de los cielos la lluvia,
y la nieve,
y no vuelve allá,
sino que harta la tierra,
y la hace germinar y producir,
y da simiente al que siembra,
y pan al que come,
así será mi palabra
que sale de mi boca:
no volverá a mí vacía,
antes hará lo que yo quiera,
y será prosperada en aquello para que la envié. (55$^{10, 11}$)

Con palabras poderosas proclama el profeta la omnipotencia de Jehová. ¿Puede pensar el pueblo en las cosas realmente tremendas del mundo natural sin que surja la cuestión de quién puede hacerlas? ¿Pueden hacer las naciones algunas de ellas? ¡Comparadlas con Jehová y ved cuán insignificantes son: hombres mortales que perecen en un momento!

¿Quién midió las aguas con su puño,
y aderezó los cielos con su palmo,
y con tres dedos allegó el polvo de la tierra,
y pesó los montes con balanza,
y con peso los collados?
¿Quién enseñó al espíritu de Jehová,
o le aconsejó enseñándole?
¿A quién demandó consejo para ser avisado?
¿Quién le enseñó el camino del juicio,
o le enseñó ciencia
o le mostró la senda de la prudencia?
He aquí que las naciones son reputadas como la gota de un aceite,
y como el orín del peso;
he aquí que hace desaparecer las islas como polvo.
Como nada son todas las gentes delante de él;
y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que no es
y en su comparación serán estimadas en menos que nada, y que lo que
[no es...

¿A qué pues me haréis semejante,
o seré asimilado? dice el Santo.
Levantad en alto vuestros ojos,
y mirad quién crió estas cosas:

él saca por cuenta su ejército:
a todas llama por sus nombres;
ninguna faltará;
tal es la grandeza de su fuerza,
y su poder y virtud. (Isa 40[12-15, 17, 25, 26])

Nadie se puede comparar a Jehová. No hay ningún otro Dios además de él; sólo él es Dios. Déutero-Isaías fué el protagonista del monoteísmo. Con majestuosa imaginación emplazó a las naciones con sus ídolos ante el tribunal de Jehová: ¡que prueben allí su divinidad, que muestren su poder! ¿Predijeron alguna vez algo que iban a hacer? ¿y lo hicieron acaso? No pueden replicar, y la conclusión es obvia:

He aquí que vosotros sois de nada,
y vuestras obras de vanidad;
abominación el que os escogió. (41[24])

Déutero-Isaías ridiculizó el culto de las imágenes. Identificó a los dioses con sus ídolos y mostró la suprema locura de adorar un trozo de madera cubierto con plata y oro, y asegurada con clavos para que no se cayera. ¡En todo el mundo hay un solo Dios: Jehová! El solo ha demostrado ser Dios. Fué él quien llamó a Ciro y lo inició en su carrrea victoriosa. Porque ¿quién fué el que predijo sus victorias? ¡Ciertamente no fueron los ídolos, cuyos adoradores ha venido a vencer! Nadie sino Jehová, que ha dirigido la historia del mundo desde el principio y lo hará así hasta el fin, el eterno, omnipotente Dios, el creador y gobernador del mundo. Nunca se cansó el profeta de dar énfasis a esta convicción; estaba dominado e inspirado por ella. Se siente que era algo que para él tenía toda la fuerza de un descubrimiento original, aunque él pensaba que todo el mundo lo había sabido desde la infancia.

¿No sabéis? ¿no habéis oído?
¿nunca os lo han dicho desde el principio?
¿no habéis sido enseñados desde que la tierra se fundó. (40[21])

Fué el primero en exponer el monoteísmo, el primero en razonar acerca de la unidad de Dios. Cuán profundamente había entendido esta verdad, se ve especialmente en la respuesta a la objeción contra el empleo que hizo Jehová del extranjero Ciro como su "ungido", su Mesías.

¡Ay del que pleitea con su Hacedor!
¡el tiesto con los tiestos de la tierra!
¿Dirá el barro al que lo labra:
Qué haces; o tu obra:
No tiene manos?
¡Ay del que dice al padre: ¿Por qué engendraste?
y a la mujer: ¿Por qué pariste?
Así dice Jehová,
el Santo de Israel, y su Formador:
Preguntadme de las cosas por venir;
mandadme acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos.
Yo hice la tierra,
crié sobre ella al hombre.
Yo, mis manos, extendieron los cielos,
y a todo su ejército mandé.
Yo lo desperté en justicia,
y enderezaré todos sus caminos;
él edificará mi ciudad,
y soltará mis cautivos,
no por precio ni por dones,
dice Jehová de los ejércitos. (45$^{9-13}$)

Jehová usa como su instrumento a quien quiere. La criatura no tiene ningún derecho a dar órdenes al creador; Jehová es absolutamente soberano; él creó el mundo y lo ordena de acuerdo a su plan; él ha elegido a Ciro como su instrumento, y Ciro realizará sus planes.

La unidad de Dios fué el único polo de la enseñanza sobre Dios de Déutero-Isaías. La otra enseñanza, sobre la cual hizo énfasis en igual forma, fué la relación especial de Israel con él. Habló de Jehová y su amor por su pueblo, con palabras gratas, bondadosas y cariñosas. Algunos de los pasajes más encantadores están dedicados a ello. Inmediatamente después proseguía su poderosa exposición de la omnipotencia de Jehová.

¿Por qué dices, oh Jacob,
y hablas tú, Israel:
Mi camino es escondido de Jehová,
y de mi Dios pasó mi juicio?
¿No has sabido,
no has oído
que el Dios del siglo es Jehová,
el cual crió los términos de la tierra?
No se trabaja, ni se fatiga con cansancio,
y su entendimiento no hay quien lo alcance.
El da esfuerzo al cansado,
y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas.
Los mancebos se fatigan y se cansan,
los mozos flaquean y caen:

Mas los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas;
levantarán las alas como águilas;
correrán y no se cansarán;
caminarán, y no se fatigarán. (40$^{27-31}$)

El poder de la esperanza religiosa ha sido rara vez expresado más bellamente. La propia experiencia del profeta, su propio optimismo y entusiasmo resplandecen a través de ellos. Su misión era confortar, y verdaderamente confortó. Con ternura exquisita respondió a la queja de la Madre Sión, porque conocía muy bien su duda y el tedio que trae el corazón:

Mas Sión dijo: Dejóme Jehová,
y el Señor se olvidó de mi.
¿Olvidaráse la mujer de lo que parió,
para dejar de compadecerse del hijo de su vientre!
Aunque se olviden ellas,
yo no me olvidaré de ti. (49$^{14, 15}$)

El sentimiento y la fuerza de estas líneas no tienen parangón. La madre Sión que ha sido privada de sus hijos, los tendrá otra vez repentinamente, y muchos más de los que tenía antes, cuando retornen los desterrados (49$^{16-21}$). Compárese por lo menos otro de estos exquisitos poemas, 51^{17} y sigs. o 54$^{4-8}$. En el último, Israel es la esposa de Jehová, ahora abandonada y afligida en espíritu, pero realmente una esposa de la juventud, a quién ha amado con toda la pasión de su primer amor, y a quien no abandonará nunca más.

Por un pequeño momento te dejé;
mas te recogeré con grandes misericordias.
Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento;
mas con misericordia eterna tendré compasión de ti,
dijo tu Redentor Jehová. (54$^{7, 8}$)

El punto sobre el que se hace énfasis en todos estos pasajes es el amor de Jehová por Israel, su especial relación con él, que nunca puede olvidar, porque él es peculiarmente suyo.

Las dos ideas de Jehová, el Dios de todo el mundo y el Dios de Israel, pueden excluirse una a otra, si cualquiera de ellas es acentuada demasiado. Su relación mutua constituyó un verdadero problema. Si hay un solo Dios, que gobierna el mundo y maneja los asuntos de las naciones, debe ser el Dios de todo y estar interesado en todo. ¿Pero podía desecharse la larga conexión histórica entre

Jehová e Israel? No; Déutero-Isaías encontró la reconciliación entre las dos ideas en la creencia de que Jehová había elegido a Israel como su siervo a fin de que por su intermedio pudiese entrar en las naciones el conocimiento del único Dios y la verdadera religión. El propósito de Dios es la salvación del mundo; la restauración de Israel es sólo el medio para este fin. Ciro es el instrumento ungido que prepara las condiciones que harán posible el establecimiento de la verdadera religión universal de Jehová. Por eso le es dado vencer a las naciones que son adherentes de falsas religiones y restaurar a Israel, poseedor de la verdadera religión. El mismo Ciro llegará a conocer y adorar a Jehová como el único Dios verdadero, y por medio de él lo harán las naciones, porque Jehová lo ha ceñido:

> Para que se sepa desde el nacimiento del sol,
> y desde donde se pone,
> que no hay más que yo;
> yo Jehová, y ninguno más que yo. (45[6])

La caída de Babilonia y la liberación de Israel con que culminan las victorias de Ciro, junto con la espectacular marcha de los desterrados hacia el hogar patrio, atraerán la atención de todo el mundo, "y toda carne lo verá juntamente". Jehová llamará a "los escapados de las naciones", les preguntará si todo esto no es prueba de su sola deidad, los invitará a todos:

> Mirad a mí, sed salvos,
> todos los términos de la tierra:
> porque yo soy Dios, y no hay más.
> Por mí hice juramento,
> de mi boca salió palabra en justicia,
> y no será revocada:
> Que a mí se doblará toda rodilla,
> jurará toda lengua. (45[22, 23])

¡Un Dios universal y una religión universal son la corona de la historia, la meta del mundo! El cielo y la tierra pueden perecer; y sobre este mundo perecedero hay una realidad eterna, la salvación de la verdadera religión.

> Estad atentos a mí, pueblo mío,
> y oidme nación mía:
> porque de mí saldrá la ley,
> y mi juicio descubriré para luz de pueblos.

Cercana está mi justicia,
  salido ha mi salud,
  y mis brazos juzgarán a los pueblos;
a mí esperarán las islas,
  y en mi brazo pondrán su esperanza.
Alzad a los cielos vuestros ojos,
  y mirad abajo a la tierra:
porque los cielos serán deshechos como humo,
y la tierra se envejecerá como ropa de vestir,
  y de la misma manera perecerán sus moradores:
mas mi salud será para siempre,
  mi justicia no perecerá. (51$^{4-6}$)

Ningún profeta ha expresado nunca tan claramente la suma de la religión de Israel. Es verdad que Déutero-Isaías pone a veces un énfasis indebido sobre la gloria de Israel, aunque realmente ésta era sólo incidental al logro de la gloria más alta de la religión universal. Es verdad que él hizo depender la comunión con Jehová de que el individuo llegara a ser miembro de Israel (44^{5}), que predijo que el rey davídico sería "un príncipe y jefe de los pueblos" (55$^{3-5}$), y que los egipcios, etíopes y sabeos irían en cadenas a Israel, caerían en tierra y suplicarían:

Cierto, en ti está Dios,
  y no hay otro fuera de Dios.
Verdaderamente tú eres Dios que te encubres,
  Dios de Israel, que salvas. (45$^{14b, 15}$)

Es verdad que dijo que Jehová daría a las naciones como rescate por Israel (43$^{3, 4}$), que Israel trillaría los pueblos y los desmenuzaría (41$^{15, 16}$), que los reyes y las reinas asistirían a los desterrados que regresaban y que en abyecta humillación:

El rostro inclinado a tierra te adorarán,
  y lamerán el polvo de tus pies. (49^{23b})

Pero todo esto está tan enteramente en desacuerdo con sus profecías de la religión universal, que parece increíble que Déutero-Isaías lo haya escrito. Sin embargo, no es imposible que aún él fuera llevado a apelar al orgullo de Israel, por su deseo de inspirarles nuevas esperanzas, en aquellos tiempos en que la verdad más elevada no encontraba respuesta. Desearíamos que no hubiese cedido a la tentación, o que a lo menos no hubiese puesto estas palabras en boca de Jehová. El estimuló con eso, involuntariamente, la arrogancia

nacional y religiosa de las generaciones posteriores, y así les hizo fácil olvidar las verdades realmente grandes que proclamó.

Pero ello no puede empañar la gloria de su mensaje esencial, tan grande que aún nos conmueve, especialmente cuando leemos aquellos cuatro poemas en los que llevó a cabo su propia contribución original con singular belleza y magnanimidad, los llamados "Poemas del Siervo de Jehová" (Isa. 42^{1-4} 49^{1-6} 50^{4-9} 52^{13}-53^{12}) y de los que aún no hemos hablado. Aquí se da una profunda interpretación del sufrimiento de Israel a la luz de su misión. El problema del sufrimiento del inocente se resuelve fijando la atención sobre su propósito, no sobre su causa. Israel es el siervo de Jehová, ahora despreciado y vencido, sin existencia nacional, lejos de su tierra, en el destierro. Pero todavía es el siervo de Jehová, por el cual tiene que ser establecida la verdadera religión en todo el mundo. Parece imposible. Toda su obra en el destierro tiene que ser vana, no significa sino sufrimiento y vergüenza. ¡Pero no, este mismo sufrimiento es parte del plan de Jehová! Por medio de este sufrimiento será cumplido el propósito que para el mundo tiene Jehová. Porque él está por restaurar a Israel a una gloria tan maravillosa que las naciones y reyes del mundo quedarán asombrados y llegarán a una verdadera comprensión del sufrimiento de Israel. Jehová mismo los visita:

He aquí que mi siervo será prosperado,
será engrandecido y ensalzado, y será muy sublimado.
Como se pasmaron de ti muchos,
en tanta manera fué desfigurado de los hombres su parecer,
y su hermosura más que la de los hijos de los hombres.
Empero él rociará muchas gentes:
los reyes cerrarán sobre él sus bocas;
porque verán lo que nunca les fué contado,
y entenderán lo que jamás habían oído. (52^{13-15})

Los mismos gentiles hablan ahora:

¿Quién ha creído a nuestro anuncio?
¿y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?
Y subirá cual renuevo delante de él,
y como raíz de tierra seca:
no hay parecer en él, ni hermosuras:
verlo hemos, mas sin atractivo para que le deseemos.
Despreciado y desechado entre los hombres,
varón de dolores, experimentado en quebranto:
y como que escondimos de él el rostro,
fué menospreciado y no lo estimamos. (53^{1-3})

Esta había sido su explicación natural del sufrimiento y el amargo sino de Israel. Pero ahora, a la luz de su gloriosa restauración, ellos ven el verdadero significado de su sufrimiento: Israel había sufrido por ellos. Dolorosamente confiesan:

Ciertamente llevó él nuestras enfermedades,
y sufrió nuestros dolores,
y nosotros le tuvimos por azotado,
por herido de Dios y abatido,
Mas él herido fué por nuestras rebeliones,
molido por nuestros pecados:
el castigo de nuestra paz sobre él;
y por su llaga fuimos nosotros curados.
Todos nosotros nos descarriamos como ovejas,
cada cual se apartó por su camino:
mas Jehová cargó en él
el pecado de todos nosotros. (53$^{4-6}$)

En esta confesión del sufrimiento vicario de Israel por ellos, los gentiles se apropian interiormente de su fruto. El profeta está de acuerdo con ellos y ahora trata de la paciencia del siervo en toda su aflicción.

Angustiado él, y afligido,
no abrió su boca:
como cordero fué llevado al matadero:
y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció,
y no abrió su boca.
De la cárcel y del juicio fué quitado;
y su generación ¿quién la contará?
Porque cortado fué de la tierra de los vivientes;
por la rebelión de mi pueblo fué herido.
Y dispúsose con los impios su sepultura,
mas con los ricos fué en su muerte;
porque nunca hizo él maldad,
ni hubo engaño en su boca. (53$^{7-9}$)

Pero este sufrimiento inocente estaba de acuerdo con el plan de Jehová, que el profeta pasa a revelar. Sin él, la luz de la verdadera religión no habría llegado nunca a los gentiles.

Con todo eso Jehová quiso quebrantarlo,
sujetándolo a padecimiento.
Cuando hubiere puesto su vida en expiación por el pecado,
verá linaje, vivirá largos días,
y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada.
Del trabajo de su alma verá y será saciado;
con su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos,
y él llevará las iniquidades de ellos. (53$^{10, 11}$)

El mismo Jehová recoge la última palabra "vindicación", y ofrece a su siervo la corona del triunfo.

Por tanto yo le daré parte con los grandes,
y con los fuertes repartirá despojos;
por cuanto derramó su vida hasta la muerte,
y fué contado con los perversos,
habiendo él llevado el pecado de muchos,
y orado por los transgresores. (53[12])[1]

La glorificación de Israel no es un fin en sí, sino un medio para llegar al fin. Es incidental a algo aún más grande, aún más maravilloso: la conversión de todo el mundo al único Dios: Jehová. El anunciar esto clara e inequívocamente, fué una de las cosas más grandes que Déutero-Isaías pudo hacer.

Ahora pues, dice Jehová,
el que no formó desde el vientre por su siervo,
para que convierta a él a Jacob.
Bien que Israel no se juntará,
con todo, estimado seré en los ojos de Jehová,
y el Dios mío será mi fortaleza.
Y dijo: Poco es que tú me seas siervo
para levantar las tribus de Jacob,
y para que restaures los asolamientos de Israel:
también te dí por luz de las gentes,
para que seas mi salud
hasta lo postrero de la tierra. (49[5, 6])

La misión del siervo es mediar por la salvación universal. Sostenido por Jehová y capacitado por su espíritu, emprenderá la parte activa de su obra. A medida que va llevando la verdadera religión a los gentiles, los corazones de los pueblos salen a encontrarlo, ellos saben que tienen el verdadero conocimiento de Dios, único que satisfará sus más profundas ansiedades. Jehová no es el único que anhela, ellos también suspiran por él.

He aquí mi siervo, yo le sostendré;
mi escogido, en quien mi alma toma contentamiento:
he puesto sobre él mi espíritu,
dará juicio a las gentes.
No clamará, ni alzará,
ni hará oír su voz en las plazas.
No quebrará la caña cascada,
ni apagará el pábilo que humeare:
sacará el juicio a verdad.
No se cansará, ni desmayará,
hasta que ponga en la tierra juicio;
y las islas esperarán su ley. (42[1-4])

La justicia es aquí equivalente a la verdadera religión moral; su establecimiento universal es la meta divinamente señalada de la historia del mundo. Israel, como siervo misionero y profeta de Dios, es comisionado para ganar a todas las naciones para este fin.

Déutero-Isaías presentó aquí el ideal que tenía para su pueblo. Sabía que la realidad era totalmente diferente, Israel era "un pueblo robado y saqueado, entrampado en hoyos, y escondido en cárceles", un siervo "ciego y sordo" (42^{18-22}). Ellos no habían aceptado estos sufrimientos con paciencia y de buena gana. El profeta los había idealizado en sus poemas. Deseaba elevarlos, levantando ante ellos este alto ideal de su misión mundial. Sabía cuán maravilloso era su mensaje, y también que el pueblo podía no creerlo.

> Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos,
> ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová.
> Como son más altos los cielos que la tierra,
> así son mis caminos más altos que vuestros caminos,
> y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. ($55^{8, 9}$)

La maravilla de ello llenó al profeta de tal gozo que, algunas veces tiene que prorrumpir en un canto, y a través de todo su libro hay explosiones líricas semejantes a esta:

> Cantad a Jehová un nuevo cántico,
> su alabanza desde el fin de la tierra; etc. (42^{10-12})

Fué el más entusiasta de los profetas. Tenía verdades maravillosas para proclamar, pero nunca intentó convencer a los hombres sólo por la fuerza de su lógica; se colocaba él mismo sobre el nivel más elevado y por el poder contagioso de su entusiasmo y de su propia creencia profunda, trataba de inspirarles nueva esperanza y coraje, nueva lealtad y confianza. ¡Qué bien conocía el corazón humano! ¡Cómo tocaba cada cuerda con la música de sus palabras! Arrebataba al pueblo con su propio entusiasmo para ver su visión y esperar con él. Tenía pasajes de exquisita belleza, semejantes a la más tierna caricia de una madre, confortaba como rara vez haya confortado un hombre, porque él fué uno de los más grandes confortadores de la raza. Ningún predicador podría superarlo en el poder con-

movedor de su súplica, "a todos los sedientos: Venid a las aguas..." (55^{1-3}); ningún santo pudo sobrepasarlo en su certidumbre:

> Porque los montes se moverán,
> y los collados temblarán;
> mas no se apartará de ti mi misericordia,
> ni el pacto de mi paz vacilará,
> dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti. (54^{10})

Déutero-Isaías escribió solamente en poesía. Esta es la razón por la cual no consideramos el pasaje de 44^{9-20}, en el que la locura de la idolatría es ridiculizada con ironía mordaz, como proveniente de él, porque está completamente en prosa.[2] Algunos creen que los Poemas del Siervo de Jehová, tampoco fueron compuestos por él, no porque no estuviesen escritos en poesía, pues lo estaban, sino porque no están relacionados a su contexto y difieren en sus ideas de Déutero-Isaías. Pero hemos visto que la última de estas razones es incierta, y la primera no es un argumento serio, porque Isaías 40-55, no es un poema solo, sino una colección de poemas, y no hay razón para esperar una relación estrecha entre ellos y los pasajes siguientes. De hecho, el libro se entiende mejor y su atractivo literario se acrecienta, si se separan los poemas y se leen y aprecian por separado. De otra forma el mismo Déutero-Isaías puede llegar a ser monótono, aunque su lenguaje rítmico sea melodioso al oído. Es una dulzura excelsa cuando conforta, subyugante cuando describe la omnipotencia de Dios, claro y eficaz cuando razona, dominante cuando expone su esperanza o llama al arrepentimiento; siempre bello, nunca insulso ni vulgar. Su estilo es tan hermosamente elaborado y tan claramente señalado que nunca puede ser olvidado una vez que han sido percibidas sus peculiaridades. Muchos poetas y profetas posteriores muestran la influencia que sobre ellos tuvo su estilo. Pero sus pensamientos más hermosos y profundos fueron entendidos por unos pocos, hasta que vino el que abarcó el ideal del Siervo de Jehová en sí mismo: Jesús de Nazaret. Por esta razón y porque es tan evangélico, resulta tan querido para los cristianos el Libro de Déutero-Isaías. Todavía nos deleitamos en llamarlo el Evangelista del Antiguo Testamento, aunque nunca habló de Cristo.[3]

Quizás la infatigable insistencia de Déutero-Isaías o quizás un

discernimiento creciente de la situación política, levantó otros profetas que predicaron también la caída de Babilonia. Una antología completa de tales profecías está reunida en Jeremías 50^{2}-51^{52}. La colección fué hecha en una época posterior, pero el fondo histórico de cada uno de los oráculos es el de los años finales del destierro en Babilonia.

Capítulo XV

HISTORIADORES DEUTERONOMISTICOS

Los profetas habían estado profundamente interesados en la historia, porque para ellos Dios era el sentido de toda la historia y la meta hacia la que ésta se dirigía. Ellos lo veían actuar detrás de todos los acontecimientos, tejiendo en el telar del tiempo. Su voluntad lo dirigía todo y estaba destinada a cumplirse con todos los terrores de la retribución. Así la historia llegó a ser más significativa que nunca, porque en ella se manifestaba la obra de Dios. Los profetas la veían desde un punto de vista más amplio, porque Dios obraba en todas partes. El usaba los sirios y los asirios, los escitas y los babilonios como instrumentos suyos a fin de establecer la justicia en el mundo. Los insignificantes límites nacionales fueron desechados, y por último surgió un profeta que reveló el propósito divino para todas las naciones del mundo. Esta convicción de la victoria de la justicia no era para los profetas resultado del estudio histórico sino de su propia experiencia interior. No la derivaban de la historia, pero hallaban que ésta la confirmaba.

El autor de Deuteronomio y los hombres que llevaron a cabo la reforma de Josías eran discípulos de los grandes profetas y estaban profundamente interesados en la historia. La caída del reino del norte en el 722 y la terrible catástrofe de Judá en el 701, seguida por el castigo de Asiria y la salvación de Jerusalén, eran demostraciones elocuentes de la enseñanza profética de que la apostasía de Jehová traía la ruina nacional y que la lealtad a él era la única forma de conseguir la salvación nacional. Para uno de los deuteronomistas, toda la historia de Judá e Israel corroboraba las grandes lecciones de esta reforma, y ya en el 600 a. de J. C., o, con más probabilidad aún, antes de la muerte de Josías en el 608, escribió la historia de Israel y Judá desde la construcción del templo hasta la reforma por la cual llegó a ser el único santuario legítimo

de Israel, pues su corazón estaba lleno de la esperanza de que su pueblo aprendería de esta historia que solamente la sumisión a Jehová de todo corazón y el culto exclusivo en Jerusalén asegurarían la salvación y la estabilidad nacional, mientras que la apostasía de Jehová y el culto en los santuarios locales traerían la ruina de Judá tan inevitablemente como lo habían hecho con Israel. Su obra está contenida en los Libros de los Reyes, desde 1° Reyes 1 hasta 2° Reyes 23^{25a}, y está dividida naturalmente en tres grandes secciones: (1) la historia de Salomón (1° Rey. 1-11); (2) el reino dividido de Israel y Judá hasta la caída de Israel (1° Rey. 12 hasta 2° Rey. 18^{12}); (3) la historia de Judá sólo hasta Josías (2° Rey. 18^{13}-23^{25a}). Toda la historia era presentada aquí desde el punto de vista deuteronómico. Cada rey era examinado por la norma de lealtad exclusiva a Jehová y de adoración en el único santuario legítimo, el de Jerusalén. La historia de tres siglos era contemplada a la luz de un gran principio religioso. Esto permitió disponer todo el material en forma muy hábil, presentando una filosofía de la historia de este período particular. Pero esto no debe exagerarse. Nuestro autor no estaba interesado en la historia por sí misma, sino solamente en cuanto le proporcionaba material ilustrativo. El era un maestro de religión que usaba la historia como lección objetiva; pues ella enseñaba en forma convincente las grandes verdades en que estaba interesado. Si juzgamos su obra desde el lado de la historiografía, nuestra admiración disminuye grandemente, porque entonces podemos ver en ella no un avance sino más bien una catástrofe, puesto que fué el comienzo de aquel desarrollo que subordinó la historia a la religión y llevó a construcciones históricas con las que se buscaba que los hechos sustentaran el dogma.

Nuestro escritor usó sus fuentes con discreción. Se refiere al Libro de los Hechos de Salomón y al de las Crónicas de los Reyes de Israel y de Judá como fuentes para el estudio más amplio de los varios reyes. Utilizó también los Anales del Templo; los ciclos de relatos agrupados alrededor de Elías, Elíseo y Acab-Joram-Jehú, y tal vez una biografía de Isaías. Es probable que los Libros de los Hechos de los Reyes de Israel y de Judá respectivamente, a los cuales se refirió tan a menudo, no fueran los mismos anales reales, sino

dos obras literarias de historiadores anteriores que habían usado los anales oficiales como base de una obra histórica más amplia. Estas eran familiares y accesibles para nuestro escritor tanto como para sus lectores. El mismo había tomado de ellas el material histórico basado en los mismos anales oficiales. No pudiendo usarlo todo, hizo sus selecciones y las dispuso según su propósito. Esto explica por qué muchas cosas de mayor importancia histórica fueron omitidas; p. ej., no tuvo casi nada que decir acerca de grandes reyes como Omri y Jeroboam II. Debemos tener presente que era judeo y por lo tanto estaba especialmente interesado en Judá. Pero siendo que por sobre todo era un maestro profético, y como tal estaba profundamente impresionado por los relatos del norte, de Elías, Eliseo y Acab-Joram-Jehú, incorporó una gran parte de ellos. Si no lo hubiera hecho así, nuestro conocimiento sería verdaderamente escaso. Ahora bien, no se puede asegurar que en su uso de las fuentes, cambiara deliberadamente los hechos a fin de conformarlos a su dogma, aun cuando comprendió e interpretó toda la historia a la luz del mismo. Pero, seleccionando su material, omitiendo lo inútil o no tratable, arreglando hábilmente lo adecuado, y presentándolo según su propio punto de vista, realizó una construcción histórica diferente de la realidad histórica misma. Sin embargo, mucho de lo que contradecía su propio punto de vista, encontró afortunadamente cabida, porque él extractó literalmente sus antiguas fuentes, las proveyó de introducciones y conclusiones propias y frecuentemente añadió observaciones en su característico estilo deuteronomístico, pero no cambió los extractos mismos. En un sentido, esto muestra que no fué un maestro de historiografía; de otro modo, habría redactado toda la historia con sus propias palabras y así su obra hubiera sido un todo orgánico. Nos alegramos de que escribiera como lo hizo, por cuanto esto nos habilita para desunir su propio material del de sus fuentes y así recobrar la presentación más histórica y original de los libros más antiguos, que de otro modo se habrían perdido completamente.

Para la primera parte de su libro, la historia de Salomón (1° Rey. 1-11), nuestro autor usó además el famoso relato de David (1° Rey. 1 y 2) el Libro de los Hechos de Salomón, al que se re-

fiere definidamente en su conclusión, y más probablemente los Anales Reales y del Templo, aunque no los menciona por nombre. Agrupó toda la historia alrededor de la construcción y dedicación del templo. Ese era para él el centro natural. Antes y después de ello, puso los relatos que celebran la sabiduría, poder y riqueza de Salomón. Dondequiera fuese adecuado, insertó sus observaciones religiosas, p. ej., al principio:

> Hasta entonces el pueblo sacrificaba en los altos; porque no había casa edificada al nombre de Jehová hasta aquellos tiempos. Mas Salomón amó a Jehová, andando en los estatutos de su padre David: solamente sacrificaba y quemaba perfumes en los altos. (1º Rey. $3^{2, 3}$)

Se intenta aquí una leve censura, porque Salomón ofreció también en Jerusalén "delante del arca del pacto de Jehová", como nos informa el escritor (3^{15}), ¿por qué no siempre y exclusivamente allí entonces? El relato de la dedicación del templo ofreció al autor una hermosa oportunidad para la expansión. Añadió un discurso de Salomón al pueblo y una oración de dedicación extraordinariamente bella, llena del lenguaje ardiente y atractivo y del pensamiento característico de Deuteronomio ($8^{14-43, 52-66}$). En su primer relato de Salomón, que refería la petición de sabiduría del rey, en Gabaón y la respuesta de Dios, el autor añadió la condición:

> Y si anduvieres en mis caminos, guardando mis estatutos y mis mandamientos, como anduvo David tu padre, yo alargaré tus días. (3^{14})

Ya había puesto esta condición en boca del agonizante David cuando dió a Salomón su último encargo (2^{1-12}). Y ahora suena como un murmullo a través del relato del esplendor y la gloria de Salomón.[1] ¡No era todo gloria! Cómo podía serlo? Si Salomón no había cumplido la condición. Nuestro autor encontró las noticias de las rebeliones de Hadad de Edom, Rezón de Damasco y Jeroboam de Efraím en sus fuentes. Evidentemente, si Salomón hubiera obedecido a Dios de todo corazón, ellas no hubieran sucedido, pues los desastres fueron siempre, según la enseñanza de Deuteronomio, el resultado del pecado. Además, inmediatamente después de la muerte de Salomón, su reino fué separado en dos. ¿Cuál fué la razón de esta catástrofe? Nuestro autor había leído en sus fuentes:

Empero el rey Salomón amó, a más de la hija de Faraón, muchas mujeres extranjeras. Y tuvo setecientas mujeres reinas, y trescientas concubinas. Entonces edificó Salomón un alto a Cemos, abominación de Moab, en el monte que está enfrente de Jerusalén; y a Moloc, abominación de los hijos de Ammón. (11[1a, 3a, 7])

Esto le dió la clave. Mediante una amplia elaboración demostró su modo:

Y ya que Salomón era viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos; y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de su padre David.

E hizo Salomón lo malo en los ojos de Jehová, y no fué cumplidamente tras Jehová como David su padre.

Y enojóse Jehová contra Salomón, por cuanto estaba su corazón desviado de Jehová Dios de Israel, que le había aparecido dos veces, y le había mandado acerca de esto, que no siguiese dioses ajenos: mas él no guardó lo que le mandó Jehová. Y dijo Jehová a Salomón: Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé el reino de ti, y lo entregaré a tu siervo. Empero no lo haré en tus días, por amor de David tu padre: romperélo de la mano de tu hijo. Sin embargo, no romperé todo el reino, sino que daré una tribu a tu hijo, por amor de David mi siervo, y por amor de Jerusalén que yo he elegido. (11[4, 6, 9-13])

Entonces son relatadas las rebeliones de Hadad, Rezón y Jeroboam y se crea la impresión de que fueron enviadas como un castigo a la apostasía de Salomón en su vejez, aunque realmente pertenecieron a los principios de su reinado como lo muestran los mismos extractos de las fuentes (véase 11[21, 25, 27]). Esto es una ilustración de cómo la historia puede ser desfigurada en interés de una teoría sin modificar los hechos, simplemente disponiéndolos en otra forma y considerándolos desde un punto de vista doctrinal. En el relato de los comienzos de la rebelión de Jeroboam, el autor explicó la predicción del profeta Ahías en su manera característica, suministrando la causa de la división del reino e insertando, como en el caso de Salomón, la condición para el éxito permanente de Jeroboam (11[32-39]), llenando en esa forma la mente del lector con una mezcla de esperanza y temor, y preparándole para lo peor.

La segunda parte contiene la historia de Israel y de Judá (1° Rey. 12 — 2° Rey. 17). El orden es cronológico, pero con esta restricción, de que el autor narraba toda la historia del reinado de

cada rey por separado, y hasta no llegar al fin no comenzaba la historia del rey o reyes que mientras tanto habían ascendido al trono en el otro reino. Esto a veces entorpece el relato; p. ej., siendo que Acab de Israel subió al trono antes que Josafat de Judá, toda la historia de Acab, en parte de la cual Josafat fué una figura importante, se relata antes de que se mencione la ascensión al trono de Josafat, de la cual se informa después de terminada la historia de Acab. Las historias de los dos reinos están así entrelazadas.

A fin de abarcar en conjunto toda la historia era necesario un bosquejo cronológico. El autor obtuvo de los Anales Reales la información cronológica respecto a la duración de los reinados y los varios años en que habían ocurrido ciertas cosas importantes. Pero para el total no había aún ninguna era.[2] Así nuestro autor relacionó las historias de los dos reinos por sincronismos, indicando en qué año del rey reinante de un reino llegaba al trono un rey en el otro reino. Los años de los reinados los obtenía de las fuentes oficiales y son por lo tanto dignos de confianza,[3] los sincronismos, sin embargo, eran obra suya y no siempre son correctos.

Al principio del reinado de cada rey, el autor hace una introducción que contiene la fecha de su ascensión, su duración y un juicio comprensivo del rey; en el caso de los reyes de Judá, se da también la edad del rey al tiempo de su ascensión al trono y a menudo el nombre de su madre. Tómese como ejemplo en cuanto a los reyes judíos, a Abiam:

> En el año dieciocho del rey Jeroboam hijo de Nabat, Abiam comenzó a reinar sobre Judá. Reinó tres años en Jerusalén. El nombre de su madre fué Maaca hija de Abisalom. Y anduvo en todos los pecados de su padre, que había éste hecho antes de él; y no fué su corazón perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de David su padre. Mas por amor de David, dióle Jehová su Dios, lámpara en Jerusalén, levantándole a su hijo después de él, y sosteniendo a Jerusalén: Por cuanto David había hecho lo recto ante los ojos de Jehová, y de ninguna cosa que le mandase se había apartado en todos los días de su vida, excepto el negocio de Urias heteo. (15$^{1-5}$)

O la introducción algo más larga del "reformador" Asa:

> En el año veinte de Jeroboam rey de Israel, Asa comenzó a reinar sobre Judá. Y reinó cuarenta y un años en Jerusalén: el nombre de su madre fuá Maaca, hija de Abisalom. Y Asa hizo lo recto ante los ojos de Jehová, como David su

padre. Porque quitó los sodomitas de la tierra, y quitó todas las suciedades que sus padres habían hecho. Y también privó a su madre Maaca de ser princesa, porque había hecho un ídolo en un bosque. Además deshizo Asa el ídolo de su madre, y quemólo junto al torrente de Cedrón. Empero los altos no se quitaron: con todo, el corazón de Asa fué perfecto para con Jehová toda su vida. También metió en la casa de Jehová lo que su padre había dedicado, y lo que él dedicó: oro, y plata, y vasos. (15$^{9-15}$)

En cuanto a los reyes israelitas tómese como un ejemplo a Baasa.

En el tercer año de Asa rey de Judá, comenzó a reinar Baasa hijo de Ahias sobre todo Israel en Tirsa; y reinó veinticuatro años. E hizo lo malo a los ojos de Jehová, y anduvo en el camino de Jeroboam, y en su pecado con que hizo pecar a Israel. (1º Rey. 15$^{33-34}$)

O la introducción más larga del pecador Acab:

Y comenzó a reinar Acab hijo de Omri sobre Israel el año treinta y ocho de Asa rey de Judá. Y reinó Acab hijo de Omri sobre Israel en Samaria veintidós años. Y Acab hijo de Omri hizo lo malo a los ojos de Jehová sobre todos los que fueron antes de él; porque le fué ligera cosa andar en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, y tomó por mujer a Jezabel hija de Et-baal rey de los Sidonios, y fué y sirvió a Baal, y lo adoró. E hizo altar a Baal, en el templo de Baal que él edificó en Samaria. Hizo también Acab un bosque, y añadió Acab haciendo provocar a ira a Jehová Dios de Israel, más que todos los reyes de Israel que antes de él habían sido. (1º Rey. 16$^{29-33}$)

La norma de juicio es la ley deuteronómica. El veredicto está basado sobre la fidelidad del rey a Jehová y especialmente, en el caso de un rey israelita, sobre el hecho de haber o no adorado los becerros de oro introducidos por el empecatado Jeroboam I, y, en el caso de un rey judío, sobre si adoró o no en los lugares altos. Todos los reyes del norte fueron condenados y aún piadosos reyes judíos tales como Asa y Josafat, que fueron celosos adoradores de Jehová y exterminadores de los cultos paganos, no escaparon a la censura del autor, por no haber quitado los lugares altos (15^{14} 22^{43}). Estos juicios eran tan estereotipados que fueron aplicados hasta a un rey como Zimri ¡que reinó solamente siete días (16^{20})!

Al final de cada reinado el autor usaba también una fórmula regular, en la que remitía a los lectores a otras obras históricas para el estudio de los aspectos seculares del reinado de cada rey y, luego expresaba, por regla general, el lugar de su inhumación y el nombre de su sucesor, p. ej.:

Lo demás de los hechos de Abiam, y todas las cosas que hizo, ¿no están escritas en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? Y hubo guerra entre Abiam y Jeroboam. Y durmió Abiam con sus padres, y sepultáronlo en la ciudad de David: y reinó Asa su hijo en su lugar. (1º Rey. $15^{7,8}$)

La obra del autor es fácilmente distinguible de los extractos de sus fuentes. Dió el relato completo de la división del reino bajo Roboam (1º Rey, 12^{1-20}) cuyo valor histórico es inapreciable. Pero por propia iniciativa añadió que el profeta Semeías envió de vuelta al ejército de 180.000 (!) judíos y benjamitas, porque el cisma del reino había sido determinado por Jehová (12^{21-24}). Con unos pocos hechos de sus fuentes tejió un relato completo de la apostasía de Jeroboam, que para él es tan importante para la comprensión de toda la historia del Reino del Norte. A continuación se imprime en bastardillas lo que debemos a su propia mano:

Y reedificó Jeroboam a Siquem en el monte de Efraim, y habitó en ella; y saliendo de allí, reedificó a Penuel. *Y dijo Jeroboam en su corazón: Ahora se volverá el reino a la casa de David. Si este pueblo subiere a sacrificar a la casa de Jehová en Jerusalén: porque el corazón de este pueblo se convertirá a su señor Roboam rey de Judá, y me matarán a mí y se tornarán a Roboam rey de Judá.*

Y habido consejo, hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pueblo: Harto habéis subido a Jerusalén: he aquí tus dioses, oh Israel, que te hicieron subir de la tierra de Egipto. Y puso el uno en Bet-el, y el otro puso en Dan. *Y esto fué ocasión de pecado; porque el pueblo iba a adorar delante del uno, hasta Dan. Hizo también casa de altos, e hizo sacerdotes de la clase del pueblo, que no eran de los hijos de Leví. Entonces instituyó Jeroboam solemnidad en el mes octavo, a los quince del mes, conforme a la solemnidad que se celebraba en Judá; y sacrificó sobre el altar. Así hizo en Bet-el, sacrificando a los becerros que había hecho. Ordenó también en Bet-el sacerdotes de los altos que él había fabricado. Sacrificó pues sobre el altar que él había hecho en Bet-el, a los quince del mes octavo, el mes que él había inventado de su corazón; e hizo fiesta a los hijos de Israel, y subió al altar para quemar perfumes.* (1º Rey. 12^{25-33})

Al relatar la visita de la esposa de Jeroboam al profeta Ahías con el propósito de inquirir el oráculo de Jehová respecto a su hijo enfermo (14^{1-18}), el autor puso en boca del profeta la condenación de Jeroboam y de Israel a causa de su abandono de Jehová[4].

La invasión de Judá por el faraón Sisac, bajo el reinado de Roboam (15^{25-28}), era para él un castigo por las transgresiones religiosas de Judá. Aquí podemos separar otra vez los hechos sacados

de las fuentes, y su interpretación religiosa de ellos. Es necesario hacer esto en todo el curso del libro. La conspiración de Baasa contra Nadab y el asesinato del rey y de toda la casa de Jeroboam fueron predichos por Ahías como el resultado inevitable del pecado de Jeroboam (15$^{25-32}$). ¡Pero el nuevo rey anduvo también en los caminos de Jeroboam! Y bien pronto el profeta Jehú le anunció también que no le sería permitido fundar una dinastía. Su hijo Ela fué muerto por Zimri (15^{33}-16^{14}) quien no había reinado más que siete días, cuando murió en la captura de Tirsa por Omri, también por ninguna otra razón que ¡la de haber adorado los becerros de oro! Difícilmente pudo haber hallado mucho tiempo para esto durante su breve reinado, pues fué sitido por Omri inmediatamente después de su regicidio (16$^{15-20}$). Del reinado de Omri, uno de los más grandes reyes de Israel, el autor no dice sino que construyó Samaria, la famosa capital de Israel, una empresa verdaderamente de importancia, pero sólo una. El rey moabita Mesa nos ha contado en su monumento que Omri conquistó todo el país al este del Jordán; y los asirios llamaban a Israel "la casa de Omri" ¡aún cien años después de la caída de su dinastía Pero nuestro autor no encontró en su reinado ningún material ilustrativo de algún valor, por lo cual lo pasó con sus frases estereotipadas que nunca sugerirían la importancia de Omri para la historia del Reino del Norte. De Acab, su hijo sabemos más, porque el autor usó aquí los relatos de Elías y también la fuente profética de Acab. Dejó prácticamente intactos los extractos que hizo de ellos; solamente desarrolló (21$^{20b-26,\ 27-29}$) y señaló (22^{38}) el cumplimiento de la predicción de Elías sobre el exterminio completo de su casa. Los relatos de Eliseo también contenían material religioso suficiente, tanto que nuestro autor no tuvo que añadirles nada. Pero en el relato de Jehú insertó una repetición de la profecía de Elías a Acab, en las palabras del joven profeta que ungió a Jehú como rey (2° Rey. 9^{7-10a}). El relato de la revolución en Jerusalén bajo el reinado de Atalía, y la restauración del templo bajo Joás (2° Rey. 11$^{1-20}$, 12$^{4-16}$) fué tomado de los Anales del Templo. Para los reinados siguientes no sacó el autor de sus fuentes sino poco material narrativo, siendo lo

más importante la derrota de Amasías por Joás de Israel a quien desafiara presuntuosamente (2º Rey. 14^{8-14}). En cuanto a Jeroboam II de Israel y Azarías de Judá hay solamente las usuales frases estereotipadas, y nada de importancia especial, ¡y eso que sus reinados fueron los más espléndidos después del de Salomón! Una simple alusión a esto está contenida en las breves referencias a las guerras victoriosas que Jeroboam tuvo con Hamat de Damasco. Pero el que desee saber algo más de ellas, ¡puede leer el Libro de los Hechos de los Reyes de Israel! A nuestro autor no le sirvió de mucho. La historia de las dos últimas décadas de Israel, con sus revoluciones y regicidios, ha sido narrada rápidamente, siempre con la misma puntillosa introducción y conclusión y unos pocos extractos de los Anales. En el reinado de Acaz, la guerra siro-efraimita fué descripta con las palabras de esta fuente, mientras que la instalación por Acaz de un altar de bronce hecho según el modelo de un altar en Damasco, fué tomada de los Anales del Templo. Luego llegó el fin de Israel. En 722 Samaria cayó en manos de los asirios después de un sitio de tres años. El pueblo fué llevado al destierro. Naturalmente, éste era el punto en que el autor podía demostrar que el pecado de ellos, especialmente el pecado de Jeroboam, había causado este terrible desastre (2º Rey. $17^{18, 21-23}$).

De entonces en adelante, sólo quedó Judá, y en la tercera parte se narra la historia desde Ezequías hasta Josías (2º Rey. 18^{1}-23^{25a}). El escritor tuvo para Ezequías una introducción más larga que la usual porque lo consideraba como un gran reformador y le atribuyó la destrucción de los lugares altos, presentándolo así, como anticipándose a la gran reforma de Josías en el 621 a. de J. C.; si tuvo razón o no, es discutible.

> El quitó los altos, y quebró las imágenes, y taló los bosques, e hizo pedazos la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque hasta entonces le quemaban perfumes los hijos de Israel; y llamóle por nombre Nehustán. (2º Rey. 18^{4})

La gran invasión de Senaquerib fué narrada en tres relatos: (1) en 18^{13-16} que provenía de los anales; (2) en 18^{17}-$19^{8, 9a, 36, 37}$; (3) en 19^{9b-35}. No es seguro si el segundo y tercer relatos son de la misma campaña de Senaquerib en el 701, o si se refieren a otra pos-

terior. Los relatos de la enfermedad de Ezequías y la embajada de Berodac-baladán (2° Rey. 20^{1-19}) fueron tomados probablemente de una biografía de Isaías porque él es en ellos la figura central. La mayor parte de la historia contenida en 2° Rey. 18^{13}-20^{19} se encuentra también en el libro de Isaías (cap. 36-39). La información histórica de mayor valor es siempre la que se ha sacado de los anales. De Manasés, que reinó 55 largos y pacíficos años, el autor no tiene nada que decir, excepto su apostasía y el haber derramado mucha sangre inocente en Jerusalén. Después del reinado de Amón, que bien pronto fué truncado por su asesinato, subió al trono su hijo Josías, el reformador según el corazón del autor. Puesto que la historia fué escrita mientras Josías aún vivía, no es necesario presumir que el escritor tuviese aquí alguna fuente escrita, aunque tampoco debe excluirse la posibilidad de que la hubiese.

La primera edición del Libro de Reyes, se extendía solamente hasta el reinado de Josías, y concluía con este conceptuoso elogio del rey:

> No hubo tal rey antes de él, que se conviertiese a Jehová de todo su corazón, y de toda su alma, y de todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés. (2° Rey. 23^{25a})

El libro estaba destinado a ser un medio de propaganda profética. Mostrando en la larga historia de Israel y Judá, que solo la exclusiva lealtad a Jehová de todo corazón, podía salvar a la nación del desastre, el autor deseaba despertar al pueblo a una clara comprensión de sus deberes a fin de que pudiesen evitar el terrible castigo que seguramente vendría de Jehová, si no le eran fieles. La reforma de Josías le había dado grandes esperanzas. Pero el resultado fué distinto del que había esperado. La muerte de Josía en batalla en 608 fué seguida por una fuerte reacción contra la reforma deuteronómica. El fin del reino de Judá era inminente. En 597 fueron llevados los primeros desterrados encabezados por el mismo rey Joaquín. En el 586 fueron destruídos la ciudad y el templo y comenzó para el pueblo el gran destierro en Babilonia.

Durante el destierro, cerca del año 560 o un poco más tarde, otro escritor tomó el hilo de la historia donde nuestro autor lo había dejado, y contó lo sucedido a los últimos e infelices reyes de

Judá y los hechos relacionados con la caída de Jerusalén y la cautividad (2º Rey. 23^{25b}-25^{30}). Fué una triste conclusión, escrita en el espíritu del primitivo escritor deuteronomístico y con el mismo estilo que había sido creado primeramente por el autor del libro de Deuteronomio y luego adoptado por todos sus discípulos. Pero este continuador del destierro sintió la necesidad de revisar todo el libro a la luz de la tragedia que le había sobrevenido también a Judá. Así pues, insertó en lugares apropiados referencias al destino de Judá. En la oración de dedicación de Salomón, añadió un párrafo conmovedor en el que el rey preveía el destierro e imploraba a Jehová que perdonara a su pueblo, si se arrepentía (1º Rey. 8^{44-51}). En la segunda aparición de Jehová a Salomón, mostró cómo Jehová había predicho en un solemne aviso la terrible condición del destierro para su pueblo, si no guardaban sus mandamientos (9^{1-9}). En su repaso de las razones que llevaron a la caída del Norte (2º Rey. 17^{7-17}) añadió al final:

> Mas ni aun Judá guardó los mandamientos de Jehová su Dios; antes anduvieron en los estatutos de Israel, los cuales habían ellos hecho. Y desechó Jehová toda la simiente de Israel, y afligiólos, y entrególos en manos de saqueadores, hasta echarlos de su presencia. (2º Rey. 17^{19-20})

A la descripción de la perversidad de Manasés, le dió toques vívidos, y contó cómo los profetas predijeron que también Jerusalén y Judá serían completamente destruídas, a causa de haber sido seducidas por Manasés para cometer pecados peores que los de los amorreos.

> Por tanto, así ha dicho Jehová el Dios de Israel: He aquí yo traigo tal mal sobre Jerusalén y sobre Judá, que el que lo oyere, le retiñirán ambos oídos. Y extenderé sobre Jerusalén el cordel de Samaria y el plomo de la casa de Acab: y yo limpiaré a Jerusalén como se limpia una escudilla, que después que la han limpiado, la vuelven sobre su haz. Y desamparé las reliquias de mi heredad, y entregarlas he en manos de sus enemigos; y serán para saco y para robo a todos sus adversarios; por cuanto han hecho lo malo en mis ojos, y me han provocado a ira, desde el día que sus padres salieron de Egipto hasta hoy. (2º Rey. 21^{12-15})

La misma amenaza siniestra insertó en el oráculo de Hulda (2º Rey. 22^{15-20}) y con ella comenzó la continuación de la historia: la reforma de Josías había conjurado la ira de Jehová pero sólo por breve tiempo (23^{25a-27}). ¡Ciertamente Judá, tanto como Israel,

había merecido su terrible destino! Todo el libro llega a ser así una gran confesión de pecado. Y en realidad, por medio de esta historia revisada, el autor deseaba llevar a su pueblo a esta disposición de mente penitente. ¡Si solamente viesen claramente las causas espirituales de su desastre nacional y se arrepintiesen! Entonces Jehová oiría en el cielo, su morada, y perdonaría como había pedido Salomón, según el continuador, y el pequeño rayo de luz que había atravesado las tinieblas con la liberación de la prisión del rey Joaquín por Evil-merodac de Babilonia (2° Rey. 25^{27-30}), podría ser el heraldo de la próxima alborada, el comienzo de la salvación.

La historia del reino había sido editada así por estos maestros deuteronomísticos de acuerdo con su concepto pragmático de la historia. Pero la teoría deuteronómica señalaba a Moisés como el primero a quien fuera revelada por Jehová la exigencia de la centralización del culto en un lugar. Por eso algunos deuteronomistas sintieron la necesidad de escribir la historia primitiva también, comenzando con el tiempo de Moisés. Puesto que el templo no existía antes de Salomón, no podía ser usado por consiguiente el principio de la centralización del culto como la idea dominante, a la luz de la cual pudiera ser comprendida y presentada toda la historia. Pero ése era solamente un aspecto de la idea mayor de la lealtad a Jehová de todo corazón y el culto exclusivo a él. Y esta idea superior, llegó a ser para ellos la llave maestra que les revelaba el verdadero significado de la historia.

Para el relato de Moisés fué preparado un resumen sobre la base de *JE*, que se hizo pronunciar a Moisés como discurso introductorio cuando dió al pueblo la ley deuteronómica (Deut. $1\text{-}4^{44}$). Repasando los sucesos desde Horeb en adelante, demostró cómo la petulancia del pueblo había sido para él solo una carga demasiado grande, por lo cual había tenido que nombrar jueces para que lo ayudaran en su obra; cómo la desobediencia del pueblo y su falta de fe les había impedido que entrasen a la tierra mucho tiempo antes; cómo habían convivido con los edomitas, moabitas y ammonitas; cómo habían conquistado el país al este del Jordán, y cómo Jehová se había enojado con Moisés por culpa del pueblo y no le

permitiría entrar a la tierra prometida. Este examen histórico es la base para las exhortaciones a guardar la ley que Moisés iba a darles aquel día:

Mirad, yo os he enseñado estatutos y derechos, como Jehová mi Dios me mandó, para que hagáis así en medio de la tierra en la cual entráis para poseerla. Guardadlos, pues, ponedlos por obra: porque ésta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia en ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, gente grande es ésta. Porque ¿qué gente grande hay que tenga los dioses cercanos a sí, como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué gente grande hay que tenga estatutos y derechos justos, como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros? (Deuteronomio 4[5-8])

¡Que recuerden que Jehová es un ser espiritual, que no vieron ninguna forma de él en el monte Horeb, y que por consiguiente no deben hacer nunca una imagen suya, ni adorar el sol,la luna o las estrellas! Las naciones pueden servirlos, porque Jehová se los ha asignado, pero a Israel lo ha hecho su propio pueblo, y es muy celoso en su afecto. Si no son fieles, no permanecerán mucho tiempo en la tierra prometida, porque:

Y Jehová os esparcirá entre los pueblos, y quedaréis pocos en número entre las gentes a las cuales os llevará Jehová. (Deut. 4[27])

Aquí es predicho el destierro, y el autor añade ahora con una gran esperanza la hermosa promesa que tenía una aplicación inmediata a su propio tiempo.

Y serviréis allí a dioses hechos de manos de hombres, a madera y a piedra, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen. Mas si desde allí buscares a Jehová tu Dios, lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma. Cuando estuviereis en angustia, y te alcanzaren todas estas cosas, si en los postreros días te volvieres a Jehová tu Dios, y oyeres su voz; porque Dios misericordioso es Jehová tu Dios; no te dejará, ni te destruirá, ni se olvidará del pacto de tus padres que les juró. (Deut. 4[28-31])

Ningún otro pueblo tuvo jamás tan maravillosas experiencias con Dios como Israel:

Aprende pues hoy, y reduce a tu corazón que Jehová él es el Dios arriba en el cielo, y abajo sobre la tierra; no hay otro. Y guarda sus estatutos y sus mandamientos que yo te mando hoy, para que te vaya bien a ti y a tus hijos después de ti, y prolongues tus días sobre la tierra que Jehová tu Dios te da para siempre. (Deut. 4[39, 40])

La historia de Josué y de la conquista de Canaán fueron vueltas a escribir completamente por un deuteronomista sobre la base de *JE*, con una predilección especial por el punto de vista de *E*. Pero *E*, en contraste con *J*, había presentado la conquista de Canaán como la obra del Israel unido bajo la dirección de Josué en dos campañas victoriosas que resultaron en la aplastante derrota de los cananitas. Esto se ajustaba exactamente al punto de vista del deuteronomista. Subrayó y exageró el exterminio completo, desde que ello estaba en armonía con la ley de Deuteronomio que ordenaba la extirpación absoluta de los habitantes de Canaán. Como creyente sincero en esta teoría, narró la historia de la conquista como él pensaba que debía haber sucedido. Aquí hizo corresponder los hechos a una teoría preconcebida. El dogma dominó a la historia.

Hirió pues Josué toda la región de las montañas, y del mediodía, y de los llanos, y de las cuestas, y a todos sus reyes, sin quedar nada; todo lo que tenía vida mató, al modo que Jehová Dios de Israel lo había mandado. E hiriólos Josué desde Cades-barnea hasta Gaza, y toda la tierra de Gosén hasta Gabaón. Todos estos reyes y sus tierras tomó Josué de una vez; porque Jehová el Dios de Israel peleaba por Israel. (Josué 10^{40-42})

Y los hijos de Israel tomaron para sí todos los despojos y bestias de aquestas ciudades: pero a todos los hombres metieron a cuchillo hasta destruirlos, sin dejar alguno con vida. De la manera que Jehová lo había mandado a Moisés su siervo, así Moisés lo mandó a Josué: y así Josué lo hizo, sin quitar palabra de todo lo que Jehová había mandado a Moisés. (Jos. $11^{14, 15}$)

Después de la ocupación de Canaán (Jos. 21^{43-45}) y la despedida por Josué de los rubenitas y gaditas a sus lugares transjordánicos con ardientes palabras de reconocimiento y exhortación a amar a Jehová y servirle con todo su corazón y con toda su alma (22^{1-6}), Josué dió al pueblo su discurso de despedida (Jos. 23) el que fué inspirado en *E* (Jos. 24), y en el que demandaba de ellos una cuidadosa observancia de la ley (de Deuteronomio) y una separación estricta de los paganos a quienes Jehová había arrojado de delante de ellos, para que no llegasen a ser un tropiezo para ellos, e Israel fuera pronto expulsado del país que Jehová les había dado.

Para la historia de los jueces, el deuteronomista tomó su material del libro más antiguo de *JE*, que contenía relatos de los hé-

roes, el que prologó con una introducción, y colocó cada relato en un marco en el que expresaba plenamente su característico punto de vista. Si Israel hubiese permanecido totalmente fiel a Jehová, habría gozado las abundantes bendiciones de su gobierno teocrático. Pero después de la muerte de Josué:

> Y los hijos de Israel, hicieron lo malo en ojos de Jehová, y sirvieron a los Baales: Y dejaron a Jehová el Dios de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto, y fuéronse tras otros dioses, los dioses de los pueblos que estaban en sus alrededores, a los cuales adoraron; y provocaron a ira a Jehová . . . Y el furor de Jehová se encendió contra Israel, el cual los entregó en manos de robadores que los despojaron, y los vendió en manos de sus enemigos de alrededor: y no pudieron parar más delante de sus enemigos. Por donde quiera que salían, la mano de Jehová era contra ellos para mal, como Jehová había dicho, y como Jehová se lo había jurado; así los afligió en gran manera. Mas Jehová suscitó jueces que los librasen de manos de los que los despojaban . . . Y cuando Jehová les suscitaba jueces, Jehová era con el juez, y librábalos de las manos de los enemigos todo el tiempo de aquel juez: porque Jehová se arrepentía por sus gemidos a causa de los que los oprimían y afligían. Mas en muriendo el juez, ellos se tornaban, y se corrompían más que sus padres, siguiendo dioses ajenos para servirles, e inclinándose delante de ellos; y nada disminuían de sus obras, ni de su duro camino. (Jueces $2^{11, 12, 14-16, 18, 19}$)

Era un ciclo constante de defección, castigo y liberación siempre repetido. Los relatos de los más grandes jueces fueron narrados de nuevo a la luz de este principio, y por medio de una cronología artificial se les hizo aparecer en su secuencia histórica. La apostasía de Jehová ocasionaba tantos y tantos años de sometimiento a la opresión extranjera de la cual eran librados por un juez que juzgaba a Israel tantos y tantos años. Después de su muerte comenzaba otra vez el mismo ritmo de apostasía, opresión y liberación, hasta que finalmente el pueblo pidió la monarquía al último juez Samuel, porque este libro deuteronómico de Jueces se extendía hasta el discurso de despedida de Samuel (1º Samuel 12) que expresa tan perfectamente el punto de vista deuteronomista. Para cada juez se construyó un marco especial consistente en introducción y conclusión. El relato de Otoniel puede servir como muestra; pertenece completamente a la pluma del deuteronomista y puede no contener más elemento histórico que el nombre de Otoniel.

Hicieron, pues, los hijos de Israel lo malo en ojos de Jehová: y olvidados de Jehová su Dios, sirvieron a los Baales, y a los ídolos de los bosques. Y la saña de Jehová se encendió contra Israel, y vendiólos en manos de Chusan-risataim, rey de Mesopotamia; y sirvieron los hijos de Israel a Chusan-risataim ocho años. Y clamaron los hijos de Israel a Jehová; y Jehová suscitó salvador a los hijos de Israel y librólos; es a saber, a Otoniel hijo de Cenez, hermano menor de Caleb. Y el espíritu de Jehová fué sobre él, y juzgó a Israel, y salió a batalla, y Jehová entregó en su mano a Chusan-risataim, rey de Siria, y prevaleció su mano contra Chusan-risataim. Y reposó la tierra cuarenta años; y murió Otoniel, hijo de Cenez. (Jue. 3^{7-11}).

En el siguiente versículo comienza el ciclo inmediato:

Y tornaron los hijos de Israel a hacer lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová esforzó a Eglón rey de Moab contra Israel, por cuanto habían hecho lo malo ante los ojos de Jehová. (Jue. 3^{12}).

De esta manera se trata todo el período. Uno no puede contener su admiración por esta presentación solemne, impresionante y efectiva. ¡Cuán grandiosamente es presentada en la historia de su pueblo, la convicción del justo y misericordioso Dios de Israel! ¡Y, sin embargo, desde el punto de vista histórico, cuán falseada y errónea es esta presentación! Ella modifica del todo el significado real de los jueces. El dogma gobierna otra vez. Las fuerzas políticas y económicas son completamente subordinadas. Las causas secundarias son descuidadas. La religión es la única causa de todo: Dios está vigilando celosamente sobre la fidelidad de su pueblo y lo castiga o libera según la conducta de Israel. Además, todo es magnificado con proporciones nacionales. Los sufrimientos afectan a la nación entera, los jueces son salvadores de todo el pueblo y gobernadores teocráticos de todo Israel, mientras que en realidad fueron héroes locales y tribales. Su cronología no había sido dada en las fuentes más antiguas, pero ahora son incorporados al ritmo de apostasía y castigo, arrepentimiento y salvación en un esquema cronológico artificial dominado por la idea fundamental de que el período que va del Exodo hasta la construcción del templo, aquel suceso central de la historia según el deuteronomista, fué de 480 años o 12 generaciones de 40 años cada una. Porque las cifras simples, el número cuarenta y sus partes componentes, son importantes. Muestran el esfuerzo del autor por dar una presentación sistemática de

la historia, por medio de la cual todo el conjunto pudiera ser entendido más fácilmente; esta actitud debe ser valorada a la luz de ese propósito y no simplemente condenada.

Algunos de los relatos de ese antiguo libro no pudieron ser usados por el deuteronomista: el resumen de la conquista de Canaán con sus referencias especiales a las partes no conquistadas (Jue. 1^{1}-2^{5}), porque difería de su punto de vista deuteronómico; los relatos de Miqueas y los danitas (Jue. 17 y 18) y el ultraje en Gabaa (Jue. 19-21), porque no contenían ningún "juez", y eran por lo tanto inadecuados para su propósito; también las breves referencias a los jueces menores, y el relato de Abimelec cuyo carácter lo inhabilitaba para ocupar un lugar entre los jueces; y quizás el capítulo final de los relatos de Samsón (Jue. 16). Afortunadamente ese libro más antiguo persistió, y más tarde, después del destierro en Babilonia, alguien insertó en el libro las partes omitidas. Pero prevaleció el punto de vista deuteronómico respecto a este período y ha dominado las ideas de todos los siglos hasta el presente.

El relato de Samuel era parte del libro de Jueces y en él aparecen también rastros del marco particular de los jueces. No necesitó mucha redacción, porque en el relato combinado la fuente efraimita había señalado ya las grandes lecciones de religión teocrática en las que estaba interesado el deuteronomista. La único adición importante es la modificación de la profecía en 1º Sam. $2^{27\text{-}36}$ que originariamente predecía que Samuel sería elegido en reemplazo de Elí. El editor la transformó en una predicción del único sacerdocio legítimo de Sadoc (véase 1º Rey. $2^{26, 27}$) y predijo el tiempo, después de la reforma deuteronómica, en que los sacerdotes del país perderían sus posiciones e irían suplicando a Jerusalén.

> Y yo me suscitaré un sacerdote fiel, que haga conforme a mi corazón y a mi alma; y yo le edificaré casa firme, y andará delante de mi ungido todos los días. Y será que el que hubiere quedado en tu casa, vendrá a postrársele por un dinero de plata y un bocado de pan, diciéndole: Ruégote que me constituyas en algún ministerio, para que coma un bocado de pan. (1º Sam. $2^{35, 36}$)

La profecía así modificada llegó a ser de gran importancia para el punto de vista deuteronómico de la historia. ¡La superioridad del

sacerdocio sadoquita en Jerusalén había sido predicho tanto tiempo antes!

El relato de Saúl y de David muestra pocos rastros de la influencia deuteronomista. Sin embargo, una inserción llegó a tener gran significado: en la profecía de Natán, en la que se decía a David, en respuesta a su intención de construir una casa para Jehová, que él (Jehová) había morado siempre en una tienda desde los días del éxodo y que nunca había ordenado que se construyera un templo para él, sino que se levantara una casa (una dinastía) para David.

> Y cuando tus días fueren cumplidos, y durmiese con tus padres, yo estableceré tu simiente después de ti, la cual procederá de tus entrañas, y aseguraré su reino. (2º Sam. 7^{12})

Aquí interpeló el deuteronomista:

> El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. (2º Sam. 7^{13})

Con esta simple frase, mas precisamente con su primera mitad, fué expresamente dada en un oráculo, por un profeta de Jehová, la sanción divina al templo de Jerusalén. Deuteronomio nunca había mencionado a Jerusalén como el lugar particular que Jehová había "elegido para hacer morada allí a su nombre". Pero ahora Jehová había dicho definidamente, "él construirá una casa para mi nombre". Esto se refería, como lo sabían hasta los niños, a Salomón y su templo de Jerusalén. Fué dada así una base irrefragable a la pretensión deuteronómica de la santidad exclusiva de Jerusalén. Jehová mismo lo había establecido en este oráculo.

Varios de los relatos más antiguos de Saúl y David no eran del agrado del editor: el relato del repudio de Saúl que contenía el sacrificio de Agag por Samuel (1º Sam. 15); el relato de la visita de Saúl a la pitonisa de Endor (1º Sam. 28^{3-25}); y especialmente las series de relatos de la corte, de valor excepcional, de 2º Samuel 9-20 que no favorecían el buen nombre de David. En cuanto al primero y al último, preparó resúmenes que los reemplazarían (1º Sam. 14^{17-51}, 2º Sam. 8). El segundo, simplemente lo omitió. Pero felizmente todos fueron reinsertados más tarde; eran demasiado preciosos para que se perdieran.

Cuando la historia deuteronomística estuvo completa, abarcaba el período que va desde el éxodo hasta el destierro en Babilonia. Muchos escritores habían estado trabajando en esta nueva edición de la historia de Israel, pero todos escribieron desde el mismo punto de vista, con el mismo propósito y en el mismo estilo. Su historia era pragmática, dominada por convicciones religiosas. Su interés no era histórico, sino religioso. La historia no era para ellos sino el gran libro de texto que ilustraba las verdades de la religión.

Magnífica como era la nueva obra en muchos sentidos, no podía, sin embargo, desalojar del afecto del pueblo a los libros más antiguos de *J* y *E*, pues éstos habían llegado no solamente a serles caros por el largo uso, sino que estaban investidos de cierta autoridad. Además, ellos hacían llegar la historia hasta los patriarcas y aún hasta la creación. Por eso se decidió finalmente, combinar la obra deuteronómica con *JE*. Esta necesidad se sintió primero con respecto al Pentateuco, y fué insertado el libro de la ley en el lugar donde aparentemente había estado antes el Libro del Pacto, que era más antiguo. Este último fué colocado entonces en el contexto del Sinaí, donde ahora está (Ex. 20^{24}-23). Es muy significativo que, fuera de Deuteronomio, es ésta la única parte del Pentateuco en que encontramos rasgos deuteronomísticos importantes.[5] Ulteriormente sólo se consideró necesaria la combinación del resto de la obra deuteronomística con los libros más antiguos de Josué, Jueces y Samuel.

Capítulo XVI

LOS PRIMEROS PROFETAS POSTERIORES AL DESTIERRO

Cuando después de la caída de Babilonia una compañía de desterrados judíos retornaron a Judá, no les esperaba más que el desengaño. Ninguno de los gloriosos acontecimientos predichos por Déutero-Isaías se había convertido en realidad durante su marcha hacia el hogar. Y ya en Judá, tuvieron que afrontar una ruda lucha por la existencia. Pocos en número y pobres en recursos, hallaron muy duro el luchar con las dificultades. La sequía y el fracaso de la cosecha agravaron el desastre, hasta que finalmente, desilusionados y decepcionados, se hallaron en peligro de perder su fe en Jehová. El no se había vuelto a ellos, aún estaba enojado con ellos; no había esperanza. Entonces un hombre de palabra sencilla, pero de mucho sentido práctico y entusiasmo, levantó su fe religiosa, incitándolos a trabajar para el Señor. Aggeo, el profeta, estaba de acuerdo con el pueblo en que Jehová no había retornado a Jerusalén, pero sostenía que la culpa era de ellos. Porque ¿cómo podía morar él entre su pueblo, si no le proveían algún hogar para él? Habían construído sus propias casas, pero la casa de Jehová todavía estaba en ruinas. Jehová había enviado los malos tiempos para traerlos a la realidad. Pues hasta entonces no habían comprendido el propósito de Dios. Que construyan el templo y todo cambiará. La exhortación de Aggeo, hecha el primer día del sexto mes del segundo año de Darío (520 a. de J. C.), encontró respuesta inmediata. Encabezados por Zorobabel, el gobernador, y Josué, el sumo sacerdote, el pueblo comenzó a trabajar en seguida ($1^{2-12,\ 14}$). El día vigésimo cuarto del mismo mes (nuestro septiembre) fueron echados los cimientos y Aggeo inflamó otra vez al pueblo con su discurso; que marquen bien este día, pues él es el cambio de suerte en su destino; desde este día Jehová les bendecirá ($1^{15,18}$ 2^{15-19}). Cuatro semanas más

tarde, cuando parecía que la construcción sería pobre en comparación con el espléndido templo de Salomón, Aggeo atacó el desaliento con algunas valientes palabras de esperanza (2^{1-9}): Jehová es con nosotros, y eso es, después de todo, más importante que ninguna otra cosa. No temáis nunca, él mismo se ocupará de la belleza y esplendor del templo.

> Porqué así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco aun haré yo temblar los cielos y la tierra, y la mar y la seca: y haré temblar a todas las gentes, y vendrá el Deseado de todos las gentes; y henchiré esta casa de gloria, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mía es la plata, y mío el oro, dice Jehová de los ejércitos. La gloria de aquesta casa postrera será mayor que la de la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos. (Ag. 2^{6-9})

Puede ser que las noticias de la gran revolución en el norte y el este del imperio persa, que conmovió sus mismos cimientos, hubiesen llegado a Jerusalén y despertado la esperanza de que Jehová sacudiría otra vez las naciones y las obligaría a traer inmenso tributo a su templo.

Así animado, el pueblo trabajó, y lo hizo tan bien que dos meses después, el vigésimo cuarto día del noveno mes (diciembre del 520) los samaritanos pidieron permiso para unirse a ellos en la construcción del templo. Pero Aggeo, temiendo que este elemento "inmundo" contaminase el nuevo templo, se opuso fuertemente a la solicitud de ellos. Insistió en que el contacto con lo santo no podía santificar lo inmundo, mientras el contacto con la impureza infaliblemente mancharía:

> Así es este pueblo, y esta gente, delante de mí, dice Jehová, y asimismo toda obra de sus manos; y todo lo que aquí ofrecen es inmundo. (Ag. 2^{14})

Por Esdras 4^{1-4} sabemos que Aggeo impuso su opinión. El mismo día profetizó a Zorobabel, que era de descendencia davídica, quizás en gratitud por la ayuda que le había prestado en este asunto, lo que había convencido a Aggeo de que era digno de llegar a ser rey de Judá:

> Habla a Zorobabel, gobernador de Judá, diciendo: Yo haré temblar los cielos y la tierra; y trastornaré el trono de los reinos, y destruiré la fuerza del reino de las gentes; y trastornaré el carro, y los que en él suben; y vendrán aba-

jo los caballos, y los que en ellos montan, cada cual por la espada de su hermano. En aquel día dice Jehová de los ejércitos, te tomaré, oh Zorobabel, hijo de Sealtiel, siervo mío, dice Jehová, y ponerte he como anillo de sellar: porque yo te escogí, dice Jehová de los ejércitos. (Ag. 2^{21-23})

Aggeo estaba fuertemente influenciado por Ezequiel en su posición, sobre la importancia del templo para la nueva comunidad y el temor de su profanación por extranjeros, y como él combinó el sacerdocio con los intereses proféticos. No fué un gran profeta, pero por su iniciativa práctica prestó un genuino servicio a su pueblo. Su celo y su entusiasmo son todavía alentadores.

Su libro fué coordinado probablemente por uno de sus discípulos. Como el de Ezequiel, es en prosa y sus secciones están cuidadosamente fechadas con el día, mes y año. Es pequeño y simple, sin pasaje alguno que se destaque por su belleza. Pero para la historia de la época es de sumo valor. Hay una pequeña dislocación en nuestro texto actual pues 2^{15-19} originariamente seguía a $1^{15, 13}$.

Aggeo había empezado su obra el primer día del sexto mes del año 520. Dos meses más tarde, el primero del octavo mes se le unió Zacarías llamando al pueblo al arrepentimiento. Reiteró el mensaje de los primeros profetas, de quienes había aprendido y de los cuales dependía en su pensamiento y en su lenguaje. No podemos menos que sentir que la repetición visiblemente frecuente de "dice Jehová" (ello ocurre, por ej., cinco veces en dos versículos $1^{3, 4}$) sugiere la carencia de una profunda certificación espiritual de su misión profética y de la invencible certidumbre que había dominado las mentes de los grandes profetas anteriores a él. Y no nos extraña, en vista de esto, que encontrara desconfianza e incredulidad respecto a su misión. Cuatro veces sintió la necesidad de apelar al cumplimiento de sus predicciones para conseguir su vindicación, "y sabréis que Jehová de los ejércitos me ha enviado a vosotros" ($2^{9, 11}$ 4^{9} 6^{15}). De modo que casi parecería que la notable serie de visiones que lo distingue entre los profetas no fuesen en realidad visiones, sino alegorías con las que trataba de hacer su mensaje más interesante y convincente para el pueblo. Pero esto sería probablemente ir demasiado lejos. No es necesario dudar de que Zacarías tuviese realmente en la noche del vigésimo cuarto día del undécimo mes

del mismo año (febrero del 519, de acuerdo a nuestro cómputo) ocho visiones en las que fueron resueltos de una manera notable los apremiantes problemas de su día. En la primera visión (1^{7-17}) vió la patrulla celestial de exploración, que en sus rápidas cabalgaduras había recorrido la tierra en aquel día y los oyó informar a su superior, el ángel de Jehová:

> Hemos recorrido la tierra, y he aquí, toda la tierra está reposada y quieta. (Zac. 1^{11b})

Las poderosas revoluciones políticas que habían estado agitando el imperio persa, y de las cuales había esperado tanto Aggeo, habían sido todas sofocadas. Y el ángel de Jehová, que sentía en su corazón la suerte de Israel, expresó en su súplica su gran desengaño:

> Oh Jehová de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás piedad de Jerusalén, y de las ciudades de Judá, con las cuales has estado airado por espacio de setenta años? (1^{12b})

Jehová respondió con "palabras consolatorias" al ángel que actuó en estas visiones como guía e intérprete de Zacarías, y a su vez le dijo:

> Y díjome el ángel que hablaba conmigo: Clama diciendo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Celé a Jerusalén y a Sión con gran celo. Y con grande enojo estoy airado contra las gentes que están reposadas; porque yo estaba enojado un poco, y ellos ayudaron para el mal. Por tanto así ha dicho Jehová: Yo me he tornado a Jerusalén con miseraciones; en ella será edificada mi casa, dice Jehová de los ejércitos, y la plomada será tendida sobre Jerusalén. Clama aún diciendo: Así dice Jehová de los ejércitos: Aún serán ensanchadas mis ciudades por la abundancia del bien; y aún consolará Jehová a Sión, y escogerá todavía a Jerusalén. (1^{14-17})

En la segunda visión (1^{18-21}) vió cuatro cuernos y cuatro carpinteros. El ángel interpretó los cuernos como símbolos de las naciones enemigas y los carpinteros como sus verdugos. El profeta estaba seguro de que el propósito de Jehová de castigar a las naciones, que era un requisito previo indispensable para el advenimiento de la época de gloria, sería realizado. Hasta donde podía ver, Jehová no estaba utilizando ningún poder humano. Pero él no depende de las fuerzas humanas; envía sus ministros celestiales para ejecutar

su voluntad. Llegamos aquí a un rasgo característico que diferencia al vidente apocalíptico del profeta: careciendo de grandes agentes históricos en la tierra, descubre los secretos de los cielos y muestra la actividad de los seres angélicos en los grandes movimientos del mundo. Para acrecentar el misterio y la grandiosidad de la revelación el escritor apocalíptico usa la alegoría como un medio favorito de presentación.

En la tercera visión (2^{1-13}) un agrimensor angélico salió a medir el área sobre la cual sería reconstruída Jerusalén y señalar la línea de la muralla. Era joven, no iniciado en el consejo de Dios. Por lo tanto, el ángel que interpretaba dijo a otro ángel:

> Corre, habla a este mozo, diciendo: Sin muros será habitada Jerusalén a causa de la multitud de los hombres, y de las bestias en medio de ella. Yo seré para ella, dice Jehová, muro de fuego en derredor, y seré por gloria en medio de ella. ($2^{4, 5}$)

Aquí no se ve con buenos ojos el intento de fortificar a Jerusalén, reconstruyendo los muros de la ciudad, pero no manifiestamente por razones políticas aunque el profeta debe haber sabido que los persas no lo hubieran tolerado. Para él la protección del mismo Jehová era más que suficiente y, además, esperaba un gran crecimiento de la población que al presente era tan pequeña y tan pobre. Por eso exhortó a los desterrados que todavía estaban en la tierra del norte a huir y volver a la patria con las riquezas de las naciones, porque Jehová había enviado su ángel "después de la gloria" (es decir, riqueza) "a las naciones que os despojaron". Nadie se atreverá a oponerse a vosotros, "porque el que os toca, toca la niña de su ojo". Después muchas naciones se unirán a Jehová, cuando more entre su pueblo en Sión.

En la cuarta visión (3^{1-8} 4^{6b-10a} 3^{9-10}) Josué el sumo sacerdote estaba delante del ángel de Jehová con los vestidos viles de un acusado. A la derecha estaba su acusador, Satán, un ser celestial que, según el prólogo del Libro de Job, recorría toda la tierra para espiar a la gente y dar cuenta a Jehová de sus pecados. Aquí acusó a Josué y con él al pueblo, cuyo representante era el sumo sacerdote. Pero el ángel de Jehová no quiso escucharlo, porque ¿no eran como "tizón arrebatado del incendio"? ¿no acababan de escapar de la cau-

tividad? Por tanto, ordenó que las viles vestimentas de Josué le fuesen quitadas y le fueran puestas otras limpias, como señal de que sus pecados habían sido perdonados. Entonces le puso en la cabeza una mitra limpia (turbante) y le dijo que si cumplía fielmente los deberes de su cargo, tendría siempre acceso a la corte celestial, como mediador entre Jehová y su pueblo. Más aún, Josué y sus inferiores eran una señal de que la restauración sería realizada con toda seguridad: ellos ministrarían en el nuevo santuario. En confirmación de esto colocó delante de Josué la hermosa plancha de piedra, que coronaría el templo a su terminación. Entonces el pecado de la tierra sería quitado por Jehová y florecería la época de oro.

En un pasaje que ha sido desplazado accidentalmente (4^{6b-10}) se aclara el significado de la "señal". Habían surgido grandes dificultades que amenazaban impedir la terminación del templo. Por Esdras 4, sabemos de la enemistad de los samaritanos; por Esdras 5, de la intervención del sátrapa persa Tattenai. ¿Fracasaría la obra después de todo? Los judíos hablaban ya de recurrir a la fuerza. Pero el profeta que antes se había opuesto a la refortificación de Jerusalén respondió:

> No con ejércitos, ni con fuerza, sino con mi espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel serás reducido a llanura: él sacará la primera piedra con aclamaciones de Gracia, gracia a ella. Y fué palabra de Jehová a mí, diciendo: Las manos de Zorobabel echarán el fundamento a esta casa, y sus manos la acabarán; y conocerás que Jehová de los ejércitos me envió vosotros. Porque los que menospreciaron el día de las pequeñeces se alegrarán, y verán la plomada en la mano de Zorobabel. (4^{6b-10a})

Después de su visión Zacarías se quedó dormido. Pero el ángel vino otra vez y lo despertó para mostrarle otras cuatro visiones. En la quinta visión ($4^{1-6a, 10b-14}$) vió un candelabro de oro con siete lámparas y además dos olivas. El ángel explicó que las siete lámparas[1] eran "los ojos de Jehová que recorren toda la tierra" y las dos olivas "los dos unjidos que están delante del Señor de toda la tierra"; los representantes del gobierno político y religioso. Esto significaba que la nueva comunidad habría de ser teocrática; el rey y el sumo sacerdote serían los agentes del Gobernador real del cielo.

En la sexta visión (5^{1-4}) Zacarías vió cómo los ladrones y

perjuros del pueblo serían exterminados por una terrible maldición que estaba escrita en un enorme rollo que volaba. Su poder mágico los destruiría a todos ellos y, además, entraría en sus respectivas casas y las demolería por completo. ¡Qué extraños se nos antojan estos medios de librarse de los criminales! Para los antiguos no era extraño de ningún modo, porque ellos creían en la eficacia mágica de la maldición.

En la séptima visión (5^{5-11}) el principio mismo de la maldad fué arrojado del país. El profeta vió cómo una mujer fué metida en un gran recipiente que luego fué tapado con una tapa de plomo, y cómo otras dos mujeres con alas de cigüeña la llevaron por los aires a Babilonia, a donde pertenecía y donde podría continuar su obra de maldad. ¡Ella no tenía lugar en la nueva comunidad en Judá!

En la octava visión (6^{1-8}) el profeta vió la patrulla celestial de vigilancia, cabalgando para ir a cumplir su obra en el nuevo día que había amanecido. Después de un rato, el ángel intérprete le gritó, dándole la grata nueva: "Mira, los que salieron hacia la tierra del aquilón hicieron reposar mi espíritu en la tierra del aquilón". Allí entre los desterrados judíos en Babilonia (véase 2^{6}) estaba obrando el Espíritu Divino, despertando el amor de ellos por su patria.

Como una evidencia directa de esto, le fué ordenado por Jehová a Zacarías que fuera el mismo día a la casa de un cierto Josías, y recibiera allí oro y plata de algunos judíos que acababan de llegar de Babilonia, e hiciera una corona. Esta debía ponerla sobre la cabeza de Zorobabel, porque:

> El edificará el templo de Jehová, y él llevará la gloria, y se sentará y dominará en su trono, y será sacerdote en su solio; y consejo de paz será entre ambos a dos. (6^{13})

La corona sería conservada en el templo como un memorial de los donantes. Vendrían también otros y ayudarían en la construcción del templo (6^{9-15}). Como Aggeo, Zacarías estaba seguro de que Zorobabel estaba señalado para ser rey. Pero creía también que el sumo sacerdote sería su igual, en el mismo nivel de autoridad, representando el lado religioso de la teocracia. En lo que concernía a Zorobabel, este sueño no se cumplió nunca. Lo que le ocurrió a

él personalmente, no lo sabemos. Si fué trasladado por los persas, que habrían sabido de este movimiento, o si fué ejecutado, no podemos decirlo. Pero los persas nunca designaron otro gobernador davídico de Judá. El sumo sacerdote llegó a ser el único gobernador nativo. Alguien, atento a esto, cambió la corona de Zorobabel en coronas para Josué, y la cláusula "y Josué será sacerdote a su derecha" en "y un sacerdote sobre su trono", ¡tanto que nuestro actual texto hebreo es una profecía del gobierno del sumo sacerdote! Afortunadamente, la "corrección" no era consistente y quedaron algunos indicios denunciadores y la traducción griega fué realizada de un manuscrito en el que la profecía aún no había sido corregida, con el fin de ajustarla a la historia.[2]

El cuarto día del noveno mes del cuarto año de Darío (febrero del 518), se hizo una consulta a los sacerdotes y profetas sobre si debía ser guardado todavía el día de ayuno que conmemoraba la destrucción del templo. A esto contestó Zacarías que el pueblo no había ayunado para Jehová aquel día ni el día que conmemoraba la muerte de Gedalías; Jehová no estaba interesado en ayunos, sino en la justicia social, como lo habían predicado los primeros profetas. La negativa de los padres a escucharlos había traído el juicio sobre ellos. Jehová estaba ahora interesado seriamente en la restauración de Sión, y deseaba que Jerusalén llegara a ser "la ciudad de la verdad" y la colina del templo "la montaña sagrada". Iba a repoblar la ciudad con los desterrados que retornaban para que los ancianos y ancianas, los jóvenes y las jóvenes llenasen las calles con su graciosa presencia y su alegría desbordante. Todo esto vendría cuando el templo estuviese terminado. Que el pueblo trabaje diligentemente en su reconstrucción, y experimentará el favor de Jehová en ricas cosechas. Que sean veraces y pacíficos, y se abstengan de cometer fraudes, robos y perjurios. Pueden estar seguros de que estos días de ayuno, y también los otros que conmemoraban el comienzo del sitio de Jerusalén y el día de su caída, se volverán en festividades de gozo. Y más aún:

Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Aún vendrán pueblos, y moradores de muchas ciudades; y vendrán los moradores de la una a la otra, y dirán: Vamos a implorar el favor de Jehová y a buscar a Jehová de los ejércitos. Yo también

iré. Y vendrán muchos pueblos y fuertes naciones a buscar a Jehová de los ejércitos en Jerusalén, y a implorar el favor de Jehová. Así ha dicho Jehová de los ejércitos: En aquellos días acontecerá que diez hombres de todas las lenguas de las gentes, trabarán de la falda de un judío, diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros. (8^{20-23})

Solamente los primeros ocho capítulos del Libro de Zacarías son de este profeta. El resto es posterior. Lo que lo distingue entre los profetas es su serie de visiones. Aquí descubrimos su originalidad, pues realmente son un pequeño apocalipsis. Zacarías fué uno de los primeros escritores apocalípticos, aunque no el primero, porque Ezequiel lo precedió también en esto. Su gran dependencia de sus predecesores, su fusión de los intereses sacerdotales y proféticos, su amor por la alegoría, su creencia en la magia, todo lo cual demuestra que no fué un gran profeta, le hacen, sin embargo, más interesante por eso mismo. Sus escritos son en prosa, y exceptuadas las visiones, en una prosa poco notable. Como Ezequiel y Aggeo, fechó muy cuidadosamente las varias secciones de su libro. El hecho de que más tarde fuera puesto entre los libros canónicos, muestra que el pueblo había llegado a creer realmente "que Jehová de los ejércitos lo había enviado".

Aggeo y Zacarías habían trabajado arduamente por la reconstrucción del templo a fin de que Jehová tuviese una morada entre su pueblo. ¿Pero tenían razón en esto? No todos lo creían. Un profeta de profundo discernimiento espiritual cuya obra se conserva en Isaías 56^{9}-58^{12} 59^{1-15a} 65^{1-16} $66^{1-6,\ 15-18a,\ 24}$ declaraba, con el espíritu de los más grandes de los primeros profetas:

> Jehová dijo así: El cielo es mi solio,
> y la tierra estrado de mis pies:
> ¿dónde está la casa que me habréis de edificar,
> y dónde este lugar de mi reposo?
> Mi mano hizo todas estas cosas,
> y así todas estas cosas fueron, dice Jehová:
> mas a aquel miraré que es pobre
> y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra.
> El que sacrifica buey, como si matase un hombre;
> el que sacrifica oveja, como si degollase un perro;
> el que ofrece presente, como si ofreciese sangre de puerco;
> el que ofrece perfume, como si bendijese a un ídolo. (Isa. 66^{1-3a})

Debéis preparar una casa para Jehová, es verdad, pero no un templo hecho con las manos. Preparad vuestros corazones para él, por-

que él hace su morada con el pueblo de espíritu contrito y humilde. Todo el sistema sacrificial es más que inútil. Solamente la obediencia a su voluntad puede prevenir las calamidades que teméis. Estas valientes palabras pueden haberle conquistado al profeta mucha enemistad y odio. Porque Aggeo y Zacarías habían persuadido a los dirigentes con sus puntos de vista. Pero nuestro profeta también tenía adherentes, "que temblaban ante su palabra". ¡Fueron maltratados y aún excomulgados! Pero él los animó:

Oíd palabra de Jehová, vosotros los que tembláis a su palabra:
Vuestros hermanos los que os aborrecen,
y os niegan por causa de mi nombre, dijeron:
Glorifíquese Jehová.
Mas él se mostrará con alegría vuestra,
y ellos serán confundidos. (66[5])

El profeta no podía impedir la construcción del templo. Pero no abandonó su misión profética luego que estuvo construído. Como Miqueas, antaño, él había oído el llamado divino:

Clama a voz en cuello, no te detengas;
alza tu voz como trompeta,
y anuncia a mi pueblo su rebelión,
y a la casa de Jacob su pecado. (Isa. 58[1])

Y lo hizo. Les dijo que Jehová estaba ansioso de volver a su pueblo, pero que ellos tenían que preparar el camino y quitar todos los obstáculos.

Porque así dijo el Alto y Sublime,
el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo:
Yo habito en la altura y la Santidad,
y con el quebrantado y humilde de espíritu,
para hacer vivir el espíritu de los humildes,
y para vivificar el corazón de los quebrantados. (Isa. 57[15])

Pero para el malvado no hay paz (57[14] y sigs.). Que el pueblo no diga que Jehová es incapaz, ni que no desea ayudarlos, porque no es más que su corrupción moral lo que se lo impide.

Porque vuestras manos están contaminadas de sangre,
y vuestros dedos de iniquidad;
vuestros labios pronuncian mentira,
habla maldad vuestra lengua.

Por esto se alejó de nosotros el juicio,
y no nos alcanzó justicia:
esperamos luz, y he aquí tinieblas;
resplandores, y andamos en oscuridad. (Isa. 59[3, 9])

Su iniquidad social iba pareja con su mucho celo por el culto y las ordenanzas externas, especialmente los ayunos. En los mismos días de ayuno peleaban y reñían y agobiaban a sus obreros.

¿Es tal el ayuno que yo escogí,
que de día aflija el hombre su alma,
que encorve su cabeza como junco,
y haga cama de saco y de ceniza?
¿Llamaréis esto ayuno,
y día agradable a Jehová?
¿No es antes el ayuno que yo escogí,
desatar las ligaduras de impiedad,
deshacer los haces de opresión,
y dejar ir libres a los quebrantados,
y que rompáis todo yugo?
¿No es que partas tu pan con el hambriento,
y a los pobres errantes metas en casa;
que cuando vieres al desnudo, lo cubras,
y no te escondas de tu carne?
Entonces nacerá tu luz como el alba,
y tu salud se dejará ver presto;
e irá tu justicia delante de ti,
y la gloria de Jehová será tu retaguardia.
Entonces invocarás, y oirte ha Jehová;
clamarás, y dirá él: Heme aquí. (Isa. 58^{5-9a})

Aún vivía el espíritu de los antiguos profetas, pues ésta es religión profética. Si el pueblo dejara la opresión, el perjurio y la mentira, si mostrase misericordia y bondad, seguramente se efectuaría la grande y maravillosa restauración. ¡Pero solamente así!

Los profetas sabían que los dirigentes eran responsables en gran manera por la pobre condición del pueblo. Ellos debían haber sido sus guías espirituales pero fueron tan negligentes y egoístas que perdieron todo discernimiento espiritual y no vieron los peligros que invadían a la comunidad (56^{9}-57^{2}). Había un partido contra el cual no tomaban medidas estrictas estos dirigentes; eran adictos a la más nefasta apostasía religiosa y practicaban todos los ritos abominables de los antiguos cultos de la naturaleza, de Moloc, y de los misterios. El profeta no abrigaba esperanzas por ellos. Le parecía inútil llamar a este pueblo al arrepentimiento. Serían exterminados. El oyó en su espíritu el terrible tumulto en el templo, Jehová estaba próximo a destruirlos con fuego y espada. (Isa. $66^{6,\ 15\text{-}18a,\ 24}$).

Este profeta interpretó tan claramente el espíritu esencial de la

religión moral, que vacilamos en atribuirle dos secciones que ahora están relacionadas con su obra (Isa. 56^{1-8} $58^{13, 14}$). Por supuesto, después que el templo hubo sido construído, él debe haber aceptado lo inevitable y puesto su énfasis principal en la moralización y espiritualización del sistema religioso; y es verdad que el espíritu de universalidad de que está impregnado Isaías 56^{1-8} es afín con el suyo. Vimos en Aggeo la tendencia a la exclusión de aquellas personas que pudiesen profanar el santuario. Ese era el espíritu de Ezequiel, que se desarrollaba cada vez más: la santidad del pueblo que era una condición imperativa para el retorno de Jehová, podía ser mantenida solamente por la exclusión del templo de todos los extranjeros y los eunucos. El profeta que escribió Isaías 56^{1-8} protestó fuertemente contra esta actitud estrecha. No hay razón de ninguna clase para excluir a estos eunucos y extranjeros, si cumplen las obligaciones fundamentales de la religión de Jehová, pues la comunión con Dios no es cuestión de sangre o de perfección corporal. Si los eunucos guardan la ley moral, observan el sabat, y abrazan el pacto:

> Yo les daré lugar en mi casa,
> y dentro de mis muros, y nombre
> mejor que el de hijos e hijas;
> nombre perpetuo les daré
> que nunca perecerá (Isa. 56^{5})

Y "los extranjeros que se llegaren a Jehová para ministrarle, y que amaren el nombre de Jehová para ser sus siervos", y que observasen estas tres exigencias básicas:

> Yo los llevaré al monte de mi santidad,
> y los recrearé en mi casa de oración;
> sus holocaustos y sus sacrificios
> serán aceptos sobre mi altar;
> porque mi casa, casa de oración será llamada
> de todos los pueblos. (Isa. 56^{7})

El fuerte énfasis sobre el sabat es sorprendente. Durante el destierro había llegado a ser una de las señales distintivas del judaísmo. Ezequiel ya había dicho, "y diles también mis Sábados, que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico" (Ezequiel 20^{12}). En Isaías $58^{13, 14}$, el guardar el sabat dejando el trabajo, la diversión y la conversación vana, en sincera conformidad con el espíritu del día sagrado, es declarado como una

de las condiciones de la futura grandeza de Israel. Un creyente en las bendiciones de la verdadera observancia del sabat para la nación, insertó un largo pasaje en el Libro de Jeremías (17^{19-27}). Todos estos autores vivieron en el período cuando el escritor sacerdotal celebraba el sabat como la culminación de la creación en Génesis 2^{1-3} (véase cap. XVII).

Ahora, de pronto nos parece oir otra vez la voz de Déutero-Isaías, dulce y melodiosa, llena de gozo y consuelo, encantando al oyente por su belleza. Pero no era él mismo sino uno de sus discípulos, quien se había compenetrado del estilo y melodía de su maestro, aunque no de sus ideas más elevadas. Podemos llamarlo el Tercero o Trito-Isaías, aunque este nombre ha sido aplicado generalmente a todo el conjunto de Isaías 56-66, y no solamente a Isaías 59^{15b}-63^{6} 65^{17-25} $66^{7-14, 18b-23}$, porque se pensaba que un solo profeta era autor de todos esos capítulos. El se sentía enviado con la misma misión que su maestro, para consolar al pueblo e inspirarles fe en la venida de la gloriosa restauración. En un pasaje que más tarde Jesús habría de usar respecto a sí mismo, expresó así la conciencia de su misión profética:

> El espíritu del Señor Jehová es sobre mí,
> porque me ungió Jehová;
> hame enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos,
> a vendar a los quebrantados de corazón,
> a publicar libertad a los cautivos,
> y a los presos abertura de la cárcel;
> a promulgar año de la buena voluntad de Jehová,
> y día de venganza del Dios nuestro;
> a consolar a todos los enlutados;
> a ordenar a Sión a los enlutados,
> para darles gloria en lugar de ceniza,
> Oleo de gozo en lugar de luto,
> manto de alegría en lugar del espíritu angustiado;
> Y serán llamados árboles de justicia,
> plantío de Jehová, para gloria suya. (Isa. 61^{1-3})

Fué enviado a un pueblo descorazonado, que aún se sentía abandonado por Jehová (62^{4}), pues aunque se había erigido el templo, era una casa pobre sin esplendor ni gloria, y Jehová no había hecho su morada en ella. Jerusalén y las ciudades de Judá todavía no habían sido reconstruídas, los muros aún estaban en ruinas, y solamente una pequeña parte del pueblo vivía allí. Trito-Isaías afron-

tó esta condición y proclamó la maravillosa esperanza de Déutero-Isaías en palabras casi tan bellas como las de su maestro.

Levántate, resplandece; que ha venido tu lumbre,
y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti.
Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra,
y obscuridad los pueblos:

mas sobre ti nacerá Jehová,
y sobre ti será vista su gloria.
Y andarán las gentes a tu luz,
y los reyes al resplandor de tu nacimiento. (Isa. 60^{1-3})

Que Jerusalén levante su vista, y verá que vienen grandes caravanas trayendo a sus hijos desterrados e incalculables tesoros, la riqueza de las naciones. De todas partes vienen con plata y oro, incienso y rebaños para el templo de Jehová, que así será glorificado. En pleno éxtasis Trito-Isaías prevé el tiempo en que los extranjeros construyan las murallas de Jerusalén y los reyes le sirvan.

Tus puertas estarán de contínuo abiertas,
no cerrarán de día ni de noche;
para que sea traída a ti fortaleza de gentes,
y sus reyes conducidos. (60^{11})

Y vendrán a ti humillados
los hijos de los que te afligieron,
y a las pisadas de tus pies se encorvarán
todos los que te escarnecían. (60^{14})

Jerusalén será la señora de los pueblos. Toda nación que no la obedezca será destruída (60^{12}). No solamente los extranjeros reconstruirán las ciudades en ruinas, sino que:

Y estarán extranjeros, y apacentarán vuestras ovejas,
y los extraños serán vuestros labradores y vuestros viñadores.
Y vosotros seréis llamados sacerdotes de Jehová,
ministros del Dios nuestro seréis dichos. (Isa. $61^{5,6}$)

¡Cómo llena la mente del profeta el pensamiento del señorío! No aparece nunca la idea de Israel el siervo, como en el caso de Déutero-Isaías, ni la idea del sacerdocio de Israel implica mediación espiritual; es sólo otra manera de expresar el señorío de estos sacerdotes caballeros. Trito-Isaías perdió la gloria más elevada de su ideal. Sin embargo, no sólo este esplendor externo, esta riqueza, fertilidad y señorío coronarán la edad de oro de Sión, sino también gloria moral y espiritual.

Y pondré paz por tu tributo,
y justicia por tus exactores.
Nunca más se oirá en tu tierra violencia,
destrucción ni quebrantamiento en tus términos;
mas a tus muros llamarás Salud,
y a tus puertas Alabanza.
El sol nunca más te servirá de luz para el día,
ni el resplandor de la luna te alumbrará;
sino que Jehová te será por luz perpetua,
y el Dios tuyo por tu gloria.
No se pondrá jamás tu sol,
ni menguará tu luna;
porque te será Jehová por luz perpetua,
y los días de tu luto serán acabados.
Y tu pueblo, todos ellos serán justos,
para siempre heredarán la tierra;
renuevo de mi plantío,
obra de mis manos para glorificarme.
El pequeño será por mil,
el menor por gente fuerte.
Yo Jehová a su tiempo haré que esto sea puesto. (Isa. 60^{17b-22})

El profeta estaba lleno de una ansiosa anticipación. Intercedía constantemente ante Jehová en apasionada oración para que cumpliera su promesa de restauración.

Por amor de Sión no callaré,
y por amor de Jerusalén no he de parar. (Isa. 62^{1})
Sobre tus muros, oh Jerusalén,
he puesto guardas;
todo el día y toda la noche
no callarán jamás.
Los que os acordáis de Jehová,
no ceséis.
Ni le deis tregua,
hasta que confirme,
y hasta que ponga a Jerusalén
en alabanza en la tierra. (Isa. 62$^{6, 7}$)

Pero él sabía que el requisito previo para la restauración política y glorificación de Jerusalén era el aplastamiento de los poderes paganos. Y así anunció que Jehová mismo intervendría contra sus enemigos. Los grandes trastornos en el imperio persa, habían pasado. No había otro que como Ciro pudiera ser instrumento de Jehová en su juicio final de las naciones. Así Trito-Isaías con un espléndido despliegue de imaginación muestra al propio Jehová poniéndose la armadura para la batalla contra sus enemigos (Isa. 59^{15b-21}), y en un dramático poema de gran fuerza y esplendor describe el regreso de Jehová luego de haber hecho el juicio.

¿Quién es este que viene de Edom, de Bosra,
con vestidos bermejos?
¿éste hermoso en su vestido,
que marcha en la grandeza de su poder?
Yo, el que hablo en justicia,
grande para salvar.
¿Por qué es bermejo tu vestido,
y tus ropas como del que ha pisado en lagar?
Pisado he yo solo el lagar,
y de los pueblos nadie fué conmigo:
pisélos con mi ira,
y hollélos con mi furor;
y su sangre salpicó mis vestidos,
y ensucié todas mis ropas.
Porque el día de la venganza está en mi corazón,
y el año de mis redimidos es venido.
Y miré, y no había quien ayudara,
y maravilléme que no hubiera quien sustentase:
y salvóme mi brazo,
y sostúvome mi ira.
Y con mi ira hollé los pueblos,
y embriaguélos de mi furor,
y derribé a tierra su fortaleza. (Isa. 63^{1-6})

El terrible juicio de Jehová a las naciones forma ahora el preludio de los poemas de Trito-Isaías. Otros dos poemas suyos que describen la gloria del futuro, están colocados ahora en Isa. 65^{17-25} $66^{7-14, 18-23}$, mientras que las hermosas oraciones del destierro, de Isa. 63^{7}-64^{12}, están añadidas al grupo principal de poemas, muy apropiadamente por cierto, porque todavía tenían su profundo significado para esa época. En Isa. 65^{17-25} se predice la creación de una nueva tierra y un nuevo cielo. El tema central de la predicción, es la paz y el gozo imperturbable del pueblo.

Y alegraréme con Jerusalén,
y gozaréme con mi pueblo;
y nunca más se oirán en ella
voz de lloro, ni voz de clamor,
No habrá más allí niño de días,
ni viejo que sus días no cumpla:
porque el niño morirá de cien años,
y el pecador de cien años, será maldito. (Isa. $65^{19, 20}$)

Los hombres llegarán a una edad avanzada como en los días primitivos, a fin de que puedan gozar hasta la plenitud la felicidad de la nueva época. Todavía no es la inmortalidad lo que se espera; pero ya es una etapa en el camino hacia ella. La paz universal prevalecerá

aun en la naturaleza. Citando al primer Isaías concluye nuestro profeta:

> El lobo y el cordero serán apacentados juntos,
> y el león comerá paja como el buey;
> y a la serpiente el polvo será su comida.
> No afligirán, ni harán mal
> en todo mi santo monte, dijo Jehová. (Isa. 65^{25})

En la última sección (Isa. $66^{7-14, 18-23}$) la única idea nueva es la de que Jehová repoblará milagrosamente el país y elegirá sacerdotes levíticos de entre los desterrados que retornen. El pequeño número de habitantes había preocupado también a Zacarías. Para el nuevo templo eran necesarios muchos más sacerdotes. ¡Pero ya vendrían!

Trito-Isaías nunca se cansó de presentar al pueblo grandes esperanzas. Es bien cierto que le faltó la elevada visión de Déutero-Isaías, pero ¿quién puede sostener que su actividad no fuera de capital importancia? ¿no puso una nueva esperanza en los corazones de su pueblo? ¿No los impulsó siempre a mirar más allá de las viles inquietudes del presente y la desalentadora pequeñez del día, hacia el futuro de oro en el que la vida sería glorificada, las tristezas y zozobras olvidadas, y el gozo y la paz serían sin fin? Ciertamente es obra digna de un verdadero profeta la de llenar los corazones de los hombres con un divino descontento por el presente, una ardiente esperanza para el futuro, y una firme creencia en Dios y en el seguro cumplimiento de su propósito.

El sentimiento de que Jehová aún no había hecho su morada en el templo afligía a muchas almas, y mientras los dirigentes espirituales buscaban la explicación en la condición moral de la comunidad, otros creían que debía haber alguna razón externa para ello. Algunos estaban atribulados por la pérdida del arca que había sido el trono de Jehová en el lugar santísimo del primer templo. Había sido destruída en el 586 y aún no había sido restaurada en el 516. ¿No era ésta probablemente la causa de la demora de Jehová en volver a su pueblo? Un profeta desconocido contestó esta pregunta en un oráculo que ha sido insertado en el libro de Jeremías (3^{14-18}).

> Y acontecerá, que cuando os multiplicareis y creciereis en la tierra, en aquellos días, dice Jehová, no se dirá más: Arca del pacto de Jehová; ni vendrá al pensamiento, ni se acordarán de ella, ni la visitarán, ni se hará más. En aquel

tiempo llamarán a Jerusalén Trono de Jehová, y todas las gentes se congregarán a ella en el nombre de Jehová en Jerusalén: ni andarán más tras la dureza de su corazón malvado. (Jer. $3^{16, 17}$)

En Isaías 34 y 35 tenemos dos profecías que suenan como si hubiesen sido escritas por Trito-Isaías, y si no por él, por otro discípulo de Déutero-Isaías. La milagrosa transformación del desierto, y el maravilloso camino real que corre a través de él, son descriptos con frases de Déutero-Isaías. Es una pintura resplandeciente cuyo brillo es acrecentado por el fondo obscuro sobre el cual ha sido pintada, pues la primera de las dos profecías trata del castigo de Edom (Isa. 34). En forma impresionante comienza el profeta con el juicio de Jehová sobre las naciones, el cielo y la tierra. Los ejércitos paganos serán destrozados:

Y los montes se desleirán por la sangre de ellos.
  Y todo el ejército de los cielos se corromperá,
y plegarse han los cielos como un libro:
  y caerá todo su ejército,
como se cae la hoja de la parra,
  y como se cae la de la higuera. (Isa. 34^{3b-4})

Pero todo esto no es más que el comienzo. Para nuestro profeta, el juicio del mundo era de mucha menor importancia que el destino de Edom, por cuanto odiaba a Edom con un odio terrible y atribuía su propio deseo de venganza a Jehová, el cual vengaría a Jerusalén destruyendo a Edom tan terriblemente que llegaría a ser un verdadero infierno, poblado únicamente por toda clase de animales inmundos. Nunca pasó por la mente de este profeta la idea de que estaba degradando a Jehová hasta el nivel de su propia crueldad.

En realidad, los edomitas habían dado a los judíos justa razón para la venganza. En 586 cuando cayó Jerusalén, se habían puesto de parte de los enemigos, habían entrado y saqueado con ellos la santa ciudad, se habían burlado de los judíos, habían atajado a los fugitivos en el cruce de los caminos y los habían entregado a los caldeos. ¿Es extraño entonces que los judíos se regocijaran cuando llegaron las noticias de que Edom era presionado fuertemente por los árabes, y de que eran arrojados de su país? Abdías, un hombre de espíritu apasionado y ardiente patriota, publicó gozosamente un terrible poema de odio. Usó como texto un antiguo oráculo de la

caída de Edom (ver. 1-4, 8, 9) y mostró muy vívidamente, parte en palabras del antiguo oráculo (ver. 5-7), cómo se había cumplido (Ab. 1 1-14, 15b).

> Como tú hiciste
> se hará contigo:
> tu galardón volverá
> sobre tu cabeza. (Ab. 1 15b)[3]

Otro escritor, cuya profecía fué incorporada más tarde en el libro de Jeremías (49 7-22) también usó el antiguo oráculo para su propia predicción del castigo de Edom. Pero había a lo menos en sus palabras un rasgo atenuante de lástima por las viudas y los niños edomitas desamparados:

> Deja tus huérfanos,
> yo los criaré;
> y en mí se confiarán tus viudas. (Jer. 49 11)

Esta nota de simpatía es aún más pronunciada en la hermosa profecía de Isaías 15 y 16 contra Moab, que también estaba amenazado por la invasión nabatea. No solamente se exhorta aquí a Judá a dar refugio y protección a los fugitivos moabitas, sino que el profeta mismo llora amargamente:

> Por tanto mis entrañas sonarán como arpa acerca de Moab,
> y en mí se confiarán tus viudas. (Jer. 49 11)

Se siente que el autor está unido a Moab por lazos de simpatía y amistad, quizás aún lazos matrimoniales. Raramente exhibió un profeta tales sentimientos de compasión por la desgracia de un enemigo de su país.

En este mismo período un redactor profético añadió la conclusión del libro de Amós (9 8b-15) e hizo que aquel atroz libro de juicio terminara con una preciosa visión de esperanza y de luz. Después que hayan retornado a sus hogares los desterrados completamente depurados de sus malos elementos, será restablecida la dinastía davídica; Edom y todos los territorios que algún tiempo hubieran pertenecido a Israel, serán reconquistados; y prevalecerá una maravillosa fertilidad.

> He aquí vienen días, dice Jehová,
> en que el que ara alcanzará al segador,
> y el pisador de las uvas al que lleva la simiente;
> y los montes destilarán mosto,
> y todos los collados se derretirán. (Amós 9 13)

Los desterrados, todos participarán en la obra y en los frutos de la restauración y nunca más serán deportados de su patria. Es muy posible que este autor añadiese el oráculo contra Edom en el famoso discurso con que comienza el libro de Amós ($1^{11, 12}$).

Edom no había sido la única culpable en el funesto año de 586. Moab y Ammón también se habían burlado de los infelices judíos y los habían denigrado. Ya Ezequiel había pronunciado sobre ellos terrible juicio. Un redactor del libro de Sofonías insertó una profecía contra ellos en 2^{8-11}, prediciendo la perpetua desolación de sus tierras a causa de su conducta despreciativa hacia los judíos, quienes llegarían a ser sus señores.

> El resto de mi pueblo los saqueará,
> y el resto de mi gente los heredará. (Sofonías 2^{9b})

En la profecía contra Filistia (Sof. 2^{4-7}) el redactor interpoló las líneas:

> Y será aquella parte para el resto de la casa de Judá. . .
> Porque Jehová su Dios los visitará, y tornará sus cautivos. (2^{7ac})

La venganza y la exaltación nacional son los principios fundamentales de estas esperanzas. Pero junto a ellas hay una nota más elevada:

> Terrible será Jehová contra ellos,
> porque enervará a todos los dioses de la tierra;
> y cada uno desde su lugar se inclinará a él,
> todas las islas de las gentes. (Sof. 2^{11})

Infortunadamente este principio está ausente en la otra predicción que ahora está insertada en Isaías 11^{11-16}, donde se predicen el retorno de los desterrados de todas las regiones de la tierra y su conquista de Filistia, Edom, Moab y Ammón. Es una lástima que se haya dado tanto espacio a estas esperanzas puramente nacionales.

Después de la dedicación del templo, el pueblo se había mostrado celoso en el cumplimiento de sus deberes del culto. Pero no pasó mucho tiempo sin que surgieran dificultades, que el entusiasmo del primer momento había evitado fácilmente. El mantenimiento del templo y su culto era costoso, el pueblo era pobre, y ningún rey ni gobierno pagaba el costo del templo y su clerecía. Las malas épocas y los pesados impuestos hacían aún más difícil la situación,

tanto que a veces demoraban o rehusaban dar sus diezmos, y llevaban animales inferiores en lugar de los perfectos que habían dedicado. Los sacerdotes no tenían tampoco corazón o autoridad para obligarlos a una observancia más estricta de sus deberes religiosos, con el resultado de que su propia posición e influencia se quebrantaban. Los hechiceros, por otra parte, obtenían una buena cosecha, porque como ocurre siempre en las malas épocas, el pueblo ignorante era fácilmente arrastrado por la idea de mejorar su fortuna por arte mágica o revivir sus esperanzas por la clarividencia. La costumbre creciente de hacer casamientos con extranjeros constituía otro serio problema para la pureza religiosa y la devoción. Al vivir entre los descendientes del pueblo que habían ocupado el país después del 586, los judíos se habían mezclado con ellos y hecho casamientos mixtos. Sus hijos a veces hablaban el dialecto de las madres más bien que el hebreo. La pureza de la sangre judía estaba viciada y socavada la devoción a Jehová. Sucedía que los judíos se enamoraban de las jóvenes y bellas extranjeras, divorciándose entonces de sus esposas judías, si es que no se entregaban simplemente al adulterio Desgraciadamente, medraban todas las injusticias sociales. El rico oprimía a los trabajadores y a las pobres clases indefensas, las viudas, los huérfanos y los extranjeros. Había mucha mentira y robo, blasfemia y perjurio. Y, como sucede tan a menudo, el malvado prosperaba, mientras el justo sufría dificultades de toda clase. No es extraño que muchos empezaran a dudar del amor y la justicia de Dios, preguntando si después de todo valía la pena ser religiosos. Tales fueron las condiciones que afrontó Malaquías.

No sabemos su verdadero nombre, ya que el de "Malaquías" que significa "mi mensajero", se le atribuyó por una interpretación errónea de su profecía, "He aquí, yo envío mi mensajero" (3^1), que fué tomada como refiriéndose al profeta mismo. Apareció cerca del año 460, y arguyó con el pueblo, presumiblemente en el templo, en serio debate acerca de estos problemas, analizándolos punto por punto, expresando la posición del pueblo y dando entonces su respuesta. En primer lugar, al menos según el orden de su libro, insistió en el amor de Jehová por Israel probándolo ante el pueblo que lo había desafiado a señalar una evidencia de su amor, llamándole

la atención sobre la terrible catástrofe que le había sobrevenido a Edom:

¿En qué nos amaste? ¿No era Esaú hermano de Jacob, dice Jehová, y amé a Jacob. Y a Esaú aborrecí, y torné sus montes en asolamiento? (Mal. $1^{2b, 3a}$)

Malaquías conocía a sus oyentes. Ellos odiaban profundamente a Edom y su castigo los llenó de gozo y satisfacción, y fué para ellos realmente una prueba del amor de Jehová por Israel. Fué un argumento eficaz, especialmente siendo seguido por la predicción de que toda tentativa de restablecimiento por parte de Edom sería frustrada por la eterna ira de Jehová hacia ellos. Para nosotros el gozo por la caída de Edom es bien inteligible, pero nos repugna atribuirlo al odio de Jehová. El excesivo antropomorfismo lo hacía posible entonces.

En seguida Malaquías consideró la cuestión de los sacrificios inferiores, acusó a los sacerdotes de menospreciar la obligación de hacer ofrendas perfectas.

Y cuando ofrecéis el animal ciego para sacrificar, ¿no es malo? asimismo cuando ofrecéis el cojo o el enfermo, ¿no es malo? Preséntalo pues a tu príncipe: ¿acaso se agradará de ti, o le serás acepto? dice Jehová de los ejércitos. (Mal. 1^{8})

Cuanto menos que un mero gobernador, puede agradarse Jehová con él.

Porque yo soy Gran Rey, dice Jehová de los ejércitos y mi nombre es formidable entre las gentes. (Mal. 1^{14b})

Lleno de indignación, el profeta exclama:

¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas o alumbre mi altar de balde? Yo no recibo contentamiento en vosotros dice Jehová de los ejércitos, ni de vuestra mano me será agradable el presente. (Mal. 1^{10})

Jehová no tiene ninguna necesidad del templo de Jerusalén.

Porque desde donde el sol nace hasta donde se pone, es grande mi nombre entre las gentes; y en todo lugar se ofrece a mi nombre perfume y presente limpio; porque grande es mi nombre entre las gentes, dice Jehová de los ejércitos. (Mal. 1^{11})

Según esto, los paganos traen todos sus sacrificios a Jehová, puesto que él es la única realidad que está detrás de todos los dioses que son adorados, y sus sacrificios son más puros y más aceptables que los

de los judíos. Después de Déutero-Isaías no es raro que un profeta llegara a esta conclusión.[4] Sin embargo, no debe exagerarse su significado, porque Malaquías nunca pensó en la conversión o redención de los paganos, y según él Jehová "odia" a Edom. Tenía la intención de presentar la verdad de que Jehová no tiene ninguna necesidad de los sacrificios impuros del templo de Jerusalén, ¡él recibe suficientes ofrendas, y puras, en todo el mundo! Es notable que para Malaquías el culto sea tan importante. Los profetas anteriores al destierro habían repudiado todo el sistema sacrificial; Malaquías creía en su eficacia y valor. Insistía sin embargo en los sacrificios verdaderos, y señalaba, detrás de las ofrendas impropias, al espíritu de irreverencia, fraude y avaricia que las impulsaba. Mejor que ofrendas de esta clase, que no dieran ninguna y que cerraran también el templo.

Casi parece que Malaquías fuese él mismo un sacerdote, porque al volverse ahora contra los sacerdotes, nadie podría ser más duro en su juicio, pero ¿no era sólo porque nadie tenía un ideal más alto del sacerdocio?

> Mi pacto fué con él de vida y de paz, las cuales cosas yo le di por el temor: porque me temió, y delante de mi nombre estuvo humillado. La ley de verdad estuvo en su boca, e iniquidad no fué hallada en sus labios: en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad. Porque los labios de los sacerdotes han de guardar la sabiduría, y de su boca buscarán la ley; porque mensajero es de Jehová de los ejércitos. (Mal. 2^{5-7}).

Por causa de que los sacerdotes no se elevan hasta su ideal, es que han llegado a ser "despreciables y bajos en la vista del pueblo".

El problema del matrimonio con mujeres extranjeras es comentado por el profeta con la pregunta:

> ¿No tenemos todos un padre? ¿No nos ha creado un Dios?

Esperaríamos que partiendo de esta fraternidad universal sancionara la costumbre del matrimonio con los de otras naciones. Pero lejos de ello, Malaquías continúa,

> ¿Por qué menospreciaremos cada uno a su hermano, quebrantando el pacto de nuestros padres? (Mal. 2^{10}).

Es fraternidad de todos los judíos, no de todos los hombres, lo que él pensaba y se deduce de ella la obligación de mutua fidelidad entre

los judíos. Algunos judíos habían violado la santidad de Jehová casándose con "la hija de un Dios extraño" y divorciándose traidoramente de las esposas de su juventud. No se habían cuidado de tener "simiente piadosa", hijos de esposas de su propia raza y religión. Con bastante veracidad, pudo decirse de algunos:

Pues qué ¿no hizo él uno solo aunque tenía la abundancia del espíritu? ¿Y por qué no? Para que procurara una simiente de Dios. Guardaos pues en vuestros espíritus, y contra la mujer de vuestra mocedad no seáis desleales... Y cubra la iniquidad con su vestido, dijo Jehová de los ejércitos. (Mal. $2^{15, 16b}$)

En seguida viene el asunto de la justicia de Dios. El pueblo decía, "Todo el que hace mal, es bueno a la vista de Jehová, y él se deleita en ellos", o "¿dónde está el Dios de justicia?" La respuesta fué la predicción del inminente juicio de Israel en el que el sacerdocio será purificado de todos sus bajos elementos y restaurado a su verdadero ideal, y el malvado será castigado.

He aquí yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí: y luego vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Y quién podrá sufrir el tiempo de su venida? o ¿quién podrá estar cuando él se mostrará. Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y sentarse ha para afinar y limpiar la plata: porque limpiará los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata; y ofrecerán a Jehová ofrenda con justicia. Y será a Jehová la ofrenda de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados y como en los años antiguos.

Y llegarme he a vosotros a juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros; y contra los que juran mentira, y los que detienen el salario del jornalero, de la viuda, y del huérfano, y los que hacen agravio al extranjero, no teniendo temor de mí, dice Jehová de los ejércitos. (Mal 3^{1-5})

Este no es el juicio de las naciones, sino de su propio pueblo y se hace una clara distinción entre el individuo justo y el malvado. Jehová está cansado de que se diga que él no hace tal distinción.

Después de tratar una vez más la cuestión de los diezmos retenidos y prometer gran fertilidad y la protección divina de la cosecha si traen los diezmos al templo, vuelve otra vez Malaquías a la versión popular de que la religión no vale la pena:

Habéis dicho: Por demás es servir a Dios; ¿y qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos tristes delante de Jehová de los ejércitos? Decimos

pues ahora, que bienaventurados los soberbios, y también que los que hacen impiedad con los prosperados; bien que tentaron a Dios, escaparon. (Mal. $3^{14, 15}$)

Malaquías hizo notar que "ellos temían a Jehová", pues hablaban entre ellos del asunto, y que Jehová tenía "un libro de memoria" escrito para ellos y prometió perdonarlos el día en que todos los impíos fueran quemados desde las raíces:

Mas a vosotros los que temeis mi nombre, nacerá el Sol de justicia y en sus alas traerá salud: y saldréis y saltaréis como becerros de la manada. Y hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día que yo hago, ha dicho Jehová de los ejércitos. (Mal. $4^{2, 3}$)

¡Entonces sabrán que Jehová hace diferencia entre el justo y el impío y que vale la pena servirle!

Hay un frescor en los vivos debates del pequeño libro, que hace que su lectura sea interesante. Está escrito en prosa que a veces toma el movimiento rítmico de la poesía. Cuánta impresión causaría en el pueblo la intensa formalidad de este profeta sacerdotal, no lo sabemos. Las fuerzas económicas a las que se opuso eran demasiado fuertes. Más que la predicación de un profeta hacía falta cambiar esas condiciones. Era necesaria una ayuda exterior. Y ésta llegó con Nehemías y Esdras y el gran cuerpo de celosos judíos que vinieron con ellos de Babilonia. Pero Malaquías les había preparado el camino.

Capítulo XVII

EL CODIGO SACERDOTAL Y LOS REDACTORES SACERDOTALES

El cambio de apreciación respecto al templo y su culto por parte de los primeros profetas posteriores al destierro, fué debido al espíritu de la época. Ezequiel había visto (en sus visiones) que la restauración de Israel y de su religión debía centralizarse alrededor del templo. Cuando los judíos volvieron de la cautividad, encontraron que esto era verdad: el templo era el fundamento y la razón de ser de la nueva comunidad. Tanto los profetas como los sacerdotes creían que el celo por el templo y su culto encendería el entusiasmo por Jehová; que el ritual religioso sería el mejor medio para avivar y alimentar el espíritu de la verdadera religión moral. Más aún, ahora que Judá ya no era una nación sino una provincia persa, su única esperanza de independencia y organización efectiva estaba en la religión, en la cual por regla general no intervenía el gobierno persa. Por lo tanto, Judá tiene que ser organizado como una teocracia, la que debe estar simbolizada y realizada en el gobierno de los sacerdotes. Estos deben ser los dirigentes, y el Sumo Sacerdote como representante directo de Dios, la cabeza visible del pueblo.

Ezequiel y el compilador del Código de Santidad, habían comenzado ya a observar el ritual del templo; otros les siguieron, y todos ellos contribuyeron a la compilación, sistematización y reforma de las leyes y costumbres de acuerdo a las condiciones diferentes de Judá. El resultado fué la Ley Sacerdotal o Código Sacerdotal, abreviado *P*, en el cual un autor de la escuela sacerdotal, alrededor del año 500 a. de J. C., reunió los frutos de esta obra y los presentó al pueblo. Actualmente constituye uno de los cuatro grandes documentos del Hexateuco y se lo reconoce fácilmente por su estilo, su forma de presentación, y su punto de vista. Su estilo es serio, preciso, árido, lleno de modismos fraseológicos que lo distin-

guen ampliamente de los otros documentos. Abundan listas de genealogías, medidas exactas y datos cronológicos. Su presentación y su punto de vista son especificados por los intereses sacerdotales y legales. El nombre "Código Sacerdotal", apropiado como es, puede sin embargo estar mal aplicado, porque no era meramente un libro de ley, sino que combinaba la historia con la ley, y el autor escribió para el pueblo, no para los sacerdotes, deseando enseñarles la autoridad y la importancia de las instituciones religiosas de Israel, a fin de inducirles al arrepentimiento y a una aceptación sincera de todo el aparato del culto, único medio por el cual, según su concepto, podía lograrse la salvación. La historia estaba completamente subordinada a este fin.

P comienza con un relato maravillosamente impresionante y majestuoso de la creación del mundo. Su interés sacerdotal aparece en seguida, puesto que el climax de toda la creación es el Sabat. Dios "descansó el séptimo día de toda la obra que hizo, y Dios bendijo el séptimo día y lo santificó". El Sabat quedó así incrustado en la misma constitución del mundo; ¡es uno de sus fundamentos! En la forma sumaria de una genealogía, *P* llevó rápidamente la historia del mundo hasta Noé, donde se detuvo para narrar la historia del diluvio, por cuanto culminaba con las llamadas leyes de Noé que prohibían matar y comer sangre a todo el género humano. En la lista de las naciones resumió el período desde el diluvio hasta Abram[1] y dió entonces una breve historia de Abram[2], poco menos completa que en los relatos del origen de la circuncisión (Gén. 17) y de la adquisición del cementerio en Hebrón (Gén. 23). La circuncisión, como el Sabat, era para *P* una de las instituciones religiosas más significativas de Israel porque durante el destierro y la dispersión, ambas eran las señales distintivas del pacto, por las cuales podía ser reconocido el judío. La compra del cementerio era tan importante para *P*, porque por eso Israel estaba unido a Canaán; aquí estaba su hogar porque aquí habían sido sepultados sus antecesores. *P* tenía sólo una genealogía de Isaac ($25^{19, 20, 26b}$). En el relato de Jacob dió énfasis al deber imperativo de conservar la pureza de la sangre y expresó su oposición al matrimonio con los cananeos. Jacob fué enviado a sus parientes en Siria para casarse

entre los de su propio pueblo (28[1-9]). En contraste se mencionan los matrimonios de Esaú con mujeres extranjeras (26[34,35]); aparte de esto, de Esaú solamente se da su establecimiento en el monte Seir y su genealogía (36[6-8, 40-43]). La historia ulterior de Jacob, su muerte en Egipto y su entierro en Macpela, fué narrada en pocos versículos y está entretejida con el relato de José[3].

Los sucesos siguientes fueron tratados de la misma manera. Después de un breve relato de la opresión de Israel en Egipto, *P* habla del llamado de Moisés, a quien fué revelado por primera vez el nombre de Jehová y con él, la revelación final y completa de su voluntad; a continuación narra el envío de Moisés a Faraón y el relato de las plagas[4]. En el éxodo de Egipto, lo que a *P* le interesaba era la institución de la Pascua (Ex. 12[1-14, 28]). Un rápido bosquejo del éxodo, en el cual los únicos pasajes elaborados[5] son el pasaje del Mar Rojo y la dádiva del maná, nos lleva hasta el monte Sinaí en menos de una docena de frases adicionales[6]. Aquí Moisés ascendió al monte (24[15-18a]) y comienzan las grandes secciones de la ley.

Primero se dan las leyes del santuario con todos sus ornamentos y las de la institución del sacerdocio (Ex. 25-29) y su ejecución aparece en el curso de Ex. 35-40 y Lev. 8, 9. Jehová había sancionado solamente un santuario. Por consiguiente, *P* creía que debía haber existido aún en el tiempo de Moisés en el tabernáculo. Jehová había consagrado como sus sacerdotes legítimos sólo a Aarón y sus hijos, especialmente a Eleazar e Itamar. En el relato de los hijos de Aarón, Nadab y Abihú, *P* cuenta como fueron exterminados estos sacerdotes por sus ofrendas de incienso no autorizadas (Lev. 10[1-5]). La porción de la ofrenda de harina que pertenecía a los sacerdotes fué determinada definidamente (Lev. 10[12-15]), y fué fijado por los días del mes un calendario de días sagrados y de festividades (Lev. 23[4-8, 13, 14, 21, 23-28, 39b]).

Luego se reanuda la narración. El pueblo fué contado, fueron asignados sus lugares en el campamento y en la marcha; también fueron contados los Levitas y se les señaló sus varias obligaciones[7]. Después de la partida de Sinai, fueron narrados extensamente los relatos de los espías con la negativa del pueblo de invadir el país; de la rebelión de Coré y su compañía y de la aprobación divina del

sacerdocio de Aarón demostrada por el retoño de su vara.[8] Las leyes concernientes a los deberes y derechos de los sacerdotes y los Levitas fueron insertadas apropiadamente en este lugar[9]. Después del milagroso surgimiento del agua en la roca, de la muerte de Aarón y de la investidura de Eleazar, el pueblo llegó en tres etapas a las llanuras de Moab[10]. Aquí Moisés asignó a Rubén y Gad sus territorios, definió los límites del territorio de todo Israel, nombró los jefes que debían distribuir todo el país, y señaló las ciudades de refugio[11]. Después siguiendo la orden de Jehová, ascendió al monte Nebo para contemplar el país, y luego murió. Josué fué su sucesor[12].

P contó muy brevemente la conquista de Canaán. Además del cruce del Jordán y la Pascua en Gilgal, tenemos solamente de *P* la designación de los gabaonitas como leñadores y aguateros de Israel y un resumen de los reyes cananeos derrotados[13]. Sin embargo, dió en detalle[14] la distribución de la tierra entre las tribus, para que toda la extensión del territorio de Israel pudiera estar delante del lector. Esto era de mucha importancia para *P*, pues creía que todo el territorio pertenecía a Israel como una posesión inalienable y que les sería otra vez restaurado por Dios en el futuro. Israel y el país se pertenecían mutuamente.

Aún en este resumen es evidente que *P* se sirvió de la historia meramente para enseñar el origen y la santidad de los varios ritos e instituciones. Conocía las enseñanzas de los babilonios sobre las cuatro épocas del mundo pero las veía desde su punto de vista sacerdotal: en la creación fué instituído el Sabat; después del diluvio fué impuesta la prohibición de comer sangre; en la época de Abram, la circuncisión; en la época de Moisés, la Pascua. Estos cuatro períodos fueron cuatro etapas en la revelación de la voluntad de Dios; la última marcaba el climax, porque a Moisés fué dada la revelación final, la perfecta ley de Dios.

El Código Sacerdotal en su forma original estuvo completo alrededor del año 500 a. de J. C. o un poco después. Cuando fué adoptado por la solemne asamblea del pueblo bajo la dirección de Esdras (Neh. 8-10) como parte de la ley fundamental del estado-iglesia de Judá, ya le había sido incorporado el Código de Santidad

(Lev. 17-26), por supuesto, con las modificaciones características y los agregados que lo pusieran en armonía con *P*. Que el mismo Esdras fuera el autor de su inserción, o de alguna parte de la composición de *P*, no lo sabemos. Había habido un principio y poco después de Esdras fueron introducidos muchos más agregados. Era una época en que había gran interés por tales asuntos. El templo con su culto era el centro de la vida del pueblo, y con ellos, el cuidado de la santidad ritual del pueblo. Había sido preparada una colección de leyes concernientes a los sacrificios (Lev. 1-7) y otra sobre la purificación ritual (Lev. 11-15). Con el correr del tiempo éstas fueron incorporadas a *P*, porque eran parte de la ley sacerdotal. Igualmente las leyes sobre los nazareos (Núm. 6), sobre las presuntas adúlteras (Núm. 5^{11-31}), y sobre la purificación por las cenizas de una novilla roja (Núm. 19). Cuando el día de la expiación llegó a ser el climax de un gran sistema de expiación, fué introducido también el ritual respecto al mismo (Lev. 16). La institución posterior del año del jubileo estaba relacionada con el año sabático, como el año quincuagésimo[15] después de un ciclo de siete años sabáticos. Había, además, una cantidad de puntos que necesitaban una legislación adicional. Así la ley sobre los sacrificios de Núm. 15^{1-31} fué agregada como un suplemento a Lev. 1-3; la ley sobre las transgresiones de Núm. 5^{5-10} a Lev. 5^{20-26}; y la ley de Núm. 28 y 29 que contenía las instrucciones para los sacrificios en las fiestas al calendario de fiestas en Lev. 23. En Lev. 27 y Núm. 30 se suministró un tratado detallado de los votos y diezmos. Ciertos casos no previstos en la ley debieron ser decididos por una legislación adicional; p. ej., ¿qué debía hacerse si a uno le acontecía estar impuro o de viaje en tiempo de la fiesta de la Pascua (Núm. 9^{1-14})? o ¿qué debía hacerse con la herencia, si no había ningún heredero varón en la familia? ¿podían heredar las hijas? (Núm. 27^{1-11}). El interés en el santuario fué la causa de muchas otras adiciones y elaboraciones, tanto en las leyes del santuario (Ex. 25-29)[16] como en la descripción de su aplicación (Ex. 35-40)[17]. El interés en el sacerdocio llevó a introducir la prohibición a los sacerdotes de beber vino u otra bebida alcohólica antes de los servicios en el templo (Lev. 10^{6-11}) y de varias reglas respecto a los levitas[18], las que fue-

ron incorporadas en diversas ocasiones por diversos escritores sacerdotales. La tendencia de la época era a elevar el ritual, para lo cual era necesario toda esta legislación suplementaria que modificaba la antigua ley, aplicándola a las nuevas condiciones o armonizando las diferencias. Es muy natural que las secciones narrativas no fueran muy aumentadas. Unas pocas genealogías y listas; los relatos del apedreamiento de un hombre por blasfemia y de otro por haber transgredido el sabat[19]; el orden de la marcha; agregados al relato de Coré; los relatos del celo de Finees y del raid contra Madián; el registro de las jornadas de Israel; la asignación de territorio por Moisés a los hijos de Maquir; y la historia del altar al otro lado del Jordán[20], son los principales agregados a la narración de *P*.

La obra de suplementación duró mucho tiempo. Todavía no estaba terminada en la época de la traducción del Pentateuco al griego, alrededor del año 250 a. de J. C. Desgraciadamente, no hubo ningún plan inteligente en el proceso de incorporación de todos estos elementos adicionales. En ciertos casos, sin embargo, es bien claro por qué una sección particular fué insertada justamente donde está ahora. Así, por ej., el código sacrificial de Lev. 1-7 fué introducido antes de Lev. 8 porque en la consagración de Aarón y sus hijos se mencionan ciertos sacrificios que venían bien después de la información anterior sobre su carácter. A pesar de ello, Lev. 1-7 interrumpe la relación original entre Ex. 40 y Lev. 8. En muchos casos no comprendemos la razón por la cual se hizo una inserción justamente en determinado lugar. El resultado es que la clara ordenación del original del documento *P* ha dado lugar a un conglomerado, y la incorporación de tanto material sacerdotal, ha tendido también a obscurecer el hecho de que la intención de *P* era que su libro no fuera para los sacerdotes sino para el pueblo, como un manual popular de ritos e instituciones religiosas.

El estilo de toda esta literatura sacerdotal es bien uniforme y estereotipado como el de una escuela. Es por lo general árido y prosaico, dado a las fórmulas específicas y declaraciones precisas y sistemáticas. En el relato de la creación, esta misma cualidad acrecienta la dignidad de la narración, tanto que la eleva a una majestuosa grandeza; pero es una excepción. El estilo es tan bien marcado que

es muy fácil, aun para un principiante, separar la obra sacerdotal. El deseo de precisión y exactitud de *P* está bien ilustrado en las fechas y cifras exactas que da. Pero, por exactas que parezcan ser, se tornan del todo inciertas. Toda la cronología del Pentateuco se debe a un sistema artificial definido. La edad exacta de los antediluvianos no fué, por supuesto, transmitida por una tradición digna de confianza, sino que fué una adaptación de un primitivo esquema cronológico babilonio, que *P* utilizó de tal manera que la constante disminución de años de sus vidas sirviera como indicación de la constante y creciente pecaminosidad del género humano. Porque la larga vida era relacionada siempre con la piedad; cuanto más piadoso era un hombre, tanto más viviría. Difícilmente se podría suponer que Noé llevara un diario de navegación en el cual anotaba ciertos días señalados la distancia recorrida. ¡Cuán inteligentemente se utilizan estos datos para demostrar que la inundación duró todo un año solar! Más aún, puede demostrarse que en Núm. 1^{46} *P* llegó a la cantidad exacta de 603.550 para todo Israel por medio del sistema favorito y artificial de calcular, llamado gematría: fué sumado el valor numérico de las consonantes de *rosh Kol benê Yisra'el* = "la suma de todos los hijos de Israel", *rosh Kol* = 551, *benê Yisra'el* = 603; este último número fué multiplicado por 1000 = 603.000, y le fué agregado 551 (= *rosh Kol*) = 603.551; en números redondos, 603.550.

El espíritu de que está compenetrado *P* no es menos marcado que el estilo. Toda la vida es considerada desde el punto de vista religioso, o más bien sacerdotal. Los escritores eran sacerdotes, y su ideal era la teocracia con el implícito gobierno de los sacerdotes. Sus ideas teológicas eran mucho más avanzadas que las de *JE*. No hay más que comparar los dos relatos de la creación (Gén. $1\text{-}2^{4a}$ *P*, Gén. $2^{4b\text{-}24}$ *J*) para notarlo. Las ingenuas representaciones de Dios, tan notables en *J*, ya no eran posibles. Dios había sido exaltado demasiado. El largo proceso de purificación de los antiguos cuentos de todas las ideas inferiores y paganas fué llevado por *P* a una feliz terminación. Muchas cosas debieron ser rechazadas por incompatibles con la ética y la teología de *P*. Pero es notable que la victoria sobre las prácticas religiosas más bajas y extranjeras no fué ganada

por el repudio radical sino por una cuidadosa reinterpretación. En esto *P* siguió el método de *JE*, más bien que el de *D*.

P estaba interesado especialmente en la enseñanza de la ley. Pero aunque la ley era tanto moral como ritual, *P* no desarrolló el lado moral, puesto que su interés primario era ritual. No que no considerase esencial la moral; la daba por sentada. La incorporación de las leyes morales y sociales de Lev. 19 (Código de Santidad) y la institución del año del jubileo (Lev. 25) muestran que los valores sociales no fueron de ningún modo descuidados por *P*. El problema dificilísimo de la concentración de la propiedad territorial en manos de unos pocos contra lo cual habían luchado los profetas con toda su energía, aunque sin éxito, los escritores sacerdotales trataron de resolverlo por el establecimiento legal del año del jubileo, al fin de siete años sabáticos, es decir, en cada quincuagésimo año, en el cual toda propiedad territorial tenía que ser devuelta a su propietario original y todos los esclavos hebreos debían ser liberados. El magnífico concepto de que Jehová solo es el único poseedor de la tierra y de su producción y que los habitantes son solamente sus arrendatarios, que tienen que compartir igualmente las bendiciones de la tiera y a quienes tiene que ser restaurada su porción particular en el quincuagésimo año si por alguna razón una familia tuvo que desprenderse de ella, está combinada con la idea similar de que Jehová solo es el Señor y amo de los israelitas, que por eso no pueden ser realmente esclavos de otros y que ellos y sus hijos deben ser liberados en el año quincuagésimo si hubiesen sido obligados a venderse en servidumbre. Esto es una exaltación del año sabático que el Código de Santidad había incluído ya. El interés sacerdotal en el cálculo del año, es evidente; por la designación del año jubilar, al fin de siete años sabáticos. Pero no debe negársele el interés social aun cuando el año del jubileo quedó reducido a una utopía sacerdotal. A pesar de esta solemne ley, nunca fué puesto en práctica.

Los sacerdotes y los profetas tenían, al fin de cuentas, idéntico blanco: querían que el pueblo fuera aceptable a Dios. Pero, mientras los profetas insistían en que esto sólo podía conseguirse con la moralidad, los sacerdotes creían que podría realizarse mejor por medio de la santidad ritual. En el culto y por su intermedio tra-

taban de educar al pueblo en la obediencia a Jehová; reglamentando la vida entera con muchos preceptos ceremoniales, esperaban disciplinarlos en el constante recuerdo de Jehová. La obediencia era para ellos, como para los profetas, lo más importante; pero no era la obediencia a la voz de la conciencia, la voz interior de la que había hablado Jeremías, sino obediencia a todas esas reglas externas, que imponían al pueblo como mandamientos directos de Jehová. "Seréis santos, porque yo Jehová, vuestro Dios, soy santo", era su principio fundamental. Esta santidad era principalmente ritual, externa; se la obtenía evitando todas las prácticas idólatras y supersticiosas y observando todas las leyes concernientes a la purificación ritual, los alimentos, los sacrificios y las festividades. La religión era un asunto de culto. Los primeros profetas habían protestado violentamente contra tal concepto de la religión y habían repudiado todo el aparato litúrgico como contrario a la voluntad de Dios. Pero no habían triunfado en la larga jornada. Cuando se intentó la organización de la religión a la luz de los ideales proféticos, se vió que una religión puramente moral y espiritual era demasiado elevada y exigente para la masa del pueblo. Las formas externas eran necesarias, el culto tenía que ser continuado. ¿Cómo podía hacerse esto para que fuese aceptable a Jehová? ¡Lo primero y principal sería quitar del culto todos los elementos paganos! Deuteronomio había contemplado esto, y en la reforma de Josías fué implacablemente desalojado todo ornamento pagano; los numerosos lugares altos (o asheras), verdaderas incubadoras de cultos impuros, fueron destruídos y el culto legítimo fué centralizado en Jerusalén. Aunque después de la muerte de Josías se levantó una reacción contra esta reforma, el principio de un solo santuario legítimo estaba tan firmemente establecido que *P* pudo darlo por sentado.

Según *P*, siempre había habido un solo lugar legítimo de adoración, aún en los días en que vagaban por el desierto, porque por orden de Dios Moisés había preparado el tabernáculo, la tienda del testimonio, donde se llevaban a cabo todos los cultos. Por eso *P* transportó al pasado su ideal y presentó lo que solamente se había alcanzado luego de un largo proceso histórico como si hubiera existido desde los tiempos de Moisés. El tabernáculo era la pauta del

templo que más tarde habría en Jerusalén, y toda liturgia sólo era posible allí. Esta es la causa por la cual en el relato de *P* nunca aparecen los patriarcas sacrificando, y por qué el altar situado al este del Jordán era sólo un memorial, y nunca fué usado para propósitos sacrificiales (Jos. 22). A *P* no le interesaba en absoluto la posibilidad histórica de la existencia en el desierto de un tabernáculo de construcción tan complicada como el que describe en Ex. 25-30. Para él el ideal había sido realizado ya en el pasado.

Esto también implicaba el establecimiento del gobierno sacerdotal por Moisés. Todo el largo desarrollo del sacerdocio simplemente no se toma en cuenta. La diferenciación de los sacerdotes levitas de los aaronitas o zadoquitas y su degradación, que Ezequiel todavía tuvo que justificar, eran para *P*, hechos del principio. La lucha de los levitas por obtener derechos sacerdotales la colocó en el período del desierto, donde Coré y su compañía se lanzaron a su conquista con tan trágicos resultados (Núm. 16)[21]. También el cargo del sumo sacerdote, que tardó tanto para desarrollarse, según *P* había sido instituído ya por Moisés. El solo puede entrar en el santísimo; al ser establecido como tal, es ungido con el óleo sagrado y es realmente la cabeza visible de la teocracia. Usa la púrpura y la tiara. No hay lugar para un rey. Como vemos, era un ideal, destinado al pueblo posterior al destierro, al cual *P* habría querido ganar por medio de la presentación ficticia de su origen en la historia y de los mandamientos divinos por los cuales éste era determinado.

P enseñaba que todo el culto también había sido instituído por Moisés. Y era la única manera de lograr y asegurar la santidad ritual del pueblo, por la cual solamente podía garantizarse la morada permanente de Jehová entre su pueblo. Por medio del culto podía quitarse cualquier pecado que pesara sobre el pueblo o cualquier individuo; los pecados voluntarios y los verdaderos crímenes no fueron incluídos, sin embargo, porque sólo podían ser quitados por la muerte o la excomunión del pecador. Solamente las ofensas ordinarias eran borradas con la expiación ritual. Todo el culto, según *P*, era destinado a la expiación del pecado. El objeto de todo sacrificio era la expiación; la misteriosa eficacia expiatoria de la sangre se realizaba en todos. Los sacrificios de animales con su sangre, eran

por eso, especialmente valiosos y numerosos. El carácter expiatorio del culto dominaba también las festividades. En *P* éstas habían perdido en gran parte su carácter de gratitud y gozo. Ahora fueron libradas de toda relación con la naturaleza y sus estaciones, para que nada pudiese recordar alguna de sus relaciones originales con el país cananeo y su religión; también fueron definidamente fijadas por los días del mes. Las grandes festividades fueron ahora dispuestas entre dos solemnes días de santa convocación al principio y al fin. Ya no eran más ocasiones para el regocijo, sino fiestas de reconciliación. El antiguo culto gozoso, con sus festivales de las cosechas y las comidas sacrificiales y de camaradería, se había convertido en un asunto serio y solemne. El culto ya no era la espontánea expresión del alma religiosa, sino una forma definida de aproximación a Jehová a fin de obtener expiación[22]. Las antiguas ofrendas vegetales con su regocijo en el santuario no tenían lugar entre los sacrificios; la matanza y las comidas seculares las habían suplantado. La disminución de la participación personal de los laicos en los sacrificios es sorprendente; no solamente la matanza y el sacrificio eran hechos sólo por los levitas y los sacerdotes, a quienes el laico sólo tenía que proporcionar el material, sino que la presencia de la comunidad en los sacrificios tampoco era necesaria. Estos eran eficaces también sin ellos, porque unían en una forma misteriosa y real a la divinidad con el pueblo. Aquí, pues, un concepto mágico, mecánico y externo de los sacrificios amenazaba desplazar la importancia de la participación personal, espiritual y moral en los mismos. El holocausto que se ofrecía entero a la divinidad se volvió más y más importante, era el gran sacrificio. También la ofrenda por el pecado que antes del destierro era desconocida, asumió una notable importancia. En realidad, era un acto penitencial privado y, como la ofrenda afín por la culpa, se ofrecía para obtener el perdón de Jehová. Las transgresiones, ya rituales o morales, podían ser expiadas solamente si se efectuaba una ofrenda por el pecado, ¡pues Jehová había relacionado el perdón con el culto! No se negaba el perdón libre y soberano del pecador por Dios si solamente se arrepentía, lo que constituía la gloria del mensaje profético, pero se le ligaba a la realiza-

ción de sacrificios por el pecador penitente. Es evidente que dando importancia al sacrificio externo fácilmente se podía olvidar la necesidad de un arrepentimiento interior. A pesar de la observancia cuidadosa del ritual, alguien podría, por una u otra causa, olvidar o descuidar el cumplimiento de alguno de los ritos establecidos para las diversas situaciones de la vida y atraer la impureza sobre sí y, por contacto, sobre otros, haciendo que Jehová tuviera que abandonar a su pueblo. A fin de evitar esto, en cada día santo se agregaba a las otras ofrendas una por el pecado, desde el novilunio en adelante; finalmente se instituyó un día especial, culminación de todo el sistema. Una vez al año, el décimo día del séptimo mes (Tishri = Set. - Oct.), en el gran Día de Expiación entraba el sumo sacerdote al santísimo y borraba la impureza de los sacerdotes, el santuario, y el pueblo por medio de las ceremonias especiales del día. Aquí el culto privado era relacionado con el culto público: el sacrificio propiciatorio del Día de Expiación expiaba por las omisiones de los sacrificios propiciatorios hechos por individuos (Lev 16, 23^{26-32})[23].

El ritual del Día de Expiación es instructivo.

Y habló Jehová a Moisés, después que murieron los dos hijos de Aarón, cuando se llegaron delante de Jehová, y murieron; y Jehová dijo a Moisés: Di a Aarón tu hermano, que no en todo tiempo entre en el santuario del velo adentro, delante de la cubierta que está sobre el arca, para que no muera: porque yo apareceré en la nube sobre la cubierta. Con esto entrará Aarón en el santuario: con un becerro por expiación, y un carnero en holocausto. La túnica santa de lino se vestirá, y sobre su carne tendrá pañetes de lino, y ceñiráse el cinto de lino; y con la mitra de lino se cubrirá; con las santas vestiduras; con ellas, después de lavar su carne con agua, se ha de vestir. Y de la congregación de los hijos de Israel tomará dos machos de cabrío para expiación, y un carnero para holocausto.

Y hará allegar Aarón el becerro de la expiación, que es suyo, y hará la reconciliación por sí y por su casa. Después tomará los dos machos de cabrío, y los presentará delante de Jehová a la puerta del tabernáculo del testimonio. Y echará suertes Aarón sobre los dos machos de cabrío; la una suerte por Jehová, y la otra suerte por Azazel. Y hará allegar Aarón el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Jehová, y ofrecerán en expiación. Mas el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Azazel, lo presentará vivo delante de Jehová, para hacer la reconciliación sobre él, para enviarlo a Azazel al desierto.

Y hará llegar Aarón el becerro que era suyo para expiación, y hará la reconciliación por sí y por su casa, y degollará en expiación el becerro que es suyo.

Después tomará el incensario lleno de brasas de fuego, del altar de delante de Jehová, y sus paños llenos del perfume aromático molido, y meterálo del velo adentro: Y pondrá el perfume sobre el fuego delante de Jehová, y la nube del perfume cubrirá la cubierta que está sobre el testimonio, y no morirá. Tomará luego de la sangre del becerro, y rociará con su dedo hacia la cubierta al lado oriental: hacia la cubierta esparcirá siete veces de aquella sangre con su dedo.

Después degollará en expiación el macho cabrío, que era del pueblo, y meterá la sangre de él del velo adentro; y hará de su sangre como hizo de la sangre del becerro, y esparcirá sobre la cubierta y delante de la cubierta: Y limpiará el santuario, de las inmundicias de los hijos de Israel, y de sus rebeliones, y de todos sus pecados: de la misma manera hará también al tabernáculo del testimonio, el cual reside entre ellos en medio de sus inmundicias. Y ningún hombre estará en el tabernáculo del testimonio cuando él entrare a ofrecer la reconciliación en el santuario, hasta que él salga, y haya hecho la reconciliación por sí, y por su casa, y por toda la congregación de Israel. Y saldrá al altar que está delante de Jehová, y lo expiará; y tomará de la sangre del becerro, y de la sangre del macho cabrío, y pondrá sobre los cuernos del altar alrededor. Y esparcirá sobre él de la sangre con su dedo siete veces, y lo limpiará, y lo sacrificará de las inmundicias de los hijos de Israel.

Y cuando hubiere acabado de expiar el santuario, y el tabernáculo del testimonio, y el altar, hará llegar el macho cabrío vivo: Y pondrá Aarón ambas manos suyas sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones, y todos sus pecados poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto.

Después vendrá Aarón al tabernáculo del testimonio, y se desnudará las vestimentas de lino, que había vestido para entrar en el santuario y pondrálas allí. Lavará luego su carne con agua en el lugar del santuario, y después de ponerse sus vestidos saldrá, y hará su holocausto, y el holocausto del pueblo, y hará la reconciliación por el y por el pueblo. Y quemará el sebo de la expiación sobre el altar. Y el que hubiere llevado el macho cabrío a Azazel, lavará sus vestidos, lavará también con agua su carne, y después entrará en el real. Y sacará fuera del real el becerro del pecado, y el macho cabrío de la culpa, la sangre de los cuales fué metida para hacer la expiación en el santuario; y quemarán en el fuego sus pellejos y sus carnes, y su estiércol. Y el que los quemare, lavará sus vestidos, lavará también su carne con agua, y después entrará en el real. (Lev. 16^{1-28})

La acción de quitar el pecado, echándolo sobre el macho cabrío que era enviado al demonio Azazel del desierto, era una supervivencia del antiguo polidemonismo, que ni aún los últimos sacerdotes pudieron extirpar, así que la dejaron junto con la ofrenda por el pecado. También en otros casos estos sacerdotes, tan exclusivos en otras co-

sas y que generalmente rechazaban todos los elementos paganos, se desembarazaron de ellos asimilándolos y reinterpretándolos. Así en la ley de la purificación del inmundo con las cenizas de una vaquillona roja, fué reinterpretado e incorporado un original sacrificio a los muertos (Núm. 19). En la ordalía por la cual era probada una mujer sospechada de adulterio (Núm. 5) fueron sancionadas antiguas ideas y prácticas mágicas. Los flecos que todo israelita debía usar y que primeramente no habían sido sino amuletos, servirían como recordatorios de la ley de Jehová y como salvaguardia contra el pecado (Núm. 15^{37} y sigs.). Las campanillas de oro de la vestidura del sumo sacerdote, también habían sido originalmente amuletos que protegían contra los demonios, y aún en *P* todavía servían para ampararlo cuando entrara y saliera de la presencia de Jehová en el lugar santo "por que no muera" (Ex. $28^{34, 35}$).

Hay mucho paganismo primitivo en el culto, porque el culto no era el elemento distintivo de la religión de Israel; de hecho, era lo que Israel tenía de común con las otras naciones que también rendían semejante culto a sus dioses. El exclusivismo y el repudio de todo lo que perteneciese a una religión extranjera caracterizaba muchas leyes sacerdotales sobre la pureza ritual. Las leyes concernientes a los animales limpios e inmundos (Lev. 11) no deben explicarse como debidas a razones higiénicas o a una aversión natural, sino principalmente al hecho de que esos animales eran sagrados para otros dioses. Las varias leyes de purificación ritual fueron metódicamente elaboradas por los sacerdotes. Las relaciones sexuales, las enfermedades, la muerte y otras cosas que contaminan, fueron cuidadosamente señaladas y se dieron instrucciones para la purificación. El grado de contaminación variaba, e igualmente el grado de pureza. Para los sacerdotes las exigencias eran más estrictas que para los laicos. Cuanto más cerca se está de Dios, tanto más puro se debe ser. Sin embargo, todo el mundo tiene que estar limpio.

El disciplinar toda la vida por medio de estas reglamentaciones del culto, no era una tarea fácil. Era para muchos un yugo pesado. La carga económica que el culto involucraba tampoco era liviana. El costo de todo el funcionamiento del templo, con sus sacrificios y su sacerdocio, tenía que ser sostenido por el pueblo. So-

lamente los sacrificios públicos consumían una gran cantidad de animales y otros materiales[24]. Había un impuesto de medio siclo anual sobre cada uno "para la obra del tabernáculo del testimonio" (Ex. 30^{11-16}). El sostén de los sacerdotes y los levitas también era costoso; recibían no sólo sus porciones definidas de los sacrificios, sino también todas las primicias y primogénitos (en el caso de los hombres y los animales inmundos había que pagar una suma por su redención), y los diezmos (Núm. 18, Lev. 27^{30-33}) y parte del botín de guerra (Núm. 31^{28} y sigs.). Los desembolsos del pueblo aumentaban con el desarrollo del sistema, y se les imponía toda clase de exigencias extras. Las ofrendas por la culpa son un ejemplo. Mientras que anteriormente la culpa era puramente un asunto de la ley civil (Ex. 22^{7-15}), ahora es incorporada al sistema del culto y el ofensor no sólo tiene que restaurar el todo más un quinto del valor al poseedor, sino que debe llevar al templo, como ofrenda por la culpa, un morueco sin tacha, por cuanto la ofensa no era solamente contra el prójimo sino también contra Jehová y él perdona solamente si se le trae sacrificio (Lev. 6^{1-7}). Los sacrificios por las transgresiones eran exigidos por un cierto número de cosas, especialmente también "si una persona pecare, o hiciere alguna de todas aquellas cosas que por mandamiento de Jehová no se han de hacer, aun sin hacerlo a sabiendas, es culpable y llevará su pecado", y debe traer una ofrenda por la culpa, porque "ciertamente delinquió contra Jehová" (Lev. 5^{17-19}). Si consideramos además las ofrendas voluntarias, y especialmente los votos cuyo pago era rígidamente exigido (Núm. 6, 30, Lev. 27), tendremos una idea de la pesada carga económica que ocasionaba el mantenimiento del culto y no nos sorprenderá que los sacerdotes sintieran la necesidad de estimular la buena voluntad y el gozo para dar del pueblo hablándoles de cómo sus padres habían dado alegre y entusiastamente para la construcción del santuario en el desierto, tanto que a causa de su impaciencia por dar, bien pronto hubo más de lo que necesitaban y Moisés tuvo que ordenar que cesaran las donaciones (Ex. 35 y especialmente 36^{2-7}). Esto hicieron los padres; ¿harían menos los hijos? ¿no aceptarían ellos de buena gana esta carga?

Para muchos la ley no era de ninguna manera una carga, ni

económica, ni religiosamente. Ellos encontraban en el cumplimiento de sus mandamientos el camino de Dios, y como veremos más tarde en el Salterio, para muchos era un goce, un medio de comunión mística con Dios. No se especulaba respecto a los motivos de los diversos mandamientos y a cómo efectuaban la reconciliación; Dios los había ordenado relacionándolos con la salvación. Eso era suficiente, obediencia era todo lo que se necesitaba para el perdón.

El ideal de santidad que *P* tenía para Israel era por naturaleza exclusivo. Exigía la extirpación y la anulación de todo lo que contaminase. Esto significaba no sólo toda clase de impurezas y elementos paganos sino también el pueblo pagano. En la historia de los patriarcas se reprobaba el casamiento con los extranjeros: sólo contaminación ocasionaría esa práctica. Esto puede verse en la historia de un hijo de padre egipcio y madre israelita, que en una riña con un israelita blasfemó contra Jehová, lo cual tuvo que pagar con su vida (Lev. 24^{10-14}). Aparece aún mejor en el relato del israelita que se había casado con una madianita, y la había traído al campamento, puesto que Finees fué grandemente recompensado por haber matado a ambos llevado por su celo (Núm. 25^{6-13}) y que como resultado de esta contaminación fué ordenado y ejecutado el exterminio de los madianitas (Núm. 31). El contacto y el intercambio con lo pagano contaminaba[25], e Israel tenía que ser puro. Estrictamente hablando, no debían tener nada que ver con los extranjeros. Sin embargo, eso era imposible en la vida real. Los extranjeros vivían con ellos en Palestina, y no podían ser expulsados. Pero se podía imponerles ciertas obligaciones que debían cumplir. Había algunas leyes que Dios había dado a todo el género humano. El sabat había sido grabado en la misma fundación del mundo; debía, por lo tanto, ser realmente observado por todos los hombres, aunque esto no está definidamente expresado. En la época de Noé, se prohibió a todos los hombres matar y comer sangre; esa prohibición rezaba para todos. Ahora en cuanto a los extranjeros que residían entre ellos, Israel les había exigido aún antes del destierro que obedeciesen estas leyes universales, pero no había considerado adecuado imponerlas otros deberes religiosos especiales además de la observancia del sabat. Para *P* esto no era suficiente, por cuanto estaba empe-

ñado en quitar toda impureza de Israel; por lo tanto, si uno de estos residentes extranjeros había llegado a contaminarse, debía purificarse, por cuanto la impureza era contagiosa. La comparación de una ley anterior al destierro con su formulación en la época del destierro, ilustra este diferente punto de vista.

Ninguna cosa mortecina comeréis: al extranjero que está en tus poblaciones la darás, y él la comerá: o véndela al extranjero; porque tú eres pueblo santo a Jehová tu Dios. (Deut. 14[21])

Y cualquiera persona que comiere cosa mortecina, o despedazada por fiera, así de los naturales como de los extranjeros, lavará sus vestidos y a sí mismo se lavará con agua, y será inmundo hasta la tarde; y se limpiará. Y si no los lavare, ni lavare su carne, llevará su iniquidad. (Lev. 17[15, 16])

La ley general en *P* es ésta: "Un mismo derecho tendréis, como el extranjero, así será el natural" es decir el israelita (Lev. 24[22], Núm. 15[15, 16, 29]). Pero esto se refiere solamente "al extranjero que mora entre ellos", el residente extranjero, el cliente, no a los demás. Aquí estaba la base del concepto posterior, menos exclusivo, de que la religión y no el nacimiento era la característica real del verdadero judío, que la admisión en la congregación de Jehová dependía del cumplimiento de la ley, no del origen judío. Pero *P* no sacó esta conclusión, su actitud era estrecha y exclusiva. Creía en el monoteísmo pero no en sus aplicaciones universales; su concepto de Dios era en muchos sentidos exaltado y espiritual, pero en otros limitado y particular. No tenía celo misionero, ni amor por los paganos. La preciosa herencia que los profetas legaran al mundo se había perdido en *P*, porque para él los judíos eran el pueblo de la ley, separado de las naciones, sin ningún sentido de obligación de llevar la verdadera religión a los pueblos del mundo.

En un sentido *P* llevó a un resultado liberal completamente inesperado. Aunque dió el mayor énfasis al culto en el único lugar legítimo (Jerusalén) mostró, sin embargo, cómo podía practicarse la religión judía sin sacrificios. Ciertas leyes podían observarse en cualquiera parte, especialmente el sabat y la circuncisión, que eran "señales del pacto" también en tierra extraña. Los judíos de la dispersión no podían sacrificar, pero podían observar muchas leyes del ritual de purificación. Por otro lado, parecería imposible que cele-

braran sus festividades en otro lugar que no fuese Jerusalén. Pero *P* preparó el terreno para el desarrollo ulterior, convirtiendo a la Pascua otra vez en una fiesta familiar, que no necesitaba ser celebrada en Jerusalén, como *D* había insistido. La muerte del cordero no era un sacrificio sino un acto profano, y como tal era posible realizarla en cualquier parte. *P* no decía nada parecido acerca de otras festividades, pero la tendencia había sido introducida, y llevó finalmente a la creencia y a la práctica de una religión sin culto sacrificial. La única clase de religión que les quedó a los judíos después de la destrucción final del templo no fué la religión espiritual de los profetas, sino la religión de la ley sin el culto sacrificial: el judaísmo ortodoxo. Es una de las paradojas de la historia que, el que insistió más fuertemente que nadie en la importancia absoluta del culto sacrificial, por medio del cual se mantenía la relación directa entre Dios y su pueblo, debía ser el que mostrara que la religión judía podía existir sin el mismo.

Aunque el Código Sacerdotal fué adoptado bajo el gobierno de Esdras como ley fundamental de Israel, no era el único libro sagrado de la iglesia judía. La ley de Deuteronomio, especialmente en la edición que había combinado *JED* era también de autoridad fundamental y no podía ser desalojada por *P*, por más que los sacerdotes lo hubieran deseado. En cierto modo ellos se consideraban continuadores de la misma obra. Habían hecho mayor hincapié en los elementos rituales y sacerdotales, es verdad, pero Deuteronomio pretendía remontarse hasta Moisés, y ellos mismos creían que también lo habían hecho, por cuanto estaban meramente elaborando la religión mosaica. Que tuvieran o no razón en esta convicción no hace ninguna diferencia al asunto. En cualquier caso llegaron a la conclusión de que *P* tenía que ser unido a *JED* en una sola obra compuesta. En esta compilación que prontamente emprendieron, mostraron gran habilidad. Consideraron que debían ejercer una amplia tolerancia con las tradiciones divergentes de *JE*. No podían estar de acuerdo con ellas, y tampoco podían sacarlas del todo, porque eran sagradas para el pueblo. Fué un trabajo difícil, pero lo hicieron; y cuando estuvo terminado, habían estampado en todo el libro su propio espíritu. El documento sacerdotal dió a todo el conjunto su pro-

pio tono distintivo; él fué la base de la compilación, la obra fundamental, y suministró la estructura al armazón y el orden. En sus divisiones claramente marcadas fueron insertadas las partes apropiadas de *JE*. Unicamente en raras ocasiones se desviaron los redactores (= R^P) del orden de *P* en favor del de *JE*. Generalmente colocaron a continuación los otros relatos y los de *P*, v. gr., el relato de la creación (Gén. 1-2^{4a} *P*, 2^{4b-25} *J*) o el relato del pacto de Abram (Gén. 15 *JE*; Gén. 17 *P*) o el relato del llamado de Moisés (Ex. 3 *JE*; Ex. 6 *P*). A veces entretejieron ambos en un solo relato, como p. ej., en los relatos del diluvio (Gén. 6-8), de la huída de Israel de Egipto y el pasaje del Mar Rojo (Ex. 14), del maná y las codornices (Ex. 16), la genealogía de los hijos de Noé (Gén. 10). En esta obra entretejida predominaba *P*. Cuando los redactores dieron solamente un relato, tomaron el de *P* y omitieron el de *JE*. Así dejaron fuera los relatos de *JE* del nacimiento de Ismael y la muerte de Abram, y retuvieron solamente unos pocos fragmentos de las genealogías de Set por *J* (Gén. $4^{25, 26}$ 5^{29}). A veces la combinación de las fuentes exigía adiciones y apostillas a fin de relacionar o armonizar las varias secciones. Así, por ej., en Gén. 27^{46} los redactores relacionaron muy inteligentemente el relato de *JE* de la huída de Jacob a Harán con el de *P*. En Gén. 32^{29}-35^{10} cambiaron Jacob por Israel basándose en Gén. 35^{10} (*P*).

En Deuteronomio había muy poco que hacer para los redactores sacerdotales (R^P). Exceptuando unos poquísimos rasgos editoriales (Deut. 1^3 4^{41-43} 9^{22-24} (?) $10^{6, 7}$ (?) y la combinación del relato de *P* de la contemplación del país por Moisés, y de su muerte (Deut. 32^{48-52} $34^{1a, 7-9}$), ellos son probablemente autores de la inserción del interesante dodecálogo (las doce leyes) que contenía doce maldiciones sobre varios crímenes en la forma de un oficio litúrgico (Deut. $2^{7, 14-26}$). Su original puede ser muy antiguo, pero su formulación actual difícilmente es anterior al destierro.

El resultado de la combinación fué un gran triunfo. Aquí estaba una gran obra histórico-legal, compilada de varias fuentes pero reunidas en una notable unidad por un plan inteligentemente concebido. Era esencialmente el plan de *J*. Solamente que en la obra combinada estaba más desarrollado. Toda la historia está dirigida

por Dios e iluminada por un gran plan que abarca todas sus fases: el propósito de Dios de llevar a todas las naciones a un verdadero conocimiento de él. Para ser exactos, esta concepción universal tiene su limitación en el hecho de que involucraba la incorporación individual de los paganos a Israel y el sometimiento de las naciones a éste. Es verdad que el elemento esencial no era la historia sino la ley, la revelación de Dios que regulaba el estado ideal; y *torah* o ley fué el nombre oficial del libro. Pero su grandeza y significado real descansan en su aspecto universal, no en sus limitaciones. Mucho antes que un historiador griego o romano aplicara la idea universal a la historia, ya era corriente en Israel: la historia del mundo estaba dominada por un gran propósito.

El libro fué completado por el año 330 a. de J. C., pues los samaritanos que se separaron de los judíos y construyeron su propio templo en el monte Gerizim, tenían el Pentateuco substancialmente en la misma forma que los judíos. Que se hicieron cambios menores aún después de este tiempo, lo sabemos comparando la Biblia Griega que fué traducida alrededor del año 250 a. de J. C. Es en esta forma final que el Pentateuco ejerció una influencia sobre el Judaísmo, el Cristianismo y el Islamismo que no tiene paralelos en la historia. En él se combina en forma imponente la suma del desarrollo de las edades, abarcando la religión y la cosmología, la ética y la jurisprudencia. Todo el conjunto fué atribuído a Moisés, el fundador de Israel y de su religión. Fué el gran libro, la Biblia, para el pueblo.

El libro de Josué no había sido incluído en la gran compilación que llegó a ser autoritativa. Fué la *ley* de Deuteronomio lo que primero había sido aceptado como canónico, y fué la *ley* sacerdotal lo adoptado bajo Esdras. La muerte del gran legislador Moisés marcaba por lo tanto muy naturalmente el fin del Libro de la Ley Tanto *P* como las fuentes más antiguas, *JE* y *D*, habían contenido el relato de la invasión, la conquista y distribución de Canaán, y todos ellos existían todavía en escritos separados y eran tenidos en alta estima. También estos relatos fueron unidos con *P*. Un redactor sacerdotal, no el redactor del Pentateuco, combinó *D* y *P* en el libro de Josué. Para la primera parte (Jos. 1-12) tomó el libro deuteronómico de Josué como base y no utilizó sino unas pocas

secciones de *P*. Para la segunda parte (Jos. 13-24) *P* suministró la mayoría del material; aunque también aquí *D* proveyó el armazón. En esta obra combinada fueron insertadas más tarde algunas secciones de *J* y *E*.

En las fuentes más antiguas, *JE* y *D*, el relato de Israel había sido continuado hasta el tiempo de los Jueces y de Samuel. No había habido de estas épocas ningún relato sacerdotal independiente. Pero ahora un escritor sacerdotal combinó el antiguo libro de Jueces de *JE* con la edición deuteronomística posterior. Reinsertó al principio el importante resumen jehovista de la conquista de Israel (Jueces 1^{1}-2^{5}); y los relatos de Miqueas y los danitas (Jueces 17 y 18), y del ultraje en Gabaón al final (Jueces 19-21), con algunos elementos propios. Retocó el último relato (Jueces 20, en varias partes) y le agregó un relato homilético muy posterior (Jueces $21^{1\text{-}14,\ 24,\ 25}$); rehizo el resumen de la conquista (Jueces $1^{1a,\ 4,\ 8,\ 9,\ 18}$; $2^{1b\text{-}5a}$) de modo que correspondía más a su propio punto de vista, y parecía tratar acontecimientos "después de la muerte de Josué". Es bastante probable que le debamos la reinserción de los Jueces Menores (Jueces 3^{31}; $10^{1\text{-}5}$; $12^{8\text{-}15}$), del relato de Abimelec (Jueces 9) y quizás del último relato de Samsón (16). En el libro deuteronomístico de Jueces habían sido omitidos todos éstos como inadecuados al punto de vista deuteronómico de la historia del período. Debemos gratitud a este redactor por su preservación, porque la mayoría de ellos pertenecen al material históricamente más valioso. El libro deuteronomístico había hecho ya un nuevo comienzo después de la muerte de Josué. El editor sacerdotal separó el libro definidamente, de Josué por una parte y de Samuel por la otra, porque la edición de *D* de Jueces había incluído a Samuel como el último juez.

El libro de Samuel sufrió un proceso similar de redacción. Las secciones importantes que habían sido omitidas por el escritor deuteronomístico, el relato del repudio de Saúl y el sacrificio de Agag (1° Sam. 15), de la pitonisa de Endor (1° Sam. 28), y la famosa serie de relatos de David en 2° Samuel 9-20, fueron todos reinsertados. Solamente fueron hechas por el redactor unas pocas adiciones sacerdotales, tales como la inserción de los levitas en la historia del arca, (1° Sam. $6^{15,\ 17,\ 18}$). Quizás fué introducido un solo relato del

tipo tan característico de los tiempos posteriores al destierro: la victoria de Samuel sobre los filisteos. (1º Sam. 7^{7-14}).

En los Libros de Reyes fueron insertados más relatos semejantes; siendo los más importantes de todos los relatos del profeta desobediente de Betel (1º Rey. 13 con la referencia del mismo en 2º Rey. 23^{16-18}), y de Elías enviando fuego del cielo sobre los capitanes y los soldados (2º Rey. 1^{9-16}). Aparte de estos relatos completos, la redacción sacerdotal de los Libros de Reyes es pequeña; las cláusulas y sentencias interpoladas en 1º Rey. 7^{47} y sigs. en el relato del templo y especialmente los agregados al relato del origen de la religión samaritana (2º Rey. 17^{29-40}) son los más significativos.

El largo proceso de escribir y redactar estos libros, terminó durante el período griego. El resultado justificó la ardua labor. Toda la historia desde la creación hasta el destierro en Babilonia, desde Génesis hasta 2º Reyes, estaba completa, esencialmente como la tenemos ahora. Era en esta forma que los libros habían de alcanzar su gran importancia histórica. Pero el desarrollo de la religión de Israel sólo puede ser comprendido luego de haber desenredado el proceso literario que llevó a esta forma compuesta, y de haber examinado los elementos constituyentes en su desenvolvimiento histórico.

Capítulo XVIII

HISTORIADORES POSTERIORES AL DESTIERRO

Después que los judíos hubieron vuelto de la cautividad, los tiempos no eran como para incitar a uno a escribir una historia de ellos. Cualquier interés histórico que existiese era dirigido al pasado. Las únicas fuentes contemporáneas y autoritativas para el período inmediatamente posterior al destierro son los libros proféticos (véase cap. XVI). Los sacerdotes llevaban, por supuesto, el diario del templo y las listas genealógicas, pero éstos eran preservados en los archivos del templo y no se daban al público. Hasta la segunda mitad del siglo quinto no llegamos a las narraciones históricas. Estas fueron escritas por dos hombres dirigentes de la época, quienes redactaron memorias de la gran obra que se les había confiado.

Nehemías escribió su historia después de haber regresado a la corte real de Artajerjes en el 432 a. de J. C. luego de su gobierno en Jerusalén. En una forma sencilla, imparcial y vívida relató cómo en el año 445 a. de J. C., siendo copero del rey en la corte de Persia, tuvo noticias de la ruinosa condición de las murallas de Jerusalén, lo que le causó gran congoja; cómo obtuvo permiso del rey para reconstruirlas; cómo llevó a cabo la obra en un tiempo increíblemente corto a pesar de la oposición definida dentro y fuera de Jerusalén; cómo aumentó la población de la ciudad; y cómo celebró la dedicación de las murallas con una solemne festividad. Doce años más tarde, en el 433 a. de J. C., volvió de nuevo a Jerusalén y corrigió ciertos abusos que tenían relación con el templo, el pago de los levitas, la observancia del sabat, y el matrimonio con extranjeros. Estas memorias están preservadas ahora en el libro de Nehemías,[1] y en total se caracterizan por su lucidez de pensamiento y expresión. Aquí tenemos otra vez a un maestro de la descripción cuyo fino discernimiento y habilidad literaria hacen que el lector vea las varias escenas y personajes que ha pintado con tal exactitud y natu-

ralidad. La propia personalidad de Nehemías se presenta bien claramente. Su habilidad e intrepidez, su devoción y desinterés, todos brillan a través de su relato. El trabajó por su pueblo y por su Dios. A través de todo su libro, se eleva como un estribillo su oración: "Recuerda esto, para bien, oh Dios", como si conscientemente hubiera desplegado el registro de su obra delante de su Hacedor. Es de por sí evidente que tal material autobiográfico, escrito por el mismo gran dirigente, es de un inestimable valor histórico, especialmente cuando su inherente verosimilitud es tan grande como en este caso. Para tener certidumbre histórica, necesitamos por supuesto otras fuentes históricas del mismo período, preferiblemente las provenientes de alguno de los adversarios de Nehemías o al menos de alguien que tuviera diferentes puntos de vista. Los papiros judíos contemporáneos, de Syena y Elefantina, recientemente descubiertos, arrojan bastante luz sobre los tiempos de Nehemías y hasta mencionan al sumo sacerdote Johanán y al enconado enemigo de Nehemías Sanballat "el gobernador de Samaria", y probablemente también al hermano de Nehemías, Hanani que puede haber sido el portador de una carta para los judíos de Elefantina concerniente al festival de Massot, pero no se refieren al propio Nehemías. Tampoco Esdras, el otro dirigente de Jerusalén, nos dice nada de él.

Según la tradición Esdras llegó a Jerusalén en el año séptimo de Artajerjes, o sea 458 a. de J. C. (Esdras 7^{8}), pero por varias razones es más probable que no viniera antes, sino después que Nehemías, quizás en el año vigésimo séptimo de Artajerjes, 438 a. de J. C. Mientras que Nehemías era un funcionario público, Esdras era un religioso. Sacerdote por nacimiento y educación, había estudiado la ley en Babilonia, llenándose del ardiente deseo de ir a la Santa Ciudad a fin de establecerla allí. Nos cuenta en las memorias que escribió acerca de su empresa que el rey Artajerjes era favorable a la misma y le permitió ir con algunos otros que se le unieron. En su compañía sólo había primeramente sacerdotes y laicos, pero no levitas, lo que es muy natural en vista de la degradación de ellos, que Ezequiel había justificado y que había sido incorporado en la ley sacerdotal. Pero Esdras tomó rápidas medidas para remediar esto, y bien pronto partió con 38 levitas y 220 netineos para ir a Jerusalén

sin escolta militar, dependiendo solamente de la protección del Dios Todopoderoso.

Porque tuve vergüenza de pedir al rey tropa y gente de a caballo que nos defendiesen del enemigo en el camino: porque habíamos hablado al rey, diciendo: La mano de nuestro Dios es para bien sobre todos los que le buscan. (Esdras 8^{22})

Llegaron a Jerusalén sanos y salvos, y trasladaron al templo la plata, el oro y los vasos que habían traído de Babilonia (Esd. 7 y 8). Poco después, en una gran asamblea del pueblo convocada en Jerusalén el primer día del mes séptimo, Esdras leyó y expuso la ley. Al segundo día de esta lectura llegó a la ley de la fiesta de los tabernáculos, y puesto que justamente era el tiempo para la misma, fué celebrada prontamente, estrictamente de acuerdo con esta ley (Neh. 8, que es la continuación de Esd. 8). No mucho después Esdras supo, con asombro y pena, de los casamientos de muchos judíos con mujeres paganas, cosa que aún permitía la ley de Deuteronomio (Deut. 21^{10} y sigs.) pero que el Código Sacerdotal, consideraba como una contaminación. Por su contagioso entusiasmo por la santidad de Israel y por el poder de su fanática personalidad, arrastró consigo al pueblo, con pocas excepciones, en su exigencia de que tales matrimonios se disolviesen, y que ningún otro semejante se realizara. El pueblo, en un pacto, prometió solemnemente hacerlo así, y observar toda la ley. Además de esto, garantizaron el sostenimiento del culto sacrificial en Jerusalén y del sacerdocio (Esd. 9 y 10; Neh. 9 y 10). De esta manera el Código Sacerdotal fué hecho ley fundamental de la comunidad. Esto se data por lo general en el año 444 a. de J. C., porque Nehemías 8-10, que es parte del relato de Esdras, se halla ahora entretejido con el relato de Nehemías y colocado en el tiempo de Nehemías. Pero ésta no era la colocación original. En la más antigua traducción griega de Esdras, el llamado Primer Libro de Esdras, Nehemías 7^{72} 8^{1-13}, sigue a Esdras 8. El orden parece haber sido originalmente Esdras 7 y 8, Neh. 8, Esdras 9 y 10. Además de este desplazamiento, las memorias de Esdras han sufrido también por la obra del redactor que cambió la forma autobiográfica en biográfica (Esdras 10, Neh. 8-10). Este redactor fué el Cronista. Su punto de vista es tan se-

mejante al de Esdras que con toda seriedad ha sido considerado como el autor de estas memorias, pero sin justificación real.

En la lucha contra los matrimonios mixtos, los nativistas, guiados por Nehemías y Esdras, obtuvieron la victoria. Pero también había hombres de miras más amplias. A uno de ellos muy probablemente le debemos el pequeño y encantador idilio que ha provocado siempre la admiración de los hombres de letras por su exquisita belleza y que Goethe declaró que era "el más hermoso entre los idilios y epopeyas que han llegado hasta nosotros": el Libro de Rut. Habla de la lealtad de Rut, la nuera de Noemí, su diligencia y prudencia y su gran recompensa. Después de la muerte de su marido y de sus dos hijos acaecidas en Moab, donde los dos hijos se habían casado con las mujeres moabitas Orfa y Rut, Noemí decidió volver a su pueblo natal de Bet-lehem de Judá. A pesar de sus protestas Rut insistió en ir con ella, declarándolo en aquellas hermosas palabras que después han sido repetidas por millares de mujeres en la solemne hora de matrimonio:

> No me ruegues que te deje, y me aparte de ti: porque donde quiera que tú fueres, iré yo; y donde quiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada; así me haga Jehová, y así me dé, que sólo la muerte hará separación entre mí y ti. (Rut $1^{16, 17}$)

Llegaron a Bet-lehem al principio de la cosecha de la cebada y en seguida Rut fué a los campos para espigar detrás de los segadores. Y le aconteció que fué al campo de Booz, quien la vió más tarde y la invitó a espigar solamente en su campo, dando orden de que la trataran bondadosamente. A su asombrada pregunta, por qué hacía semejante favor a una extranjera, él contestó:

> Por cierto se me ha declarado todo lo que has hecho con tu suegra después de la muerte de tu marido, y que dejando a tu padre y a tu madre y la tierra donde naciste, has venido a pueblo que no conociste antes. Jehová galardone tu obra, y tu remuneración sea llena por Jehová Dios de Israel que has venido para cubrirte debajo de sus alas. (Rut $2^{11, 12}$).

Cuando Noemí supo de la buena suerte de Rut y en el campo de quien había estado espigando, se regocijó mucho, por cuanto Booz era uno de sus parientes más próximos. Y cuando la cosecha llegó a su fin, ya tenía un plan listo, que obedientemente puso Rut en

práctica, aún cuando corría bastante riesgo. Pero Noemí había apreciado correctamente el carácter de Booz. Cuando éste se despertó aquella noche en la era después de la alegre comida por la cosecha y descubrió a Rut acostada a sus pies, la trató honorablemente y le prometió cumplir su deber de pariente casándose con ella, si otro pariente aún más cercano no la reclamaba. Ricamente cargada con regalos, Rut regresó al hogar de Noemí. Al día siguiente Booz ofreció el privilegio de parentesco de comprar el campo de Noemí al otro pariente, pero como éste rehusó al saber que además debía también casarse con Rut, Booz la tomó como esposa en medio de las estrepitosas y sinceras felicitaciones de todo el pueblo. A su debido tiempo Rut tuvo un hijo, y la feliz Noemí fué su ama. Y este hijo, Obed, fué más tarde el padre de Isaí, ¡y el hijo de Isaí no fué otro que el rey David![2]

No agregó ninguna lección, ninguna moraleja. El autor era un artista demasiado grande para eso. ¿No era claro para todos que Dios no tiene en cuenta la raza ni la nacionalidad, que sólo mira el corazón y recompensa abundantemente una bondad tal como la de Rut? Aún un odiado moabita, quien según la ley nunca podría llegar a ser judío (Deut. 23^{3}, Neh. 13^{1-3}) puede estar seguro de su bendición, si solamente es recto en su vida. Y ciertamente, Dios no condena indistintamente todos los matrimonios mixtos, puesto que bendijo el casamiento de Booz con la hermosa moabita Rut de modo tan notable ¡que llegaron a ser los antecesores del más grande de los reyes de Israel! El sólo toma en cuenta la verdadera religión, y ésta es asunto del corazón y la vida, no de raza ni nacionalidad.

Este criterio magnánimo no prevaleció. Los opositores eran demasiado fuertes. Nehemías expulsó a uno de los hijos del sumo sacerdote, casado con una hija del noble samaritano Sanballat y que se negó a abandonarla. Hasta desdeñó mencionar el nombre del reo en sus memorias. Pero lo conocemos por Josefo (*Antigüedades* XI, 7^{2} 8^{2}), quien nos dice que era Manasés, cuya esposa era Nicaso, hija de Sanballat el gobernador. Pero Josefo lo coloca (erróneamente) en la época de Alejandro el Grande, un siglo después. Su hermano, nos dice, era el sumo sacerdote Jaddua, quien en completo acuerdo con el pueblo le exigió divorciarse de su esposa o re-

nunciar su cargo sacerdotal. Perplejo, se dirigió a Sanballat, quien le prometió la erección de un templo en el Monte Gerizim y lo persuadió a él, y a muchos jerosolimetanos, entre ellos unos cuantos sacerdotes que se encontraban en dificultades similares, a que se establecieran en Siquem y fundaran la iglesia samaritana. Así fué cómo en el monte Gerizim llegó a oficiar un sacerdocio dirigido por un sumo sacerdote de pura sangre pontificia. Surgió entonces una agria controversia entre las dos facciones de Jerusalén y de Gerizim. Un partido pretendía que la ley designaba a Jerusalén como el único lugar legítimo de culto, el otro apoyaba a Gerizim (véase Juan 4^{20}). Los "samaritanos" habían llevado la ley con ellos, era tan sagrada para ellos como para los judíos, y apelaban a ella para justificar su pretensión. Deut. 27^4 estaba claramente a su favor, porque allí el Monte Gerizim estaba mencionado como el lugar donde Jehová ordenó que se construyese un altar, mientras que en ninguna parte de todo el libro de la ley se señalaba a Jerusalén como único lugar de culto. Esto resultaba muy incómodo para los judíos, y así a su vez cambiaron en Deut. 27^4 la palabra "Gerizim" por "Ebal" a fin de librarse de este argumento. Sin embargo, esto no era suficiente para los judíos, y trataron de vencer a sus rivales arrojando el desprecio sobre su origen. Decían que los samaritanos eran una raza mestiza que había sido trasplantada a la provincia de Samaria por los asirios después que todos los israelitas habían sido llevados al destierro. No sabían nada de Jehová, y sólo una plaga de leones los había impulsado a pedir al gobierno asirio que les enviara un sacerdote para que los instruyera en "la ley del Dios del país". Pero aún después que el sacerdote hubo venido y les hubo enseñado, siguieron con su propia religión en combinación con el temor de Jehová recientemente adquirido. Su religión no era, por consiguiente, más que paganismo mezclado con algunos ingredientes del culto de Jehová. Este relato se incorporó, con el tiempo, al Libro de Reyes (2° Rey. 17^{24} y sigs.). El cronista tenía el mismo punto de vista.

Puede haber también un prejuicio antisamaritano en el relato arameo de la restauración del templo que ahora aparece en Esd. 5^1-6^{18}, porque aquí la legitimidad del templo de Jerusalén, se prueba con documentos que muestran la sanción oficial de su erección

por los reyes persas Ciro y Darío. Cuando el gobernador persa Tattenai, en un viaje de inspección, encontró a los judíos empeñosamente ocupados en la reconstrucción del templo, les pidió la autorización, y le fué mencionado por ellos un decreto de Ciro en el que les permitió la reedificación. A raíz de su informe a Darío, se hizo la búsqueda en los archivos y el decreto fué encontrado. El rey lo renovó y lo amplificó, y el templo fué terminado el tercer día del mes Adar en el sexto año del reinado de Darío (Marzo del 515). El autor de este relato dió también la correspondencia cambiada entre el rey Artajerjes y sus funcionarios de Siria respecto a la reconstrucción de los muros de Jerusalén (Esdras 4^{8-24}). Es difícil que terminara con esto, puesto que su resultado fué la suspensión de la construcción por un tiempo. Ha de haber dicho cómo posteriormente se terminaron las fortificaciones con el permiso real. Pero la continuación no ha llegado hasta nosotros; su lugar lo ocupa ahora el relato de Nehemías. El autor escribió su narración en arameo, tal vez porque deseaba que fuese leída por amigos y enemigos. En su época el pueblo hablaba arameo y no hebreo. Posiblemente pensó que, dado que el arameo era la lengua diplomática del occidente del imperio persa, también los funcionarios persas tomarían conocimiento de su opúsculo. Sin embargo, el fragmento que ha subsistido es demasiado pequeño para permitirnos afirmar que procurase también influenciarlos a que se opusieran a la construcción del templo samaritano. No estamos seguros respecto a cuando escribió; posiblemente antes de la caída del imperio persa (331 a. de J. C.), puesto que apela tan fuertemente a la sanción persa del templo de Jerusalén. La verosimilitud de su relato ha sido muy discutida. Si el orden en que al presente aparece el relato arameo en Esd. 4^{8}-6^{18} fuese original, deberíamos tener muy poca confianza en su exactitud histórica, porque el templo habría sido reconstruído, según él, bajo Darío II (424-405), en lugar de Darío I (522-485), lo que sería un evidente error histórico. Pero el orden actual se debe al redactor, quien examinó la correspondencia de Artajerjes respecto a la construcción de los muros de la ciudad, y la colocó aquí porque le pareció que daba una explicación documentaria al problema de por qué el templo no fué reconstruído por los desterrados inmediata-

mente después de su regreso de Babilonia en tiempos de Ciro. Fuera de esto, el relato da la impresión de estar bien informado históricamente. Los documentos oficiales parecen ser también copias de cartas y edictos genuinos. Es de lamentar que nada más de esta historia aramea haya llegado a nuestras manos.

Lo que interesaba primordialmente en aquella época no era la historia, sino la religión; la historia interesaba solamente como medio de educación religiosa. Sólo eran importantes las verdades religiosas. La historia las apoyaba e ilustraba. Los libros de Samuel y Reyes ofrecían una gran abundancia de material ilustrativo. Pero, no siempre había sido extraída de ellos la verdad, y muchos hechos necesitaban explicación. Aceptando sin reserva el dogma de la retribución, los sacerdotes y los laicos estudiosos preguntaban, por ej., ¿por qué el piadoso rey Uzías había sido castigado con la lepra, y por qué el gran reformador Josías había caído en la batalla, si la piedad era siempre recompensada con felicidad y larga vida; o por qué a un rey tan malvado como Manasés le fué permitido reinar 55 años, más que ningún rey, si la maldad era siempre castigada con la desgracia y la muerte prematura? Tales asuntos constituían problemas para la investigación (*midrash,* como se diría en hebreo). Los eruditos y escribas respondían por medio de historias y todos esos diversos cuentos y explicaciones fueron coleccionados en el gran libro de "el Midrash del Libro de Reyes". Ya no existe, pero fué utilizado por el cronista, quien se refiere al mismo en 2º Crón. 24[27]. Es muy probable que también se refiera al mismo cuando habla de "el Libro de los Reyes de Judá e Israel"; o de "las palabras de Samuel el vidente, de Natán el profeta, de Gad el vidente, de Semeías el profeta, de Iddo el vidente, de los Videntes; o de la Profecía de Ahías el silonita, de la Visión de Iddo el vidente, de la historia de Uzías por Isaías el profeta; o de las palabras de Jehú hijo de Hanani, *que están insertadas en el Libro de los Reyes de Israel,* y la visión de Isaías profeta, el hijo de Amós *en el Libro de los Reyes de Judá e Israel*". El creía que los profetas eran los autores de la historia de su tiempo, y por eso se refería en esa forma a las secciones particulares del Midrash del Libro de los Reyes.

El Cronista siguió las huellas de los deuteronomistas, que ha-

bian sido historiadores pragmáticos. El creía sinceramente en la doctrina de ellos sobre la retribución, y la aplicó aún más cabalmente de lo que ellos lo habían hecho. Pero mientras estos habían examinado la historia y juzgado individualmente a los reyes desde el punto de vista de la ley deuteronómica, el Cronista en cambio, examinó, arregló y modificó la historia a la luz del Código Sacerdotal. Sus intereses eran eclesiásticos, en primer término; el núcleo de su interés lo constituía Jerusalén y el templo y su historia fué realmente una "Crónica Eclesiástica de Jerusalén". Escribió no antes del año 300 a. de J. C. y más probablemente en el siglo tercero. Comenzó su historia con Adán y la terminó con Esdras y Nehemías, porque estos libros originalmente formaban parte de su obra.

Su introducción consistía en una historia desde Adán hasta David, en forma de listas genealógicas con frecuentes notas históricas insertadas (1º Crón. 1-9). Esto nos recuerda en seguida a *P*. El material para ello, lo tomó principalmente del Hexateuco y de los Libros de Samuel y quizás de algunas listas adicionales de los archivos del templo. Es significativo que él también se sintiera impulsado a comenzar su historia con Adán; indicaba con eso que toda la historia del mundo culminaba en el templo de Jerusalén. Estaba interesado tan grandemente en los sacerdotes y levitas, los únicos ministros legítimos de Jehová, y más aún en los cantores y músicos levitas y su liturgia, que no se puede escapar a la conclusión de que él mismo era uno de ellos.

La verdadera historia para él comenzaba con David. Una comparación de su trabajo sobre la historia de David con la de los Libros de Samuel que forman la base de su obra, es muy instructiva. La lucha por el reino fué omitida; inmediatamente después de la muerte de Saúl:

> Traspasó el reino a David, hijo de Isaí. Entonces todo Israel se juntó a David en Hebrón . . . y ungieron a David por rey sobre Israel, conforme a la palabra de Jehová por mano de Samuel. (1º Crón. 10^{14b}-11^{3})

El reinado del hijo de Saúl, Isbaal fué también completamente omitido; ¡David fué el sucesor inmediato de Saúl! Después de que "todo Israel" hubo ayudado a David para capturar la fortaleza de Sión, se dan tres listas de los partidarios de David, la primera (11^{10-47})

fué tomada de 2º Sam. 23, la segunda y la tercera (12[1-22, 23-40]) están caracterizadas por sus cantidades inmensas, "un gran ejército, como el ejército de Dios" en la segunda, más de 300.000 en la tercera, entre ellos 4600 levitas y 3722 sacerdotes, — ¡algo completamente inverosímil!

> Todos estos hombres de guerra, dispuestos para guerrear, vinieron con corazón perfecto a Hebrón, para poner a David por rey sobre todo Israel; asimismo todos los demás de Israel estaban de un mismo ánimo para poner a David por rey. (1º Crón. 12[38])

¡Cuán diferente es todo esto del relato del Libro de Samuel! El primer acto de David, después de su conquista de Sión, según el Cronista, fué traer allí el arca, pero la trágica muerte de Uza que había tratado de sostener el arca con su mano para que no cayera, fué interpretada como una señal de la ira de Jehová y el arca fué dejada en la casa de Obed-edom durante tres meses (1º Crón. 13). Esta época está dedicada exclusivamente a la construcción del palacio de David y su guerra contra los filisteos, pues los asuntos laicos eran simples episodios para el Cronista (1º Crón. 14). Luego David se preparó para traer el arca a su lugar señalado. Aquí el Cronista se goza en los sacerdotes y levitas. David había descubierto que:

> El arca de Dios no debe ser traída sino por los Levitas; porque a ellos ha elegido Jehová para que lleven el arca de Jehová... Pues por no haberlo hecho así vosotros la primera vez, Jehová nuestro Dios hizo en nosotros rotura, por cuanto no le buscamos según la ordenanza. (1º Crón. 15[2, 13])

Al Cronista le es indiferente que esto esté en contradicción abierta con 2º Sam. 6, que él mismo extractó en el capítulo 13 (véanse vers. [11, 12]). Esta era su manera de ver el asunto: David nombró los cantores y músicos levitas para la procesión festiva, y entonces los levitas transportaron el arca a la ciudad, a la tienda que David había armado para ella. Después de haberse hecho los sacrificios,

> Y puso delante del arco de Jehová ministros de los Levitas, para que recordasen, y confesasen, y loasen a Jehová Dios de Israel. (1º Crón. 16[4])

y un salmo festivo, preparado por David para aquella ocasión, fué cantado por Asaf y sus hermanos. Los ministros de los servicios religiosos fueron luego definitivamente designados (15, 16). El proyecto de David de construir un templo y la oposición de Jehová por

medio de Natán (cap. 17) tanto como las guerras de David son reproducidos con las palabras. del Libro de Samuel, pero es digno de notarse que se omite todo lo que pueda arrojar sombras sobre David; los relatos de Meribaal y Siba, de Bat-seba y Urías, de Tamar y Ammón, de la rebelión de Absalón, y del sacrificio de los hijos de Saúl. Igualmente fué omitido el casi desastroso encuentro de David con el gigante filisteo Ishbibenob, y la noticia de 2º Sam. 21[19] de que "Elhanán, hijo de Jaaré-oregin de Bet-lehem, hirió a Goliat geteo, el asta de cuya lanza era como un enjullo de telar", fué armonizada característicamente con 1º Sam. 17 diciendo que Elhanán mató "¡al hermano de Goliat!" En el relato del censo de David, el Cronista hizo también ciertas correcciones características de la narración más antigua. No fué Jehová quien impulsó a David a contar a Israel, sino "Satán", porque Dios no tienta para el mal a ningún hombre. Job no contó a Leví, evidentemente porque la ley (Núm. 1[49]) había prohibido contar a los levitas, ni a Benjamín, evidentemente porque la santa ciudad estaba situada en Benjamín. David no pagó 50 siclos por la era de Arauna, sino la suma de 600 ciclos, más digna de un rey. La santidad de este lugar no solamente fué revelada por la aparición del ángel allí; el Cronista acentuó además la divina aceptación del altar que David construyó allí, agregando:

> E invocó a Jehová, el cual le respondió por fuego de los cielos en el altar del holocausto. (1º Crón. 27b)

Con todo, el Cronista estaba demasiado bajo el influjo del concepto del Código Sacerdotal, de que el tabernáculo era el único legítimo lugar de culto hasta que se construyó el templo, para no sentir la necesidad de añadir la explicación:

> Entonces viendo David que Jehová le había oído en la era de Ormán Jebuseo, sacrificó allí. Y el tabernáculo de Jehová que Moisés había hecho en el desierto, y el altar del holocausto, estaban entonces en el alto de Gabaón: Mas David no pudo ir allá a consultar a Dios, porque estaba espantado a causa de la espada del ángel de Jehová. Y dijo David: Esta es la casa de Jehová Dios, y este es el altar del holocausto para Israel. (1º Crón. 21[29]-22[1])

Luego el Cronista cuenta cómo David preparó el templo. Aquí no siguió fuente alguna, sino que dió sus propias ideas de lo que debe

haber ocurrido. Todo lo anterior estaba encaminado a esto. David arregló lo concerniente a los obreros y todos los materiales que se necesitaban para la construcción del templo, pues

> Dijo David: Salomón mi hijo es muchacho y tierno, y la casa que se ha de edificar a Jehová ha de ser magnífica por excelencia, para nombre y honra en todas las tierras; ahora pues yo le aparejaré lo necesario. Y preparó David antes de su muerte en grande abundancia.
>
> Llamó entonces David a Salomón su hijo, y mandóle que edificase casa a Jehová Dios de Israel. Y dijo David a Salomón: Hijo mío, en mi corazón tuve el edificar templo al nombre de Jehová mi Dios. Mas vino a mí palabra de Jehová, diciendo: Tú has derramado mucha sangre, y has traído grandes guerras: no edificarás casa a mi nombre, porque has derramado mucha sangre en la tierra delante de mí: He aquí, un hijo te nacerá, el cual será varón de reposo, porque yo le daré quietud de todos sus enemigos en derredor; por tanto su nombre será Salomón; y yo daré paz y reposo sobre Israel en sus días. El edificará casa a mi nombre, y él me será a mi por hijo, y yo le seré por padre, y afirmaré el trono de su reino sobre Israel para siempre. (1º Crón. 22^{5-10})

En 2º Sam. 7 (véase 1º Crón. 17) se explicaba muy diferentemente la causa por la cual David no construyó el templo. Después que se hubieron completado todos los preparativos, incluso el nombramiento de los sacerdotes, levistas, porteros y cantores, que fueron cuidadosamente divididos en clases asignándoles sus cargos por suertes, y entre los cuales, los músicos fueron tratados con consideración especial (David mismo inventó los instrumentos para ellos, y asumió la dirección final), — después que todo esto hubo sido arreglado, se hizo una gran convocación de los dirigentes de Israel, a quienes fué revelado el oráculo de Jehová de que Salomón sería el próximo rey y el constructor del templo; después de lo cual le fué dado a Salomón el plano del templo en todos sus detalles, proyectado por Jehová mismo, acompañado de ardientes exhortaciones para que llevara a cabo el plan que tan cuidadosamente había sido preparado en todas sus partes. Después de un llamado a los nobles reunidos para que contribuyesen liberalmente para la obra, David oró, y todos bendijeron a Jehová y se regocijaron con los sacrificios que quemaron ante él. Luego hicieron rey a Salomón, "la segunda vez" dice el Cronista (29^{22}) porque David ya lo había hecho rey en 23^{1}. Por supuesto, se omite el relato de la intriga palaciega por la cual Salomón había obtenido el trono. Nada debía

estropear la figura del gran santo que había construído el templo. ¡Cuán en desacuerdo está el David del Cronista con el David de los Libros de Samuel y Reyes! En éstos es rey y héroe, guerrero y estadista, fundador real del reino; en aquel es el dulce cantor de Israel, el fundador del templo, y el autor de su liturgia. En aquellos está rodeado por guerreros y hombres de estado, en Crónicas lo está de sacerdotes y levitas. En aquellos tenemos una historia laica, y en el otro una historia eclesiástica. El héroe se ha convertido en santo, el rey en liturgista. De inmediato se advierte cuál es la descripción histórica y cuál no lo es.

En el primer relato de Salomón, el de su adoración en Gabaón, la diferencia entre los puntos de vista deuteronomístico y sacerdotal, aparece bien característicamente. 1º Rey. 3[2-4] había dicho, justificando su sacrificio en "el alto principal":

> Hasta entonces el pueblo sacrificaba en los altos; porque no había casa edificada al nombre de Jehová hasta aquellos tiempos. Mas Salomón amó a Jehová, andando en los estatutos de su padre David: solamente sacrificaba y quemaba perfumes en los altos. E iba el rey a Gabaón, porque aquél era el alto principal y sacrificaba allí: mil holocaustos sacrificaba Salomón sobre aquel altar. (1º Rey. 3[2-4])

El Cronista, para quien el tabernáculo de Gabaón era el único santuario legítimo, no necesita justificar esa actitud. Por eso escribió:

> Y fué Salomón, y con él toda esta junta, al alto que había en Gabaón; porque allí estaba el tabernáculo del testimonio de Dios que Moisés siervo de Jehová había hecho en el desierto. Mas David había traído el arca de Dios de Chiriat-jearim al lugar que él había preparado; porque él le había tendido una tienda en Jerusalén. Asimismo el altar de bronce que había hecho Bezaleel hijo de Uri hijo de Hur, estaba allí delante del tabernáculo de Jehová, al cual fué a consultar, Salomón con aquella junta. Subió pues Salomón allá delante de Jehová, al altar de bronce que estaba en el tabernáculo del testimonio, y ofreció sobre él mil holocaustos. (2º Crón. 1[2-6])

Pero él no podía utilizar la conclusión del relato en 1º Rey. 3[15], así que escribió en vez de

> Y vino a Jerusalén, y presentóse delante del arca del pacto de Jehová; y sacrificó holocausto, e hizo pacíficos; hizo también banquete a todos sus siervos. (1º Rey. 3[15])

> Y volvió Salomón a Jerusalén del alto que estaba en Gabaón, de ante el tabernáculo del testimonio; y reinó sobre Israel. (2º Crón. 1[13])

Según el punto de vista del Cronista, Salomón no pudo haber sacrificado en Jerusalén antes de que estuviese construído el templo. Así que omitió la referencia respectiva. Al principio había añadido que el rey estaba acompañado por una asamblea de los notables de Israel a fin de aumentar el esplendor y la gloria de la escena, y ahora continuó con una descripción de la inmensa riqueza de Salomón. Luego comenzó el relato de la construcción del templo. Los preparativos, incluso el contrato con el rey de Tiro y la descripción del templo, difieren comparativamente poco del Libro de Reyes, y en la dedicación el Cronista elaboró en forma característica la parte referente a los sacerdotes y levitas y especialmente la de los cantores y músicos. 1º Rey. $8^{10,11}$ había mencionado solamente:

> Y como los sacerdotes salieron del santuario, la nube hinchió la casa de Jehová. Y los sacerdotes no pudieron estar para ministrar por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había henchido la casa de Jehová.

Después de "el lugar santo", el Cronista insertó:

> (Porque todos los sacerdotes que se hallaron habían sido santificados; y no guardaban sus veces; y los Levitas cantores, todos los de Asaf, los de Hemán, y los de Jedutún, juntamente con sus hijos y sus hermanos, vestidos de lino fino, estaban con címbalos y salterios y arpas al oriente del altar; y con ellos ciento veinte sacerdotes que tocaban trompetas:) Sonaban pues las trompetas, y cantaban con la voz todos a una, para alabar y confesar a Jehová: y cuando alzaban la voz con trompetas y címbalos e instrumentos de música, cuando alababan a Jehová diciendo: Porque es bueno, porque su misericordia es para siempre. (2º Crón. 511b-13a)

La declaración de que Salomón "estaba delante del altar de Jehová", fué comentada con la explicación de que había hecho para sí "un púlpito de bronce", en el cual se situaba y oraba, pues el Cronista no podía creer que el santificado Salomón se hubiese arrogado derechos sacerdotales. En lugar de la bendición de Salomón (1º Rey. 8^{54-61}), que asimismo, era una función sacerdotal, el Cronista habla del fuego que descendió del cielo y consumió los sacrificios, y de la gloria de Jehová que llenó todo el templo (2º Crón. 7^{1-3}). La parte referente a los sacerdotes y especialmente a los músicos, no había aparecido en el antiguo relato, así que el Cronista añadió:

> Y los sacerdotes asistían en su ministerio; y los Levitas con los instrumentos de música de Jehová, los cuales había hecho el rey David para confesar

a Jehová, que su misericordia es para siempre; cuando David alababa por mano de ellos. Asimismo los sacerdotes tañían trompetas delante de ellos, y todo Israel estaba en pie. (2º Crón. 7^{6})

En lugar de despedir al pueblo el octavo día, como lo había hecho 1º Rey. 8^{66}, el Cronista los hizo celebrar este día en Jerusalén, de acuerdo con la ley sacerdotal de Números 29^{35}. En la parte restante del relato de Salomón, el Cronista cambió la declaración de que Salomón había cedido veinte ciudades galileas a Hiram, por la afirmación completamente opuesta de que Hiram las había dado a Salomón, el cual estableció israelitas en ellas; y afirmó que Salomón no sometió a ningún israelita a trabajos forzados en sus construcciones, sino solamente a los heteos, amorreos, perezeos, heveos y jebuseos. El traslado de la reina de Salomón, la hija de faraón, de la ciudad de David al palacio de Salomón, luego que estuvo terminado, se comenta en forma completamente anti-histórica, pero característicamente sacerdotal:

Mi mujer no morará en la casa de David rey de Israel, porque aquellas habitaciones donde ha entrado el arca de Jehová, son sagradas. (2º Crón. 8^{11b})

¡La presencia de la mujer extranjera tendría un efecto contaminador! Después de su presentación de Salomón como un santo y un príncipe de paz, no quedaba sino esperar que el Cronista omitiera los aspectos más sombríos de su brillante figura, su poligamia y la construcción de santuarios para los dioses de sus esposas, y también la rebeliones contra él.

En la historia subsiguiente aparecen una y otra vez los dos principios fundamentales del Cronista: la convicción de que la ley sacerdotal había sido observada en Israel desde el tiempo de Moisés, y el principio profético-deuteronómico de la retribución. A la luz de los mismos, la historia no es solamente juzgada sino también modificada. El Cronista creía que Judá era el pueblo de la ley, Israel había apostatado de Jehová bajo Jeroboam I y había perdido su posición como pueblo de Jehová.

Y los sacerdotes y Levitas que estaban en todo Israel, se juntaron a él de todos sus términos. Porque los Levitas dejaban sus ejidos y sus posesiones, y se venían a Judá y a Jerusalén; pues Jeroboam y sus hijos los echaban del ministerio de Jehová. Y él se hizo sacerdotes para los altos, y para los demonios, y

para los becerros que él había hecho. Tras aquéllos acudieron también de todas las tribus de Israel los que habían puesto su corazón en buscar a Jehová Dios de Israel; y viniéronse a Jerusalén para sacrificar a Jehová, el Dios de sus padres.

Así fortificaron el reino de Judá, y confirmaron a Roboam hijo de Salomón, por tres años; porque tres años anduvieron en el camino de David y Salomón. (2º Crón. 11[13-17]).

Abías hizo este plan en una arenga dirigida a los israelitas antes de que comenzara la batalla con ellos:

Y ahora vosotros tratáis de fortificaros contra el reino de Jehová a mano de los hijos de David, porque sois muchos, y tenéis con vosotros los becerros de oro que Jeroboam os hizo por dioses. ¿No echasteis vosotros a los sacerdotes de Jehová, a los hijos de Aarón, y a los Levitas, y os habéis hecho sacerdotes a la manera de los pueblos de otras tierras, para que cualquiera venga a consagrarse con un becerro y siete carneros, y así sea sacerdote de los que no son dioses? Mas en cuanto a nosotros, Jehová es nuestro Dios, y no le hemos dejado: y los sacerdotes que ministran a Jehová son los hijos de Aarón, y los Levitas en la obra; los cuales queman a Jehová los holocaustos cada mañana y cada tarde, y los perfumes aromáticos; y ponen los panes sobre la mesa limpia, y el candelero de oro con sus candilejas para que ardan cada tarde: porque nosotros guardamos la ordenanza de Jehová nuestro Dios; mas vosotros le habéis dejado. Y he aquí Dios está con nosotros por cabeza, y sus sacerdotes con las trompetas del júbilo para que suenen contra vosotros. Oh hijos de Israel, no peleéis contra Jehová el Dios de vuestros padres, porque no os sucederá bien. (2º Crón. 13[8-12])

¡Los israelitas no eran mejores que los paganos! Judá solo era el pueblo de Jehová. La continuidad del legítimo culto a Jehová se encontraba sólo en Jerusalén. Por eso fué omitida la historia de Israel, y sólo se hacía referencia a ella cuando Israel entraba en contacto con Judá y tenía que ser mencionado. Este punto de vista totalmente anti-histórico, se debía a la creencia del Cronista en la existencia desde el principio de la Ley Sacerdotal y del gobierno organizado de los sacerdotes. El reverso de esta condenación de Israel era la idealización de Judá a costa de la veracidad histórica. Así el Cronista omitió los versículos característicos de 1º Rey. 14[22-24], que hablaban de la apostasía de Judá y contradecían su teoría, también el juicio desfavorable del autor de los Libros de Reyes sobre el sucesor de Roboam, Abías (1º Rey. 15[3-5]), ¡pues los primeros reyes de Judá sólo podían haber sido sostenedores de la verdadera religión de la cual habían apostatado los reyes israelitas! En su arenga

a los israelitas, citada en parte más arriba, Abías mostró su lealtad a Jehová. No se entiende fácilmente porqué Asa habría tenido entonces necesidad de quitar todos los altares extranjeros y los lugares altos, los pilares y las Asheras (2º Crón. 14^{2-5}). Pero el Cronista había encontrado parte de esto en el Libro de Reyes, y pensó que valía la pena magnificar la reforma de Asa. En 2º Crón. 15^{17} casi lo había pasado por alto, porque dijo allí, igual que 1º Rey. 15^{14}: "Empero los altos no se quitaron", sin embargo, añadió, bastante débilmente, "de Israel", ¡para que el lector pensara en el Reino del Norte! Sin embargo, quiso decir "de Judá", cuando el rey siguiente Josafat otra vez "quitó los altos y los bosques de Judá" (2º Crón. 17^{6}). No obstante el Cronista dijo en 20^{33}, "con todo eso los altos no fueron quitados" (= 1º Rey. 2^{244}). La influencia de la fuente del Cronista, lo hacía incurrir en estas contradicciones. Además, la idealización de Judá no podía ser sostenida con absoluta consistencia, porque el Cronista quería representar a los buenos reyes como reformadores, y necesitaba, por consiguiente, una defección previa. A fin de conseguir este requisito previo, describió a los malos reyes como cayendo en el paganismo. Así escribió de Joram:

> Mató a cuchillo a todos sus hermanos, y asimismo algunos de los príncipes de Israel... Demás de esto hizo altos en los montes de Judá, e hizo que los moradores de Jerusalén fornicasen y a ello impelió a Judá. (2º Crón. $21^{4b, 11}$)

Y de los hijos de Atalía, "aquella mujer inicua", dijo que ellos "habían destruído la casa de Dios, y además habían gastado en los ídolos todas las cosas consagradas a la casa de Jehová" (24^{7}), a pesar de que, según el Cronista, ¡el verdadero culto había sido realizado siempre en el templo por el sacerdote Joiada! De Acaz hizo un idólatra absoluto, interpretando la historia de la construcción de un nuevo altar, de modelo damasceno en 2º Rey. 16^{10} y sigs., en esta forma asombrosa:

> Además el rey Acaz en el tiempo que aquél le apuraba, añadió prevaricación contra Jehová; porque sacrificó a los dioses de Damasco que le habían herido, y dijo: Pues que los dioses de los reyes de Siria les ayudan, yo también sacrificaré a ellos para que me ayuden; bien que fueron éstos su ruina, y la de todo Israel. A más de eso recogió Acaz los vasos de la casa de Dios, y quebrólos,

y cerró las puertas de la casa de Jehová, e hízose altares en Jerusalén en todos los rincones. Hizo también altos en todas las ciudades de Judá, para quemar perfumes a los dioses ajenos, provocando así a ira a Jehová el Dios de sus padres. (2º Crón. (28^{22-25})

Ni aún Manasés pudo ser peor descripto en su idolatría.

Las reformas eran restauraciones del antiguo culto de Jehová. No indicaban progreso, porque la ley perfecta había existido ya desde el tiempo de Moisés, y el gobierno sacerdotal, su órgano ejecutor, también. Los reformadores más grandes fueron Ezequías y Josías. El primer acto de Ezequías fué la reapertura y purificación del templo que su predecesor Acaz había clausurado y manchado. Esta restauración del culto, la celebración de la Pascua en Jerusalén, la destrucción de los lugares altos, los pilares y las Asheras, y la organización de las entradas de los sacerdotes y los levitas, insistiendo para que el pueblo les llevara a ellos sus diezmos, fueron los actos más importantes del reinado de Ezequías, según el Cronista. Los sacerdotes y los levitas tuvieron una gran parte en todo esto. El Cronista omitió que Ezequías destruyó la serpiente de bronce, porque le parecía imposible que semejante ídolo hubiera permanecido tanto tiempo en el templo. La "Ashera", que también había estado en el altar de Jerusalén, el Cronista la puso en plural: "las Asheras", para que el lector creyera que se refería a las que estaban en los altares paganos en Judá (31^{1}). Igualmente en la reforma de Josías, la descripción detallada de la reforma de 2º Rey. 23^{4-20} fué omitida y sustituída por la declaración general: "Y quitó Josías todas las abominaciones de todas las tierras de los hijos de Israel. . ." (2º Crón. 34^{33}). Pero la Pascua que se celebró en Jerusalén, fué descripta muy elaboradamente, especialmente la parte que en ella tuvieron los sacerdotes y levitas (35^{1-19}). En el relato del hallazgo del libro de la ley que llevó a la reforma, el Cronista omitió en 34^{15} "y lo leyó", después de "y dió Helcías el libro a Safán", y en 34^{18} escribió: "Y leyó Safán en él delante del rey" en lugar de "y leyólo Safán delante del rey". En el Libro de Reyes ($22^{8, 10}$) el libro no era grande, pero para el Cronista esta torah era el Pentateuco entero, que no podía ser leído rápidamente.

Los sacerdotes y los levitas tenían un gran lugar en las descrip-

ciones del Cronista de las grandes festividades, pero también eran de mucha importancia en otras cosas. ¡Así el sonar de trompetas por los sacerdotes contribuyó materialmente a la victoria de Abías sobre Jeroboam (2º Crón. 13[12, 14]) y el canto de los levitas ganó para Josafat la batalla contra los moabitas y ammonitas! Después de ayunar y orar y de recibir del levita Jahaziel el oráculo divino:

> Porque no es vuestra la guerra sino de Dios . . . No habrá para que vosotros peleéis en este caso: paraos, estad quedos, y ved la salud de Jehová con vosotros. (2º Crón. 20[15b, 17a])

Josafat marchó con su ejército contra el enemigo a la mañana siguiente. Antes de proceder a atacarlo, exhortó brevemente a su pueblo:

> Oídme, Judá y moradores de Jerusalén. Creed a Jehová vuestro Dios, y seréis seguros; creed a sus profetas, y seréis prosperados. Y habido consejo con el pueblo, puso a algunos que cantasen a Jehová, y alabasen en la hermosura de la santidad, mientras que salía la gente armada, y dijesen: Glorificad a Jehová, porque su misericordia es para siempre. Y como comenzaron con clamor y con alabanza, puso Jehová contra los hijos de Ammón, de Moab, y del Monte de Seir, las emboscadas de ellos mismos que venían contra Judá, y matáronse los unos a los otros. (2º Crón. 20[20b-22])

Los judíos no tuvieron literalmente nada más que hacer que recoger el despojo, lo que hicieron durante tres días.

> Y al cuarto día se juntaron en el valle de Beraca; porque allí bendijeron a Jehová, y por esto llamaron el nombre de aquel paraje el valle de Beraca, hasta hoy. Y todo Judá y los de Jerusalén, y Josafat a la cabeza de ellos, volvieron para tornarse a Jerusalén con gozo, porque Jehová les había dado gozo de sus enemigos. Y vinieron a Jerusalén con salterios, arpas, y bocinas, a la casa de Jehová. (2º Crón. 20[26-28])

Que esto no es historia, es evidente para cualquiera. Es un relato piadoso. Uno de los ejemplos más instructivos del método del Cronista para modificar la historia según su teoría sacerdotal, es su relato de la revolución del templo por la cual Joás llegó a ser rey en 2º Crón. 23[1-11] cuando se lo compara con él de 2º Rey. 11[4-12]. Al Cronista le parecía increíble que el pío sacerdote Joiada hubiera conspirado en el templo con los capitanes de la guardia real, para hacer rey a Joás. Nunca pudo haber ordenado que estos soldados entrasen al templo, porque habría sido un sacrilegio. ¡No, para eso usó los

levitas! Además Joiada nunca entró en un complot secreto; ¡lo hizo todo abiertamente! El Cronista no tomo en cuenta las improbabilidades históricas de ello; para él era suficiente que ahora el relato estuviese de acuerdo con su dogma.

Paralelamente a esta teoría sacerdotal, el Cronista estaba profundamente interesado en la teoría profético-deuteronómica de la retribución y demostró cómo a través de toda la historia, la piedad y la bondad eran recompensadas, y la idolatría y la maldad castigadas. Y así como permitió que los reyes en sus discursos al pueblo enunciaran los principios sacerdotales, así también permitió que los profetas en toda la historia predijeran el bien o el mal a los reyes según su piedad o maldad. Estas profecías por consiguiente, siempre se cumplían, tanto que junto con la historia formaron una notable colección de ilustraciones de la doctrina de la retribución. La buena fortuna era una evidencia de la piedad, la calamidad una prueba de la maldad. Esto se aplica así: 1º Rey. 14^{25} relata la invasión del faraón Sisac y su saqueo de Judá y Jerusalén en el quinto año de Roboam. El Cronista concluyó en seguida que Roboam había sido fiel durante tres años, pero que en el cuarto "dejó la ley de Jehová y con él todo Israel", y por eso en el quinto año Sisac marchó contra él. El profeta Semeías le explica a él y a sus príncipes la relación entre las dos cosas. "Así ha dicho Jehová: Vosotros me habéis dejado, y yo también os he dejado en manos de Sisac". Ellos se humillaron y la ira de Jehová fué mitigada, conclusión que el Cronista saca del hecho de que Roboam reinara doce años más (2º Crón 12^{1-12}). Si no se hubiera arrepentido, Jehová lo habría eliminado en seguida. Asa fué un rey piadoso, y como tal bendecido por Jehová, pero en su ancianidad sufrió de gota y luego murió de ella. ¿Cuál pudo haber sido la causa? El Cronista lo sabe. Asa no había tenido éxito en su guerra contra Baasa y había llamado en su ayuda a los sirios. Un profeta lo denunció por esto, "por cuanto te has apoyado en el rey de Siria, y no te apoyaste en Jehová tu Dios". Asa lo metió en la prisión, y al mismo tiempo "oprimió a algunos del pueblo". ¡No es extraño que fuera visitado por la penosa enfermedad! Pero aún "en su enfermedad no buscó a Jehová, sino a los médicos".

Así que murió La cronología del Libro de Reyes no se adaptaba bien a este pragmatismo del Cronista, porque según ella, Baasa vivió solamente hasta el año vigésimo sexto de Asa, y Asa no se enfermó hasta su ancianidad. Pero el Cronista supo salvar esta dificultad: colocó la guerra contra Baasa en el año trigésimo sexto, su enfermedad en el trigésimo nono, y su muerte en el cuadragésimo primero. Los hechos tuvieron que ceder ante la teoría, el dogma modificó la historia. El buen rey Josafat tuvo mala suerte con su flota en el Mar Rojo, "porque los barcos se rompieron en Ezión-geber" (1° Rey. 22^{48}). ¿Cómo pudo ocurrirle esto a tan piadoso rey? El Cronista suministró la razón: Josafat se había aliado con Ocozías, el malvado rey de Israel, y el profeta Eliezer predijo: "Por cuanto has hecho compañía con Ocozías, Jehová destruirá tus obras" (2° Crón. 20^{37}); ¡lo que está directamente en oposición a 1° Rey. 22, donde Josafat rehusó asociarse en la empresa con Ocozías!

Aunque Joás fué un rey piadoso, su guerra con Hazael terminó en derrota, y finalmente fué asesinado. ¿Cómo se podía explicar esto? El Cronista lo hizo modificando ligeramente la declaración de Reyes, "Y Joás hizo lo recto en ojos de Jehová todo el tiempo que le dirigió el sacerdote Joiada" (2° Rey. 12^{2}), diciendo en cambio "todos los días de Joiada el sacerdote" (24^{2}). Después de la muerte de Joiada el rey se tornó malvado, abandonó la casa de Jehová, y sirvió a las Asheras y a los ídolos, a pesar de las serias advertencias de los profetas y especialmente de Zacarías el hijo de Joiada, ¡que fué apedreado por orden del rey a causa de su amonestación! La victoria de los sirios fué el castigo de Joás por esto. También se puso muy enfermo, y durante su enfermedad fué asesinado en la cama por dos siervos suyos extranjeros (2° Crón. $24^{15\text{-}26}$). Amasías fué también un buen rey, pero fué derrotado por Joás de Israel. ¿Por qué? Porque después de su victoriosa guerra contra Edom "trajo también consigo los dioses de los hijos de Seir, y púsoles para sí por dioses, y encorvóse delante de ellos y quemóles perfumes". A nosotros esto puede parecer increíble, porque acababa de derrotar a lo sedomitas por la ayuda de Jehová, pero el Cronista pensó que debía haber ocurrido así. Su derrota por Joás

sólo podía explicarse como el bien merecido castigo por tan vergonzosa conducta. Y más aún:

Desde aquel tiempo que Amasías se apartó de Jehová, maquinaron contra él conjuración en Jerusalén; y habiendo él huído a Laquis, enviaron tras él a Laquis, y allá lo mataron. (2º Crón. 25^{27})

Y sin embargo, según 25^{25} ¡"Vivió Amasías . . . quince años después de la muerte de Joás"¡ El Cronista aquí pasó por alto la incongruencia. El gran rey Uzias se volvió leproso. ¿Qué había hecho para merecer este terrible castigo? El Cronista dió la causa:

Mas cuando fué fortificado, su corazón se enalteció hasta corromperse; porque se rebeló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar sahumerios en el altar del perfume. Y entró tras él el sacerdote Azarías, y con él ochenta sacerdotes de Jehová, de los valientes. Y pusiéronse contra el rey Uzías, y dijéronle: No a ti, oh Uzías, el quemar perfume a Jehová, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo: sal del santuario, porque has prevaricado, y no te será para gloria delante del Dios Jehová. Y airóse Uzías, que tenía el perfume en la mano para quemarlo; y en esta su ira contra los sacerdotes, la lepra le salió en la frente delante de los sacerdotes en la casa de Jehová, junto al altar del perfume. Y miróle Azarías el sumo sacerdote, y todos los sacerdotes, y he aquí la lepra estaba en su frente; e hiciéronle salir apriesa de aquel lugar; y él también se dió priesa a salir, porque Jehová lo había herido. (2º Crón. $26^{16\text{-}20}$)

Acaz fué un rey malvado y hubiera merecido severo castigo, pero según 2º Rey. 16, evitó la guerra sirio-efraimita, convirtiéndose en un vasallo de Asiria. Para el Cronista era inconcebible que semejante hombre hubiera escapado al castigo. Así que contó, que los israelitas lo derrotaron terriblemente, matando 120.000 soldados judíos y llevando a Samaria 200.000 prisioneros y mucho botín: que los edomitas y filisteos también atacaron y derrotaron a Acaz; y que el rey asirio Tiglat-pileser, a quien había llamado en su ayuda, marchó contra él y lo vejó, "aunque despojó Acaz la casa de Jehová, y la casa real, y las de los príncipes, para dar al rey de los asirios". "Porque Jehová había humillado a Judá por causa de Acaz" (2º Crón. $28^{21a, 19a}$). Aquí la historia está amañada completamente en favor del dogma.

Aun más malvado que Acaz fué Manasés, y sin embargo reinó 55 años pacíficamente. ¿Cómo fué posible esto? ¿No era castigado el malvado y eliminado en mitad de sus días? El Cronista dijo que

había sido castigado y bastante rápidamente. Los asirios lo atacaron, lo pusieron en cadenas y lo llevaron a Babilonia. Pero allí imploró a Jehová, quien misericordiosamente lo restauró a su reino en Jerusalén y desde entonces se convirtió en un reformador, quitando "los dioses ajenos, y el ídolo de la casa de Jehová", etc (2º Crón. 33^{10-17}). Esto está en abierta oposición con los hechos históricos (véase Jer. 15^{4}). La desgraciada muerte del gran reformador Josías en la batalla de Meguido, tan increíbles para sus propios contemporáneos, y un problema tan grande para la mente profética, fué explicada por el Cronista como debida a su desobediencia a la palabra de Dios que le habló ¡*por medio del faraón Necao* ($35^{21,22}$)! No tenía ninguna dificultad para inventar razones. El malvado Joaquin fué castigado por su maldad por Nabucodonosor, quien lo engrilló y lo llevó a Babilonia (36^{6}). Pero desgraciadamente, el Cronista pasaba por alto que Joaquim murió antes de que Nabucodonosor pudiese tomar la ciudad.

En vista de tan palpables modificaciones e invenciones de hechos en apoyo de la doctrina, no podemos confiar en la exactitud histórica del Cronista por no poder confrontarlo con otras fuentes más antiguas. La riqueza y el poder de los reyes piadosos, junto con sus grandes ejércitos, y sus grandes fortificaciones, eran también resultado de su teoría no menos que algunos de los relatos mencionados más arriba. No fué un verdadero historiador, sino un maestro religioso que usó la historia como ilustración y prueba de sus doctrinas. Es cierto que sólo fué un representante de su tiempo; el Código Sacerdotal lo demuestra. En sus días estaba en pleno vigor la ley sacerdotal y el Cronista describió las cosas como debían haber ocurrido en el pasado, bajo la vigencia de esta ley, porque para él había existido siempre. De él podemos aprender el lugar de esa ley en su época, y en esto su libro es muy valioso, pero en cuanto a la historia debemos recurrir a fuentes más antiguas. Es posible que en unos pocos casos, algunas breves notas suyas hayan sido extraídas de manuscritos de los Libros de Samuel y Reyes más antiguos que los que tenemos, por cuanto la traducción griega de esos libros contiene también cierto número de pasajes genuinos que han desaparecido del texto hebreo que hemos recibido.

Los Libros de Esdras y Nehemías fueron originariamente parte de la obra del Cronista, pues su interés en el templo lo llevó a describir la historia del segundo templo también, comenzando con el edicto de Ciro y terminando con la obra de Nehemías y Esdras, quienes patrocinaron el templo, e introdujeron e impusieron la ley. Aquí usó como sus fuentes el Segundo Isaías, Aggeo y Zacarías, la historia aramea y las memorias de Esdras y Nehemías, además de algunas listas genealógicas que se extendían hasta el tiempo de Alejandro el Grande. Su propia obra es fácilmente reconocible por los rasgos característicos que hemos considerado y tiene que ser juzgada según el criterio establecido. El relato es actualmente algo confuso por el desplazamiento de la narración de la construcción del templo y de los muros, pues Esd. 4^{7-23} pertenece al tiempo de Artajerjes y se refiere a la construcción de los muros, no del templo. Este desplazamiento evidentemente fué hecho intencionalmente; pero el cambio del orden original del relato de Esdras (Esd. 7, 8, Neh. 8, Esd. 9, 10, Neh. 9, 10) fué probablemente accidental. Puesto que esta parte del libro del Cronista no tenía ningún paralelo en el Libro de Reyes, en seguida fué reconocida como importante y separada como un libro independiente. Como tal tuvo entrada en el canon sagrado mucho antes que la otra parte que constituye nuestros actuales Libros de Crónicas. Felizmente, estos últimos no pudieron tomar el lugar de los Libros de Samuel y Reyes, de otra manera hubiéramos sufrido una pérdida irreparable.

Algunos relatos que debían haber estado en el Midrash, hallaron su lugar en otros libros, p. ej., el relato de la victoria de Abram sobre Kedorlaomer y sus aliados (Gén. 14), que es una glorificación del antepasado de Israel.[3] También el relato del profeta desobediente que había predicho la ruina del altar de Israel en Betel (1º Rey. 13). Estos cuentos participan de las mismas características de Crónicas; no es la historia, sino el dogma su principal interés. El sentido histórico del pueblo parece haber desaparecido. La historia hace lugar a la novela.

Tenemos una interesante novela histórica en el Libro de Ester, que proviene del mismo período. Las condiciones históricas de las cuales surgió y que forman su fondo, pueden ser fácilmente descrip-

tas. En el período persa, los judíos de Babilonia y las partes orientales del imperio, habían llegado a ser prósperos e influyentes. El libro de Nehemías y los descubrimientos en Nippur ilustran cómo algunos judíos, entre ellos Nehemías, se elevaron hasta posiciones de poder, y cómo otros, v. gr. los hijos de Murashu en Nippur, fundaron grandes casas comerciales que se ocuparon en vastas empresas comerciales y financieras. Esto engendró la rivalidad económica, la envidia y la oposición de las otras razas del imperio, que acusaron a los judíos de avaricia y negocios turbios. Su espíritu exclusivista y su arrogancia religiosa, que habían hallado expresión en la insistencia en el carácter exclusivo de la raza judía y su destino como gobernadora del mundo, con los paganos como sus despreciables esclavos, intensificó los sentimientos de oposición hasta llegar a un profundo odio. Su actitud de apartamiento y sus extrañas costumbres eran evidentes para todos, su pretensión de conquistar el mundo, podía notarse en las sinagogas, si no en el trato privado. Aquí los no judíos podían oir cómo eran vilipendiados su dioses como inexistentes y sus imágenes como "obra de las manos del hombre", cómo eran ridiculizadas sus costumbres religiosas por ser abominaciones, cómo era detestado su alimento por inmundo, y la unión matrimonial con ellos como contaminadora. Todo esto era ofensivo e insultante y solamente hacía crecer su odio. Todo estaba listo para una explosión que iba a llevar a la masacre, la que fácilmente podría contar con el apoyo del gobierno, ya fuera por su participación activa o por una tolerancia pasiva. Para ello bastaba simplemente llevar a los judíos, contra su voluntad, a un conflicto con el estado, pues no podían cumplir ciertas obligaciones que se oponían a su religión. No podían adorar al rey como un ser divino, ni podían postrarse ante una imagen. Por eso no era difícil acusarlos de desobediencia a las órdenes del rey y conseguir las fuerzas del gobierno contra ellos. No sabemos si en Persia tuvieron lugar algunas persecuciones, pero según Joel 3^{19} habían sucedido algunas en Egipto y Edom.

Parecería que no mucho después de la caída del Imperio Persa, un autor judío del Este, en Persia o Babilonia, escribió una narración, el Libro de Ester, la que nos da derecho a pensar que estas condiciones llevaron el odio contra los judíos hasta la persecución.

El conocía bien la vida y las condiciones persas, le eran familiares la corte y el palacio real, el gobierno y el pueblo persa, y pintó el color local de su relato con la firmeza de pulso que da el conocimiento real. Escribió una novela histórica que situó en el reinado de Asuero Jerjes (486-465). Como obra de ficción no tiene ninguna pretensión de exatitud histórica; por el contrario, un cierto número de imposibilidades y errores históricos son introducidos deliberadamente para la mayor efectividad de la trama. Es una novela histórica y no historia estricta.

La novela está contada con gran habilidad artística y su trama desarrollada con notable talento literario. La hermosa y joven judía Ester, es elegida por Jerjes para ser su reina, luego que Vasti hubo sido depuesta a causa de su desobediencia a la orden del rey. Este no sabía nada de su origen judío, porque el tío y padre adoptivo de Ester, Mardoqueo, la había prohibido hablar de eso. Ahora bien, un día, estando Mardoqueo de servicio a la puerta del palacio. alcanzó a oir a dos cortesanos que tramaban la muerte del rey. Jerjes fué informado por medio de Ester, el complot fué frustrado, y el acto de Mardoqueo fué inscripto en el diario real, pero por aquel tiempo quedó sin recompensa. Algún tiempo después Amán fué elevado por el rey al cargo de visir, y fué ordenado que todo el mundo lo reverenciara y se inclinara ante él. Solamente Mardoqueo se negó a hacerlo, incurriendo por eso en la enemistad a muerte de Amán, quien, habiendo descubierto que Mardoqueo era judío, determinó tomar venganza, no sólo en él, sino en todo su pueblo. Dijo por lo tanto al rey:

> Hay un pueblo esparcido y dividido entre los pueblos en todas las provincias de tu reino, y sus leyes son diferentes de las de todo pueblo, y no observan las leyes del rey; y al rey no viene provecho de dejarlos. Si place al rey, escríbase que sean destruídos; y yo pesaré diez mil talentos de plata en manos de los que manejan la hacienda, para que sean traídos a los tesoros del rey. (Est. 3^{8-9})

En seguida le dió el rey autoridad para hacer con los judíos como le pareciera. Amán publicó un decreto real por el cual se dedicaba el décimo tercer día de Adar en todo el imperio para la matanza y despojo de los judíos. Con profunda angustia, Mardoqueo pidio

a Ester que fuese al rey e intercediera por su pueblo. Pero Ester replicó:

> Todos los siervos del rey, y el pueblo de las provincias del rey saben, que cualquier hombre o mujer que entra al rey al patio de adentro sin ser llamado, por una sola ley ha de morir; salvo aquel a quien el rey extendiere el cetro de oro, el cual vivirá: y yo no he sido llamada para entrar al rey estos treinta días. Y dijeron a Mardoqueo las palabras de Ester. Entonces dijo Mardoqueo que respondiesen a Ester: No pienses en tu alma, que escaparás en la casa del rey más que todos los judíos: Porque si absolutamente callares en este tiempo, respiro y libertación tendrán los judíos de otra parte; mas tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe si para esta hora te han hecho llegar al reino? Y Ester dijo que respondiesen a Mardoqueo: Ve, y junta a todos los judíos que se hallan en Susán, y ayunad por mí, y no comáis ni bebáis en tres días, noche ni día: yo también con mis doncellas ayunaré igualmente, y así entraré al rey, aunque no sea conforme a la ley; y si perezco, que perezca. (Est. 4^{11-16})

Al tercer día tuvo éxito la peligrosa empresa de Ester, el rey la recibió graciosamente y en seguida la ofreció cumplir su deseo, pero ella lo eludió e invitó a él y a Amán a un almuerzo para aquel día, cuando el rey le preguntó otra vez, pero no pudo reunir bastante coraje y de nuevo pospuso su petición y le invitó al rey y a Amán para el día siguiente. Amán muy gozoso por este señalado honor, encontró en el camino de su casa a Mardoqueo, quien nuevamente omitió hacerle la reverencia. Dominando su ira, contó a su esposa y a sus amigos todo el honor que se le había hecho en el cual había sólo una mancha: el atrevimiento del judío Mardoqueo. Ellos le aconsejaron que preparase una horca y que pidiera permiso al rey para colgar a Mardoqueo. Aquella noche el rey no pudo dormir y pidió que se le leyeran las memorias reales, en las cuales constaba el descubrimiento por Mardoqueo del complot para asesinarlo. Cuando el rey supo que no se le había recompensado por esto, preguntó a Amán que acababa de llegar al patio: "¿Qué se hará al hombre cuya honra desea el rey?" Creyendo que él mismo sería el objeto de semejante gracia, mencionó los más extravagantes honores, ¡y se le ordenó que los realizara en la persona de Mardoqueo! Mortificado se fué a su casa donde sus amigos le avisaron que Mardoqueo causaría su ruina. Aquel día en el almuerzo, por fin Ester dijo al rey, que no sabía que ella era judía, que su propia

vida y la de su pueblo estaban en peligro, y ante su airada pregunta: "¿Quién es, y dónde está, aquél a quién ha henchido su corazón para obrar así?" Ella contestó: "¡Este malvado Amán!" Esto era demasiado para el rey, quien salió al jardín para calmarse. Mientras tanto Amán imploraba a Ester por su vida y en su terror había caído sobre el lecho de la reina. Cuando el rey volvió y lo vió echado allí, interpretó mal la situación. Un cortesano hizo recordar la existencia de las altas horcas que Amán había preparado para Mardoqueo. Inmediatamente fué ahorcado. Su casa fué dada a Ester, quien puso de administrador a su tío. El rey lo hizo visir en reemplazo de Amán. Para deshacer el malvado plan de Amán, una vez más intercedió ante el rey para que revocara su decreto de la matanza de los judíos. Pero esto era imposible, así que dió autoridad a Mardoqueo y a Ester para que remediaran el asunto lo mejor que pudieran. Enviaron entonces un decreto real por el cual se daba autoridad a los judíos, no sólo para defenderse el 13 de Adar, sino para "destruir, y matar, y acabar con todo ejército de pueblo o provincia que viniese contra ellos, aun niños y mujeres, y su despojo para presa" (8^{11b}). Y en aquel día los judíos masacraron a 500 hombres solo en Susán además de diez hijos de Amán pero —¡no tomaron el despojo! ¡Los judíos no eran avaros! A requerimiento de Ester (!) el rey señaló el día siguiente para otra matanza y 300 más fueron muertos en Susán. ¡ En la provincia 75.000 personas perdieron sus vidas a manos de los judíos! En conmemoración de esto, los judíos celebraron en Susán un festival llamado Purim el 13 y el 14 de Adar, en los pueblos solamente el 14, días en los que hacían fiesta y se enviaban regalos unos a otros. Mardoqueo escribió una carta a todos los judíos de todas las provincias del imperio persa ordenándoles cumplir esta festividad. También Ester escribió una segunda carta "para confirmar estos días de Purim en sus tiempos señalados".

El espíritu de odio y de revancha impregna todo el libro. Uno lo caracterizaría como un libro impío, pero probablemente su autor hubiera protestado contra esto. Sin embargo, es notable su actitud estudiada para evitar cualquier referencia a la religión y aún al nom-

bre de Dios, donde naturalmente debía hacerse. Cuando Mardoqueo se negó a prosternarse delante de Amán, no se nos dice que fuera por razones religiosas. Cuando exhortaba a Ester a salvar a su pueblo, que vendría ayuda "de otra parte", quería significar, por supuesto, de Dios, pero no lo dice. Cuando Ester ayunó tres días antes de empezar su peligrosa empresa, no se menciona la oración, aunque oración y ayuno inevitablemente van junto en tales casos. Cuando el pueblo celebró su salvación, se regocijaron e hicieron fiesta, ¡pero no dieron gracias a Dios! Este carácter puramente profano del relato, encuentra su explicación probablemente no en la carencia de religión del autor o en su oposición a ella, sino en el carácter secular de la fiesta del Purim, cuyo origen describe y para cuya introducción y celebración entre todos los judíos de todas partes fué escrito. Purim no era una de las antiguas festividades anuales. Se había originado en el Oriente, probablemente en Persia, donde está situado el relato. Puede haber sido un festival persa que los judíos adoptaron y reinterpretaron, y que celebraron el mismo día que los persas el suyo, igual como en algunos lugares los judíos modernos han adoptado los rasgos no religiosos de la Navidad, el árbol iluminado y los regalos, pero sin la historia de la Navidad y su significado cristiano, como día del nacimiento de Cristo. Qué festival particular era el de Purim, no lo sabemos, porque ninguna de las sugestiones hechas en este sentido ha sido satisfactoria.

El libro fué escrito con el fin de propagar la fiesta de Purim, que al parecer había hallado al principio poco favor en Palestina, antes al contrario, una activa oposición. Esta es probablemente la causa por la cual ni Ester ni Mardoqueo son mencionados por Jesús ben Sirac en su lista de notables. Hasta pudiera ser que el día de Nicanor, que era celebrado el 13 de Adar, un día antes del Purim, en conmemoración de la victoria de Judas Macabeo sobre el general sirio Nicanor en el 162 a. de J. C., fuese instituído en Palestina como una festividad rival. Sea como fuere, durante las guerras macabeas por la religión y la independencia nacional el Libro de Ester estaba destinado a hacerse más y más popular, puesto que expresaba el espíritu del pueblo en la última mitad del segundo

siglo. En estas guerras se había desarrollado una fuerte conciencia y orgullo nacional. Los sufrimientos infligidos por los odiados paganos no habían sido olvidados. El espíritu patriotero llegó a prevalecer y Ester era una de sus expresiones más populares. Por el año 114 a. de J. C., el relato había sido llevado a Egipto en una traducción griega, y al fin del siglo el Purim era una festividad reconocida en Palestina.

Por supuesto, aún entonces el carácter puramente secular del Libro de Ester fué para muchos una evidencia de que no era inspirado por Dios, y los estudios ortodoxos lucharon por largo tiempo contra su colocación entre los escritos sagrados. La versión griega trató de salvar sus objeciones insertando cierto número de interpolaciones religiosas, tales como oraciones de Mardoqueo y Ester, que respiran el mismo espíritu nacionalista y exclusivista. Aunque no fueron introducidas al texto hebreo, sin embargo, el libro venció todos los escrúpulos a causa de su gran popularidad e intenso patriotismo, y desde entonces ha sido leído anualmente en la fiesta del Purim.

Capítulo XIX

LITERATURA DE LA SABIDURIA

Uno de los elementos más interesantes e importantes del desarrollo del judaísmo es la obra de los hombres doctos denominados "los sabios". Ellos ocupaban un lugar junto a los sacerdotes, como maestros de moral y religión de la juventud. En cierto sentido eran los sucesores de los profetas, ya que divulgaban sus enseñanzas. Sin elevarse hasta las sublimes concepciones de los grandes profetas ni participar de su glorioso entusiasmo, conservaban, sin embargo, la justa relación entre la forma y el espíritu, en una época de creciente legalismo, por medio de su insistencia en la sabiduría como la verdadera norma y guía para la vida. Individualistas en extremo, se dirigían a los individuos, no a la nación. De hecho no se ocuparon de los intereses nacionales, ni siquiera de la esperanza mesiánica, precisamente por ser un asunto tan nacional; ellos eran cosmopolitas. Así en Job nunca se designa a Dios por su nombre judío, Jehová; tampoco en el Eclesiastés; en cuanto a Proverbios, si sustituimos Jehová por "Dios", todo el libro es de aplicación universal. El interés de estos sabios no estaba en la vida judía, sino en la vida humana, y por lo tanto se les ha llamado humanistas. Algunos de ellos tenían menos conciencia que otros de esta característica de su modo de ser; pero permanece el hecho de que se dirigían a sus oyentes como a hombres, no como a judíos, y sobre asuntos humanos y no judíos. Algunos de los mejores personajes de su literatura precisamente no son judíos: Job y sus amigos, Lemuel, rey de Massa (Prov. 31) y Agur, hijo de Jaqué, de Massa (Prov. 30) no eran judíos sino árabes. Nada podría mostrar con más claridad que ellos reconocían que la sabiduría es universal. Precisamente el hecho de que haya notables paralelos de los Proverbios bíblicos, de Job, y del Eclesiastés, entre los antiguos egipcios, babilonios y otras naciones, indica, no que la sabiduría judía dependiera de ninguna

de aquellas, sino que la sabiduría es internacional; en todas partes el fruto de la experiencia de la vida se expresa en esa forma, que es de aplicación universal. Tenemos en el Antiguo Testamento tres libros de sabiduría: Proverbios, Job, y Eclesiastés. Otros, como la historia de Anikar, el libro de Jesús ben Sirac o Eclesiástico, o el de la sabiduría de Salomón, existen, pero no forman parte del canon hebreo.

En el libro de los Proverbios tenemos una serie de colecciones de escritores de diversas épocas:

1. 1-9 "Los Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel", una serie de discursos conexos que contienen advertencias contra la impiedad y especialmente contra la lujuria, y exhortaciones a buscar la sabiduría, la más preciosa de todas las posesiones.
2. 10-22[16] "Los Proverbios de Salomón", consistentes en sabias máximas, generalmente dispuestas en versos pareados, enteramente diferentes de la primera colección.
3. 22[17]-24[22] "Palabras de los sabios", que empieza con la exhortación "Inclina tu oído, y oye las palabras de los sabios". Mayormente en cuartetos.
4. 24[23-24] "También estas cosas pertenecen a los sabios", un apéndice a la colección anterior, también en cuartetos y grupos más largos.
5. 25-29 "También estos son proverbios de Salomón, los cuales copiaron los varones de Ezequías, rey de Judá". En su mayoría son pareados, pero también hay tercetos, cuartetos y otras composiciones más largas.
6. 30 "Palabras de Agur, hijo de Jaqué, de Massa". La primera parte está coloreada por un débil escepticismo; la segunda contiene una serie de proverbios numéricos.
7. 31[1-9] "Palabras del rey Lemuel (de Massa); profecía con que le enseñó su madre". Consistentes en advertencias contra las mujeres y el vino y exhortaciones a una recta administración de justicia.
8. 31[10-31] Un poema alfabético en honor de una mujer digna.

El corazón del libro es la segunda colección: "los Proverbios de Salomón", a la cual se agregó, primero, las "Palabras de los sabios" y su apéndice (N[os]. 3 y 4) y luego la otra colección de Proverbios de Salomón (N° 5). Las últimas tres colecciones (N[os]. 6-8) son apéndices. La primera sección se antepuso a todo el libro, como introducción; es la más reciente en cuanto a su fecha y no data de más allá que el período griego, mientras las otras parecen venir de la época persa. Al principio se establece el propósito de las enseñanzas de los sabios tanto como de este libro en particular:

Los Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel (sirven),
para entender sabiduría y doctrina;
para conocer las razones prudentes;
para recibir el consejo de prudencia,
justicia, y juicio y equidad;
para dar sagacidad a los simples,
y a los jóvenes inteligencia y cordura.
Oirá el sabio, y aumentará el saber;
y el entendido adquirirá consejo;
para entender parábola y declaración;
palabras de sabios y sus dichos oscuros. (Prov. 1^{1-6})[1]

Por sabiduría entienden los sabios esa sagacidad y sentido común que capacitan a los hombres para vivir una vida feliz y próspera. Y enseñaban a los jóvenes el arte de vivir, en breve máximas o largas exhortaciones, por medio de agudas observaciones y fervientes apelaciones personales. Muchas de esa sabiduría es bien antigua y muchos de los proverbios reunidos en estas colecciones habían circulado entre el pueblo desde mucho tiempo atrás. Los sabios a veces sólo les habrán dado su forma actual, pues no eran solamente coleccionistas, sino autores. La tradición consideraba a Salomón como el más sabio de los sabios, y le atribía 3000 proverbios en los cuales "disertó de los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en la pared. Asimismo disertó de los animales, de las aves, de los reptiles y de los peces" (1° Rey. 4^{33}). Pero ninguno de ellos ha llegado hasta nosotros. No obstante, en época posterior se atribuyó a Salomón la segunda y quinta colecciones, y más adelante, todo el libro, a pesar de que cuatro de las ocho divisiones son asignadas definitivamente a otros autores en el epígrafe. Aunque no puede negarse que Salomón haya sido el autor de algunos proverbios de la segunda y quinta colecciones, muchos de ellos que alaban la monogamia y condenan la lujuria, o alaban el contentamiento y desprecian las riquezas, o hablan del rey como arbitrario y tirano, habrían sonado tan extrañamente en sus labios que no podemos confiar en la exactitud de la tradición. El epígrafe de la quinta colección (Prov. 25^{1}) parece al principio implicar una tradición histórica: También estos son proverbios de Salomón, los cuales copiaron los varones de Ezequías, rey de Judá". Pero eso se debe más bien a la traducción de la palabra *yaskîl* en 2° Rey. 18^{7} con el significado *"demostró ser sabio"* en lugar de

"prosperaba"; puede ciertamente traducirse así, aunque "prosperaba" se adapta mejor al contexto. Siguiendo la práctica del autor de Crónicas, alguien construyó sobre esto la conjetura de que Ezequías estaba interesado en conservar los dichos de Salomón, y agregó esto al título de la colección.

La forma más común de los proverbios era la de pareados: un verso en dos miembros paralelos, en el cual se comparaban dos cosas para mostrar una similitud, un contraste, o una diferencia comparativa. Por ejemplo:

Como el vinagre a los dientes, y como el humo a los ojos.
  así es el perezoso a los que lo envían. (10[26])
El corazón alegre hermosea el rostro:
  más por el dolor de corazón el espíritu se abate. (15[13])
Mejor es vivir en un rincón de zaquizamí
  que con la mujer rencillosa en espaciosa casa. (21[9])

La tercerilla es rara:

Como frío de nieve en tiempo de la siega,
  así es el mensajero fiel a los que lo envían:
    pues al alma de su señor da refrigerio. (25[18])

Pero el cuarteto es frecuente:

Gotera continua en tiempo de lluvia,
  y la mujer rencillosa, son semejantes:
el que pretende contenerla, arresta al viento:
  o el aceite en su mano derecha. (27[15, 16])

El siguiente es un ejemplo de quinteto:

Tener respeto a personas en el juicio no es bueno.
El que dijere al malo. Justo eres,
  los pueblos lo maldecirán, y le detestarán las naciones:
mas los que lo reprenden, serán agradables,
  y sobre ellos vendrá bendición de bien. (24[23b-25])

Como ejemplo de las composiciones más largas puede servir la famosa descripción del borracho:

¿Para quién será el ay? ¿para quién el ay?
  ¿para quién las rencillas? ¿para quién las quejas?
¿para quién las heridas en balde?
  ¿para quién lo amoratado de los ojos?
Para los que se detienen mucho en el vino,
  para los que van buscando la mistura.
No mires al vino cuando rojea,
  cuando resplandece su color en el vaso:
  éntrase suavemente;
mas al fin como serpiente morderá,
  y como basilisco dará dolor:

Tus ojos mirarán las extrañas
y tu corazón hablará perversidades.
Y serás como el agua que yace en medio de la mar,
o como el que está en la punta de un mastelero.
Y dirás: "Hiriéronme, mas no me dolió;
azotáronme, mas no lo sentí;
cuando despertare, aun lo tornaré a buscar". (23[29-35])

Una forma especial de máximas es la de los proverbios numéricos, derivación de las adivinanzas:

Por tres cosas se alborota la tierra,
y la cuarta no puede sufrir:
Por el siervo cuando reinare;
y por el necio cuando se hartare de pan;
por la aborrecida cuando se casare;
y por la sierva cuando heredare a su señora. (30[21-23])

La enseñanza de los sabios abarcaba toda la vida: los asuntos personales, incluso las buenas maneras y costumbres; las relaciones familiares, incluyendo a los padres, los hijos y los sirvientes; las relaciones sociales, entre amigos y enemigos, entre ricos y pobres; los asuntos profesionales y comerciales, y la vida pública y sus intereses. Hay en el Libro de los Proverbios tal riqueza de sabiduría, de observación sobria y realista, de epigramas agudos, de buen humor y de sarcasmo hiriente, de ardiente exhortación personal y apelación urgente, que lo hacen una verdadera mina de buenos consejos para el vivir correcto. Sólo es de lamentar que los sabios no hayan sentido la necesidad de agrupar sus dichos por orden lógico.

El ideal del sabio no es elevado; es la vida de un hombre avisado, íntegro, que sabe conducirse en forma de tener éxito, ser honrado y feliz. El gran motivo de la vida es para ellos siempre la felicidad personal. No les concierne el hacer felices a otros. Aun cuando se considera el bienestar de otros, es siempre con relación al de uno mismo, como, por ejemplo, en las siguientes exquisitas expresiones:

Cuando cayere tu enemigo, no te huelgues:
y cuando tropezare, no se alegre tu corazón;
porque Jehová no lo mire, y le desagrade,
y aparte de sobre él su enojo. (27[17, 18])

o en la famosa exhortación:

Si el que te aborrece tuviere hambre, dale de comer pan;
y si tuviere sed, dale de beber agua:
porque ascuas allegas sobre su cabeza,
y Jehová te lo pagará. (25[21, 22])

El interés propio domina aun estos pensamientos, como todos los consejos de los sabios. Ellos nunca incitan al bien por el bien mismo. Todo está dominado por la idea de provecho egoísta, sea la realización de una buena acción, o se trate de inculcar una virtud o de refrenar una maldad. El principio fundamental de la religión y la moral es que la bondad será recompensada y castigada la maldad. El sabio, por lo tanto, seguirá los grandes principios religiosos y morales a fin de alcanzar la felicidad. El insensato rehusa hacer lo mismo, y perece.

Los sabios eran hombres profundamente religiosos, pues tenían la seguridad de que solo así podrían verdaderamente alcanzar éxito, honores y felicidad. Pero es significativo que en sus enseñanzas atribuyeran tan poca importancia a la ley ceremonial. Es posible que la mencionaran en dichos tales como:

> El que aparta su oído para no oír la ley,
> su oración también es abominable. (28^{9})

pero es mucho más probable que esto se refiera a la ley moral. La influencia de los profetas es fuerte en los sabios. La forma en que reflejaban el pensamiento profético se ve con claridad en máximas como las siguientes:

> El sacrificio de los impíos es abominación a Jehová;
> mas la oración de los rectos es su gozo. (15^{8})
> Con misericordia y verdad se corrige el pecado;
> y con el temor de Jehová se apartan del mal los hombres. (16^{6})
> Hacer justicia y juicio
> es a Jehová más agradable que sacrificio. (21^{3})
> El sacrificio de los impíos es abominación:
> ¡cuánto más ofreciéndolo con maldad! (21^{27})
> El que encubre sus pecados, no prosperará:
> mas el que los confiesa y se aparta, alcanzará misericordia. (28^{13})

La influencia profética se manifiesta también en la insistencia sobre el hombre interior: es el carácter por lo que debe esforzarse; los sabios preconizaban la disciplina moral personal y la educación de las disposiciones y la voluntad.

> Candela de Jehová es el alma del hombre,
> que escudriña lo secreto del vientre. (20^{27})
> ¿Quién podrá decir: Yo he limpiado mi corazón,
> limpio estoy de mi pecado? (20^{9})
> Todo camino del hombre es recto en su opinión:
> mas Jehová pesa los corazones. (21^{2} 16^{2})

Los sabios trataban de inculcar los principios de una vida digna glorificando la sabiduría como su secreto y fuente. Esto se hace especialmente en la primera parte (1-9), donde en hermosos párrafos se glorifica a la sabiduría y se la muestra como el principio supremo en la creación y en la vida del hombre. La verdadera vida consiste, por lo tanto, en la armonía con ese principio que penetra el universo y se revela a la mente humana. Sólo Dios conoce el camino de la sabiduría, el hombre nunca podría encontrar su fuente por sus propias investigaciones y esfuerzos.

Cuando él hizo ley a la lluvia,
y camino al relámpago de los truenos;
entonces la veía él, y la manifestaba;
preparóla y descubrióla también.
Y dijo al hombre:
He aquí que el temor del Señor es la sabiduría,
y el apartarse del mal la inteligencia. (Job. 28^{26-28}) [2]

Aquí se identifica la religión con la sabiduría. También en Prov. 1^{7} 9^{10} se declara que "el temor de Jehová es el principio (o la parte principal) de la sabiduría".

Agur había tratado de entender los secretos del mundo sólo para llegar a esta conclusión:

La profecía que dijo el varón
a Itiel, a Itiel y a Ucal.[3]
Ciertamente más rudo soy yo que ninguno,
ni tengo entendimiento de hombres.
Yo ni aprendí sabiduría,
ni conozco la ciencia del Santo.
¿Quién subió al cielo y descendió?
¿quién encerró los vientos en un puño?
¿quién ató las aguas en un paño?
¿quién afirmó todos los términos de la tierra?
¿cuál es su nombre, y el nombre de su hijo, si sabes? (Prov. 30^{1-4})

Nadie lo sabe. Pero Dios lo ha revelado en su palabra:

Toda palabra de Dios es limpia:
es escudo a los que en él esperan.
No añadas a sus palabras,
porque no te reprenda,
y seas hallado mentiroso. ($30^{5, 6}$)

Para Agur la fuente de la revelación son las Sagradas Escrituras, pero por lo general los sabios pensaban en Dios mismo revelando directamente la sabiduría.

No les era suficiente dar énfasis solamente a la fuente divina

de la sabiduría. Ellos especulaban acerca de la sabiduría misma, su origen y su relación con el hombre. Creían que era una personalidad divinamente creada, que existía ya antes de la fundación del mundo. En este exquisito pasaje habla la sabiduría:

Jehová me poseía en el principio de su camino,
ya de antiguo, antes de sus obras.
Eternalmente tuve el principado,
desde el principio, antes de la tierra.
Antes de los abismos fuí engendrada;
antes que fuesen las fuentes de las muchas aguas.
Antes que los montes fuesen fundados,
antes de los collados, era yo engendrada:
no había aún hecho la tierra, ni las campiñas,
ni el principio del polvo del mundo.
Cuando formaba los cielos, allí estaba yo;
cuando señalaba por compás la sobrefaz del abismo;
cuando afirmaba los cielos arriba,
cuando afirmaba las fuentes del abismo;
cuando ponía a la mar su estatuto,
y a las aguas que no pasasen su mandamiento;
cuando establecía los fundamentos de la tierra:
con él estaba yo ordenándolo todo;
y fuí su delicia todos los días,
teniendo solaz delante de él en todo tiempo.
Huélgome en la parte habitable de su tierra;
y mis delicias son con hijos de los hombres. (8^{22-31})

Antes de la creación existía la sabiduría, y en la creación ella estuvo con Dios como un maestro de obra, pues es principio inmanente en el mundo. Ella viene de Dios para argüir con los hombres, para ganar a los simples y a los insensatos para la vida verdadera, para cortejarles y tentarles con su hermosura y sus encantos para que la amen y encuentren así la vida. Porque se la personifica como una mujer maravillosamente hermosa que seduce y tienta a los jóvenes.

La sabiduría clama de fuera,
da su voz en las plazas:
clama en los principales lugares de concurso;
en las entradas de las puertas de la ciudad
dice sus razones. ($1^{20, 21}$)

Ella tiene dones maravillosos que conceder, en ella está la gloria de la vida.

Oh hombres, a vosotros clamo;
y mi voz es a los hijos de los hombres.
Entended, simples, discreción;
y vosotros, locos, entrad en cordura.

Porque el que me hallare, hallará la vida,
y alcanzará el favor de Jehová.
Mas el que peca contra mí, defrauda su alma:
todos los que me aborrecen, aman la muerte. (8[34, 5, 35, 36])

¿Qué son los halagos del pecado, el que también se personifica en una mujer hermosa, Doña Locura, y todas sus tentaciones para quien ha visto la gloria del ideal en la maravillosa hermosura de la Sabiduría, que le arrastra con irresistible atracción a la rectitud y a la vida? Aunque la raíz de esta idea de la sabiduría debe buscarse en la antigüedad de la religión hebrea y semítica en general, el concepto presentado aquí por los sabios está íntimamente relacionado con, y quizá sugerido por el pensamiento griego.[4] Junto con la personificación de la "palabra" y del "espíritu" de Dios, fué uno de los antecedentes de la doctrina del Logos del Evangelio según Juan: "En el principio era el Verbo", es decir, la Sabiduría, o Razón Universal.

El Libro de los Proverbios fué obra de hombres ortodoxos, quienes afirmaban que los justos y los impíos son recompensados según sus méritos. Pero la validez de esta doctrina fué discutida y negada por los autores del poema de Job y del Eclesiastés, que no podían reconciliarla con los hechos de la vida. ¡Cuánta rebeldía producían en muchos hombres y mujeres que habían tratado de cumplir en la mejor forma posible los mandamientos de Dios, los desastres, desgracias y enfermedades que súbitamente les sobrevenían! El justo es favorecido por Dios, muere de ancianidad de muerte natural; solamente el impío es alcanzado por las calamidades y cortado en la flor de la edad. Así razonaban, y por lo tanto escudriñarían, y rogarían a Dios que les ayudara a hacerlo, el secreto de sus corazones, buscando los pecados escondidos por los cuales él les castigaba. Y si no les era restablecida la salud y prosperidad, sus enemigos declararían que, después de todo, habían sido pecadores aunque hubieran parecido justos, pues Dios, que prueba los corazones, conocía su impiedad y les castigaba por ella. Sólo había una causa del sufrimiento: ¡el pecado![5]

Surgió entonces un hombre que había sentido sobre sí el sufrimiento de esas almas justas, había gustado la amargura de muerte que encierra ese dogma, y cuyo corazón ardiente se rebeló y pro-

testó contra él. Este escribió (alrededor del 400 a. de J. C.) su inmortal poema, cada una de cuyas palabras había "sido fieramente caldeada al ardor de un alma que había luchado vehementemente", porque escribió la historia de un alma que había sufrido y batallado, fluctuando entre la esperanza y la desesperación, hasta que finalmente consiguió la paz. Tomó como argumento de su obra la vieja y bien conocida historia de Job, quien, aunque justo, había tenido que sufrir horriblemente. Mostró con toda claridad que Job era completamente irreprensible. Jehová mismo testificaba acerca de él: "no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal". Pero Satanás puso en duda el desinterés de su piedad: "¿Teme Job a Dios de balde?" ¿Hay sobre la tierra alguna religión desinteresada? ¿Sería Job tan profundamente religioso si su devoción no fuera recompensada con la prosperidad? ¿Permanecería fiel a su religión si perdiera todo lo que tenía, incluso sus hijos, y aún su salud? ¿Si fuera atacado de alguna enfermedad tan horrible como la lepra o la elefantiasis, que le señalarían a los ojos del mundo como un impío? La antigua historia contaba como había soportado Job tan terrible prueba. El no repudió a Dios, por lo cual fué recompensado doblemente al final.[6] El autor del poema, sin embargo, no estaba completamente satisfecho con la absoluta sumisión de Job. Cuando sus tres amigos, Elifaz, Bildad y Zofar, vinieron a consolar a Job sin encontrar palabras con qué expresar su simpatía, no pudo soportar la tensión. El interpretó ese silencio a la luz de la doctrina popular como una indicación de que ellos ponían en duda su rectitud, y como aún no había aprendido a prescindir de la aprobación de sus amigos, se entregó a la desesperación y maldijo el día de su nacimiento (3^1 y sigs.).

Esto abre el debate entre Job y sus amigos acerca de la causa de sus sufrimientos. Tres veces los amigos replican, por turno, a los argumentos de Job; él les contesta a todos hasta que finalmente sus amigos no tienen ya nada más que decir, y Job comienza de nuevo sus lamentaciones, para que Dios mismo le conteste. Los tres ciclos se hallan en los capítulos 3-14, 15-21, 22-27. Partes del último

discurso de Bildad y de Zofar se atribuyen ahora erróneamente a Job en 26^{5-14} $27^{7-10, 13-23}$.

Los amigos representan la enseñanza aceptada de que estos sufrimientos se deben en último término al pecado. Pero ellos conocen demasiado bien a Job para creer que haya cometido pecados tan horrendos como para que le reporten tan terrible sufrimiento; no puede tratarse de un castigo. Así sin poner en tela de juicio su piedad, tratan de confortarle señalándole las buenas intenciones que Dios tiene hacia él al disciplinarle. No debe desesperarse:

¿Es este tu temor (de Dios), su confianza,
tu esperanza, y la perfección de tus caminos?
Recapacita ahora, ¿quién que fuera inocente se perdiera?
y ¿en dónde los rectos fueron cortados?
Como yo he visto, los que aran iniquidad
y siembran injuria, la siegan.
Perecen por el aliento de Dios,
y por el espíritu de su furor son consumidos. (4^{6-9})

No hay hombre sin pecado, nadie es justo delante de Dios (4^{17}). Que Job recuerde esto, y entienda el gracioso plan de Dios acerca de él.

He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga:
por tanto no menosprecies la corrección del Todopoderoso.
Porque él es el que hace la llaga, y él la vendará:
él hiere y sus manos curan.
En seis tribulaciones te librará,
y en la séptima no te tocará el mal. (5^{17-19})

Este sufrimiento es meramente un medio disciplinario y pedagógico, por el cual Dios quiere refinar a Job y hacer que después sea más feliz. Así le exhortan:

Ciertamente yo buscaría a Dios,
y depositaría en él mis negocios. (5^{8})
Si tú de mañana buscares a Dios,
y rogares al Todopoderoso;
si fueres limpio y derecho,
cierto luego se despertará sobre ti,
y hará próspera la morada de tu justicia.
Y tu principio habrá sido pequeño,
y tu postrimería acrecerá en gran manera. (8^{5-7})

Pero cuando Job, enojado por las palabras de sus amigos, de quienes había esperado otra clase de consuelo, rechaza violentamente los cargos implícitos, le acusan entonces de impiedad. Sus palabras des-

esperadas y blasfemas les han revelado su verdadero carácter. Zofar le dice:

> Tú dices: Mi conversar es puro,
> y yo soy limpio delante de tus ojos.
> Mas ¡oh quién diera que Dios hablara,
> y abriera sus labios contigo,
> y que declarara los arcanos de la sabiduría,
> que son de doble valor que la hacienda!
> Conocerías entonces que Dios te ha castigado
> menos que tu iniquidad merece. (11$^{4-6}$)

Y de la misma manera agrega Elifaz:

> Porque tu boca declaró tu iniquidad,
> pues has escogido el hablar de los astutos.
> Tu boca te condenará, y no yo;
> y tus labios testificarán contra ti. (15$^{5, 6}$)

Sólo por el arrepentimiento puede Job volver a estar en gracia de Dios; reconozca su culpa y será salvo.

> Si tú apercibieres tu corazón,
> y extendieres a él tus manos;
> si alguna iniquidad hubiere en tu mano, y la echares de ti,
> y no consintieres que more maldad en tus habitaciones:
> entonces levantarás tu rostro limpio de mancha,
> y serás fuerte y no temerás:
> Y olvidarás tu trabajo,
> o te acordarás de él como de aguas que pasaron. (11$^{13-16}$)

Así, después de haber, al principio, hecho resaltar el carácter disciplinario y correctivo del sufrimiento, terminaron insistiendo en que era un castigo. No hay otro desarrollo de esta teoría.

Por supuesto antes Job participaba de esta creencia de sus amigos. Cuando estaba todavía bueno y era feliz, le era fácil creer que la piedad y la prosperidad, el pecado y el sufrimiento, marchan a la par. Pero ahora que él mismo ha sido afligido, tiene en su propia conciencia un opositor tan decidido de esta teoría, que se niega en absoluto a reconocerla como verdadera. El sufre, pero sabe que es inocente. Considerar su sufrimiento como meramente disciplinario y purificador, es absurdo; es demasiado horrible para ello; está al borde de la muerte ignominiosa. El no pretende estar libre de pecado. pues no hay hombre que no peque. Pero hacer al hombre tan frágil y luego castigarle por su fragilidad es injusto.

> Pequé ¿qué te haré,
> oh Guarda de los hombres?

¿por qué me has puesto contrario a ti,
y que a mí mismo sea pesado?
¿Y por qué no quitas mi rebelión,
y perdonas mi iniquidad? (7$^{20, 21}$)

El concede que ningún hombre puede ser justo delante de Dios. Pero la razón es que Dios mismo fija la norma de justicia: lo que él dice ser justo es justo. Y si declara que un hombre ha faltado, como lo ha hecho con Job, ¿quién puede impedírselo? El es completamente arbitrario, y tan sabio que nadie puede probarle un error, porque él puede fácilmente confundir a un hombre con sus preguntas hasta hacerle admitir su culpabilidad, aunque sea inocente.

Ciertamente yo conozco que es así:
¿y cómo se justificará el hombre con Dios?
Si quiere contender con él,
no le podrá responder a una cosa de mil,
El es sabio de corazón, y poderoso en fortaleza:
¿quién se endureció (jamás) contra él y quedó en paz? (9$^{2-4}$)
Si habláremos de su potencia, fuerte por cierto es;
si de su juicio, ¿quién me emplazará?
Si yo me justificare, me condenará mi boca;
si me dijere perfecto, esto me hará inicuo. (9$^{10, 20}$)

Job está pronto a admitir que Dios es omnipotente y omnisciente, como sus amigos lo han manifestado una y otra vez, pero sostiene que su omnipotencia y omniscencia no están dominadas por la moralidad, pues destruye a los justos y a los impíos de la misma manera, sin hacer distinciones morales.

Una cosa resta que yo diga:
al perfecto y al impío él los consume.
Si azote mata de presto,
ríese de la prueba de los inocentes.
La tierra es entregada en manos de los impíos,
y él cubre el rostro de sus jueces.
Si no es él, ¿quién es? ¿dónde está? (9$^{22-24}$)

Dios se ha constituído en enemigo de Job, quiere hacerle pecar.

Sé que no me darás por libre.
Yo soy impío,
¿para qué trabajaré en vano?
Aunque me lave con aguas de nieve,
y limpie mis manos con la misma limpieza,
aun me hundirás en el hoyo,
y mis propios vestidos me abominarán. (9^{28b-31})

Sin embargo, Job ansía discutir su caso con Dios, pero eso está fuera de su alcance.

Porque no es hombre como yo,
para que yo le responda,
y vengamos juntamente a juicio.
No hay entre nosotros árbitro
que ponga su mano sobre nosotros ambos.
Quite de sobre mí su vara,
y su terror no me espante.
Entonces hablaré, y no le temeré;
porque así no estoy en mí mismo. (9$^{32-35}$)

El le preguntaría a Dios por qué le está persiguiendo tan terriblemente, cuál es la razón:

Para que inquieras mi iniquidad,
y busques mi pecado,
Sobre saber tú que no soy impío. (10$^{6, 7}$)

Una vez manifestado, este deseo de traer su caso a un debate abierto con Dios se robustece. Job hasta moriría gustoso, con tal de tener esa suerte. Y aunque Dios le matara por atreverse a argüir tan intrépidamente con él, la convicción de que "no entrará en su presencia el hipócrita" (13^{16}) sería su salvación. Pero hace esta reserva:

A lo menos dos cosas no hagas conmigo;
entonces no me esconderé de tu rostro:
Aparta de mí tu mano,
y no me asombre tu terror.
Llama luego y yo responderé;
o yo hablaré, y respóndeme tú (13$^{20-22}$)

Los amigos buscan en Job la causa de su sufrimiento. Job la busca en Dios. Los amigos declaran que Job es un pecador. Job declara que Dios es arbitrario, injusto e inmoral. La raíz de todo eso no está en él, sino en Dios. Su lenguaje no es otro que el de la blasfemia.

Ese es el Dios de su experiencia presente, injusto y cruel. Pero ahora entra un nuevo elemento en su razonamiento: recuerda el Dios de su experiencia pasada y piensa en la maravillosa, íntima comunión que tenía con ese Dios que se manifestaba lleno de justicia y amor. Surge entonces en su alma un extraño conflicto entre el Dios del pasado y el Dios del presente, que hace más patética la situación. Ya una vez, al hablar del breve instante que habría de vivir antes de pasar al reino de la obscuridad y la muerte, había des-

lizado vagamente la idea de que Dios habría de volver ansioso a buscarle, cuando ya fuera demasiado tarde.

> Porque ahora dormiré en el polvo,
> y si me buscares de mañana, ya no seré. (7^{21b})

En la amargura que embarga su alma, Job interpreta su experiencia pasada, cuya realidad no puede negar, a la luz de su experiencia presente: Dios se ha tomado tanto trabajo para formarle y le ha mostrado tanta gracia y amor, sólo para ocultar mejor sus siniestros designios, a fin de poder atacarle y herirle más terriblemente después de haberle arrullado en un ambiente de seguridad.

> Vida y misericordia me concediste,
> y tu visitación guardó mi espíritu.
> Y estas cosas tienes guardadas en tu corazón;
> yo sé que esto está cerca de ti.
> Si pequé, tú me has observado,
> y no me limpias de mi iniquidad.
> Si fuere malo ¡ay de mí!
> y si fuere justo, no levantaré mi cabeza. (10$^{12-15}$)

El había estado equivocado en el tiempo pasado, cuando creía que Dios era justo y amante, pues Dios había acariciado siempre un profundo odio hacia él y su bondad para con él era sólo una máscara para disimular su propósito maligno. Pero Job no vuelve a referirse a esta interpretación; el recuerdo de la bendita comunión de otra época había encendido de nuevo su antigua convicción de la justicia de Dios, en la que se refirma fuertemente. De esto hay un ejemplo, aunque él mismo no lo advierta, en su alegato acerca de que Dios no puede complacerse en defensas injustas:

> ¿Habéis de hablar iniquidad por Dios?
> ¿habéis de hablar por él engaño?
> ¿Habéis de hacer acepción de su persona?
> ¿habéis de pleitear vosotros por Dios?
> ¿Sería bueno que él os escudriñase?
> ¿os burlaréis de él como quien se burla de algún hombre?
> El os reprochará de seguro,
> si solapadamente hacéis acepción de personas. (13$^{7-10}$)

Aquí está otra vez el antiguo Dios de verdad y justicia, aunque Job no se dé cuenta de ello. Pero a medida que avanza la lucha en su alma, llega a vislumbrar que la actitud presente de Dios hacia él no expresa su verdadero carácter. Su ira ha de ser un arranque pasajero; por lo tanto ora:

¡Oh quién me diera que me escondiese en el sepulcro,
que me encubrieras hasta apaciguarse tu ira,
que me pusieres plazo, y de mí te acordaras!
Si el hombre muriese, ¿volverá a vivir?
Todos los días de mi edad esperaré,
hasta que venga mi mutación.
Aficionado a la obra de tus manos,
llamarás, y yo te responderé. (14$^{13-15}$)

Pero cuando Job se siente de nuevo abrumado por su insoportable dolor, ve otra vez en Dios a su enemigo cruel. El conflicto de su alma es un espectáculo conmovedor. El siente que pronto va a morir: morir inocentemente, porque su muerte es realmente un asesinato brutal cometido por Dios. Pero al pensar en su sangre derramada tan inocentemente, la antigua creencia en el justo vengador celestial de la sangre inocente se refirma tan seguramente en él, que apela a Dios . . . ¡contra Dios!

¡Oh tierra! no cubras mi sangre,
y no hay lugar a mi clamor,
Mas he aquí que en los cielos está mi testigo,
y mi testimonio en las alturas.
Disputadores con mis amigos:
mas a Dios destilarán mis ojos,
¡Ojalá pudiese disputar el hombre con Dios,
como con su prójimo! (16$^{18-21}$)

Aquí aparece un extraño dualismo en el concepto que Job tiene de Dios: el Dios de justicia contra el Dios de crueldad arbitraria. Uno a quien Job reconoce ha de vindicarle. Este vengador debe ser Dios mismo, porque él es el autor de sus sufrimientos y sabe, por lo tanto, que él es inocente. Sin duda, Dios es arbitrario y cruel, pero este mismo hecho muestra que la causa de sus sufrimientos reside en Dios y no en él. Job no puede encontrar refugio en sus amigos; ellos no creen en su inocencia, de modo que en su desesperación se vuelve a Dios, pues no puede abandonar la convicción de que, después de todo, Dios es veraz. Y así espera confiadamente que Dios, en su veracidad, ha de testificar acerca de él. Llega a creer que su reivindicación no está lejana. El ha de morir pronto; pero no importa: Dios le vindicará en el sepulcro. Cómo sucederá eso, no lo dice; quizá no lo sepa, pero lo cierto es que sucederá. Y está seguro también de que él ha de serlo. Al solo pensamiento de la visión de Dios se consume su corazón de ansiedad.

Yo sé que mi Redentor vive,
y al fin se levantará sobre el polvo;
y después (?) de deshecha esta mi piel,
aun he de ver (?) en mi carne a Dios;
el cual yo tengo de ver por mí,
y mis ojos lo verán, y no otro,
aunque mis riñones se consuman dentro de mí. (19$^{25-27}$)[7]

Job está convencido de que Dios ha de ser justo al fin. Con esto ha terminado el problema, en lo que atañe personalmente a Job, ya que ahora sabe que Dios es justo a pesar de sus aparentes arbitrariedades, y que él conoce su integridad. Pero el problema no concierne solamente a Job, sino a los justos de todas partes; se pasa entonces a la discusión de la cuestión más general del problema de los justos. Contra la insistencia de sus amigos en que la suerte de los impíos es de temer, Job prueba concluyentemente que los hechos contradicen esa teoría y demuestra que los impíos prosperan, mientras Dios no hace absolutamente nada que indique que él se ajusta a normas morales en su trato con los hombres.

¿Por qué viven los impíos,
y se envejecen, y aun crecen en riquezas?
Su simiente con ellos, compuesta delante de ellos;
y sus renuevos delante de sus ojos.
Sus casas seguras de temor,
ni hay azote de Dios sobre ellos. (21$^{7-9}$)

Ellos son prósperos, llevan una vida dichosa, y no se cuidan de Dios.

Dicen pues a Dios: Apártate de nosotros,
que no queremos el conocimiento de tus caminos.
¿Quién es el Todopoderoso, para que le sirvamos?
¿y de qué nos aprovechará que oremos a él? (21$^{14, 15}$)

Job desecha impaciente el argumento de que el castigo de los impíos recaiga sobre sus hijos, puesto que no conviene a la cuestión en sí.

¡Oh cuántas veces la lámpara de los impíos es apagada,
y viene sobre ellos su quebranto,
y Dios en su ira les reparte dolores! . .
Dios guardará para sus hijos su violencia:
y le dará en pago, para que conozca.
Verán sus ojos su quebranto,
y beberá de la ira del Todopoderoso.
Porque ¿qué deleite tendrá él de su casa después de sí,
siendo cortado el número de sus meses? (21$^{17, 19-21}$)

Al pensar Job en la injusticia de Dios en su trato con los hombres,

su esperanza se esfuma, se desvanece su confianza. De nuevo exclama:

¡Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!
yo iría hasta su silla.
Ordenaría juicio delante de él,
y henchiría mi boca de argumentos.
Yo sabría lo que él me respondería,
y entendería lo que me dijese.
¿Pleitearía conmigo con grandeza de fuerza?
no: antes él la pondría en mí.
Allí el justo razonaría con él:
y escaparía para siempre de mi juez.
He aquí yo iré al oriente, y no lo hallaré;
y al occidente, y no lo percibiré:
si al norte él obrare, yo no lo veré.
al mediodía se esconderá y no lo veré. (23[8-9])

Finalmente, después de declarar su inocencia en un hermoso pasaje que pertenece a lo más fino que contiene el Antiguo Testamento en punto de ética[8], lanza este audaz desafío a Dios:

¡Quién me diera quien me oyese!
he aquí mi impresión es que el Omnipotente testificaría por mí,
aunque mi adversario me hiciera el proceso.
Ciertamente yo lo llevaría sobre mi hombro,
y me lo ataría en lugar de corona.
Yo le contaría el número de mis pasos,
y como príncipe me llegaría a él. (31[35-37])[9]

¡He aquí el desafío de un titán! ¡Y Dios aparece! y contesta desde un torbellino. El intimida a Job con su terrible majestad, y le dirige pregunta tras pregunta, ninguna de las cuales puede contestar:

¿Quién es ése que obscurece el consejo,
con palabras sin sabiduría?
Ahora ciñe como varón tus lomos;
yo te preguntaré y hazme saber tú.
¿Dónde estabas cuando yo fundaba la tierra?
házmelo saber, si tienes inteligencia.
¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes?
¿o quién extendió sobre ella cordel?
¿sobre qué están fundidas sus bases?
¿o quién puso su piedra angular,
cuando las estrellas todas del alba alababan,
y se regocijaban todos los hijos de Dios? (38[2-7])

¿Qué sabe Job acerca del grandioso trabajo de la creación y de las maravillas del mundo de la naturaleza?

¿Quién encerró con puertas la mar,
cuando se derramaba por fuera como saliendo de madre? (38[8])

¿Has tú mandado a la mañana en tus días?
¿has mostrado al alba su lugar? (38[12])
¿Has entrado tú hasta los profundos de la mar,
y has andado escudriñando el abismo? (38[16])

¿Qué sabe él del reino de la muerte, del hogar de la luz y las tinieblas, de los tesoros de la nieve y del granizo, o de la venida misteriosa de la niebla y la lluvia, del trueno y del relámpago? ¿Domina él acaso las fuerzas del cielo, o regula la marcha ordenada de las constelaciones, u ordena a las nubes dar lluvia (38[17-38])?

¿Qué sabe, además, Job de las maravillas de la creación animal de Dios? ¿Cuida él de los leones? Y

¿Quién preparó al cuervo su alimento,
cuando sus pollos claman a Dios,
bullendo de un lado a otro por carecer de comida? (39[8])

¿Qué sabe Job de los secretos de las cabras monteses, el asno montés, el unicornio, el caballo, el gavilán y el águila?

¿Vuela el gavilán por tu industria,
y extiende hacia el mediodía sus alas?
¿Se remonta el águila por tu mandamiento
y pone en alto su nido? (39[29, 30], véase también 39[4-15, 30-33])

¿Cómo se atreve Job a criticar la manera en que Dios gobierna el mundo, y tildarla de inmoral, cuando sabe tan poco acerca de ella y no entiende ni uno de los tremendos enigmas del mundo? Cree que Dios no tiene nada que hacer, más que atacarle y atormentarle a él; ¡como si él fuera lo único que preocupa a Dios! En su estrecho concepto, cree que todo el mundo gira alrededor del hombre y que todo ha sido creado sólo para él. Pero Dios hace

Llover sobre *la tierra deshabitada,*
sobre el desierto, *donde no hay hombre,*
para hartar la tierra desierta e inculta,
y para hacer brotar la tierna hierba. (38[26, 27])

De la misma manera muchos animales salvajes no serán nunca domesticados ni servirán al hombre.

¿Querrá el unicornio servirte a ti,
ni quedar a tu pesebre?
¿Atarás tú al unicornio con su coyunda para el surco?
¿Labrará los valles en pos de ti? (39[12, 13])

Cuán insignificante es el hombre, frente a la vasta complejidad del mundo, ¡y cuán ignorante acerca de sus misterios! Pero si las rela-

ciones de Dios con el mundo de la naturaleza son tan misteriosas, es pura presunción acusarle de inmoral frente a los misterios del mundo de los hombres. Si el que le acusa cree que él puede gobernar al mundo mejor, con más sabiduría y rectitud que Dios, ¡ponga manos a la obra!

¡Adórnate pues de grandeza y de majestad
y revístete de honra y de gloria!
¡Derrama los furores de tu ira;
y mira a todo soberbio y abátele!
¡Sí, mira a todo soberbio y póstrale;
y quebranta a los inicuos en donde mismo están!
¡Escóndelos juntos en el polvo,
y véndales los rostros en las tinieblas!
entonces yo también confesaré respecto de ti
que tu misma derecha te puede salvar. (40$^{10-14}$ VM)

El gran problema del sufrimiento humano merma en importancia cuando se contempla en relación al todo, cuando el hombre entiende que él no es el centro del universo alrededor del cual ha de girar todo. Ante la poderosa obra de la creación y el maravilloso dominio de Dios sobre el mundo de la naturaleza, Job siente su propia insignificancia, tiene conciencia de la arrogancia de sus pretensiones egoístas, y confiensa:

Yo conozco que todo lo puedes,
y que no hay pensamiento que se esconda de ti.
Por tanto yo denunciaba lo que no entendía,
cosas que me eran ocultas, y que no las sabía.
De oídas te había oído;
mas ahora mis ojos te ven.
Por tanto me aborrezco (mis palabras),
y me arrepiento en el polvo y la ceniza. (42$^{2, 3b, 5, 6}$)

Al fin Dios no ha dado ninguna respuesta a la pregunta de Job sobre la causa de sus sufrimientos. El problema del sufrimiento continúa tan obscuro como antes. Pero a pesar de ello Job ha conseguido la paz. Ni sabe ni necesita saber por qué sufre, ya que le ha sido concedida una visión de Dios. Para él la solución está en el mismo hecho de que Dios se le haya aparecido; la visión lo soluciona todo. En el curso del debate Job ha manifestado que Dios no aparecería a un hombre impío. La aparición de Dios a él implica, pues, su reivindicación. Y efectivamente, Dios no le acusa de pecado; solamente le señala su error y presunción; por otra parte, al aparecérsele, le demuestra que aún conserva su favor. Job apren-

de así que un hombre puede sufrir de la enfermedad más terrible y, sin embargo, gozar siempre del favor de Dios. La verdadera piedad no necesita demostrarse exteriormente por la salud, felicidad o prosperidad; ni aun necesita la aprobación de los justos: su seguridad descansa solamente en el testimonio de la conciencia. Y si surgen problemas que pueden llevar al hombre a la desesperación, que oiga su propia voz interior en la plena confianza de que, no obstante las apariencias y los sentimientos encontrados, Dios está a su lado como un amigo. Porque Dios es justo y gobierna al mundo con justicia, no importa cuán misteriosas puedan aparecer sus determinaciones.

Después de esto, el epílogo que contiene la conclusión de la leyenda nos parece superfluo, porque no necesitamos ya saber que la prosperidad de Job fué restaurada y que "bendijo Jehová la postrimería de Job más que su principio". El poeta mismo ha trascendido esta solución, pero la obra no hubiera quedado completa sin este final, pues el prólogo lo requería.

Las generaciones posteriores no descubrieron la grandeza del pensamiento de Job ni pudieron entender su atrevimiento; creyeron que era un presuntuoso que se consideraba justo a los ojos de Dios. Esto les contrariaba; también les disgustó la incapacidad de sus amigos para contestarle convincentemente. A algún poeta posterior le pareció increíble que Job hubiera ganado el debate, de modo que agregó los largos discursos de Elihú (32-37). Pero a pesar de la importancia que se da, Elihú no dice nada nuevo; todo ha sido ya dicho y él sólo formula algunos argumentos en una forma más efectiva. Pero con sus descomunales discursos interrumpe la conexión entre el desafío final de Job (31^{35-37}) y la aparición de Dios (38^{1} y sigs.) A fin de conseguir el efecto original y sentir el poder del poema, debemos omitir los discursos de Elihú, y entregarnos directamente a la contemplación de la majestad de Dios en su aparición a Job (38^{2}-$39^{12, 19-30}$ $40^{2, 8-14}$ VM).

Otro escritor ortodoxo insertó un hermoso poema sobre la sabiduría (cap. 28) en el cual se discute la cuestión del origen y la habitación de la sabiduría. Solamente Dios conoce el camino a ella,

sólo él conoce su lugar. El hombre no lo sabe. ¿Cómo puede esperar, pues, entender los misterios de la voluntad de Dios?

Las espléndidas descripciones de la naturaleza que hace Dios en su respuesta incitaron a un poeta a agregar descripciones poéticas del avestruz, el hipopótamo y el cocodrilo (39^{13-18} 40^{15}-41^{34} VM).

Tal vez doscientos años habían pasado cuando, alrededor del 200 a. de J. C., otro sabio, contemplando la vida y el sin fin de sus trabajos, púsose a inquirir el significado de todo ello. No era sólo el problema del sufrimiento del justo, sino el total de la vida lo que le intrigaba; toda su sabiduría no le daba la respuesta apetecida. Tenemos un registro de sus investigaciones en el libro llamado por los judíos "Kohelet", por los traductores griegos "Eclesiastés" y por los nuestros, "El Predicador". Siendo "Kohelet" un nombre propio, no hay razón para traducirlo. Este libro podría intitularse "Del significado de la vida". Contiene una serie de discursos inconexos y sin orden lógico, en los cuales se encuentran observaciones, reflexiones y dichos sabios de un agudo observador de brillante dicción, que no era un filósofo profundo o sistemático, sino meramente un anciano de mucha experiencia y sentido común.

El había observado los sucesos de la naturaleza y la vida humana. Eran siempre los mismos. Viene una generación y se va, dejando su lugar a otra que también pasa. El sol sale y se pone, sólo para volver a salir y ponerse de nuevo. El viento sopla en círculos, volviendo siempre a su punto de partida. Los ríos corren al mar, día tras día, año tras año, y el mar jamás se llena y los ríos vuelven a brotar del océano subterráneo para desaguar de nuevo en el mar.

> Todas las cosas andan en trabajo más que el hombre puede decir:
> ni los ojos viendo se hartan de ver,
> ni los oídos se hinchen de oir. (1^{8})

Y con todo, siempre es lo mismo: un sin fin de afanes y trabajos sin progreso ni propósito.

> ¿Qué es lo que fué? Lo mismo que será.
> ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará:
> y nada hay nuevo debajo del sol. (1^{9})

Si alguien cree que hay algo nuevo, es sólo debido a que en épocas anteriores no se guardaban registros de las cosas que se hacían, de

modo que han sido olvidadas. Realmente no hay nada nuevo, es siempre lo mismo. Pero, entonces, ¿qué significa este eterno rodar, rodar, rodar? Absolutamente nada. ¡La vida no tiene objeto ni significado!

Vanidad de vanidades, dice Kohelet, ¡todo vanidad!

No es ésta la aseveración de un joven en un arranque de pesimismo, sino el resultado de un largo trabajo de investigación e inducción de un hombre de pensamiento. Y es con profunda resignación que nos anuncia el resultado: "Todo ello es vanidad y aflicción de espíritu". Kohelet había tenido oportunidades excepcionales para observar la vida, y estando dotado de un alto grado de inteligencia, había sondeado la vida en todas sus direcciones. A fin de hacer más efectiva su enseñanza, él personifica a Salomón, porque nadie podría hacer una prueba más completa que este sabio de los sabios y el más rico de los reyes. El trató de resolver el problema de la vida, cediendo a un impulso irreprimible que Dios había puesto en su corazón como en el de todos los hombres, el deseo de saber, que después de todo no es sino "aflicción de espíritu", pues les molesta y fatiga, como Kohelet bien lo sabía. El había observado y aprendido, pero cuanto más aprendía, más molesto se sentía.

Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor. (1^{18})

El probó las delicias del mundo y todas las fuentes de la felicidad humana, emprendió grandes obras, construyó casas y plantó viñas y parques con todo lo que atañe a ellos, tuvo gran tren de sirvientes, tuvo muchas manadas y rebaños, tuvo cantores y cantoras, y los deleites de los hijos de los hombres.

No negué a mis ojos ninguna cosa que deseara, ni aparté mi corazón de placer alguno porque mi corazón gozó de todo mi trabajo: y ésta fué mi parte de toda mi faena. (2^{10})

¿Y luego?

Miré yo luego las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas: y he aquí, todo vanidad y aflicción de espíritu, y no hay provecho debajo del sol. (2^{11})

El pensamiento que, para él, quita el significado de la vida, hace

de poco valor la sabiduría, despoja al trabajo de su gozo, y arrebata a las riquezas su poder, es el pensamiento de la muerte:

> Empero también entendí yo que un mismo suceso acaecerá al uno que al otro. Entonces dije yo en mi corazón: Como sucederá al necio me sucederá también a mí: ¿para qué pues he trabajado hasta ahora por hacerme más sabio? También morirá el sabio como el necio. Aborrecí por tanto la vida; porque la obra que se hace debajo del sol me era fastidiosa: por cuanto todo es vanidad y aflicción de espíritu. (2$^{14b, 15, 16b, 17}$)

Sin embargo, Kohelet no desdeña la vida, ni recomienda el suicidio, pues para él también "suave ciertamente es la luz, y agradable a los ojos ver el sol" (11^{7}) y "mejor es perro vivo que león muerto" (9^{4}); ni desprecia la sabiduría, pues ve en ella ventaja sobre la necedad (2^{13}), y nunca sugiere que lo mismo es ser sabio que necio; ni menosprecia el trabajo, pues él ha sentido demasiado vivamente el placer y satisfacción que brinda (2^{10}); ni rehusa gozar de las riquezas y todos los placeres y comodidades que ellas proporcionan. Pero ni la sabiduría, ni el trabajo, ni las riquezas son fines en sí; ninguna de estas cosas encierra el significado de la vida. Porque el sabio tiene el mismo fin que el necio; el fruto del trabajo de uno debe ser dejado para otro que no ha trabajado y que quizá es un necio (2^{18} y sigs.); la riqueza puede perderse por alguna aventura desgraciada (5^{13} y sigs.); o puede uno no tener capacidad para disfrutar sus riquezas y honor (6^{1} y sigs.).

Este es un mundo al revés, en el cual

> Ni es de los ligeros la carrera, ni la guerra de los fuertes, ni aun de los sabios el pan, ni de los prudentes las riquezas, ni de los elocuentes el favor; sino que tiempo y ocasión acontece a todos. (9^{11})

Los hombres no son recompensados según sus méritos. La moralidad no preside el curso del mundo.

> Vi más debajo del sol: en lugar del juicio, allí la impiedad; y en lugar de la justicia, allí la iniquidad. (3^{16}) y torném e yo, y vi todas las violencias que se hacen debajo del sol: y he aquí las lágrimas de los oprimidos, y sin tener quien los consuele; y la fuerza estaba en la mano de sus opresores, y para ellos no había consolador (4^{1})

No había tampoco gobierno justo en la tierra, el rey era caprichoso y tirano y los funcionarios corrompidos (5$^{8, 9}$). Los rectos perecían

y prosperaban los impíos (7^{15}). La justicia no aseguraba la felicidad, ni la impiedad acarreaba el castigo:

Hay justos a quienes sucede como si hicieran obras de impíos; y hay impíos a quienes acaece como si hicieran obras de justos. (8^{14b})

No hay un gobierno moral en este mundo. El gobierno de Dios no se ajusta a la justicia, es tan misterioso que ningún hombre puede entenderlo, "aunque sus ojos no vean el sueño ni de día ni de noche". De su suerte el hombre no puede nunca deducir si Dios le ama o le aborrece (8^{16}-9^{1}). Kohelet no protesta ni se rebela contra esta falta de moralidad en el mundo. Simplemente acepta los hechos de la vida como son, tratando una y otra vez de entenderlos, pero en vano. Para él el enigma más grande era el de la muerte, la suerte común de todos.

Un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno y al limpio y al no limpio; al que sacrifica y al que no sacrifica; como el bueno, así el que peca; el que jura, como el que teme el juramento. Este mal hay entre todo lo que se hace debajo del sol, que todos tengan un mismo suceso. ($9^{2b, 3a}$)

Kohelet conocía la esperanza de algunos, de que el hombre resucitaría de nuevo, pero no creía en ello.

El trabajo del hombre es grande sobre él; porque no sabe lo que ha de ser; y el cuando haya de ser, ¿quién se lo enseñará? ($8^{6b, 7}$)

Porque el suceso de los hijos de los hombres, y el suceso del animal, el mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros; y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad. Todo va a un lugar: todo es hecho del polvo, y todo se tornará en el mismo polvo. ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres suba arriba, y que el espíritu del animal descienda debajo de la tierra? (3^{19-21})

Para él la vida estaba ligada al sepulcro. No tenía esperanza futura, ni para el individuo, ni para la nación, ni para el mundo. La esperanza mesiánica, con sus espléndidos sueños de futura gloria nacional, no era para él, pues él no era un judío estrecho, sino un sabio cosmopolita. Nunca tuvo una visión de la regeneración del mundo, pues su horizonte era individualista y centralizado en sí mismo. Tampoco podía hacer suya la esperanza de la resurrección o de la inmortalidad, en parte por su sinceridad intelectual, y en parte por falta de esa profunda pasión espiritual que hacía que los

hombres de sus días vencieran la muerte con la seguridad triunfante de que su comunión con Dios no tendría fin, a pesar de todo lo que sucediera. El no tenía una ardiente fe personal en Dios, porque Dios no era para él la personalidad viviente y amante, dotada de justicia y pasión, que había sido para los profetas y para el autor de Job. No era un Dios con quien el hombre pudiera entrar en relación y comunión íntimas. El se mantenía a la distancia, era el gobernador del mundo y de los hombres, pero su gobierno del mundo no era el de un Dios justo. Kohelet no negaba su existencia, pero negaba su carácter moral: Dios era inescrutable y sus caminos desconocidos. Nadie podía entenderle, aunque siempre el hombre trataría de hacerlo.

Yo he visto el trabajo que Dios ha dado a los hijos de los hombres para que en él se ocupasen. Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y aun el mundo dió en su corazón, de tal manera que no alcance el hombre la obra de Dios desde el principio hasta el cabo. (3$^{10, 11}$)

Como tú no sabes cuál es el camino del viento, o cómo se crían los huesos en el seno de la mujer encinta, así ignoras la obra de Dios, el cual hace todas las cosas. (11^{5})

Dios ha establecido el orden del mundo: él ha predeterminado todos los acontecimientos, y el hombre no puede cambiarlos por más que haga.

Para todas las cosas hay sazón, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene un tiempo: tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar. (3$^{1, 2}$)

He entendido que todo lo que Dios hace, eso será perpetuo: sobre aquello no se añadirá, ni de ello se disminuirá. (3^{14a})

Mira la obra de Dios; porque ¿quién podrá enderezar lo que él torció? (7^{13})

No vale la pena preocuparse y afanarse por tratar de cambiar lo inmutable.

¿Qué provecho tiene el que trabaja en lo que trabaja? (3^{9})

En el día del bien goza del bien; y en el día del mal considera. Dios también hizo esto delante de lo otro, porque el hombre no halle nada tras de él. (7^{14})

Por lo tanto el hombre debe tomar la vida como viene y sacar de ella todo lo posible mientras vive:

No hay cosa mejor para el hombre sino que coma y beba, y que su alma vea el bien de su trabajo. (2^{24})

Anda, y come tu pan con gozo,
y bebe tu vino con alegre corazón:
porque tus obras ya son agradables a Dios.
En todo tiempo sean blancos tus vestidos,
y nunca falte ungüento sobre tu cabeza.
Goza de la vida con la mujer que amas,
todos los días de la vida de tu vanidad,
que te son dados debajo del sol . . . [10]

porque esta es tu parte en la vida, y en tu trabajo con que te afanas debajo del sol. Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el sepulcro, donde tú vas, no hay obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría. (9^{7-10})

Kohelet exhorta, por lo tanto, a los jóvenes de su tiempo, en este famoso pasaje:

Alégrate, mancebo, en tu mocedad,
  y tome placer tu corazón en los días de tu juventud;
y anda en los caminos de tu corazón,
  y en la vista de tus ojos: . . .
Quita pues el enojo de tu corazón,
  y aparta el mal de tu carne . .
Antes que vengan los malos días,
y lleguen los años, de los cuales digas:
  No tengo en ellos contentamiento:
antes que se obscurezca el sol,
  y la luz, y la luna y las estrellas.
  y las nubes se tornen tras la lluvia:
cuando temblarán los guardas de la casa,
y se encorvarán los hombres fuertes,
y cesarán las muelas, porque han disminuído,
  y se obscurecerán los que miran por las ventanas;
  y las puertas de afuera se cerrarán,
por la bajeza de la voz de la muela;
  y levantaráse a la voz del ave,
  y todas las hijas de canción serán humilladas;
cuando también temerán de lo alto,
  y los tropezones en el camino;
y florecerá el almendro,
y se agravará la langosta,
y perderáse el apetito;
porque el hombre va a la casa de su siglo,
  y los endechadores andarán en derredor por la plaza:
antes que la cadena de plata se quiebre,
  y se rompa el cuenco de oro,
y el cántaro se quiebre junto a la fuente,
  y la rueda sea sobre el pozo;
y el polvo se torne a la tierra, como era . . .
  Vanidad de vanidades, todo vanidad. (11^{9}-12^{8})

Esto no debe entenderse como un consejo a hacer de la felicidad todo el móvil de la vida. Kohelet insistía fuertemente sobre el valor

del trabajo. Pero no el trabajo por el trabajo, sino el trabajo y el gozo; pues el trabajo sin gozo es insoportable.

> ¿Y de qué le aprovechó trabajar al viento? Demás de esto, todos los días de su vida comerá en tinieblas, con mucho enojo y dolor y miseria. (5$^{16b, 17}$)

Vive y goza, trabaja y juega, pero no solo, sino en buena compañía. Cumple los deberes que la vida te impone mientras dura, antes que sea demasiado tarde. Pero no tomes las cosas demasiado en serio: ni el trabajo ni el juego; no seas demasiado concienzudo, porque no resulta:

> No seas demasiado justo, ni seas sabio con exceso: ¿por qué te destruirás? No hagas mal mucho, ni seas insensato: ¿por qué morirás antes de tu tiempo? Bueno es que tomes esto, y también de esto otro no apartes tu mano. (7$^{16-18}$)

¡Kohelet señalaba el justo medio! Pero nunca recomendó la vida desordenada y licenciosa, pues no era un inmoral.

Tampoco era irreligioso. A él le parecía que sus consejos estaban de acuerdo con el plan de Dios para el hombre; eran "de la mano de Dios" (2^{24}). "Es don de Dios que todo hombre coma y beba, y goce el bien de toda su labor" (3^{13}), "esta es su parte" (3^{22} 5^{19}). Por poco que haya sido el fervor de su religión personal, por poco que haya influenciado su vida y pensamiento, él no niega la realidad de Dios o su gobierno del mundo, ni ridiculiza las prácticas religiosas; por el contrario, insiste en que deben celebrarse con verdadera reverencia y sinceridad (5$^{1-6}$).

Sin embargo, el libro en total dejaba una impresión de escepticismo. Su heterodoxia y pesimismo ofendían a los piadosos y nunca hubiera sido admitido en el canon, de no haber sido revisado y redactado adaptándolo al punto de vista ortodoxo de la religión. Por medio de una serie de interpolaciones fueron reiterpretados los pasajes ofensivos y modificados los implícitamente escépticos. Así por ejemplo, la declaración de que los impíos eran entronizados en la tierra (3^{16}) fué suavizada por el agregado:

> Y dije yo en mi corazón: Al justo y al impío juzgará Dios, porque allí hay tiempo a todo lo que se quiere y sobre todo lo que se hace. (3^{17})

De la misma manera la observación de Kohelet de que los impíos que se reunían en el santuario, lejos de ser despreciados por su hi-

pocresía, eran alabados en la ciudad, fué puesta a tono con la reflexión siguiente:

> Porque no se ejecuta luego sentencia sobre la obra mala, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos lleno para hacer mal. Bien que el pecador haga mal cien veces, y le sea dilatado el castigo, con todo yo también sé que los que a Dios temen tendrán bien, los que temieren ante su presencia; y que él impío no tendrá bien, ni le serán prolongados los días, que son como sombra; por cuanto no temió delante de la presencia de Dios. (8^{11-13})

Los lectores de la edición revisada del libro no notaban que esto era completamente opuesto a la enseñanza misma de Kohelet. Ni tampoco advertían la inserción en la famosa sección final (véase pág. 339), donde el tajante filo del consejo de Kohelet a los jóvenes, de gozar la vida antes de que sea demasiado tarde, fué embotado por las interpolaciones:

> Mas sabe, que sobre todas estas cosas te traerá Dios a juicio. (11^{9b})
> Acuérdate de tu Criador en los días de tu juventud. (12^{1a})

Y la conclusión del libro dice ahora, en las palabras del piadoso redactor:

> El fin de todo el discurso oído es este:
> Teme a Dios y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. Porque Dios traerá toda obra a juicio, el cual se hará sobre toda cosa oculta, buena o mala. ($12^{13, 14}$)

Esta clase de agregados a las enseñanzas de Kohelet es fácilmente reconocible (véanse también $7^{18b, 26b, 29}$ 12^{7b}). Hay también otra clase de agregados que buscan contrarrestar la tendencia heterodoxa del original en forma menos directa. Son elaboraciones de la sabiduría de "Salomón". Kohelet había personificado al rey sabio. Algún discípulo agregó en lugares donde parecía apropiado un proverbio o una máxima, una cantidad de dichos que estaban de acuerdo con la sabiduría ordinaria de la época, encaminados a robustecer la confianza en este libro de sabiduría y facilitar eventualmente su reconocimiento como escritura sagrada.[11] Generalmente pueden reconocerse porque constituyen interrupciones del contexto. Así en 4^{4} Kohelet se ha referido a la competencia y rivalidad en el trabajo como "vanidad y aflicción de espíritu", aconsejando en consecuencia, que

Más vale el puño lleno con descanso, que ambos puños llenos con trabajo y aflicción de espíritu. (4[6])

El redactor agregó, entre ambas observaciones:

El necio dobla sus manos y come su carne. (4[5])

Estos sabios agregados contienen mucho de aguda observación y sentido común. Sólo rara vez cambian el pensamiento de Kohelet, como por ejemplo en 3[1-9]. Kohelet había dicho:

Para todas las cosas hay sazón (fija),
y todo lo que se quiere debajo del cielo, tiene su tiempo (señalado):
Tiempo (determinado) de nacer, y tiempo de morir;
tiempo de plantar, y tiempo de arrancar lo plantado. (3[1, 2])

Esto es: en este mundo cada cosa está predeterminada, sucede en el momento que le ha sido señalado. Y de ello se deriva la conclusión siguiente:

¿Qué provecho tiene el que trabaja en lo que trabaja? (3[9])

¿Para qué tanto trabajo, si todo lo que sucede es porque tiene que suceder, y suceder en el tiempo determinado para ello? El redactor agregó aquí una serie de nuevas ilustraciones:

Tiempo de matar y tiempo de curar;
Tiempo de destruir, y tiempo de edificar;
Tiempo de llorar, y tiempo de reír;
Tiempo de endechar, y tiempo de bailar; etc. (3[3-8])

Su evidente intención fué elaborar el pensamiento de Kohelet. Pero perdió de vista su esencia, y el lector tiene la impresión de que Kohelet sólo quiere decir que hay una oportunidad apropiada para cada cosa.

Estos agregados del redactor fortalecieron la opinión de que Salomón era el autor del libro, y la convicción de que el santo y sabio rey había escrito solamente obras útiles para la edificación, tuvo mucha influencia en su canonización para vencer las objeciones que se le hacían. Pero no parece haber sido la intención deliberada del redactor, que en tal caso difícilmente hubiera agregado al final esta descripción:

Y cuanto más sabio fué el Predicador (Kohelet), tanto más enseñó sabiduría al pueblo; e hizo escuchar, e hizo escudriñar, y compuso muchos proverbios. Procuró el Predicador hallar palabras agradables, y escritura recta, palabras de verdad. (12[9, 10])

Kohelet había sido un sabio y un maestro popular, y, además, un

autor que escribió con fino discernimiento y penetración aforismos y proverbios, cuyo estilo pulía cuidadosamente y cuyo contenido era verdadero. Tal vez se pueda aceptar que algunas de las máximas diseminadas en el libro fueran tomadas de una colección de Kohelet. Con respecto a su estilo, el poema sobre la repetición en la vida de la naturaleza y del hombre (1^{2-9}) y la descripción poética de la ancianidad (12^{1-8}) evidencian la habilidad literaria de Kohelet. Y, sin embargo, este Omar Khayyán del Antiguo Testamento, no hubiera sido nunca aceptado universalmente, a no haber sido por sus amigos y admiradores que revisaron y redactaron su libro de tal manera que ahora, junto con su pesimismo, afirma también la verdad del gobierno moral del mundo, la certeza del justo juicio, y el deber supremo de temer a Dios y obedecer su ley. Pero al mismo tiempo contiene la advertencia de que ni aun este mismo libro debe tomarse demasiado en serio:

> Ahora, hijo mío, a más de esto sé avisado.
> No hay fin de hacer muchos libros,
> Y el mucho estudio aflicción es de la carne. (12^{12})

Uno podría imaginar al viejo sabio, el mismo Kohelet, comentando esto con su fatigada sonrisa de resignación.

> También esto es vanidad. Vanidad de vanidades. Todo vanidad.

La creencia en la vida futura, con la resurrección y la inmortalidad que Kohelet no pudo hacer suya, ganó más y más terreno en las generaciones siguientes[12] y a su vez podrían resolverse los enigmas de la existencia humana: la aparente injusticia de la vida presente sería rectificada en la futura. De este modo se preservó la creencia en el carácter moral de Dios.

Capítulo XX

LOS SALMOS Y EL CANTAR DE LOS CANTARES

La poesía y la religión van juntas. En los momentos de exaltación religiosa, cuando el alma está unida con la armonía eterna de Dios, su lenguaje frecuentemente tórnase rítmico e irrumpe en un cántico; la prosa común no es adecuada para expresar el gozo y el anhelo del alma; rítmica y cadenciosamente fluyen y se elevan la alabanza y la plegaria, revelando los más profundos sentimientos y deseos. Es por eso que los salmos son tan importantes, porque en ellos tenemos una revelación singularmente profunda de la vida íntima del pueblo judío. Allí "podemos escudriñar los corazones de todos los santos", como Martín Lutero dice en su segundo prefacio al Salterio.

En ellos están reunidas las esperanzas y los temores de muchas épocas, los deseos y los anhelos de innumerables corazones. Aquí encuentran voz y expresión la pena y la congoja por el pecado, la tristeza y la angustia frente a la ruina individual y nacional, la gozosa gratitud por el perdón y por la restitución. Aquí levántanse lado a lado el grito apasionado de venganza contra los enemigos individuales o de la nación, la desesperación frente a la aparente injusticia del orden de este mundo, y la esperanza en la venida del Reino de Dios. Toda la vida humana, su gozo y su pena, su luz y su sombra así como su rutina diaria, están tratadas en el Salterio. Hay salmos de adoración común, cantos de peregrinaje e himnos procesionales; llamados a la adoración, himnos de alabanzas y de gratitud por la salvación individual o nacional, por la cosecha y por las alegrías de la naturaleza. Hay salmos patrióticos, oraciones por la liberación de enemigos internos y externos, y por la restitución nacional; oraciones que manifiestan confianza en las horas de peligro nacional y de alabanza por liberaciones en el pasado; himnos de batalla y odas de victoria. Hay salmos reales, cantos de corona-

ción y de bodas, plegarias por el reinado justo e ideal del soberano, por la ayuda de Dios en el combate o de gratitud por la victoria ya lograda. Hay salmos de piedad individual que expresan los anhelos de comunión con Dios y el gozo por la experiencia de haberla alcanzado; plegarias de ayuda y sanidad, de perdón y purificación; cantos de fe y de confianza e himnos de alabanza y de agradecimiento. Hay salmos didácticos que enseñan ardiente e insistentemente el temor de Dios, el gobierno divino en el mundo, la retribución así para el pío como para el impío; advertencias en contra de la confianza en las riquezas y acerca de la vanidad y brevedad de la vida; enseñanzas de la verdadera adoración y el verdadero sacrificio, de las bendiciones del perdón y la caridad hacia los demás, de los goces del hogar, la naturaleza y la ley; y hay también lecciones de la gran historia de Israel en el pasado. Brotaron de lo íntimo de la vida y hablan al corazón. Muchos poetas colaboraron en el Salterio; algunos de ellos eran verdaderos genios poéticos, otros en cambio, eran versificadores comunes. Sus composiciones no están agrupadas de acuerdo a ningún principio cronológico, temático o de otra clase. Son tan variados como la vida misma, y están reunidos de la misma manera en que se agrupan las experiencias humanas.

Si conociéramos exactamente la época y las condiciones en que se compuso cada salmo, entenderíamos mejor su verdadero significado. Las colecciones que tenemos en nuestro Salterio datan del período del segundo templo. Pero muchos de estos mismos salmos son más antiguos, algunos tal vez del tiempo de David, a quien la tradición atribuye casi la mitad de ellos. Es casi siempre difícil determinar la época de su composición, porque frecuentemente fueron redactados y adaptados a las necesidades de nuevos tiempos. Los versos que se referían a situaciones particulares fueron luego omitidos, tal como se descubre al comparar dos versiones de un mismo salmo (14 y 53). Así estas composiciones se elevan por sobre el factor tiempo y se acomodan mejor a todas las épocas llenando las necesidades de todas las generaciones. Si el Salmo 24^{7-10} pertenece a la época de David, como algunos críticos todavía sostienen, es en su forma actual (combinado con el Salmo

24[1-6]) un salmo posterior que presupone las enseñanzas de los grandes profetas. En la época de la monarquía parecen tener su origen los salmos reales 20 y 21; mientras que el Salmo 46 reproduce las enseñanzas de Isaías (en realidad al leerlo, uno se siente inclinado a atribuírselo a él, tan pronunciado es el poder de su fe). La enseñanza de los profetas sobre el sacrificio es dable verla en otros salmos (Sals. 40, 50 y 51); mientras que la influencia de Déutero-Isaías puede notarse en muchos de ellos. No es solamente que podemos oír en ellos el eco de la música de su lenguaje, sino también sus ideas universalistas de la religión y sus conceptos de la naturaleza. Otros salmos celebran la ley (Sals. 1, 19[7-14], 119) y muestran la influencia de la época legalista posterior al destierro, y por su evidente gozo en la ley nos ayudan a corregir nuestros puntos de vista con respecto a la supuesta monotonía de la época. En otros se reflejan el humanismo y el individualismo de los sabios, y se consideran los problemas humanos de la retribución (Sals. 49 y 73). Algunos de los salmos llamados mesiánicos muestran claramente pertenecer a una época posterior, así por ejemplo, el Salmo 110 probablemente fué compuesto por un poeta para celebrar el día triunfal de Simón el Asmoneo en cuya persona se combinaron los oficios del rey y del sumo sacerdote "a la manera de Melquisedec". Muy pocos salmos muestran su verdadero origen como lo hace el 137, con su triste recuerdo del cautiverio babilónico y su terrible grito de odio. Salmos como el 74, 79 y 83 muestran con certeza que vienen del período de los Macabeos, porque a ninguna de las situaciones históricas que conocemos se adaptan mejor que a las condiciones bosquejadas en ellos. Pero en muy pocas ocasiones podemos estar completamente seguros de las fechas en que fueron escritos los salmos.

Siempre ha sido un motivo de satisfacción relacionar los salmos con las circunstancias históricas que parecerían haberles dado origen. Debido a estos esfuerzos los salmos ganan mucho en vida y en interés. Ya en el tiempo después del cautiverio se procedía así, y muchos de los salmos fueron atribuídos a determinadas situaciones, principalmente de la vida de David, durante la cual parecían haber sido compuestos. Si un salmista describía su anhelo

por Dios diciendo: "Mi alma tiene sed de ti, . . . en tierra de sequedad y transida sin aguas" (Sal. 63[1]), ese su clamor era intitulado "Salmo de David, estando en el desierto de Judá". Si un salmista clamaba por el perdón del pecado (Sal. 51), se pensaba en el adulterio de David y se le intituló, "Salmo de David, cuando después que entró a Bat-seba, vino a él Natán el profeta". Pero estas suposiciones[1] no tienen valor alguno; ninguna de ellas puede ser aceptada como correcta. La tradición de que David fuera el autor de los salmos es tan temprana como la época del Cronista. El creyó que David había proyectado el templo y que había hecho los arreglos para los cantos y la música del culto en el mismo. Para él David no había sido tanto un guerrero poderoso como un escritor y cantor de salmos, y a él y a sus músicos principales se les atribuyó la composición de muchos de ellos. Cómo nació esta creencia, es ahora difícil de averiguar. Que David fué músico y poeta es cierto (Amós 6^{5}, 1º Sam. 16^{16-23}); y también es posible conceder que él haya escrito salmos y poesías seculares (2º Sam. 1^{19-27} $3^{33, 34}$). Si lo hizo, algunos de ellos probablemente se conservan en nuestro Salterio. Pero aunque así fuera, ellos han sido tan modificados y elaborados posteriormente que ni uno solo de ellos sería reconocido como composición de David.

Después de la reedificación del templo, cuando los servicios fueron reanudados, se siguieron en ellos sin duda las antiguas formas y rituales, aunque se introdujeron modificaciones y adaptaciones. Se hizo una colección de himnos antiguos y modernos, a la que se le llamó "los Salmos de David". Esta fué la primera colección entre algunas otras. Todavía se pueden señalar las diferentes colecciones que ahora forman parte de nuestro Salterio:

1. El primer Salterio de David[2], desde el Salmo 2 al 41.
2. El segundo Salterio de David[3], desde el Salmo 51 al 72.
3. El Salterio de Coré, desde el Salmo 42 al 49.
4. El Salterio de Asaf, compuesto por el Salmo 50 y del 73 al 83.
5. Un apéndice al Salterio de Coré[4], desde el Salmo 84 al 89.
6. El Salterio de Aleluyas, compuesto por los siguientes Salmos: 105 al 107, 111 al 118, 146 al 150.

7. El Salterio de los Peregrinos, desde el Salmo 120 al 134.
8. Otro Salterio de David[5], desde el Salmo 138 al 145.
9. Los himnos de los Salmos 93 y del 95 al 100 parecen formar también una colección especial.

En la última edición del Salterio todas estas colecciones fueron reunidas, formando el actual libro de los Salmos, el cual se encuentra dividido en cinco libros[6], terminando cada uno de ellos con una doxología especial. El Salmo 150 viene a ser como la doxología final de todo el Salterio. Este plan de división coincide con las primitivas colecciones en los libros I al III, pero es artificial en los dos últimos. Parece que esta división final se hizo imitando la del Pentateuco de manera que los cinco libros de la Ley encontrasen su respuesta en los cinco de alabanza.[7] El Salmo 1 se prefijó a todo el Salterio para dar énfasis a su carácter legal, y el Salmo 2 para acentuar su mesianismo.

La forma poética de los salmos es muy elaborada, lo cual aumenta grandemente su belleza.

El principio fundamental de la poesía hebrea, el así llamado paralelismo de los miembros —el equilibrio de los versos que van juntos— hace posible apreciar mucha de la belleza poética de los salmos aún en las traducciones en que no se ha dado atención alguna al ritmo del original. Los tipos importantes de este paralelismo pueden ser vistos en los ejemplos siguientes.

La forma más común y simple de la poesía hebrea es la del pareado o dístico, la cual admite las siguientes divisiones: Paralelismo sinónimo, en que el mismo pensamiento se expresa en versos paralelos,

> El deseo de su corazón le diste,
> y no le negaste lo que sus labios pronunciaron. (21[2])

Paralelismo tautológico, en que las mismas palabras se repiten o más o menos con igual exactitud,

> ¿Hasta cuándo los impíos,
> ¿hasta cuándo, oh Jehová, se gozarán los impíos? (94[3])

Paralelismo antitético, en el cual el pensamiento de un verso está en contraste con el del siguiente,

> Por la tarde durará el lloro,
> y a la mañana vendrá la alegría. (30[5b])

Paralelismo sintético, en el cual el segundo verso suplementa el pensamiento del primero,

> Con mi voz seguí clamando a Jehová,
> y él me respondió desde su monte santo. (34, V, M.)

La tercerilla no es tan común,

> Alzaron los ríos, oh Jehová,
> alzaron los ríos su sonido;
> alzaron los ríos sus ondas. (93³)

El cuarteto usualmente es una combinación de pareados o dísticos,

> Los dichos de su boca son más blandos que manteca;
> pero hay guerra en su corazón:
> sus palabras son más suaves que el aceite:
> mas ellas son espadas desenvainadas. (55²¹, V.M.)

La quintilla es una combinación de un dístico y una tercerilla,

> Heme consumido a fuerza de gemir:
> todas las noches inundo mi lecho,
> riego mi estrado con mis lágrimas.
> Mis ojos están carcomidos de descontento;
> hanse envejecido a causa de mis angustiadores. (66⁶, ⁷)

La sextilla es una combinación de tres dísticos o de dos tercerillas,

> Jehová reinó, temblarán los pueblos:
> él está sentado sobre los querubines, conmoveráse la tierra.
> Jehová en Sión es grande,
> y ensalzado sobre todos los pueblos.
> Alaben tu nombre grande y tremendo:
> él es santo. (99¹⁻³)

En este salmo el estribillo "él es santo" prueba que tenemos una estrofa de seis versos. También ocurren unidades más largas, por ejemplo, el Salmo 42 y el 43, cuyas tres estrofas de ocho o nueve versos están claramente marcadas por el estribillo que no está contado en esos ocho o nueve versos. El estribillo da un elevado efecto poético. En el Salmo 107 se usa muy artísticamente uno doble; el primero se encuentra en medio de las estrofas, que señalan las crisis de la experiencia del pueblo,

> Habiendo empero clamado a Jehová en su angustia,
> librólos de sus aflicciones (vers. 6, 13, 19, 28).

mientras el segundo se halla al final de las estrofas,

> Alaben la misericordia de Jehová,
> y sus maravillas para con los hijos de los hombres (ver. 8, 15, 21, 31).

y está siempre seguido por dos versos que varían de acuerdo con el

tema de la estrofa; por ejemplo, el primero describía el hambre y la sed del pueblo en el desierto y termina así:

> Alaben la misericordia de Jehová,
> y sus maravillas para con los hijos de los hombres.
> Porque sació al alma menesterosa,
> y llenó de bien al alma hambrienta. (ver 9)

Mucho menos atractivo es el uso del alfabeto para unir los 22 versos del poema, cuyas letras iniciales corresponden a las letras sucesivas del alfabeto hebreo (Salmos 111 y 112), o para formar en estrofas en que la primera letra de cada dístico (Salmos 25, 34 y 145), o de cada tercerilla (Salmos 9, 10 y 37) sigue en orden alfabético. El Salmo 119 es el más elaborado y artificial de esta clase; cada una de sus 22 estrofas consta de ocho versos que comienzan con la misma letra.

El movimiento rítmico de los salmos, que es lo que les da su cualidad poética, en combinación con el paralelismo de sus versos (véase pág. 19) no se reproduce fácilmente en una traducción. Desgraciadamente en la mayoría de las versiones no se ha dado a esto mayor importancia. Las frecuentes aliteraciones y asonancias tampoco aparecen en las traducciones.

Los salmos que se usaban en los servicios del templo eran cantados por el coro del mismo, acompañados por la música, y las antífonas eran cantadas por el pueblo. En el Salmo 150 se da una lista de los instrumentos musicales. Hay también una cantidad de indicaciones musicales en los títulos, en la mitad o al final de algunos salmos. Pero el significado de ellas no se conoce claramente, ni siquiera el de *selah*, que parece haber servido para indicar donde debía comenzar la música, cantarse una doxología, o hacerse una reverencia. Algunas veces el carácter del salmo se indica por "un canto" o por "un salmo" (con acompañamiento musical), o ambos a la vez; o *miktam* o *maskîl*, lo que puede ser una meditación o un canto artístico; o *shiggayon*. Algunas veces se dice que el salmo es para ser cantado con el acompañamiento de instrumentos de cuerda o de viento. Cincuenta y cinco salmos tienen la indicación *lamenasseah* que se traduce generalmente "al músico principal", pero que según el original parece significar "para ejecutar con música". Algunas veces se da la melodía con la que el salmo

se debía cantar (por ejemplo, el Salmo 22 se cantaba "a la tonada de la Sierva del Alba" (VM), los Salmos 45 y 69 con la tonada de *shoshanim*=lirios). No se conserva ninguno de estos cantos, ni tonadas; toda la tradición de la música del antiguo templo ha perecido, pero ésta no es una pérdida tan seria para nuestro aprecio de los salmos, pues nuestro sentido de la armonía es muy diferente del de los antiguos judíos. Sería difícil para nosotros, aunque tuviéramos la primitiva música y entendiésemos todas las indicaciones, obtener de ellos la misma impresión que obtenían los antiguos adoradores cuando cantaban y bailaban delante del Señor. Es el contenido y no la forma el elemento más significativo de los salmos.

Para captar la variedad de vida religiosa que encuentra expresión en el Salterio, es necesario agrupar los salmos que deben ir juntos. Puesto que muchos de ellos no eran usados en el templo, podemos, por lo tanto, dividirlos en salmos para adoración pública, ya sea para toda la comunidad o para el individuo, y en salmos de adoración privada, de edificación y de instrucción.

1. *ADORACION PUBLICA EN EL TEMPLO*

No es fácil exagerar la importancia de la adoración ofrecida por los judíos en el templo. El templo ocupaba el centro de su vida nacional y religiosa. Los judíos creían que Jehová habitaba en la parte más recóndita del mismo, en el lugar santísimo; ésta era su residencia y su trono. Los adoradores entraban, por lo tanto, literalmente en la presencia de Dios cuando venían al templo. Allí le oraban y hacia ese lugar volvían sus rostros en sus devociones cuando estaban lejos.

Se esperaba que tres veces al año fueran al templo para asistir a las grandes festividades anuales. Estas eran épocas de gran gozo y alegría. El día señalado resonaba el grito de los atalayas: "Levantaos, y subamos a Sión, a Jehová nuestro Dios" (Jer. 31^{6}), y las bandas de peregrinos venían de todas partes. Formaban una muchedumbre gozosa, que marchaba al son de la flauta (Isa. 30^{29}) cantando frecuentemente mientras caminaban. Todavía tenemos en nuestro Salterio una encantadora colección de canciones de los pe-

regrinos (Salmos 120 al 134), las cuales no fueron originalmente escritas para las peregrinaciones pero eran empleadas en tales ocasiones. Estos salmos tenían distintos temas. Los que trataban de la historia de la nación eran los favoritos, por ejemplo, el Salmo 124. Un solista lo iniciaba, clara y fuertemente,

A no haber estado Jehová por nosotros.

Esto es recogido y repetido por los coros ("Diga ahora Israel");

A no haber estado Jehová por nosotros,
cuando se levantaron contra nosotros los hombres,
vivos nos habrían entonces tragado,
cuando se encendió su furor en nosotros.
Entonces nos habrían inundado las aguas;
sobre nuestra alma hubiera pasado el torrente:
hubieran entonces pasado sobre nuestra alma
las aguas soberbias.

Puede ser que el sochantre cantase primeramente cada dístico, como lo hacía con el primer verso, y que el pueblo lo repitiese después de él. Pero ahora el coro majestuoso rompe al unísono en alabanza.

Bendito Jehová, que no nos dió
por presa a sus dientes.
Nuestra alma escapó cual ave
del lazo de los cazadores:
quebróse el lazo,
y escapamos nosotros.
Nuestro socorro es en el nombre de Jehová,
que hizo el cielo y la tierra. (Sal. 124)

El recuerdo de los terribles peligros nacionales vive en este cantar junto con el gozo en la protección de Dios.

Uno de los más hermosos cantos de peregrinaje es el Salmo 126, que describe las condiciones en que volvieron los desterrados que habían sido animados por las predicciones de Déutero-Isaías y que se vieron frustradas por la realidad; en verdad la estrella de Israel no había cambiado. A la gratitud gozosa por la vuelta al hogar sigue la humilde súplica de ser libertados completamente y la confianza de que de su siembra de lágrimas de hoy, brote aún una cosecha de felicidad:

Cuando Jehová hizo tornar el cautiverio de Sión.
éramos como gente que sueña.
Entonces se llenó nuestra boca de risa,
y nuestra lengua de alabanza;
entonces decían entre las naciones:
¡Grandes cosas ha hecho Jehová por ellos!

¡Sí, Jehová ha hecho grandes cosas por nosotros:
de ello nos alegramos!
¡Haz tornar, oh Jehová, nuestros cautivos,
como los arroyos en la tierra del Mediodía!
Los que siembran con lágrimas,
con regocijo segarán.
Aunque salga andando y llorando
el que lleva la simiente para sembrar,
de seguro volverá con regocijo,
trayendo sus gavillas. (Sal. 126, VM)

A veces los peregrinos cantaban el *de profundis*, el salmo de arrepentimiento, que, con su grito del alma pecadora y su anhelo por el perdón de Dios, es para todos los tiempos:

¡Desde profundos abismos clamo a ti, oh Jehová!
¡Señor, oye mi voz!
¡estén tus oídos atentos
a la voz de mis súplicas!
Jehová, si tú mirases las iniquidades,
¡oh Señor! ¿quién podría estar en pie?
Empero contigo está el perdón,
para que puedas ser temido.
¡Yo espero a Jehová, mi alma espera,
y en su promesa tengo puesta mi esperanza!
¡Mi alma espera a Jehová
más que aquellos que aguardan la mañana!
¡Sí, que aguardan la mañana!
¡Espera, oh Israel, en Jehová!
porque con Jehová está la misericordia,
y con él, abundante redención.
Y él redimirá a Israel
de todas sus iniquidades. (Salmo 130, VM)

Cantos de consejo y sabiduría vulgares, tales como los Salmos 127, 128 y 133, o cantos de confianza como los Salmos 125 y 131 parecían acortar el camino a los peregrinos. Quizá cuando se aproximaban a la santa ciudad cantaban el Salmo 121, el que es todavía uno de los más exquisitos tesoros de la humanidad:

Alzaré mis ojos a los montes,
de donde vendrá mi socorro.

La respuesta era dada, no por un sacerdote, sino por el coro mismo:

Mi socorro viene de Jehová,
que hizo los cielos y la tierra.
No dará tu pie el resbaladero:
ni se dormirá el que te guarda.
He aquí, no se adormecerá ni dormirá
el que guarda a Israel.

Jehová es tu guardador:
Jehová es tu sombra a tu mano derecha.
El sol no te fatigará de día,
ni la luna de noche.

Jehová te guardará de todo mal:
él guardará tu alma.
Jehová guardará tu salida y tu entrada,
desde ahora y para siempre. (Salmo 121)

Al fin los peregrinos llegaban a Jerusalén. Muchos de ellos veían por vez primera la hermosa ciudad que estaba santificada por el templo, morada de Jehová, glorificada por los acontecimientos de la historia; esa ciudad de la que ellos mucho habían oído hablar y la que ahora podían ver con sus propios ojos. Ellos entraban en el templo con gozo y santo temor, meditando en las bondades de Dios, y determinados a publicar sus alabanzas y su justicia hasta los confines de la tierra. ¡Ah, el gozo de todos los adoradores!, y especialmente de los peregrinos que venían de países lejanos y caminaban por Sión, deteniéndose ante cada torre y cada puerta, cada baluarte y cada palacio; pues cada cosa tenía su historia, historia que ellos debían contar a sus amigos y especialmente a sus hijos cuando volvieran a su hogar (Sal. 48). Compárese también el Salmo 84, que expresa el ardiente anhelo de los peregrinos por el templo y su descripción de las etapas de la procesión.

Al iniciar el regreso a sus hogares, los peregrinos cantaban el Salmo 122, ese sencillo canto que refleja el gozo con que ellos recibían las invitaciones para ir al templo. Ellos ya habían estado en la santa ciudad, esa ciudad que unía a todos los miembros del pueblo judío por el mandato de asistir allí a las festividades anuales, y sus corazones estaban repletos de buenos deseos y de buenas intenciones por el bienestar y la paz de ella.

Difícilmente podemos nosotros tener una idea del amor que los judíos sentían por Jerusalén.[8] Allí experimentaban el poder del culto común que los unía unos con otros y con Dios. Las grandes festividades, con sus cantos procesionales y sus himnos, su música y sus sacrificios públicos, producían una impresión profunda y perenne en muchos corazones. Con honda devoción ellos se unían en la adoración.

Los servicios de las grandes festividades comenzaban con him-

nos procesionales al pie de la colina del templo. A medida que la solemne procesión marchaba hacia el templo, el coro invitaba a todo el mundo a cantar:

¡Cantad con júbilo a Jehová, moradores de toda la tierra!
¡Servid a Jehová con alegría;
entrad ante su presencia con canciones!
Sabed que Jehová solo es Dios:
él nos hizo, y nosotros somos suyos,
su pueblo, y las ovejas de su dehesa.
¡Entrad en sus puertas con acciones de gracias,
y en sus atrios con alabanza!
¡dadle gracias, y bendecid su nombre!
Porque Jehová es bueno;
hasta la eternidad es su misericordia,
y hasta la postrera generación su verdad. (Salmo 100, VM)

Los dos últimos versos se tomaban como estribillo y eran cantados por todo el pueblo. Algunas veces la procesión misma cantaba el llamado a la oración a medida que se acercaba al templo:

¡Venid, alegrémonos en Jehová,
cantemos con júbilo a la Roca de nuestra salvación!
¡Entremos en su presencia con acciones de gracias;
y cantémosle alegres con salmos!...
¡Venid, postrémonos, y encorvémonos;
arrodillémonos ante Jehorá nuestro Hacedor!
porque él es nuestro Dios,
y nosotros el pueblo de su dehesa, y las ovejas de su mano.

Con esto la procesión entraba en el templo, donde un sacerdote hablaba al pueblo, en nombre de Jehová, y los exhortaba ardientemente a obedecer sus mandamientos con todo su corazón, para que así su adoración pudiera ser verdadera y aceptable a él.

¡Oh si hoy escucharéis su voz!
No endurezcáis vuestro corazón como en Meriba,
como en el día de Masa, en el desierto:
donde me tentaron vuestros padres,
probáronme, aunque vieron mi obra.
Cuarenta años estuve disgustado con aquella generación
y dije: Pueblo son ellos errantes de corazón;
y no han conocido mis caminos.
A quienes juré en mi ira:
¡No entrarán en mi descanso! (Salmo 95, VM)

Había muchos himnos procesionales, adaptados a diferentes ocasiones. Es significativo que los sacerdotes se esforzaran por medio de himnos y sermones en moralizar el culto público y hacer de él un acto de adoración en espíritu y en verdad. Esto se pone en evi-

dencia también en el famoso himno procesional, Salmo 24, que se usaba para celebrar una victoria. Muy probablemente el arca era traída al templo desde el campo de batalla.[9] Un himno breve y vigoroso iniciaba la ceremonia:

De Jehová es la tierra y su plenitud;
el mundo, y los que en él habitan.
Porque él la fundó sobre los mares,
y afirmóla sobre los ríos. [10]

Conforme la procesión ascendía la colina del templo, se hacía solemnemente la pregunta:

¿Quién subirá al monte de Jehová?
¿y quién estará en el lugar de su santidad?

A lo que el sacerdote o los sacerdotes respondían:

El limpio de manos, y puro de corazón:
el que no ha elevado su alma a la vanidad,
ni jurado con engaño.
El recibirá bendición de Jehová,
y juicio del Dios de salud.
Tal es la generación de los que le buscan,
de los que buscan tu rostro, oh Dios de Jacob.

Ningún requisito ceremonial se menciona; todo el énfasis descansa sobre la moralidad pública; ¡no sobre una limpieza ritual, sino sobre una pureza moral! En el Salmo 15 tenemos otra notable declaración similar: ¡el verdadero adorador de Jehová es el ciudadano justo y recto! Es aquí donde la influencia de los profetas se siente notablemente; en el Salmo 15 la distinción es aún más significativa, porque no es, como el Salmo 24, una parte de la liturgia. El esfuerzo por poner el culto del templo sobre bases morales es de suma importancia: sin la moral, ese culto no tiene valor alguno. Unicamente los hombres de manos limpias y de corazones puros y honrados debían levantarse en el santuario de Dios. La procesión se pone en marcha, y a la puerta del templo prorrumpen en un canto:

Alzad, oh puertas vuestras cabezas,
y alzaos vosotras, puertas eternas,
y entrará el Rey de gloria.

Mas desde el templo viene la pregunta,

¿Quién es este Rey de Gloria?

La respuesta brota de inmediato, clara y poderosa,

> Jehová el fuerte y valiente,
> Jehová el poderoso en batalla.

acompañada de nuevo por la exhortación,

> Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,
> y alzaos vosotros, puertas eternas,
> y entrará el Rey de Gloria.

Y una vez más resuena la pregunta,

> ¿Quién es este Rey de gloria?

y de nuevo la réplica entusiasta,

> Jehová de los ejércitos,
> él es el Rey de la gloria.

y la procesión entra al templo (Sal. 24) donde comienzan los sacrificios.

En el Salmo 118 tenemos una procesión más elaborada con una liturgia de fiesta solemne. Cuando la procesión se iniciaba al pie de la colina del templo, el guía entonaba (véase Sal. 42[4]):

> Alabad a Jehová, porque es bueno;
> porque para siempre es su misericordia.

El estribillo "porque para siempre es su misericordia" es repetido por "Israel", por "la casa de Aarón", y por "los que temen a Jehová", en orden sucesivo. A medida que la procesión ascendía la colina, éstos relataban en su cantar las serias dificultades de las cuales Jehová por su grande y único socorro los había salvado; cómo habían sido atacados por todas las naciones circunvecinas y cómo Jehová los había ayudado para obtener la victoria sobre ellos; y por lo tanto, ahora

> Voz de júbilo y de salvación
> hay en las tiendas de los justos.

Sus sufrimientos habían sido severos, pero lleno de gratitud y gozo el guía proclama:

> ¡No moriré, sino viviré,
> Gravemente me ha castigado Jehová;
> mas no me ha entregado a la muerte. (VM)

En este momento la procesión llega al templo y el guía de la procesión llama a los levitas que guardan las puertas,

> ¡Abridme las puertas de justicia:
> entraré por ellas, alabaré a Jehová (VM)

A esta demandada los levitas responden, dando énfasis a la "justicia" de las puertas,

Esta es la puerta de Jehová;
los justos entrarán por ella. (VM)

La procesión entra cantando,

Te alabaré, porque me has oído,
y me fuiste por salud.
La piedra que desecharon los edificadores,
ha venido a ser cabeza del ángulo.
De parte de Jehová es esto:
es maravilla en nuestros ojos.
Este es el día que hizo Jehová:
nos gozaremos y alegraremos en él.

El coro se une a la súplica,

¡Salva ahora, te rogamos, oh Jehová!
¡rogámoste, oh Jehová, hagas ahora prosperar! (VM)

En el patio del templo los sacerdotes dan la bienvenida a los peregrinos,

Bendito el que viene en nombre de Jehová:
desde la casa de Jehová os bendecimos.

Y la procesión responde:

Dios es Jehová que nos ha resplandecido.

Entonces ellos son exhortados a ejecutar la danza sagrada alrededor del altar (véase Sal. 26[6]), tocando los cuernos del altar, con ramas que traían. Esta fué desde la antigüedad la función más significativa de la ceremonia, el acto formal de rendir reverencia a Dios, mediante el cual se obtenía contacto inmediato con la divinidad:

¡Atad la víctima con cuerdas,
y traedla hasta los cuernos del altar! [11] (VM)

La procesión marchaba alrededor del altar al compás rítmico de la danza sagrada, tocando con sus ramas los cuernos del altar y cantando,

Mi Dios eres tú, y a ti alabaré:
Dios mío, a ti ensalzaré.[12]

En seguida todo el coro se unía en el estribillo con que había comenzado el salmo,

Alabad a Jehová porque es bueno;
porque para siempre es su misericordia.

Himnos especiales eran cantados en las diferentes fiestas del

año. Desgraciadamente la tradición acerca de esto es escasa[13] y aparentemente no siempre es digna de confianza. Según la tradición judía, el Salmo 81 era el himno del año nuevo, pero parece más probable que originalmente fuera el himno de la Pascua. La congregación está reunida en el templo. El coro canta:

> Cantad a Dios, fortaleza nuestra:
> al Dios de Jacob celebrad con júbilo.
> Tomad la canción, y tañed el adufe,
> el arpa deliciosa con el salterio.
> Tocad la trompeta en la nueva luna,
> en el día señalado, en el día de nuestra solemnidad.
> Porque estatuto es de Israel,
> ordenanza del Dios de Jacob.
> Por testimonio en José lo ha comunicado,
> cuando salió por la tierra de Egipto. (Sal 81 1-5)

Al final del versículo cinco el coro calla y un solista continúa el canto: un sacerdote habla en nombre de Jehová, como un profeta. Les recuerda su liberación de Egipto, acontecimiento que ellos celebran en esta fiesta, de la milagrosa dádiva del agua en Meriba, de la legislación dada en el Sinaí, y les implora obedezcan a Jehová con todo su corazón de ahora para siempre:

> ¡Oh, si me hubiera oído mi pueblo,
> si en mis caminos hubiera Israel andado!

Experimentarán así su maravillosa bendición en las victorias sobre sus enemigos y en las abundantes cosechas (Sal. 81[6-16]). Aquí tenemos nuevamente un auténtico sermón profético relacionado con las ceremonias del templo. Indudablemente, los grandes profetas no habían trabajado en vano, si los sacerdotes trataban con tanto empeño de profundizar la piedad de los adoradores del templo y hacer de la religión no meramente un asunto de formalismo exterior sino de disposición interior, de voluntad moral.

En las grandes fiestas de la cosecha se ofrecían oraciones especiales de acción de gracias. El Salmo 67 es una de ellas. No es estrecho su punto de vista, porque un elemento universal entraba casi inevitablemente en la contemplación de la dádiva de la cosecha. Las bendiciones naturales no estaban limitadas a Israel. El Dios que proveía tan abundantemente los frutos de la tierra, debía manifestarse a todas las naciones del mundo. Por las bendiciones maravillosas que él brindaba a Israel el pagano podía ver cuán admi-

rable era su Dios. Que los gentiles se regocijen en él y le teman, porque él será también su guía. La congregación vislumbra más allá de la dádiva material, que es la cosecha, la bendición espiritual que Israel estaba destinado a ofrecer al mundo, y llama a las naciones a unirse con ellos en alabanza y gratitud. La oración comienza con la bendición sacerdotal (véase Núm. 6^{25}):

Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga;
haga resplandecer su rostro sobre nosotros;
para que sea conocido en la tierra tu camino,
en todas las gentes tu salud.
Alábente los pueblos, oh Dios;
alábente los pueblos todos,
Alégrense y gócense las gentes;
porque juzgarás los pueblos con equidad,
y pastorearás las naciones en la tierra.
Alábente los pueblos, oh Dios;
Todos los pueblos te alaben.
La tierra dará su fruto:
nos bendecirá Dios, el Dios nuestro.
Bendíganos Dios.
y témanlo todos los fines de la tierra. (Salmo 67)

Esta visión universal caracteriza también al otro canto de la cosecha, Salmo 65, que es una prueba más de que el culto del templo de los tiempos posteriores al destierro era impulsado por los elevados ideales de la enseñanza profética. Los ideales de los grandes profetas, especialmente los de Déutero-Isaías, eran tomados por los salmistas y presentados ante el pueblo. El culto del templo es, por supuesto, considerado de importancia y un medio de satisfacción espiritual, pero el Dios adorado allí no es únicamente Dios de los judíos sino "el confidente de toda la tierra y de las islas lejanas"; a él "vendrá toda carne", y él hace "la salida de la mañana y de la tarde para regocijo".

La mayoría de los himnos no fueron compuestos para ocasiones especiales, sino que se adaptaban a cualquier servicio de alabanza. Celebran la obra de Dios en la creación y en los procesos de la naturaleza, o exaltan la divina liberación de Israel y su justo gobierno sobre ellos, o prevén con gran entusiasmo el juicio final de las naciones y el establecimiento del reino divino en la tierra.[14] Uno de los más cálidos de todos los himnos o cánticos de alabanza, el Salmo 148, se dedica casi enteramente a un llamado a toda

la creación para que adore a Jehová. Los cielos con sus huestes, los ángeles, el sol, la luna, las estrellas y las aguas que están sobre los cielos, todos deben alabar a Jehová; la tierra y el mar con sus monstruos marinos, el fuego y el granizo, la nieve, la neblina y la tormenta, los montes y los árboles, las bestias, los pájaros y todo animal que se arrastra, deben alabarle; toda la humanidad, los reyes y las naciones, los ancianos y los jóvenes, todos deben alabar el nombre de Jehová,

> Porque sólo su nombre es elevado,
> su gloria es sobre tierra y cielos.
> El ensalzó el cuerno de su pueblo;
> alábanle todos sus santos, los hijos de Israel,
> el pueblo a él cercano. (Sal. 148[13, 14])

Esto no representa un punto de vista estrecho. La devoción del salmista no estará satisfecha hasta que todo el mundo resuene con alabanzas a Jehová, exaltándose únicamente su nombre. Es verdad que el motivo de esta alabanza es la restauración de la gloria nacional de Israel. Pero esto significa para el poeta el principio de la salvación de todo el mundo, la que vendrá por medio de Israel a todas las naciones, y por lo tanto bien puede el llamarlas a regocijarse y alabar a Jehová por este acto divino, que redundará en su propia redención. Las ideas universales de Déutero-Isaías palpitan en este himno.

Son raros los himnos que solamente tratan de la naturaleza, pero los pocos que tenemos son hermosos. Es notable que en la contemplación de la naturaleza, muchas veces desaparecen todos los pensamientos estrechos y nacionalistas; son Dios y el hombre, y no Dios y el judío, los que se encuentran en la vasta esfera de la creación. El Salmo 8 sirve para demostrarlo. El coro canta el estribillo al principio y al final; no es una exhortación a la alabanza, sino un cántico de alabanza en sí mismo. El cuerpo del salmo, lo canta un solista.

> *Oh Jehová, Señor nuestro,*
> *¡cuán grande es tu nombre en toda la tierra,*
> que has puesto tu gloria, sobre los cielos!
> de boca de los chiquitos y de los que maman,
> fundaste la fortaleza, a causa de tus enemigos,
> para hacer cesar al enemigo, y al que se venga.
> Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,
> la luna y las estrellas que tú formaste:

Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria,
y el hijo del hombre, que lo visites?
Pues le has hecho poco menor que los ángeles,
y coronástelo de gloria y de lustre.
Hicístelo enseñorear de las obras de tus manos;
todo lo pusiste debajo de sus pies:
Ovejas, y bueyes, todo ello;
y asimismo las bestias del campo,
las aves de los cielos, y los peces de la mar;
todo cuanto pasa por los senderos de la mar.
Oh Jehová, Señor nuestro,
¡cuán grande es tu nombre en toda la tierra! (Sal. 8)

El Salmo 29 celebra la gloria de Dios en la tempestad de truenos. En exaltado entusiasmo el poeta invoca, no a la congregación que se encuentra en el templo terrenal, sino a los seres celestiales para que adoren y glorifiquen a Jehová en el templo celestial.

Dad a Jehová, oh hijos de fuertes,
dad a Jehová la gloria y la fortaleza.
Dad a Jehová la gloria debida a su nombre;
humillaos a Jehová en el glorioso santuario.
Voz[15] de Jehová sobre las aguas:
hizo tronar el Dios de gloria;
Jehová sobre las muchas aguas.
Voz de Jehová con potencia;
voz de Jehová con gloria.
Voz de Jehová que quebranta los cedros;
y quebrantó Jehová los cedros del Líbano.
E hízolos saltar como becerros;
al Líbano y al Sirión como hijos de unicornios.
Voz de Jehová que derrama llamas de fuego.
Voz de Jehová que hará temblar el desierto;
hará temblar Jehová el desierto de Cades.
Voz de Jehová que hará estar de parto a las ciervas,
y demudará las breñas:
y en su templo todos los suyos le dicen gloria.
Jehová preside en diluvio,
y asentóse Jehová por rey para siempre.
Jehová dará fortaleza a su pueblo:
Jehová bendecirá a su pueblo en paz. (Sal. 29)

Estos son salmos que tratan solamente de la naturaleza; el Salmo 19[1-6] es otro de ellos. Pero usualmente la alabanza de la obra de Dios en la creación se combina con la de sus grandes hechos en la historia (véanse, por ej., Sals. 33, 135, 136). Los hebreos daban siempre mucha importancia a la historia y por eso las liberaciones de Israel constituían el tema de muchos de sus salmos. El Salmo

99 es un himno de victoria, diferenciándose en su forma del salmo típico en que el llamado a la alabanza se encuentra al final de las estrofas y la causa al principio. Es un himno muy artístico, en el que se alaba a Jehová como al rey victorioso del mundo, el justo soberano de su pueblo y como Dios misericordioso y perdonador.

Jehová reinó, temblarán los pueblos:
él está sentado sobre los querubines.
conmoveráse la tierra,
Jehová en Sión es grande,
y ensalzado sobre todos los pueblos.
Alaben su nombre grande y tremendo:
EL ES SANTO.
Y la gloria del rey ama el juicio:
tú confirmas la rectitud;
tú has hecho en Jacob juicio y justicia.
Ensalzad a Jehová nuestro Dios,
y encorvaos al estrado de sus pies:
EL ES SANTO.
Moisés y Aarón entre sus sacerdotes,
y Samuel entre los que invocaron su nombre;
invocaban a Jehová, y él les respondía.
En columna de nube habitaba con ellos:
guardaban sus testimonios,
y el estatuto que les había dado.
Jehová Dios nuestro, tú les respondías:
tú les fuiste un Dios perdonador,
y vengador de sus obras.
Escuchad a Jehová nuestro Dios,
y encorvaos al monte de su santidad;
PORQUE JEHOVA NUESTRO DIOS ES SANTO.
(Sal. 99)

La antífona EL ES SANTO era cantada por el pueblo. Otros himnos de victoria son los Salmos 68 y 149.

La experiencia de la maravillosa liberación de Dios de un terrible peligro nacional, incitó a un poeta a escribir ese gran himno de fe, el Salmo 46, que dió a Martín Lutero el material para su himno de la Reforma, "Castillo fuerte es nuestro Dios". No se encuentra en este salmo ninguna exhortación a la alabanza, sino que ella misma se canta directamente, alcanzando tres veces su punto culminante en el estribillo, en el cual se unía toda la congregación.

Dios es nuestro amparo y fortaleza,
nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.
Por tanto no temeremos aunque la tierra sea removida;
aunque se traspasen los montes al corazón de la mar.
Bramarán, turbaránse sus aguas;
temblarán los montes a causa de su braveza.

Jehová de los ejércitos es con nosotros;
nuestro refugio es el Dios de Jacob.[16]

Del río sus conductos alegrarán la ciudad de Dios,
el santuario de las tiendas del Altísimo.
Dios está en medio de ella; no será conmovida:
Dios la ayudará al clarear la mañana.
Bramaron las gentes, titubearon los reinos;
dió él su voz, derritióse la tierra.
Jehová de los ejércitos es con nosotros
nuestro refugio es el Dios de Jacob.

Venid, ved las obras de Jehová,
que ha puesto asolamientos en la tierra:
Que hace cesar la guerra hasta los fines de la tierra:
que quiebra el arco, corta la lanza,
y quema los carros en el fuego.
Estad quietos, y conoced que yo soy Dios:
ensalzado he de ser entre las gentes,
ensalzado seré en la tierra.
Jehová de los ejércitos es con nosotros;
nuestro refugio es el Dios de Jacob. (Sal. 46)

Es este salmo uno de los himnos de fe más poderosos que jamás se hayan cantado, pero la adaptación cristiana que hizo Martín Lutero es mayor y más poderosa aún.

El tema de otros himnos fué el gobierno justo de Jehová. El Salmo 113 es una ilustración. Jehová, que está exaltado sobre los cielos, es alabado porque se humilló misericordiosamente para levantar al más humilde de la tierra.

Alabad, siervos de Jehová,
alabad el nombre de Jehová.
Sea el nombre de Jehová bendito,
desde ahora y para siempre.
Desde el nacimiento del sol hasta donde se pone,
sea alabado el nombre de Jehová.

Alto sobre todas las naciones es Jehová;
sobre los cielos su gloria.
¿Quién como Jehová nuestro Dios,
que ha enaltecido su habitación,
que se humilla a mirar
en el cielo y en la tierra?

El levanta del polvo al pobre,
y al menesteroso alza del estiércol,
para hacerlos sentar con los príncipes,
con los príncipes de su pueblo.
El hace habitar en familia a la estéril,
gozosa en ser madre de hijos. (Sal. 113)

Cuando los judíos cantaban este himno en las tres grandes festividades anuales, en el día de luna nueva y en el festival de la de-

dicación del templo, pensaban en Israel como el pobre humilde que sería levantado hasta la dignidad, y el himno pregonaba su fe en la exaltación cierta de Israel por la omnipotencia de Jehová, el justo soberano del mundo.

Pero no se ve todavía el efecto del dominio justo de Jehová. El no está ejerciendo su reinado completamente, las naciones no le reconocen todavía como al único Dios y Rey del mundo entero. Pero ya vendrá el tiempo, y tal vez pronto, pues ¿acaso los profetas no habían predicho el tiempo glorioso, cuando el Reino de Dios se establecería sobre la tierra? Algunos salmistas, bajo la influencia directa de estas convicciones proféticas, celebraban en sus himnos escatológicos el entronamiento de Jehová. En su ansiosa expectativa le veían ya subiendo hacia su trono celestial y prorrumpían en el grito de júbilo: ¡Jehová es Rey!, invocando a toda la humanidad, algunos hasta a la naturaleza entera, que le aclamasen como Rey sobre toda la tierra.

Pueblos todos, batid las manos;
aclamad a Dios con voz de júbilo.
Porque Jehová el Altísimo es terrible;
Rey grande sobre toda la tierra.
El sujetará a los pueblos debajo de nosotros,
y a las gentes debajo de nuestros pies.
El nos elegirá nuestras heredades;
la hermosura de Jacob, al cual amó.
Subió Dios con júbilo,
Jehová con sonido de trompeta.
Cantad a Dios, cantad:
cantad a nuestro Rey, cantad.
Porque Dios es el Rey de toda la tierra:
cantad con inteligencia.
Reinó Dios sobre las gentes:
asentóse Dios sobre su santo trono.
Los príncipes de los pueblos se juntaron
al pueblo del Dios de Abram:
porque de Dios son los escudos de la tierra;
él es muy ensalzado. (Sal. 47)

La última estrofa muestra que el sometimiento de las naciones a Israel, que fué mencionado como el primer efecto de la asunción por Jehová del gobierno de todas las naciones, no es considerado meramente como un triunfo político de los judíos, sino como un medio para establecer el reino espiritual de Dios en la tierra. Con Israel se unen los representantes de toda la humanidad para ren-

dir homenaje al solo y único Dios, que había bajado a fin de subyugar a las naciones y que ahora ha ascendido, acompañado por voces de júbilo, para sentarse en su trono celestial como Rey de la tierra.

En el Salmo 96 la enseñanza universal de Déutero-Isaías recibe su expresión más hermosa en el Salterio, porque el interés de este poeta estriba en la vocación misionera de Israel y en la salvación de las naciones por su reconocimiento de Jehová, el creador de los cielos, como el único Dios verdadero. En este salmo no se dice nada acerca de la exaltación nacional de Israel, ni de la humillación nacional de los gentiles, sino que, por el contrario, todos deben venir para adorar a Jehová en su templo en Sión.

Cantad a Jehová canción nueva;
cantad a Jehová, toda la tierra
Cantad a Jehová, bendecid su nombre:
anunciad de día en día su salud.
Contad entre las gentes su gloria,
en todos los pueblos sus maravillas.

Porque grande es Jehová, y digno de suprema alabanza;
terrible sobre todos los dioses.
Porque todos los dioses de los pueblos son ídolos:
mas Jehová hizo los cielos.
Alabanza y magnificencia delante de él:
fortaleza y gloria en su santuario.
Dad a Jehová, oh familias de los pueblos,
dad a Jehová la gloria y la fortaleza.

Dad a Jehová la gloria debida a su nombre:
tomad presentes, y venid a sus atrios.
Encorvaos a Jehová en la hermosura de su santuario:
temed delante de él, toda la tierra.
Decid en las gentes: Jehová reinó,
también afirmó el mundo, no será conmovido:
juzgará a los pueblos en justicia.

Alégrense los cielos y gócese la tierra:
brame la mar y su plenitud.
Regocíjese el campo, y todo lo que en él está:
entonces todos los árboles del bosque rebosarán de contento,
delante de Jehová que vino:
porque vino a juzgar la tierra.
Juzgará al mundo con justicia,
y a los pueblos con su verdad. (Sal. 96)

No es de maravillarse que el salmista necesite un canto nuevo; la gloria es demasiado grande para expresarla por medio de un himno conocido. El Salmo 98 es compañero del 96 y puede haber sido compuesto por el mismo autor. Los Salmos 93 y 97, así

como los Salmos 75 y 76, pertenecen a esta clase de himnos escatológicos, como podemos llamarlos, desde que se refieren a los últimos tiempos. Su noble forma poética cuadra bien con su hermoso contenido profético.

Desde el punto de vista poético, los himnos o cantos de alabanzas son los más hermosos del Salterio. Su poder para levantar el entusiasmo religioso, cuando se cantaban en el templo por el coro acompañado por la música, era tan grande que Jer. 33[11] al predecir la vuelta del gozo y la felicidad a la ciudad abandonada y arruinada, agrega a las voces jubilosas de los novios: "la voz de los que digan, alabad a Jehová, porque es bueno, porque para siempre es su misericordia".

No siempre resonaba en el templo la alegría. Había muchas ocasiones en que alguna calamidad nacional, pérdida de la cosecha, epidemia, derrota en la batalla, o humillación por opresores extranjeros, llevaban al pueblo al templo para suplicar ayuda y liberación de Jehová. En vez de música y canto subían lamentaciones y peticiones mientras el pueblo, dirigido por los sacerdotes, imploraba a Jehová. Algunas veces la calamidad duraba años a pesar de todas las súplicas. Como una ilustración podemos citar dos períodos que nos permiten fijar la fecha de algunas de esas peticiones con relativa seguridad, a saber: la época inmediata al regreso del destierro, y la de los sufrimientos Macabeos.

Entre los cantos de peregrinación que hemos mencionado (pág. 352), hay una oración, el Salmo 126, que revela el desengaño y sufrimiento de los desterrados en su propio país después de su vuelta de Babilonia. El gozo que ellos habían experimentado por la gracia de Jehová al traerlos a su patria, se tornó en tristeza y en dolor cuando descubrieron que, después de todo, él no les había concedido aún la restauración completa. Con tono melancólico y quejumbroso cantaban esta oración para que se cambiara su suerte. Compárese también el otro salmo de peregrinaje de este período, el 123, en el que se expresa en palabras simples pero llenas de vida la súplica por su liberación de la humillación.

El Salmo 85 era cantado en el servicio del templo. Comen-

zaba el coro recordando la gracia de Dios al restaurar a Israel de la cautividad:

Fuiste propicio a tu tierra, oh Jehová:
volviste la cautividad de Jacob.
Perdonaste la iniquidad de tu pueblo;
todos los pecados de ellos cubriste.
Dejaste toda tu saña:
te volviste de la ira de tu furor.

Pero este favor no duró mucho tiempo. Prevalecían condiciones en que parecía advertirse que Jehová estaba todavía indignado, pues el pueblo seguía sufriendo necesidad y privaciones. Ardientemente la congregación intercede,

Vuélvenos, oh Dios, salud nuestra,
y haz cesar tu ira de sobre nosotros.
¿Estarás enojado contra nosotros para siempre?
¿extenderás tu ira de generación en generación?
¿No volverás tú a darnos vida,
y tu pueblo se alegrará en ti?
Muéstranos, oh Jehová, tu misericordia,
y danos tu salud.

Un solista canta ahora y declara como uno de los profetas, que él ha escuchado a Jehová en esta calamidad y que ha oído claramente la respuesta divina que dice: "Paz a su pueblo".

Escucharé lo que hablará el Dios Jehová:
porque hablará paz a su pueblo y a sus santos,
para que no se conviertan a la locura.
Ciertamente cercana está su salud a los que le temen;
para que habite la gloria en nuestra tierra.
La misericordia y la verdad se encontraron:
la justicia y la paz se besaron.
La verdad brotará de la tierra;
y la justicia mirará desde los cielos.
Jehová dará también el bien;
y nuestra tierra dará su fruto.
La justicia irá delante de él;
y sus pasos pondrá en camino. (Sal. 85)

Este es el mensaje del gran consolador Déutero-Isaías (compárese Isa. 45[8]) que el poeta ha sentido en su alma y que ahora reproduce en versos que son bien dignos de su maestro.

El Salmo 90 procede también, con toda probabilidad, de esta primera época después del destierro. No es tan apasionado, pero nos conmueve por su profunda tristeza. El tono profundo de la eternidad suena a través de sus palabras. La eternidad de Dios se contrasta con la existencia efímera del hombre, la que se atribuye

a la pecaminosidad humana. ¡Si el hombre pudiera aprender esta lección! Entonces pasaría su corta vida en armonía con Dios. La vida es tan breve, y sin la gracia de Dios es tan infeliz. ¡Oh si Dios quisiera de nuevo compadecerse de sus siervos, quitar los años de desgracia, y bendecir el trabajo de sus manos!

Señor, tú nos has sido refugio
en generación y en generación.
Antes que naciesen los montes,
y formases la tierra y el mundo,
y desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios.
Vuelves al hombre hasta ser quebrantado,
y dices: Convertíos, hijos de los hombres.
Porque mil años delante de tus ojos,
son como el día de ayer, que pasó,
y como una de las vigilias de la noche.
Háceslos pasar como avenida de aguas; son como sueño;
como la hierba que crece en la mañana:
En la mañana florece y crece;
a la tarde es cortada, y se seca.

Porque con tu furor somos consumidos,
y con tu ira somos conturbados.
Pusiste nuestras maldades delante de ti,
nuestros yerros a la luz de tu rostro.
Porque todos nuestros días declinan a causa de tu ira;
acabamos nuestros años como un pensamiento.
Los días de nuestra edad son setenta años;
que si en los más robustos son ochenta años,
con todo su fortaleza es molestia y trabajo;
porque es cortado presto, y volamos.
¿Quién conoce la fortaleza de tu ira,
y tu indignación según que debes ser temido?
Enséñanos de tal modo a contar nuestros días,
que traigamos al corazón sabiduría.

Vuélvete, oh Jehová: ¿hasta cuándo?
y aplácate para con tus siervos.
Sácianos presto de tu misericordia:
y cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días.
Alégranos conforme a los días que nos afligiste,
y los años que vimos mal.
Aparezca en tus siervos tu obra,
y tu gloria sobre sus hijos.
Y sea la luz de Jehová nuestro Dios sobre nosotros:
y ordena en nosotros la obra de nuestras manos,
la obra de nuestras manos confirma. (Sal. 90)

Este salmista no tiene esperanza en la inmortalidad, y esto intensifica la tristeza de su canto. Pero hay una valiente hombría en su manera de contemplar la vida; y su esperanza está puesta en Dios.

En el tiempo de la persecución de los judíos por Antíoco Epí-

fanes, cuando el templo fué profanado y mucha gente devotamente religiosa fué muerta, se escribieron algunos salmos que se incluyeron en el culto público, porque expresaban tan bien el sufrimiento del pueblo y su ardiente súplica por la ayuda divina (Sals. 44, 60, 74, 79, 83). Todos elos son de un mismo tenor, pudiendo servir el Salmo 79 como una ilustración.

Oh Dios, vinieron las gentes a tu heredad;
el templo de tu santidad han contaminado;
pusieron a Jerusalén en montones.
Dieron los cuerpos de tus siervos
por comida a las aves de los cielos;
la carne de tus santos a las bestias de la tierra.
Derramaron su sangre como agua
en los alrededores de Jerusalén; y no hubo quien los enterrase.
Somos afrentados de nuestros vecinos,
escarnecidos y burlados de los que están en nuestros alrededores.
¿Hasta cuándo, oh Jehová? ¿has de estar airado para siempre?
¿arderá como fuego tu celo?
Derrama tu ira sobre las gentes que no te conocen,
y sobre los reinos que no invocan tu nombre.
Porque han consumido a Jacob.
y su morada han asolado.
No recuerdes contra nosotros las iniquidades antiguas:
anticípennos presto tus misericordias,
porque estamos muy abatidos.
Ayúdanos, oh Dios, salud nuestra, por la gloria de tu nombre:
y líbranos, y aplácate sobre nuestros pecados por amor de tu nombre.
Porque dirán las gentes: ¿Dónde está su Dios?
Sea notoria en las gentes, delante de nuestros ojos,
la venganza de la sangre de tus siervos, que fué derramada.
Entre ante tu acatamiento el gemido de los presos:
conforme a la grandeza de tu brazo
preserva a los sentenciados a muerte.
Y torna a nuestros vecinos en su seno siete tantos
de su infamia, con que te han deshonrado, oh Jehová.
Y nosotros, pueblo tuyo, y ovejas de tu dehesa,
te alabaremos para siempre:
por generación y generación cantaremos tus alabanzas. (Sal. 79)

Un deseo apasionado de venganza y una convicción profunda de la inocencia de Israel caracterizan estas oraciones, y no son difíciles de entender teniendo en cuenta la situación que las originó. En el Salmo $44^{17\text{-}22}$ se alega enérgicamente la inocencia del pueblo:

Todo esto nos ha venido, y no nos hemos olvidado de ti;
y no hemos faltado a tu pacto.
No se ha vuelto atrás nuestro corazón,
ni tampoco se han apartado nuestros pasos de tus caminos.
Cuando nos quebrantaste en el lugar de los dragones,
y nos cubriste con sombra de muerte,

Si nos hubiésemos olvidado del nombre de nuestro Dios,
o alzado nuestras manos a dios ajeno,
¿No demandaría Dios esto?
porque él conoce los secretos del corazón.
Empero por tu causa nos matan cada día;
somos tenidos como ovejas para el matadero. (Sal. 44^{17-22})

Con un excesivo antropomorfismo continúa la oración,

Despierta; ¿por qué duermes, Señor?
Despierta, no te alejes para siempre.

Desde el punto de vista histórico, estos salmos macabeos son de mucho valor, pero desde el punto de vista religioso son claramente inferiores.

Los salmos reales forman un grupo especial. Se usaban en las grandes funciones reales en el templo, y se pueden considerar aquí en conjunto, aunque varían en su forma; algunos de ellos son oraciones por el rey, otros son oráculos proféticos. En la fiesta de la coronación del rey en el templo, se cantaba un salmo apropiado a la ocasión. Así, es probable que el Salmo 110 fuera compuesto expresamente para la ceremonia de la coronación de Simón Asmoneo en el 142 a. de J. C. Está compuesto como una profecía. En un momento dado, el sacerdote oficiante anunciaba:

Jehová dijo a mi Señor:
Siéntate a mi diestra,
en tanto que pongo tus enemigos
por estrado de tus pies . . .

Juró Jehová, y no se arrepentirá:
Tú eres sacerdote para siempre
según el orden de Melquisedec. (Sal. $110^{1, 4}$)

El iba a ser un sacerdote-rey, sumo sacerdote y gobernador, tal como lo era Simón en ese momento. Más tarde este salmo se interpretó como una referencia al Mesías, quien había de reunir señorío religioso y secular en su misma persona (véase Mateo 22^{41} y sigs.).

Lo mismo se hizo con el Salmo 2, que originalmente se refería a un determinado rey en la época de su ascensión al trono. Es un salmo de gran dramaticidad. El mismo rey habla, maravillándose de la rebelión de las naciones que le eran súbditas,

¿Por qué se amotinan las gentes,
y los pueblos piensan vanidad?
Estarán los reyes de la tierra,
y príncipes consultarán unidos
contra Jehová, y contra su ungido, diciendo:

Rompamos sus coyundas,
y echemos de nosotros sus cuerdas.
El que mora en los cielos se reirá;
el Señor se burlará de ellos.
Entonces hablará a ellos en su furor,
y turbarálos con su ira.
Yo empero he puesto mi rey
sobre Sión, monte de mi santidad.

El mismo rey procede a dar el oráculo de Jehová,

Yo publicaré el decreto:
Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú;
yo te engendré hoy,[17]
Pídeme, y te daré por heredad las gentes,
y por posesión tuya los términos de la tierra.
Quebrantarlos has con vara de hierro:
como vaso de alfarero los desmenuzarás.

Así, advierte a los rebeldes,

Y ahora, reyes, entended:
admitid corrección, jueces de la tierra.
Servid a Jehová con temor,
y alegraos con temblor.
Besad al Hijo,[18] porque no se enoje,
y perezcáis en el camino,
cuando se encendiere un poco su furor.

A todo esto se agrega un apéndice litúrgico,

Bienaventurados todos los que en él confían. (Sal. 2)

La pretensión de dominio mundial que se hace aquí por parte del rey de Sión parece tan extravagante que no es de maravillarse que el salmo fuese ya interpretado como mesiánico antes del tiempo de Jesús (en los Salmos de Salomón, cap. 17): en los días venideros el mundo pagano se esforzará por destruir el señorío del Mesías, pero será en vano. Originalmente el salmo se refería a algún rey histórico.

El Salmo 72 demuestra cuán lejos llegaban las esperanzas y los deseos respecto del rey que estaba en el poder. Es el más hermoso de estos salmos reales. En él se expresan las oraciones del pueblo por el nuevo rey; ofrecen sus plegarias, muy probablemente durante las ceremonias de la coronación en el templo, por un gobierno justo y por la vida eterna, por la prosperidad y el dominio mundial.

Oh Dios, da tus juicios al rey,
y tu justicia al hijo del rey.

El juzgará tu pueblo con justicia,
y tus afligidos con juicio.
Los montes llevarán paz al pueblo,
y los collados justicia.
Juzgará los afligidos del pueblo,
salvará los hijos del menesteroso,
y quebrantará al violento.
Temerte han mientras duren el sol
y la luna, por generación de generaciones.
Descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada;
como el rocío que destila sobre la tierra.
Florecerá en sus días justicia,
y muchedumbre de paz, hasta que no haya luna.
Y dominará de mar a mar,
y desde el río hasta los cabos de la tierra.
Delante de él se postrarán los Etíopes;
y sus enemigos lamerán la tierra.
Los reyes de Tarsis y de las islas traerán presentes:
los reyes de Sabá y de Seba ofrecerán dones.
Y arrodillarse han a él todos los reyes;
le servirán todas las gentes . . .
Y vivirá, darásele del oro de Seba;
y oraráse por él continuamente;
todo el día se le bendecirá . . . (Sal. 72)

Nuevamente aquí era fácil interpretar el salmo como una alusión al gobernante mundial, grande e ideal, al Mesías que había de venir. Pero no era ese su significado original.

Tenemos también una oración por el éxito en la batalla antes de que el rey saliera para la guerra (Sal. 20), y una acción de gracias por la victoria después de su vuelta (Sal. 21), además de otras oraciones por él en los Salmos 61, 89, 132 y 144.

2. *ADORACION PRIVADA EN EL TEMPLO*

Junto a la adoración pública para toda la comunidad, había ciertas oportunidades para el adorador individual, a fin de que diese expresión a su agradecimiento o petición en el templo. Bajo el temor del peligro o de grave enfermedad u otras calamidades, los hombres oraban a Jehová y hacían votos de llevar ofrendas de acción de gracias, si él les escuchaba.[19] Si Dios concedía la liberación, el adorador venía al templo con su familia y amigos para ofrecer el sacrificio que había prometido de acuerdo con su necesidad y su capacidad, por lo general un novillo, carnero o cabra, todos sin defecto (Lev. 22^{17} y sigs.), y tortas sin levadura mez-

cladas con aceite (Lev. 7^{11} y sigs.). Cualquiera que se encontrare por casualidad en el templo, especialmente el pobre, se juntaba al grupo, porque el animal sacrificado debía ser comido en el mismo día,[20] sin quedar nada de él.

En estas ocasiones se cantaban himnos de acción de gracias, p. ej., el Salmo 66. El coro del templo comenzaba con un himno,

Aclamad a Dios con alegría, toda la tierra:
cantad la gloria de su nombre:
poned gloria en su alabanza.
Decid a Dios: ¡Cuán terribles tus obras!
Por lo grande de tu fortaleza te mentirán tus enemigos.
toda la tierra te adorará,
y cantará a ti;
cantarán a tu nombre.

Continuaba entonces este himno de alabanza, cantando una parte del coro la segunda estrofa (vers. $^{5-7}$), y otra parte la tercera (vers. $^{8-12}$). Luego el mismo adorador que traía el sacrificio se adelantaba y cantaba,[21]

Entraré en tu casa con holocaustos:
te pagaré mis votos,
que pronunciaron mis labios,
y habló mi boca, cuando angustiada estaba.
Holocaustos de cebados te ofreceré,
con perfumes de carneros:
sacrificaré bueyes y machos cabríos.

Cuando esto se terminaba, el adorador se volvía a la congregación y contaba lo que Dios había hecho por él:

Venid, oíd todos los que teméis a Dios,
y contaré lo que ha hecho a mi alma.

Las sentencias que siguen carecen de una descripción concreta de la angustia y liberación individual, porque el salmo debía ser usado por cualquiera que trajese una ofrenda votiva.

A él clamé con mi boca,
y ensalzado fué con mi lengua.
Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad,
el Señor no me oyera.
Mas ciertamente me oyó Dios;
atendió a la voz de mi súplica.
Bendito Dios, que no echó de sí mi oración,
ni de mí su misericordia. (Sal. 66)

La insistencia en la ausencia de toda mala intención que secretamente se pudiera tener en relación con la oración, no debe ser pa-

sada por alto. Ella muestra nuevamente el esfuerzo por moralizar el culto del templo.

Algunas veces los hombres se refugiaban en el santuario, donde Dios habitaba, y donde parecía que sus peticiones eran mucho más eficaces. Parece que esto era así especialmente en casos de acusaciones, en persecuciones de parte de sus enemigos, y en enfermedades. El Salmo 26 probablemente era usado para justificarse ante una acusación. No se menciona justamente de qué estaba acusado el salmista. La ley más antigua exigía que en ciertos casos el acusado se justificara en el templo por medio de un juramento (Ex. $22^{8, 11}$), y la ley posterior conservaba un rito antiguo por el cual una mujer sospechosa de adulterio podía ser absuelta, o bien probada culpable y castigada (Núm. 5^{11} y sigs.). Tal es también la idea básica de la ceremonia para la cual fué compuesto el Salmo 26. El salmista va al templo con los acusadores, y comienza invocando a Dios y protestando a viva voz su inocencia:

Júzgame, oh Jehová, porque yo en mi integridad he andado:
confiado he asimismo en Jehová, no vacilaré.
Pruébame, oh Jehová, y sondéame:
examina mis riñones y mi corazón.
Porque tu misericordia está delante de mis ojos,
y en tu verdad ando.
No me he sentado con hombres de falsedad;
ni entré con los que andan encubiertamente.

A esta oración sigue la ceremonia simbólica de lavarse las manos, la cual es acompañada (podemos suponerlo, aunque aquí no consta) con un juramento solemne en nombre de Jehová, quien prueba el corazón y la mente,

Lavaré en inocencia mis manos.

Luego el sacerdote lo declara absuelto de la acusación, y el hombre comienza la danza litúrgica alrededor del altar, en el cual se ha puesto un sacrificio, y agradece y alaba a Jehová.

Y andaré alrededor de tu altar, oh Jehová:
para exclamar con voz de acción de gracias,
y para contar todas tus maravillas.
Jehová, la habitación de tu casa he amado,
y el lugar del tabernáculo de tu gloria.

Con una mirada hacia sus acusadores, el salmista ora luego a Dios,

No juntes con los pecadores mi alma,
ni con los hombres de sangre mi vida:

en cuyas manos está el mal,
y su diestra está llena de sobornos.

El mismo mantendrá su vida recta con la ayuda de Dios,

Yo empero andaré en mi integridad:
redímeme, y ten misericordia de mí.
Mi pie ha estado en rectitud:
en las congregaciones bendeciré a Jehová. (Sal. 26)

Entonces "éste descendió a su casa justificado" (véase Lucas 18[14]), limpio de la acusación, capacitado para tomar su parte nuevamente en la vida del pueblo.

Es asombroso cuánta aflicción se originaba por la animosidad de los enemigos personales, cuán amargas eran las quejas, y cuán terribles las demandas de venganza sobre aquéllos. La mayoría de las oraciones que piden protección de los enemigos y su castigo, fueron escritas originalmente para uso privado y podían ser pronunciadas en cualquier parte. Pero algunas de ellas acompañaban a los sacrificios en el templo. Por ejemplo, el Salmo 5 era la oración matutina de un devoto adorador en el santuario.

Escucha, oh Jehová, mis palabras;
considera la meditación mía.
Está atento a la voz de mi clamor,
Rey mío y Dios mío,
porque a ti oraré.
Oh Jehová, de mañana oirás mi voz;
de mañana me presentaré a ti, y esperaré.

El sabe que a la gente malvada no se le permite estar en el templo de Jehová (véase Salmo 15).

Y yo en la multitud de tu misericordia
entraré en tu casa:
adoraré hacia el templo de tu santidad
en tu temor.

Sigue ahora su oración,

Guíame, Jehová, en tu justicia a causa de mis enemigos;
endereza delante de mí tu camino.
Porque no hay en su boca rectitud:
sus entrañas son pravedades;
sepulcro abierto su garganta:
con su lengua lisonjearán.
Desbarátalos, oh Dios;
caigan de sus consejos:
por la multitud de sus rebeliones échalos,
porque se rebelaron contra ti. (Sal. 5)

Pero regocíjense los justos en la verdadera protección de Dios fren-

te a sus enemigos, que son también enemigos de Dios en el concepto del salmista. No hay ninguna misericordia, mucho menos amor, para con ellos, sino únicamente un inexorable espíritu de venganza. Es cierto que cuando este salmo y otros parecidos fueron introducidos en el culto público del templo, no eran los enemigos personales, sino el partido opositor de los judíos mundanos e impíos, para quienes el partido piadoso tenía tan "piadosos" deseos. Pero originalmente tenían por objetivo los enemigos personales del mismo adorador. En ambos casos estos salmos imprecatorios están viciados a nuestro parecer por el espíritu de venganza. Uno de los peores de ellos es el Salmo 109 con sus terribles maldiciones sobre los enemigos, salmo que se usaba en la adoración pública como canto "sagrado".

En la mayoría de las oraciones de los enfermos, se halla también una queja contra los hombres crueles que, siendo antes amigos del sufriente, se han vuelto contra él, por causa de su enfermedad. A nosotros nos parece increíble que haya quién niegue simpatía y ayuda al enfermo. Pero esta actitud inhumana se debía a la doctrina de que la salud y la prosperidad eran el premio a la piedad, mientras que la enfermedad y la desgracia eran resultado de la impiedad. La enfermedad era, por consiguiente, una señal de la perversidad. El anciano que ora por ser librado de sus extraordinarios sufrimientos en el Salmo 71 se queja,

> Porque mis enemigos han tratado de mí;
> y los que acechan mi alma, consultaron juntamente,
> diciendo: Dios lo ha dejado:
> perseguid y tomadle, porque no hay quien le libre. (Sal. 71[10, 11])

En el Salmo 41 el salmista se lamenta,

> Mis enemigos dicen mal de mí preguntando:
> ¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre?
> Y si venía a verme, hablaba mentira:
> su corazón se amontonaba iniquidad;
> y salido fuera, hablábala.
> Reunidos murmuraban contra mí todos los que me aborrecían:
> contra mí pensaban mal, diciendo de mí:
> Cosa pestilencial de él se ha apoderado;
> y el que cayó en cama, no volverá a levantarse.
> Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba.
> el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar. (Sal. 41[5-9])

Podía ser terrible el sufrimiento del enfermo, especialmente cuan-

do estaba cubierto de heridas y pústulas repugnantes, cuando su cuerpo estaba atormentado por la fiebre, y su fuerza iba decayendo, pero la amargura de estar abandonado por sus íntimos parientes era más terrible aún.

> Mis amigos y mis compañeros se quitaron de delante de mi plaga;
> y mis cercanos se pusieron lejos. (Sal. 38[11])

Es fácil entender que algunos de los que así sufrían anhelaran la oportunidad de poderse vengar de los que tan cruelmente los trataban.

> Mas tú, Jehová, ten misericordia de mí, y hazme levantar,
> y daréles el pago. (Sal. 41[10])

No obstante, estos mismos salmistas tenían también la creencia de que sus sufrimientos se debían a su pecado, y frecuentemente lo confesaban con dolor penitencial:

> Jehová, no me reprendas en tu furor,
> ni me castigues en tu ira . . .
> Porque mis iniquidades han pasado mi cabeza:
> como carga pesada se han agravado sobre mí . . .
> Por tanto denunciaré mi maldad:
> congojaréme por mi pecado. (Sal. 38[1, 4, 18])

Pero sucedía a veces que un salmista no se sentía consciente de ningún pecado deliberadamente cometido, que mereciera castigo tal como su grave enfermedad. Entonces rogaba que se le iluminara acerca de la causa de sus sufrimientos,

> ¿Por qué, oh Jehová, desechas mi alma?
> ¿por qué escondes de mí tu rostro? (Sal. 88[14])

O como el sufriente del Salmo 22, que tan brutalmente ha sido maltratado por sus enemigos, exclamaba:

> Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has dejado?
> ¿por qué estás lejos de mi salud, y de las palabras de mi clamor? (Sal. 22[1])

3. *ADORACION PRIVADA FUERA DEL TEMPLO*

Muchas de estas oraciones no tenían originalmente nada que ver con el servicio del templo; se usaban en el hogar. En ella no se encuentra ninguna señal del culto sacrificial; expresan de modo enteramente independiente la piedad profunda y personal del salmista; el alma está a solas con su Dios. Habla el corazón desde su intimidad, suplica ayuda y perdón, agradece la gracia de Dios y canta sus alabanzas sin las trabas de ningún sistema. En algunos

de ellos hasta llegamos a encontrar una clara reacción contra el sistema de sacrificios, como por ejemplo en aquél, el más grande de todos los salmos penitenciales, que todavía mueve el corazón de los hombres hacia el arrepentimiento y les proclama su profunda necesidad de perdón y purificación, y la renovación y afirmación de su voluntad.

Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia:
conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones.
Lávame más y más de mi maldad,
y límpiame de mi pecado.

Porque yo reconozco mis rebeliones;
y mi pecado está siempre delante de mí.
A ti, a ti solo he pecado,
y he hecho lo malo delante de tus ojos:
porque seas reconocido justo en tu palabra,
y tenido por puro en tu juicio.
He aquí, en maldad he sido formado,
y en pecado me concibió mi madre.
He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo:
y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría.

Purifícame con hisopo, y seré limpio:
lávame, y seré emblanquecido más que la nieve.
Hazme oír gozo y alegría;
y se recrearán los huesos que has abatido.

Esconde tu rostro de mis pecados,
y borra todas mis maldades.
Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio;
y renueva un espíritu recto dentro de mí.
No me eches de delante de ti;
y no quites de mí tu santo espíritu.
Vuélveme el gozo de tu salud;
y el espíritu libre me sustente.
Enseñaré a los prevaricadores tus caminos;
y los pecadores se convertirán a ti.

Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salud:
cantará mi lengua tu justicia.
Señor, abre mis labios;
y publicará mi boca tu alabanza.
Porque no quieres tú sacrificio, que yo daría;
no quieres holocausto.
Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado:
al corazón contrito y humillado no despreciarás tu, oh Dios. (Sal. 51^{1-17})

La influencia de los grandes profetas es aquí tan evidente, que es con sorpresa que leemos el inarmónico agregado hecho posteriormente en los versos $^{18-19}$, donde se ora por la restauración de Sión, y se habla de los sacrificios que entonces volverán a ofrecerse en el templo.

Para nuestro salmista los sacrificios de animales y de cereales eran de tan poco valor como para el Salmo 40, que dice:

> Sacrificio y presente no te agrada;
> has abierto mis oídos;
> holocausto y expiación no has demandado. (Sal. 40[6])

El Salmo 50, en el que se presenta a Dios como apareciendo en una teofanía y dirigiéndose al pueblo, declara que el celo de ellos por los sacrificios es un error.

> Oye, pueblo mío, y hablaré:
> escucha, Israel, y testificaré contra ti:
> yo soy Dios, el Dios tuyo.
> No te reprenderé sobre tus sacrificios,
> ni por tus holocaustos, que delante de mí están siempre.
> No tomaré de tu casa becerros,
> ni machos cabrios de tus apriscos.
> Porque mía es toda bestia del bosque,
> y los millares de animales en los collados.
> Conozco todas las aves de los montes,
> y en mi poder están las fieras del campo.
> Si yo tuviese hambre, no te lo diría a ti;
> porque mío es el mundo y su plenitud.
> ¿Tengo de comer yo carne de toros,
> o de beber sangre de machos cabríos?
> Sacrifica a Dios alabanza,
> y paga tus votos al Altísimo.
> E invócame en el día de la angustia:
> te libraré, y tú me honrarás. (Sal. 50[7-15])

El agradecimiento genuino y las plegarias del corazón, son las verdaderas ofrendas que agradan a Dios, debiendo ser atestiguada su sinceridad por una vida recta.

> El que sacrifica alabanza me honrará:
> y al que ordenare su camino,
> le mostraré la salud de Dios. (Sal. 50[23])

Ha comenzado la espiritualización del sacrificio. El Salmo 141 ruega:

> Sea enderezada mi oración delante de ti como un perfume,
> el don de mis manos como la ofrenda de la tarde. (Sal. 141[2])

Un salmista que puede decir de sí mismo: "el celo de tu casa me ha consumido", declara, no obstante:

> Alabaré yo el nombre de Dios con cántico,
> ensalzarélo con alabanza.
> Y agradará a Jehová más que sacrificio de buey,
> o becerro que echa cuernos y uñas. (Sal. 69[30, 31])

Y así hallamos en el Salterio un grupo de himnos en los cuales la religión del corazón se derrama en alabanza y acción de gracias sin el menor vestigio de ceremonias.[22] El más famoso de estos himnos o cánticos personales de alabanza es el Salmo 103.

Bendice, alma mía, a Jehová;
y bendigan todas mis entrañas su santo nombre.
Bendice, alma mía, a Jehová,
y no olvides ninguno de sus beneficios.
El es quien perdona todas tus iniquidades,
el que sana todas tus dolencias;
el que rescata del hoyo tu vida,
el que te corona de favores y misericordias;
el que sacia de bien tu boca
de modo que te rejuvenezcas como el águila.

Jehová el que hace justicia
y derecho a todos los que padecen violencia.
Sus caminos notificó a Moisés,
y a los hijos de Israel sus obras.
Misericordioso y clemente es Jehová;
lento para la ira, y grande en misericordia.
No contenderá para siempre.
ni para siempre guardará el enojo.
No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades;
ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados.
Porque como la altura de los cielos sobre la tierra,
engrandeció su misericordia sobre los que le temen.
Cuanto está lejos el oriente del occidente,
hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones.
Como el padre se compadece de los hijos.
se compadece Jehová de los que le temen.
Porque él conoce nuestra condición;
acuérdase que somos polvo.
El hombre, como la hierba son sus días:
florece como la flor del campo.
Que pasó el viento por ella, y pereció:
y su lugar no la conoce más.
Mas la misericordia de Jehová desde el siglo y hasta el
siglo sobre los que le temen,
y su justicia sobre los hijos de los hijos;
sobre los que guardan su pacto,
y los que se acuerdan de sus mandamientos
para ponerlos por obra.

Jehová afirmó en los cielos su trono;
y su reino domina sobre todos.
Bendecid a Jehová, vosotros sus ángeles,
poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra.
obedeciendo a la voz de su precepto.
Bendecid a Jehová, vosotros todos sus ejércitos,
ministros suyos, que hacéis su voluntad.
Bendecid a Jehová, vosotras todas sus obras,
en todos los lugares de su señorío.
Bendice, alma mía, a Jehová. (Sal. 103)[23]

Entre los salmos individuales no sólo hay peticiones de ayuda y perdón e himnos de alabanza, sino también muchos cánticos espirituales y meditaciones sobre temas fundamentales, que arrojan luz sobre la vida religiosa del pueblo, especialmente en la época posterior al cautiverio. Podemos considerar, en primer término, algunos salmos que tratan de la omnipresencia de Dios, su providencia y su justo gobierno. El Salmo 139 es una meditación sobre la omnipresencia y omnisciencia de Dios; es único en el Salterio. Demuestra que la creencia en el monoteísmo implicaba una comprensión de los problemas que con ella se relacionan. Hay en esta meditación verdadero pensamiento filosófico, aunque la forma no es especulativa sino poética: el poeta queda sumido en adoración ante la gran maravilla del Dios único, omnipresente y omnisciente, a quien no limita ni el espacio ni el tiempo, y la meditación del salmista se convierte en un himno.

Oh Jehová, tú me has examinado y conocido.
Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme,
has entendido desde lejos mis pensamientos.
Mi senda y mi acostarme has rodeado,
y estás impuesto en todos mis caminos.
Pues aun no está la palabra en mi lengua,
y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda.
Detrás y delante me guarneciste,
y sobre mí pusiste tu mano.
Más maravillosa en la ciencia que mi capacidad:
alta es, no puedo comprenderla.

¿Adónde me iré de tu espíritu?
y adónde huiré de tu presencia?
Si subiere a los cielos, allí estás tú:
y si en abismo hiciere mi estrado, he aquí allí tú estás.
Si tomare las alas del alba,
y habitare en el extremo de la mar,
aun allí me guiará tu mano.
y me asirá tu diestra.
Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán;
aun la noche resplandecerá tocante a mí.
Aun las tinieblas no encubren de ti,
y la noche resplandece como el día:
lo mismo te son las tinieblas que la luz. Sal. 139-12)

Después de considerar el misterio divino de su propia formación y nacimiento, el salmista, abrumado por lo maravilloso del proceso, exclama:

Así que ¡cuán preciosos me son, oh Dios, tus pensamientos!
¡cuán multiplicadas son sus cuentas!

Si los cuento, multiplícanse más que la arena:
despierto, y aun estoy contigo. (Sal. 139[17-18])

Luego estalla repentinamente en una denunciación casi inexplicable de los enemigos de Dios, a quienes aborrece el poeta como si fueran también sus propios enemigos personales. En su fanática devoción a Dios, le parece incomprensible que haya quien no le adore y le sirva; que haya quien le desafíe y persista en la maldad. Quiere que los tales sean destruídos, a fin de que Dios sea en todas partes glorificado:

De cierto, oh Dios, matarás al impío;
apartaos pues de mí, hombres sanguinarios.
Porque blasfemias dicen ellos contra ti:
tus enemigos toman en vano tu nombre.
¿No tengo en odio, oh Jehová, a los que te aborrecen,
y me conmuevo contra tus enemigos?
Aborrézcolos con perfecto odio;
téngolos por enemigos. (Sal. 139[19-22])

Tan completamente se ha identificado con la causa de Dios, que aborrece a los enemigos de Dios como a los suyos propios. Y tan poco se percata de la enorme ruindad de su fanatismo, que con completa sinceridad ruega a Dios:

Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón:
pruébame y reconoce mis pensamientos:
y ve si hay en mí camino de perversidad,
y guíame en el camino eterno. (Sal. 139[23, 24])

Nunca se le ocurrió que su odio era una cosa impía que por fuerza tenía que acarrearle tristeza y dolor. Se hallaba todavía lejos de las enseñanzas de aquel que dijo: "Amad a vuestros enemigos . . . para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos", pues él ama también a sus enemigos (Mat. 5[44, 45]).

El Salmo 91 es una meditación sobre la providencia de Dios. Después de una expresiva declaración introductoria del tema (vers. [1, 2]), el poeta se dirige al creyente y le instruye celebrando la seguridad de que goza aquel que confía en Dios en medio del peligro (vers. [3-13]). Al final Jehová mismo habla y confirma esta magnífica exposición con una promesa personal (vers. [14-16]).

El que habita al abrigo del Altísimo,
morará bajo la sombra del Omnipotente.
Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío:
mi Dios, en él confiaré.

Y él te librará del lazo del cazador:
de la peste destruidora.
Con sus plumas te cubrirá,
y debajo de sus alas estarás seguro:
escudo y adarga es su verdad.
No tendrás temor de espanto nocturno.
ni de saeta que vuele de día;
ni de pestilencia que ande en obscuridad,
ni de mortandad que en medio del día destruya.
Caerán a tu lado mil,
y diez mil a tu diestra:
más a ti no llegará.
Ciertamente con tus ojos mirarás,
y verás la recompensa de los impíos.
Porque tú has puesto a Jehová, que es mi esperanza,
al Altísimo por tu habitación,
no te sobrevendrá mal,
ni plaga tocará tu morada.
Pues que a sus ángeles mandará acerca de ti,
que te guarden en todos tus caminos.
En las manos te llevarán,
porque tu pie no tropiece en piedra.
Sobre el león y el basilisco pisarás;
hollarás al cachorro del león y al dragón.

Por cuanto en mí ha puesto su voluntad, yo también lo libraré:
pondrélo en alto, por cuanto ha conocido mi nombre.
Me invocará, y yo le responderé:
con él estaré yo en la angustia:
lo libraré y le glorificaré
Saciarélo de larga vida,
y mostraréle mi salud. (Sal. 91)

Lo que se exalta aquí es el quietismo religioso, la confianza pasiva en la protección y cuidado de Dios, más bien que la tentativa de luchar contra el mal. Este es el ideal de los mansos y de los pobres que confían en Dios para todo.

Hay también, desde luego, cánticos de fortaleza viril, tales como el Salmo 101, en que un hombre de alta autoridad, algún gobernante, promete a Dios, no sólo una vida de integridad personal, sino también una justa administración de la ciudad de Jerusalén, que favoreciera a los justos y castigara a los malvados:

Por las mañanas cortaré a todos
los impíos de la tierra;
para extirpar de la ciudad de Jehová
a todos los que obraren iniquidad. (Sal. 101[8])

Pero por regla general el establecimiento de la justicia se espera únicamente por medio de la intervención divina (véase el Salmo 58).

En los himnos escatológicos notamos el anhelo con que se esperaba la asunción del gobierno del mundo por Jehová. El poeta del Salmo 82, que era también profeta, vió a Jehová de pie entre los jueces injustos de la tierra censurándolos en estos términos:

¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente,
y aceptaréis las personas de los impíos?
Defended al pobre y al huérfano:
haced justicia al afligido y al menesteroso.
Librad al afligido y al necesitado:
libradlo de manos de los impíos. (Sal. 82^{2-4})

Pero estos jueces tienen tan poco discernimiento ético, que los fundamentos morales del mundo están en peligro. Jehová debe, por lo tanto, intervenir, y en apasionada demanda ruega el salmista:

Levántate, oh Dios, juzga la tierra:
porque tú heredarás en todas las gentes. (82^{8})

Unicamente así se podrá establecer la justicia en el mundo.

La justicia era la exigencia fundamental de Jehová. Su suprema importancia fué señalada en algunos de los salmos. Vimos que como resultado del énfasis profético sobre la justicia, el culto de sacrificio en el templo fué moralizado por los sacerdotes, y que un salmo profético (el 50) criticó todo el sistema de los sacrificios. En el Salmo 15 tenemos un canto que a veces ha sido llamado un catecismo para los prosélitos, pero que más tarde fué introducido en el culto público (véase el Salmo 24). Responde a la cuestión de las condiciones para la verdadera comunión con Dios, haciendo hincapié exclusivamente sobre la moralidad social:

Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo?
¿quién residirá en el monte de tu santidad?
El que anda en integridad, y obra justicia,
y habla verdad en su corazón.
El que no detrae con su lengua,
ni hace mal a su prójimo,
ni contra su prójimo acoge oprobio alguno.
Aquel a cuyos ojos es menospreciado el vil;
mas honra a los que temen a Jehová:
y habiendo jurado en daño suyo, no por eso muda.
Quien su dinero no dió a usura,
ni contra el inocente tomó cohecho.
El que hace estas cosas, no resbalará para siempre. (Sal. 15)

Con razón observó respecto a este salmo un eminente comentador

judío: "Si Israel hubiera aceptado este concepto . . . , la religión de Jehová habría llegado a ser la religión del mundo" (Ehrlich).

Pero no fué aceptado; la ley llegó a ser suprema, la religión de Jehová se hizo legalista, y ninguna forma legalista de religión, por elevada que sea su ética, podrá ser jamás una expresión verdadera de la religión del espíritu. Por otra parte, la ley judaica insistía sobre las ceremonias tanto como sobre la moral. Además del peligro de hacer de la religión una cosa externa, existía el de colocar los requisitos morales, primarios y fundamentales, al mismo nivel que los ceremoniales. La fatigosa carga de esta masa de detalles legales, que nunca permitía que el hombre tuviera paz, gravitaba como un yugo pesado sobre mucha gente. Exigía, también, muchos conocimientos; había que estudiar la ley día y noche, como dice el Salmo 1, si se abrigaba el propósito de ser verdaderamente justo. Por esto es que leemos con sorpresa salmos legales como el 19^{7-10} y especialmente el largo salmo alfabético, el 119, con sus extravagantes alabanzas de la ley.

La ley de Jehová es perfecta, que vuelve el alma:
el testimonio de Jehová, fiel, que hace sabio al pequeño.
Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón:
el precepto de Jehová, puro, que alumbra los ojos.
El temor de Jehová, limpio, que permanece para siempre;
los juicios de Jehová son verdad, todos justos.
Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado;
y dulces más que miel, y que la que destila del panal. (Sal. 19^{7-10})

¡Cuánto amo yo tu ley!
todo el día es ella mi meditación. (Sal. (119^{97})
¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!
más que la miel a mi boca. (Sal 119^{103})

Este intenso amor a la ley se debía al hecho de que ella había llegado a ser, para estos hombres sinceros, una guía hacia Dios. Estudiándola, experimentaban una mística comunión con Jehová, que en ella había declarado su voluntad. Para ellos la ley vino a ser un medio de comunión directa con Dios.

El anhelo de sentir la presencia de Dios despertó tonos tan profundos y tan humanos en algunos salmos de íntima comunión, que ellos tocan aún las cuerdas sensibles de los corazones humanos. Puede ser que la condición del cantor desterrado que escribió los Salmos 42 y 43 acosado por enemigos y angustiado con la amargura de su

propio dolor, fuera particular de él; su deleite en la procesión festiva y la adoración en el templo pueden ser también completamente extraños para nosotros, pero, con todo, su clamor por el Dios viviente sale de lo más profundo del alma y despertando en las nuestras nuevos anhelos, llega a convertirse en el íntimo clamor de ellas.

Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas,
así clama por ti, oh Dios, el alma mía.
Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¡cuándo vendré y pareceré delante de Dios! (Sal. 42[1, 2].
Véase también el Sal. 63[1, 3])

El pesar ocasionado por la interrupción de la comunión con Dios inspira los lamentos de los salmos penitenciales. Y la bienaventuranza del perdón se canta en el Salmo 32:

Bienaventurado aquel cuyas iniquidades son perdonadas,
y borrados sus pecados.
Bienaventurado el hombre a quien no imputa Jehová la iniquidad,
y en cuyo espíritu no hay superchería. (Sal. 32[1, 2])

Feliz, tres veces feliz, es aquel que puede cantar de todo corazón el salmo del pastor, el más querido de todos ellos:

Jehová es mi pastor; nada me faltará.
En lugares de delicados pastos me hará yacer:
junto a aguas de reposo me pastoreará.
Confortará mi alma;
guiaráme por sendas de justicia
por amor de su nombre.

Aunque ande en valle de sombra de muerte,
no temeré mal alguno;
porque tú estarás conmigo:
tu vara y tu cayado me infundirán aliento.

Aderezarás mesa delante de mí,
en presencia de mis angustiadores:[24]
ungiste mi cabeza con aceite:
mi copa está rebosando.

Ciertamente el bien y la misericordia
me seguirán todos los días de mi vida:
y en la casa de Jehová
moraré por largos días. (Sal. 23)

Fortaleciéndose en la experiencia personal de esta comunión con Dios, algunos salmistas afrontaron los problemas más difíciles de la vida y los resolvieron: la muerte por una parte, y por otra el gobierno moral de Dios en el mundo. Vimos ya cuánto tiempo tardaron los judíos en llegar a un concepto satisfactorio, con respecto a

la vida después de la muerte. Los salmistas también, por regla general, inquirían,

> Porque en la muerte no hay memoria de ti:
> ¿quién te loará en el sepulcro? (Sal. 6^5. Véase también el $30^{8,9}$)

Pero hubo quienes, mediante el poder inherente a su experiencia de la comunión con lo divino, se sobrepusieron a la muerte por su victoriosa fe en que esta comunión no podía ser rota jamás. Así el creyente del Salmo 16, para quien Dios era su supremo bien, se hallaba tan seguro en el gozo y la paz de su intimidad con Dios, que le parecía totalmente increíble que ésta jamás pudiera tener fin. El sabía que la muerte tenía que venir, y no veía manera de escapar de ella, pero se mantenía tranquilo:

> Porque no dejarás mi alma en el sepulcro;
> ni permitirás que tu santo vea corrupción.
> Me mostrarás la senda de la vida:
> hartura de alegrías hay con tu rostro;
> deleites en tu diestra para siempre. (Sal. $16^{10,11}$)

No tiene ninguna doctrina claramente formulada sobre la resurrección o la inmortalidad. No sabe el camino, pero Dios se lo mostrará. Si es el autor del Salmo 17, como es probable que lo sea, le sobrevino a él también la gran prueba del sufrimiento, pero no se debilitó su fe:

> Yo en justicia veré tu rostro:
> seré saciado cuando despertare a tu semejanza. (Sal. 17^{15})

Tan profundamente había experimentado la gracia y el amor de Dios, y tan implícitamente creía en su justicia, que ya no podía dudar de que Dios lo tendría como suyo para siempre.

Sin embargo, la justicia de Dios constituía para algunos un grave problema. No podían armonizar las experiencias de la vida —la prosperidad de los impíos y los sufrimientos de los justos— con su fe en el gobierno moral de Dios sobre el mundo. Cierto es que había algunos dispuestos a calmar las dudas de los pensativos con una vigorosa reiteración de la antigua doctrina de la retribución, como por ejemplo, el anciano, sabio y ortodoxo santo del Salmo 37, que trató con su consejo de dar firmeza a los vacilantes:

> No te impacientes a causa de los malignos,
> ni tengas envidia de los que hacen iniquidad.
> Porque como hierba serán presto cortados,
> y decaerán como verdor de renuevo.

Espera en Jehová, y haz bien;
vivirás en la tierra, y en verdad serás alimentado.
Pon asimismo tu delicia en Jehová,
y él te dará las peticiones de tu corazón. (Sal. 37[1-4])

Este es el resultado de su prolongada observación:

Mozo fuí, y he envejecido,
y no he visto justo desamparado,
ni su simiente que mendigue pan. (Sal. 37[25])

Pero otros tuvieron experiencias diferentes; especialmente el autor del Salmo 73. Al principio el salmitsa declara el resultado de su lucha íntima:

Ciertamente bueno es Dios a Israel,
a los limpios de corazón. (Sal 73[1])

Ahora lo sabe, está seguro de ello; pero por un tiempo le pareció increíble. Los hechos de la vida lo contradecían tan abiertamente, que casi naufragó su fe. La buena suerte de los impíos, su seguridad, su arrogancia y descarado rechazo de toda idea de gobierno divino del mundo, impresionaban en tal forma a quien tanto había sufrido, a pesar de su ardiente devoción por la justicia, que casi llegó a la conclusión de que:

Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón,
y lavado mis manos en inocencia;
pues he sido azotado todo el día,
y empezaba mi castigo por las mañanas. (Sal. 73[13, 14])

Fué únicamente su consideración por la comunidad piadosa, lo que le retuvo de pronunciar estos pensamientos: era menester que fuese leal a sus amigos, para que ellos no sufriesen por causa de su escepticismo. Pero el problema lo abrumaba cada vez más, y parecía completamente insoluble, hasta que fué al santuario, donde recibió la solución en una iluminación espiritual. Considerando el fin de los impíos, llegó a comprenderlo.

Ciertamente los has puesto en deslizadores;
en asolamiento los harás caer.
¡Cómo han sido asolados! ¡cuán en un punto!
Acabáronse, fenecieron con turbaciones. (Sal. 73[18, 19])

Antes no había llegado a ver esto; había sufrido toda esta agonía mental por su propia estupidez. Nos asombra que él haya considerado esto como una solución satisfactoria del problema. Para nosotros, así como para el autor de Job, ello no satisface de ningún modo.

Pero no es esta toda la intuición del poeta. Percibe con repentina alegría que él, en fuerte contraste con los malvados, ha encontrado en su comunión con Dios la solución de la vida, la compensación por todos los quebrantos que ella depara.

> Sin embargo, yo siempre estoy contigo;
> tú tienes asida mi mano derecha.
> Me guiarás con tu consejo,
> y después me recibirás en la gloria.
> ¿A quién tengo en el cielo sino a ti?
> y comparado contigo nada quiero en la tierra.
> Mi carne y mi corazón desfallecen;
> pero Dios es la fortaleza de mi corazón,
> y mi porción para siempre. (Sal. 73[23-26] VM)

Los que en su infidelidad se apartan de Dios son destruídos,

> Y en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien:
> he puesto en el Señor Jehová mi esperanza,
> para contar todas tus obras. (Sal. 73[28])

La solución intelectual, basada en la terrible suerte final de los impíos, es insostenible; pero la solución práctica lograda mediante su comunión con Dios, es tan verdadera hoy como lo ha sido siempre. La fe triunfa sobre la duda por causa de la experiencia de la comunión directa con Dios. He aquí las raíces de las cuales podría brotar la creencia en la inmortalidad. Cuando la comunión con Dios se combinó con el valiente sentido de la justicia, tan característico de Israel, tuvo forzosamente que dar por resultado esta esperanza. Sin alguna de estas condiciones, es difícil alcanzar una fe vital en una vida eterna de unión con Dios. Puede ser que estos salmistas no llegaran a tener una doctrina de la inmortalidad, pero no están lejos de ella, pues experimentaron lo que el profeta posterior definió tan claramente, a saber, que el conocimiento de Dios es la vida eterna (Véase Juan 17[3]).[25]

Es precisamente este elemento de profunda confianza lo que hace que el Salterio esté todavía tan lleno de poder espiritual: una confianza tan profunda que puede decir:

> Jehová es mi luz y mi salvación:
> ¿de quién temeré?
> Jehová es la fortaleza de mi vida:
> ¿de quién he de atemorizarme? (Sal. 27[1])

una confianza tan firme que prorrumpe en el potente Salmo 46, que dió a Martín Lutero su himno de la reforma: "Castillo fuerte

es nuestro Dios, potencia y gran escudo"; una confianza tan serena que nos hace cantar el salmo del pastor (Salmo 23); una confianza tan jubilosa que puede exclamar:

> ¿A quién tengo yo en los cielos?
> y fuera de ti nada deseo en la tierra. (Sal. 73[25])

Es esta vida religiosa de vibrante ardor, la que da perenne valor a los salmos. Gran parte del Salterio es anticuada y ha sido ya sobrepujada; otra parte de él es poética y espiritualmente inferior; más aún, muchos salmos son positivamente inmorales y por lo tanto deben ser descartados; con todo hay muchísimo en el Salterio que todavía expresa profundos anhelos humanos, que encienda la devoción espiritual, que enseña la pura religión moral, y que reúne tantas condiciones de excelencia poética y penetración espiritual, de manera que el Salterio merece todavía, a pesar de sus imperfecciones, crudezas y crueldades, ser usado, con discernimiento, como un libro de devoción pública y privada.

El Salterio es un libro religioso. Entre todos sus salmos sólo hay uno que es un canto secular (Salmo 45), una oda nupcial compuesta por un poeta cortesano para la fiesta de boda de un rey con una princesa extranjera. A qué rey se hace referencia, es cosa discutida. Pero por suerte tenemos todo un libro de cantos seculares en nuestra Biblia, puesto que el Cantar de los Cantares no es otra cosa sino una colección de cantos de amor y de bodas. Durante los siete días de la fiesta nupcial, el novio y la novia eran rey y reina, como lo son todavía en las cercanías de Damasco. Se sentaban en un trono improvisado; se ejecutaba delante de ellos toda clase de danzas y juegos, y se cantaban canciones de amor y de bodas. Entre éstas había cantos que celebraban la belleza física del novio, y especialmente la de la novia. Hoy en día el más elaborado y detallado de ellos es cantado por la novia misma, mientras danza un baile de espadas vistiendo todos sus atavíos nupciales. El Cantar de los Cantares contiene una colección de tales canciones de amor y de bodas. El amor entre hombre y mujer se celebra aquí con toda la frescura, belleza y abandono de la poesía amorosa del oriente. No hay nada en estos cantos que hable de la santidad de la relación matrimonial, ni de sus aspectos morales y religiosos. No se trata sino del amor hu-

mano, profundo y apasionado, "fuerte como la muerte", una verdadera llama de Jehová. Uno de los cantos más hermosos y castos se refiere a la primavera del amor.

¡La voz de mi amado! He aquí él viene
saltando sobre los montes,
brincando sobre los collados.
Mi amado es semejante al gamo,
o al cabrito de los ciervos.
Helo aquí, está tras nuestra pared,
mirando por las ventanas,
mostrándose por las rejas.

Mi amado habló, y me dijo:
Levántate, oh amiga mía,
hermosa mía, y vente.
Porque he aquí ha pasado el invierno,
hase mudado, la lluvia se fué;
hanse mostrado las flores en la tierra,
el tiempo de la canción es venido,
y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola;
la higuera ha echado sus higos,
y las vides en ciernes dieron olor:
levántate, oh amiga mía,
hermosa mía, y vente.

Paloma mía, que estás en los agujeros de la peña,
en lo escondido de escarpados parajes,
muéstrame tu rostro,
hazme oír tu voz;
porque dulce es la voz tuya,
y hermoso tu aspecto. (Cant. 2^{8-14})

Estos versos son exquisitos en su forma y en su sentimiento. Pero en cuanto a las otras poesías, hay detrás de muchas de sus representaciones una sugestividad erótica que ofende a la mente occidental. Cuando la doncella invita a su amante:

Venga mi amado a su huerto,
y coma de su dulce fruta. (4^{16})

y él acepta la invitación:

Yo vine a mi huerto, oh hermosa,[26] esposa mía,
cogido he mi mirra y mis aromas;
he comido mi panal y mi miel,
mi vino y mi leche he bebido.

el pensamiento del goce sexual va claramente implícito, aun sin la exhortación adicional:

Comed, amigos;
bebed, amados, y embriagaos. (5^{1})

Ningún oriental necesita una interpretación del canto:

¡Qué hermosa eres, y cuán suave,
oh amor deleitoso!
Y tu estatura es semejante a la palma,
y tus pechos a los racimos!
Yo dije: Subiré a la palma,
asiré sus ramos:
y tus pechos serán ahora como racimos de vid,
y el olor de tu boca de manzanas;
y tu paladar como el buen vino. (7^{6-9a})

Ningún occidental tampoco habría tomado en sentido erróneo las alusiones, si el canto no hubiese estado en las Sagradas Escrituras. ¿Pero cómo es que llegó a incluirse en el canon semejante colección de cantos de amor y de bodas? Porque fué interpretada alegóricamente: no era el amor humano el que se celebraba aquí, sino el amor entre Jehová y el de Israel: Jehová era el novio, e Israel la novia. La tradición consideraba a Salomón como autor de estos cantos, y se opinaba que él no pudo haberlos compuesto como meros cantos de amor, pues los hombres de épocas posteriores le tenían por un modelo, no sólo de sabiduría, sino también de piedad. Por consiguiente, era inevitable la interpretación alegórica.

La tradición de que Salomón fuera el autor, provino de la circunstancia de que se le menciona varias veces en los cantos. En la imaginación de los poetas, el novio es rey durante la fiesta nupcial, sí, el Rey Salomón, el más magnífico de todos los reyes, así como su amada es la Sulamita, ¡la más hermosa de todas las mujeres! La tradición decía que Salomón había compuesto 1005 cantos (1° Reyes 4^{32}). Y ahora se pensaba que esta colección de cantos, en particular, había sido transmitida a las generaciones siguientes porque era la más bella de entre todos los cantos de Salomón, "El Cantar de los Cantares" de Salomón. En realidad, ni Salomón ni ningún otro poeta solo fué el autor de estos cantos, pues son canciones populares, compuestas por hombres desconocidos y cantadas por el pueblo. Cuántos siglos de existencia tendrán, nadie puede indicarlo, pues tales canciones se cantaban seguramente en todas las épocas de la historia de Israel, en el norte y en el sur. Pero la versión que se encuentra en nuestra colección viene de Jerusalén y es de un período posterior, como su lenguaje lo demuestra. Con toda probabilidad

pertenece al tercer siglo a. de J. C., pero algunos de los cantos, tomados aisladamente, son mucho más antiguos. Algunos datan, según parece, de la época anterior al destierro, y todas sus alusiones locales corresponden al norte.

Aunque prevaleció la interpretación alegórica,[27] y el librito fué finalmente aceptado como canónico, a pesar de la mucha oposición, su carácter secular era recordado aún después de su canonización y se cantaban sus canciones en las tabernas. Esto irritó tanto a Rabbi Akiba que declaró que "el que canta del Cantar de los Cantares en las tabernas y hace de él un canto (secular), no tiene parte en el mundo venidero". La Iglesia cristiana aceptó la interpretación alegórica, pero considerando a Cristo como el novio, y a la Iglesia o el alma, como la novia.

La poesía lírica había acompañado a Israel a través de los siglos, y no dejó de fluir en el segundo siglo a. de J. C. Todavía tenemos una colección de salmos compuestos por algunos fariseos al final de la época macabea, pocos años antes y después de la toma de Jerusalén por Pompeyo en el 63 a. de J. C., y a los que se llama "Salmos de Salomón".[23] Pero fueron escritos demasiado tarde para ser admitidos en el canon. Y el *Magnificat* y el *Benedictus* del Evangelio de Lucas ($1^{46-55, 68-79}$) son tan semejantes a los salmos en su forma y contenido que bien podrían haber estado en el Antiguo Testamento, siendo enteramente judaicos en su carácter.

Capítulo XXI

LOS ULTIMOS PROFETAS POSTERIORES AL DESTIERRO

El alcance de la influencia de los sacerdotes sobre la vida y el pensamiento religioso después del destierro, lo hemos visto manifestado más de una vez, aun entre los profetas. Pero en Joel encontramos un profeta que creía que la catástrofe más terrible que podría acontecer al pueblo sería la cesación de los sacrificios diarios, pues por medio de ellos se renovaba diariamente la unión, misteriosa pero real, entre Dios y su pueblo. Si no se realizaban, no era posible que hubiera ningún contacto vital con Dios, Joel es el profeta sacramental. Una gran invasión de langostas, peor que cuantas podían recordar los pobladores más ancianos, fué el motivo de su iniciación en la labor profética. No sabemos la fecha, pero debe haber sido hacia fines del siglo quinto o principios del cuarto. No fué un gran profeta, pero sí un poeta notable. En un estilo lleno de vigor describe el vasto ejército de las langostas, su avance, su actividad destructora, y su ataque a la ciudad, tan vívidamente, que podemos mentalmente verlo avanzar en formación cerrada. Llama apasionadamente al pueblo al arrepentimiento, porque sólo así podrá evitarse la plaga. Este primer discurso está contenido actualmente en $2^{1a, 2b-10, 12-14}$. Pero los golpes se suceden unos a otros. Una sequía empeora la situación y coloca al país al borde de la ruina, material y espiritual, porque "quitado es de la casa de vuestro Dios el presente y la libación" (1^{13b}). Así Joel, en un discurso en el cual se mezclan hábilmente su capacidad poética y oratoria, convoca a toda la población al ayuno y la lamentación y a una asamblea penitencial en el templo de Jerusalén. Este discurso se halla en $1^{2-14, 16-20}$. Y todos acudieron, desde el más joven al más anciano, y junto con los sacerdotes suplicaron misericordia. Jehová oyó y contestó su ruego y les prometió nueva fertilidad ($2^{15-20, 25-27}$).[1] Aquí el pro-

feta prorrumpe, en medio de las palabras de Jehová, en hermosos arranques de alegría (2^{21-24}). Es muy probable que originalmente este pequeño poema lírico viniera después de 2^{27}.

Tal vez esto es todo lo que escribió Joel. Si es así, apenas puede ser considerado un profeta. Sin embargo, aún así, se mantendría su habilidad poética. Su estilo claro y flúido, su ritmo tan ligero y hermoso, sus gráficas y dramáticas descripciones, y sus conmovedoras apelaciones, señalan al poeta y al orador.

Pero es muy probable que Joel previera otra crisis, mucho más grande y terrible que la plaga de langostas: el terrible día del juicio de Jehová sobre el mundo. Predijo la gran excitación que se apoderaría de todas las clases, cuando todos caerían en éxtasis.

> Y será que después de esto,
> derramaré mi espíritu sobre toda carne,
> y profetizaré vuestros hijos y vuestras hijas;
> vuestros viejos soñarán sueños,
> y vuestros mancebos verán visiones.
> Y aun también sobre los siervos y sobre las siervas
> derramaré mi espíritu en aquellos días. (Joel $2^{28, 29}$)

El derramamiento del Espíritu no es seguido por una transformación moral, sino por estados extáticos; ni por un conocimiento espiritual de Dios más profundo, sino por trances proféticos, el contenido de todos los cuales, podemos presumirlo, sería la venida del día de Jehová. Jóvenes y viejos, mujeres y hombres, ricos y pobres, todos los judíos habrían de experimentarlos, pues solamente a ellos se refiere la expresión "toda carne".[2]

> Y daré prodigios en el cielo y en la tierra,
> sangre y fuego, y columnas de humo.
> El sol se tornará en tinieblas,
> y la luna en sangre,
> antes que venga el día
> grande y espantoso de Jehová. ($2^{30, 31}$)

Pero los que invoquen el nombre de Jehová serán salvos, sea que se encuentren en Jerusalén, o en Judea, o donde quiera (2^{32}).

El juicio será sobre las naciones. Jehová las reunirá en el valle de "Josafat", que significa "Jehová juzga". Todo sería subordinado a las necesidades de la guerra,

> Haced espadas de vuestros azadones,
> lanzas de vuestras hoces. (3^{10})

Venid todos al valle de Josafat, "porque allí me sentaré para juzgar todas las gentes de alrededor" (ver. [12]). Luego será dada a los segadores celestiales la orden de meter la hoz para levantar la cosecha, y pisar el lagar de las naciones.

El sol y la luna se oscurecerán,
y las estrellas retraerán su resplandor.
Y Jehová bramará desde Sión,
y dará su voz desde Jerusalén,
y temblarán los cielos y la tierra;
más Jehová será la esperanza de su pueblo,
y la fortaleza de los hijos de Israel. (3[15, 16])

El les protegerá para siempre de invasores extranjeros (3[9-17]). En estas profecías no se percibe otra cosa que el "sagrado egoísmo" de Israel. Para nosotros no es sagrado, sino enteramente profano.

Posteriormente, algún redactor combinó los dos originales diferentes, los discursos sobre las langostas y el día de Jehová, e insertó en varias partes, en los capítulos 1 y 2, referencias al día de Jehová, de modo que parece como si las langostas fueran los precursores y heraldos del día de Jehová o aún los ejecutores de la ira de Jehová. Es debido a estas interpolaciones (1[15]; 2[1b, 2a, 11]), que frecuentemente las langostas han sido consideradas no como langostas reales sino como bestias apocalípticas. El primero en interpretarlas en esa forma fué el autor de la Revelación de Juan (9[3] y sigs.).

El redactor agregó también al final una descripción hermosa, aunque no original, de la admirable fertilidad de Judá y de la fuente maravillosa que fluirá del templo, regando el valle de Sitim, y predijo, a la manera y en el espíritu de Trito-Isaías y de Isaías 34 y 35, la ruina de Egipto y Edom por causa de las matanzas que habían tenido lugar en sus tierras (3[18-21]).

Parece que fué otro escritor, posterior aún, quien insertó en la profecía del juicio del valle de Josafat un oráculo contra los filisteos y fenicios, a quienes, especialmente, les deseaba ese juicio, porque en el tiempo de la conquista de Jerusalén por Artajerjes Ochus habían robado a los judíos y vendido cautivos judíos a los griegos. Jehová les traerá del cautiverio y ellos entonces devolverán a los filisteos y fenicios igual castigo (3[2b-8]).

A la época de Artajerjes Ochus pertenecen probablemente otros dos oráculos, que se encuentran ahora en el libro de Isaías, uno con-

tra Sidón (Isa. 23[1-14]), el otro contra Egipto (Isa. 19[1-15]). La terrible destrucción de Sidón por Artajerjes en el 348 a. de J. C., se describe aquí en un poema que pinta la consternación de los grandes centros comerciales por la caída de Sidón, aquella "feria de las naciones", la antigua ciudad alegre, "cuyos pies la llevaron a peregrinar lejos".

> Jehová de los ejércitos lo decretó,
> para envilecer la soberbía de toda gloria;
> y para abatir todos los ilustres de la tierra. (Isa. 23[9])

Más adelante, después de la captura por Alejandro el Grande de la ciudad gemela de Sidón, Tiro, este poema fué ampliado con los vers. [15-18] e interpretado como si se refiriese a la caída de ambas ciudades. Por setenta años Tiro sería olvidada, pero entonces Jehová la visitaría de nuevo, y otra vez volvería a ser el gran emporio comercial del mundo.

> Mas su negociación y su ganancia será consagrada a Jehová; no se guardará ni se atesorará, porque su negociación será para los que estuvieron delante de Jehová, para que coman hasta hartarse, y vistan honradamente. (Isa. 23[18])

¡Esto significaba que las ganancias de su comercio irían a manos de los judíos! No hay ninguna insinuación de alguna relación espiritual de Tiro con Jehová o de algún beneficio espiritual para ella. No es nada más que la esclavitud política lo que se expresa en la figura de sus ganancias santificadas a Jehová. Trito-Isaías tiene ideas similares acerca de los paganos, que serían los obreros de los judíos, quienes serían caballeros sacerdotes.

La profecía contra Egipto fué escrita aparentemente cuando Artajerjes se dirigía hacia allá en el 343 a. de J. C. El escritor predijo la invasión y el desarrollo de la guerra civil en Egipto. La nación sería abandonada por todos sus ídolos.

> Y entregaré a Egipto
> en manos de señor duro:
> y rey violento se enseñoreará de ellos,
> dice el Señor Jehová de los ejércitos. (Isa. 19[4])

Este rey violento era con toda probabilidad Artajerjes Ochus. El Nilo sería secado y todas las industrias egipcias se arruinarían. Los príncipes y consejeros no sabrían aconsejar al faraón.

> Y no aprovechará a Egipto cosa que haga la cabeza o la cola, el ramo o el junco (es decir, alto o bajo). (Isa. 19[15])

Cuando en la década siguiente Alejandro el Grande entró en la plenitud de su carrera, y derrotó una tras otra a las naciones, conquistando el imperio persa, un profeta en Jerusalén fué fuertemente conmovido por tan poderosos acontecimientos y su mente se llenó de imágenes de una catástrofe aún mayor: el juicio final del mundo por Jehová. No era en realidad un profeta común, sino un escritor apocalíptico, que había tenido sus predecesores en Ezequiel, Zacarías y Joel. Como ellos, él vió los secretos escondidos del reino celestial y reveló las fuerzas espirituales que estaban labrando los destinos del mundo según el plan divino. El miró al futuro, porque éste tiene la clave que resuelve todos los problemas, soluciona todos los misterios y desigualdades, y armoniza todas las contradicciones. A diferencia de los profetas, estos escritores apocalípticos no eran oradores que se presentaban ante el público y le daban la revelación divina con la garantía y responsabilidad de su propia personalidad, sino escritores que desplegaban el gran panorama del futuro, que habían descubierto por el estudio, la meditación y la visión. Permanecían, por lo general, en el anónimo, o usaban seudónimos, frecuentemente los grandes nombres de la antigüedad, a fin de enaltecer la autoridad de sus escritos. El autor de Isaías 24-27 fué uno de esos escritores apocalípticos cuyo nombre desconocemos. Su pequeño apocalipsis comprende Isaías 24, 25^{6-8}, 26^{20}-27^{1}, $27^{12, 13}$. Posteriormente se combinaron con éste cierto número de cantos. El tema de su libro es el Juicio del Mundo y el Reino de Dios.

Toda la tierra sería devastada y revuelta y todas las clases de gente sufrirían. Habían roto el "eterno pacto" que Dios había celebrado con los hombres en el tiempo de Noé (véase Gén. 9^{1} y sigs.), en el cual se habían establecido ciertas leyes fundamentales que ligaban a toda la humanidad, entre ellas, especialmente, la prohibición del asesinato. Los síntomas de la catástrofe que se aproxima son visibles ya en el desvanecimiento y fatiga generales del mundo: todos pierden su poder vital y la alegría de vivir; sólo unos pocos quedarán en la destrucción general. Algunos están de muy buen ánimo a causa de algún acontecimiento, el cual no podemos identificar, que les hace regocijarse y cantar: "¡Gloria al justo!" Pero nuestro profeta piensa de diferente manera:

Y yo dije: ¡Mi flaqueza, mi flaqueza, ay de mí!
prevaricadores han prevaricado;
y han prevaricado con prevaricación de desleales.
Terror y sima y lazo sobre ti,
oh morador de la tierra. (Isa. 24[16, 17])

Y ahora empiezan las terribles convulsiones que han de preceder al juicio:

De lo alto se abrieron ventanas,
y temblarán los fundamentos de la tierra.
Con quebrantamiento es quebrantada la tierra,
con desmenuzamiento es desmenuzada la tierra,
con removimiento es removida la tierra.
Con temblor temblará la tierra, como un borracho
y será removida como una choza;
y su pecado se agravará sobre ella,
y caerá y nunca más se levantará. (Isa 24[18-20])

La descripción es mucho más patética en el original, donde las figuras de lenguaje y las asonancias traducen el poder de las colosales convulsiones hasta que, finalmente, queda de manifiesto la causa moral de este caos.

El primer acto del juicio será la prisión de los patronos celestiales y de los reyes terrenos de las naciones, todos los cuales dirigen los asuntos de sus pueblos. Su cautiverio en cavernas subterráneas durará largo tiempo antes de que sean finalmente juzgados.[3] Este cautiverio y juicio de los ángeles se desarrolla en otros apocalipsis, p. ej., el de Enoc. En nuestro apocalipsis continúa inmediatamente el principio del Reino de Dios en Sión en gloria visible. El sol y la luna palidecerán ante su gloria, y, como en días pasados, los antiguos vieron la gloria de Dios en el monte Horeb, así ellos la verán en el monte de Sión. No se hace mención del Mesías. Dios mismo es entronizado.

En relación con la asunción de la soberanía universal, Jehová dará una fiesta de coronación en el monte de Sión a la cual están invitados todos los pueblos, sin excepción:

Y Jehová de los ejércitos hará en este monte
a todos los pueblos convite de engordados,
convite de purificados.
de gruesos tuétanos, de purificados líquidos.
Y deshará en este monte
la máscara de la cobertura con que están cubiertos todos los pueblos,
y la cubierta que está extendida sobre todas las gentes.

Destruirá a la muerte para siempre;[4]
y enjugará el Señor toda lágrima
de todos los rostros:
y quitará la afrenta de su pueblo
de toda la tierra;
porque Jehová lo ha dicho. (Isa. 25[6-8])

En el banquete prevalecerá la alegría, pues todos estarán directamente en comunión con Dios. Jehová mismo enjugará toda lágrima secreta, nunca más llorará el pueblo, pues la misma muerte será destruída y reinará eterna felicidad en todos los corazones. Este es uno de los más hermosos pasajes del Antiguo Testamento. Se singulariza por su amplia universalidad y ternura. Su música ha resonado en el corazón angustiado de la humanidad. Sión, es cierto, aún es el centro del mundo, y los judíos aún merecen especial consideración de Jehová, aunque no en el sentido de concederles una posición más elevada. Es sorprendente, sin embargo, qué poco acentuada, qué incidental, es la significativa idea de la abolición de la muerte. Como si no fuera absolutamente nueva y sorprendente. Tal vez para el pueblo no fuera algo tan nuevo como suponemos. El autor no habla de la resurrección de los muertos, sino de la inmortalidad de los vivos.

El juicio final de la humanidad y de las huestes celestiales está por venir aún, si el texto está en orden cronológico. Pero Jehová ordena a su pueblo esconderse "por un poquito, por un momento, en tanto que pasa la ira".

Porque he aquí que Jehová sale de su lugar,
para visitar la maldad del morador de la tierra contra él;
y la tierra descubrirá sus sangres,
y no más encubrirá sus muertos.
En aquel día Jehová visitará
con su espada dura, grande y fuerte,
sobre el leviatán, serpiente rolliza,
y sobre el leviatán, serpiente retuerta;
y matará al dragón que está en la mar. (Isa. 26[21]-27[3])

Esto parece referirse a las constelaciones Serpiente, Dragón e Hidra, las patronas celestiales de las naciones. No sólo el hombre y la naturaleza, sino también los ángeles están incluídos en el juicio del mundo.

Después que esto ha pasado, se realiza la reunión de todos los judíos dispersos. Sonará una trompeta,

Y vendrán los que habían sido esparcidos en la tierra de Asiria,
y los que habían sido echados en tierra de Egipto,
y adorarán a Jehová
en el monte santo, en Jerusalén. (Isa. 27[18])

Esta había llegado a ser una de las bases de la esperanza judía para el futuro, y aun este autor no pudo dejar de darle énfasis. Pero él había sentido las penas y sufrimientos de la humanidad y expresado tan hermosamente la esperanza del gozo final de toda la humanidad, que en sus penas los hombres buscan aún sus palabras y leen acerca del tiempo en que no habrá más lágrimas.

En uno de los poemas que han sido combinados con el apocalipsis, y cuyas alusiones históricas son tan desconcertantes que es imposible atribuirles fecha alguna determinada, hay un pasaje sumamente importante en el cual se expresa la esperanza de la resurrección. Aunque se han producido algunos sucesos que han levantado el espíritu del pueblo, como la muerte de algunos señores que les oprimían y la expansión del territorio, ha fracasado, sin embargo, en todo esfuerzo para dar a luz algo nuevo: "salud ninguna hicimos en la tierra, ni cayeron los moradores del mundo". La pequeñez de la población del país atormentaba al poeta, pero él expresa su esperanza,

Tus muertos vivirán;
junto con mi cuerpo muerto resucitarán.
¡Despertad y cantad,
moradores del polvo!
porque tu rocío, cual rocío de hortalizas;
y la tierra echará los muertos. (Isa. 26[19])

Los muertos de Jehová, santos y fieles, serán resucitados; sus cuerpos volverán a la vida, no solamente sus espíritus. Jehová tiene un rocío portador de vida, con el que regará las tumbas y revivificará los cadáveres. No se habla aquí de la resurrección de todos, sino solamente de los muertos de Jehová: tal vez los mártires y otros santos. Al fin aparece esta esperanza. La breve referencia que aquí se hace de ella sugiere que no era enteramente nueva entre el pueblo al cual escribía el autor.

El amplio universalismo del autor del apocalipsis de Isaías 24-27 ha despertado nuestra admiración y gratitud. Afortunadamente, él no fué el único de esos espíritus universales que entre los judíos comprendieron todo el significado del monoteísmo. Hubo

uno mayor aún que él. En alguna época, dentro del período griego, quizá entre 300 y 200 a. de J. C., éste escribió la historia de Jonás, que pertenece a lo más fino y elevado de la producción de los escritores del Antiguo Testamento, y en la cual se revela en la forma más pura y verdadera el espíritu profético. Bien merecida tiene su inclusión entre los libros proféticos, aunque no sea una profecía de Jonás, sino una historia del profeta. Mucho antes, en el tiempo de Jeroboam II de Israel (784-744 a. de J. C.), había vivido Jonás y profetizado victorias y engrandecimiento nacional a aquel brillante rey. No se ha conservado ninguna de sus profecías, pero debe haber sido un profeta enteramente nacionalista. Esto y su nombre Jonás, que significa "paloma" y se usaba como un nombre simbólico de Israel,[5] —quizá también el hecho de que su padre se llamara Amitai, nombre relacionado con *emeth* (verdad), por lo cual "Jonás" podría fácilmente interpretarse como "hijo de la verdad", o sea, poseedor del verdadero Dios y la verdadera religión—, pueden haber influído para que el autor adoptara a Jonás como la figura más apropiada para su historia. Jonás aparece como el representante de la estrecha tendencia nacionalista judía, según la cual ellos solos eran el pueblo escogido de Jehová, el solo objeto de su amor y cuidado, mientras los paganos eran no sólo enemigos de ellos, sino de Jehová, que no merecían otra cosa que castigo y destrucción.

Jehová había ordenado a Jonás ir a Nínive y profetizarle el castigo de Dios por su iniquidad, pero el profeta rehusó ir y huyó de la presencia de Jehová, es decir, de la tierra de Israel, embarcándose en Joppe, para escapar de la ira de Jehová. Pero Jehová envió una tormenta terrible, que los marineros, al principio, trataron de aplacar con oraciones, mientras Jonás dormía. Cuando eso no dió resultado, se descubrió a Jonás, quien fué rudamente despertado, ordenándosele orar a su Dios. Luego echaron suertes para descubrir por culpa de quién Dios había enviado la tormenta, y resultó Jonás. El confesó que estaba huyendo de Jehová y les rogó que le arrojaran al mar. Pero sólo después de repetidas e infructuosas tentativas para salvar la nave y de una ferviente súplica de la misericordia de Jehová le arrojaron al mar, que al punto se calmó; de inmediato los marineros, sobrecogidos de temor, ofrecieron un sacrificio e hi-

cieron votos a Jehová. Mientras tanto, Jehová había preparado un gran pez que tragara a Jonás, quien pasó tres días y tres noches dentro del pez, antes de ser vomitado a la orilla. Esta parte de la historia ha causado mucha dificultad y ha sido ridiculizada, pues se tomaba el total de la misma como un relato de cosas efectivamente sucedidas. Pero no es una narración de hechos históricos, sino un poema en prosa con un propósito determinado, y la historia del pez, lejos de ser única, ha resultado sumamente común en el mundo. Leyendas semejantes, de liberaciones milagrosas, con gran variedad de detalles, se relataban en todos los países; los pueblos marítimos hablaban de un enorme pez o de un monstruo marino, los pueblos retirados del mar de un lobo, un dragón o un oso. Y precisamente en Joppe localizaban los griegos la aventura de Perseo y Andrómeda con su lucha en el interior de un monstruo marino. El autor tomó este trozo de folklore y lo usó como un medio para transportar de vuelta a Jonás a la tierra. Jamás pensó que hubiera lectores tan desprovistos de sentido poético para despojarlo de su fantástica hermosura y anular la admirable lección que debía enseñar a continuación. Repitiéndose la orden de Jehová, Jonás fué a Nínive, una inmensa ciudad de tres días de camino en diámetro. Entrando en la ciudad, y después de caminar un día, comenzó a proclamar a oídos de los asombrados ninivitas: "¡De aquí a cuarenta días Nínive será destruída!" Ellos de inmediato se arrepintieron, proclamaron ayuno y se sentaron en saco y ceniza. Aun el rey se adhirió a ellos y publicó un decreto de ayuno en nombre propio y en el de su corte, llamando al pueblo a arrepentirse y volverse de sus malos caminos, a fin de conseguir el favor de Dios. Y todos ellos ayunaron y se arrepintieron. ¡Este fué un milagro más asombroso que el del pez! Movido por su penitencia, Jehová no ejecutó su amenaza, lo cual disgustó a Jonás, quien se lo reprochó: él sabía que Jehová era demasiado bondadoso para llevar a cabo su amenaza; por eso había rehusado cumplir la misión y había huído a Tarsis. "Ahora pues, oh Jehová, ruégote que me mates; porque mejor me es la muerte que la vida". Pero Jehová le enseñó, en forma muy efectiva, la insensatez superlativa de su conducta. El resto del relato se distingue por un buen humor sin pizca de ironía o amargura. Jonás había

hecho una choza fuera de la ciudad, donde vivía esperando la destrucción de Nínive. Allí Jehová hizo crecer una calabacera, cuya sombra recibió con alegría el profeta. Pero Jehová destruyó la calabacera por medio de un gusano y envió uno de esos vientos sofocantes del este, que junto con el sol abrasador dejó a Jonás tan extenuado que de nuevo pidió la muerte. ¡Tanto era su disgusto por la pérdida de la calabacera! Pero Jehová le dijo:

> ¿Tuviste tú lástima de la calabacera, en la cual no trabajaste, ni tú la hiciste crecer; que en espacio de una noche nació, y en espacio de otra noche pereció; ¿y no tendré yo piedad de Nínive, aquella grande ciudad donde hay más de ciento y veinte mil personas que no conocen su mano derecha ni su mano izquierda, y muchos animales? (Jonás $4^{10, 11}$)

Con esta pregunta termina la historia. El autor no nos dice si Jonás se convenció con tan irresistible argumento. No es Jonás, sino cada lector quien debe contestar a la pregunta. Todos deben aprender que Jehová no es Dios de los judíos solamente, sino de todos los hombres, que se compadece y cuida de todos, aún de los peores enemigos de Israel, y que quiere que todos se arrepientan y sean perdonados.

> *"Pues el amor de Dios es más amplio que la medida de la humana mente,*
> *y del eterno el corazón es mucho más benevolente.*
> *Mas nosotros a su amor límites dictamos*
> *y su celo y estrictez magnificamos".* (F. W. Faber)

Si los judíos hubiesen escuchado esta apelación, hubieran llegado a ser los grandes misioneros del mundo, llevando el evangelio del único Dios a todo el mundo hasta que hubieran establecido la religión universal. Esta era la visión de Déutero-Isaías y la esperanza de este escritor. El convocó a Israel para esta tarea; pero el pueblo no respondió.

A algún piadoso lector le pareció que faltaba la oración que Jonás había pronunciado en el vientre del pez, e insertó un salmo que le pareció apropiado para expresar los sentimientos de Jonás al orar en esa ocasión (2^{2-9}). Este hubiera quedado mejor como una oración de acción de gracias después de su liberación, pero la historia no decía que Jonás hubiera orado en ese momento.

Durante el período griego el horizonte de muchos judíos se amplió, y es con deleite que volvemos a algunas profecías como las

que fueron agregadas al oráculo contra Egipto en Isaías 19[18-25], de las cuales la primera predecía:

En aquel tiempo habrá cinco ciudades en la tierra de Egipto que hablen la lengua de Canaán, y que juren por Jehová de los ejércitos; una será llamada la ciudad Herez (Ciudad del Sol). (Isa. 19[18])

Cuando el sumo sacerdote Onías, fugitivo, fundó el templo judío de Leontópolis, en la primera mitad del siglo segundo, se citó esta profecía como justificación de ese acto.

La segunda predicción dice:

En aquel tiempo habrá altar para Jehová en medio de la tierra de Egipto, y el trofeo de Jehová junto a su término. Y será por señal y por testimonio a Jehová de los ejércitos en la tierra de Egipto: porque a Jehová clamarán a causa de sus opresores, y él les enviará salvador y príncipe que los libre. Y Jehová será conocido de Egipto, y los de Egipto conocerán a Jehová en aquel día; y harán sacrificio y oblación, y harán votos a Jehová, y los cumplirán. Y herirá Jehová a Egipto, herirá y sanará y se convertirán a Jehová, les será clemente, y los sanará. (Isa 19[19-22])

La tercera profecía predecía:

En aquel tiempo habrá una calzada de Egipto a Asiria, y asirios entrarán en Egipto, y egipcios en Asiria; y los egipcios servirán con los asirios a Jehová, (Isa. 19[23])

La cuarta predicción era:

En aquel tiempo, Israel será tercero con Egipto y con Asiria; será bendición en medio de la tierra; porque Jehová de los ejércitos los bendecirá, diciendo: Bendito el pueblo mío Egipto, y el Asirio obra de mis manos, e Israel mi heredad. (Isa. 19[24, 25])

Otras profecías universalistas que miraban hacia la restauración de las naciones fueron incluídas en los libros proféticos. Por ejemplo, Sofonías 3[9, 10] contiene ahora la preciosa esperanza, no compartida por Sofonías, pero inherente a su mensaje,

Por entonces volveré yo a los pueblos
el lado limpio,
para que todos invoquen el nombre de Jehová,
para que de un consentimiento le sirvan. (Sof. 3[9])

En Jeremías 12[14-17] dice ahora Jehová, después del castigo de los "malos vecinos" de Israel,

Tornaré y tendré misericordia de ellos, y harélos volver cada uno a su heredad, y cada cual a su tierra. Y será que, si cuidadosamente aprendieren los caminos de mi pueblo, para jurar en mi nombre, diciendo. Vive Jehová, así como

enseñaron a mi pueblo a jurar por Baal; ellos serán prosperados en medio de mi pueblo. Mas si no oyeren, arrancaré a la tal gente, sacándola de raíz, y destruyendo, dice Jehová. (Jer. 12^{15b-17})

Los últimos dos pasajes no fueron nunca profecías independientes: fueron escritos especialmente para ser insertados donde se encuentran, por algún redactor.

La actividad de los redactores de los libros proféticos fué de gran significado, y su influencia de mucho alcance. Ninguno de los libros escapó de su revisión. Las palabras de los profetas no eran propias, sino de Jehová. Aunque hubiera habido un concepto, que no lo había, de los derechos de los autores de obras literarias, en este caso el verdadero autor estaba muy por encima de ellos. Así, no había ningún inconveniente para que se reunieran con el libro de Isaías no sólo los del Segundo y Tercer Isaías (Isa. 40-55, 56-66), sino también el Apocalipsis de Isa. 24-27, y muchos otros capítulos y pasajes sueltos. Al libro de Zacarías fueron agregados los del Segundo y Tercer Zacarías (Zac. 9-11 y 12-14), y también parece que originalmente el libro de Malaquías. Entre el pueblo circulaban muchas profecías de hombres de diversas épocas cuyos nombres habían caído en el olvido. Estas se incluían en la colección profética a la cual parecían pertenecer por su asunto, si no por su autor. Así se reunieron una cantidad de oráculos anónimos contra las naciones, junto con los oráculos de Isaías contra las naciones, en un solo libro (Isa. 13-23), otra serie de profecías semejantes, con las de Jeremías, en otro libro (Jer. 46-51). Profecías de esperanza se coleccionaron en un pequeño libro de Consuelo, formando el núcleo del libro las profecías de esperanza de Isaías (Isa. 32-35), o las de Jeremías (Jer. 30-33). También sucedía que dichos libritos no eran insertados siempre en el mismo lugar y orden en los diversos manuscritos, de modo que, por ejemplo, el libro de oráculos contra las naciones de Jeremías (Jer. 46-51) está en diferente lugar en la Biblia griega, donde aparece después de 25^{13}.

Pero todo esto no es más que una faz del trabajo de redacción de los judíos. Dios tiene un mensaje para todas las épocas. El habla aún por sus profetas de antaño, pero los tiempos cambian y las necesidades varían. Así al cambiar los tiempos y las necesidades, estos

libros eran constantemente adaptados a las nuevas condiciones. Hemos visto cómo los redactores judíos pusieron al día los libros de Amós y Oseas a fin de que pudieran servir de guía y advertencia para Judá, para evitar su ruina. Después del destierro en Babilonia, que resultó ser la terrible catástrofe predicha por los profetas, y cuando nuevos profetas, especialmente Déutero-Isaías, escribieron profecías de esperanza y de gloria, fueron publicados de nuevo los profetas antiguos, agregándoles frases de esperanza y restauración. En el caso de Amós, por ejemplo, es de suponer, a la luz de los acontecimientos, que no habría anunciado sino la destrucción absoluta de todo Israel, así que se agregó en 9^{8b-10},

> Mas no destruiré del todo la casa de Jacob, dice Jehová. Porque he aquí yo mandaré, y haré que la casa de Israel sea zarandeada entre todas las gentes, como se zarandea el grano en un harnero, y no cae un granito en la tierra. A cuchillo morirán todos los pecadores de mi pueblo, que dicen: No se acercará, ni los alcanzará el mal.

De la misma manera, en Jeremías, se insertó la pequeña cláusula "mas no haré consumación", "no os acabaré del todo" ($4^{27}.5^{10,18}$). Pero no sólo se agregaron frases y sentencias, sino oráculos enteros completamente nuevos, como la brillante predicción del final del libro de Amós (9^{11-15}, véase pág. 254), que modificó totalmente la impresión del mensaje del poderoso profeta de la destrucción.

El tema de muchos de esos agregados es la restauración de Israel, en sus varios aspectos (por ej. Miq. 7^{8} y sigs.; Sof. 3^{14} y sigs.). A veces se ampliaba un núcleo ya existente en el libro, como en Abdías y Joel; otras, todo era nuevo. Una y otra vez fueron insertadas las esperanzas de la vuelta del destierro del pueblo diseminado (p. ej., Miq. $2^{12, 13}$, 4^{6-8}, Jer. $23^{3, 4}$), de la reunión de Israel y Judá bajo la dirección de un rey de la familia de David (p. ej., Oseas $1^{10, 11}$, 3^{5}, la simple frase "y a David su rey"), de la ciudad más grande (Jer. 31^{38-40}), de la reconquista de todo el territorio antiguo (p. ej., Sof. $2^{7a, 9b}$, Abd. 1^{18-21}), de la morada visible de Jehová en Sión (Isa. $4^{5, 6}$), del castigo de las naciones (Isa. $19^{16, 17}$), del dominio de Israel sobre los paganos (Isa. 14^{1-4a}), y, ocasionalmente, también de la restauración de las naciones (Sof. $3^{9, 10}$, Jer. 46^{26b}, 48^{47}, $49^{6, 39}$).

A veces lo que se insertaba era material litúrgico, como por ejemplo los pequeños poemas sobre la grandeza de Jehová en la naturaleza, de Amós 4^{13}, $5^{8,9}$, $9^{5,6}$, para enaltecer el poder de la apelación profética, o se agregaba un salmo como final apropiado para un libro, p. ej., Isa. 12, o poemas como en Isa. 25-27, o una oración que parecía adaptada al asunto (p. ej., Jer. 32^{17} y sigs.), o un llamado al silencio reverente en el culto (Hab. 2^{20}).

Otras veces se incluían porciones didácticas, especialmente sobre la insensatez de la idolatría (Hab. 2^{18}, Jer. 10^{1} y sigs.) y apelaciones a los sabios y razonamientos con ellos (Os. 14^{9}, Jer. 9^{12} y sigs.).

A los libros de Isaías y Jeremías se les agregaron capítulos históricos (Isa. 36-39; Jer. 52).

Con todo esto se modificó considerablemente la apariencia original de los libros de los profetas. Rara vez fué modificado el texto profético mismo, como en Zacarías, 6^{9} y sigs., donde un oráculo real fué transformado en uno sacerdotal (véase pág. 242). Esto se hacía más frecuentemente por medio de agregados como en Jeremías $33^{18\text{-}22}$. Semejante trabajo ejecutado por tantos redactores celosos y activos revela que los libros proféticos eran objeto de un estudio intenso y ansioso. En Miqueas 5^{3} hay una ilustración interesante de un agregado que se ha hecho como resultado del estudio del pasaje de Isaías 7^{1} y sigs. sobre Emmanuel. Se le interpreta en sentido mesiánico. En este caso se combinan Emmanuel ("Dios con nosotros") y Sear-jasub ("un remanente volverá").

Estos redactores tenían la seguridad de que Dios hablaba por los profetas, en sus mismos días, de una manera siempre nueva y de que también en sus almas él había encendido su luz. Pero no todos ellos entendieron la grandeza y originalidad de los profetas. La ley había alcanzado un lugar dominante: era la revelación de la voluntad de Dios. El no había mandado a los hombres otros mensajes originales. Así un escritor agregó al final del libro de Malaquías: "Acordaos de la ley de Moisés mi siervo". Para él los profetas no eran más que intérpretes de la ley. Desgraciadamente este concepto prevaleció. El comentador de Malaquías creía que sólo podía esperarse un nuevo Elías, que precisamente no había sido un profeta literario.

Capítulo XXII

LOS ULTIMOS PROFETAS

Después de un conflicto que duró un siglo, entre los reyes Seleucidas de Siria y los Ptolomeos de Egipto, Palestina había caído finalmente en poder de Antíoco III el Grande, por su victoria en Paneas, en el 198 a. de J. C. Bajo su reinado, la civilización helenista con sus ideas y prácticas influenció a los judíos de Judea mucho más que antes. Especialmente los judíos ricos y cultos sintieron la irresistible atracción de los conceptos y modos de vida helenista. El conflicto entre ellos y los seguidores de la ley fué agravándose con el tiempo. Al final la misma vida de la religión hebrea pareció encontrarse en grave riesgo, cuando Antíoco IV Epifanes (175-164 a. de J. C.) trató de imponer la cultura y religión helenistas a los judíos. Una lucha por el sumo sacerdocio fué la ocasión de su intervención en los asuntos judíos, que produjo la guerra de los Macabeos, Jasón, hermano del sumo sacerdote Onías III, helenista, como su nombre lo demuestra, había conseguido, mediante el ofrecimiento de grandes sumas de dinero, que Antíoco le designara sumo sacerdote. Onías tuvo que huir. Jasón empezó de inmediato a desarrollar sus planes helenistas: se construyó un gimnasio griego en Jerusalén, y se introdujeron las costumbres griegas. Dos años más tarde Jasón fué substituído por Menelao, quien ni siquiera pertenecía a una familia sacerdotal. Este había prometido al rey sumas aún mayores, las que tomó del tesoro del templo después de su nombramiento. Por entonces Antíoco estaba luchando en Egipto, y llegó a Jerusalén el rumor de que había caído en una batalla. Jasón trató de reconquistar el sumo sacerdocio y se desarrolló entonces en la ciudad una lucha sangrienta. Menelao huyó acudiendo a Antíoco, pues el rumor era falso, y éste volvió para reinstalarlo y castigar a la ciudad (170 a. de J. C.). El tesoro del templo fué saqueado y robado el costoso mobiliario, incluso el candelero y la mesa de oro.

Cuando dos años después Antíoco marchó de nuevo contra Egipto, el legado de Roma, Popilius Laenas, se opuso ordenándole perentoriamente que abandonase la empresa, si no quería verse envuelto en una guerra con Roma. El se retiró a regañadientes y determinó entonces llevar adelante su programa de helenización de los judíos. A la vuelta su ejército se detuvo brevemente en Jerusalén. Después de una entrada pacífica atacaron al pueblo y después de dar muerte a algunos, comenzó el saqueo. Las murallas de la ciudad fueron arrasadas, y se colocó una guarnición siria en la fortaleza de Akra, la antigua ciudad de David. Un poco más tarde se prohibió la observancia del sabat y la circuncisión, se suprimieron los servicios en el templo y los sacrificios, se destruyeron los libros sagrados y se hicieron destrozos en el templo. Pero esto no era suficiente. El día 15 de Kislev (Diciembre) del 168, ante el horror de los judíos, se erigió un altar a Zeus en el altar sagrado de las ofrendas sagradas, ¡y el 25 del mismo mes se ofreció un sacrificio de cerdo en el altar pagano del templo de Jehová! Por todo el país se erigieron altares e imágenes y se ordenó a los judíos rendirles homenaje y sacrificios de cerdos. Entonces el rescoldo de ira que alimentaban los corazones judíos se avivó, y brotó en ardiente llamarada. En el pequeño pueblo campesino de Modín, Matatías, un sacerdote, y sus cinco hijos, encabezados por el "corazón de león" de Judas Macabeo, iniciaron la rebelión y en los varios años siguientes alcanzaron victorias sorprendentes. En el 165 Jerusalén, excepto sólo la ciudadela, estaba en su poder y el 25 de Kislev (Diciembre) del mismo año fué purificado y rededicado el templo. Pero después de todo, ¿cómo podría aquella pequeña hueste, a la larga, sostenerse en la oposición a un imperio mundial como el de Siria? Parecía imposible, y en muchos corazones murió la esperanza y una sombra de desesperación apareció en muchos ojos.

Justamente en esta crisis apareció el libro de Daniel, palpitante con el poder de una fe irreductible. Su llamado a la lealtad y a la confianza sonó como el de una trompeta. ¡Manteneos firmes, sed fieles a vuestro Dios! ¡El tiempo de la salvación está cerca! ¡Pronto, muy pronto, será vuestra la libertad completa y gloriosa! A fin de infundir su propia elevación de espíritu en sus lectores, el autor les

hablaba de hombres que en situaciones semejantes de peligro habían sido leales a la religión de Israel: de Daniel y sus tres compañeros, que habían guardado las leyes rituales respecto a los alimentos y bebidas y llegaron a ser mejores, más sabios y mejor considerados que otros (cap. 1); de Sadrac, Mesac y Abed-nego que rehusaron adorar la estatua de oro de Nabucodonosor y fueron arrojados al horno de fuego, donde fueron guardados por el ángel de Dios (cap. 3); de Daniel, que ofreció intrépidamente sus oraciones diarias y fué arrojado al foso de los leones, pero fué salvado maravillosamente por el ángel de Dios (cap. 6). Tan gloriosamente había ayudado Dios a sus fieles santos que aún los reyes paganos habían sido maravillados y compelidos a bendecir al Dios de esos hombres, "que envió su ángel, y libró a sus siervos que esperaron en él", y a declarar que:

> El es el Dios viviente y permanente por todos los siglos . . . que salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; el cual libró a Daniel del poder de los leones. (Dan. $6^{26b, 27}$)

Dios libró a sus fieles maravillosamente de los más terribles peligros. ¿No ha de hacerlo todavía? ¡Solamente confiad en él y sed leales a él y a su causa! ¿Y con respecto al tirano? Leed lo que hizo Dios al rey Nabucodonosor cuando se jactaba impíamente en su orgullo, cómo lo redujo al nivel de una bestia que comía hierba en el campo, donde "su cuerpo se bañaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como de águila y sus uñas como de ave", hasta que, finalmente, reconoció la soberanía de Dios. O escuchad lo que hizo al rey Belsasar cuando se mofó de él bebiendo, en uno de sus banquetes, en los vasos sagrados de su templo, cómo aquella mano misteriosa escribió *"mene, mene, tekel, upharsin"* sobre la pared, lo que Daniel interpretó así:

> MENE: Contó Dios tu reino, y halo rematado.
> TEKEL: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto.
> PERES: Tu reino fué rompido, y es dado a Medos y Persas. (Dan. 5^{26-28})

¡La misma noche Belsasar fué asesinado! Nadie se burla impunemente de Dios. ¿Creéis que Antíoco, que ha saqueado el templo y llevado los vasos sagrados (1° Macabeos 1^{21-24}), escapará sin castigo? El autor no dice esto tan explícitamente, pero los lectores deben

inferirlo, Jehová solo es Dios, y él solo es rey. Los reyes deben sus reinos sólo a su gracia. Hasta ahora él ha dado el dominio del mundo a diferentes naciones, sucesivamente, pero está próximo el tiempo cuando ha de darlo a sus santos. La historia del mundo sigue un plan divino definido. Los sabios paganos no lo entienden, pero Dios lo ha revelado a su siervo Daniel en sueños y visiones.

La primera revelación fué dada en un sueño a Nabucodonosor en el cap. 2, pero solamente Daniel la entendió. Era el sueño de la imagen "cuya cabeza era de fino oro; sus pechos y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de metal; sus piernas de hierro; sus pies, en parte de hierro, y en parte de barro cocido". Esta fué rota en pedazos por "una piedra cortada, no con mano", la cual "fué hecha un gran monte, que hinchó toda la tierra". La imagen representaba los cuatro imperios mundiales, Babilonia, Media, Persia y Grecia. El imperio babilonio es la cabeza de oro, el griego, mezcla de hierro y de barro, en parte fuerte y en parte débil, no bien consolidado. La piedra es Israel.

> Y en los días de estos reyes, levantará el Dios del cielo un reino que nunca jamás se corromperá: y no será dejado a otro pueblo este reino; el cual desmenuzará y consumirá todos estos reinos, y él permanecerá para siempre. (Dan. 2[44])

En la época en que apareció este libro, estaban viviendo en el cuarto reinado, el período griego, ¿cuándo llegaría su fin? ¿Sería pronto, o sería demorado? Esta pregunta se contesta en las visiones de Daniel.

En la visión de Daniel de las cuatro bestias, en el cap. 7, se describe en detalle este cuarto período, el griego, y se predice el juicio de Antíoco IV Epifanes. De las cuatro grandes bestias que Daniel vió subir del agua, el león con alas de águila representaba al imperio babilonio, el oso al de Media, el leopardo con cuatro alas de ave al de Persia, y la terrible y fuerte bestia con dientes de hierro y diez cuernos, al imperio helénico. Los diez cuernos representaban a los diez reyes de Siria, desde Alejandro el Grande hasta Demetrio.[1] El otro cuerno, que creció mientras el profeta miraba, el pequeño, "delante del cual fueron arrancados tres cuernos de los primeros", no era sino Antíoco Epifanes, quien tenía "una boca que hablaba grandezas". Los tres cuernos eran sus predecesores inmediatos, Seleuco

IV, Heliodoro y Demetrio, "quienes habían sido arrancados" en el 176 a. de J. C. Con Antíoco IV se llegaba al fin.

Estuve mirando hasta que fueron puestas sillas; y un Anciano de grande edad se sentó, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su silla llama de fuego, sus ruedas fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él: el Juez se sentó, y los libros se abrieron. Yo entonces miraba a causa de la voz de las grandes palabras que hablaba el cuerno; miraba hasta tanto que mataron la bestia y su cuerpo fué deshecho, y entregado para ser quemado en el fuego. Habían también quitado a las otras bestias su señorío, y les había sido dada prolongación de vida hasta cierto tiempo. Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí en las nubes del cielo como un hijo de hombre que venía, y llegó hasta el Anciano de grande edad, e hiciéronle llegar delante de él. Y fuéle dado señorío, y gloria, y reino; y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron; su señorío, señorío eterno, que no será transitorio, y su reino que no se corromperá. (Dan. 7^{9-14})

En la interpretación que el ángel dió a Daniel se aclara perfectamente que aquel "como un hijo de hombre" que vino en las nubes del cielo y a quien le fué dado dominio eterno, era el representante del reino de los santos del Altísimo.

Estas grandes bestias, las cuales son cuatro, cuatro reyes son, que se levantarán en la tierra. Después tomarán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, y hasta el siglo de los siglos. (Dan. $7^{17, 18}$)

Puede ser que "uno como un hijo de hombre" fuera el ángel guardián y representante de Israel, Miguel (Dan. 12^{1}), que es el vencedor del dragón en Rev. 12^{7}. De todas maneras, el autor de Daniel no lo identifica con el Mesías. Eso se hizo en el Libro de Enoc (p. ej., 46, 48, 62, 63, 69), que fué escrito antes del 64 a. de J. C. y en el cuarto libro de Esdras (cap. 13), bajo el reinado de Domiciano (81-96 d. de J. C.). A Daniel le interesaba de manera especial el pequeño cuerno que representaba a Antíoco IV, aunque, por supuesto, nunca lo menciona por nombre. Este obscurecimiento de lo que es evidente, es característico de los apocalipsis.

Dijo así: La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra el cual será más grande que todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, y la hollará, y la despedazará. Y los cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes; y tras de ellos se levantará otro, el cual será mayor que los primeros, y a tres reyes derribará. Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en mudar los tiempos y la ley: y entregados serán

en su mano hasta tiempo, y tiempos, y el medio de un tiempo. Empero se sentará el juez, y quitaránle su señorío, para que sea destruído y arruinado hasta el extremo; y que el reino, y el señorío, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo; cuyo reino es reino eterno, y todos los señoríos le servirán y obedecerán. (Dan. 7^{23-27})

La visión del carnero y del macho de cabrío con cuatro cuernos, de los cuales salió otro cuerno más chico (cap. 8), es una variante de la visión anterior. El carnero con dos cuernos se define categóricamente como el imperio medo-persa; el macho de cabrío es Alejandro el Grande.

Aquel carnero que viste, que tenía cuernos, son los reyes de Media y de Persia. Y el macho cabrío es el rey de Javán: y el cuerno grande que tenía entre sus ojos es el rey primero (es decir, Alejandro el Grande). Y que fué quebrado y sucedieron cuatro en su lugar, significa que cuatro reinos sucederán de la nación, mas no en la fortaleza de él. (Dan. 8^{20-22})

Estos fueron los reinados de los sucesores de Alejandro, (1) Casandro en el oeste, Macedonia y Grecia, (2) Lisímaco en el norte, Asia Menor hasta el Ponto y Paflagonia, (3) Seleuco en el este, Asia hasta el Indo, excepto el Asia Menor, y (4) Ptolomeo en el sud, Egipto con Fenicia y Celesiria.

Y al cabo del imperio de éstos, cuando se cumplirán los prevaricadores, levantaráse un rey altivo de rostro, y entendido en dudas. (Dan. 8^{23})

Esto es, Antíoco Epifanes. El es el "cuerno pequeño".

Y del uno de ellos salió un cuerno pequeño, el cual creció mucho al mediodía, y al oriente, y hasta la tierra deseable. Y engrandecióse hasta el ejército del cielo; y parte del ejército y de las estrellas echó por tierra, y las holló. Aun contra el príncipe de la fortaleza se engrandeció, y por él fué quitado el continuo sacrificio. . . , y echó por tierra la verdad. e hizo cuanto quiso, y sucedióle prósperamente (Dan. 8^{9-12})

Y su poder se fortalecerá, mas no con fuerza suya; y destruirá maravillosamente, y prosperará; y hará arbitrariamente, y destruirá fuertes y al pueblo de los santos. Y con sagacidad hará prosperar el engaño en su mano; y en su corazón se engrandecerá, y con paz destruirá a muchos: y contra el príncipe de los príncipes se levantará; mas sin mano (humana) será quebrantado. (Dan. $8^{24, 25}$)

Pero, ¿cuándo llegará su fin?

Y oí un santo que hablaba; y otro de los santos dijo a aquel que hablaba: ¿Hasta cuándo durará la visión del contínuo sacrificio, y la prevaricación asoladora que pone el santuario y el ejército para ser hollados? Y él me dijo: Hasta

dos mil y trescientos días de tarde y mañana; y el santuario será purificado. (Dan. $8^{13, 14}$)

El 25 de Kislev del 168 había sido profanado el altar; en el mismo día, tres años más tarde, el 165, el templo fué purificado y restaurado a su uso. Mil ciento cincuenta días son tres años y cincuenta y cinco días. ¿Habría el autor presenciado ya la restauración? Si así fuera, estaría escribiendo en diciembre del 165 o enero del 164. Pero no hay seguridad al respecto. Que él esperaba el fin a principios del 164, lo manifiesta claramente.

La cuestión de la fecha exacta del fin no le daba descanso. Estudió las escrituras de los profetas más antiguos y encontró en Jeremías la profecía de los setenta años. Después de mucho ayuno y oración, el ángel Gabriel le reveló el significado de esa predicción. Los setenta años no son simplemente años, sino semanas de años, es decir, un total de 490 años.

Sepas pues y entiendas, que desde la salida de la palabra para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; tornaráse a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de la sesenta y dos semanas[2] se quitará la vida al Mesías, y no por sí: y el pueblo de un príncipe que ha de venir, destruirá a la ciudad y el santuario: con inundación será el fin de ella, y hasta el fin de la guerra será talada . . . Y en otra semana confirmará el pacto a muchos, y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda: después con la muchedumbre de las abominaciones será el desolar, y esto hasta una entera consumación; y derramaráse la ya determinada sobre el pueblo asolado. (Dan 9^{25-27})

¡El fin debe cumplirse en junio del 164!

En los capítulos 10 y 11 se da la visión en forma más elaborada y detallada, de modo que se encuentra en ellos narrada exactamente la historia de los reinos griegos, especialmente el de Antíoco IV, a tal punto que el capítulo 11 puede ser usado como una fuente fidedigna de la historia del período de que trata. El autor no sabía mucho acerca de la historia de Babilonia y Persia. De la época de Nabucodonosor y sus sucesores, en que se hace actuar a Daniel, sus informes son tan pobres que incurre en graves confusiones históricas; pero conoce bien su propia época y el siglo anterior. Da interesantes detalles, dignos de crédito, acerca del conflicto

entre los Seleucidas y los Ptolomeos, de sus guerras y sus matrimonios, hasta llegar, finalmente, a la ascensión de Antíoco Epifanes.

Y sucederá en su lugar un vil, al cual no darán la honra del reino: vendrá empero con paz, y tomará el reino con halagos. Y con los brazos de inundación serán inundados delante de él, y serán quebrantados; y aun también el príncipe del pacto. Y después de los conciertos con él, él hará engaño, y subirá, y saldrá vencedor con poca gente. Estando la provincia en paz y en abundancia, entrará y hará lo que no hicieron sus padres, ni los padres de sus padres; presa, y despojos, y riquezas repartirá a sus soldados; y contra las fortalezas formará sus designios: y esto por tiempo. Y despertará sus fuerzas y su corazón contra el rey del mediodía con grande ejército; y el rey del mediodía se moverá a la guerra con grande y muy fuerte ejército; mas no prevalecerá, porque le harán traición. Aun los que comerán su pan, le quebrantarán; y su ejército será destruído, y caerán muchos muertos. Y el corazón de estos dos reyes será para hacer mal, y en una misma mesa tratarán mentira: mas no servirá de nada, porque el plazo aun no es llegado.

Y volveráse a su tierra con grande riqueza, y su corazón será contra el pacto santo: hará pues, y volveráse a su tierra. Al tiempo señalado tornará al mediodía; mas no será la postrera venida como la primera. Porque vendrán contra él naves de Kitim, y él se contristará, y se volverá, y enojaráse contra el pacto santo, y hará: volveráse pues, y pensará en los que habrán desamparado el santo pacto. Y serán puestos brazos de su parte; y contaminarán el santuario de fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación espantosa Y con lisonjas hará pecar a los violadores del pacto: mas el pueblo que conoce a su Dios, se esforzará, y hará. Y los sabios del pueblo darán sabiduría a muchos: y caerán a cuchillo y a fuego, en cautividad y despojo, por días. Y en su caer serán ayudados de pequeño socorro: y muchos se juntarán a ellos con lisonjas. Y algunos de los sabios caerán para ser purgados, y limpiados, y emblanquecidos, hasta el tiempo determinado: porque aun para esto hay plazo.

Y el rey hará a su voluntad; y se ensorberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios: y contra el Dios de los dioses hablará maravillas, y será prosperado, hasta que sea consumada la ira: porque hecha está determinación. Y del Dios de sus padres no se cuidará, ni del amor de las mujeres: ni se cuidará de dios alguno, porque sobre todo se engrandecerá. Mas honrará en su lugar al dios Mauzim, dios que sus padres no conocieron: honrarálo con oro, y plata, y piedras preciosas, y con cosas de gran precio. Y con el dios ajeno que conocerá, hará a los baluartes de Mauzim crecer en gloria: y harálos enseñorear sobre muchos, y por interés repartirá la tiera. (Dan. 11^{21-39})

Hasta aquí el autor está estrictamente de acuerdo con la historia. Pero ahora empieza a predecir, y es entonces cuando demuestra estar equivocado, pues él creía que Antíoco haría otra campaña contra Egipto y allí perdería la vida. En realidad murió en Tabae, en

Persia, en el 164. El autor acierta, por lo tanto, en lo que se refiere al año de la muerte de Epifanes. ¿Pero tenía razón también en lo que respecta al fin? ¿Llegó éste en la época anunciada? Veamos lo qué dice al respecto.

> Y en aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está por los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fué después que hubo gente hasta entonces: mas en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallaren escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua Y los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan a justicia la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad. (Dan. 12^{1-3})

Este es el pasaje más importante del Antiguo Testamento referente a la resurrección. No todos los muertos serán levantados: solamente algunos, muy probablemente los mártires y los extremadamente malvados, los unos para vida eterna y los otros para vergüenza y confusión eternas. ¡Sea el pueblo leal a Jehová, aun cuando hubieren de ser muertos por su fidelidad, porque serán resucitados y gozarán eterna felicidad! Pero, "¿cuándo será el fin de estas maravillas?" La respuesta es: "tiempo, tiempos, y la mitad", es decir, tres años y medio, hasta junio del 164.

Este libro revela el gran celo del Profeta; palpita en sus páginas una fe tan ardiente y poderosa, que no podemos menos que creer que encontraría una instantánea aceptación. Pero seguramente su aparición iba a plantear un interrogante, a no ser que el autor se anticipara a resolverlo. El libro aparecería bajo la advocación de Daniel, el santo antiguo de quien Ezequiel había hablado como de una de las santas y grandes figuras del pasado, junto con Noé y Job. El autor hacía aparecer a Daniel viviendo en la última parte del destierro en Babilonia y los años que le siguieron. Si esto era así, ¿por qué entonces nunca se había visto antes este libro, ni oído acerca de él? ¡Porque Jehová había ordenado que fuera guardado en secreto hasta el tiempo del fin y ahora había llegado ese tiempo!

> Y tú guarda la visión, porque es para muchos días (8^{26b}). Y anda, Daniel, que estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del cumplimiento. Dan. 12^{9})

¿Por qué recurrió el autor a esta ficción? Porque nunca hubiera con-

seguido un auditorio para el grande e inquietante mensaje que ardía en su alma, si hubiese aparecido en persona ante el público o hubiera publicado su libro con su propio nombre. Habiendo pasado el tiempo de los profetas, la ley era la revelación de Dios, y el pueblo creía que la inspiración profética había cesado. Así él hizo uso de este ardid literario, no para engañar, sino con el propósito de que el libro fuera un vehículo real para su mensaje. Que no se consideraba eso como un fraude es evidente, pues muchos apocalipsis, después de él, adoptaron el mismo sistema.

Había una intrepidez asombrosa en esa fe que se atrevía a fijar la fecha exacta del fin en el futuro inmediato. Pero la popularidad e influencia del libro fueron tales que sobrevivieron aun cuando hubiese pasado la fecha calculada. El autor mismo, después de hacer nuevos cálculos, agregó al principio medio mes más: 1290 días en lugar de 1277, y luego un mes y medio más: 1335 días en lugar de 1290, para agregar, por último, resignadamente: "Y tú irás al fin, y reposarás, y te levantarás en tu suerte al fin de los días" (12^{13}). El ha de participar de la bienaventuranza final. Más tarde, después de la destrucción del reino helénico de Siria, el cuarto reino se interpretó como una referencia a Roma (véase Baruc 36-40, alrededor del 90 d. de J. C.), y después siguió adaptándose a los nuevos tiempos por medio de nuevas interpretaciones de las figuras y símbolos, pues se creía imposible que un profeta pudiera equivocarse.

El autor quiso que su libro fuera popular, y escribió la primera parte (cap. 1-7) en arameo, el idioma que en esa época hablaba el pueblo. Pero luego escribió en el idioma sagrado, el hebreo, los capítulos 8-12. Cuando combinó ambas partes, tradujo el primer capítulo (1^{1}-2^{4a}) al hebreo, lo que posiblemente quiso hacer también con el resto de la primera parte; pero algo, tal vez la muerte, le impidió llevar a buen fin ese propósito.

Las victorias de los Macabeos, a las cuales el autor de Daniel se ha referido como "pequeño socorro" (11^{34}), habían fortalecido el sentimiento nacional de los judíos y despertado de nuevo la esperanza de la gloria futura. Un profeta, cuyas profecías se conservan en Zacarías 9-11, 13^{7-9}, y a quien podemos por lo tanto llamar el Segundo, o Déutero-Zacarías, expresó, según parece en esta épo-

ca, estas esperanzas.[3] El veía toda la Siria, Fenicia y Filistia sometidas y formando parte del dominio judío.

La carga del oráculo de Jehová está contra la tierra de Hadrac,
y Damasco es a donde viene a descansar,
porque el ojo de Jehová está sobre los hombres,
y sobre todas las tribus de Israel:
y contra Hamat también, que es colindante con ésta;
contra Tiro también y Sidón, aunque ella sea muy sabia. (Zac. 9^{1-2} VM)

Jehová ha ocupado ya todas estas tierras. Las fuertes fortificaciones de Tiro y todas sus riquezas no pueden salvarla. Las ciudades filisteas también están conquistadas e incorporadas al dominio de Judá.

Y quitaré sus sangres de su boca,
y sus abominaciones de sus dientes,
y quedarán ellos también para nuestro Dios,
y serán como capitanes en Judá,
y Ecrón como el Jebuseo. (Zac. 9^{7})

La incorporación de Filistea a Judá implica la aceptación de las leyes concernientes a los alimentos limpios e inmundos y especialmente en lo que respecta a comer la sangre. Se echa de menos la insistencia en el requisito de la circuncisión, máxime teniendo en cuenta que a los filisteos se les había considerado siempre despectivamente como "los incircuncisos". Pero lo que el autor tiene en vista no es ciertamente una conversión religiosa, moral o espiritual, sino una subyugación política, para lo cual se insistía en la sumisión a ciertos requisitos rituales externos, según el espíritu del Código Sacerdotal.

La esperanza mesiánica se despierta en el profeta. El sabe que Jehová ha de defender su ciudad contra todos los ataques de enemigos extranjeros, pero espera un rey ideal, agente y virrey de Jehová en Jerusalén, al cual predice en el segundo poema:

Alégrate mucho, hija de Sión;
da voces de júbilo, hija de Jerusalén:
he aquí, tu rey vendrá a ti,
justo y salvador,
humilde, y cabalgando sobre un asno,
así sobre un pollino, hijo de asna.[4] (Zac 9^{9})

Retorna como victorioso conquistador, de la guerra en la cual Jehová ha vindicado su causa y le ha salvado. Pero el rey ideal no es sólo un guerrero brillante, sino especialmente un príncipe de paz. No vuelve cabalgando en su corcel guerrero, sino sobre un asno que

no había sido usado todavía, pues él pertenece a los piadosos y devotos adeptos de Jehová, el humilde. Y como tal ha de reinar:

> Y de Efraim destruiré los carros,
> y los caballos de Jerusalén;
> y los arcos de guerra serán quebrados:
> y hablará paz a las gentes;
> y su señorío será de mar a mar,
> y desde el río hasta los fines de la tierra. (Zac. 9^{10})

Es esta una idea enteramente nacional, que presenta a Israel disfrutando pacíficamente de su imperio mundial.

En un tercer poema (Zac. 9^{11-17}) el autor predice el regreso de los desterrados. Por consideración a la sangre del pacto, por la cual Israel está ligado a él, Jehová hace volver a los "presos de esperanza", pues los israelitas y los judíos han de pelear juntos contra los griegos.

> Y Jehová será visto sobre ellos,
> y su dardo saldrá como relámpago:
> y el señor Jehová tocará trompeta,
> e irá como torbellinos del austro. (Zac. 9^{14})

Así, ayudados por el antiguo dios de la guerra, ellos ganarán una victoria decisiva, la cual se describe en términos sanguinarios que recuerdan el Salmo 149, que en la misma época exaltaba a los santos:

> Ensalzamientos de Dios modularán en sus gargantas,
> y espadas de dos filos habrá en sus manos;
> para hacer venganza de las gentes,
> y castigo en los pueblos. (Salmo $149^{6,7}$)

La batalla se describe otra vez en un cuarto poema, en el cual las ovejas de Jehová se han tornado caballos de guerra, y en el mismo se predice el regreso de los desterrados de Egipto y Siria (Zac. 10^{3-12}). El autor usaba Asiria en lugar de Siria. Es notable que la esperanza de la vuelta del Israel del Norte nunca fué abandonada, aunque no había ya perspectivas de ella, desde que se había perdido irremisiblemente entre las naciones de Asiria.

Quizá debamos insertar aquí, en nuestra exposición de Déutero-Zacarías la profecía de Isaías 33, que parece venir del mismo período, más precisamente de los años 162-61. No puede ser atribuída a Isaías, pero se adapta al parecer perfectamente bien a las condiciones de esta época. En el 162 Antíoco V o más bien su general

Lysias, había hecho la paz con los judíos, después de haber derrotado a Judas en Betzacarías y haber sitiado por largo tiempo la colina del templo. Habíales concedido libertad religiosa, pero a condición de que reconocerían la soberanía siria y se someterían a la destrucción de las fortificaciones de la colina del templo y a la ocupación de la ciudadela por una guarnición siria. El, sin embargo, no reconoció el gobierno de los Macabeos, y poco después colocó a Alkimus, de una familia sacerdotal, como etnarca sobre ellos. Desde el punto de vista de los Macabeos y sus partidarios, ésta fué una paz desgraciada, y la instalación de Alkimus fué pura y simplemente una traición. Nuestro autor describe así esta condición:

> He aquí que sus embajadores darán voces afuera;
> los mensajeros de paz llorarán amargamente.
> Las calzadas están deshechas, cesaron los caminantes:
> anulado ha la alianza, aborreció las ciudades,
> tuvo en nada los hombres. (Isa. $33^{7,8}$)

Ya había sido pronunciado un ¡ay! sobre el pérfido tirano, pero ahora Jehová declara que él levantará y consumirá a las gentes. Luego los pecadores de Sión temerán, porque se darán cuenta de la imposibilidad de vivir en la presencia del fuego devorador, el ardor eterno de la presencia de Jehová. Sólo los justos podrán habitar en su presencia, y serán protegidos y provistos por Jehová. Un poco antes el defensor del templo ha tenido que capitular, pero pronto,

> Fortalezas de rocas serán su lugar de acogimiento;
> se le dará su pan, y sus aguas serán ciertas. (Isa. 33^{16})

Luego vendrá la edad de oro.

> Tus ojos verán al Rey en su hermosura;
> verán la tierra que está lejos.
> Tu corazón imaginará el espanto, y dirá:
> "¿Qué es del escriba? ¿qué del pesador?
> ¿qué del que pone en lista las casas más insignes?"...
> Tus ojos verán a Jerusalén, morada de quietud...
> Porque Jehová es nuestro juez, Jehová es nuestro legislador,
> Jehová es nuestro Rey, él mismo nos salvará. (Isa. 33^{17-22})

Ni enfermedad ni pecado aquejarán a los que vivan en ella.

Volvemos a Déutero-Zacarías y hallamos que sus elevadas esperanzas han desaparecido en los poemas siguientes. Parece que, mientras tanto, Judas había librado su última batalla, en la cual

halló la muerte (año 161): se entona una endecha sobre su muerte, según parece, en Zac. 11^{1-3}.

El profeta ahora desarrolla en presencia del pueblo dos alegorías, cuyo significado éste entendió de inmediato; pero para nosotros no resultan nada fáciles de entender, aunque supongamos, con razón, que se refieren a la época que siguió a la muerte de Judas. El profeta representará el papel del pastor, es decir, dirigirá al pueblo oprimido, verdadero rebaño de "ovejas de la matanza", compradas y vendidas. Su doble táctica de gobierno está representada por dos cayados: el uno que simboliza la "suavidad" o amistad, el otro la "unión' o armonía. Pero pronto se impacienta, sin ninguna razón —por lo menos no manifiesta por qué razón— y el pueblo, por supuesto, corresponde con un sentimiento recíproco. Ya no les gobierna con "suavidad", y les abandona a su propia suerte. Rompe su cayado "suavidad" y reclama sus salarios a los traficantes del pueblo, cuyo "pastor" asalariado había sido. Ellos le dan la mezquina suma de treinta piezas de plata, la cual Jehová le ordena echar en el tesoro del templo. Luego quiebra el otro cayado "unión", o ataduras, simbolizando así el fin de la unión entre Israel y Judá. Un completo enigma. ¿Quiso el autor representar a Alkimus, su reconocimiento como sumo sacerdote por los piadosos, y la ruptura entre los partidos de Jerusalén y Judá? Es muy probable, pero no podemos asegurarlo con certeza.

La segunda alegoría se adaptaría bien a Alkimus. Se le llama "el hombre compañero mío", lo cual indica que hace referencia a un sumo sacerdote (véase Zac. 3^{7}). El profeta lo presenta como el "pastor insensato", que no cuida sus ovejas, sino que las maltrata y devora. Sobre él se pronuncia un ¡ay! y Jehová declara:

> Hiere al pastor,
> y se derramarán las ovejas. (Zac. 13^{7b})

El pueblo sufrirá terriblemente, pero el castigo dejará un remanente que será el pueblo devoto de Jehová ($11^{15, 16}$, 13^{7-9}). Si esta interpretación es correcta, por lo menos parte de la predicción se cumplió rápidamente, pues según 1º Macabeos 9^{54} y sigs. Alkimus murió poco tiempo después (160), de un golpe.

Los capítulos restantes del libro de Zacarías (12-14, excepto

13[7-9]) probablemente fueron escritos por otro profeta posterior, a quien podemos llamar el Tercero o Trito-Zacarías. Si nuestra interpretación de las alusiones históricas es correcta, él habría escrito alrededor del 135 antes de J. C., después que Simón había sido asesinado por su yerno Ptolomeo, cuando había empezado la guerra entre Juan Hircano y Antíoco VII Sidetes, y era inminente el sitio de Jerusalén. Era una situación desesperada. El profeta prevé que todos los pueblos circunvecinos y aún la campaña de Judá tomarían parte en el sitio de la Capital. Pero Jerusalén demostraría su fortaleza y los sitiadores sólo conseguirían sufrir ellos mismos. Luego los capitanes de Judá percibirían que Jehová estaba con Jerusalén y se volverían contra los invasores, y les derrotarían, salvando así a Jerusalén. Con esto se conseguiría que "la gloria de la casa de David y del morador de Jerusalén no se engrandezca sobre Judá". Los habitantes de Jerusalén hubieran triunfado aun sin la ayuda de sus paisanos, pues "el que entre ellos fuere flaco en aquel tiempo, será como David; y la casa de David como ángeles, como el ángel de Jehová delante de ellos", ¡tan fuertes y poderosos serían! La casa de David es aquí la monarquía asmonea, a la cual muchos, entre ellos este profeta, consideraban como la legítima sucesora de la dinastía davídica, aunque no había entre ellas ninguna relación.

Después de su éxito en la defensa de la ciudad "la casa de David y los moradores de Jerusalén" se ocuparían en solemnes y amargas lamentaciones por la muerte de Simón, quien había conquistado su afecto de tal manera que "habrá llanto sobre él, como llanto sobre unigénito, afligiéndose sobre él como quien se aflige sobre primogénito". Según parece la guerra había caído sobre ellos tan de improviso que no habían tenido tiempo antes del sitio para celebrar ese solemne duelo. Ahora "la tierra lamentará, cada linaje de por sí", estrictamente de acuerdo con el ceremonial establecido para tales ocasiones.

Luego, todo pecado de la familia gobernante y del pueblo sería lavado en una fuente que se abriría en Jerusalén; todos los idólatras y los profetas y el mismo espíritu de inmundicia serían talados de la tierra. Los profetas a quienes condena el autor son los profesionales, que usaban el manto de pelo de los profetas y se

hacían incisiones en las manos como los frenéticos profetas de Baal lo habían hecho en los días de Elías.

Y será que cuando alguno más profetizare, diránle su padre y su madre que lo engendraron: No vivirás, porque has hablado mentira en el nombre de Jehová: y su padre y su madre que lo engendraron, le alancearán cuando profetizare. Y será en aquel tiempo, que todos los profetas se avergonzarán de su visión cuando profetizaren; ni nunca más se vestirán de manto velloso para mentir. Y dirá: No soy profeta; labrador soy de la tierra: porque esto aprendí del hombre desde mi juventud. Y le preguntarán: ¿Qué heridas son éstas en tus manos? Y él responderá: Con ellas fuí herido en casa de mis amigos. (Zac 13^{3-6})

Cuando empezó el sitio de Jerusalén y la situación parecía desesperada, Trito-Zacarías publicó una visión apocalíptica, en la cual predecía que el ataque de las naciones al principio tendría éxito; Jerusalén sería capturada y la mitad de la población llevada en cautiverio. Pero entonces Jehová mismo aparecería para luchar contra sus enemigos. El estaría sobre el monte de las Olivas, el cual se partiría por medio, y por la brecha así formada huiría el pueblo. Entonces entraría Jehová en Jerusalén con sus ángeles, y comenzaría el reino de Dios sobre la tierra. Cambiaría el clima, de modo que no habría ya temperaturas extremadas, "ni calor ni frío ni escarcha". Brillaría luz perpetua, no habría más noche, aun "al tiempo de la tarde habrá luz". De Jerusalén saldrían corrientes de agua hacia oriente y occidente, regando todo el país, que se convertiría en un verdadero paraíso. La soberanía de Jehová sería reconocida por toda la tierra; y se combinaría la unidad política del mundo bajo una teocracia, siendo Jehová el único rey, con la unidad religiosa en el reconocimiento universal de Jehová como el único Dios.

Y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre. (Zac. 14^{9})

La preeminencia espiritual de la religión de Jerusalén sería acompañada por la elevación física de la ciudad. Todo el país sería bajado a un nivel tan bajo como el valle del Jordán, pero Jerusalén estaría sobre una alta montaña, visible de dondequiera. Después que las naciones que habían atacado la santa ciudad hubieran sido destruídas por una terrible plaga y por un pánico en el cual lucharían entre sí, sus sobrevivientes vendrían para recono-

cer a Jehová y hacer anualmente una peregrinación al santuario universal de Jerusalén, el centro religioso del mundo, para rendir homenaje al Rey del mundo, celebrando la gran fiesta de acción de gracias por la cosecha, la fiesta de los Tabernáculos, en Jerusalén. Este sería un deber ineludible. Si alguno no viniera, sería castigado por Dios con sequía, y si fuera de Egipto, ya que las cosechas allí no dependen de la lluvia, sería castigado con la peste. No es el amor de Dios lo que ha conquistado sus corazones, no es la libre y espontánea adoración de sus espíritus lo que traen, sino el reconocimiento externo de la divinidad y realeza de Jehová. Cuando todos ellos vengan, en "aquel tiempo estará sobre las campanillas de los caballos: SANTIDAD A JEHOVA", porque estarán consagrados, ya que traerán peregrinos, no guerreros. Y habrá tantos miles de adoradores que los vasos del templo no alcanzarán,

> Y será toda olla en Jerusalén y en Judá santidad a Jehová de los ejércitos; y todos los que sacrificaren, vendrán y tomarán de ellas, y cocerán en ellas (sus comidas sacrificiales); y no habrá más Cananeo alguno en la casa de Jehová de los ejércitos en aquel tiempo. (Zac. 14^{21})

La santidad ritual es el ideal del profeta. No queda mucho de las grandes enseñanzas de los profetas anteriores al destierro. ¡Cuánto nos hemos alejado de Amós y Oseas, de Isaías, Miqueas y Jeremías! ¡Cuán externo ha llegado a ser el ideal universal de Déutero-Isaías, y cuán exclusivo su monoteísmo, en los mensajes de estos profetas! Pero no estaba muy distante el tiempo cuando, sólo un siglo y medio más tarde, la religión profética había de ser revivida en su pureza original por el gran Profeta de Nazaret, que habría de darle su verdadera y más elevada expresión.

Capítulo XXIII

CANON Y TEXTO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

¿Por qué en la colección definitiva se incluyeron solamente los libros que actualmente contiene el Antiguo Testamento? Debiendo el Antiguo Testamento contener solamente escrituras sagradas, todos los libros seculares fueron excluídos por principio; y si, a pesar de ello, se admitieron algunos, como el libro de Ester y el Cantar de los Cantares, debieron interpretarse en forma religiosa o alegórica, para que fueran aceptados. Pero había otros libros religiosos, algunos de ellos de gran valor e incluso escritos en el idioma sagrado, el hebreo, que no fueron admitidos. ¿Cuál fué la razón de este proceder, aparentemente extraño? Se verá en una breve reseña de la formación del canon.

El canon de la ley, conteniendo los así llamados cinco libros de Moisés, ya había quedado fijado entre el tiempo de Esdras y la fundación de la iglesia samaritana, pues cuando se estableció esta organización rival en el monte Gerizim, los samaritanos adoptaron la ley como su libro sagrado. El principio de canonización era la inspiración divina; es decir, estos libros fueron considerados como sagrados porque contenían la palabra de Dios; y como tales, eran la autoridad final, la ley fundamental de la comunidad judía. Moisés había sido meramente el intérprete de Dios, su vocero, nada más; el verdadero autor era Dios. Había habido varias etapas en el proceso de canonización; las más notables fueron la adopción de la ley deuteronómica en la época de la reforma de Josías, y el reconocimiento del código sacerdotal en tiempo de Esdras. Cuando estuvieron combinadas todas las varias leyes, junto con los relatos pertenecientes a las mismas fuentes de las que ellas procedían, lo cual formó la Torah de Moisés, el Pentateuco estuvo completo, y el canon de la ley se consideró perfecto. Desde entonces ha sido la más alta autoridad para los judíos.

El canon de los profetas, conteniendo los así llamados "Profetas anteriores", es decir, los libros de Josué, Jueces, Samuel, y Reyes; y los "Profetas posteriores", o sea: Isaías, Jeremías, Ezequiel, y los Doce, quedó determinado ya por el año 200 a. de J. C., pero su autoridad no fué nunca tan grande como la de la ley. Las palabras de los profetas tenían la sanción divina, es cierto, pues ellos habían sido intérpretes de Dios. Pero se les consideraba, especialmente después de la formación del canon de la ley, como meros expositores de la ley, y por lo tanto no en la misma categoría que Moisés (véase Núm. 12[6, 7]), a pesar de ser divinamente inspirados. De hecho el libro de Ezequiel fué admitido en el canon con gran dificultad, dado que contenía algunas declaraciones que difícilmente podían armonizarse con la ley.

Ya estaba cerrado el canon de los profetas cuando apareció el libro de Daniel, de modo que no pudo ser incluído en él, a pesar de ser un libro profético. Fué colocado, pues, en la tercera colección: "las escrituras" o "los hagiógrafos". Una cantidad de libros religiosos, algunos de los cuales existían antes de que se clausurara el canon de los profetas, no pudo incluirse en éste debido a su carácter. Pero eran muy usados y se apelaba a ellos como autoritativos, junto con la ley y los profetas. Había bastantes libros en estas condiciones, y al principio no se hacía distinciones minuciosas entre ellos en cuanto a su autoridad. La Versión Griega, hecha por judíos en Egipto, contenía algunos de estos libros, que nuna fueron incorporados a la Biblia judía de Palestina. Más tarde se les llamó "apócrifos".[1] Los judíos alejandrinos creían que el Espíritu de Dios se mantenía aún activo e inspiraba a algunos escritores; en cambio los judíos de Palestina creían que el período de inspiración divina había terminado con Esdras y Nehemías. Y cuando finalmente fijaron la extensión del canon, o sea los libros que autorizadamente habían de considerarse como Sagradas Escrituras, la aplicación del principio fundamental de la inspiración divina a cualquier libro era determinada por el hecho de haber sido escrito, o que se creyera que lo había sido, antes de que hubiera cesado la inspiración divina; en otras palabras, en la época de Esdras y Nehemías o antes. Cualquier libro que hubiera sido escrito, o se supusiera que lo había

sido, después de esa época, no podía ser admitido en el canon, no importa cual fuera su valor e importancia. Por esta causa, solamente los Salmos, Proverbios, Job, Cantares, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés, Ester, Daniel, Esdras, Nehemías y Crónicas, tuvieron entrada en el canon de "las escrituras"; todos los demás fueron excluídos. Hubo mucho discusión acerca del Cantar de los Cantares y Eclesiastés; pero la creencia de que habían sido escritos por Salomón decidió finalmente la cuestión en favor de su admisión. También el libro de Ester halló oposición, pero finalmente fué admitido. En una convención de rabíes, reunida en Jamnia (alrededor del 100 d. de J. C.), quedó finalmente fijada la lista de las escrituras sagradas y fué definitivamente adoptado el canon completo.[2]

La canonización de los libros requería un texto típico autorizado. Esta necesidad se hacía más sensible teniendo en cuenta que los cristianos en sus discusiones con los judíos, debían apelar también al Antiguo Testamento. A fin de tener una base firme para su defensa, debían adoptar un texto oficial y rechazar todos los otros textos. Esto se hizo a principios del segundo siglo de la era cristiana, poco después de la canonización.

Había una cantidad de copias de cada uno de los libros, y el texto de esos manuscritos difería en muchos particulares. Puede decirse con seguridad que no había dos manuscritos del mismo libro que fueran exactamente iguales. Y es fácil ver la causa de esto. Sentémonos, con la imaginación junto a Amós, por ejemplo, mientras escribe sus profecías. Notamos en seguida que él no usa la escritura hebrea que nos es familiar por la Biblia hebrea, sino los caracteres hebreos antiguos, que son más diferentes de los posteriores que la escritura gótica de la latina. ¡Y tiene, por cierto, una manera bien curiosa de escribir! A veces escribe varias palabras juntas, como si fueran una sola, no indica los períodos, ni siquiera pone puntos finales. Y, lo que más nos intriga, no pone más que consonantes: ni siquiera una vocal. ¡Y con qué ardor escribe! El fuego divino arde en su alma. Se apresura, y en su prisa, abrevia las palabras aquí y allá. Así es como aparecía un viejo manuscrito hebreo, escrito en los caracteres antiguos, a menudo sin títulos, ni divisiones, en capítulos o versículos, sin vocales, y salpicado de abreviaturas.

Por supuesto, los autores podrían leer bien sus propios manuscritos y tampoco un escriba hábil tendría mucha dificultad para leerlos. Pero a veces una frase podía leerse en dos formas, ambas de buen sentido, dependiendo la diferencia solamente de las vocales que se colocaran. ¿Leeremos, p. ej.: *hereb* o *horeb* en Deut. 28[22]: "Jehová te herirá de tisis, y de fiebre, y de ardor, y de calor, y de *cuchillo* (o *sequedad*) y de calamidad repentina, y con añublo"? El texto oficial dice *cuchillo*, ¿pero el contexto no indica que es más propio *sequedad?* ¿Y leeremos en Jueces 15[16] "Con la quijada de un asno *un montón, dos montones;* con la quijada de un asno herí mil hombres"? ¿Por qué no leer, más bien: "con la quijada de un asno *los apilé en montones*", etc.? La diferencia es sólo cuestión de la colocación de vocales, y el texto original estaba escrito solamente en consonantes.

A veces dos palabras pueden tomarse como una sola, como sucedió, p. ej., en Amós 6[12], donde el texto actual dice: "¿Correrán los caballos por las peñas? ¿Ararán *con bueyes?*" La argumentación de Amós requiere que se dé una respuesta negativa a ambas preguntas. ¡Pero, con bueyes se ara! Los traductores, pues ,insertaron las palabras *en ellas,* que no están en el texto. El texto original de Amós tiene dos palabras *bbkr ym*: "¿se ara *el mar con un buey?* ¡Seguramente no!, sería un absurdo. Pues bien, vuestra conducta que vuelve la justicia en odio, es precisamente tan absurda como eso. El copista tomó las dos palabras como una sola, pues juntas formaban el plural del buey: *bbkrym.* Era un error bien fácil de cometer.

Ocasionalmente también se hacía mal la división de dos palabras. Así en Oseas 6[5] el texto actual dice: "Y *tus juicios* serán como la luz que sale", mientras el original significa "*Mi juicio es como luz* que sale". El error se debe a haber tomado la primera consonante de la segunda palabra como última de la primera. Un poco de reflexión hubiera evitado esta equivocación.

Las abreviaturas pueden pasar desapercibidas y ser consideradas como palabras enteras, o algún escriba puede, viceversa, tomar una palabra entera por una abreviatura. En 2º Sam. 6[7] hay una palabra poco común que los traductores vierten "e hiriólo allí *por*

su temeridad". El autor de Crónicas la tomó por una abreviatura y tradujo, con toda corrección, "e hirióle, *porque había extendido su mano al arca"* (1º Cr. 13[10]). En la versión griega se tomó, en Núm. 23[3] la palabra que en las versiones inglesas se vierten "y se fué *a un lugar alto"* (en castellano "y se fué solo"), como abreviatura de "y se fué *a buscar el oráculo* (literalmente, *la boca*) de Jehová". Esta traducción es tanto mejor que la otra, porque probablemente representa el texto original. A veces el nombre Jehová (Yahweh) se abreviaba y la inicial Y, adherida a la palabra anterior, sería el pronombre personal de primera persona, de modo que, por ejemplo, "la ira de *Yahweh"* debido a la abreviatura resultaría *"mi* ira", como en la versión griega de Jer. 6[11], 25[37].

Tales variantes no desmerecen necesariamente la exactitud o habilidad del escriba. Pero no todos los copistas eran escrupulosamente exactos; en realidad no siempre es fácil copiar con corrección, aun manuscritos más o menos bien legibles. Era sencillamente inevitable que los escribas cometieran errores, si bien muchos de ellos enteramente accidentales.

Algunas letras hebreas eran muy parecidas entre sí, y fácilmente podían tomarse una por otra, p. ej., la *r* y la *d*. En el Salmo 18[10] se lee: "Y cabalgó sobre un querubín, y voló: *se remontó* sobre las alas del viento". En el pasaje paralelo de 2º Sam. 22[11] el escriba confundió una *d* con una *r* y leyó *"apareciόse* sobre las alas del viento".

Algunas palabras tenían idéntico sonido. En el Salmo 100[3] el autor escribió: "El nos hizo y somos *suyos"*; un copista confundió *lō* (*a él*, pertenecer) con *lō'* (no) y así tenemos "El nos hizo, y *no nosotros a nosotros mismos"*.

También solían suceder transposiciones de letras. En la bendición de Noé a Sem, Gén. 9[26], el original dice: Bendiga Jehová *las tiendas* de Sem", pero el copista creyó (error bien disculpable, por cierto) que *'ôhôlê* inmediatamente después de Jehová era la palabra común *'elohê* (Dios), y así cambió el significado por "Bendito (con una vocalización diferente) sea Jehová, el Dios de Sem". En

el Salmo 2[11, 12] se mezclaron varias letras, de modo que ahora se lee:

> Servid a Jehová con temor,
> y *alegraos* con temblor.
> *Besad al Hijo*, porque no se enoje, etc.

Originalmente era:

> Servid a Jehová con temor,
> *y besad sus pies* con temblor,
> porque no se enoje, etc.

Las palabras traducidas ordinariamente *alegraos* y *el hijo* eran originalmente una sola, pero accidentalmente se separaron y dislocaron. A veces se trasponían aun frases y oraciones enteras. Así en el Salmo 18[45] la primera parte de la oración cambió de lugar con la segunda, en el pasaje paralelo, 2° Sam. 22[45].

A veces se omitía una letra. En Isaías 53[8] la simple omisión de una *t* dió lugar a la extraña frase "por la rebelión de mi pueblo *a quién la herida* (se debió)". Originalmente era, "por la rebelión de mi pueblo *fué herido de muerte*".

Por descuido, a veces, se omitían palabras enteras. En 1° Sam 13[1] se omite así la edad de Saúl: "Saúl era de . . . años, cuando fué ungido rey". En 1° Cr. 6[28] se omite el nombre (Joel) del primogénito; para conocerlo debemos recurrir a 1° Sam. 8[2]. En Josué 22[34] el contexto permite llenar una laguna: "pusieron por nombre al altar *Ed;* porque es testimonio (*'ed*) entre nosotros que Jehová es Dios".

A veces la vista del copista saltaba de una o varias palabras a otras iguales una o dos líneas más abajo, y entonces quedaban omitidas hasta frases y oraciones completas. Los manuscritos griegos nos ayudan a restaurar las porciones omitidas, por ejemplo, en 1° Sam. 14[41, 42], donde el escriba salteó del primero al tercer Israel: "Entonces dijo Saúl a Jehová Dios de Israel: *¿por qué no contestas hoy a tu siervo? Si esta culpa está sobre mí o sobre mi hijo Jonatán, Oh Jehová Dios de Israel, da Urim; y si esta culpa está sobre tu pueblo Israel,* da Tummim".

También sucedía que se repetían palabras, frases y aun oraciones íntegras. Por ejemplo, en Lev. 20[10], "Y el hombre que adulterare con la mujer de otro, (*el que cometiere adulterio con la mujer de su prójimo*)". O en 2° Sam. 6[3, 4], "Y pusieron el arca de Dios

sobre un carro nuevo, y lleváronla de la casa de Abinadab que estaba en Gabaa: y Uza y Ahío, hijos de Abinadab, guiaban el carro nuevo. (*Y cuando lo llevaban de la casa de Abinadab que estaba en Gabaa*), con el arca". El escriba volvió atrás, a la primera ocurrencia de la expresión "carro nuevo", y sin darse cuenta repitió toda la frase siguiente. El pasaje paralelo en 1º Cr. 13^{7} no contiene la repetición.

Los escribas cometían también otra clase de errores; por ej., en Jeremías 27^{1} el texto actual dice: "En el principio del reino de *Joacim*", en lugar de *Sedecías* como requiere el contexto. Pero todos los errores mencionados hasta ahora eran más o menos accidentales.

Hay también, sin embargo, algunos cambios intencionales en el texto original. Expresiones groseras eran eliminadas, substituyéndolas por eufemismos. Así leemos en Job 1^{5}: "Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán *bendecido* a Dios en sus corazones" (en algunas versiones) en vez de "habrán *blasfemado* a Dios"; de la misma manera algunas versiones traen en Job 2^{9}, "Díjole entonces su mujer . . . *bendice* a Dios y muérete", en lugar de "*maldice* a Dios y muérete". En 1º Sam. 25^{22} parecía impropio que David se maldijese a sí mismo en su juramento, así se insertó *los enemigos*: "Así haga Dios . . . a (*los enemigos de*) David, etc.". Véase también 2º Sam. 12^{14}.

La declaración de Oseas respecto a Baal: "Quítate de su boca los nombres de los Baales, y nunca más serán mentados por sus nombres" (Oseas 2^{17}), fué tomada literalmente más tarde, y aplicada aún a los nombres propios. En lugar de *leer baal*, leían *bōset* (vergüenza). Así el nombre del hijo de Saúl, Es-baal, como se lee aún en 1º Cr. 9^{39}, fué cambiado en *Is-boset*, en 2º Sam. 2^{8}, etc.; el nombre del hijo de Jonatán, Merib-baal (1º Cr. 9^{40}) se transformó en *Mefiboset* en 2º Sam. 9^{6}, etc.; y aun el nombre de Gedeón, Jerobaal, (Jue. 6^{32}) llegó a ser *Jerubboset* en 2º Sam. 11^{21}.

Por razones teológicas, posteriormente se substituían frecuentemente *Elohim* (Dios) por Jehová. El ejemplo más significativo de esto lo tenemos en el Salterio Elohista. Se hicieron también otros cambios dogmáticos; por ejemplo en Habacuc 1^{12} el profeta había

dicho: "¿No eres tú desde el principio, oh Jehová Dios mío, Santo mío, *que no morirás?*" Parecía blasfemo aun emitir tal pensamiento, de modo que el texto fué ligeramente alterado (lo cual implicaba sólo el cambio de una letra) y ahora leemos *"No moriremos"*.

En la exposición de la controversia samaritana (véase pág. 288) nos hemos ocupado ya de la substitución del monte Gerizim por el Ebal, en Deut. 27^{4}, con lo cual se arrebataba a los samaritanos su más fuerte sostén escriturario.

Además de los cambios accidentales e intencionales que venimos reseñando, el texto fué alterado también por la introducción de notas marginales que originalmente no tenían nada que ver con él. El afortunado poseedor de una copia manuscrita de algún libro, o algún lector de él, escribían a veces notas al margen, y algún copista más tarde las insertaba en el texto, a veces en el lugar correspondiente, pero otras veces donde no correspondían. Una sola ilustración será suficiente. En 1° Reyes 22 el profeta Micaya, hijo de Imla, es la figura central de una fascinadora historia. Algún lector creyó que se trataba del profeta Miqueas, contemporáneo de Isaías, y así escribió al margen una referencia del libro de Miqueas, citando sus primeras palabras: "Oíd, pueblos todos" ¡y un copista las introdujo en el texto en el ver. ^{28}!

Ocasionalmente algún lector escribiría al margen notas explicativas de algún pasaje; también éstas fueron, más tarde, introducidas en el texto. Así alguien anotó el *rey de Asiria* en Isaías 7^{17}: "Jehová hará venir sobre ti, y sobre tu pueblo, y sobre la casa de tu padre, días cuales nunca vinieron desde el día que Efraím se apartó de Judá". La explicación es correcta, pero seguramente no fué escrita por el mismo Isaías. De la misma manera alguien completó la oración en Ezeq. 4^{1} "Y tú, hijo del hombre, tómate un adobe y ponlo delante de tí, y diseña sobre él una ciudad", agregando *Jerusalén*. Otra vez tenemos explicación correcta; pero la construcción hebrea denota que se trata de un agregado al texto original.

En igual forma algunos lectores ponían al margen notas críticas, que a veces sólo modificaban el texto, pero otras veces afectaban su significado. Estas notas también fueron posteriormente

insertadas en el texto, lado a lado con las palabras o frases que querían substituir. Si, pues, un copista tenía varios manuscritos, los cuales comparaba al hacer una nueva copia, eran inevitables las mezclas y confusiones. Cuánto diferían entre sí, a veces, los manuscritos de un mismo libro, puede apreciarse por el hecho de que los manuscritos hebreos que sirvieron para traducir al griego los libros de Job y Jeremías, eran mucho más cortos que el texto oficial de esos libros que aparece actualmente en la Biblia hebrea.

Es claro que el texto de los diferentes libros, después de todos estos cambios, resultaba distinto al de los textos originales escritos por los autores. Infortunadamente, los originales están irremisiblemente perdidos, lo mismo que todas las copias más antiguas. No tenemos manuscritos del Antiguo Testamento que puedan datarse, con seguridad, antes del siglo X de la era cristiana, y todos representan un solo texto. Cuando se aprobó el texto oficial de la Sinagoga, todos los otros fueron eliminados; y los que pudieron haberse salvado fueron destruídos en la gran guerra judía (132-135 d. de J. C.). Este texto oficial era manipulado con sumo cuidado. Era imposible ya hacer cambios como los que podían hacerse antes. Se podía, eso sí, corregir algunos errores obvios o cambiar algunas expresiones poco delicadas, antropomórficas, o profanas, pero esos eran asuntos de menor importancia. Los eruditos estaban empeñados en fijar y guardar el texto con un cuidado escrupuloso. Contaban las letras, y preservaban cuidadosamente también la tradición acerca de la forma en que debía leerse el texto. Esta quedó definitivamente fijada por la inserción de puntos vocales y otros signos aclaratorios, no en los textos oficiales de las sinagogas, sino en los de uso privado. Los eruditos que así guardaban el texto se llamaban Massoretas, por ser los guardianes de la *Massora* (tradición), y su texto es el llamado Texto Massorético. Este es el *Textus Receptus,* o Texto Recibido oficial de la Sinagoga.

Si los copistas de los manuscritos originales hubieran prestado la misma minuciosa, detallada y amorosa atención al texto, tendríamos ahora textos absolutamente correctos y fidedignos. En cambio, tenemos solamente el texto oficial que data del principio del siglo segundo de la era cristiana, con todos sus errores y corrup-

ciones cuidadosa y exactamente preservados. Felizmente, las versiones antiguas, especialmente la Septuaginta griega (LXX), muy frecuentemente nos ayudan a restaurar un texto más aproximado al original, puesto que fueron hechas de manuscritos anteriores al *Textus Receptus*. A menudo también alguna conjetura crítica nos da el original, pero muy frecuentemente no sabemos, ni sabremos jamás, cuál era el texto original.

En la práctica todo esto no es tan grave como parecería, pues a pesar de los numerosos errores del texto hebreo y las muchas malas interpretaciones de las versiones antiguas y modernas, el Antiguo Testamento ha ejercido, y seguirá ejerciendo, su poder viviente, mientras los hombres, sedientos de la revelación del Dios vivo, lean las páginas del libro que, junto con el Nuevo Testamento, ha llegado a ser la Biblia de la humanidad, el inapreciable legado literario de Israel al Mundo.

NOTAS, BIBLIOGRAFIA E INDICES

Pág.

I. Notas 439

II. Tabla cronológica 457

III. Bibliografía 459

IV. Indice de textos 462

V. Indice alfabético 468

VI. Indice general 479

NOTAS

Capítulo I

Pág.

1 [1]El fragmento de la lista de estaciones en Núm 21[14, 15], es parte del "Libro de las Guerras de Jehová"; mientras que el mandamiento de Josué al sol y a la luna (Jos. 10[12, 13]) y las lamentaciones de David por Saúl y Jonatán (2º Sam. 1[19-27]) y las sentencias y dedicaciones de Salomón (1º Reyes 8[12, 13]) son del "Libro de Jaser".

4 [2]Compárese el canto de los árabes de hoy:

Sube, oh pozo,
fluye copiosamente.
Bebed y no despreciéis,
con un báculo lo hemos abierto.

(Musil, Kusery Amra, 1907, pág. 298).

5 [3]Esta interpretación no es del todo segura. Algunos creen que el canto celebró la victoria de Israel sobre Moab, y lo fechan por la época de Omri (cerca del 900 a. de J. C.). Pero la referencia a los proverbistas hace suponer que es más antiguo Y si nuestra interpretación es correcta, este improperio puede venir desde el tiempo de la conquista o poco después de ella, y puede ser más antiguo que el Canto de Débora, el cual en su fondo es también un improperio.

12 [4]El Dr. Bewer ha traducido el verso 10 así:

No se apartará de Judá el cetro,
ni vara de gobernador de entre sus pies,
hasta que venga aquel a quien pertenece,
y a él será tributada la obediencia de las naciones.

La palabra Silo, ha sido tomada a menudo como el nombre secreto del Mesías. Pero es más probable que deba leerse "hasta que venga aquel a quien pertenece", y explicar esto como una referencia a David. Judá no perderá su independencia tribal hasta que venga David, quien naturalmente no es mencionado por su nombre en la "predicción"; entonces David llegará a ser el gobernador de las naciones, y no solamente de la tribu de Judá.

17 [5]Las palabras finales de David (2º Sam. 23[1-7]) han sido compuestas por un poeta posterior que puso en boca del anciano rey estas sabias frases sobre el éxito de su gobernante real.

17 [6]La línea omitida se traduce así según el texto del autor: "Jehová ha puesto el sol en el firmamento".

Capítulo II

21 [1]La costumbre de presentar como ofrendas votivas, imágenes de los miembros del cuerpo, que hubiesen sido afligidos por la enfermedad, está en relación con la magia. Los ratones eran símbolo de la peste bubónica Los antiguos sa-

Pág.

bían ya que los ratones y otros roedores eran los conductores de esta enfermedad.

22 [2]En el relato de la versión griega se ha preservado el texto original que muestra el método de echar suertes, por medio del cual se descubrió la culpa de Jonatán. Después que Saúl y Jonatán se hubieron colocado a un lado y el pueblo al otro, Saúl dijo, "Jehová, Dios de Israel, ¿por qué no has respondido hoy a tu siervo? Si el pecado está en mí o en mi hijo Jonatán, Jehová, Dios de Israel, de Urim; pero si tú dices así: la culpa está en el pueblo, de Tummim". Y Jonatán y Saúl fueron tomados, pero el pueblo escapó. Y Saúl dijo: "Elegid entre mí y Jonatán, mi hijo. El que Jehová tome, morirá". Y el pueblo dijo a Saúl: "¡No será así!". Pero Saúl prevaleció sobre el pueblo, y ellos echaron la suerte entre él y su hijo Jonatán, y Jonatán fué tomado. El Urim y Tummim eran un oráculo para suerte.

22 [3]La versión griega contiene ya esta identificación del guerrero con Goliat, pero tiene el relato en una forma más corta y primitiva ($17^{1-11, 32-40, 42-48a, 49, 51-53}$).

23 [4]No un año y cuatro meses, como dice la versión hebrea.

24 [5]La corrupción de Isbaal (= el hombre de Baal) en Isboset (= el hombre de la vergüenza) se debe a la costumbre posterior de substituir Baal por boset=vergüenza, basada en la predicción de Oseas, de que los baales no serían más mencionados por sus nombres.

25 [6]Este y no Mefiboset era su nombre real. Para la corrupción, compárese la nota con la de la pág. 24.

Capítulo III

31 [1]En lugar de este motivo religioso Deuteronomio tiene un motivo social: "para que pueda descansar tu siervo y tu sierva así como tú. Y acuérdate que tú también fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te sacó de allí con mano fuerte, y con brazo extendido; por tanto Jehová tu Dios te ha mandado que guardes el día del reposo" (Deut. $5^{14b, 15}$). Esto está perfectamente de acuerdo con el carácter humano de la legislación deuteronómica.

31 [2]Deuteronomio coloca la orden "no codiciarás la mujer de tu prójimo" antes de "no codiciarás la casa de tu prójimo" separando de este modo la esposa y elevándola por sobre su primitiva posición de mera cosa poseída. Esto está de acuerdo con la actitud del Deuteronomio hacia la mujer y es el resultado de un largo desarrollo.

32 [3]Aparentemente se combinan aquí dos costumbres, una sitúa el rito en el santuario, la otra en el hogar.

33 [4]Esto da por sentada la terrible eficacia de la maldición.

33 [5]Esta es la formulación clásica de la *lex talionis* (ley del talión).

35 [6]O, si fuere un sirviente asalariado, el daño recae sobre el salario.

38 [7]Esto indica el inmenso progreso hecho por el Deuteronomio al considerar a la esposa, no como una parte de la propiedad del hombre, sino como una persona, al colocar aparte el mandamiento 'no codiciarás la mujer de tu prójimo". (Véase pág. 31, Nota 2).

40 [8]V. M. "los Diez Mandamientos". (N. del T.).

Pág.

Capítulo IV

43 [1]El autor tomó de ellos estadísticas tales como el sumario de las guerras de David en 2º Sam. 8; el catálogo de sus generales y cortesanos en 2º Sam. 20^{23-26} 21^{15-22} 23^{39-39} y la lista de sus esposas e hijos de 2º Sam. 3^{2-5} 5^{13-16}. Para Salomón y los otros reyes había listas similares y sumarios de sucesos importantes.

44 [2]Están ahora incorporados en 1º Reyes 17-19^{21}.

46 [3]Efectuaban una danza ritual.

46 [4]Un rito primitivo en el que el suplicante ofrece su propia sangre a la deidad como un substituto del sacrificio humano, o para llegar a una más íntima comunión con la deidad u obtener misericordia, según las circunstancias. En este caso probablemente fuera esto último.

48 [5]La versión griega ha preservado lo que probablemente fuera el comienzo original: "¡Si tú eres Elías, yo soy Jezabel!"

50 [6]Esta breve profecía será desarrollada más tarde (1º Rey. 21^{20b-26}) para incluir a toda la familia de Acab. Más adelante alguien agregó que Acab se humilló ante Jehová, y por eso el terrible exterminio no ocurrió en los días de Acab, sino en los de sus hijos.

50 [7]Baal-zebub era el dios de las moscas, como su nombre lo dice (*Baal* = señor, *zebub* = mosca). Las moscas, lo mismo que los ratones, eran tenidas por los antiguos como conductoras de enfermedades. El dios de las moscas las traía o las alejaba, traía enfermedades y las sanaba. En tiempos de Jesús, Baal-zebub o Beelzebub, había llegado a ser tan importante, que tenía el rango de príncipe de los demonios.

50 [8]Una mano posterior agregó la extraña historia de Elías arrojando fuego sobre dos compañías de cincuenta soldados con sus capitanes que habían ido a prenderlo. El tercer capitán suplicóle por su vida y por la de sus soldados y entonces Elías fué con él y le dijo al rey lo mismo que había dicho a los mensajeros.

55 [9]"La piedra moabita" fué erigida por Mesa en Dibón, sobre el Arnón. En *Archaelogy and the Bible* de Barton, págs. 363-364 se encuentra una traducción inglesa.

Capítulo V

63 [1]Nuestro autor llama a Dios *Jahveh* (o fonéticamente deletreado *Yahweh*) y por eso es conocido como el *Yahvista*, el *Jehovista* o simplemente *J*.

65 [2]El relato primitivo de *J* está en Gén. 2^{4b-425} 5^{29} 6^{1-8} $7^{1-5, 7-10, 12, 16b,}$ $^{17b, 22, 23}$ $8^{2b, 3a, 6-12, 13b, 20-22}$ 9^{18-27} $10^{8-19, 21, 24-30}$ 11^{1-9}.

65 [3]La historia de Abram por *J*. está en Gén. 11^{28-30} 12 (excepto $^{4b, 5}$), $13^{1-5, 6b, 7-11a, 12b, 13}$ ^{18} $15^{1-11, 17, 18a}$ $16^{1b, 2, 4-8, 11-14}$ $18^{1-16, 20-22a}$ $19^{1-28, 30-38}$.

66 [4]La historia de Isaac por *J* está en Gén. $21^{1a, 2a, 7, 33}$ 22^{20-24} 24, $25^{1-5, 11b, 18a}$ 26^{1-33}.

66 [5]La historia de Jacob y Esaú por *J*, está en Gén. $25^{21-26a, 28}$ $27^{1-10, 14, 15, 17, 18a, 20, 24-27a, 29b-32.}$ $35^{-39a, 40a, 41-45}$ $28^{10, 13-16, 19a,}$ $29^{2-14, 26, 31-35}$ $30^{9-16, 20b, 21, 24b, 25, 27, 29-40ac, 41-43}$ $31^{1, 17, 18a, 25, 27, 31, 43, 44.}$ $^{46, 48, 51-53}$ $32^{3-7a, 13b-22a, 23b-29, 31, 32}$ 33^{1-17a} 34, $35^{21, 22}$ $36^{15-19, 31-39}$ 38.

Pág.

66 [6]La historia de José por *J*, está en Gén. 37[3, 4, 12, 13a, 14b, 18b, 21, 23a, 25-27, 28b, 31a, 32, 33, 35 39[1ac, 2-4 42[2, 4b-7, 27, 28a, 38 43[1-13, 14b-23a, 24-34 44, 45[1a, 2, 4b, 5a, 9-11, 13, 14, 19, 28 46[1a, 28-34 47[1-5a, 6b, 12-27a, 29-31 48[2b, 8a, 9b, 13, 14, 17-19 49[2-27, 33a, 50[1-11, 14, 18, 21 24.

67 [7]Ex. 1[6, 8-12, 14a 2[11-23a 3[2-4a, 5, 7-9a, 16-18 4[1-16, 19, 20a, 24-26 29-31 5[3, 5-23 6[1.

67 [8]*J* tiene siete plagas: 1, el Nilo se volvió inmundo (Ex. 7[14, 16, 17a, 18, 21a, 24, 25); 2, ranas (8[1-4, 8-15a); 3, moscas (8[20-32); 4, carbunco (9[1-7); 5, granizo (9[13. 17, 18, 23b, 24b, 25b-29a, 33, 34); 6, langostas (10[1a, 3-11, 13b, 14b, 15ac-19, 24-29; 7, muerte de los primogénitos (11[4-8).

68 [9]Ex. 12[21a, 27b, 29-34, 37-39 13[3a, 4, 6, 10-13, 21, 22 14[5, 6, 10a, 11-14, 19b, 20b, 21b, 24a, 25, 27b 28b, 30 15[1.

68 [10]Ex. 15[22-25a, 27 17[3, 2b, 7ac 18[7, 9-11, *J* no dice nada de su ida a la montaña de Jehová en el desierto. Jehová mismo estaba presente con ellos todo el tiempo. La afirmación hecha al faraón de que tenían que ir tres días de camino al desierto para celebrar allí una fiesta a Jehová, era meramente un pretexto. *J* no tenía originalmente ningún pacto o legislación en el monte Sinaí. Esa parte del relato fué insertada más tarde.

68 [11]Núm. 10[29-33 11[4-13, 15, 18-24a, 31-35 12[16 13[17b, 18b, 19, 22, 27a, 28, 30, 31 14c, 3, 8, 9b, 31, 41-45.

69 [12]Núm. 21[16-20, 24b, 25-32 22[3b, 4, 5ac-7, 11, 17, 18, 22-36a, 37b, 39 23[28 24, 25[1b, 2, 3b, 4 32[39-42, Josué 5[13-15 9[6, 7 10[12-14.

69 [13]Josué 13[13 15[13-19, 63 16[10 17[11-18 19[47.

69 [14]Jueces 3[16-27a, 28 5[2-31a 8[4-21, 24-27a 9[26-41 11[1-11a. 29, 33b, 12[1-6, 13-16 (excepto 13[1, 5b 15[20 16[31b) 17-20, 21[15-23.

71 [15]La epopeya de Gilgamesh describe la amistad y las aventuras de los famosos héroes antiguos, Gilgamesh y Engido, la búsqueda de la vida eterna por Gilgamesh después de la muerte de su amigo, en el curso de la cual, llega hasta su antepasado Utnapishtim, el Noé babilonio, quién le cuenta la historia de la inundación. Esta parte está traducida, en *Archaelogy and the Bible*, por Jorge A. Barton (1916), págs. 273-277, de las tabletas de la biblioteca del rey Asurbanipal (668-626 a. de J. C.), que eran copias de los textos más antiguos. Otro relato de la inundación, escrito antes del 2000 a. de J. C. se encuentra en las págs. 280-281.

74 [16]Ex. 7[17a 8[6b, 18b 9[14-16, 29b 10[1b. 2.

75 [17]Gén. 18[17-19, 22b-23a.

75 [18]Ex. 19[11b-13, 18, 20-25 24[1, 2, 9-11 32[25-29 33[1, 3, 4a 34[1-5, 10a, 14, 17, 18a, 19-23, 25-28.

Capítulo VI

79 [1]Ex. 3[1, 4b, 6, 9b-15, 19-22 4[17, 18, 20b.

80 [2]Ex. 7[15, 17b, 20b, 23 9[22, 23a, 24a, 25a, 31, 35 10 12, 13a, 14a, 15b, 20-23. 27 11[1-3 13[17-19 14[7, 9a, 10b, 15a, 16a, 19a, 20a, 24b.

80 [3]Ex. 17[1b, 2a, 4-6, 7b, 8-16.

81 [4]Originalmente Aarón debió haber sido castigado también, pero esto se ha omitido debido al lugar eminente que tenía entre los sacerdotes.

Pág.

81 [5]El análisis de *J* y *E* en este relato no es seguro. Probablemente los versículos 1b, 2a, 12, 14b, 25, 27b, 32a. 33b, 34 sean de *E*.

83 [6]Puesto que este relato dice que Moisés hizo jueces a estos ancianos por orden de Jehová, mientras que *E* mismo había dicho que la organización judicial fué introducida por Moisés por sugestión de su suegro Jetro, se deduce que probablemente fué insertado más tarde.

83 [7]Jos. $14^{6\text{-}15}$ $16^{1\text{-}3}$, 9 17^{1b}, 2, 8, 10b $18^{2\text{-}6, 8\text{-}10}$.

84 [8]Compárese también $6^{7\text{-}10}$ $10^{10, 11a, 12b\text{-}16}$.

84 [9]En el relato de Mica y su ídolo, *E* agregó unas pocas interpolaciones características a fin de producir aversión hacia la imagen.

86 [10]El relato de *E* está contenido en 1º Sam. 1 $2^{11\text{-}26}$ 3 [41-72] , $7^{3\text{-}17}$ 8, $10^{17\text{-}25}$ 12, 15, $16^{1\text{-}13}$ $28^{3\text{-}25}$ 31.

Capítulo VII

93 [1]Más tarde el libro recibió algunos agregados; entre los oráculos contra las naciones uno contra Judá ($2^{4, 5}$); una serie de pasajes celebrando el gobierno de Jehová sobre la naturaleza (4^{13} 5^{8}, $9^{5, 6}$); y una predicción del glorioso futuro de Judá ($9^{8b\text{-}15}$).

99 [2]Tenemos el libro de Oseas en una edición judía. Dos editores judíos hicieron leves modificaciones y adiciones. El más antiguo hizo que los mensajes se aplicaran a Judá tanto como a Israel ($5^{10\ 12\text{-}14}$ $6^{4, 11}$ 8^{14} 10^{11} 12^{2}). El más reciente agregó palabras de aliento para Judá ($1^{7, 10}$) y algunas referencias favorables (3^{5} "y David su rey" 4^{15a} 11^{12b}).

Capítulo VIII

104 [1]La adición al final "así será el tronco de ella la simiente santa" expresa la convicción posterior de Isaías respecto al remanente que sería convertido y salvado.

108 [2]Ver. 15 "manteca y miel", etc., ha sido traspuesto. No pertenece a la parte llena de esperanza del anuncio sino a la amenazadora. El país de Judá será también devastado, no habrá cosechas y los habitantes tendrán que comer en esa época el alimento de los nómadas. Isaías lo explica sencillamente en $7^{21\text{-}25}$:

> "Y sucederá que en aquel día, un hombre guardará la vida a una vaca y a dos ovejas; y será que a causa de la abundancia de la leche que den, comerá requesones; porque requesones y miel comerán todos los que fueron dejados en la tierra.
>
> Pues sucederá que en aquel día, sí, sucederá que todo lugar donde hubiere habido mil vidas, del valor de mil siclos, será abandonado a las zarzas y los espinos. Con flechas y arco irán allí los cazadores; porque toda la tierra será zarzas y espinos. Y en cuanto a todas las colinas que ahora se labran a azada, tampoco te llegarás allí por temor de zarzas y espinos; sino que serán para enviar allí el ganado vacuno, y para ser holladas de ovejas". (VM.)

111 [3]El texto original de 14^{28} era "en el año en que el rey murió, yo vi este oráculo". El rey era Sargón. Algún copista, no encontrando el nombre propio, creyó ver en la palabra siguiente *waahzeh* el de Acaz, y leyó: "en el año que murió el rey Acaz, ocurrió este oráculo".

115 [4]Isaías mismo refutó todo cargo de inconsecuencia en el notable pasaje en

Pág.

que demostraba que diferentes condiciones requieren diferentes tratamiento, como podían haberlo aprendido del agricultor. Podemos creer muy bien que fué, antes que nada una respuesta a sus propias objeciones:

Estad atentos, y oíd mi voz;
estad atentos, y oíd mi dicho.
El que ara para sembrar, ¿arará todo el día?
¿romperá y quebrará los terrones de la tierra?
Después que hubiere igualado su superficie,
¿no derramará la neguilla, sembrará el comino,
pondrá el trigo por su orden, y la cebada en su señal,
y la avena en su término?
Porque su Dios le instruye,
y le enseña a juicio;
que la neguilla no se trillará con trillo,
ni sobre el comino rodará rueda de carreta;
sino que con un palo se sacude la neguilla,
y el comino con una vara
El pan se trilla;
mas no siempre lo trillará
ni lo comprimirá con la rueda de su carreta,
ni lo quebrantará con los dientes de su trillo.
También esto salió de Jehová de los ejércitos,
para hacer maravilloso el consejo y engrandecer la sabiduría. (28^{23-29})

119 [5]Los pasajes genuinos pueden ser arreglados según sus fechas, como sigue: Desde su llamado hasta la guerra siro-efraimita (738-735): 6; 2^{6-18} 31-41 32^{9-14} 51-24 $121-26, 29-31$.

Durante la guerra siro-efraimita (735-734): 7; 8; $17^{1-6, 9-11}$.

Después de la guerra, pero antes de la caída de Samaria (734-722): 9^{8}-10^{4} 5^{25-30} 28^{1-4}.

Durante el sitio de Asdod por Sargón (711): cap. 20

Antes y durante la invasión de Senaquerib: 10^{5} y sigs.; 14^{24-32} 17^{12-18} 22; 28^{7-29} $29^{1-4, 6-16}$ $30^{1-17, 27-33}$ 31.

Después de la salvación de Jerusalén: 1^{2-20} 9^{1-7} 11^{1-9} $32^{1-8, 15-20}$ 22^{-5}.

Capítulo IX

123 [1]Compárense también las palabras del oficial asirio al pueblo en 2º Reyes 18^{22}. "Y si me decís: Nosotros confiamos en Jehová nuestro Dios, ¿no es aquél cuyos altos y altares ha quitado Ezequías, y ha dicho a Judá y a Jerusalén: "Delante de este altar adoraréis en Jerusalén"?

123 [2]La pronunciación original era Melech = rey. Los judíos lo escribieron con las vocales de *boshet* = vergüenza.

124 [3]Una leyenda muy conocida dice que Isaías fué cortado en dos, bajo Manasés (véase el Martirio de Isaías 5^{11} citado en la epístola a los Hebreos 11^{37}).

126 [4]Esto corresponde aquí; en la Biblia no está en su lugar.

127 [5]Esto corresponde aquí; en la Biblia no está en su lugar.

130 [6]La adición del juez laico es notable. Demuestra la gran influencia que los jueces laicos habían tenido en todo el país. El oráculo sacerdotal había sido un recurso final.

134 [7]Pero nótese que las leyes humanitarias son para los israelitas, no para los

Pág.

extranjeros (15^{3} 23^{20}). El residente extranjero (viajero) era tomado en cuenta por el espíritu de Deuteronomio, y se exhortaba a los israelitas a amarlos. Pero esto no se refiere a otros extranjeros, algunos de los cuales son excluídos para siempre de la ciudadanía de Israel (23^{1-8}). No hay en el libro espíritu misionero, ni la menor idea de compartir con otros las bendiciones de la maravillosa religión de Israel. Deuteronomio no había percibido aún las implicaciones universales del monoteísmo. Su religión era todavía exclusivista.

135 [8]*Shema* = *oye*, es la primera palabra del pasaje (6^{4-9}) que Jesús citó como el primer y más grande mandamiento.

Capítulo X

139 [1]Posteriormente un lector del destierro añadió los moabitas y ammonitas en 2^{2-11}, e insertó en 2^{7} la esperanza política "y será la costa para el remanente de Judá" y "porque los visitará Jehová su Dios y hará tornar su cautiverio".

143 [2]Though the cause of evil prosper,
Yet' tis truth alone in strong:
Though her portion be the scaffold,
And upon the throne he wrong,—
Yet that scaffold sways the future,
And behind the dim unknown,
Standeth God within the shadow,
Keeping watch above his own. (James Russel Lowell)

144 [3]Habacuc $2^{8b,\ 13a,\ 14,\ 18-20}$ son también adiciones posteriores al libro original.

Capítulo XI

149 [1]Algún lector ingenioso que examinó esto, encontró tan raro el repentino cambio del hijo Efraim a la virgen de Israel, que escribió al margen: "¡Verdaderamente Jehová ha creado una nueva cosa en la tierra: Un hombre es cambiado en mujer!" Un copista desprovisto del sentido del humor introdujo esto en el texto.

156 [2]Este pasaje fué elaborado posteriormente por interpoladores que creían que se refería a un juicio universal. Por eso insertaron cierto número de naciones que pensaban correspondían aquí, e hicieron que en el v. 26 se leyera "y el rey de Sesac (Babilonia) beberá después de ellos", demostrando que ninguno de ellos comprendió la situación histórica. Algunas de las adiciones no estaban todavía en el hebreo original de la versión griega. La lista que queda después de haberlas quitado, contiene Judá, Egipto, Filistia, Edom, Moab, Ammón, Dedan, Teman, Buz, y la heterogénea población del desierto.

158 [3]La lectura de este grito de angustia insoportable no es segura.

162 [4]Hay un oráculo en 49^{34-38} que se sostiene haber sido dado por Jeremías contra Elam "en el principio del reinado del rey Sedecías."

165 [5]Para Egipto, Jeremías tenía también un oráculo amenazador (46^{13-26}).

169 [6]Estos oráculos contra las naciones circularon primero como un libro independiente. Cuando los insertaron en el libro de Jeremías, algunos manuscritos los tenían al fin (46-51), otros, representados por la Versión Griega los tenían en un orden diferente entre Jeremías 25^{13} y 25^{14}.

Capítulo XII

Pág.

174 [1]El Dr. Bewer traduce ciento noventa días. (N. del T.)

177 [2]Compárese especialmente el escritor celestial provisto de un tintero, con el dios Nabu, el escriba de los dioses.

185 [3]Ezequiel no especifica la extensión de este período; escritores posteriores lo hacen de 1000 años, el milenio.

188 [4]Un progreso sobre las costumbres primitivas, aparece en la prohibición del matrimonio de hermano y media hermana (contraste con Gén. 20^{12}, 2º Sam. 13^{13}), de un hombre y la esposa de su hermano (contraste con el matrimonio de levirato de Deut. $25^{5, 6}$) y de un marido y la hermana de su esposa durante la vida de su esposa (contraste con Lía y Raquel, Gén. 29).

190 [5]No tenemos el Código de Santidad en su forma original. Cuando fué incorporado al gran código sacerdotal de leyes fué vuelto a redactar y le fueron añadidos elementos sacerdotales de una época posterior, especialmente el calendario sacerdotal de los festivales (Lev. $23^{4-8, 13, 14, 18b, 19a, 21-38}$), la ley del jubileo (Lev. $25^{8-12, 15, 16, 26-34, 41, 44, 50-52, 54}$), los arreglos en cuanto al candelero de oro y los panes de la proposición (Lev. 24^{1-9}), y el relato del blasfemo que fué apedreado hasta morir (Lev. $24^{10-15a, 16b, 22a, 23}$). Unas pocas secciones parecen haber sido separadas de ella (Ex. 31^{13-14a}, Lev. 11^{43-45}, Núm. 15^{37-41}).

Capítulo XIII

195 [1]La traducción "en toda angustia de ellos él fué angustiado", etc., que lleva consigo la profunda verdad de la divina camaradería y simpatía en el sufrimiento, si no del propio sufrimiento expiatorio de Dios, ha tenido que ser abandonada porque no representa el original sino un texto posterior.

Capítulo XIV

212 [1]Desgraciadamente el texto de este poema (Isa. 52^{13}-53^{12}), especialmente de su conclusión, ha sido mal conservado. La traducción de 53^{11} y ^{12} está basada sobre un texto cuya reconstrucción infortunadamente no es muy segura.

214 [2]Este era un tema favorito de escritores posteriores. En Jer. 10^{1-16} uno de ellos insertó un ataque a la adoración de los ídolos muy a la manera y estilo de Déutero-Isaías.

214 [3]La interpretación que ve al Mesías en el Siervo de Jehová es insostenible. El mismo Deutero-Isaías llamó a Israel el siervo de Jehová. Compárese, p. ej., 41^{8}, "pero tú Israel, mi siervo, Jacob a quien he elegido". "Tú eres mi siervo, Israel, en quien seré glorificado". Déutero-Isaías no profetizó de Jesucristo, pero su ideal fué cumplido en él hasta donde podía hacerlo una personalidad individual.

Capítulo XV

219 [1]En $6^{12, 13}$ se repite con ligeras modificaciones, y en $9^{4, 5}$ también. Pero

Pág.

6^{12} y ^{13} es probablemente una inserción posterior, desde que no estaba en la Versión Griega y $9^{4,5}$ es parte de la interpolación del continuador en el destierro del Libro de Reyes, de quien tendremos que hablar todavía.

221 21^{9} Rey. 6^{1} que contaba los años desde el Exodo, de acuerdo a lo cual el cuarto año de Salomón era el 480^{9} después del Exodo, está muy aislado y pertenece a una mano posterior. Compárese la cronología romana que comienza con la fundación de la ciudad de Roma.

221 ^{3}El contaba el último año del predecesor como el primero del nuevo rey. Así, si Jehú subió al trono en 842, como podemos computarlo por los datos asirios, el último de su predecesor Joram fué también el 842^{9}. Contando doce años de su reinado, llegamos al 853. Su hermano Ocozías reinó dos años (854-853), entre ambos catorce años, que por la manera de computar del autor, están contenidos entre 854 y 842, porque 853 está contado dos veces. Si tenemos esto en cuenta, descubriremos que las cifras dadas en el Libro de Reyes son muy dignas de confianza. Solamente se han deslizado dos errores en las largas listas, que se pueden corregir asignando a Amasías de Judá nueve años en vez de veintinueve, y a Peca de Israel cinco años en vez de veinte. Entonces las listas son como siguen. La última cifra, 587, corresponde realmente a nuestro 586. Según el año israelita anterior al destierro, el 587 duró desde octubre de 587 hasta octubre de 586. Según nuestros cálculos la caída de Jerusalén fué en agosto del 586.

ISRAEL		JUDA	
Jeroboam (22)	932-911	Roboam (17)	932-915
		Abiam (3)	915-913
Nadab (2)	911-910	Asa (41)	913-873
Baasa (24)	910-887		
Ela (2)	887-886		
Zimri (7 días)	-886		
Omri (12)	886-875		
Acab (22)	875-854	Josafat (25)	873-849
Ocozías (2)	854-853		
Joram (12)	853-842	Joram (8)	849-842
		Ocozías (1)	842
Jehú (28)	842-815	Atalía (7)	842-836
Joacaz (17)	815-799	Joás (40)	836-797
Joás (16)	799-784	Amasías (29)	797-789
Jeroboam II (41)	784-744	Azarías (52)	789-738
Zacarías (½)	744	Jotam, corregente (12)	750-738
Sallum (1 mes)	744		
Manahén (10)	744-735	Jotam (4)	738-735
Pecaya (2)	735-734	Acaz (16)	735-720
Peca (20)	734-730		
Oseas (9)	730-722		
		Ezequías (29)	720-692
		Manasés (55)	692-638
		Amón (2)	638-637
		Josías (31)	637-607
		Joacaz (3 meses)	607
		Joacim (11)	607-597
		Joaquín (3 meses)	597
		Sedecías (11)	597-587/6

Pág.

223 [1]1º Rey. 13 es una leyenda profética muy posterior que fué insertada después del destierro.

235 Ex. 20[22, 23] 22[21b, 22, 24, 25b, 31] 23[4, 5, 9a, 11b, 12b, 13a, 20-23] 34[10-17, 24].

Capítulo XVI

241 [1]Después de omitir el oráculo de Zorobabel, que no corresponde aquí, la relación entre el v. 6 y el v. 10 es como sigue: "Entonces respondió y me habló diciendo: aquellas siete son los ojos de Jehová", etc.

[2]Una corrección similar se hizo en una profecía del rey Mesiánico, que viene muy probablemente de esta época y se halla en Jer. 23[5, 6] y 33[15-18]. Predecía que el justo "Pimpollo", reinaría como rey:

He aquí que vienen los días, dice Jehová, y despertaré a David renuevo justo, y reinará Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra.

En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado: y este será su nombre que le llamarán: *Jehová, justicia nuestra.* (Jer. 23[5, 6]. Véase también 33[15, 16]). A esto le fué añadido más tarde en Jeremías 33[17, 18]:

"Porque así ha dicho Jehová: No faltará a David varón que se siente sobre el trono de la casa de Israel. Y de los sacerdotes y Levitas no faltará varón de mi presencia que ofrezca holocausto, y encienda presente, y que haga sacrificio todos los días".

254 Y esto fué solemnemente elaborado en los versículos siguientes 33[10-22].

258 [3]El resto del pequeño libro, vers. [15a, 16-21], vienen de una época posterior. [4]¿Pero pudo él decir entonces, "en todo lugar se ofrece a *mi nombre*"? ¡Esto era justamente lo que no se hacía, sacrificar al nombre de Jehová! ¿O fué solamente un desliz de la pluma? No, fué debido a la insistencia de Malaquías en el honor que era conferido al nombre de Jehová entre los paganos "porque mi nombre es grande entre los gentiles". Del ver. [14] se desprende bien claramente que esto significa que los paganos temen su nombre, porque es un gran rey. Los judíos, es decir, los sacerdotes a quienes se dirigía Malaquías, despreciaban el nombre de Jehová, los paganos lo honraban. Ahora bien, como hemos llegado a saber por los papiros que los judíos tenían un templo en Elefantina, en el sud de Egipto, muchos creen que Malaquías se refería a los judíos de la dispersión, que en todas partes ofrecían incienso al nombre de Jehová y una ofrenda pura. Pero entonces Malaquías habría exagerado mucho por cuanto ellos no tenían templos ni altares "en todo lugar "donde pudieran ofrecer.

Capítulo XVII

262 [1]Gén. 1[1-24a] 5 (excep. v. 29), 6[9-22] 7[6, 11, 13-16a, 17a, 18-21, 24] 8[1, 2a, 3b-5, 13a, 14-19] 9[1-17, 28, 29] 10[1-7, 20, 22, 23, 31, 32].

262 [2]Gén. 11[10-27, 31, 32] 12[4b, 5] 13[6a, 11b, 12a, 16]1a, 3, 15, 16] 17, 19[29] 21[1b, 2b, 3-5] 23, 25[7-11a, 12-17].

263 [3]Gén. 29[24, 28b, 29] 30[22a] 31[18b] 33[18b] 35[6a, 9-13, 15, 22b-29] 37[1, 2ac] 41[46a] 46[6, 7] 47[6ac, 7-11, 27b, 28] 48[3-6] 49[1a, 28b33] 50[12, 13].

263 [4]Ex. 1[1-5, 7, 13, 14b] 2 23b-25 6[2-12] 7[1-13, 19, 20a, 21b] 22 8[1-3, 12-15] 9[8-12].

263 [5]Ex. 14[1, 2, 4, 5a, 8, 9, 10c, 15ac, 16b, 17, 18, 21ac, 22, 23, 26, 27a, 16[1-3, 9-14, 15b-17, 21a, 31a, 32, 34, 35a].

Pág.

263 [6]Ex. 12[37a, 40, 41, 51] 13[20] 17[1a] 19[1, 2a].

263 [7]Núm. 1[1-47] 2[1-16, 18-31, 34] 3[14-39].

264 [8]Núm.10[11, 12] 13[1-17a, 21, 25, 32a] 14[1a, 2, 5-7, 10, 26, 29, 34-38] 16[1a, 2b-7a, 18, 19b-24a, 35] 17[6-28].

264 [9]Núm. 18[1-15, 17-21, 24-32].

264 [10]Núm. 20[1a, 2, 3b, 4, 6, 7b, 10, 12, 22-29] 21[10. 11a] 22[1].

264 [11]Núm. 32[1a, 2b, 4a, 18, 19, 28-32] 34[1-12, 16-29] 35[9-29].

264 [12]Deut. 32[48-52] 34[1a, 7-9].

264 [13]Jos. 4[10, 16, 18, 19] 5[10-12 (en parte)] 9[15b, 17-21] 12[9-24].

264 [14]Jos. 13[15-21a, 23-27ac, 28, 32] 14[1, 2] 15[1-12, 20-45, 48-62] 16[4-8] 17[1a] 18[1, 11a, 12-28] 19[1-7, 8b, 10-48, 51].

265 [15]Lev. 25[8-13, 15, 16, 26-34, 40b, 41, 44-46, 50-52, 54].

265 [16]Ex. 27[20, 21] 28[42, 43] 29[9b, 21, 26-30, 33, 35b-42] 30[1-31][17].

265 [17]*P* ha tratado esto en forma bien resumida en Ex. 35[4-8, 10, 11, 20-27, 29] 36[8-39][32, 33a, 43] 40[1, 2, 16, 17 33b, 34].

265 [18]Núm. 1[48-54] 3[5-15] 4, 8[5-26] 16[1ab, 7c, 8-11] 17[1-5].

266 [19]Estos son precedentes para los jueces y también por eso, pasajes realmente legales.

266 [20]Gén. 36[1-5, 9-30] 46[8-27] Ex. 6[14-25] Núm. 10[13-28] 16[1ab, 7c, 8-11] 17[1-5] 25[6-18] 31, 33, Jos. 13[29-31] 22[9-34].

270 [21]El relato de Nadab y Abihú, que ofrecieron un sacrificio de incienso que Jehová no habia ordenado y que por eso fueron castigados por medio de un rayo (Lev. 10) es otro ejemplo del metodo de *P* de colocar en el periodo del desierto la lucha posterior de ciertas familias sacerdotales (¿de los santuarios locales?) por alcanzar en Jerusalén dignidad y cargo sacerdotal.

271 [22]Afortunadamente, la práctica se apartó mucho de esta sombría teoría. Véanse páginas 344 y siguientes.

277 [23]El Día de Expiación no estaba aún en el libro de Esdras, de otro modo habría sido mencionado en Nehemías 8 y 9.

275 [24]Se ha calculado que solamente los sacrificios diarios y los otros públicos requerían anualmente 1093 corderos, 113 bueyes, 37 carneros, 32 cabras; 150.6 efas de harina fina (=5487,86 litros), 342,08 hins de vino, y también de aceite (= 2076,43 litros). Además de esto, aceite para las lámparas, aromas para el aceite de ungir y para el incienso fragante, y harina fina para los panes de la proposición.

276 [25]Es interesante notar en relación con esto, cuan fuertemente el mismo *P* estaba influenciado por las ideas y prácticas extranjeras. Usó la cosmología babilonia en el relato de la creación, la historia babilonia con las cuatro edades del mundo, la cronología y la geografía babilonia, y aún los elementos del culto babilonio en su ley ceremonial. Pero debe observarse también que todos ellos estaban asimilados tan completamente, que de ningún modo eran considerados como elementos extranjeros.

Capítulo XVIII

283 [1]Neh. 1[1-75, 6-73a (= Esdras 2)] 11[1, 2] 12[31, 32, 37-40] 13[4-31].

Pág.

287 [2]Un escritor posterior añadió la genealogía más larga de Booz llevándola hasta Fares, porque había sido mencionado en 4^{12}.

306 [3]Un escritor sacerdotal añadió los versículos $^{18-20}$, en los que hablaba del diezmo que Abram daba a Melquisedec, a fin de demostrar que el dar el diezmo al sacerdocio de Jerusalén ya era practicado por Abram.

Capítulo XIX

315 [1]Si Prov. 1-9 es la introducción a todo el libro, entonces 1^1 no constituye el título de 1-9 solamente, sino que es el principio de la exposición del propósito de los Proverbios que se dan en 10^1 y siguientes.

319 [2]El hermoso capítulo 28 de Job parece ser un agregado posterior al poema; muestra que los hombres pueden descubrir todos los tesoros de la tierra, pero la fuente del tesoro más precioso, la sabiduría, solamente puede Dios revelarla.

319 [3]El Dr Bewer traduce estas dos líneas así: "Me he cansado, oh Dios, me he fatigado, oh Dios, y estoy consumido". (Nota del Tr.)

321 [4]En la literatura de Sabiduría posterior, p. ej.: en la Sabiduría de Salomón, la influencia griega es clara y pronunciada.

321 [5]La tenacidad de esta doctrina se ve en los evangelios, donde Jesús tuvo todavía que luchar contra ella.

322 [6]La vieja historia en prosa está contenida en Job 1-2, 42^{7-17}.

329 [7]El texto y la interpretación de este famoso pasaje permanecen inciertos. Pero se puede bien asegurar que Job no sostiene la creencia en la resurrección o en la inmortalidad, pues en tal caso la hubiera desarrollado más en detalle.

330 [8]Por lo menos debe citarse una parte de este gran capítulo:

Si hubiere tenido en poco el derecho de mi siervo
y de mi sierva, cuando ellos pleitearan conmigo,
¿Qué haría yo cuando Dios se levantase?
y cuando él visitara, ¿qué le respondería yo?
El que en el vientre me hizo a mí, ¿no lo hizo a él?
¿y no nos dispuso uno mismo en la matriz?
Si estorbé el contento de los pobres,
e hice desfallecer los ojos de la viuda;
y si comí mi bocado solo,
y no comió de él el huérfano...
Si he visto que pereciera alguno sin vestido,
y al menesteroso sin cobertura;
si no me bendijeron sus lomos,
y del vellón de mis ovejas se calentaron;
si alcé contra el huérfano mi mano,
aunque viese que me ayudarían en la puerta;
mi espalda se caiga de mi hombro,
y mi brazo sea quebrado de mi canilla...
Si me alegré en el quebrantamiento del que me aborrecía.
y me regocijé cuando le halló el mal;
(que ni aun entregué al pecado mi paladar,
pidiendo maldición para su alma)...
Si encubrí, como los hombres mis prevaricaciones,

Pág.

encubriendo en mi seno mi iniquidad:
porque quebrantaba a la gran multitud,
y el menosprecio de las familias me atemorizó,
y callé, y no salí de mi puerta. (31[13-17, 19-22, 29, 30, 33, 34])

330 [9]Esta sección corresponde al final del capítulo 31.

339 [10]Véase también 3[12, 13, 22] 5[17] 8[15] 11[7-10]. Un notable paralelo de esta exhortación se halla en el antiguo poema babilonio de Gilgamesh (véase nota 15 del cap. V).

¿Por qué, oh Gilgamesh, te preocupas?
La vida que buscas, no has de encontrarla.
Cuando los dioses crearon al hombre,
Ordenaron para él la muerte,
Y guardaron ellos la vida en sus manos.
Tú, oh Gilgamesh, llena el vientre,
¡Está alegre día y noche!
¡Alégrate todos los días!
¡De día y de noche diviértete!
Tus vestidos sean blancos,
¡Unge tu cabeza, purifícate!
Tus hijos al lado tuyo,
¡Y goza con la mujer de tu corazón!

341 [11]Véanse 4[5] 5[3, 7a] 7[19] 10[1-3, 8-15, 18, 19, etc.]

343 [12]Compárese, entre otros, también los dos libros de la sabiduría: "La sabiduría de Salomón" y el "IV Libro de los Macabeos", que fueron escritos demasiado tarde para ser incluídos en el canon del A. Testamento. Ahora se incluyen entre los apócrifos y pseudoepígrafos.

Capítulo XX

347 [1]En 14 salmos: 3, 7, 18, 30, 34, 51, 52, 54, 56, 57, 59, 60, 63, 142.

347 [2]Los Salmos 2, 10 y 33 no tienen epígrafe en la Biblia hebrea, pero en los manuscritos griegos se atribuyen los Salmos 2 y 33 a David, y el Salmo 10 es realmente una parte del Salmo 9.

347 [3]Los Salmos 66 y 67 no se atribuyen a David en la Biblia hebrea, pero sí el Salmo 67 en la versión griega. El Salmo 72 se atribuye a Salomón; se lo incluyó en el Salterio de David acaso por considerarlo una oración de éste por Salomón.

347 [4]Los Salmos 84, 85, 87 y 88 se atribuyen a los hijos de Coré. El Salmo 88 se atribuye también a Hemán ezrahita. El Salmo 89 se atribuye a Etán ezrahita y el Salmo 86 a David. Asaf, Hemán y Etán fueron los músicos principales de David (1º Crón. 15[17, 19]), mientras que Coré fué un descendiente de Hemán.

348 [5]También los Salmos 101, 103, 108 al 110, 122, 124, 131 y 133 son atribuídos a David.

348 [6]I. Salmos 1 al 41; II. Salmos 42 al 72; III. Salmos 73 al 89; IV. Salmos 90 al 106; V. Salmos 107 al 150.

348 [7]El número total de los salmos (150) se creó artificialmente. Originalmente algunos salmos, que nosotros consideramos actualmente como dos, eran

Pág.

uno solo, por ejemplo el Salmo 9 y el 10 como lo demuestra el acróstico alfabético, Salmos 42 y 43 como lo prueba en ambos el estribillo. En otros salmos dos o más poemas que no estan relacionados en el original, se encuentran en nuestro Salterio combinados, como Sal. 19, 24, 27 y 144. El Salmo 108 es una combinación del Salmo 57^{8-12} y 60^{7-14}. El Salmo 40^{13-17} aparece como un poema separado en el Salmo 70.

La versión griega cuenta los Salmos 9 y 10 como uno solo, también Salmos 114 y 115; sin embargo, divide los Salmos 116 y 117 cada uno en dos salmos. Esta versión tiene un salmo (apócrifo) al final del Salterio, el Salmo 151.

354 [8]Con devoción apasionada canta un salmista:

Si me olvidare de ti, oh Jerusalén,
mi diestra sea olvidada.
Mi lengua se pegue a mi paladar,
si de ti no me acordare;
Si no ensalzare a Jerusalén
como preferente asunto de mi alegría. (Sal. $137^{5,6}$).

Tan profundamente arraigado estaba el amor por Jerusalén, el centro de la vída nacional y religiosa del pueblo.

356 [9]En el Salmo $68^{24,25}$ se describe una procesión de esta clase:

Vieron tus caminos, oh Dios;
los caminos de mi Dios, de mi Rey, en el santuario.
Los cantores iban delante, los tañedores detrás;
en medio, las doncellas, con adufes.

356 [10]Se creía que la tierra descansaba sobre un océano subterráneo.

358 [11]Aquí el texto hebreo es corrompido. El Dr. Bewer traduce así:

Ejecutad la danza (sagrada) con ramas,
aún hasta los cuernos del altar.

traducción que concuerda con la de los Dres. J. M. P. Smith y J. Moffatt. (Los traductores).

358 [12]El uso de la primera persona singular en vez del plural en este salmo aparentemente indica que el dirigente nacional cantaba estos pasajes, en su calidad de representante del pueblo. No era él solamente el que estaba rodeado por todas las naciones, ni el único que había sido libertado. Aunque el versículo 19 dice "Yo entraré", y el sacerdote dice "Nosotros os bendecimos".

359 [13]En la Biblia hebrea el Salmo 30 es una "canción para la dedicación de la Casa", el Salmo 100 es "un salmo para acciones de gracias", los Salmos 38 y 70 "para la confesión (pública)", los Salmos 120 al 134 cantos de peregrinación, el Salmo 92 es una "canción para el día del sábado". Además la antigua Versión Griega agrega el Salmo 24 que era para el primer día de la semana (domingo), el Salmo 48 para el segundo (lunes), el Salmo 94 para el tercero (martes), el Salmo 93 para el día anterior al sábado (viernes). Una traducción griega posterior señala el Salmo 81 para el día jueves y la *mishna* (la "Segunda" Ley o sea la ley oral en forma escrita) agrega que el Salmo 82 es para el martes. Según la Biblia griega el Salmo 29 pertenecía al último día de la fiesta de los Tabernáculos.

El Talmud menciona también ciertos salmos que se cantaban en relación con las ofrendas extraordinarias tomadas los sábados y los días de fiesta. Más importante aún es su tradición de que los grandes Aleluyas, Salmos 113 al 118, se cantaban en las grandes festividades. En la Pascua los Salmos 113 y 114 se

cantaban antes de la cena, y los 115 al 118 después. Véase Mateo 26[30] "y habiendo cantado el himno, salieron al monte de las olivas".

360 [14]Los himnos y canticos de alabanza tienen una forma característica. Usualmente, aunque no siempre, empiezan con "Alabad a Jehová", o "Cantad a Dios", o "Bendito sea Jehová", o una forma semejante. El pueblo congregado, o los sacerdotes, los levistas y prosélitos, o Sión, o los pueblos de la tierra, o toda la creación, son instados a alabar a Jehová, y se da por sentada su respuesta; aún la de los cielos, pues

> Los cielos cuentan la gloria de Dios,
> y la expansión denuncia la obra de sus manos. (Sal. 19[1])

Sigue entonces el por qué de la alabanza, la cual difiere según el carácter del himno. Es interesante notar que el canto más corto de alabanza abarca estos dos elementos: la introducción de la alabanza y la razón de ella:

> Alabad a Jehová, naciones todas;
> pueblos todos alabadle.
> Porque ha engrandecido sobre nosotros su misericordia;
> y la verdad de Jehová es para siempre. (Sal. 117).

Hay, sin embargo, variaciones de esta forma regular.

362 [15]El trueno se consideraba como lo primero y el relámpago meramente como un acompañante de aquél.

364 [16]Seguimos aquí la traducción del Dr. Bewer, agregando el estribillo a la primera estrofa como se encuentra en la segunda y tercera, aunque no aparece así en las versiones españolas. Tampoco aparece en el texto hebreo actual. Pero el Dr. Bewer, de acuerdo con varios autores, supone que este estribillo se encontraba originalmente en la primera estrofa también. (Véase *Peakes Commentary*, "The Psalms"). — Los traductores.

372 [17]En el mismo día de la coronación el rey era adoptado formalmente por por Jehová como su hijo. Aquí tenemos la fórmula oficial de la adopción.

372 [18]La traducción literal de esta expresión idiomática es, *Besad sus pies*.

373 [19]Esto se hacía en los tiempos antiguos así como en los posteriores. Ana, la madre de Samuel, no fué la única, ni aún en los tiempos antiguos, que oró sola en el templo e hizo voto, si Dios se dignaba conceder su petición (1º Sam. 1 [9] y sigs.). Fué su oración silenciosa lo que sorprendió a Elí el sacerdote, porque ordinariamente la gente oraba en voz alta.

374 [20]La ley posterior (Lev. 7[16] y sigs.) permitía comer las ofrendas especiales y voluntarias también en el día siguiente para llenar las exigencias de las ocasiones.

374 [21]Véase Job 33[27, 28].

381 [22]La forma de estos cánticos individuales es similar a la de los himnos de la comunidad. En el llamado a la alabanza el salmista se dice a sí mismo: "Bendice, alma mía a Jehová". La razón de la alabanza es también en estos himnos la gloria y el poder, así como el amor y la gracia de Dios, en la naturaleza y en la historia. Pero la historia es la del individuo. Esta, sin embargo, se funde con la del pueblo, porque los salmistas se sentían tan identificados con éste que no podían separarse completamente de él, ni aún en sus cánticos y oraciones personales.

381 [23]El salmo 104, compañero de éste, celebra la gloria de Dios en la obra de la creación, siguiendo aparentemente la narración de la creación que se encuentra en Gén. 1. Tiene tan notables puntos de semejanza con un himno solar del faraón Amenhotep IV (hacia 1370 a. de J. C.), que, según parece, el salmo fué intencionalmente modelado de acuerdo con el himno egipcio que se halla

traducido en la obra de J. H. Breasted, *A History of Egypt*, 2ª ed., 1912, páginas 371, 372. Pero en éste como en otros casos, el genio especial de Israel se manifiesta en una asimilación tan completa del material extranjero que el salmo aparece como una composición enteramente judaica con toda la característica creencia israelita en el Creador personal. Véase G. A. Barton, *Archaeology and the Bible*.

387 [24]La mención de los enemigos disminuye un tanto la belleza de este salmo, y, junto con la estrecha vinculación de la religión con el templo, constituye las limitaciones del salmista.

390 [25]Parece que un lector que había hecho suya la solución del Salmo 73, reflexionó sobre el Salmo 49, que es un poema didáctico que enseña que los ricos, no obstante su riqueza y gloria, no pueden escapar a la muerte:

Mas el hombre no permanecerá en honra:
es semejante a las bestias que perecen. (Sal. 49[12])

e insertó la gran convicción:

Empero Dios redimirá mi vida del poder de la sepultura, cuando me tomará. (49[15]) Puede ser que cambiara el estribillo al final del salmo modificando una sola letra de modo que diga:

El hombre en honra que no entiende,
semejante es a las bestias que perecen. (49[20])

Si el hombre tuviese verdadero entendimiento, no perecería como las bestias.

392 [26]También en Egipto se da en los cantos de amor el nombre de "hermana" a la amada. Se agrega ahora en el texto recibido la variante "esposa mía".

394 [27]Algunos vieron en el libro una celebración del apasionado amor de Salomón por la sabiduría.

394 [28]Véase R. H. Charles, *The Apocrypha and Pseudepigrapha* (1913), tomo II, págs. 625-652.

Capítulo XXI

395 [1]La porción narrativa empezaba originalmente en el ver. [15], no en el [18]. Los imperativos eran originalmente tiempos históricos de los verbos.

396 [2]A veces Joel ha sido llamado el profeta de Pentecostés, y de hecho Pedro cita este pasaje en su sermón de Pentecostés. Pero Joel no predijo ese goce de un mayor esclarecimiento o de una transformación espiritual que los cristianos asociamos con la venida del Espíritu.

400 [3]Posteriormente, por ejemplo en la Revelación de Juan, el tiempo se fijaba en mil años, el milenio, porque para Dios mil años son como un día.

401 [4]En 1ª Corintios 15[54] la palabra hebrea "siempre" se convierte, bajo la influencia del arameo, en "para victoria".

403 [5]Compárese el Salmo 74[19] donde se aplica a Israel el sinónimo "tórtola": "No entregues a las bestias el alma de tu tórtola, y no olvides para siempre la congregación de tus afligidos".

Capítulo XXII

413 [1]

Alejandro	336-323	Seleuco III	226-222
Seleuco I	312-280	Antíoco III	222-187

Antíoco I	280-261	Seleuco IV	186-176
Antíoco II	261-247	Heliodoro	176
Seleuco II	246-226	Demetrio	176

416 [2]Aquí el autor se equivoca en unos 70 años, pues 62 semanas son 434 años, lo cual daría, a partir de 537, el año 103. Demetrio (alrededor del 200 a. de J. C.) y Josefo cometen un error semejante en su cronología de esta época.

420 [3]Párece haber usado, como base de su oráculo, uno más antiguo.

420 [4]Mateo, desdeñando el paralelismo, tomó "así" en el sentido de "y" habla de dos asnos sobre los que Jesús cabalgó, a fin de ajustar en un todo la escena a la predicción (Mat. 21º), Marcos y Lucas hablan solamente de un pollino.

Capítulo XXIII

428 [1]Los apócrifos son: 1º y 2º Esdras, Tobías, Judit, los agregados al libro de Ester, La Sabiduría de Salomón, Ecclesiástico o la Sabiduría de Jesús hijo de Sirac, Baruc, con la Epístola de Jeremías, los agregados al libro de Daniel. (El Canto de los tres niños Santos, la Historia de Susana y los ancianos, y la destrucción de Bel y el Dragón). La Oración de Manasés y 1º y 2º Macabeos.

Junto con estos apócrifos había una cantidad de libros de gran interés e importancia que nunca fueron reconocidos oficialmente por la Sinagoga. Se les conoce como Pseudoepígrafos, u obras escritas bajo un nombre supuesto. Los más importantes de estos son: el Libro de Enoc, el Libro de los secretos de Enoc, el Apocalipsis de Baruc, la Asunción de Moisés, la Ascensión de Isaías, los Oráculos Sibilinos, el Testamento de los Doce Patriarcas, el libro de los Jubileos, y los Salmos de Salomón. Para un claro entendimiento del judaísmo de los días de Jesús y la época inmediatamente anterior, su valor es insuperable.

429 [2]Los cristianos fuera de Palestina habían usado desde el principio el Antiguo Testamento en su versión griega, y aunque conocían, por supuesto, el rechazo de los dos libros de los Macabeos, Tobías, Judit, el Ecclesiástico, la Sabiduría, Baruc, los agregados a los libros de Ester y Daniel, continuaron usándolos en sus cultos y en la instrucción religiosa, bien que algunos eruditos hiciesen distinción entre ellos y los libros recibidos de los judíos, llegando Jerónimo a decir que "cualquier libro que no esté incluído en esta lista —la del canon judío— debe ser considerado como apócrifo". Pero la Iglesia en general no fué influenciada por ellos.

Martín Lutero, sin embargo, hizo más pronunciada esa diferencia. Para él, solamente los libros del canon judío eran palabra de Dios. Tituló su traducción de los otros libros. "Apócrifos; esto es, libros que aunque no merecen la estima que las Sagradas Escrituras, son sin embargo de lectura buena y provechosa". Omitió 1º y 2º Esdras.

Como consecuencia, la Iglesia Católica Romana definió terminantemente su posición en el Concilio de Trento (1546), incluyendo los apócrifos entre los libros del Antiguo Testamento: "Si alguno no acepta como sagrados y canónicos estos libros, enteros, con todas sus partes, como ha sido costumbre leerlos en la

Iglesia Católica y están contenidos en la antigua edición latina común... ¡sea anatema!"

Las Iglesias Reformadas, en general, adoptaron al principio la posición luterana, pero la Asamblea de Westminster (1643), siguiendo el ejemplo del Sínodo de Dort (1618), volvió enteramente a la posición judía, y declaró: "Los libros comúnmente llamados apócrifos, no siendo de inspiración divina, no son parte del canon de las Escrituras; y por lo tanto no son autoridad para la iglesia de Dios, ni pueden ser aprobados o usados en otra forma que como cualquier otro escrito humano". Esta decisión radical se llevó a efecto completamente cuando la Sociedad Bíblica y Extranjera resolvió, en 1827, después de una severa controversia, excluir de sus publicaciones a los apócrifos: "esas impías producciones de la sabiduría y tontería de hombres, que han sido presuntuosamente mezclados con los sagrados oráculos de Dios".

TABLA CRONOLOGICA

En la introducción a la obra, el autor explica en forma general el plan seguido en su obra. Pero, como ya dijimos al principio, nos ha parecido mejor colocar al final de la presente versión y en forma de apéndice la tabla cronológica y esquemática que en el original forma parte de la introducción.

I. *PERIODO PREMONARQUICO,* o *sea antes del año* 1000 *a. de J. C.* (clasificación según temas, no cronológicos):

a) *Cantos marciales y guerreros*: Canto de Lamec (Gén. $4^{23, 24}$). Canto de María (Ex. 15^{21}). Guerra "de generación en generación" con Amalec (Ex. 17^{16}). Encantamientos al arca (Núm. $10^{35, 36}$). Lista de estaciones ,Núm. $21^{14, 15}$). Canto de vituperio sobre los amorreos (Núm. 21^{27-30}). Canto del pozo (Núm. $21^{17, 18}$). Increpación de Josué al sol y a la luna (Josué $10^{12, 13}$). Canto de Débora (Jueces 5).

b) *Proverbios, enigmas y fábulas*: Proverbio de David (1^{o} Sam. 24^{13}). Los enigmas de Samsón (Jueces $14^{14, 18}$). Improperio de Samsón (Jueces 15^{16}). La fábula de Joatam (Jueces 9^{7-15}).

c) *Bendiciones y oráculos proféticos*: Las bendiciones de Noé (Gén. 9^{25-27}) y de Jacob (Gén. 49). Los oráculos de Balaam (Núm. 23 y 24).

II. *EPOCA DE DAVID, SALOMON Y JEROBOAM I, desde cerca del año* 1000 *antes de J. C. hasta* 910 *antes de J. C.*

a) *Poemas*: Himno de triunfo por las victorias de David (1^{a} Sam. 18^{7}, etc.). El grito de guerra de Seba (2^{o} Sam. 20^{1}). Las lamentaciones de David sobre Saúl y Jonatán (2^{o} Sam. 1^{19-27}), y sobre Abner (2^{o} Sam. $3^{33, 34}$). La parábola de Natán (1^{o} Sam. 12^{1-4}). La dedicación del templo por Salomón (1^{o} Reyes 8^{12-13}). Los libros de Jaser y de las guerras de Jehová. La bendición de Moisés (Deut. 33).

b) *Narraciones*: El relato de la creación y establecimiento del reino por Saúl, David y Salomón (partes de 1^{o} y 2^{o} Sam. y 1^{o} Reyes 1 y 2). El libro de los hechos de Salomón (1^{o} Reyes 3 al 11, en parte). Principio de los anales reales y de los registros del templo.

c) *Leyes*: El libro del Pacto (Ex. 20^{23} al 23^{19}). El así llamada decálogo del culto de Ex. 34.

III. *SIGLOS IX y VIII*:

Los relatos de Elías (1^{o} Reyes 17 al 19^{21}). Los relatos de Eliseo (2^{o} Reyes 2 al 8 en parte, 13^{14-21}). La historia del surgimiento y caída de la

dinastía de Omri (1º Reyes 20, 22; 2º Reyes 3; 6^{24} al 7^{20}; 8^{7-15}; 9, 10) El Jehovista (cerca de 850 antes de J. C.). El Elohista (cerca de 750 antes de J. C. Amós (cerca de 750 antes de J. C.). Oseas (cerca de 745 a 735). Isaías (desde 738 a 700 y aun más tarde). Miqueas (desde cerca de 725 hasta el siglo VII).

IV. *SIGLO VII*:

Combinación del Jehovista con el Elohista. Deuteronomio (publicado en 621 antes de J. C.). Sofonías (cerca de 627-626). Jeremías (desde 626 en adelante). Nahum (cerca de 615). Primera edición de los libros de los los Reyes (entre 620 y 608).

V. *SIGLO VI*:

Jeremías (continuó hasta después de 585). Habacuc (entre 600-590). Ezequiel (593-571). El Código de Santidad (Lev. 17 al 26). Lamentaciones (586-550). Isaías (63^{7} al 64^{12}). Combinación del Jehovista y el Elohista con el Deuteromista en el Hexateuco. Segunda edición de los libros de los Reyes (cerca del 550). Ediciones deuteronómicas de los relatos de Josué, Jueces y Samuel. El canto de Moisés (Deut. 32). Isaías 13^{2-22}; 14^{4-21}; 21. Déutero-Isaías (Isaías 40 al 55, entre 546 y 539). Aggeo (520). Zacarías 1-8 (520 a 518 y después). Isaías 56^{9} al 58^{12}; 59^{1-15a}; 65^{1-16}; $66^{1-6,\ 15-18a,\ 24}$ (desde 520 en adelante). Código Sacerdotal (cerca del 500).

VI. *SIGLO V*:

Isaías 59^{15b} al 63^{6}; 65^{17-25}; $66^{7-14,\ 18b-23}$. Jeremías 3^{14-18}. Isaías 34 y 35. Abdías. Isaías 15 y 16. Amós 9^{8b-15}. Sofonías $2^{7a,\ c,\ 8-11}$. Isaías 11^{10-16}. Malaquías (cerca del 460). Las memorias de Nehemías (Después de 432), y de Esdras. El libro de Rut. El relato arameo de Esdras 4^{8} al 6^{18}. Joel (cerca del 400).

VII. *SIGLO IV*:

Joel (los elementos más recientes). Isaías 19^{1-15}; 23^{1-14}. Proverbios (porciones más antiguas). Job. Isaías 24 al 27.

VIII. *SIGLO III*:

El Cronista (300-250). Génesis 14. 1º Reyes 13. Ester. Cantar de los Cantares. Proverbios 1 al 9; 30 y 31. Jonás. Isaías 19^{18-25}. Elesiastés cerca del 200).

IX. *SIGLO II*:

Daniel (165-164). Zacarías 9 al 11; 13^{7-9}. Isaías 33. Zacarías 12; 13^{1-6}; 14.

Terminación del Salterio.

BIBLIOGRAFIA

El original inglés ofrece al lector una extensa y selecta bibliografía. Mas, en gracia a la brevedad, no ha parecido bien entresacar y confeccionar, según nuestro criterio, una lista reducida de las principales obras y sus autores, dando preferencia a aquellas escritas o vertidas al castellano; los que sepan inglés encontrarán una lista más completa en el original.

Introducciones a la Biblia

Angus, Joseph, y Samuel G. Green, *Los libros de la Biblia.* 2 tomos. Madrid, Sociedad de publicaciones religiosas, 1928-1929.

Browning, Wesbter E., *Los libros sagrados del cristianismo, o sea la Biblia.* Buenos Aires, Librería "La Aurora", 1928.

Carpenter, W. B., *Introducción al estudio de la Biblia.* Madrid, Librería nacional y extranjera, 1923.

Comentario Bíblico de Abingdon, Tomo I, págs. 1-96. Buenos Aires, Librería "La Aurora", 1937.

Eiselen y Barclay, *El cristiano y su Biblia.* Santiago - Buenos Aires. La Junta de Escuelas Dominicales.

Lago y González, Manuel, *Manual de estudios bíblicos.* Friburgo, Herder, 1911. (Católico Romano).

Miles, A. R., *Introducción popular al estudio de las Sagradas Escrituras.* Nueva York, Sociedad Americana de Tratados, 1903).

Schuster, Ignacio, y Juan B. Holzammer, *Historia Bíblica.* 2 tomos. Barcelona, Editorial Litúrgica Española, 1934. (Católica Romano).

Salvatorelli, L., *La Biblia, introduziones all'antico e al nuovo testamento.* Milano, Remo Sandron, sin fecha.

Introducciones generales al Antiguo Testamento

Comentario Bíblico de Abingdon, Tomo I, págs. 97-158. Buenos Aires Librería "La Aurora", 1937.

Green, W. H., *Instroducción histórica y crítica al estudio del Antiguo Testamento.* St. Louis, Mo., Slawson y Cía.:, 1884.

Rodrigues, José Carlos, *Estudo historico e critico sobre o Velho Testamento.* Río de Janeiro, 1921.

Gautier, Lucien, *Introduction a l'Ancien Testament.* París, Librairie Fischbacher, 1914.

Driver, S. A., *An Introduction to the Literature of the Old Testament,* 10th. ed., New York, C. Scribner's Sons, 1894.

Orr, James, *The Problem of the Old Testament.* New York, C. Scribner's Sons, 1906.

Sellin, E., *Introduction to the Old Testament*. New York, George H. Doran Company, 1923. (Traducción del Alemán).

El Hexateuco

Murillo, Lino, *El problema pentatéuquico*. Burgos, Imprenta Aldecoa, 1928. (Católico Romano).

Brightman, E. S., *The Sources of the Hexateuch*. New York, The Abingdon Press, 1918.

Harford, John Battersby, *Since Wellhausen, a brief survey of Recent Pentateuchal Criticism*, London, Butler & Tanner, Ltd., 1926.

Obras históricas

Sanders, F. K., *Historia del pueblo hebreo*. Facultad Evangélica de Teología, José Bonifacio 1356, Buenos Aires.

Stade, Bernardo, *El Pueblo de Israel*. Historia Universal, tomo 7 y 8. Barcelona, Montaner y Simón.

Thompson, H. C., *Historia Sagrada*. Los Angeles, Grant Publishing House, 1926.

Oesterley y Robinson. *A History of Israel*. 2 tomos. Oxford, Clarendon Press, 1932.

Smith, H. P., *Old Testament History*. New York, Charles Scribner's Sons, 1903.

Kittel, Rudolf, "Los pueblos del Oriente anterior", en *Historia Universal*. Madrid: Espasa-Calpe, 1932. Tomo I, págs. 465-640.

Estudios geográficos

Fernández Andrés, *Problemas de topografía palestinense*, 1934. (Católico Romano).

Maza Giménez, Joaquín, *La tierra santa, geografía histórica de Palestina*. Madrid, José Cruzado, 1883.

Sowell, S. M., *Caminatas por Palestina*. Buenos Aires, Linari y Cía., 1929.

Hurlbut, J. L., *Bible Atlas*. Chicago, Rand, McNally y Cía., 1910.

Smith, George Adam, *The Historical Geography of the Holy Land*. London. Hodder and Stoughton.

Literatura profética

Bowden, Jalmar, *Comentario ao Livro de Amos*. São Paulo, Junta Geral de Educação Cristã da Igreja Metodista do Brasil, 1937.

Murray, Helen Grace, *El Profeta Amós*. Nueva York, La Nueva Democracia, 1930.

Navarro Monzó, Julio, *Orígenes del profetismo hebreo*. Montevideo, Federación Sudamericana de Asociaciones Cristianas de Jóvenes, 1925.

— *De Amós a Jeremías*. Montevideo, 1926.

— *El final del profetismo*. Montevideo, 1926.

Robinson, Jorge L., *Los doce profetas menores*. El Paso, Casa Bautista de Publicaciones, 1936.

Walker, R. H., *Hombres de arrojo*. Buenos Aires, 1925.

Knudson, A., C., *The Beacon Lights of Prophercy*. New York, The Methodist Book Concern, 1914.

Robinson, T. H., *Prophecy and the Prophets in Ancient Israel*. London, Duckworth, 1923.

Smith, J. M. P., *The Prophets and their Times*. Chicago, The University of Chicago Press. 1925.

Estudios especiales

Barrows, E. P., *Principios de interpretación bíblica*. New York, American Tract Society, 1917.

Clifford, A., *Nuestra Biblia*. Córdoba, R. A., Biblioteca Verdad, 1936.

Fernández, Andrés, *Breve introducción a la crítica textual del Antiguo Testamento*. Roma, 1917. (Católico Romano).

Fortune, Alonso W., *La fuente de vida*. Buenos Aires, Librería "La Aurora", 1937.

Pratt, H. B., *Estudios críticos y aclaratorios sobre la Santa Escritura*. Nueva York, Sociedad americana de tratados, 1905.

Wilson, J. M., *Cuatro conferencias sobre el Antiguo Testamento*. Buenos Aires, Juan H. Kidd, 1912.

Work, Edgar Whitaker, *El encanto del libro*. México, Casa unida de publicaciones, 1926.

Peage, A. S., *The Bible: Its Origin, Its Significance, Its Abiding Worth*.

Comentarios

Comentario Bíblico de Abingdon, Tomo I. Buenos Aires, Librería "La Aurora", 1937. (Tomos II y III en preparación).

Luzzi, Giovanni, *La Bibbia tradotta e anotata*. 12 tomos. Firenzi G. Sansoni.

Dummerlow, J. R., *A Commentary on the Holy Bible*. New York, The Mac Millan Cía., 1909.

Gore, Charles ,*A New Commentary on Holy Scripture. New York*, The Mac Millan Cía., 1928.

Peake, A. S., *A Commentary on the Bible*, 1919; *Supplement*, 1936. London, T. C. y E. C. Jack, Ltd.

Otras obras generales sobre la Biblia

Rand, W. W., *Diccionario de la Santa Biblia*. Nueva York. Sociedad americana de tratados, 1890

Sloan, W. H. *Completa concordancia española de las Sagradas Escrituras*. 2ª ed., Nueva York, Sociedad americana de tratados, 1901.

Westphal, Alexandre, *Dictionaire encyclopédique de la Biblie*. París, Editions "Je sers", 1932.

Hastings, James, *A Dictionary of the Bible*, 5 tomos. 1898-1904. *Dictionary of the Bible*, 1909. Nueva York, Charles Scribner's Sons.

INDICE DE TEXTOS

Los números superiores y en paréntesis se refieren a notas, pero algunas veces éstas no contienen toda la materia y será necesario examinar la página de nota.

GENESIS

1[1-24a] 262, 267, 279
2[1-3] 248
2[4b-24] 267, 279
2[4b-425] 65(2)
4[6] 63
4[23, 24] 2
4[25, 26] 279
5 26(1)
5[29] 65(2), 279
6-8 279
6[1-8] 65(2)
6[9-22] 262(1)
7 65(2)), 262(1)
8 64, 262(1)
9 65(2), 262(1), 399
9[26] 431
9[25-27] 11
10 65(2), 262(1), 279
11 65(2, 3), 262(2)
12 65(3), 8[9], 262(2)
13 65(3), 74, 262(2)
14 306
15 65(3), 279
16 65(3), 262(2)
16[9] 89
17 262(2), 279
18 65(3), 75(17)
19 65(3)
19[29] 262(2)
20 76, 89
20[12] 188(4)
21 66(4), 77, 262(2)
22 66(4), 77, 89
23 262
24 66(4)
25 66(4), 65(5), 77, 262
26 66(4), 74, 89, 263
27 66(5)
27[46] 279
28 66(5), 74, 78
29 66(5), 188(4), 263(3)
30 66(5), 78
30[22a] 263(3)
31 66(5), 78
31[18b] 263(3)
32 66(5), 74
32[29-35]10 279
33 66(5), 263(3)
34 66(5)
35 66(5), 78, 263(3)
36 66(5), 263, 266(20)
37 66(5), 89, 263(3)
38 66(5)
39 66(6)
41[46a] 263(3)
42-45 66(6)
45[5-8] 79
46 66(6), 263(3), 266(20)
47, 48 66(6), 263(3)
49 11, 12, 66(6), 263(3)
50 66(6), 263(3)

EXODO

1, 2 67(7), 263(4)
3, 4 67(7), 79(1), 279
4-6[1] 67(7)
6[2-12] 263(4), 279
6[14-25] 266(20)
7-9 67(8), 74(16), 80(2), 263(4)
10, 11 67(8), 74(16), 80(2)
12, 13 68(9), 80(2), 263(6)
14 68(9), 80(2), 263(5), 279
15 2, 68(9, 10)
16 263(5), 279
17 3, 68(10), 80(3), 263(6)
18 31, 68(10)
19 75(18), 263(6)
20 30, 31, 38, 235
20[22-23]19 32-40, 80, 235(5)
21[1-22]17 32-35
22[7-15] 275
22[8, 11] 375
22[18-31] 35, 36
22[29] 77
23 38-40, 235(5)
24 75(18), 263
25-29 263, 265, 270
27[20, 21] 265(16)
28 265(16), 274
29 265(16)
30-31[17] 265(16)
30[11-16] 275
31[13, 14] 190(5)
32 75(18), 80
33 75(18)
34 38, 39, 75(18), 235(5)
35, 36 275
35-40 263, 265
40 266

LEVÍTICO

1-3 265
1-7 265, 266
5 265, 275
6 275
7 374
8 266
10 263, 265, 270(21)
11 188, 190(5), 274
11-15 265
16 265, 272
17-26 186-190, 265

17 187, 277
19 186, 189, 190, 268
20 187, 188, 432
21 187
21, 22 188
22 373
23 188, 190(5), 263, 265, 272
24 190(5), 276, 277
25 188, 189, 190(5), 265(5), 268
26 187, 189, 190
27 265(6), 275

NÚMEROS
1 263(7), 265(18), 267, 293
2 263(7)
3 263(7), 265(18)
4 265(18)
5 265, 274, 375
6 265, 275, 360
8 265(18)
9 265
10 68(11), 81, 264(8), 266(20)
10 35, 36 3
11, 12 68(11), 81-83, 428
13 68(11), 264(8)
14 68(11), 74, 81, 264(8)
15 190(5), 265, 274, 277
16 81, 264(8), 265(18), 270
17 264(8), 265(18)
18 264(9), 275
19 265, 274
20 81, 264(10)
21-23 82
21 1, 4, 5, 69(12)
22 69(12)
23 13-15, 69(12), 431
24 13-15, 69(12)
25 69(12), 82, 266(20), 276
27, 28 265
29 265, 297
30 265, 275
31 266(20), 275, 276
32 69(12), 264(11)
33 266(20)
34, 35 264(11)
33 266(20)
34, 35 264(11)

DEUTERONOMIO
1 1-4 44 228
1 3 279
4 229, 279
5-11 125
5-26 125
5 30, 135
6 4-9 135
9 22-24 279
10 135, 279
12-26 125-134
12 129, 130
14 130, 131, 277
15 131, 132, 188, 189
16 128, 131, 133
17 130, 133
18 130, 154, 183
19 130, 133
21 128, 132, 285
22 133
23 132, 134(2), 287
24 131, 132
25 133, 134, 185(4)
26 131
27 131, 279, 288, 434
28 125, 135, 430
30 137
31 82
32 196, 197, 264(12), 279
33 17, 18, 82
34 82, 264(12), 279

JOSUÉ
1-12 280
4, 5 264(13)
9 264(13)
10 12, 13 1(1), 5
10 40-42 230
11 230
12 264(13)
13-24 281
13 69(13), 264(14), 266(20)
14 83(7), 264(14)
15 69(13), 264(14)
16, 17 69(13), 83(7), 264(14)
18 83(7), 264(14)
19 69(13), 264(14)
21 230
22 230, 266(20), 270
432
23 230
24 83, 84, 230

JUECES
1 1-2 5 233, 281
2 6-23 84, 231
3 69(14), 232, 281
5 6-8, 69(14)
6 84(8), 433
8 69(14), 85
9 10, 69(14), 85, 281
10 84(8), 281
11 69(14)
12 69(14), 281
13-16 69(14)
14 9
15 9, 430
16 233, 281
17, 18 233, 281
17-20 69(14)
20 281
19-21 233, 281
21 69(14), 281

RUT
1-4 286, 287(2)

I SAMUEL
1 86(10), 373(19)
2 86(10), 233
3 86(10)
4 1b-7 1 21, 86(10)
6 281
7 86(10), 282
8 86(10), 432
9 1-10 16 21
10 85, 86(10), 89
11 21, 89
12 86(10)
13 21, 432
14 22, 234, 432
15 86, 86(10), 234, 281
16 347
17 293
18 7 15
21 15
24 13 9
25 22 433
28 86(10), 234, 281
29 5 15
30 30
31 86(10)

II SAMUEL
1 19-27 1(1), 16, 347
2 8 433
2-6 25
3 16, 43(1), 347
5 43(1)
6 292, 430, 432
7 234, 294

8 43(1), 234
9-20 25, 234
9 433
11 433
12 17, 433
13 188(4)
20 15, 43(1)
21 22, 43(1), 293
22[11] 431
23 43(1)

I REYES
I1-II23[25a] 217
1-11 217, 218
1, 2 25, 26, 218, 219
2 219, 233
3 219, 295
4 315-393
6 219(1), 221(2)
6, 7 44
8 1(1), 17, 296, 297
8, 9 219(1), 227
11 27, 220
I12-II18[12] 217, 219
12 223
13 223(4), 282, 306
14 43, 298, 302
15 221-224, 299
16 222, 224
17 44(2)
18 44(2), 46, 47
19 44(2), 48
20 52
21 44(2), 50(6), 224
22 52, 221, 224, 299
303, 434

II REYES
1 50, 282
2-8 51
2 51
3 55
6 56
6[24]-7[19] 56
7 282
8 57
9 58, 224
11 44, 224, 301
12 44, 224, 303
13 51
14 225
16 44, 299, 304
17 225, 227, 282, 288
18-23[25a] 217, 225
18 82, 123(1), 225, 315
18[13]-20[19] 225, 226
21 123, 124, 226, 227
22 227, 300, 434
23 44, 123, 227, 282
23[25b]-25[30] 227
24 161
25 228

I CRÓNICAS
1-9 291
6 432
9 433
10-17 291-293
13 431, 433
15 347(4)
21-23 293-294
29 294

II CRÓNICAS
1, 2 295
5 295
7, 8 296, 297
11 298
12 302
13 298, 301
14, 15 299
17 299
20 299, 301, 303
21 299
23 301
24 290, 299, 303
25, 26 304
28 300, 304
31 300
33 305
34 300
35 300, 305
36 305

ESDRAS
1 284
4 237, 289, 306
4[8]-6[18] 289
5[1]-6[18] 288
7-10 284, 285, 306

NEHEMÍAS
1-7[73a] 283
1 136
7 285
8 285, 306
8-10 264, 272(23), 285
9, 10 135, 136, 285, 306
11, 12 283(1)
13 283(1), 287

ESTER
1-10 306-312
3[8, 9] 308
4[11-16] 309
8[11] 310

JOB
1-5 322
1[5] 433
2[9] 433
3 161
7 324, 325
8-14 323-328
15-21 324-329
15[5, 6] 324
16[18-21] 328
19[25-27] 329
21 329
22-27 322, 330
28 318, 333
31 330-333
32-37 333
33[27, 28] 374(21)
38-42[6] 330-334
42[7-17] 322(6)

SALMOS
1 346, 348(6), 386
2-41 347
2 348, 371, 372, 432
3 347(1), 349
5 376
6 349, 388
7 347(1)
8 361, 362
9, 10 349, 350
14 345
15 356, 376, 385
16, 17 388
18 17, 347(1), 432
19 346, 360(14), 362
386
20 346
21 346, 373
22 351, 378
23 387, 391
24 17, 346, 356, 357
385
25 350
26 375, 376
27 390
29 359(13), 362
30 347(1), 348, 359(13)
32 387
33 347(2), 362
34 347(1), 350
37 350, 388
38 359(13), 378
40 346, 380

41 378
42-72 348(6)
42, 43 349, 357, 387
44 370
45 351, 391
46 346, 363, 390
47 365
48 354, 359(13)
49 346, 390(25)
50 346, 347, 380, 385
51-72 347
51 346-347, 379
52 347(1)
53 345
54 347(1)
55 349
56, 57 347(1)
59 347(1)
60 347(1), 370
61 373
63 347(1)
65 360
66 347(3), 374
67 347(3), 359, 360
68 256(9), 363
69 351, 380
70 359(13)
71 377
72 347(3), 372
73-83 347, 389, 390
73-89 348(6)
73 346, 389, 390
74 346, 370, 403(5)
75, 76 367
79 346, 370
81 359
82 385
83 346, 370
84-89 347
84 354
85 367, 368
88 378
89 373
90-106 348(6)
90 368, 369
91 383, 384
92 359(13)
93 348, 359(13), 366
94 348, 359(13)
95-100 348, 355
96 366
97 366
98 366
99 349, 363
100 355, 431
101 348(5), 384
103 348(5), 381
104 381(23)
105-107 347
107 349
107-150 348(6)
108-110 348(5)
109 379
110 346, 371
111-118 347
111, 112 350
113-118 359(13), 364
117 360(14)
118 357, 358
119 346, 350, 386
120-134 348, 352
359(13)
121 353, 354
122 348(5), 354
123 367
124 348(5), 352
125 353
126 352, 353, 367
127, 128 353
130 353
131 348(5), 353
132 373
133 348(5), 353
135, 136 362
137 194, 346, 354(8)
138-145 348
139 382, 383
141 380
142 347(1)
144 373
145 350
146-150 347
148 361
149 363, 421
150 348, 350

PROVERBIOS

1-9 314
1 315, 319, 320
8 320, 321
9 319
10-22[16] 314
10 316
15 316, 318
16 318
20 318
21 316, 318
22[17]-24[22] 314
23 317
24[23-34] 314
24 316, 317
25-29 314
25 315, 317
27 316
28 318
30 314, 317, 319
31 314

ECLESIASTÉS

1 334, 343
2 335, 336, 338, 340
3 336-342
4 336-342
5 336, 340, 341(10)
6 336
7 337, 338, 340, 341
8 337, 339(9), 341
9 339, 337
10 341(10)
11 336, 339, 341
12 339-343

CANTARES

1-8 391-394
8[11, 12] 106

ISAÍAS

1 106, 116, 118
2 105, 118
31-41 105, 119(5)
45, 6 408
5 106, 110, 119(5)
6 103
7 108, 119(5), 409
434
8 109, 119(5)
9 116, 117, 119(5)
97-104 110, 119(5)
10 115, 119(5)
11 117, 119(5), 255
12 409
13-21 119
13-23 407
13 198
14 111(3), 116, 119(5)
198, 199, 408
15, 16 254
17 109, 119(5)
17[12-18]6 119(5)
19 398, 406
20 111, 119
21 200, 201
22 114, 119(5)
23 398
24-27 119, 399, 400
407
28-31 119

28 110, 113, 114
119(5)
29, 30 119(5)
30 112, 351
31 112
32-35 407
32 105, 117
33 422
34, 35 253
36-39 119, 226, 409
40-66 119
40-55 202-215, 407
41 205, 209, 214(3)
42 210, 213
43, 44 209
45 206, 208, 368
49 207, 209, 210
212, 214(3)
50 210
51 207-209
52[13]-53[12] 210-212
53[8] 432
54 207, 214
55 204, 209
56-66 244-252, 407
56[9]-58[12] 244
56-57[2] 246
57, 58 247
59 244, 245
59[15b]-63[6] 248
60-62 248-250
63 251
63[7]-64[12] 251
65 244, 246, 251
66 244

JEREMÍAS

1-6 168
1 145, 146, 154
2 124, 147
3 147, 252, 253
4 146, 147, 408
5 149, 150, 408
6 148, 149, 153, 431
7 152, 155
7[21]-9[26] 168
8 151, 152, 166
9 152, 153, 408
10 168, 214(2), 409
10[17]-12[6] 168
11 149
11[18]-12[6] 149, 168
12[7]-13[17] 168
12[14-17] 406
13 157, 162, 168
13[20]-17[18] 168
14, 15 158, 159
16 168
17 160, 248
18 160
19[1]-20[6] 161,169
20 160
21 164, 168
22 154-156, 162, 168
23 55, 168, 243(2), 408
24 163, 168
25 156, 168, 407, 431
26 155
26-29 169
27, 28 164
27[1] 433
29 163
30-33 407
31 147-149, 166, 168
351, 408
32 166, 169, 409
33 243(2), 367,409
34-45 169
34 165
35 161
36 158, 168
37, 38 165
43-44 167
46-51 169, 407
46 156, 165(5), 408
47 156
48 164, 408
49 162(4), 164, 254,408
50[2]-51[58] 215
51[59-64] 164
52 409

LAMENTACIONES

1-5 191-193

EZEQUIEL

1-3 171-173
4 174, 434
7-9 175
11, 12 175
14 175
16 175
18 176
20 176, 178, 247
21 174, 176
22, 23 175
24 175, 178
25-32 185
26-30 178
29[17-20] 186
33-48 186
33 176, 181
34 175, 179
35 181
36-39 179, 180, 181
40-48 181, 182
44 183
45-47 184, 185

DANIEL

1-12 411-419
1-7 419
1[1-24a] 419
2 413
3 412
5-7 412-414
8 415, 416, 418
9 136, 416
11 417, 419
12 414, 418, 419

OSEAS

1-3 97-99
1[10 11] 408
2[17] 25(6), 433
3[5] 408
4-14 99-102
6[5] 430
14[9] 409

JOEL

1-3 395-397

AMÓS

1-9 90-97
1[11, 12] 255
2[4, 5] 93(1)
4[13] 93(1), 409
5[2] 90,110
5[8, 9] 93(1), 409
6[5] 347
6[12] 430
9[5, 6] 93(1), 409
9[8-15] 93(1), 96, 254, 408

ABDÍAS

1 253, 254
1[18-21] 408

JONÁS

1-4 403-405

MIQUEAS

1-3 119-122
2[12, 13] 120, 121, 408
4 120, 121
4[6-8] 121, 408
5 121, 122
5[3] 409
6[1-7] 120, 124
6[6-8] 120, 135
7[8] y sigs. 408

NAHUM
1-3 140, 141

HABACUC
1-3 141-144
1[12] 433
2[18, 20] 409

SOFONÍAS
1-3 138-140
2[7, 9, 11] 255, 408
3[9-20] 406, 408

AGGEO
1, 2 236-238

ZACARÍAS
1-8 238-244
6[9-15] 409
9-14 407, 419-426

MALAQUÍAS
1-4 256-260, 407

INDICE DE OTROS TEXTOS

MATEO
5[44-45] 383
11[29] 153
21[5] 420(4)
22[41-46] 371
26[30] 359(13)

LUCAS
1[46-55] 394
18[14] 376

JUAN
1[1] 321
17[3] 102, 390

I CORINTIOS
15[54] 401(4)

HEBREOS
11[37] 124(3)

APOCALIPSIS DE JUAN
9[3-11] 397
20[7] 400(3)

I ESDRAS 285

SABIDURÍA DE SALOMÓN 314, 321(4), 343(11)

JESÚS BEN SIRAC 314

I MACABEOS
9[54] y sigs. 423

LIBRO DE ENOC 400
46, 48-62, 63, 69 414

SALMOS DE SALOMÓN 394
17 372

MARTIRIO DE ISAÍAS
5[11] 124(3)

APOCALIPSIS DE BARUC
36-40 419

IV ESDRAS
13 414

IV MACABEOS 343(11)
Anikar 314

INDICE ALFABETICO

Los números superiores y en paréntesis se refieren a notas, pero algunas veces éstas no contienen toda la materia y será necesario examinar la página de nota.

Aarón, 79; 80, 87, 263, 266, 272, 273.
Abed-nego, 412.
Abel, 62, 63.
Abdías, profeta, 253, 254; adiciones, 408.
Abiatar, 20, 26.
Abiam (Abías), rey de Judá, 221, 298, 299, 301.
Abihú, 263, 270(21).
Abimelec, de Siquem, 10, 69, 85, 233, 281.
Abimelec, rey filisteo, 74, 77.
Abiram, 81.
Abner, general de Saúl, 24.
Abram, relato de: en *E*, 76, 77, 87, 88; en *J*, 65, 73, 74; en *JE*, 279; en *P*, 262, 279; Gén. 14, 306.
Absalom, 25, 27, 293.
Acab-Joram-Jehú, relato de, 217, 218, 224.
Acab, rey de Israel, 44-46, 49, 53, 124.
Acaz, rey de Judá, 44, 107, 108, 109, 225, 300, 304.
Acertijo o enigma, 9, 318.
Adam, 291.
Adonías, hijo de David, 26.
Adonisedec, rey de Jerusalén, 83.
Agag, rey amalecita, 86, 234, 281.
Agar, concubina de Abram, 65, 77.
Aggeo, Libro de, 236-238; y Zacarías, 238, 242, 244; usado por el Cronista, 306.
Agur, proverbios de, 313, 314, 319.
Ahías, profeta, 223, 290.
Ahías, sacerdote, 26.
Ahicam, hijo de Safán, 155.
Akiba, Rabbí, 394.
Alejandro el Grande, 287, 306, 398, 399, 413, 415.
Alimentos, leyes sobre los, 40, 130, 188.
Alkimo, sumo sacerdote y etnarca, 422, 423.
Amalec, amalecitas, 3, 24, 80, 86.
Amán, 308, 310.
Amasías, rey de Judá, 224, 303, 304.
Amasías, sacerdote de Betel, 92, 93.
Amenhotep IV, rey de Egipto, 381(23).
Ammón, ammonitas, 21, 25, 139(1), 156(2), 163, 164, 179, 228, 255, 301.
Amnón, hijo de David, 25, 293.
Amón, rey de Judá, 136, 226.
Amorreos, 4, 5, 82, 297.
Amós, profeta, 90-94, 110, 119, 139, 145, 254, 255, 408, 426, 428, 430; adiciones, 93, 254, 255, 408; aparición en Bet-el, 90, 92, 93; libro de, 93; conclusión del libro, 93, 96, 254; influencia, 139, 145; mensaje y contribuciones, 94-97; experiencias proféticas, 91, 92; estilo, 93, 94; texto, 429, 430.
Ana, madre de Samuel, 374(19).
Anales de los Reyes, Anales Reales, 28, 29, 43, 44, 217, 218.
Anales del Templo, 29, 44, 217, 219, 224, 225, 283, 291.
Anatot, casa de Jeremías, 145, 149, 166, 168.
Angel, ángeles, 65, 175, 177, 185, 202, 239.
Antíoco III, el Grande, 410.
Antíoco IV, Epifanes, 370, 410-419.
Antíoco V, 421.
Antíoco VII, Sidetes, 424.

Año, sabático, 31, 189, 265, 268.
Aod, juez, 69.
Apocalipsis de Baruc, 419.
Apocalipsis de Daniel, 411-419.
Apocalipsis de Enoc, 400, 414.
Apocalipsis de Isaías (caps. 24-27), 399-402.
Apocalipsis de Zacarías (caps. 13-14), 423-426.
Apocalipsistas, 240, 244, 399.
Apócrifos, 343(11), 428, 429(2).
Aquis, rey de Gaza, 23.
Arabia, árabes, 28, 201, 253, 313.
Aram, véase Siria.
Arameo, relato: en Daniel, 419; en Esdras, 288, 289, 306.
Arauna, 293, 294.
Arca, 3, 20, 21, 81, 292, 295, 357.
Artajerjes I, 283, 284, 289, 306.
Artajerjes III, Ochus, 397.
Asa, rey de Judá, 221, 222, 299, 302, 303.
Asaf, cantor, 292, 296, 347(4).
Asia Menor, 20, 415.
Asiria, asirios, 57, 70, 101, 107, 110-116, 119, 139, 140, 147, 216, 225, 288, 304, 402, 406, 421, 422.
Asirios, Anales Reales, 43.
Asirio, culto, 123.
Asmoneos, 424.
Atalia, reina de Judá, 44, 224, 299.
Azarías, rey de Judá, 225; véase también Uzías.
Azarías, sumo sacerdote, 304.
Azazel, demonio, 272, 273.
Azimos, panes, véase fiesta de los.

Baal, culto de, 100.
Baal Peor, 82.
Baalzebub, 50.
Baasa, 303.
Babel, Torre de, 65.
Babilonia, Babilonios, 27, 70, 144, 171, 176, 194, 197, 198, 199, 200, 201, 203, 204, 208, 215, 216, 236, 242, 260, 264, 284, 285, 305, 307, 313, 413, 416.
Babilonia, Anales Reales de, 43.
Babilonia, destierro de, 194, 226, 229, 233, 235, 282, 346, 347, 368, 408, 418.
Babilonia, influencia, 32, 61, 71, 72, 73, 276(25).
Balaam, oráculos de 13, 14, 70, 82.
Balac, rey de Moab, 13, 68, 82.
Barton, G. A., 71(15), 381(23).
Baruc biografía de Jeremías por, 168, 169.
Baruc, escriba, 157, 168, 169.
Batseba, esposa de Urías, 293, 347.
Becerros de oro y su adoración, 41, 80, 100, 222.
Belsasar, rey de Babilonia, 412.
Bendición: de Jacob, 11, 12; de Moisés, 17, 18; de Noé, 11, 69, 70.
Ben-hadad, rey de Siria, 53, 56, 57.
Benjamín, 293.
Betel, Amos en, 90, 93; profeta de, 282, 306; templo de, 41, 78, 81, 90, 92, 93.
Belén, 121, 286.
Betzacarías, 422.
Bildad, amigo de Job, 322.
Booz, esposo de Rut, 286.
Breasted, J. H. 381(23).
Buz. 156(2).

Cades, 81, 84 .
Caín, 61, 63.
Caldeos, 142, 156, 165, 191, 194, 197, 203, 253.
Caleb, 81, 83.
Canaán, relato de la conquista de, en *D*, 230; en *E*, 83; en *J*, 68, 69, 280; en *P*, 264, 280.
Cananea, influencia; sobre la civilización de Israel, 31, 59; sobre la religión de Israel, 31, 41, 59, 61, 71-74, 87, 100, 129, 188.
Canon del Antiguo Testamento, 343(11), 394, 427-429.
Cantar de los Cantares, véase Cantares.
Cantares, 391-394; lugar en el Canon, 427, 428.
Carchemis, batalla de, 156.
Carmelo, 20, 46, 92.
Casandro, general de Alejandro el Grande, 415.
Celesiria, 415.
Centralización del culto, 41, 128, 129, 130, 177, 187, 188, 217, 228, 269.
Cemos, dios de los moabitas, 220.
Charles, R. H., 394(23).
Circuncisión, 67, 147, 183, 262, 277, 411.

Ciro, rey de Persia, 197, 201, 202, 203, 208, 250, 289, 290, 306.
Clásica, definición... de la religión profética, 121.
Código Sacerdotal = *P*, 186, 190, 261-282, 284, 285, 291, 293, 298, 305, 420, 427; código de leyes, 263, 264-266; cronología, 267; culto, 270-275; extranjeros, 276; gobierno jerárquico, 270; ideas, 267-269; influencia, 293; 297; lugar en el canon, 427; narraciones de *P*, 262-264; *P* y el Cronista, 291, 293, 297; y Esdras, véase Esdras; resultado liberal, 278, 279; segregación, 276; estilo, 266.
"Confesiones" de Jeremías, 158-162.
Conías, rey de Judá, 162.
Coré, rebelión de, 263, 266, 270.
Coré, Salterio de, 347; porciones de, atribuídas a los coritas, 347(4).
Creación, relato de la: en *J*, 61, 72; en *P*, 262.
Creador, véase Dios.
Creso, rey de Lidia, 197.
Crónicas, Libros de, 288-306, 347, 429, 431.
Crónicas y Salmos, 347.
Crónicas de los reyes de Judá e Israel, 217, 218, 225.
Culto: Amós, 94, 95; Deuteronomio, 125-128, 129; Ezequiel, 184; el Código de Santidad, 187-189; Isaías, 116; Oseas, 101; *P*, 265, 269, 270, 271.
Cyaxares, rey de Media, 140.

D = Deuteronomio.
Dagón, dios de los filisteos, 21.
Damasco, 44, 53, 57, 109, 110, 225, 299, 391.
Dan, culto en, 41, 81.
Daniel, 136, 175; Libro de, 411-419; relatos de, 411, 412; visiones de, 412-419.
Danitas, migración de los, 69, 71, 233, 281.
Darío I, 243, 289.
Darío II, 289.
Datán, 81.
David, Casa de, 424.
David, rey de Israel y Judá, 13, 15, 37, 43; David y los salmos, 16, 346; genealogía, 287; en Crónicas, 290-294; en *D*, 218, 234; en *E*, 84; en *J*, 69, 70; lamentación sobre Abner, 16; sobre Saúl y Jonatán, 1(1), 15, 16; ley del botín de, 24, 30; proverbios citados por, 9; últimas palabras de, 17(5); canto de triunfo de, 15, 22; antiguo relato de, 20-28, 281.
David, Salterio de, 345-348.
Débora: oda de, 5, 6-8, 69.
Decálogo (Exodo 20, Deuteronomio 5), 30, 31, 80; (Exodo 34), 38, 39, 40.
Dedán, 156(2).
Demetrio, rey de Siria, 413; historiador, 416(2).
Destierro, véase Babilonio, destierro.
Déutero Isaías = Isaías, 40-55, 202-215; creación, 206; estilo, 214; el Siervo de Jehová, 210-213; influencia, 214, 236, 247, 252, 257, 306, 345, 352, 362, 363, 367, 405, 426; influencia de *J* en, 70; Jehová, Dios de Israel, 206, 207; lírica, 213; mensajes de liberación, 202, 203; monoteísmo, 205; religión y salvación universal, 208, 209; ridiculización de los ídolos, 205.
Deuteronomio = *D*; Libro de, 123-137; *D* y el Código de Santidad, 186, 189; *D* y *P*, 277, 280; influencia, 135, 137, 176, 185, 187, 219; introducción como ley, 135, 136, 137; introducción del libro, 125, 135, 136; ley, 125-136, 183, 222, 230, 280.
Deuteronomísticos, historiadores, 216, 235; relatos de: el éxodo, 229; Josué y la conquista de Canaán, 230; Jueces, 230-233; Reyes, 216-229; Samuel y David, 233.
Déutero-Zacarías (Zacarías, caps. 9-11, 137-9), 407, 420, 424.
Día de Jehová, 96, 105, 138, 139, 198, 396, 397.
Dies irae, 138.
Dios: amor, 98-102, 189, 206, 381; comunión con, 166, 386-390; conocimiento de, 101, 102, 148; creación, 72, 204, 332, 363, 367; espíritu, véase Espíritu; eternidad,

205, 369; gobierno del mundo, 70, 118, 205, 207, 332, 338, 340, 345, 365, 388; omnipotencia, 204, 206, 214, 366; omnipresencia, 383; omnisciencia, 383; providencia, 79, 382-384; relación a las naciones, 93-96, 178, 208-316, 243, 249-251, 400-407, 425, 426; santidad, 105, 118, 177, 178, 187, 258, 364; unidad, 44, 97, 102, 178, 205, 206, 277, 365, 382, 401-403, 413, 425; justicia, 72, 94-96, 327, 328, 365, 388.
Dodecálogo, 279.
Dort, Sínodo, de 429(2).

E, véase *Elohista*.
Ebal, monte, 288, 434.
Ebedmelec, eunuco, 165.
Eclesiastés, Libro de, 313, 329, 334-343; adiciones, 341, 342; autor, 342; estilo, 343; lugar en el canon, 429(2).
Edén, jardín del, 61, 62, 74.
Edom, edomitas, 66, 81, 95, 163, 164, 179, 181, 184, 192, 199-201, 219, 228, 253-258, 303, 304, 397.
Egipcios, cantos de amor, 392(26).
Egipto, egipcios, 27, 57, 65, 66, 67, 95, 101, 111, 112, 115, 147, 153, 165, 167, 169, 178, 186, 191, 209, 307, 313, 360, 397, 398, 402, 406, 410, 415, 417, 421, 426, 428.
Eglón, rey de Moab, 69.
Ekrón, 50, 114, 420.
Ela, rey de Israel, 224.
Elam, 162(4), 199.
Eleazar, hijo de Aarón, 263.
Elhanan de Belén, 22, 293.
Elí, sacerdote, 26, 233.
Elías: adición, 282; contribuciones de 50; el retorno de Elías predicho, 409; en el Carmelo, 45, 46, 47; en el monte Horeb, 48; fuente del Libro de Reyes, 217, 224; la viña de Nabot, 49, 58; milagros de, 45; relato de, 44-51, 425.
Eliezer, profeta, 303.
Eliseo, 48, 49; fuente del Libro de Reyes, 217, 224; relatos, 51, 52, 55-60.
Elohista = E, 76-89, 124; combinación de *JE*, 88, 89, 230; de *JED*, 235; de *JEDP*, 278, 279; ediciones judías, 88; Jueces, 84, 85; Moisés, 79-82; patriarcas, 76-86; relato de Josué y la conquista, 83, 84; Samuel y Saúl, 85, 87; enseñanza y fecha, 87, 88.
Emmanuel, 107, 108.
Endor, pitonisa de, 234, 281.
Enoc, Libro de, 400, 414.
Enós, nieto de Adán, 63, 79.
Enramadas, fiesta de las, véase Tabernáculos, fiesta de los.
Esaú, 66, 263.
Escita, invasión, 136, 138, 145, 146, 151, 184, 216.
Escritos, los 428.
Esdras, 260, 264, 278, 280, 283-285, 288-291, 305, 306, 427-429; Esdras y *P*, 264, 278, 284, 285; Libro de, 305, 306; lugar en el Canon, 427-429; memorias de, 27, 28, 29; relato de, 284, 285.
Esperanza del futuro individual, véase Inmortalidad, Resurrección; nacional, 96, 101, 116-118, 121, 140, 181.
Espíritu, 54, 117, 119, 171, 172, 179, 180, 204, 212, 242, 248, 259, 396, 428.
Ester. Libro de, 306-312; lugar en el canon, 427, 429.
Estribillo, 19, 93, 110, 394, 362, 364.
Etán, cantor, 347(4).
Etico, monoteísmo, 97.
Etiopía, etíopes, 95, 111, 139, 157, 209.
Eunucos, 247.
Evil-merodac, rey de Babilonia, 197, 228.
Exodo de Egipto, relato de: en *D*, 228-230; en *E*, 79-82; en *J*, 66-69; en *P*, 263, 264.
Exodo, Libro de, 66-69, 263.
Expiación, Día de, 272.
Extranjeros: actitud hacia los, 129, 131, 190, 247, 277.
Ezequías, rey de Judá, 82, 112, 116, 120, 123, 139, 155, 225, 314, 315; reforma de, 116, 123, 300.

Ezequiel, 71-190, 197, 238, 244, 247, 261, 284, 399, 418, 428; caída de Jerusalén, 178; conciencia pastoral, 172; estilo, 186; Ezequiel y *D*, 176, 185; Ezequiel y el Código de Santidad, 186, 190, 261; idea de Dios, 177; influencia, 197, 238, 244, 247, 248, 399; iniquidad moral, 175; lecciones objetivas, 173; Libro de,, 185; lugar en el canon, 427, 428; nuevo templo, 182, 183; plan de la nueva constitución, 181-185; retribución individual, 175; rey davídico en, 180, 184, 209; río maravilloso, 185; restauración de la nación, 179, 180, 181; visión de idolatría, 174; visión de los huesos secos, 179; visión inaugural, llamado y comisión, 171, 172; Gog de Magog, 181, 185.

Faber, F. W., 405.
Fares, antepasado de David 287(2).
Fariseos, salmos de los, 394.
Fe, 72, 108, 114, 115, 118, 140, 142, 337, 390, 419.
Fenicia, los fenicios, 28, 45, 53, 397, 415, 420.
Fiestas, centralizadas en Jerusalén, 129; condenadas por Amós, 94; Pan Azimo, 40, 41, 67, 188; Pascual, 40, 184, 278; Purim, 310; semanas, 40, 188; Tabernáculos o cabañas, 41, 188, 263, 265, 277, 285, 300.
Filistía, los filisteos, 2, 21, 22, 86. 95, 111, 139, 156, 197, 184, 292, 304, 397, 398, 420.
Fraternidad, 258.

Gabaa o Gabaón, ultraje de, 233, 281.
Gabriel, ángel, 416.
Gad, vidente, 290.
Gedalías, gobernador, 167, 243.
Gedeón, juez, 69.
Gerizim, monte, 280, 288, 427, 434.
Gilboa, 86, 339(9).
Gilgamés, epopeya, 71.
Goethe, J. W. von, 39, 286.
Gog de Magog, 181, 185.
Goliat el filisteo, 22, 293.
Gomer, esposa de Oseas, 97, 98.
Griega, traducción: de Esdras, 285; de Ester, 311; de Jeremías, 169, 407, 431, 435; de Job, 435; de Lamentaciones, 193; de Números, 431;de Salmos, 347(1), 360(13); de Samuel, 22 (2, 3), 305, 433; de Zacarías, 243; del Antiguo Testamento, 428, 429, 431, 433, 455; del Pentateuco, 266, 280.
Griego, período, 314, 399, 405, 413.
Griegos, 27, 397, 413, 415, 421.
Guerras de Jehová, Libro de las, 1, 4, 82.

Habacuc, 141-144, 200; adiciones, 144, 408; problemas de, 141, 142; teofanía, 142.
Hadad de Edom, 29, 219, 220.
Hagiógrafos, 428.
Hai, caída de, 83.
Hamat, ciudad de, 184, 225.
Hanamel, primo de Jeremías, 166.
Hananí, hermano de Nehemías, 284.
Hananías, profeta, 163, 164.
Hazael, rey de Siria, 48, 57, 303.
Hebrón, 24, 65, 83, 262.
Helcías, sacerdote, 136, 300.
Helenista, civilización 410.
Heliodoro, rey de Siria, 48, 57, 303.
Hemán, cantor 347(4).
Heteos, 57, 297.
Heveos, 69, 297.
Hexateuco, 261, 291.
Hijo del Hombre, 171, 173, 182. 363; semejante a un, 414.
Hiram, rey de Tiro, 29, 296.
Hobab, cuñado de Moisés, 68.
Hofra, faraón, 167.
Horeb, monte, 48, 79, 80, 229, 400.
Hulda, profetiza, 136, 227.
Humanitarias, leyes, 35-38, 130, 131, 132.
Hur, 80.

Iddo, vidente, Visión de, 290.
Imágenes, adoración de, 80, 100, 205; véase también Adoración de los Becerros.
Improperios, canto de, contra los amorreos, 4.
Indo, 415.
Infierno, Sheol, 92, 198.

Inmortalidad, 328, 337, 343, 370, 388, 390, 401.
Isaac, relato de: en *E*, 77; en *J*, 66(44); en *P*, 260.
Isaí, padre de David, 287.
Isaías, profeta, 103-109; caps. 13-23, 119, 407; caps. 13-14, 198, 199; caps, 15, 16, 254; caps. 19, 398, 406; caps, 21, 200; caps. 23, 398; caps. 24-27, 119, 399-402, 407; caps. 33, 422, 423; caps. 34, 35, 253, 397; caps. 36-39, 119-226; caps. 40-55, 202,215, 407, 408; caps. 56-66, 244-252, 397-407; caps. 63, 64, 194-196, 251; adiciones, 255, 407-409, 435; asirios, 110-116; biografía de, 217, 226; contribuciones, 118, 119; discípulos, 109, 124; Emmanuel, 108; fechas de los mensajes, 119; Historias de Uzias por Isaías, 290; influencia, 139, 140, 142, 145, 172, 252, 346; lugar en el canon, 427; llamado y comisión, 103, 104; Maher-shalal-hash-baz, 109; mensajes de esperanza, 106, 107; primeras profecías, 105, 106; paz universal, 118; Searjasub, 107; sermones reformistas, 116; Jehová, el archiconspirador, 109; Libro de, 118, 119; rey ideal, 116-118.
Isbaal (Is-boset), 24, 291.
Ismael, príncipe real, 167.
Istar, diosa babilonia, 123.
Itamar, hijo de Aarón, 263.

J. = *Jehovista.*
Jabés, de Galaad, 21.
Jabín, rey de Hazor, 83.
Jaboc, río, 74.
Jacob, bendición de, 11, 12; relato de *E*, 77, 78; relato de *J*, 66, 74; relato de *P*, 260.
Jaddua, sumo sacerdote, 287.
Jafet, 11, 64, 70.
Jahaziel, Levita, 301.
Jamnia, Sínodo de, 429(2).
Jaser = Recto, libro del, 1, 5, 16, 17, 69.
JE, 88, 89, 230, 235, 278-280.
Jebuseos, 25, 297, 420.
JEDP, 278, 279.
Jehovista = *J*, 61-75; adiciones al relato de, 74; combinación de *JE*, 88, 230; combinación de *JED*, 235; combinación de *JEDP*, 278, 279; conquista del este del Jordán y Palestina, 68, 69; cualidades literarias, 71; días primitivos, 71-74; enseñanza religiosa, 72; influencia, 70; patriarcas, 64-66; relato de Jueces, 69; relato de Moisés, 66, 68; relato de Samuel, Saúl, David, 69, 70; su carácter, 70; valor histórico, 71.
Jehú, rey de Israel, 48, 58-60, 97, 105, 224.
Jehudí mensajero real, 157.
Jeremías, profeta 55, 136, 145-170, 172, 177, 193; adiciones al libro de, 254, 406-409; bajo Joacim, 161; bajo Joaquín, 155-162; bajo Josías, 149-154; bajo Sedecías, 163-165; composición del libro, 168; "confesiones", 159-162; esperanza para Israel, 147, 148; fechas de los mensajes, 168; invasión escita, 145, 146, 147;
Jeremías, caps, 50, 51, 215; Jeremías y Daniel, 415; y Ezequiel, 172, 177, 185; y Job. 160; y Lamentaciones, 193; y Trito-Zacarías, 425; lugar en el canon, 427; llamado y comisión, 145; mensajes después de la caída de la ciudad, 166, 167; oraciones, 158; texto, 435.
Jericó, 83, 191.
Jerjes, rey de Persia, 307-310.
Jeroboam I, rey de Israel, 17, 29, 219, 220, 222-225, 298, 301
Jeroboam II, rey de Israel, 18, 92. 218, 225, 403.
Jesús de Nazaret, 214, 426.
Jetro, suegro de Moisés, 80.
Jezabel, reina y esposa de Acab, 44, 45, 48, 49, 53, 58, 124.
Joab, general de David, 25, 293.
Joacim, rey de Judá, 141, 155, 165, 168, 305.
Joaquín, rey de Judá, 162, 168.
Joás, rey de Israel, 52, 224.
Joás, rey de Judá, 144, 301-303
Joatam, parábola de, 9, 10, 85, 153, 216, 217.
Job, 175, 240, 418; adiciones al libro de, 333; debate, 322-330; discurso de Eliú, 333; epílogo,

333; Job, cap. 28, 319, 333; libro de 313,321-334; lugar en el canon, 429; prólogo, 322; respuesta de Jehová, 330-332; respuesta de Job, 332, 333; texto, 435.
Joel, profeta, 395--399; adiciones, 397, 408; estilo, 396; influencia, 399; mensaje, 395- 397.
Johanán, sumo sacerdote, 284.
Jonadab, hijo de Recab, 59, 161.
Jonás, profeta, 403-405.
Jonatán, hijo de Saúl, 1(1), 21, 22, 165.
Joppe, 403.
Joram, rey de Israel, 299.
Joram, rey de Israel, 56, 58-60
Josafat, rey de Judá, 53, 56, 221, 222, 299, 301, 303.
Josafat, valle de, 396, 397.
José, relato de *E*, 79; de *J*, 66(6); de *P*, 263.
Josefo, historiador, 287.
Josías, contemporáneo del profeta Zacarías, 242.
Josías, rey de Judá, 44, 136, 153-155, 216, 225-228, 290, 300, 305; muerte de, 154, 216, 305; reforma de, 44, 136, 149, 427.
Josué, Libro de, lugar en el canon, 428; orden al sol y a la luna, 5; relato de *D*, 230, 231; relato de *E*, 81-84, 235; relato de *J*, 68, 69, 235; relato de *P*, 264, 280.
Josué, sumo sacerdote, 236, 240, 243.
Juan Hircano, 424.
Jubileo, año de 265, 268.
Judá, hijo de Jacob, 74.
Judas, véase Macabeos, Judas.
Jueces: deuteronómicos, 230-233, 235; escritor sacerdotal, 280; libro primitivo (*J* y *E*), 68, 69, 84, 85, 235; lugar en el canon, 427.
Jueces menores, 281.
Juicio final, 401, 402.

Kebar, río, 171.
Kedorlaomer, 306.
Kohelet, véase Eclesiastés Libro de.

Labán, 66, 67.
Lamec, canto de, 2, 37.
Lamentación, metro de, véase Quinah, metro.
Lamentaciones, Libro de, 191-193; de David, 1(1), 15, 16; lugar en el Canon, 429; paternidad literaria de Jeremías, 193.
Lemuel, proverbios de, 313, 314.
Leontópolis, templo de, 406.
Levítico, Libro de, 186, 187, 188, 189, 190, 263, 264, 265, 266,
Ley, del botín, 24, 30; en Proverbios, 318; en el Salterio, 385-386.
Leyes: Código de Santidad, 186-190; Código Sacerdotal, 261, 262, 263; Decálogo (Exodo 20, Deuteronomio 5), 30, 31; (Exodo 34), 38-41; Deuteronomio, 126, 127, 128; Dodecálogo, 279; Pacto, 32-42.
Lía, esposa de Jacob, 66, 78, 79, 188(4).
Libro de las Guerras de Jehová, 1, 3.
Libro de Jaser, 1, 5, 16, 17.
Libro de Memoria, 260.
Libro del Pacto. 126, 235.
Lisímaco, general de Alejandro el Grande, 415.
Lista de lugares, 3, 4.
Literatura histórica: desarrollo de la, 43-60; historiadores deuteronomísticos, 216-236; historiadores posteriores al destierro, 283-312; primeros historiadores, 20, 21, 43, 44, 61, 62.
Locura, Doña, 321.
Logos, doctrina del, 321.
Lot. oráculo de, véase Urim y Tummim.
Lowell, J. R., 143.
Lutero, Martín, 144, 344, 365, 390, 429(2).
Lysias, general de Antioco V, 422.

Macabeo, Judas, 311, 411, 422, 423.
Macabeo, período, 346, 394.
Macabeos, 311, 411, 419, 422.
Macabeos, salmos, 346, 370-273.
Macedonia, 415.
Madianistas, 69.
Maher-shalal-hash-baz, 109.
Malaquias, profeta, 256-260; adición al libro de, 409; Malaquías y Zacarías, 407; mensaje, 256-260; tiempo y problemas de, 256.

Manahem, rey de Israel, 105.
Manasés, rey de Judá, 120, 123, 124, 145, 226, 227, 290, 300, 304, 305.
Manasés, sacerdote, 287.
Manuscritos, 430, 435, 436.
Maquir, 266.
Mardoqueo, tío de Ester, 309-311.
María, canto de, 2, 67, 80.
María, hermana de Moisés, 81, 87.
Massora, Massoretas, texto massorético, 435, 436.
Matatías, sacerdote, 411.
Media, medos, 196-201, 413, 415.
Melquisedec, rey de Jerusalén, 306, 346.
Menelao, sumo sacerdote, 410.
Meribbaal, 25, 293, 433.
Merodac-baladán, 111, 226.
Mesa, rey de Moab, 55, 56, 224.
Mesac, 412.
Mesías, esperanza mesiánica, 116-118, 205, 214(3), 337, 346, 348, 372-374, 400, 414, 420, 421.
Metro en poesía, 19, 348, 349, 350.
Micaya, hijo de Imla, 53, 54, 56, 434.
Micol, hija de Saúl, 23, 25.
Midrash del Libro de los Reyes, 290, 306.
Miguel, ángel, 414, 418.
Miqueas, profeta, 119-122, 124, 139, 145, 155, 245, 426, 427, 434; adiciones al libro, 408, 409; definición clásica de religión, 121; influencia, 122, 145, 155, 245, 426; lugar en el canon, 427; mensaje de esperanza, 121; ruina de Samaria y Jerusalén, 120; vocero del pobre, 120, 139.
Miqueas y los danitas, 69, 84(9), 233, 281.
Moab, moabitas, 4, 55, 69, 95, 139(1), 156(2), 163, 179, 228, 254, 255, 301.
Modín, 411.
Moisés, autor del Pentateuco, 280; bendición de, 17, 18, 82; canto de (Deuteronomio 32), 196, 197, (Exodo 15), 67; Ley de, 30, 31, 125, 300, 427, 428; en Isaías, 195; en Malaquías, 409; relato de, en *D*, 229; en *E*, 79, 87; en *J*, 66, 67, 74; en *P*, 263-280.
Moloc, 123, 188, 246.
Moloc, dios de los ammonitas, 220.
Monoteísmo, 48, 205, 277, 382, 402, 426; ético, 97.
Moral, ley, universal, 95, 96, 313.
Murashu, hijos de, 307.
Mujeres: arrogantes, 95, 105; casamiento de judíos con mujeres extranjeras, 256, 258, 276, 283, 285, 287; lugar de, en *D*, 132.
Música del Templo, 350.

Naamán, general sirio, 51.
Nabateos, 254.
Nabonedo, rey de Babilonia, 197.
Nabot, relato de, 49, 50, 58.
Nabucodonosor, rey de Babilonia, 142, 156, 161, 163, 167, 178, 186, 197, 305, 416.
Nadab, hijo de Aarón, 263, 270(21).
Nadab, rey de Israel, 224.
Nahum, profeta, 140, 141, 199; contra Nínive, 140, 141; estilo, 141; salmo alfabético, 141.
Natán, profeta: parábola de 18. 347; "palabras" de, 290; profecía de, 234, 293.
Necao, faraón, 154, 155, 305.
Nefilím, 63.
Nehemías, 136, 260, 283-285, 287, 291, 305, 428, 429; libro de, 283, 305; lugar en el canon, 428, 429; memorias de, 283, 306.
Nicanor, general sirio, 311.
Nicaso, hija de Sanballat, 287.
Nínive, caída de, 140, 141, 403-405.
Nippur, 171, 307.
Noé, 175, 399, 418; bendición de, 11, 64, 69; leyes de, 262; maldición de, 64; relato de, en *J*, 64, 72; en *P*, 262.
Noemí, suegra de Rut, 286.
Números, Libro de, 68(11), 69(12), 81, 265.
Nupcial, oda, (Sal. 45), 391; cantos, 391-393.

Obed, hijo de Rut, 287.
Ocozías, rey de Judá, 50, 303.
Omar Khayyán, 343.
Omnipotencia, véase Dios.
Omri, rey de Israel, 5(3), 44, 52, 53, 218, 224.
Ordalías, 274.
Orfa, cuñada de Rut, 286.
Oseas, rey de Israel, 110.

Oseas, profeta, 59, 97-102, 105, 110, 145, 168; adiciones al libro de, 99(2), 407; estilo, 99; experiencias, 97-100; influencia, 145, 157, 433; libro de, 99; lugar en el canon, 426, 427; mensaje y contribuciones, 100-102.
Otoniel, juez, 231.

P, véase Código Sacerdotal.
Pablo, apóstol, 144.
Pacto, 247; Libro del, 32-36, 80, 126, 235; nuevo, 166.
Padi, rey de Ekron, 114.
Paneas, victoria de, 410.
Papiros de Elefantina y Siena, 258(4), 284.
Paralelismos de las líneas en la poesía, 19, 316, 348, 349.
Pascua, 264, 265, 278, 300, 360.
Pastor, el buen, 179.
Pasur, sacerdote, 161.
Pentateuco, 236, 280, 348, 427; traducción griega, 266, 280.
Pentecostés, 396.
Peregrinos, Salterio de los, 348, 352-355, 368.
Perezeos, 297.
Persia, persas, 197, 200, 237, 243, 261, 289, 307, 314, 413, 415, 416, 418.
Pobres, los, 37, 91, 120, 130, 131, 139, 149, 150, 256.
Poemas alfabéticos, 141, 192.
Poemas: cantares, 391, 392; de Isaías, 116-118; de Jeremías, 147, 148; de Nahum, 141; del destierro, 191-193; del Siervo de Jehová, 210, 211; Déutero-Isaías, 202-204; primitivos, 1-19.
Poesía, 348-352.
Pompeyo, 394.
Ponto, 415.
Popilius Laenas, 411.
Pozo, canto del, 4.
Predicador, el; véase Eclesiastés, Libro de.
Profetas anteriores, 428.
Profetas: anteriores al destierro, 90-122, 138-170; del destierro, 171-185, 191-201; posteriores al destierro, 236-362, 395-409, 410-426.
Proverbios, Libro de, 313-321, 429; contenido, 317-321; de Agur, 313, 319; de Lemuel, 313, 314; de Salomón, 314, 315; de los antepasados, 9; de los sabios, 314; forma, 316, 317.
Pseudoepígrafos, 343(11), 428(1).
Ptolomeos, reyes, 410, 415.
Ptolomeo, yerno de Simón, 424.
Purim, fiesta de, 311.

Quinah, metro, 19, 169, 192.
Querubines, 62, 171.

Raquel, esposa de Jacob, 66, 77, 78, 79, 148, 188(4).
Rebeca, esposa de Isaac, 66, 74.
Recabitas, 161.
Recto, Libro del, véase Jaser.
Redactores proféticos, 407, 408, 409.
Redactores Sacerdotales, 278-282; Josué, 280; Jueces, Samuel, 281; Pentateuco, 278-280; Reyes, 282.
Reino de Dios, 344, 361, 366, 399, 400, 425, 426.
Religión popular, oposición de los profetas a la, 91, 94, 95, 100.
Remanente santo, 104(1), 107, 179.
Resurrección, 329(6), 337, 343, 388, 401, 402, 418.
Rey davídico, 180, 184, 209.
Reyes de Israel y Judá, 221(3); Seleucidas, 413(1).
Reyes, Libro de los, 28, 43-45, 217, 218, 282; adiciones, 282, 288; autor deuteronómico, 214, 226; continuador, 226, 227; fuentes, 217, 218; Judá, 226, 227; lugar en el canon, 427; Midrash del Libro de los Reyes, 290; reino dividido, 220-226; relato de David, 218; Salomón, 218-220; Uso del Libro de Reyes por el Cronista, 289, 290, 294, 295, 298, 299, 305.
Reyes, Libro de los Actos de los, (o Crónicas), véase Anales de los Reyes.
Rezín, rey de Siria, 107.
Rezón, de Damasco, 29, 219, 220.
Rima en la poesía hebrea, 19.
Río de Ezequiel, 185.
Ritmo, véase Metro en poesía.
Roboam, rey de Judá, 223, 302.
Roma, 411, 419.

Rut, Libro de, 286, 297; genealogía en, 287; lugar en el canon, 429.

Sabat, 31, 40, 184, 189, 247, 262, 266, 276, 277, 283, 360(13), 411.
Sabeos, 209.
Sabiduría, Literatura de la, 313-343.
Sabiduría de Salomón, 314, 321, 343(11).
Sabios, los, 313.
Sadoc, 233.
Sadoquitas, 183, 270.
Sadrac, 412.
Safán, canciller de Josías, 136, 155, 300.
Salmanasar, rey de Asiria, 110.
Salmo: de Habacuc, 143, 144; de Jonás, 405.
Salmo, del pastor, 391.
Salmos: colecciones, 347; fecha, 345, 346; Libro de, Salterio, 17, 136, 276, 340-391; lugar en el canon, 433; para la adoración privada fuera del templo, 379-391; para la adoración privada en el templo, 371-379; para la adoración pública en el templo, 352-374; paternidad literaria de David, 347; salterio elohístico, 433; sobreescrito, 346; variedades, 344, 345; y ley, 11, 276, 345, 386; y profetas, 346, 357, 361, 362, 367, 369, 379, 380, 384, 385; y sabiduría, 346.
Salmos de Salomón, 373, 394.
Salmos Reales, 346, 372-374.
Salomón: Anales, 43(1); Cantares, 393, 429; Código del Pacto, 32; Eclesiastés, 342, 429; Libro de los Actos de, 28, 217, 218; oración dedicatoria, 1(1), 17, 227; Proverbios, 309, 310; relato de, en Crónicas, 294-297; en Reyes, 26, 218-220, 226, 227.
Sallum, rey de Israel, 105.
Salterio, elohístico, 433.
Samaria, samaritanos, 45, 57, 109, 110, 225, 237, 241, 280, 282, 287-290, 434.
Samsón, enigma y vituperio de, 9.
Samsón, juez, 69, 233.
Samuel: cronología, 290-293; Libro de, 22-26, 69, 70, 85-87, 233, 234, 281, 290, 294, 305; lugar en el canon, 428; palabras de, 290; relato de, en *D*, 231-235; en *E*, 84-87; en *J*, 22; en *P*, 281.
Sanballat, gobernador de Samaria, 284, 288.
Sangre, venganza de, 2, 63.
Santidad, Código de, 186-190, 361: y *D*, 186, 187, 190; y Ezequiel, 190, 261; y *P*, 190(5), 264.
Santidad: de Dios, véase Dios, santidad; de las cosas, 184, 426; de los hombres, 276, 285.
Sara, esposa de Abram, 65, 76.
Sargón, rey de Asiria, 111.
Satán, 240, 293, 322.
Saúl, rey de Israel, 13; lamento de David sobre, 1(1), 15, 16; relato en Crónicas, 291; en *D*, 234, 281; en *E*, 85-87; en *J*, 21, 22; en *P*, 281.
Searjasub, hijo de Isaías, 107.
Seba, llamado de, a la rebelión, 15, 26.
Seba, reina de, 28.
Sedecías, profeta, 53.
Sedecías, rey de Judá, 161, 163-165, 169, 433.
Segundo-Isaías (Isaías caps. 40-55), 202-215, 407, 408.
Segundo-Zacarías (Zacarías caps. 9-12, 13[7-9]), 407, 419, 424.
Séfora, esposa de Moisés, 66.
Sehón, rey de los amorreos, 4, 82.
Seir, monte, 263, 301.
Seleucidas, reyes, 410, 413(1), 417.
Seleuco IV, 413.
Sem, 11, 64, 70.
Semaías, 163.
Semanas, fiesta de las, véase Fiestas.
Semeías, profeta, 223, 290, 302.
Senaquerib, rey de Asiria, 11, 115, 116, 119(5), 124, 225.
Sepulcro (Sheol), 328, 339, 388, 390(25).
Serafines, 103.
Seraya, hermano de Baruc, 164.
Serpiente, de bronce, 81, 87.
Sesac = Babilonia, 156(2).
Siba, siervo de Saúl, 293.
Sidón, 163, 398.
Siervo de Jehová, 168, 210-214, 249.

Silo, templo en, 20, 155.
Simón el Asmoneo, 346, 372, 424.
Sinaí, monte, 68(10), 75, 263.
Sínodo: de Dort, 429(2); de Jamnia, 429.
Siria, sirios, 28, 95, 107, 216, 299, 302, 411, 419-421.
Siro-efraimita, guerra, 107, 109, 225, 304.
Sisac, faraón, 233, 302.
Sísara, rey cananeo, 6, 7.
Sodoma, 65, 75.
Sofonías, profeta, 138-40, 198, 255, 406, 408; adiciones al libro de, 255, 406, 408; Día de Jehová, 138, 139; remanente santo, 140.

Tabae, de Persia, 417.
Tabernáculo, 269, 293.
Tabernáculos, fiesta de los, 41, 285.
Tafnes, 167.
Talmud, sobre los Salmos, 360(13).
Tamar: hija de David, 25, 293; nuera de Judá, 74.
Tarsis, 404.
Tattenai, gobernador persa, 241, 289.
Tecoa, hogar de Amós, 90.
Tel Abib, en Babilonia, 171.
Temán, en Edom, 156(2).
Templo: de Ezequiel, 183; de Salomón, 28, 41, 44, 294, 295; de Zorobabel, 236, 237, 241, 242, 289.
Templo, registro del, véase Anales del Templo.
Teocracia, 84, 86, 87, 241, 242, 261, 425.
Terafim, 78.
Texto del Antiguo Testamento, 429-436.
Textus receptus, 435.
Tiglat-pileser, rey de Asiria, 107, 108, 304.
Tiro, 44, 53, 124, 163, 186, 398, 420.
Tofet, 123.
Torah, 280, 427.
Trito-Isaías (Isaías, caps. 56-66), 244-252, 397, 407.
Trito-Zacarías (Zac. caps. 12-14), 407, 424.
Trono, carro del, visión del, 171.

Ultimos profetas, 410-426.
Ultimos profetas posteriores al Destierro, 395-409.
Universalismo, 140, 178, 208, 209, 346, 360-362, 367.
Urías, esposo de Batseba, 25, 293.
Urías, profeta, 155.
Urim y Tummim, 22(2), 432.
Uza, 292, 433.
Uzías, rey de Judá, 103, 290; 304; Historia de, por Isaías, 290; véase también Azarías.

Valle: de Josafat, 396, 397; de Sitim, 397.
Videntes, palabras de los, 290.
Visiones: de Amós, 90-92; de Daniel, 413-418; de Elías, 48; de Ezequiel, 171, 172, 174, 175, 179, 181; de Habacuc, 143, 144; de Isaías, 103, 104; de Jeremías, 145, 146; de Micaya, hijo de Imla, 54; de Moisés, 79, 82; de Trito-Zacarías, 425, 426; de Zacarías, 238-242.

Yamurabi, Código de, 32.

Zacarías, profeta, hijo de Iddo, 238-244, 306, 407; alegoría del pastor insensato, 423, 424; del buen pastor, 423; autenticación, 238; corona para Zorobabel, 242; liberación, arrepentimiento y purificación de Jerusalén, 424, 425; libro, 244; mensaje sobre los días de ayuno, 243; mensajes morales y sociales, 243; Reino de Dios sobre la tierra, 425, 426; rey ideal, 420, 421; sometimiento de las naciones, 420; victoria y retorno de los desterrados, 421, 422; visiones, 239-242; Zacarías, caps. 9-12, 13$^{7-9}$, 407, 419, 420, 424; Zacarías cap. 13$^{1-6}$, cap, 14, 407, 424-426.
Zacarías, profeta, hijo de Joaida, 303.
Zacarías, rey de Israel, 105.
Zimri, rey de Israel, 222, 224.
Zorobabel, gobernador, 236, 237, 241, 242.

INDICE GENERAL

		Pág.
	Prólogo a la edición castellana	vii
	Introducción	x
I.	Poemas primitivos	1
II.	Relatos primitivos	20
III.	Leyes primitivas	30
IV.	Desarrollo de la literatura histórica	43
V.	El Jehovista	61
VI.	El Elohísta	76
VII.	Amós y Oseas	90
VIII.	Isaías y Miqueas	103
IX.	El Deuteronomio	123
X.	Sofonías, Nahum y Habacuc	138
XI.	Jeremías	145
XII.	Ezequiel y el Código de Santidad	171
XIII.	Poetas y profetas del destierro	191
XIV.	Déutero - Isaías	202
XV.	Historiadores deuteronomísticos	216
XVI.	Los primeros profetas posteriores al destierro	236
XVII.	El Código Sacerdotal y los redactores sacerdotales	261
XVIII.	Historiadores posteriores al destierro	283
XIX.	Literatura de la sabiduría	313
XX.	Los Salmos y el Cantar de los Cantares	344
XXI.	Los últimos profetas posteriores al destierro	395
XXII.	Los últimos profetas	410
XXIII.	Canon y texto del Antiguo Testamento	427
	Notas	439
	Tabla cronológica	457
	Bibliografía	459
	Indice de textos	462
	Indice alfabético	468

Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de la Imprenta Metodista, calle
Fragata Pte. Sarmiento 1685,
Buenos Aires, el 15 de
mayo de 1953.

DATE DUE

DEMCO 38-297

BS1171 .B577
La literatura del Antiguo Testamento
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00164 4782